BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

EL ÚNICO

Y

SU PROPIEDAD

POR

MAX STIRNER

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta de Santo Domingo,

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle Blasco de Garay, 3.—Teléf. 3.020.

Digitized by Google

YO NO HE BASADO MI CAUSA SOBRE NADA

¿Qué causa no tengo que defender? Ante todo, mi causa es la buena causa, es la causa de Dios, de la verdad, de la libertad, de la humanidad, de la justicia; luego, la de mi príncipe, de mi pueblo, de mi patria; será después, la del espíritu, y otras mil además..... ¡Pero que la causa que yo defiendo sea mi causa, la causa de mí, jamás! «¡Fuera el egoista que no piensa más que en él!»

¿Pero esos cuyos intereses debemos tomar á pechos, esos por quienes debemos decidirnos y entusiasmarnos, cómo entienden su causa? Véamoslo.

Vosotros que sabéis de Dios tantas y tan profundas cosas; vosotros que durante siglos habéis «explorado las profundidades de la divinidad» y habéis sumergido vuestras miradas hasta el fondo de su corazón, ¿podréis decirme cómo entiende Dios la «causa divina» que estamos llamados á servir? No nos ocultéis los designios del Señor. ¿Qué quiere? ¿Qué persigue? ¿Ha abrazado, como á nosotros se nos prescribe, una causa ajena y se ha hecho el campeón de la verdad y del amor? Este absurdo os subleva; vosotros nos enseñais que siendo Dios mismo todo amor y todo verdad, la causa de la verdad y la del amor se confunden con la suya y no le son extrañas. Os

Digitized by Google

repugna admitir que Dios pueda ser como nosotros, pobres gusanos, y hacer suya la causa de otro. «¿Pero abrazaría Dios la causa de la verdad, si no fuese él mismo la verdad? Dios no se ocupa más que en su causa, sólo él es todo en todo, de suerte que todo es su causa. Pero nosotros no somos todo en todo, y nuestra causa es bien mezquina, bien despreciable; así, debemos «servir una causa superior.»—Véase bien claro: Dios no se inquieta más que de lo suyo, Dios no se ocupa más que en sí mismo, no piensa más que en sí mismo y no pone sus miras más que en sí mismo; ¡ay de lo que contraríe sus designios! No sirve á nada superior y no trata nada más que de satisfacerse. La causa que defiende es puramente ¡egoista!

¿Y la humanidad, cuyos intereses debemos también defender como nuestros, qué causa defiende? ¿La de otro? ¿Una superior? No. La humanidad no ve más que á sí misma, la humanidad no tiene otro objeto que la humanidad; su causa es ella misma. Con tal que ella se desenvuelva, poco le importa que los individuos y los pueblos sucumban á su servicio; saca de ellos lo que puede sacar, y cuando han cumplido la tarea que de ellos reclamaba, los echa, á guisa de recompensa, al cesto de papeles de la Historia. ¿La causa que defiende la humanidad no es puramente egoista?

Inútil es proseguir y mostrar á propósito de cada una de esas cosas que nos llaman á su defensa, que no se trata para ellas más que de sí, y no de nosotros, de su bien y no del nuestro. Pasad vosotros mismos revista á las demás, y decid si la verdad, la libertad, la justicia, etcétera, se preocupan de vosotros de otro modo que para reclamar vuestro entusiasmo y vuestros servicios. Sed servidores celosos, rendidles homenaje, es todo lo que piden.

Digitized by Google

Ved á ese pueblo al que salvan patriotas adictos; los patriotas caen sobre el campo de batalla ó revientan de hambre y de miseria; ¿qué dice el pueblo? ¿El pueblo? ¡Abonado con sus cadáveres se hace un «pueblo floreciente!» Los individuos han muerto «por la gran causa del pueblo», que les envía algunas tardías frases de reconocimiento, y guarda para sí todo el provecho. Eso me parece de un egoismo asaz lucrativo.

Pues contemplad ahora á ese sultán que cuida tan tiernamente á «los suyos». ¿No es la imagen de la más pura abnegación, y no es su vida un perpetuo sacrificio por los suyos? ¡Ah, sí, por «los suyos!» ¿Quieres hacer un ensayo? Muestra que no eres el suyo, sino el «tuyo»; rehúsate á su egoismo: irás á galeras. El sultán no ha basado su causa sobre nada más que sobre sí mismo; es todo en todo, es el único, y no permite á nadie que no sea uno de los «suyos».

¿No os sugieren nada estos ilustres ejemplos? ¿No os invitan á pensar que el egoista podría, en verdad, tener razón? Por mi parte, veo una lección en ellos; en vez de continuar sirviendo con desinterés á esos grandes egoistas, seré más bien yo mismo el egoista.

Dios y la humanidad no han basado su causa sobre nada, sobre nada más que ellos mismos. Yo basaré, pues, mi causa sobre mí; tanto como Dios, soy la negación de todo lo demás, soy para mí todo, soy el único.

Si Dios y la humanidad son, como lo asegurais, ricos con lo que contienen hasta el punto de ser para ellos mismos todo en todo, yo advierto que me falta á mí mucho menos todavía, y que no tengo que quejarme de mi «vanidad». Yo no soy nada, en el sentido de «nada más que vanidad»; pero soy la nada creadora, la nada de que saco todo.

¡Malhaya, pues, toda causa que no es entera y exclu-

Digitized by Google

sivamente la mía! Mi causa, decís, debería al menos ser la «buena causa». ¿Qué es lo bueno, qué es lo malo? Yo mismo soy mi causa, y no soy ni bueno ni malo; esas no son para mí más que palabras.

Lo divino mira á Dios, lo humano mira al hombre. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre, es — lo mío; no es general sino—única, como yo soy único.

Nada está, para mí, por cima de mí.

Digitized by Google

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE

«El hombre es para el hombre el Ser supremo», dice Feuerbach.

«El hombre acaba solamente de ser descubierto», dice Bruno Bauer.

Examinemos desde más cerca ese Ser supremo y ese nuevo descubrimiento.

I

UNA VIDA DE HOMBRE

Desde el instante en que abre los ojos á la luz, el hombre procura desembarazarse y conquistarse enmedio del caos en que rueda confundido con el resto del mundo. Pero todo lo que toca al niño se rebela contra sus tentativas y afirma su dependencia. Cada cual hace de sí el centro, y chocando por todas partes con la misma pretensión en todos los demás, el conflicto, la lucha por la autonomía y la supremacía es inevitable.

Vencer ó ser vencido — no hay otra alternativa. El vencedor será el amo, el vencido será el esclavo: el uno gozará de la soberanía y de los «derechos del señor»; el otro cumplirá lleno de respeto y de temor sus «deberes de súbdito».

Digitized by Google

Pero los adversarios no deponen las armas; cada uno de ellos permanece en acecho, espiando las debilidades de los otros, los hijos las de los padres, los padres las de los hijos (el miedo, por ejemplo); el que no da los golpes los recibe.

He aquí la vía que desde la infancia nos conduce á la liberación: tratamos de penetrar en el fondo de las cosas, ó «detrás de las cosas»; para eso espiamos su punto débil (en lo que los niños son guiados, como se sabe, por un instinto que no los engaña); nos complacemos en romper lo que hallamos á mano, tenemos gusto en escudriñar los rincones prohibidos, en explorar todo lo que está velado y sustraído á nuestras miradas; ensayamos sobre todo nuestras fuerzas. Y, descubierto al fin el secreto, nos sentimos seguros de nosotros; si, por ejemplo, hemos llegado á convencernos de que la palmeta no puede nada contra nuestra obstinación, no la tenemos ya, «hemos pasado de la edad de la férula».

¡Detrás de los azotes se levantan, más poderosos que ellos, nuestra audacia, nuestra obstinada libertad! Nos deslizamos dulcemente detrás de todo lo que nos parecía inquietante, detrás de la fuerza temida del látigo, detrás del rostro enojado de nuestro padre, y detrás de todo descubrimos nuestra Ataraxia, es decir, que ya nada nos turba, ya nada nos espanta; tenemos conciencia de nuestro poder de resistir y vencer; descubrimos que nada puede violentarnos.

Lo que nos inspiraba miedo y respeto, lejos de intimidarnos, nos alienta; detrás del rudo mandato de los superiores y de los padres, más obstinada se levanta nuestra voluntad, más artificiosa nuestra astucia. Cuanto más aprendemos á conocernos, más nos reímos de lo que habíamos creído insuperable.

Pero ¿qué son nuestra destreza, nuestra astucia,

Digitized by Google

nuestro valor, nuestra audacia, sino el espíritu? Durante largo tiempo escapamos á una lucha que más tarde nos dejará sin aliento: la lucha contra la razón. Lo mejor de la infancia pasa sin que tengamos que pelear contra la razón. No nos cuidamos de ella, no tenemos con ella ningún comercio, ni ella tiene sobre nosotros asidero alguno. No se obtiene nada de nosotros tratando de convencernos: sordos á las buenas razones y á los mejores argumentos, reaccionamos, por el contrario, vivamente bajo las caricias, los castigos y todo lo que se les parece.

Es más tarde cuando empieza el rudo combate contra la razón y con él se abre una nueva fase de nuestra vida. De niños nos habíamos agitado sin mucho meditar.

El espíritu es el primer aspecto bajo el cual se revela á nosotros nuestro sér íntimo, el primer nombre bajo el cual divinizamos lo divino, es decir, el objeto de nuestras inquietudes, el fantasma, «el poder superior». Nada se impone ya desde entonces á nuestro respeto; estamos llenos del juvenil sentimiento de nuestra fuerza, y el mundo pierde á nuestros ojos todo crédito, porque nos sentimos superiores á él, nos sentimos espíritu. Empezamos á notar que habíamos hasta entonces mirado el mundo sin verlo, que no le habíamos contemplado nunca todavía con los ojos del espíritu.

Sobre las potencias de la naturaleza ensayamos nuestras primeras fuerzas. Nuestros padres nos imponen como potencias naturales; más tarde se dice: «¡se debería abandonar padre y madre para que todo poder natural fuera roto!» Llega un día en que se les deja y en que el lazo se rompe. Para el hombre que piensa, es decir, para el hombre «espiritual», la familia no es un poder natural y él debe hacer abstracción de los padres, hermanos y hermanas, etc. Si esos padres «renacen» en lo sucesivo como potencias espirituales y racionales, esas potencias

Digitized by Google

nuevas no son en modo alguno lo que eran en su origen.

No es solo el yugo de los padres, es toda autoridad humana la que el joven sacude; los hombres no son ya un obstáculo ante el cual se digne detenerse, porque «hay que obedecer á Dios antes que á los hombres». El nuevo punto de vista en que se coloca es lo celeste, y visto desde esa altura, todo lo «terrestre» retrocede, se empequeñece y se borra en una lejana bruma de desprecio.

De ahí cambio radical en la orientación intelectual del joven y cuidado en él exclusivo de lo espiritual, en tanto que el niño, que no se sentía aún espíritu, quedaba confinado en la letra de los libros, entre los cuales crecía. El joven no se adhiere ya á las cosas, sino que procura aprehender los pensamientos que esas cosas encubren; así, por ejemplo, cesa de acumular confusamente en su cabeza los hechos y las fechas de la historia, para esforzarse en penetrar su espíritu; el niño, por el contrario, si puede comprender bien el encadenamiento de los hechos, es incapaz de sacar de ellos las ideas, el espíritu; así amontona los conocimientos que adquiere sin seguir plan *à priori*, sin sujetarse á un método teórico; en resumen, sin perseguir ideas.

En la infancia, tenía que superar la resistencia de las leyes del mundo; al presente, propóngase lo que quiera, choca con una objeción del espíritu, de la razón, de la conciencia. «¡Eso no es razonable, no es cristiano, no es patriótico!», nos grita la conciencia; y nos abstenemos. Lo que tememos no es ni el poder vengador de las Euménides, ni la cólera de Poseidon, ni el Dios que ve las cosas ocultas, ni la corrección paterna: es la conciencia.

Somos desde entonces «los servidores de nuestros pensamientos»; obedecemos á sus órdenes, como poco há á las de los padres ó de los hombres. Son ellas (ideas, representaciones, creencias) las que reemplazan á los

Digitized by Google

mandatos paternos y las que gobiernan nuestra vida.

De niños, pensábamos ya; pero nuestros pensamientos entonces no eran incorporales, abstractos, absolutos, no eran nada más que pensamientos, un cielo para sí, un puro mundo de pensamientos; no eran pensamientos lógicos.

No teníamos, por el contrario, otros pensamientos que los que nos inspiraban los acontecimientos y las cosas; juzgábamos que una cosa determinada era de tal ó cual naturaleza. Pensábamos, sí, «es Dios quien ha creado este mundo que vemos»; pero nuestro pensamiento no iba más lejos, no «escrutábamos las profundidades mismas de la divinidad». Decíamos «esto es verdadero, esto es la verdad»; pero sin indagar lo verdadero en sí, la verdad en sí, sin preguntarnos si «Dios es la verdad». Poco nos importaban «las profundidades de la divinidad, la cual es la verdad». Pilato no se detiene en cuestiones de pura lógica (ó en otros términos, de pura teología) como «¿Qué es la verdad?», y sin embargo, llegada la ocasión, no vacilará en distinguir «lo que hay de verdadero y lo que hay de falso en un asunto», es decir, si tal cosa determinada es verdadera.

Todo pensamiento inseparable de un objeto no es todavía nada más que un pensamiento, un pensamiento absoluto.

No hay para el joven placer más vivo que descubrir y hacer suyo el pensamiento puro; la verdad, la libertad, la humanidad, el hombre, etc., esos astros brillantes que alumbran el mundo de los pensamientos, iluminan y exaltan las almas juveniles.

Pero una vez reconocido el espíritu como lo esencial, aparece una diferencia: el espíritu puede ser rico ó pobre, y nos esforzamos, por consiguiente, en hacernos ricos en espíritu; el espíritu quiere extenderse, fundar su

Digitized by Google

reino, reino que no es de este mundo, sino que pasa más allá; así aspira á resumir en sí toda espiritualidad. Aun espíritu como soy, no soy espíritu perfecto y debo empezar por buscar ese espíritu perfecto.

Yo, que poco há me había descubierto reconociéndome espíritu, me pierdo de nuevo, inmediatamente que, penetrado de mi inanidad, me humillo ante el espíritu perfecto, reconociendo que no está para mí y en mí, sino más allá de mí.

Todo depende del espíritu; ¿pero todo espíritu es «bueno»? El espíritu bueno y verdadero es el ideal del espíritu, el «Espíritu Santo». No es ni el mío ni el tuyo, es un espíritu ideal, superior: es «Dios». «Dios es el espíritu.» Y «Dios, que está en el cielo, dará el buen espíritu á los que lo pidan (1)».

El hombre hecho difiere del joven en que toma el mundo como es, sin ver por todas partes mal que corregir, entuertos que enderezar, y sin pretender modelarlo sobre su ideal. En él se fortifica la opinión de que uno debe obrar para con el mundo según su interés y no según un ideal.

En tanto que uno no ve en sí más que el Espíritu y pone todo su mérito en ser espíritu (no cuesta nada al joven arriesgar su vida, lo «corporal», por una nonada, por la más tonta herida de amor propio); por tan largo tiempo como no tiene uno más que pensamientos, ideas que espera ver realizar un día, cuando haya encontrado su camino, hallado una salida á su actividad, esos pensamientos, esas ideas que posee, permanecen provisionalmente incumplidas, irrealizadas: no se tiene más que un ideal.

Pero desde que uno llega (lo que sucede ordinaria-

(1) San Lucas, XI, 13.

Digitized by Google

mente en la edad madura) á tomar afecto á «su pellejo» y á experimentar un placer en ser tal como uno es, en vivir su vida, cesa de perseguir el ideal para apegarse á un interés personal, egoísta, es decir, á un interés que no atiende ya á la satisfacción sólo del espíritu, sino al contento de todo el individuo: el interés viene á ser desde entonces verdaderamente interesado.

Comparad, pues, al hombre hecho con el joven. ¿No os parece más áspero, más egoísta, menos generoso? ¡Sin duda! ¿Es por eso más malo? No, ¿no es cierto? Se ha hecho simplemente más positivo, ó como decís también, más «práctico». El punto principal es que hace de sí el centro de todo más resueltamente que lo hace el joven, distraído por un montón de cosas que no son él: Dios, la patria y otros pretextos de «entusiasmo».

El hombre así se descubre él mismo por segunda vez. El joven había advertido su espiritualidad y se había extraviado después en la investigación del espíritu universal y perfecto, del Espíritu Santo, del hombre, de la humanidad, en resumen, de todos los ideales. El hombre se recobra y vuelve á hallar su espíritu encarnado en él, hecho carne y convertido en alguien.

Un niño no pone en sus deseos ni ideas ni pensamiento; un joven no persigue más que intereses espirituales; pero los intereses del hombre son materiales, personales y egoístas. Cuando el niño no tiene ningún objeto en que pueda ocuparse, se aburre, porque no sabe todavía ocuparse en sí mismo. El joven, al contrario, se cansa pronto de los objetos, porque de esos objetos se elevan para él pensamientos, y él se interesa, ante todo, en sus pensamientos, en sus sueños, que le ocupan espiritualmente: «su espíritu está ocupado».

En todo lo que no es espiritual, el joven no ve con desprecio más que «futilidades». Si le ocurre tomar en

Digitized by Google

serio las más insignificantes niñerías (por ejemplo, las ceremonias de la vida universitaria y otras formalidades), es porque se apoderan de su espíritu, es decir, porque ve en ellas símbolos.

Yo me he colocado detrás de las cosas, y me he descubierto espíritu; igualmente más tarde me encuentro detrás de los pensamientos, y me descubro su creador y su poseedor.

A la edad de las visiones, mis pensamientos hacían sombra sobre mi cerebro, como el árbol sobre el suelo que lo nutre; se cernían á mi alrededor como ensueños de calenturiento, y me turbaban con su espantoso poder. Los pensamientos mismos habían revestido una forma corporal, y esos fantasmas yo los veía: se llamaban Dios, el Emperador, el Papa, la Patria, etc.

Hoy destruyo esas encarnaciones engañosas, entro en posesión de mis pensamientos, y digo: Yo sólo tengo un cuerpo y soy alguien. No veo ya en el mundo más que lo que él es para mí; es mío, es mi propiedad. Yo lo refiero todo á mí. No ha mucho era espíritu, y el mundo era á mis ojos digno sólo de mi desprecio; hoy soy yo, soy propietario, y rechazo esos espíritus ó esas ideas cuya vanidad he medido. Todo eso no tiene sobre mí más poder que el que ninguna «potencia de la tierra» tiene sobre el espíritu.

El niño era realista, embarazado por las cosas de este mundo, hasta que llegó poco á poco á penetrar detrás de ellas. El joven es idealista, todo ocupado en sus pensamientos, hasta el día en que llega á ser hombre hecho, hombre egoista que no persigue á través de las cosas y los pensamientos más que el gozo de su corazón, y pone por cima de todo su interés personal. En cuanto al anciano... cuando yo lo sea, tiempo será todavía de hablar de él.

Digitized by Google

II

LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS

¿Cómo se ha desarrollado cada uno de nosotros? ¿Cuáles fueron sus esfuerzos? ¿Ha tenido buen éxito? ¿Ha fracasado? ¿Qué objeto perseguía en otro tiempo? ¿Qué deseos y qué proyectos ocupan hoy su corazón? ¿Qué cambios han sufrido sus opiniones? ¿Qué trastornos han experimentado sus principios? En resumen, ¿cómo cada uno de nosotros ha venido á ser lo que es hoy, lo que no era ayer ó en otro tiempo? Cada cual puede recordarlo más ó menos fácilmente; pero cada cual siente sobre todo con viveza los cambios de que ha sido teatro, cuando es la vida de otro la que se desarrolla á sus ojos.

Interroguemos, pues, la Historia, preguntémosla cuáles fueron el fin y los esfuerzos de nuestros antepasados.

I.—Los antiguos.

Puesto que el uso ha impuesto á nuestros abuelos anteriores á Cristo el nombre de «antiguos», no sostendremos que, comparados con nosotros, gentes de experiencia, serían llamados niños con más justo título; pre-

Digitized by Google

ferimos inclinarnos ante ellos como ancianos padres. ¿Pero cómo pudieron acabar por envejecer, y cuál es aquél cuya pretendida novedad llegó á suplantarlos?

Nosotros lo conocemos, al novador revolucionario, al heredero impío que profanó con sus propias manos el sábado de sus padres para santificar su domingo, y que interrumpió el curso del tiempo para hacer datar de él una era nueva; nosotros lo conocemos y sabemos que fue el cristiano. ¿Pero permanece él mismo eternamente joven, es todavía hoy el «moderno», ó le ha llegado su turno de envejecer, á él que hizo envejecer á los «antiguos»?

Fueron los antiguos mismos los que procrearon al hombre moderno que debía suplantarlos: examinemos esta génesis.

«Para los antiguos»—dice Feuerbach, el mundo era una verdad.» Pero olvida añadir lo que es importante: «una verdad detrás de cuya falsedad procuraban, y finalmente llegaron á penetrar.» Se reconoce pronto lo que hay que pensar de aquellas palabras de Feuerbach, cuando se relacionan con la palabra cristiana «este mundo vano y perecedero.»

Jamás el cristiano ha podido convencerse de la vanidad de la palabra divina; cree en su eterna é inquebrantable veracidad, cuyo triunfo sólo pueden hacer más brillante las más profundas meditaciones; los antiguos, en cambio, estaban penetrados del sentimiento de que el mundo y las leyes del mundo (los lazos de la sangre, por ejemplo), eran la verdad, verdad ante la cual debía inclinarse su impotencia. Precisamente lo que los antiguos habían considerado del más alto precio, los cristianos lo rechazaron como sin valor; lo que los unos habían proclamado verdadero, los otros lo envilecieron como una mentira; la idea tan exaltada de patria pierde su im-

Digitized by Google

portancia, y el cristiano no debe ya mirarse más que como un extranjero sobre la tierra (1)»; el entierro de muertos, ese deber sagrado que inspiró una obra maestra, la *Antígona* de Sófocles, no parece más que una miseria («Dejad á los muertos que entierren á sus muertos»); la indisolubilidad de los lazos de familia se convierte en una preocupación de que nunca será demasiado pronto para deshacerse (2), y así sucesivamente.

Vemos, pues, que aquello que los antiguos tuvieron por la verdad era exactamente lo contrario de lo que pasó por la verdad á los ojos de los modernos; los unos creyeron en lo natural, los otros en lo espiritual; los unos en las cosas y en las leyes de la tierra, los otros en las del cielo (la patria celestial, «la Jerusalem de allá arriba», etc.) Dado que el pensamiento moderno no fue más que la ultimación y el producto del pensamiento antiguo, queda por examinar cómo era posible tal metamorfosis.

Fueron los antiguos mismos los que acabaron por hacer de su verdad una mentira.

Remontémonos á los más bellos años de la antigüedad, al siglo de Pericles: entonces es cuando empezó la sofística y la Grecia hizo un juguete de lo que había sido para ella, hasta entonces, el objeto de las más graves meditaciones.

Los padres habían estado demasiado tiempo encorvados bajo el yugo inexorable de las realidades, para que estas duras experiencias no enseñasen á sus descendientes á conocerse. Con una audaz seguridad lanzan los sofistas su grito de unión: «¡No te dejes imponer!», y exponen su doctrina: «Usa en toda ocasión de tu inteli-

(1) Hebreos, XI, 13.

(2) San Marcos, X, 29.

Digitized by Google

gencia, de la sutileza, de la ingeniosidad de tu espíritu; gracias á una inteligencia sólida y bien ejercitada es como se sale mejor del paso en el mundo, se asegura en él la mejor suerte, la más buena vida.» Reconocen, pues, en el espíritu la verdadera arma del hombre contra el mundo; es lo que les hace apreciar tanto la flexibilidad dialéctica, la destreza oratoria, el arte de la controversia. Proclaman que es preciso en toda ocasión recurrir al espíritu; pero están bien lejos aún de santificar al espíritu, porque este último no es para ellos más que un arma, un medio: lo que son para los niños la astucia y la audacia. El espíritu es para ellos la inteligencia, la infalible razón.

Se juzgaría hoy esta educación intelectual incompleta, unilateral, y se añadiría: no forméis únicamente vuestra inteligencia, formad también vuestro corazón. Es lo que hizo Sócrates.

Si el corazón, en efecto, se había libertado de sus aspiraciones naturales; si quedaba lleno de su contenido fortuíto, de impulsos desordenados sometidos á todas las influencias exteriores, no sería más que el foco de las codicias más diversas, y ocurriría fatalmente que la libre inteligencia, esclavizada á aquel «mal corazón», se prestaría á realizar todo lo que deseara la malicia.

Así, Sócrates declara que no basta emplear en toda circunstancia su inteligencia, sino que lo que importa es saber á qué objeto sienta bien aplicarla. Diríamos hoy que ese objeto debe ser «el bien»; pero perseguir el bien es ser moral; Sócrates es, pues, el fundador de la ética.

El principio de la sofística conducía á admitir para el hombre más ciegamente esclavo de sus pasiones la posibilidad de ser un sofista temible, capaz, gracias al poder de su espíritu, de ordenarlo y moldearlo todo á gusto de su grosero corazón. ¿Cuál es la acción en cuyo

Digitized by Google

favor no se pueden invocar «buenas razones?» ¿No es todo sostenible?

Por eso Sócrates añade: «Para que se pueda apreciar vuestra sabiduría, se necesita que tengais un corazón puro.» Entonces comienza el segundo período de la liberación del pensamiento griego, el período de la pureza del corazón. El primero acaba con los sofistas, cuando hubieron proclamado el poder ilimitado de la inteligencia.

Pero el corazón toma siempre el partido del mundo; es su servidor, siempre agitado de pasiones terrestres. Debía, desde entonces, desbastarse aquel corazón inculto; aquel fue el tiempo de la educación del corazón. Pero, ¿qué educación conviene al corazón?

La inteligencia ha llegado á burlarse libremente de todo el contenido del espíritu, del que ella es una faz; eso es también lo que amenaza al corazón: ante él va pronto á hundirse todo lo que pertenece al mundo, tanto que, finalmente, familia, cosa pública, patria, todo será abandonado por él, es decir, por la felicidad, por la felicidad del corazón.

La experiencia diaria enseña que la razón puede haber renunciado desde hace tiempo á una cosa, cuando el corazón late y latirá por ella todavía durante muchos años. De igual modo, por completamente que la inteligencia sofística se hubiese hecho dueña de las antiguas fuerzas, no ha mucho omnipotentes, faltaba todavía, á fin de que no tuviese ya ningún asidero sobre el hombre, expulsarlas del corazón, donde reinaban sin disputa.

Esta guerra fue Sócrates quien la declaró, y la paz no se firmó sino el día en que murió el mundo antiguo.

Con Sócrates comienza el examen del corazón, y todo su contenido va á ser pasado por la criba. Los últimos, los supremos esfuerzos de los antiguos condujeron á re-

Digitized by Google

chazar del corazón todo su contenido, y á dejarlo latir vacío: tal fue la obra de los escépticos. Así fue atacada aquella pureza del corazón, que había llegado en tiempo de los sofistas á oponerse á la inteligencia. El resultado de la cultura sofística fue que la inteligencia no se deja ya detener por nada; el de la educación escéptica, que el corazón no se deja ya conmover por nada.

Durante tanto tiempo como el hombre permanece cogido por el engranaje del mundo, y embarazado por sus relaciones con él—y lo permanece hasta el fin de la antigüedad, porque su corazón ha debido luchar hasta entonces para libertarse del mundo—no es todavía espíritu; el espíritu, en efecto, es inmaterial, sin relaciones con el mundo y la materia; no existe para él ni naturaleza, ni leyes de la naturaleza, sino únicamente lo espiritual y los lazos espirituales.

Por ello el hombre tuvo que llegar á ser tan indiferente y tan apartado de todo, como lo había hecho la educación escéptica, sasz indiferente respecto al mundo para que su derrumbamiento mismo no pudiera conmoverlo, antes de poder sentirse independiente del mundo, es decir, sentirse espíritu. Y á la obra de gigantes cumplida por los antiguos, debe el hombre el saber que es un sér sin unión con el mundo, un espíritu.

Cuando todo cuidado del mundo lo ha abandonado, entonces solamente el hombre es para él mismo todo en todo; no es ya más que para él mismo, es espíritu para el espíritu, ó más claramente, no se cuida más que de lo espiritual.

Los antiguos tendieron hacia el espíritu y se esforzaron en llegar á la espiritualidad. Pero el hombre que quiere ser activo como espíritu, será arrastrado á tareas muy distintas de las que podía de antemano trazarse; á tareas que pondrán en acción el espíritu y no ya sola-

Digitized by Google

mente la inteligencia práctica; la perspicacia, capaz tan solo de hacerse dueña de las cosas. El espíritu persigue únicamente lo espiritual y busca en todo las «huellas del espíritu»: para el espíritu creyente «toda cosa procede de Dios», y no le interesa sino por cuanto este origen divino se revela en ella; todo parece al espíritu filosófico marcado con el sello de la razón, y no le interesa más que si puede descubrir allí la razón; es decir, el contenido espiritual.

Este espíritu que no se aplica á nada no espiritual, á ninguna cosa, sino únicamente al sér que existe detrás y por cima de las cosas, á los pensamientos, los antiguos no lo poseían aún. Pero luchaban por adquirirlo, lo deseaban ardientemente, y por eso mismo lo aguzaban en silencio para volverlo contra su omnipotente enemigo, el mundo; aguardándolo, es su sentido práctico, su sagacidad, la que oponían á ese mundo sensible que, por otra parte, no se había hecho aún sensible para ellos, porque Jehováh y los dioses del paganismo estaban aún bien lejos de la noción «Dios es espíritu», y la patria «celestial» no había reemplazado aún á la patria sensible. Hoy todavía, los judíos, esos herederos de la sabiduría antigua, no se han elevado más arriba, y son incapaces, á despecho de toda la sutileza y de todo el poder de razonamiento que los hacen tan fácilmente dueños de las cosas, de concebir el espíritu para que las cosas no son nada.

El cristiano tiene intereses espirituales, porque se atreve á ser hombre por el espíritu; el judío no puede comprender esos intereses en toda su pureza, porque no puede tomar sobre sí el no conceder ningún valor á las cosas; la espiritualidad pura, esa espiritualidad que encuentra, por ejemplo, su expresión religiosa en «la fe que no justifica ninguna obra» de los cristianos, le está

Digitized by Google

cerrada. Su realismo aleja siempre á los judíos de los cristianos, porque lo espiritual es tan ininteligible para el realista como lo real es despreciable á los ojos del espíritu. Los judíos no tienen más que «el espíritu de esta unidad».

La perspicacia y la profundidad antiguas están tan alejadas del espíritu y de la espiritualidad del mundo cristiano, como la tierra lo está del cielo.

Las cosas de este mundo no conmueven ni angustian al que se siente un espíritu libre; no le dan cuidado, porque sería preciso, para que continuase sintiendo su peso, que fuese asaz limitado para concederles todavía alguna importancia, lo que atestiguaría manifiestamente que no ha perdido aún por completo de vista «la querida vida».

El que se dedica exclusivamente á saberse y sentirse un espíritu puro, se inquieta poco de las eventualidades enojosas que pueden esperarle, y no piensa en modo alguno en las disposiciones que hay que tomar para asegurarse una vida libre y agradable.

Las contrariedades que los azares de la vida hacen nacer de las cosas no le afectan, porque no vive más que por el espíritu, y de alimentos completamente espirituales. Sin duda, como el primer animal habido, pero casi sin advertirlo, bebe, come, y cuando el pasto llega á faltarle, su cuerpo sucumbe; pero en cuanto espíritu, sabe que es inmortal, y sus ojos se cierran enmedio de una meditación ó de una plegaria.

Toda su vida se encierra en sus relaciones con lo espiritual: él piensa y el resto no es nada; sea cualquiera la dirección que tome su actividad en los dominios del espíritu, plegaria, contemplación ó especulación filosófica, siempre sus esfuerzos se realizan bajo la forma de un pensamiento. Así, Descartes, cuando hubo llegado á

Digitized by Google

la perfecta conciencia de esta verdad, podía exclamar: «pienso, luego soy». Eso significa que mi pensamiento es mi sér y mi vida, que yo no tengo otra vida más que mi vida espiritual, ni otra existencia más que mi existencia en cuanto espíritu, ó, en fin, que soy absolutamente espíritu y nada más que espíritu. El infortunado Peter Schlemihl, que había perdido su sombra, es el retrato de ese hombre hecho espíritu, porque el cuerpo del espíritu no hace sombra. ¡Muy distinto ocurría con los antiguos! Por enérgica, por viril que pudiera ser su actitud frente á la potencia de las cosas, no podían hacer más que reconocer esta potencia, y su poder se limitaba á proteger todo lo posible su vida contra ella. Sólo muy tarde reconocieron que su «verdadera vida» no era la que tomaba parte en las luchas contra las cosas del mundo, sino la vida «espiritual», «que se desvía de las cosas»; y el día en que lo advirtieron, eran cristianos, eran «modernos» y novadores frente al mundo antiguo. La vida espiritual, extraña á las cosas de aquí abajo, no tiene ya raíces en la naturaleza, «no vive más que de pensamientos», y no es, por consiguiente, ya la «vida», sino el pensamiento.

No se debe creer, sin embargo, que los antiguos vivían sin pensar; eso sería tan falso como imaginarse al hombre espiritual pensando sin vivir. Los antiguos tenían sus pensamientos, sus miras sobre todo, sobre el mundo, sobre el hombre, sobre los dioses, etc., y mostraban la mayor diligencia en adquirir nuevas luces. Pero lo que no conocían era el pensamiento, aunque por otra parte pensaran en toda clase de cosas y pudieran ser «atormentados por sus pensamientos». Recordad, meditando en ello, la frase del Evangelio: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; tanto como el cielo está más alto que la tierra, son mis pensamientos más elevados que los

Digitized by Google

vuestros»; y acordaos de lo que anteriormente se ha dicho sobre nuestros pensamientos de niños.

¿Qué busca, pues, la antigüedad? La verdadera alegría, la alegría de vivir, y es á la «verdadera vida» á la que acaba por llegar.

El poeta griego Simónides canta: «Para el hombre mortal, el más noble y el primero de los bienes es la salud; el siguiente es la belleza; el tercero, la riqueza adquirida sin fraude; el cuarto, es gozar de esos bienes en compañía de jóvenes amigos.» Esos son los bienes de la vida, las alegrías de la vida. ¿Y qué otra cosa buscaba Diógenes de Sinope, sino esa verdadera alegría de vivir que creyó encontrar en la más estricta desnudez? ¿Qué otra cosa buscaba Arístipo, que la encontró en una inalterable tranquilidad de alma? Lo que buscaban todos era el tranquilo é imperturbable deseo de vivir, era la serenidad; procuraban ser «buenas cosas».

Los estóicos quieren realizar el ideal de la sabiduría en la vida, ser hombres para saber vivir. Ese ideal lo encuentran en el desdén del mundo, en una vida inmóvil y estancada, aislada y desnuda, sin expansión, sin relaciones cordiales con el mundo. El estóico vive, pero es sólo á vivir; para él todo lo demás está muerto. Los epicúreos, al contrario, pedían una vida activa.

Los antiguos, queriendo ser buenas cosas, aspiran al bien vivir (los judíos en especial desean vivir largamente, colmados de hijos y de riquezas), á la Eudemonía, al bienestar bajo todas sus formas. Demócrito, por ejemplo, alaba la paz del corazón del «que desliza sus días en el reposo, lejos de las agitaciones y de los cuidados».

El antiguo piensa, pues, en atravesar la vida sin estorbos, preservándose de las eventualidades malas y de los azares del mundo. Como no puede libertarse del mundo, puesto que toda su actividad está vuelta hacia el es-

Digitized by Google

fuerzo, debe limitarse á rechazarlo, pero su desprecio no lo destruye; así no puede alcanzar, cuando más, sino un alto grado de liberación y no habrá jamás entre él y el menos libertado más que una diferencia de grado. Aunque llegue á matar en sí el último resto de sensibilidad por las cosas terrestres que revela todavía el monótono cuchicheo de la palabra *Brahm*, nada, sin embargo, lo separará esencialmente del hombre de los sentidos, del hombre de la carne.

El estoicismo, la virtud viril misma, no tiene otra razón de ser que la necesidad de afirmarse y de sostenerse para con y contra el mundo; la ética de los estóicos no es una doctrina del espíritu, sino una doctrina del desprecio del mundo y de la afirmación de sí mismo frente al mundo. Y esta doctrina se expresa en «la impasibilidad y la calma de la vida», es decir, en la pura virtud romana.

Los romanos no pasaron de esta sabiduría en la vida (Horacio, Ciceron, etc.).

La prosperidad epicúrea (Hedoné) no es más que el saber vivir estóico, pero afinado, más artificioso; los epicúreos enseñan simplemente otra conducta en el mundo: aconsejan usar de astucias con él en lugar de chocar con él de frente; es preciso engañar al mundo, porque es mi enemigo.

El divorcio definitivo con el mundo fue consumado por los escépticos. Todas nuestras relaciones con él son «sin valor y sin verdad». Las sensaciones y los pensamientos que sacamos del mundo no encierran, dice Timon, «ninguna verdad». «¿Qué es la verdad?» —exclama Pilato. — La doctrina de Pirron nos enseña que el mundo no es ni bueno ni malo, ni hermoso ni feo, etc.; que esos son simples predicados que le atribuímos. «Una cosa no es ni buena ni mala en sí: es el hombre el que la juzga

Digitized by Google

lo uno ó lo otro» (Timon). No hay otra actitud posible ante el mundo que la Ataraxia (la indiferencia), y la Afasia (el silencio, ó en otros términos, el aislamiento interior).

No hay en el mundo «ninguna verdad que aprender»: las cosas se contradicen, nuestros juicios sobre ellas no tienen ningún criterio (una cosa es buena ó mala, según uno la encuentre buena ú otro la encuentre mala); demos de lado á toda investigación de la «verdad»; renuncien los hombres á encontrar en el mundo ningún objeto de conocimiento, y cesen de inquietarse por un mundo sin verdad.

Así la antigüedad sometió al cabo el mundo de las cosas, el orden de la Naturaleza y del Universo; pero este orden abraza no sólo las leyes de la Naturaleza, sino aun todas las relaciones en que la Naturaleza coloca al hombre: la familia, la cosa pública, y todo lo que se llama los «lazos naturales».

Con el mundo del espíritu comienza el cristianismo. El hombre que se mantiene aún en armas frente al mundo, es el antiguo; el pagano (el judío, lo ha quedado siendo porque no es cristiano), el hombre á quien no guía más que «la alegría del corazón», la compasión, la simpatía, el espíritu, es el moderno, el cristiano.

Los antiguos trabajaron en someter al mundo, y se esforzaron en desembarazar al hombre de las pesadas cadenas de su dependencia respecto á lo que no era él; llegaron así á la disolución del Estado y á la preponderancia de lo «privado». Cosa pública, familia, etc., son lazos naturales, y como tales, importunas trabas que rebajan mi libertad espiritual.

Digitized by Google

II.—Los modernos

«Si alguno está en Jesucristo, ha venido á ser una nueva criatura; lo que se había hecho viejo, ha pasado; mirad, todo se ha hecho nuevo (1).»

Hemos dicho antes, que «para los antiguos el mundo era una verdad»; podemos decir ahora: «para los modernos, el espíritu era una verdad», pero á condición de añadir como anteriormente: «una verdad, detrás de cuya falsedad procuraron, y finalmente llegaron á penetrar».

El cristianismo sigue el camino que había tomado la antigüedad: encorvada durante toda la Edad Media bajo la disciplina de los dogmas cristianos, la inteligencia se hace sofista en el siglo que precede á la Reforma, y juega un juego herético con todos los fundamentos de la fe. Eso se produce sobre todo en Italia, y particularmente en la corte de Roma. ¿Pero qué mal hay en que el espíritu se divierta, con tal que el corazón permanezca cristiano?

Largo tiempo antes de la Reforma, se estaba tan acostumbrado á las sutiles controversias, que el Papa, y casi todos con él, no creyeron al principio asistir, cuando Lutero entró en escena, más que á una simple «riña de frailes».

El humanismo corresponde con la sofística: es en tiempo de los sofistas cuando la vida griega llegó á su plena expansión (siglo de Pericles); igualmente la época del humanismo, que se podría quizá llamar también la época del maquiavelismo, fue un apogeo en la historia de la civilización (descubrimiento de la imprenta, del Nuevo Mundo, etc.).

(1) 2.ª á los Corintios, v, 17.

Digitized by Google

El corazón estaba en aquel momento bien lejos aún de toda veleidad de desembarazarse de su contenido cristiano. Pero la Reforma tomó al fin, como lo había hecho Sócrates, al corazón en serio, y los corazones, á datar de ese día, han cesado á ojos vistos de ser cristianos. Desde el momento en que se empezaba con Lutero á poner de nuevo al corazón en cuestión, este primer paso en la vía de la Reforma debía conducir á que él también se aliviase del fardo abrumador de los sentimientos cristianos. De día en día menos cristiano, el corazón perdió lo que le había llenado y ocupado hasta entonces, tanto que no le quedó al fin ya más que una cordialidad vacía: el amor en general del hombre, de la humanidad, el sentimiento de la libertad, la «conciencia.»

El cristianismo llega así al término de su evolución, porque se ha desnudado, atrofiado y vaciado. El corazón no tiene ya nada en él que no le subleve, por lo menos de sorpresa ó de inconsciencia. Somete á una crítica mortal todo lo que pretende conmoverlo; no tiene ni miramientos, ni piedad. No es capaz ni de amistad, ni de amor. ¿Y qué podría amar en los hombres? Todos son «egoístas», ninguno es verdaderamente el hombre, el puro espíritu; el cristiano no ama más que el espíritu, pero ¿dónde está el puro espíritu?

Amar al hombre corporal, en carne y hueso, no sería ya un amor «espiritual», sería una traición respecto al amor «puro», al «interés teórico». No confundais, en efecto, con el amor puro, esa cordialidad que estrecha amistosamente la mano á cada cual; él es precisamente lo contrario; no se entrega con toda sinceridad á nadie, no es más que una simpatía por entero teórica, un interés que se fija en el hombre en cuanto hombre, y no en cuanto persona. La persona rechaza este amor porque es

Digitized by Google

egoísta, porque ella no es el Hombre, la idea en que sólo se puede fijar el interés teórico.

Los hombres como vosotros y yo, no suministran al amor puro, á la pura teoría, más que un asunto de crítica, de burla y de radical desprecio; no son para él, como para los sacerdotes fanáticos, más que «basura» y algo peor.

Llegados á esta primer cima del amor desinteresado, debemos advertir que ese espíritu á que se dirige el amor exclusivo del cristiano no es nada ó es un engaño.

Lo que en este resumen pudiera todavía parecer obscuro y no ser comprendido, se aclarará, así lo esperamos, en lo sucesivo. Aceptemos la herencia que nos han legado los antiguos, y procuremos, obreros laboriosos, sacar de ella todo lo que de ella se pueda sacar. La tierra yace despreciada á nuestros pies, muy por debajo de nosotros y de nuestro cielo; sus brazos poderosos no nos oprimen ya; hemos olvidado su embriagador aliento; por seductora que sea, no puede extraviar más que nuestros sentidos; á nuestro espíritu, y no somos, en verdad, nada más que espíritu, no puede ella engañarlo. Una vez llegado detrás de las cosas, el espíritu está también por cima de ellas; está libre de sus lazos y se cierne, libertado, libremente en el más allá. Así habla la «libertad espiritual».

Para el espíritu, al que largos esfuerzos han desprendido y libertado del mundo, no queda ya, decaídos el mundo y la materia, más que el espíritu y lo espiritual.

Sin embargo, al hacerse esencialmente diferente é independiente del mundo, el espíritu no ha hecho más que alejarse de él, sin poder, en realidad, aniquilarlo; así este mundo le opone, desde el fondo del descrédito en que ha caído, obstáculos sin cesar renacientes; y el espíritu está condenado á arrastrar perpetuamente el melancólico deseo de espiritualizar el mundo, de «resca-

Digitized by Google

tarlo»; de ahí los planes de redención, los proyectos de mejora del mundo, que forma como un joven.

Los antiguos, ya lo hemos visto, eran esclavos de lo natural, de lo terrestre; se inclinaban ante el orden natural de las cosas, pero preguntándose sin cesar si no existía medio de esquivar esta servidumbre; cuando se hubieron fatigado mortalmente en tentativas de rebelión siempre renovadas, de su último suspiro nació el Dios, el «vencedor del mundo».

Toda la actividad de su pensamiento había sido dirigida hacia el conocimiento del mundo; no había sido más que un largo esfuerzo para penetrarlo y traspasarlo. ¿Qué objeto se ha dado el pensamiento durante los siglos que siguieron? ¿Detrás de qué los modernos han intentado penetrar? ¿Detrás del mundo? No, porque esta tarea la habían cumplido los antiguos; pero sí detrás del dios que estos últimos les legaban, detrás del dios «que es espíritu», detrás de todo lo que toca al espíritu, detrás de lo espiritual.

La actividad del espíritu que explora «las profundidades mismas de la divinidad» condujo á la teología.

Si los antiguos no han producido más que una cosmología, los modernos no han pasado jamás y no pasan de la teología.

Veremos en lo sucesivo que las más recientes rebeliones contra Dios no son ellas mismas, sino las últimas convulsiones de esa «teología»; son insurrecciones teológicas.

§ I.—*El espíritu.*

El mundo de los espíritus es prodigiosamente vasto; el de lo espiritual es infinito: examinemos, pues, lo que es á punto fijo ese espíritu que nos han legado los anti-

Digitized by Google

guos. Ellos lo dieron á luz entre dolores, pero no pudieron reconocerse en él; habían podido traerlo al mundo, pero debía hablar él mismo. El «Dios-nacido», el «Hijo del hombre», expresó el primero este pensamiento: que el espíritu, es decir, Él, el Dios, no tiene ninguna ligadura con las cosas terrestres y sus relaciones, sino únicamente con las cosas espirituales y sus relaciones.

Mi inquebrantable firmeza en la adversidad, mi inflexibilidad y mi audacia, ¿son ya el espíritu, en la plena acepción de la palabra? ¿No puede el mundo, en efecto, nada contra ellas? Si fuera así, el espíritu estaría todavía en oposición con el mundo, y todo su poder se limitaría á no someterse á él. No; en tanto que no se ocupa exclusivamente de sí mismo; en tanto que no tiene únicamente que hacer con su mundo, con el mundo espiritual, el espíritu no es todavía el espíritu libre; permanece siendo el «espíritu del mundo», encadenado á este mundo. El espíritu no es espíritu libre, es decir, realmente espíritu, más que en el mundo que le es propio; aquí abajo, en «este» mundo, queda siendo un extranjero. Sólo en un mundo espiritual el espíritu se completa y toma posesión de sí, porque «este bajo mundo» no lo comprende y no puede guardar junto á él á «la hija del extranjero».

¿Pero dónde encontrará ese dominio espiritual? ¿Dónde sino en sí mismo? Él debe manifestarse, y las palabras que pronuncia, las revelaciones por las que se descubre, ese es su mundo. Como el extravagante no vive ni posee su mundo más que en las figuras fantásticas que crea su imaginación; como el loco engendra su propio mundo de sueños, sin el cual no será loco, así el espíritu debe crear su mundo de fantasmas, y en tanto que no lo ha creado no es espíritu. Son sus creaciones las que lo hacen espíritu; en ellas se le reconoce á él, su creador; él vive en ellas, ellas son su mundo.

Digitized by Google

¿Qué es, pues, el espíritu? El espíritu es el creador de un mundo espiritual. Se reconoce su presencia en ti y en mí desde que se comprueba que nos hemos apropiado algo espiritual, es decir, pensamientos: que estos pensamientos nos hayan sido sugeridos, poco importa, con tal que nosotros les hayamos dado la vida; porque, durante todo el tiempo que éramos niños, se hubiese podido proponernos las máximas más edificantes, sin que tuviésemos la voluntad ó estuviésemos en estado de volverlas á crear en nosotros. Así, pues, el espíritu no existe más que cuando crea algo espiritual y su existencia resulta de su unión con lo espiritual, su creación.

Como en sus obras es donde lo reconocemos, debemos preguntarnos lo que son esas obras: las obras, los hijos del espíritu no son otros que espíritus, fantasmas.

Si yo tuviese ante mí judíos, judíos de antigua cepa, podría detenerme aquí y dejarles meditar sobre el misterio de su incredulidad y de su incomprensión de veinte siglos. Pero como tú, mi querido lector, no eres un judío, al menos un judío de pura sangre—ninguno de ellos se habría descarriado hasta aquí—iremos todavía juntos un trozo de camino, hasta que tú también, quizás, me vuelvas la espalda, creyendo que me burlo de ti.

Si alguno te dijese que eres todo espíritu, te tocarías y no lo creerías, pero dirías por respuesta: «No carezco, en verdad, de espíritu; lo tengo, pero no existo únicamente como espíritu: soy un hombre de carne y hueso.» Harías siempre, además, una distinción entre ti y «tu espíritu». «Pero—replica tu interlocutor—es tu destino, aunque seas todavía al presente el prisionero de un cuerpo, llegar á ser algún día espíritu bienaventurado; y si puedes figurarte el aspecto futuro de ese espíritu, es igualmente cierto que en la muerte abandonarás ese cuerpo, y que lo que guardes para la eternidad

Digitized by Google

serás tú; es decir, tu espíritu. Por consiguiente, lo que hay de verdadero y de eterno en ti es el espíritu; el cuerpo no es más que tu morada en este mundo, morada que puedes abandonar, y quizá cambiar por otra.»

¡Héte aquí convencido! Por el momento, en verdad, no eres un puro espíritu; pero, cuando hayas emigrado de este cuerpo perecedero, podrás salir del paso sin él; así, es necesario que tomes tus precauciones, y que cuides á tiempo tu «yo» por excelencia: «¿De qué serviría al hombre conquistar el universo, si tuviera para eso que hacer mal á su alma?»

Graves dudas se han elevado en el curso de los tiempos contra los dogmas cristianos, y te han despojado de tu fe en la inmortalidad de tu espíritu; pero ha quedado un dogma en pie: tú estás siempre firmemente convencido de que el espíritu es lo que hay mejor en ti, y que lo espiritual debe aventajar en ti á todo lo demás. Cualquiera que sea tu ateismo, comulga con los creyentes en la inmortalidad de su celo contra el egoismo.

¿Qué entiendes por un egoísta? El que en lugar de vivir para una idea, es decir, para alguna cosa espiritual, y sacrificar á esta idea su interés personal, sirve, al contrario, á este último. Un buen patriota, por ejemplo, lleva su ofrenda al altar de la patria; y que la patria sea una pura idea no ofrece duda, porque no hay ni patria ni patriotismo para los animales, á los que el espíritu está prohibido, ó para los niños todavía sin espíritu. El que no se muestra buen patriota descubre su egoismo frente á la patria. Lo mismo sucede en una infinidad de otros casos: gozar de un privilegio á expensas del resto de la sociedad, es pasar por egoismo contra la la idea de igualdad; detener el poder es violar como egoísta la idea de libertad, etc., etc.

Tal es la causa de tu aversión por el egoísta: él su-

Digitized by Google

bordina lo espiritual á lo personal, y es en él en quien piensa cuando preferirías verle obrar por el amor de una idea. Lo que os distingue es que tú refieres á tu espíritu todo lo que él refiere á sí mismo; en otros términos: tú escindes tu «Yo» y eriges tu «Yo propiamente dicho», el espíritu, en señor soberano del resto que juzgas sin valor, en tanto que él no quiere entender nada de tal reparto, y persigue á su gusto sus intereses, tanto espirituales como materiales. Tú crees no sublevarte más que contra los que no conciben ningún interés espiritual, pero de hecho abrazas en tu maldición á todos los que no tienen esos intereses espirituales por «los verdaderos, los supremos intereses.» Tú llevas tan lejos tu oficio de caballero, sirviente de esta bella, que la proclamas la única belleza que exista en el mundo. No es para ti para quien tú vives, sino para tu espíritu y para lo que depende del espíritu; es decir, para las ideas.

Puesto que el espíritu no existe sino en tanto que crea lo espiritual, procuremos, pues, descubrir su primera creación. De ésta se deriva, naturalmente, una generación indefinida de creaciones; como quiera que, á creer el mito, bastó que los primeros humanos fuesen creados para que la raza se multiplicase espontáneamente. En cuanto á esta primera creación, debe ser sacada «de la nada», es decir, que el espíritu, para realizarla, no dispone más que de sí mismo; más aún: no dispone siquiera todavía de él, pero debe crearse; el espíritu es, por consiguiente, él mismo, su primera creación. Por místico que el hecho parezca, su realidad no está menos atestiguada por una experiencia de todos los días. ¿Eres un pensador antes de haber pensado? Sólo por el hecho de que creas tu primer pensamiento, creas en tí el pensador, porque no piensas en tanto que no has tenido un pensamiento. ¿No es tu primer canto

Digitized by Google

el que hace de tí un cantor, tu primera palabra la que hace de tí un hombre que habla? Igualmente es tu primera producción espiritual la que hace de tí un espíritu. Si tú te distingues del pensador y cantor que eres, debieras distinguirte igualmente del espíritu, y sentir claramente que eres aún otra cosa que espíritu. Pero lo mismo que el «yo» pensante pierde fácilmente la vista y el oído en su entusiasmo de pensar, así también «el entusiasmo del espíritu» te ha aprehendido, y aspiras ahora con todas tus fuerzas á hacerte todo espíritu y á fundirte en el espíritu. El espíritu es tu ideal, lo inaccesible, el más allá; tú llamas al espíritu Dios: «¡Dios es el espíritu!»

Tu celo te excita contra todo lo que no es espíritu, y así te sublevas contra ti mismo. que no estás exento de un resto de no espiritualidad. En lugar de decir: «yo soy más que espíritu», dices con contrición: «Yo soy menos que espíritu. El espíritu, el puro espíritu no puedo más que concebirlo, pero yo no lo soy, otro lo es, y á ese otro lo llamo Dios.»

El espíritu, para existir como puro espíritu, debe ser necesariamente un más allá; porque, puesto que yo no lo soy, no puede estar sino fuera de mí, y puesto que ningún hombre realiza íntegramente la noción de «espíritu», el espíritu puro, el espíritu en sí, sólo puede estar fuera de los hombres, más allá del mundo humano, no terrestre, sino celeste.

Esta discordancia entre mí y el espíritu, que resalta en el hecho de que «yo» y «espíritu» no son dos nombres aplicables á una sola y misma cosa, sino dos nombres diferentes para dos cosas diferentes, de que yo no soy espíritu y que el espíritu no soy yo, eso sólo basta para mostrarnos sobre qué tautología reposa la aparente necesidad para el espíritu de habitar el más allá, es decir, de ser Dios.

Digitized by Google

Eso sólo basta también para hacernos apreciar la base totalmente teológica sobre que Feuerbach (1) edifica la solución que se esfuerza en hacernos aceptar. En otro tiempo—dice—no buscábamos ni advertíamos nuestra esencia más que en el más allá, en tanto que al presente, que comprendemos que Dios no es más que nuestra esencia humana, debemos reconocer esta última como nuestra y trasladarla de nuevo del otro mundo á este mundo. Ese Dios que es espíritu, Feuerbach lo llama «nuestra esencia». ¿Podemos aceptar esta oposición entre «nuestra esencia» y nosotros, y admitir nuestra división en un yo esencial y un yo no esencial? ¿No somos así condenados de nuevo á vernos miserablemente desterrados de nosotros mismos?

¿Qué ganamos, pues, en metamorfosear nuestro divino exterior en un divino interior? ¿Somos nosotros lo que está en nosotros? No más que lo que está fuera de nosotros. Yo no soy mi corazón, más que soy mi amante, ese «otro yo». Precisamente porque no somos el espíritu que habita en nosotros, estábamos obligados á proyectar ese espíritu fuera de nosotros; no era él nosotros, no haciendo más que uno con nosotros, y así no podíamos concederle otra existencia que fuera de nosotros, más allá de nosotros, en el más allá.

Feuerbach abraza con la energía de la desesperación todo el contenido del Cristianismo, no para echarlo abajo, sino para apoderarse de él, para arrancar de su cielo, por un último esfuerzo, ese ideal siempre deseado, jamás alcanzado, y guardarlo eternamente. ¿No es ese un supremo esfuerzo, una empresa desesperada sobre la vida y la muerte, y no es al mismo tiempo la última convulsión del espíritu cristiano sediento de más allá?

(1) *Wesen des Christentums* (Esencia del Cristianismo.)

Digitized by Google

¡El héroe no intenta escalar el cielo, sino atraerlo á él, forzarlo á hacerse terrestre! ¿Y qué grita el mundo entero desde ese día? ¿Qué reclaman sus votos más ó menos conscientes? ¡Que venga ese «más allá», que el cielo baje sobre la tierra, que se abra desde ahora sobre nosotros!

A la doctrina teológica de Feuerbach, oponemos en algunas palabras las objeciones que nos sugiere: «el sér del hombre es para el hombre el Sér Supremo. A este Sér Supremo, la religión lo llama Dios, y hace de él un sér objetivo; pero no es en realidad más que el propio sér del hombre; y estamos en un recodo de la historia del mundo, porque desde ahora para el hombre no es ya Dios, sino el Hombre el que encarna la divinidad.»

A esto respondemos: el Sér Supremo es el sér ó la esencia del hombre, os lo concedo; pero precisamente porque esta esencia suprema es «su esencia» y no «él», es totalmente indiferente que la veamos fuera de él y hagamos de ella «Dios», ó que la veamos en él y hagamos la «esencia del Hombre» ó el «Hombre». Yo no soy ni Dios ni el hombre, yo no soy ni la esencia suprema ni mi esencia, y en el fondo, es todo uno que yo conciba la esencia en mí ó fuera de mí. Más aún: siempre la esencia suprema ha sido concebida en ese doble más allá, más allá interior y más allá exterior; porque, según la doctrina cristiana, el «espíritu de Dios» es tambien «nuestro espíritu» y «habita en nosotros.» Habita el cielo y habita en nosotros; nosotros no somos más que su «morada». Si Feuerbach destruye su morada celestial y le fuerza á venir á instalarse entre nosotros con armas y bagajes, nos veremos nosotros, su terrestre mansión, singularmente embarazados.

Esta digresión advertimos demasiado tarde que hubiera sido mejor reservarla para más adelante, á fin de

Digitized by Google

evitar una repetición. Volvamos á la creación primera del espíritu, es decir, al espíritu mismo. El espíritu ¿es alguna cosa distinta que yo? Esta cosa distinta, ¿cuál es?

§ 2.—*Los poseídos.*

¿Has visto ya un espíritu?—¿Yo? No; pero mi abuela los ha visto.—Así me pasa á mí; yo no los he visto nunca, pero mi abuela los tenía que le corrían sin cesar por entre las piernas; y por respeto al testimonio de nuestras abuelas, creemos en la existencia de los espíritus.

¿Pero no teníamos también abuelos y no se encogían de hombros cada vez que nuestras abuelas empezaban sus historias de aparecidos? ¡Ay, sí; eran incrédulos y han hecho gran daño á nuestra buena religión todos esos filósofos! Lo veremos bien por lo que sigue.

¿Qué hay en el fondo de esa fe profunda en los aparecidos, sino la fe en la existencia «de seres espirituales» en general? Y la segunda ¿no sería deplorablemente quebrantada, si quedase establecido que todo hombre que piensa debe encogerse de hombros ante la primera?

Los románticos, sintiendo cuánto comprometería la creencia en Dios mismo el abandono de la creencia en los espíritus ó aparecidos, se esforzaron en conjurar esta consecuencia enojosa; con ese objeto, no sólo resucitaron el mundo maravilloso de las leyendas, sino que acabaron por explotar el «mundo superior» con sus sonámbulos, sus virtudes, etc.

Los buenos creyentes y los Padres de la Iglesia no sospechaban que desplomándose la creencia en los aparecidos, era el suelo mismo el que faltaba bajo la religión, desde entonces flotante y sin apoyo. El que no cree ya en ningún aparecido no tiene más que ser con-

Digitized by Google

secuente consigo mismo para que su incredulidad lo conduzca á advertir que no se oculta detrás de las cosas ningún ser aparente, ningún aparecido, ó (empleando una palabra de la que se ha hecho ingenuamente un sinónimo de esta última) ningún «espíritu».

«¿Pero existen espíritus?» Contempla el mundo que te rodea, y díme si detrás de toda cosa no te aparece un espíritu. La flor, la humilde flor te habla del espíritu del creador que hizo de ella una pequeña maravilla; las estrellas proclaman al espíritu que ordena su curso; un espíritu de sublimidad se cierne por la cima de los montes; el espíritu de la melancolía y del deseo murmura bajo las aguas; y en los hombres hablan millones de espíritus. Húndanse las montañas, caiga en polvo el mundo de las estrellas, marchítense las flores y mueran los hombres, ¿qué sobrevive á la ruina de esos cuerpos visibles? ¡El espíritu invisible, eterno! ¡Si todo en este mundo está encantado! ¿Qué digo? Este mundo mismo está encantado; máscara engañosa, es la forma errante de un espíritu, es un fantasma.

¿Qué es un fantasma sino un cuerpo aparente, sino un espíritu real? Tal es el mundo, «vano», «nulo», ilusoria apariencia, sin otra realidad que el espíritu, de que es la envoltura visible. Mira: aquí, allá, por todas partes te rodea un mundo de fantasmas; estás asediado sin cesar por visiones, por «apariciones». Todo lo que se muestra á tí no es más que el reflejo del espíritu que lo habita, una aparición espectral; el mundo entero no es más que una fantasmagoría, detrás de la cual se agita el espíritu. Tú «ves espíritus».

¿Vas quizá á compararte con los antiguos, que veían dioses por todas partes? Los dioses, mi querido Moderno, no son espíritus; los dioses no reducen al mundo á ser solo una apariencia y no lo espiritualizan.

Digitized by Google

A tus ojos, el mundo entero está espiritualizado; ha venido á ser un enigmático fantasma; así, no pienses siquiera ya en extrañarte de no encontrar en ti más que un fantasma. ¿No hechiza tu espíritu á tu cuerpo, y no es él, lo verdadero, lo real, en tanto que tu cuerpo no es más que una «apariencia», algo «perecedero» y «sin valor?» ¿No somos todos espectros, pobres seres atormentados que aguardan la «redención?» «¿No somos espíritus?»

Desde que el espíritu ha aparecido en el mundo, desde que «el Verbo se ha hecho carne», ese mundo espiritualizado y entregado á los encantamientos no es más que una casa encantada.

Tú tienes un espíritu, porque tienes pensamientos. Pero ¿qué son esos pensamientos?—Seres espirituales.—¿No son, pues, cosas?—No, sino el espíritu de las cosas, lo que hay en ellas de más íntimo, de más esencial, su idea. — Lo que piensas, ¿no es simplemente tu pensamiento? — Al contrario, es lo que hay más real, propiamente verdadero en el mundo: es la verdad misma; cuando yo pienso exactamente, pienso la verdad. Puedo engañarme acerca de la verdad, puedo desconocerla; pero cuando mi conocimiento es verídico, la verdad es su objeto.—¿Aspiras, pues, á conocer la verdad? — La verdad es para mí sagrada. Puede suceder que yo encuentre una verdad imperfecta y que deba reemplazarla por otra mejor, pero no puedo suprimir la verdad. Yo creo en la verdad y por eso la busco; nada la supera, ella es eterna.

¡La verdad es sagrada y eterna! Pero tú, que te llenas de esa santidad y haces de ella tu guía, serás tú mismo santificado. Lo sagrado no se manifiesta jamás á tus sentidos, no es nunca como sér material como descubres su huella; no se revela más que á tu fe, ó más exactamente á tu espíritu, porque ello mismo es algo espiritual, un espíritu; es espíritu para el espíritu.

Digitized by Google

La noción de santidad no se deja extirpar tan fácilmente como parecen creerlo muchos que rehusan emplear todavía esta palabra «impropia». Desde cualquier punto de vista que uno se coloque para acusarme de egoísmo, con ese reproche se sobrentiende siempre que se tiene la mira en alguna otra cosa que en mí, á la que yo debería servir con preferencia á mí mismo, á la que yo debería considerar más importante que todo lo demás; en resúmen, algo «santo» y «sagrado». Que ese sacrosanto sea por otra parte tan humano como se quiera, que sea lo humano mismo, eso no le quita nada de su carácter y hace, cuando más, de ese sagrado supraterrestre un sagrado terrestre, de ese sagrado divino un sagrado humano.

Nada es sagrado, más que para el egoísta que no se da cuenta de su egoísmo, para el egoísta involuntario. Yo llamo así al que, incapaz de traspasar jamás los límites de su yo, no lo tiene, sin embargo, por el Sér Supremo; que no sirve más que á sí mismo, creyendo servir á un sér superior, y que no conociendo nada superior á sí mismo, sueña, sin embargo, con alguna cosa superior; en resumen, es el egoísta que quisiera no ser egoísta, que se humilla y que combate su egoísmo, pero que no se humilla más que «para ser ensalzado», es decir, para satisfacer su egoísmo. Como querría dejar de ser egoísta, interroga á cielo y tierra en busca de algún sér superior al que pueda ofrecer sus servicios y sus sacrificios; pero por más que se agita y se mortifica, no lo hace en definitiva más que por amor de sí mismo, y el egoísmo, el odioso egoísmo no lo suelta. He ahí por qué lo llamo un egoísta involuntario. Todos sus cuidados, todos sus trabajos para liberarse de su yo no son más que un esfuerzo mal comprendido para libertar su yo.

¿Estás ligado á tu hora pasada? ¿Debes hacer hoy lo

Digitized by Google

que hiciste ayer? ¿No puedes transformarte á cada instante? Si así fuera, te sentirías encadenado y paralizado. Pero á cada minuto de tu existencia, un nuevo minuto del porvenir te hace señas y te llama; al desarrollarte te apartas «de tí», de tu yo actual. Lo que tú eres á cada instante es tu obra, y debes á esta obra no perderte, tú, su autor. Tú mismo eres un sér superior á lo que eres, te superas á tí mismo. Pero este hecho de que eres superior á tí, de que no eres sólo una criatura, sino al mismo tiempo tu creador, se te escapa en tu calidad de egoísta involuntario, y por eso el «sér superior» permanece siendo para ti un extraño. Todo sér superior, verdad, humanidad, etc., es un sér por cima de nosotros.

Nos es extraño; es esa una señal en que reconocemos lo que es «sagrado». Hay en todo lo que es sagrado algo de desconocido, de diferente, que nos embaraza y nos impide sentirnos á nuestras anchas. Lo que es para mí sagrado, no me pertenece; si la propiedad de otro, por ejemplo, no me fuera sagrada, yo la miraría como mía y no dejaría escapar una ocasión de aprovecharme de ella, si, por el contrario, la figura del Emperador de la China es para mí sagrada, permanece extraña á mis ojos y yo los bajo ante él.

¿Por qué una verdad matemática indiscutible, que se podría, en el sentido usual de la palabra, llamar eterna, no es para mí sagrada? Porque no es revelada; no es la revelación de un sér superior. Entender únicamente por reveladas las «verdades religiosas», sería absolutamente erróneo, sería desconocer por completo el valor del concepto «sér superior». Los ateos ponen en irrisión ese sér superior al que se ha consagrado un culto bajo el nombre de «Sér Supremo», y reducen á polvo, una tras otra, todas las «pruebas de su existencia», sin notar que ellos mismos obedecen así á su necesidad de un sér superior

Digitized by Google

y que no destruyen el antiguo sino para dejar sitio á uno nuevo.

Al lado de un individuo humano, ¿no es «el hombre» un sér superior? Y las verdades, los derechos, las ideas que se derivan de su concepto, ¿no deben, como revelaciones de ese concepto, ser respetadas y tenidas por sagradas? Suponed hasta que se llegue á demostrar la falsedad de alguna verdad que pasaba por una de sus manifestaciones: eso atestiguará únicamente una falsa interpretación por vuestra parte, sin causar el menor perjuicio á la noción sagrada misma y sin quitar nada de su santidad á las otras verdades, á las que deben «con justo título» ser miradas como sus revelaciones. El hombre supera á todo hombre tomado individualmente, y si es la «esencia» del individuo, no es, en realidad, su esencia (porque el sér ó la esencia del individuo debería ser tan única como el individuo mismo), sino una esencia, un «sér superior», y para los ateos mismos la esencia ó el Sér «supremo».

De igual modo que las revelaciones divinas no fueron escritas de mano de Dios, sino publicadas por los «instrumentos del Señor», así también el Hombre no publica él mismo sus revelaciones, sino que nos las hace conocer por medio de «verdaderos hombres». Sólo que este nuevo sér supremo revela una concepción mucho más espiritualizada que la del antiguo Dios; este último aún podía ser representado bajo una forma corporal, se podía imaginarle cierta figura, en tanto que el Hombre, por el contrario, permanece puramente espiritual y no se puede prestarle ningún cuerpo material particular. Cierto es que no le falta cierta corporalidad, tanto más seductora, por cuanto parece más natural y más terrestre, y es simplemente cada hombre natural, ó, más sencillamente aún, la «raza humana», ó «todos los hombres».

Digitized by Google

El espíritu reintegra así su forma de fantasma y vuelve á hacerse compacto y popular á satisfacción.

Santo, pues, es el Sér Supremo; santo es todo aquello en lo que Él se revela ó se revelará, y santificados son los que reconocen ese Sér Supremo en su propio sér, es decir, en las manifestaciones de ese sér. Lo que es santo, santifica en retorno á su adorador; el culto que le rinde lo santifica, y santifica lo que hace: un santo comercio, santos pensamientos y santas acciones, etc.

El objeto que debe ser honrado como Sér Supremo, ya se concibe que no puede ser discutido con fruto, sino en tanto que los contradictores más encarnizados estén de acuerdo sobre el punto esencial y admitan la existencia de un Sér Supremo al que se dirigen nuestro culto y nuestros sacrificios. Si alguno sonriese desdeñosamente ante toda controversia acerca del Sér Supremo, como un cristiano puede sonreir ante las discusiones de un siita y un sunnita ó de un brahmin y un budista, sería porque á sus ojos la hipótesis de un Sér Supremo es nula, y toda disputa á tal propósito es un juego pueril. Ya sea vuestro Sér Supremo el Dios único en tres personas, el Dios de Lutero, el *Etre suprème* del deista, ó ya no sea en modo alguno Dios, sino «el Hombre», todo es uno para el que niega al Sér Supremo mismo. Vosotros, todos los que servís á un Sér Supremo, cualquiera que sea, no sois más que gentes piadosas, tanto el ateo más frenético como el más ferviente cristiano.

En la santidad viene en primer término el Sér Supremo, y con él nuestra «santa creencia».

El Fantasma.

Con los aparecidos entramos en el reino de los espíritus, en el reino de los Seres, de las Esencias.

Digitized by Google

El sér enigmático é «incomprensible» que encanta y turba el Universo, es el fantasma misterioso que llamamos Sér Supremo. Penetrar ese fantasma, aprehenderlo, descubrir la realidad que está en él (probar «la existencia de Dios»), es la tarea á que los hombres se han dedicado durante siglos; se han ingeniado en llevar á cabo esa terrible imposibilidad, ese interminable trabajo de Danaidas de cambiar el fantasma en un no fantasma, lo no real en real, el espíritu en una persona entera y corporal. Detrás del mundo existente buscaron la «cosa en sí», el sér, la esencia; detrás de la cosa buscaron la no cosa.

Examínese á fondo el menor fenómeno, búsquese su esencia, y se descubrirá en ella frecuentemente otra cosa muy distinta que lo que parecía á primera vista; una palabra melosa y un corazón falso, un discurso pomposo y pensamientos mezquinos, etc. Y por lo mismo que se hace resaltar la esencia, se reduce el aspecto, hasta entonces mal comprendido, á una engañosa apariencia.

La esencia de este mundo soberbio es, para el que escruta sus profundidades, la vanidad. El que es religioso, no se ocupa en la apariencia engañosa, en los vanos fenómenos, sino que busca la esencia, y cuando tiene esa esencia, tiene la verdad.

Las esencias que se manifiestan bajo ciertos aspectos son las esencias malas, las que se manifiestan bajo otros son las buenas. La esencia del sentimiento humano, por ejemplo, es el amor; la esencia de la voluntad humana es el bien; la del pensamiento es lo verdadero, etc.

Lo que pasa al principio por existente, como el mundo y lo que á él se refiere, aparece ahora como una pura ilusión, y lo que existe verdaderamente es la esencia, por medio de la cual el reino se llena de dioses, de

Digitized by Google

espíritus, de demonios, es decir, de buenas y de malas esencias. Este mundo invertido, el mundo de las esencias, es desde entonces el sólo verdaderamente existente. El corazón humano puede estar sin amor, pero su esencia existe: el dios, «que es el amor»; el pensamiento humano puede extraviarse en el error, pero su esencia, la verdad, no por eso existe menos: «Dios es la verdad». No conocer y no reconocer más que las esencias, tal es lo propio de la religión; su reino es un reino de las esencias, de los fantasmas, de los aparecidos.

El esfuerzo para hacer aprehensible el fantasma, ó para realizar el *non sens*, ha llevado á producir un fantasma corporal, un fantasma ó un espíritu provisto de un cuerpo real, un fantasma hecho carne. Cómo los más poderosos genios del cristianismo han puesto en tortura su ingenio para coger esa apariencia fantástica, cada cual lo sabe; pero á despecho de sus esfuerzos la contradicción de las dos naturalezas ha quedado siendo irreductible: de una parte la divina, de otra parte la humana; de una parte el fantasma, de la otra el cuerpo sensible. El más extraordinario de los fantasmas ha quedado siendo una «no cosa». El que se martirizaba el alma no era todavía un espíritu, y ningún chaman que se tortura hasta el delirio furioso y el frenesí para exorcisar un espíritu, ha experimentado las angustias que ese espectro inaprehensible procuró á los cristianos.

Fue el Cristo quien sacó á luz esta verdad: que el verdadero espíritu, el fantasma por excelencia, es el Hombre. El espíritu hecho carne, es el Hombre; es él mismo la prodigiosa ciencia, es á la vez su apariencia y su existencia. Desde entonces el hombre no se espanta ya ante los aparecidos que están fuera de él, sino ante él mismo; es para sí mismo un objeto de espanto. En el fondo de su pecho habita el Espíritu de pecado; el pensa-

Digitized by Google

miento más dulce (y este pensamiento mismo es un espíritu), es quizá un diablo, etc.

El fantasma ha tomado un cuerpo, el Dios se ha hecho hombre, pero el hombre es ahora él mismo el aterrador fantasma tras del cual él se esfuerza en penetrar, y que procura exorcisar, comprender y expresar; el hombre es Espíritu. Que el cuerpo se seque, con tal que el espíritu se salve; el espíritu es desde entonces el único cuidado, y la salvación del espíritu ó del «alma» es el objeto único. El hombre mismo ha venido á ser un aparecido, un fantasma obscuro y engañoso, al que está asignado un lugar determinado en el cuerpo. (Discusiones sobre el sitio en que está el alma: ¿es en la cabeza? etc.)

Tú no eres para mí un sér superior, y yo no lo soy para ti. Puede suceder, sin embargo, que cada uno de nosotros oculte un sér superior, que exija de nosotros un respeto mutuo. Así, para tomar como ejemplo lo que hay en nosotros de más general, en ti y en mí vive el hombre. ¿Si yo no viese al hombre en ti, qué te tendría que respetar? En verdad, tú no eres el hombre, no eres su verdadera y adecuada figura, no eres más que la cubierta perecedera que el hombre reviste por algunas horas, y de que puede salir sin dejar de ser él mismo. Sin embargo, ese sér general y superior, mora por el momento en ti. Así me apareces tú, cuya forma pasajera ha revestido un espíritu inmortal, tú en quien un espíritu se manifiesta sin estar ligado á tu cuerpo y á este modo de aparición, como un fantasma.

Así es que no te considero como un sér superior; lo que respeto en ti, no es más que el sér superior que albergas; es decir, el «Hombre». Los antiguos no tenían, bajo este punto de vista, ningún respeto para sus esclavos, porque no lo tenían para el sér superior que honramos hoy con el nombre de «Hombre». Ellos descubrían

Digitized by Google

en los demás otros fantasmas, otros espíritus. El pueblo es un sér superior al individuo, es un espíritu que «encanta» al individuo, es el espíritu del pueblo. A este espíritu es al que honraban los antiguos, y el individuo no tenía para ellos importancia más que al servicio de ese espíritu ó de un espíritu vecino: el espíritu de familia. Por amor á este sér superior, el Pueblo, se concedía algún valor á cada ciudadano. De igual modo que tú estás á nuestros ojos santificado por el «Hombre» que te hechiza, así también se estaba en aquel tiempo santificado por tal ó cual otro sér superior: el pueblo, la familia, etc.

Si yo te prodigo mis atenciones y mis cuidados, es porque me eres querido, es porque encuentro en ti el alimento de mi corazón, la suspensión de mi angustia; si te amo, no es por amor á un sér superior de quien seas la envoltura consagrada, no es porque vea en ti un fantasma y adivine un espíritu; por egoismo te amo; eres tú mismo, con tu esencia, quien me eres querido, porque tu esencia no es nada superior, no es ni más elevada ni más general que tú; es única como tú mismo, es tú mismo.

Pero el hombre no es sólo un fantasma; todo está hechizado. El sér superior, el espíritu que se agita en todas las cosas, no está ligado á nada y no hace más que «aparecer» en las cosas. ¡Fantasmas en todos los rincones!

Este sería el lugar de hacer desfilar esos fantasmas; pero tendremos ocasión en lo sucesivo de evocarlos de nuevo para verlos volar ante el egoísmo. Podemos, pues, limitarnos á citar algunos á guisa de ejemplares; como el Espíritu Santo, la Verdad, el Rey, la Ley, el Bien, la Majestad, el Honor, el Bien público, el Orden, la Patria, etc., etc.

Digitized by Google

La marota (1).

¡Hombre, tu cerebro está encantado, tú desatinas! En tus ensueños desmesurados te forjas todo un mundo divino, un reino de los espíritus que te aguarda, un ideal que te invita. ¡Tienes una idea fija!

No creas que bromeo ó que hablo por metáfora cuando declaro radicalmente locos, locos de atar, á todos los que lo infinito, lo sobrehumano atormenta; es decir, á juzgar por la unanimidad de sus votos, poco más ó menos, á la raza humana. ¿A qué se llama, en efecto, una «idea fija?» A una idea á la que el hombre está esclavizado. Cuando reconocéis la insania de tal idea, encerrais á su esclavo en una casa de locos. Pero, ¿qué son la verdad religiosa de que no es permitido dudar; la majestad (la del pueblo, por ejemplo), que no se puede sacudir sin lesa majestad; la virtud, á la que el censor guardián de la moralidad no tolera el menor ataque? ¿No son otras tantas «ideas fijas?» ¿Y qué es, por ejemplo, ese desatinar que llena la mayor parte de nuestros periódicos, sino el lenguaje de locos, á quienes hechiza una idea fija de legalidad, de moralidad, de cristianismo; locos que no parece que están en libertad más que por la magnitud del patio en que tienen sus recreos? Tratad de convencer á tal loco acerca de su manía, é inmediatamente tendréis que proteger vuestro espinazo contra su maldad; porque esos locos de grandes alas

(1) No habiendo palabra castellana que exprese el objeto á que el autor se refiere, es decir, el palo con cabeza de muñeco, cubierta de capuchón y adornada con cascabeles, cetro grotesco de la locura, el traductor ha creído preciso adaptar á nuestro idioma la de orígen extranjero que emplea en este epígrafe.

Digitized by Google

tienen, además, esa semejanza con las pobres gentes declaradas locas en debida forma, que se arrojan rencorosamente sobre cualquiera que toque á su marota. Os roban primero vuestra arma, os roban la libertad de la palabra, luego se tiran sobre vosotros con las uñas levantadas. Cada día muestra mejor la cobardía y la rabia de esos maniáticos, y el pueblo, como un imbécil, les prodiga sus aplausos. Basta leer los periódicos de hoy y oir hablar á los filisteos, para adquirir bien pronto la convicción de que está uno encerrado con locos en una casa de salud. «¡No tratarás á tu hermano de loco, sino..... etc.!» Pero la amenaza no me deja frío, y repito: mis hermanos son locos perdidos.

Ya un pobre loco en su celda alimente la ilusión de que es Dios Padre, el Emperador del Japón ó el Espíritu Santo, ó ya un buen burgués se imagine que está llamado por su destino á ser buen cristiano, fiel protestante, ciudadano leal, hombre virtuoso, es idénticamente la misma «idea fija». El que no se ha arriesgado jamás á no ser ni buen cristiano, ni fiel protestante, ni hombre virtuoso, está encerrado y encadenado en la fe, la virtud, etc. Así los escolásticos no filosofaban más que dentro de los límites de la fe de la Iglesia, y el Papa Benedicto XIV escribió voluminosos tomos dentro de los límites de la superstición papista, sin que la menor duda desflorase su creencia; así los escritores amontonan infolios sobre infolios tratando del Estado, sin poner jamás en tela de juicio la idea fija de Estado misma; así nuestros periódicos rebosan de política, porque están infectados de la ilusión de que el hombre está hecho para ser un «zoon politicon». Y los súbditos vegetan en su servidumbre, las gentes virtuosas en la virtud, los liberales en los «eternos pricipios del 89», sin llevar jamás á su idea fija el escalpelo de la crítica. Esos

Digitized by Google

ídolos permanecen inquebrantables sobre sus anchos pies, como las manías de un loco, y el que los pone en duda juega con los vasos del altar. Digámoslo una vez más: ¡Una idea fija ve lo que es, lo verdadero sacrosanto!

¿No tropezamos más que con poseídos del diablo, ó encontramos también á menudo poseídos de especie contraria, poseídos por el bien, la virtud, la moral, la ley ó cualquier otro «principio?» Las posesiones diabólicas no son las únicas: si el diablo nos tira por una manga, Dios nos tira por la otra; por un lado la «tentación» por otro la «gracia»; pero cualquiera que sea la que opere, los poseídos no están menos encarnizados en su opinión.

«¿Posesión» os desagrada? Decid obsesión; ó puesto que es el espíritu el que os posee y os sugiere todo, decid inspiración, entusiasmo. Yo añado que el entusiasmo en su plenitud, porque no puede tratarse de entusiasmo falso ó á medias, se llama fanatismo.

El fanatismo es especialmente propio de las gentes cultas, porque la cultura de un hombre está en relación con el interés que toma en las cosas del espíritu, y este interés espiritual, si es fuerte y vivaz, no es ni puede ser más que fanatismo; es un interés fanático por lo que es sagrado (*fanum*).

Observad á nuestros liberales, leed varios de nuestros diarios sajones, y escuchad lo que dice Schlosser (1). «La sociedad de Holbach urdió un complot formal contra la doctrina tradicional y el orden establecido, y sus miembros ponían en su incredulidad tanto fanatismo como frailes y curas, jesuítas, pietistas y metodistas tienen costumbre de poner al servicio de su piedad maquinal y de su fe literal.»

(1) *Achtzehntes Jahrhundert*, II, 519.

Digitized by Google

Examinad la manera como se conduce hoy un hombre «moral» que piensa haber acabado con Dios, y que rechaza el Cristianismo como un harapo usado. Preguntadle si alguna vez le ha ocurrido poner en duda que las relaciones carnales entre hermano y hermana sean un incesto, que la monogamia sea la verdadera ley del matrimonio, que la piedad sea un deber sagrado, etc. Le veréis sobrecogido de un virtuoso horror á la idea de que pudiese tratar á su hermana como mujer, etc. ¿Y de dónde le viene ese horror? De que cree en una ley moral. Esta fe moral está sólidamente anclada en él. Cualquiera que sea la vivacidad con que se subleve contra la piedad de los cristianos, ha quedado igualmente cristiano en cuanto á la moralidad. Por su lado moral, el Cristianismo lo tiene encadenado, y encadenado en la fe. La monogamia debe ser algo sagrado, y el bigamo será castigado como un criminal; el que se entregue al incesto, cargará con el peso de su crimen. Y esto se aplica también á los que no cesan de gritar que la religión no tiene nada que ver con el Estado, que judío y cristiano son igualmente ciudadanos. Incesto, monogamia, ¿no son otros tantos dogmas? Tratad de tocar á ellos y experimentaréis que hay en ese hombre moral la estofa de un inquisidor hasta dar envidia á un Krummacher ó á un Felipe II. Estos defendían la autoridad religiosa de la Iglesia, él defiende la autoridad moral del Estado, las leyes morales sobre que el Estado reposa; el uno como el otro condenan en nombre de artículos de fe: á cualquiera que obre de otro modo que lo permita su fe de ellos, se le infligirá la deshonra debida á su «crimen», y se le enviará á pudrirse en una casa de corrección, en el fondo de un calabozo. La creencia moral no es menos fanática que la religiosa. ¿Y se llama eso «libertad de conciencia» cuando un hermano y una hermana son arro-

Digitized by Google

jados á una prisión en nombre de un principio que su conciencia había rechazado? —¡Pero daban un ejemplo detestable! — Cierto que sí, porque podía suceder que otros advirtiesen, gracias á ellos, que el Estado no tiene que mezclarse en sus relaciones, ¿y qué se haría de la pureza de las costumbres?» De ahí, tolle general: ¡Santidad divina! gritan los celosos defensores de la fe. «¡Virtud sagrada!» gritan los apóstoles de la moral.

Los que se agitan por intereses sagrados se parecen con frecuencia muy poco. ¡Cuánto difieren los ortodoxos estrictos ó viejos creyentes de los combatientes por «la verdad, la luz y el derecho», de los Filaletes, de los amigos de la luz, etc.! Y sin embargo, nada esencial fundamental los separa. Si se ataca á tal ó cual de las viejas verdades tradicionales (el milagro, el derecho divino), los más ilustrados aplauden, los viejos creyentes son los únicos que gimen. Pero si se ataca á la verdad misma, inmediatamente todos se vuelven creyentes y os caen encima. Lo mismo ocurre en cuanto á las cosas de la moral: los beatos son intolerantes, los cerebros ilustrados se precian de ser más laxos; pero si á alguno se le ocurre tocar á la moral misma, todos hacen inmediatamente causa común contra él. «Verdad, moral, derecho», son y deben permanecer «sagrados». Lo que se halla de censurable en el Cristianismo, sólo puede, dicen los más liberales, haber sido introducido en él torcidamente, y no es de verdad cristiano; pero el Cristianismo debe quedar por cima de toda discusión, es la «base» inmutable, que es «criminal» conmover. El herético contra la creencia pura, no está ya expuesto, es cierto, á la rabia de persecución de otros tiempos, pero ésta se ha vuelto toda entera contra el herético que toca á la moral pura.

***

Digitized by Google

La piedad ha tenido desde hace un siglo tantos asaltos que sufrir, ha oído tan á menudo reprochar á su esencia sobrehumana el ser simplemente «inhumana», que no se pueden tener apenas tentaciones de atacarla. Y sin embargo, si se han presentado adversarios para combatirla, fue casi siempre en nombre de la moral misma, para destronar al Sér Supremo en provecho de otro sér supremo. Así Proudhon (1) no vacila en decir: «Los hombres están destinados á vivir sin religión, pero la moral es eterna y absoluta; ¿quién osaría hoy atacar á la moral? Los moralistas han pasado todos por el lecho de la religión, y después que se han hundido hasta el cuello en el adulterio, dicen á cual más hoy, limpiándose los labios: «¿La religión? ¡No conozco á esa mujer!»

Si mostramos que la religión está lejos de ser mortalmente herida en tanto que se limiten á acriminar su esencia sobrenatural, y que ella apela en última instancia al «espíritu» (porque Dios es el espíritu), habremos hecho ver lo suficiente su acuerdo final con la moralidad para que nos sea permitido dejarles en su interminable querella.

Ya habléis de la religión ó de la moral, se trata siempre de un Sér Supremo; que este Sér Supremo sea sobrehumano ó humano, poco me importa; es en todo caso un sér superior á mí. Ya venga á ser en último análisis la esencia humana ó el «Hombre», no habrá hecho más que dejar la piel de la vieja religión para revestir una nueva piel religiosa.

Ved á Feuerbach: él nos enseña que, «desde el momento en que uno se atiene á la filosofía especulativa, es decir, que se hace sistemáticamente del predicado el sujeto, y recíprocamente del sujeto el objeto y el prin-

(1) Proudhon: *De la creación del orden*, pág. 36.

Digitized by Google

cipio, se posee la verdad desnuda y sin velos». Sin duda abandonamos así el punto de vista estrecho de la religión, abandonamos al Dios que en este punto de vista es sujeto; pero no hacemos más que trocarlo por la otra faz del punto de vista religioso: lo moral. No decimos ya, por ejemplo, «Dios es el amor», pero sí «el amor es divino»; y aun, reemplacemos el predicado «divino» por su equivalente «sagrado», y estamos siempre en nuestro punto de partida; no hemos dado ni un paso. El amor queda siendo igualmente para el hombre el bien, lo que lo diviniza, lo que lo hace respetable, su verdadera «humanidad», ó, para expresarnos más exactamente, el amor es lo que hay en el hombre verdaderamente humano, y lo que hay en él inhumano es el egoísta sin amor.

Pero precisamente todo lo que el Cristianismo, y con él la filosofía especulativa, es decir, la teología, nos presenta como el bien, lo absoluto, no es propiamente el bien (ó, lo que viene á ser lo mismo, no es más que el bien); de suerte que esta trasmutación del predicado en sujeto no hace sino afirmar más sólidamente todavía el sér cristiano (el predicado mismo postula ya el sér). El dios y lo divino me enlazan más indisolublemente aún. Haber desalojado al dios de su cielo y haberlo arrebatado á la «trascendencia», no justifica en modo alguno vuestras pretensiones á una victoria definitiva, en tanto que no hagais más que rechazarlo dentro del corazón humano y dotarlo de una indesarraigable «inmanencia». Será preciso decir desde ahora: lo divino es lo verdaderamente humano.

Aquellos mismos que rehusan ver en el Cristianismo el fundamento del Estado y que se sublevan contra toda fórmula tal como Estado cristiano, Cristianismo de Estado, etc., no se cansan de repetir que la moralidad es «la base de la vida social y del Estado». ¡Como si el rei-

Digitized by Google

nado de la moralidad no fuese la dominación absoluta de lo sagrado, una «jerarquía»!

A este propósito, puede recordarse la tentativa de explicación que se ha querido oponer á la antigua doctrina de los teólogos. A creerlos, la fe sola sería capaz de aprehender las verdades religiosas, Dios se revelaría sólo á los creyentes; lo que equivale á decir que solos el corazón, el sentimiento, la fantasía devota, son religiosos. A esta afirmación se respondió que la «inteligencia natural», la razón humana, son igualmente aptas para conocer á Dios (singular pretensión de la razón, digámoslo de pasada, querer rivalizar en fantasía con la fantasía misma).

En este sentido escribió Reimarus sus *Vornehmsten Wahrheiten der natürlichen Religion* (Principales verdades de la Religión natural). Vino á considerar al hombre entero, tendiendo á la religión por todas sus facultades: corazón, sentimiento, inteligencia, razón, sentir, saber, querer; todo en el hombre le pareció religioso. ¡Hegel ha mostrado bien que la filosofía misma es religiosa! ¿Y qué no se decora en estos días con el nombre de Religión? La «religión del amor», la «religión de la libertad», la «religión política», en resumen, todo entusiasmo. ¡Y en el fondo no se hace sin razón!

Hoy todavía empleamos esa palabra de origen latino «religión», que por su etimología expresa la idea de lazo. Y enlazados estamos, en efecto, y enlazados permaneceremos en tanto que estemos impregnados de religión. ¿Pero el espíritu también está enlazado? Al contrario, el espíritu es libre; es el único dueño, no es nuestro espíritu, sino que es absoluto. Así, la verdadera traducción afirmativa de la palabra religión sería «libertad espiritual». Aquel cuyo espíritu es libre, es por eso mismo religioso, como el que da libre curso á sus apetitos es sen-

Digitized by Google

sual; el espíritu liga al uno, la carne liga al otro. Enlace, dependencia, Religio, tal es la religión con relación á mí: yo estoy ligado; libertad, esa es la religión con relación al espíritu: él es libre, goza de la libertad espiritual.

El mal que puede hacernos el desencadenamiento de nuestras pasiones, ¡cuántos lo conocen por haberlo sufrido! Pero que el espíritu libre, la radiante espiritualidad, el entusiasmo por intereses ideales, puedan hundirnos en una angustia peor que lo haría la más negra maldad, eso es lo que no se quiere ver; y no puede uno, por otra parte, advertirlo si no es ni hace profesión de ser un egoísta.

Reimarus, y con él todos los que han mostrado que nuestra razón, tanto como nuestro corazón, etc., conducen á Dios, han mostrado al mismo tiempo que estamos completa y totalmente poseídos. Seguramente agraviaban á los teólogos, á los que quitaban el monopolio de la iluminación religiosa; pero no por ello dejaban de ensanchar otro tanto los dominios de la religión y de la libertad espiritual. En efecto, si por espíritu no entendéis solamente el sentimiento ó la fe, sino el espíritu en todas sus manifestaciones, inteligencia, razón y pensamiento en general, y si le permitís en cuanto inteligencia, etc., participar de las verdades espirituales y celestes, en ese caso es el espíritu entero el que se eleva á la pura espiritualidad y es libre.

Partiendo de estas premisas, la moralidad estaba autorizada á ponerse en oposición absoluta con la piedad. Esta oposición se dió á luz revolucionariamente bajo la forma de un odio ardiente contra todo lo que parecía un «mandato» (orden, decreto, etc.) y contra la persona infamada y perseguida del «señor absoluto». Se afirmó en lo sucesivo como doctrina y encontró primero su fórmula en el liberalismo, del que la «burguesía constitucional» es la primera expresión histórica y que eclipsó á las po-

Digitized by Google

tencias religiosas propiamente dichas (véase más allá el «liberalismo»).

No derivando ya la moralidad simplemente de la piedad, sino teniendo sus raíces propias, el principio de la moral no se deriva ya de los mandamienntos divinos, sino de las leyes de la razón; para que aquellos mandamientos continúen siendo valederos, se necesita primero que su valor haya sido comprobado por la razón y que sean refrendados por ella. Las leyes de la razón son la expresión del hombre mismo, para que «el Hombre» es razonable, y «la esencia del hombre» implica esas leyes de toda necesidad. Piedad y moralidad difieren en que la primera reconoce á Dios, y la segunda al hombre por legisladores. Poniéndose en cierto punto de vista de la moralidad, se razona poco más ó menos como sigue: O el hombre obedece á su sensualidad y por ello es inmoral, ú obedece al bien, el cual, en cuanto factor obrando sobre la voluntad, se llama sentido moral (sentimiento, preocupación del bien), y en este caso es moral. ¿Cómo, desde este punto de vista puede llamarse inmoral el acto de Sand matando á Kotzebue? Lo que se llama desinteresado, este acto lo era seguramente tanto como, por ejemplo, los hurtos de San Crispín en provecho de los pobres. «Él no debía asesinar, porque está escrito: «¡no matarás!»—Perseguir el bien, el bien público (como Sand creía hacerlo) ó el bien de los pobres (como San Crispín) es, pues, moral, pero el homicidio y el robo son inmorales: fin moral, medio inmoral. ¿Por qué?—«Porque el homicidio, el asesinato, está mal en sí de una manera absoluta.»—Cuando las guerrillas atraían á los enemigos de su país á los precipicios y los tiroteaban á sus anchas, emboscadas detrás de los matorrales, ¿no era eso un asesinato?

Si os atenéis al principio de la moral, que prescribe

Digitized by Google

perseguir por todas partes y siempre el bien, os véis reducidos á preguntaros si en ningún caso el homicidio puede llegar á realizar ese bien: en caso afirmativo debéis dar por lícito ese homicidio de que el bien ha salido. No podéis condenar la acción de Sand: fue moral por desinteresada, y sin otro objetivo que el bien; fue un castigo infligido por un individuo, una ejecución, para la cual arriesgaba su vida.

¿Qué se ve en la empresa de Sand, sino su voluntad de suprimir á viva fuerza ciertos escritos? ¿No habéis visto nunca aplicar ese mismo procedimiento como muy «legal» y muy sancionado? ¿Y qué responder á eso en nombre de vuestro principio de la moralidad?—«¡Era una ejecución ilegal!» ¿La inmoralidad del hecho estaba, pues, en su ilegalidad, en la desobediencia á la ley? ¡Concededme de una vez que el bien no es otra cosa más que la ley, y que moralidad es igual que legalidad! Vuestra moralidad debe resignarse á no ser más que una vana fachada de «legalidad», una falsa devoción al cumplimiento de la ley, mucho más tiránica y más irritante que la antigua; ésta no exigía más que la práctica exterior, en tanto que vosotros exigís además la intención; debe uno llevar en sí la regla y el dogma, y lo más legalmente intencionado es lo más moral. La última claridad de la vida católica se extingue en esta legalidad protestante. Así, finalmente, se completa y se hace absoluta la dominación de la ley. «No soy yo quien vivo, es la ley la que vive en mí.» Yo llego á no ser más que la «nave de su gloria». «Cada prusiano lleva su gendarme en su pecho»—decía hablando de sus compatriotas un oficial superior.

***

Digitized by Google

¿De dónde viene la incurable impotencia de ciertas oposiciones? Únicamente de que no quieren apartarse del camino de la moralidad ó de la legalidad, lo que las condena á representar esa monstruosa comedia de abnegación, de amor, etc., cuya hipócrita torpeza acaba de descorazonar á aquellos á quienes repugnan la podredumbre y la gazmoñería de lo que se titula «oposición legal».

Un acuerdo moral concluído en nombre del amor y de la fidelidad no deja sitio á ninguna voluntad discordante y opuesta; la bella armonía está rota si uno quiere una cosa y otro la contraria. Ahora, el uso y una vieja preocupación exigen, ante todo, de la oposición el respeto de ese pacto moral. ¿Qué queda á la oposición? ¿Puede querer una libertad cuando el elegido, la mayoría, encuentran bueno el rechazarla? ¡Nó! No osaría querer la libertad; todo lo que puede hacer es desearla, y para obtenerla «hacer petición» y tender la mano pidiéndola por caridad. ¿No véis lo que sucedería si la oposición quisiera realmente, si quisiera con toda la energía de su voluntad? No, no; que sacrifique la voluntad al amor, que renuncie á la libertad, por los bellos ojos de la moralidad. Ella no debe jamás «reclamar como un derecho» lo que le está solamente permitido «pedir como una gracia». El amor, la abnegación, etc., exigen imperiosamente que no haya más que una sola voluntad, ante la cual todas las demás se inclinan, á la cual obedecen con amor y sumisión. Sea esta voluntad razonable ó no razonable, es en todo caso moral someterse, é inmoral sustraerse á ella.

La voluntad que dirige la censura parece no razonable á muchas gentes. Sin embargo, en un país en que maltrata la censura, el que le sustrae sus escritos hace mal, y el que se los somete hace bien. Si alguno debida-

Digitized by Google

mente advertido y llamado al orden por el censor, se pasa sin ella, é instala, por ejemplo, una prensa clandestina, se tendrá el derecho de acusarlo de inmoralidad, y lo que es peor, de tontería, si se deja prender. ¿No le dará su aventura algún título á la estimación de las «gentes honradas?» ¡Quién sabe! ¿Quizá se imaginaba servir á una «moralidad superior?»

La tela de la hipocresía moderna está tendida en los confines de los dos dominios entre los cuales, alternativamente traqueteada, nuestra época tiende los hilos sutiles de la mentira y del error. Demasiado débil desde ahora para servir á la moral sin vacilación y sin desfallecimiento, demasiado escrupulosa todavía para vivir enteramente según el egoismo, pasa temblando, en la tela de araña de la hipocresía, de un principio á otro, y paralizada por la plaga de la incertidumbre, no captura más que tontas y pobres moscas. ¿Se ha tenido la audacia grande de decir redondamente su parecer? Inmediatamente se enerva la libertad de la conversación por protestas de amor: resignación hipócrita. ¿Se ha tenido, por el contrario, el valor de combatir una afirmación libre, invocando moralmente la buena fe, etc.? En seguida el valor moral se desvanece y se asegura que con un placer enteramente particular se ha oído esa valiente palabra: aprobación hipócrita. En resumen, se querría tener lo uno, pero no soltar lo otro; se quiere querer libremente, pero no se pretende ¡Dios no lo quiera! dejar de querer moralmente.—Veamos, liberales; ya estais en presencia de uno de esos adversarios cuyo servilismo despreciais; os escuchamos; vosotros atenuais el efecto de cada palabra un poco liberal por una mirada de la más leal fidelidad; él viste su servilismo con las más calurosas protestas de liberalismo. Ahora, separaos; cada cual piensa del otro: ¡te conozco, mascarita! El ha olfa-

Digitized by Google

teado en vosotros al diablo, tanto como vosotros habéis olfateado en él al antiguo buen Dios.

Un Nerón no es malo sino á los ojos de los «buenos»; á mis ojos es simplemente un poseído como los buenos mismos. Los buenos ven en él un gran malvado y lo destinan al infierno. ¿Cómo es que nada se haya opuesto á sus caprichos? ¿Cómo se ha podido soportar tanto? ¿Valían los romanos domesticados un céntimo más por dejarse pisotear por tal tirano? En la antigua Roma, se le hubiera inmediatamente suprimido, y nadie se hubiese jamás convertido en su esclavo. Pero las «gentes honradas» de su tiempo se limitaban en su moralidad á oponerle sus ruegos y no su voluntad. Cuchicheaban que su emperador no se sometía como ellos á las leyes de la moral, pero quedaban siendo «súbditos morales», aguardando que uno de ellos osara pasar francamente por cima de «sus deberes de súbdito obediente». Y todos aquellos «buenos romanos», todos aquellos «súbditos sumisos», agobiados de ultrajes por su falta de voluntad, á aclamar en seguida la acción criminal é inmoral del rebelde.

¿Dónde estaba, entre los «buenos», el valor de hacer la revolución, esa revolución que alaban y explotan hoy, después que otro la ha hecho? Ese valor no podían tenerlo, porque toda revolución, toda insurrección es siempro alguna cosa «inmoral», á que uno no se puede resolver á menos de dejar de ser «bueno» para hacerse «malo», ó ni bueno ni malo.

Nerón no era peor que el tiempo en que vivía; no se podía entonces ser más que una de dos: bueno ó malo. Su tiempo ha juzgado que era malo, y tan malo como cabe serlo, no por debilidad, sino por maldad pura; cualquiera que sea moral debe ratificar ese juicio. Se encuentran todavía á veces hoy bribones de su especie

Digitized by Google

mezclados á la multitud de las gentes honradas (véanse, por ejemplo, las *Memorias del Caballero de Lang*). En verdad, no sienta bien vivir con ellos, porque no se tiene un instante de seguridad; pero ¿es más cómodo vivir enmedio de los buenos? Apenas está uno ya seguro de su vida, salvo que cuando es ahorcado, lo es al menos por la buena causa; en cuanto al honor, está todavía más en peligro, aunque la bandera nacional lo cubra con sus pliegues tutelares. El rudo puño de la moral no tiene misericordia para la noble esencia del egoismo.

«¡No se puede, sin embargo, poner en la misma línea á un miserable y á un hombre honrado!» ¡Eh! ¿Quién lo hace más á menudo que vosotros, censores? Más aún: al hombre honrado que se levanta abiertamente contra el orden establecido, contra las sacrosantas instituciones, etcétera, lo encarcelais como á un criminal, en tanto que á un sutil bribón le confiais vuestras carteras y cosas más preciosas aún. Así, pues, *in praxi*, no tenéis nada que reprocharme. «¡Pero en teoría!» En teoría, yo los pongo en la misma línea, en la línea de la moralidad, de que son los dos polos opuestos. Buenos y malos, no tienen significación más que en el mundo «moral», exactamente como antes de Cristo ser un judío según la ley ó no según la ley, no tenía significación sino con referencia á la ley mosaica. A los ojos de Cristo, el fariseo no era nada más que «los pecadores y los publicanos», y lo mismo, á los ojos del individualista, el fariseo moral vale lo que el pecador inmoral.

Nerón era un poseído muy incómodo, un loco peligroso. Hubiera sido una tontería perder su tiempo en llamarlo al «respeto de las cosas sagradas» para lamentarlo después, porque el tirano no las tenía para nada en cuenta, y obraba á su gusto. A cada instante se oye á las gentes invocar la sacra santidad de los imprescrip-

Digitized by Google

tibles derechos del hombre delante de aquellos mismos que son sus enemigos, y esforzarse en probar y en demostrar por anticipado que tal ó cual libertad es uno de los «derechos sagrados del hombre». Los que se dedican á esos ejercicios merecen ser ridiculizados, como lo son, si aun inconscientemente no toman con resolución el camino que conduce á su objeto. Ellos presienten que sólo cuando la mayoría esté conquistada para esa libertad que desean, ella la querrá y la tomará. No es la santidad de un derecho y todas las pruebas que de él se pueden suministrar las que hacen aproximarse á él ni un paso: lamentarse, hacer peticiones no conviene más que á los mendigos.

El hombre moral está necesariamente limitado en cuanto no concibe otro enemigo que lo «inmoral»; lo que no está bien está «mal», y por consiguiente, es reprobado, odioso, etc. Así es radicalmente incapaz de comprender al egoísta. ¿El amor fuera del matrimonio no es inmoral? El hombre moral puede volver y revolver la cuestión; no escapará á la necesidad de condenar al fornicador. El amor libre es ciertamente una inmoralidad, y esta verdad moral ha costado la vida á Emilia Galotti. Una joven virtuosa envejecerá soltera; un hombre virtuoso usará su vida en rechazar las aspiraciones de su naturaleza hasta que sean ahogadas; se mutilará, hasta por amor á la virtud, como Orígenes por amor del cielo: eso será honrar la santidad del matrimonio, la inviolable santidad de la castidad; eso será moral. La impureza no puede jamás dar buen fruto; sea cualquiera la indulgencia con que el hombre honrado juzgue al que se entrega á ella, queda siendo una falta, una infracción de una ley moral, y acarrea una mancha imborrable. La castidad, que formaba parte en otros tiempos de los votos monárquicos, ha entrado en el dominio de la moral común.

Digitized by Google

Para el egoísta, al contrario, la castidad no es un bien sin el cual no se pueda pasar; es para él sin importancia. Así, ¿cuál va á ser el juicio del hombre moral acerca de él? Este: clasificará al egoísta en la única categoría de gentes fuera de las «morales», en la de las inmorales. No puede hacer otra cosa; el egoísta, que no tiene ningún respeto por la moralidad, debe parecerle inmoral. Si lo juzgase de otro modo, sin confesárselo, no sería ya un hombre verdaderamente moral, sino un apóstata de la moralidad. Este fenómeno, que no es ya muy raro hoy, no debe inducirnos á error; debe, sí, decirse que el que tolere el menor ataque á la moralidad no merece el nombre de hombre moral más que Lessing, merecía el de piadoso cristiano, él, que en una parábola bien conocida compara á la religión cristiana así como á la mahometana y la judía, con una «sortija falsa.» A menudo, las gentes van ya mucho más lejos que en lo que querrían convenir.

Hubiera sido de parte de Sócrates una inmoralidad acoger los ofrecimientos seductores de Criton y escaparse de su prisión; quedarse era el solo partido que pudiese tomar moralmente. Y era el solo, simplemente porque Sócrates era un hombre moral.

Los hombres de la revolución, «inmorales é impíos», habían jurado fidelidad á Luis XVI, lo que no les impidió decretar su destitución y enviarlo al cadalso: acción inmoral que causará horror á las gentes honradas por toda la eternidad.

***

Estas críticas no se aplican, sin embargo, más que á la «moral burguesa», que todo espíritu un poco libre hace profesión de desdeñar. Esta moral, como la bur-

Digitized by Google

guesía, de que es hija, está todavía demasiado cerca del cielo, demasiado poco desligada de la religión para no limitarse á apropiarse sus leyes. No exijais de ella crítica, ni la pidais que saque de su propio fondo una doctrina original.

Bajo un aspecto muy diferente se presenta la moral cuando, consciente de su dignidad, toma por única regla su principio, la esencia humana ó «el hombre». Los que llegan á transportar resueltamente el problema sobre ese terreno rompen para siempre con la religión; no hay ya sitio para su Dios cerca de su Hombre; además, como echan á pique la nave del Estado (véase más allá) aniquilan al mismo tiempo toda «moralidad» procedente del solo Estado, y se privan, por consiguiente, de invocar nunca ni aun su nombre. La que estos críticos designan con el nombre de moralidad se aparta definitivamente de la moral llamada «burguesa» ó «política», y debe parecer á los hombres de Estado y á los burgueses una «licencia desenfrenada».

Sin embargo, esta nueva concepción de la moralidad no tiene nada de nuevo é inédito; no hace más que adaptarse al progreso realizado en la «pureza del principio». Este último, lavado de la mancha de adulterio con el principio religioso, se precisa y alcanza su plena expansión, convirtiéndose en «la humanidad». Así no hay que extrañarse de ver conservar ese nombre de moralidad al lado de otros como libertad, humanidad, conciencia, etc., contentándose con añadir, cuando más, el epíteto «libre». La moral se hace «moral libre», como el Estado burgués, aunque trastornado de arriba abajo, viene á ser «Estado libre» ó aun «Sociedad libre», sin dejar de ser la una la moral y el otro el Estado.

Siendo la moral en adelante puramente humana y completamente separada de la religión, de que históri-

Digitized by Google

camente ha salido, nada se opone á que venga á ser ella misma una religión. En efecto: la religión no difiere de la moral, sino por cuanto nuestras relaciones con el mundo de los hombres están reguladas y santificadas por nuestras relaciones con un sér sobrehumano, y no obramos más que por «amor de Dios». Pero admitid que «el Hombre es para el hombre el sér supremo», y toda diferencia se borra, la moral deja su rango subalterno, se completa, se hace absoluta y se convierte en religión. El Hombre, sér superior, hasta aquí subordinado á un Sér Supremo, se eleva á la altura absoluta, y nosotros somos en nuestras relaciones con Él lo que somos á los pies de un sér supremo, religiosos.

Moralidad y piedad vuelven á hacerse así tan perfectamente sinónimas como en los comienzos del Cristianismo. Si lo sagrado no es ya «santo» sino «humano», es simplemente que el Ser Supremo ha cambiado, y que el hombre ha tomado el puesto de Dios. La victoria de la moralidad conduce simplemente á un cambio de dinastía.

Destruída la fe, Feuerbach cree encontrar un asilo en el amor. «La primera y la suprema ley debe ser el amor del hombre por el hombre. *Homo homini Deus est;* tal es la máxima práctica más elevada; por ella está cambiada la faz del mundo». Pero no hay cambiado, propiamente hablando, más que el dios, *Deus;* el amor permanece: adorábais al dios sobrehumano, adoraréis al dios humano, al *Homo qui est Deus*. El Hombre es para mí sagrado, y todo lo que es «verdaderamente humano» es para mí sagrado. «El matrimonio es por sí mismo sagrado; lo mismo todas las relaciones de la vida moral: la amistad, la propiedad, el matrimonio, los bienes de cada cual, son y deben ser sagrados en ellos y por ellos mismos». ¿Es un sacerdote el que habla? ¿Cuál es su Dios?

Digitized by Google

¡El Hombre! ¿Qué es lo divino? ¡Es lo humano! El predicado no ha hecho, en definitiva, más que tomar el sitio del sujeto; la proposicion «Dios es el amor» se convierte en «el amor es divino»; continuad aplicando el procedimiento: «Dios se ha hecho hombre», os dará «el hombre se ha hecho Dios», etc... y ahí teneis una nueva religión.

«Todos los fenómenos de la vida moral que constituyen las costumbres, no son morales, no toman una significación moral más que si tienen en sí mismos (sin que la bendición del sacerdote los consagre) un valor religioso». El sentido de la proposición de Feuerbach, «La teología es una antropología», se precisa y se reduce á «la religión debe ser una ética, la ética es la única religión». Feuerbach se contenta con volver del revés el orden del predicado y del sujeto, con hacer un *usteron proteron* lógico.

Como él mismo lo dice: «El amor no es sagrado (y no ha pasado nunca por sagrado á los ojos de los hombres), porque es un predicado de Dios, pero es un predicado de Dios, porque es por sí mismo y para sí mismo divino». ¿Por qué, pues, no declara la guerra á los predicados mismos, al amor y á toda sacrosantidad? ¿Cómo puede lisonjearse de apartar á los hombres de Dios si les deja lo divino? Y si, como dice, lo esencial para ellos no ha sido nunca Dios, sino sólo sus predicados, para qué quitarles la palabra si se les deja la cosa?

Proclama, por otra parte, que su objeto es «destruir una ilusión», una ilusión perniciosa, «que ha falseado tanto al hombre, que el amor mismo, su sentimiento más íntimo y más verdadero, ha venido á ser, por el hecho de la religiosidad, vano é ilusorio, ya que el amor religioso no ama al hombre sino por amor de Dios; es decir, ama, en apariencia, al hombre, y en realidad á Dios». ¿Pero sucede de otro modo con el amor moral? ¿Se fija

Digitized by Google

en el hombre, en tal ó cual hombre en particular, por amor á él, á ese hombre, ó por amor á la moralidad, al Hombre en general, y, en definitiva—puesto que *Homo homini Deus*—por amor de Dios?

***

La marota se manifiesta aún bajo otra multitud de formas; es necesario enumerar aquí algunas.

Entre ellas la renuncia, la abnegación, son comunes á los santos y á los no santos, á los puros y á los impuros.

El impuro renuncia á todo buen sentimiento, «reniega» de todo pudor, de todo respeto humano; obedece, como dócil esclavo, á sus apetitos. El puro renuncia al comercio del mundo, «reniega del mundo», para hacerse el esclavo de su imperioso ideal. El avaro, á quien carcome la sed de oro, reniega de los avisos de su conciencia, renuncia á todo sentimiento de honor, á toda benevolencia y á toda compasión; sordo á toda otra voz, corre á donde lo llama su tiránico deseo. El santo hace lo mismo: sin piedad para los demás y para sí mismo, rigorista y duro, afronta la «risa del mundo» y corre á donde lo llama su simpático ideal. De una parte y otra, igual abnegación de sí mismo; si el no santo abdica ante Mammon, el santo abdica ante Dios y las leyes divinas.

Vivimos en un tiempo en que la impudencia de lo sagrado se hace sentir y se revela cada día más, porque está cada día más obligada á descubrirse y exponerse. ¿Se puede imaginar nada que supere en insolencia y en estupidez á los argumentos que se oponen, por ejemplo, á los «progresos del tiempo?» La ingenuidad de su descaro excede, desde hace largo tiempo, de toda medida y de cuanto pudiera esperarse; pero ¿cómo habría de ser de

Digitized by Google

otro modo? Santos y no santos, todos los que practican la abnegación deben tomar un mismo camino que, de abdicación en abdicación, conduce, á los unos á hundirse en la degradación más ignominiosa, y á los otros á elevarse á la más indecorosa sublimidad. El Mammon terrestre y el Dios del cielo exigen exactamente la misma suma de renuncia.

El degradado y el sublime aspiran los dos á un «bien»: el uno á un bien material, el otro á un bien ideal, y, finalmente, el uno completa al otro, sacrificando el «hombre de la materia» á su vanidad, objeto ideal, lo que el «hombre del espíritu» sacrifica á un goce material, la comodidad.

Imaginan decir una gran cosa aquellos que colocan en el corazón del hombre el «desinterés». ¿Qué entienden por eso? Alguna cosa muy cercana á la «abnegación de sí». ¿De sí? ¿De quién, pues? ¿Quién será el negado y cuyo interés se habrá echado á un lado? Parece que debes ser tú. ¿Y en provecho de quién se te recomienda esa abnegación desinteresada? De nuevo en tu provecho, en tu beneficio, simplemente á reserva de perseguir por desinterés tu «verdadero interés».

Uno debe sacar provecho de sí, pero no buscar su provecho.

El bienhechor de la humanidad, como Franke, el creador de las casas de huérfanos, ú O'Connel, el infatigable defensor de la causa irlandesa, pasa por desinteresado; y lo mismo el fanático, como San Bonifacio, que expone su vida por la conversión de los paganos, Robespierre, que todo lo sacrifica á la virtud, ó Körner, que muere por su Dios, su Rey y su patria. Su desinterés es cosa admitida. Así, los adversarios de O'Connel, por ejemplo, se esforzaban por presentarlo como un hombre codicioso (acusaciones á que su fortuna daba alguna

Digitized by Google

verosimilitud), sabiendo bien que si llegaban á hacer sospechoso su desinterés, les sería fácil quitarle sus partidarios. Todo lo que podían probar era que O'Connel tenía sus miras en otro objeto que el que confesaba. Pero ya atendiese á una ventaja pecuniaria ó á la libertad de su pueblo, es en todo caso evidente que perseguía un objeto y hasta su objeto; en un caso como en otro tenía un interés, sólo que ocurría que su interés nacional era útil á otros, lo que hacía de él un interés común.

¿No existe desinterés ni puede encontrarse jamás? ¡Al contrario, nada es más común! Se podría llamar al desinterés un artículo de moda del mundo civilizado, y se le tiene por tan necesario, que cuando cuesta demasiado caro de tela fuerte, se le compra de mala clase; se remeda el desinterés.

¿Dónde empieza el desinterés? Precisamente en el instante en que un objeto deja de ser nuestro objeto y nuestra propiedad y en que cesamos de disponer de él á nuestro gusto, como propietarios, cuando ese objeto se convierte en un objeto fijo ó una idea fija y comienza á inspirarnos, á entusiasmarnos, á fanatizarnos; en resumen, cuando se convierte en nuestro dueño. No es uno desinteresado en tanto que tiene el objeto en su poder; se llega á serlo cuando se exhala el grito del corazón de los poseídos: «Yo soy así, no puedo ser de otro modo», y se aplica á un objeto sagrado un celo sagrado.

Yo no soy desinteresado en tanto que mi objeto continúa siendo de mí y lo dejo perpetuamente en cuestión en lugar de hacerme el instrumento ciego de su cumplimiento. Puedo no desplegar para eso menos celo que el fanático, pero todo mi celo me deja frente á mi objeto frío, calculador, incrédulo y hostil; permanezco siendo su juez, porque soy su propietario.

El desinterés pulula allí donde reina la «posesión»,

Digitized by Google

tanto en las posesiones del diablo como en las del buen espíritu; allá, vicio, locura, etc.; aquí, resignación, sumisión, etc.

¿Á dónde volver sus miradas sin encontrar alguna víctima de la renuncia?

Enfrente de mi casa habita una joven que desde hace cerca de diez años ofrece á su alma sangrientos holocaustos. Era tiempo atrás una adorable criatura, pero una laxitud mortal encorva hoy su frente y su juventud se desangra y muere lentamente bajo sus mejillas pálidas.

¡Pobre niña, cuántas veces las pasiones han debido tocar á tu corazón y reclamar para tu primavera una parte de sol y de alegría! ¡Cuando posabas tu cabeza en la almohada, cómo hacía estremecer tus miembros la naturaleza al despertarte, cómo saltaba la sangre en tus arterias! Tú sola lo sabes y tú sola podrías decir los ardientes ensueños que hacían encenderse en tus ojos la llama del deseo.

Pero, de pronto, á tu cabecera se levantaba un fantasma: ¡el alma, la salvación eterna!

¡Espantada, juntabas las manos, elevabas hacia el cielo tu llorosa mirada, orabas! El tumulto de la naturaleza se apaciguaba y la calma inmensa del mar echaba su peso sobre las olas movedizas de tus deseos. Poco á poco la vida se extinguía en tus ojos, cerrabas tus párpados amoratados, se hacía el silencio en tu corazón, tus manos juntas volvían á caer inertes sobre tu seno sin sacudidas; un suspiro último se exhalaba de tus labios, y el alma estaba en reposo. Te dormías, y al día siguiente..... nuevos combates y nueva oración.

Hoy, el hábito de la renuncia ha helado el ardor de tus deseos, y las rosas de tu primavera palidecen al viento desecante de tu felicidad futura. El alma está en

Digitized by Google

salvo, el cuerpo puede perecer. ¡Oh Lais, oh Ninon, qué razón tuvisteis en despreciar esa incolora prudencia! ¡Una griseta, libre y alegre, por mil solteronas encanecidas en la virtud!

***

«Axioma, principio, punto de apoyo moral», distintas formas bajo las que se expresa la idea fija.

Arquímedes pedía para levantar la tierra un punto de apoyo fuera de ella. Es ese punto de apoyo el que los hombres han buscado sin cesar y que cada cual ha tomado donde lo ha encontrado y como lo ha encontrado. Este punto de apoyo extraño es el mundo del espíritu, el mundo de las ideas, de los pensamientos, de los conceptos, de las esencias, etc., es el cielo. Sobre el cielo se apoya uno para conmover la tierra, y desde el cielo se inclina para contemplar las agitaciones terrestres y despreciarlas. Asegurarse el cielo, asegurarse sólidamente y para siempre el punto de apoyo celeste, ¡cuánto ha penado por eso la dolorosa é incansable humanidad!

El Cristianismo se ha propuesto librarnos del determinismo de la naturaleza y de la fatalidad de los apetitos. Su objeto era, pues, que el hombre no se dejase ya determinar por sus deseos y sus pasiones, lo que no implica que el hombre no deba tener deseos, pasiones, etcétera, sino que no debe dejarse poseer por ellos, que no deben ser en su vida factores fijos, incoercibles é ineludibles.

Pero lo que el Cristianismo (la religión) ha maquinado contra los apetitos, ¿no estaríamos en el derecho de revolverlo contra el espíritu (pensamientos, representaciones, ideas, creencia, etc.), por el cual pretende que seamos determinados? ¿No podríamos exigir que el espí-

Digitized by Google

ritu, las representaciones, las ideas, no pudiesen ya determinarnos, cesaran de ser fijas y fuera de alcance, ó, dicho de otro modo, «sagradas?» Eso tendría por efecto liberarnos del espíritu, desligarnos del yugo de las representaciones y de las ideas.

El Cristianismo decía: «Debemos, sí, poseer apetitos, pero esos apetitos no deben poseernos». Nosotros le respondemos: «Debemos, sí, poseer un espíritu, pero el espíritu no debe poseernos». Si esta última frase no os ofrece desde luego un sentido satisfactorio, reflexionad en el caso de aquel en quien, por ejemplo, un pensamiento se convierte en «máxima», de tal suerte, que se hace él mismo su prisionero; no es ya él el que posee la máxima, es más bien ella la que lo posee. Y él, en revancha, posee en esa máxima un «sólido punto de apoyo». Las lecciones del catecismo se convierten poco á poco, sin que uno lo advierta, en axiomas que no permiten ya la menor duda; sus pensamientos ó su espíritu vienen á ser omnipotentes, y ninguna objeción de la carne prevalecerá ya contra ellos.

No puedo, sin embargo, sino por la carne, sacudir la tiranía del espíritu, porque sólo cuando un hombre comprende también su carne, se comprende enteramente; y sólo cuando se comprende enteramente, es inteligente ó razonable.

El cristiano no comprende la miseria de su naturaleza esclavizada, la «humildad» es su vida; por eso no murmura contra la iniquidad cuando su persona es víctima de ella: se cree satisfecho con la «libertad espiritual». Pero si la carne levanta la voz, y si su tono es como debe serlo, «apasionado», «inconveniente», «mal intencionado», «malicioso», etc., el cristiano cree oir voces diabólicas, voces contra el espíritu (porque la decencia, la ausencia de pasión, las buenas intenciones, etc., son

Digitized by Google

espíritu); truena contra ellas, y con razón: no sería cristiano, si las escuchara sin sublevarse. No obedeciendo más que á la moralidad, estigmatiza la inmoralidad; no obedeciendo más que á la legalidad, amordaza, ahoga la voz de la anarquía; el espíritu de moralidad y de legalidad, señor inflexible é inexorable, lo tiene cautivo. Eso es lo que llaman la «realeza del espíritu», y es al mismo tiempo el punto de apoyo del espíritu.

¿Y á quién los señores liberales quieren libertar? ¿Cuál es la libertad que llaman con todos sus votos? La del espíritu, del espíritu de moralidad, de legalidad, de piedad, etc. Pero los señores antiliberales no tienen otro deseo, y el solo objeto de la disputa, es la ventaja, que cada cual ambiciona, de llevar sólo la palabra. El espíritu permanece señor absoluto de los unos y de los otros, y si ellos riñen, es únicamente por saber quién se sentará sobre el trono hereditario de «lugarteniente del Señor».

Lo mejor del caso es que se puede permanecer tranquilo espectador de la lucha, con la certidumbre de que las bestias feroces de la Historia se destrozan entre sí exactamente como las de la Naturaleza; sus cadáveres, putrificándose, abonarán el suelo para nuestras mieses.

Volveremos en adelante sobre una multitud de otras marotas: vocación, veracidad, amor, etc.

***

Si opongo la espontaneidad de la inspiración á la pasividad de la sugestión, y lo que nos es propio á lo que nos es dado, se haría mal en responderme que, dependiendo todo de todo, y formando el Universo entero un todo solidario, nada de lo que somos ó de lo que tenemos está, por consiguiente, aislado, sino que nos

Digitized by Google

viene de las influencias circundantes, y nos es «dado» en suma; la objeción resultaría falsa, porque hay una gran diferencia entre los sentimientos ó los pensamientos que lo que me rodea despierta en mí, y los sentimientos y los pensamientos que se me facilitan ya hechos. Dios, inmortalidad, libertad, humanidad, son de estos últimos: se nos los inculca desde la infancia, y hunden en nosotros más ó menos profundamente sus raíces; pero, ya gobiernen á unos sin que lo adviertan, ya en otros, naturalezas más ricas, se ensanchen y se hagan el punto de partida de sistemas ó de obras de arte, no dejan de ser sentimientos que hemos recibido siempre tales cuales son, y nunca producido; la prueba es que creemos en ellos, y que se nos imponen.

Que haya un absoluto y que ese absoluto pueda ser percibido, sentido y pensado, es un artículo de fe para los que consagran sus veladas á penetrarlo y definirlo. El sentimiento de lo absoluto es para ellos un *datum*, el texto sobre el cual toda su actividad se limita á bordar las glosas más diversas. Igualmente, el sentimiento religioso era para Klopstock un «dato», que no hizo más que traducir en forma de obra de arte en su *Mesiada*. Si la religión no hubiera hecho más que estimularlo á sentir y á pensar, y si hubiera podido tomar él mismo posición enfrente de ella, hubiese llegado á analizar, y, finalmente, á destruir el objeto de sus piadosas efusiones. Pero hecho hombre, no hizo más que alambicar los sentimientos de que se había henchido su cerebro de niño, y derrochó su talento y sus fuerzas en vestir sus antiguas muñecas.

Se comprenderá al presente de qué valor práctico es la diferencia que hacemos entre los sentimientos que nos son dados y aquellos cuyo nacimiento en nosotros, las circunstancias exteriores no hacen más que provocar.

Digitized by Google

Estos últimos nos son propios, son egoístas, porque no nos los han apuntado é impuesto en cuanto sentimientos; los primeros, al contrario, nos han sido dados, los cuidamos como una herencia, los cultivamos y nos poseen.

¿Quién no ha podido observar, ó cuando menos experimentar, que toda nuestra educación consiste en ingertar en nuestro cerebro ciertos sentimientos determinados, en lugar de dejar que allí germinen á la buena de Dios los que hubieran encontrado un terreno conveniente? Cuando oimos el nombre de Dios, debemos experimentar temor; cuando se pronuncia ante nosotros el nombre de Su Majestad el Príncipe, debemos sentirnos penetrados de respeto, de veneración y de sumisión; si se nos habla de moralidad, debemos entender alguna cosa inviolable; si se nos habla del mal ó de los malvados, no podemos dispensarnos de temblar, y así sucesivamente. Esos sentimientos son el objeto del educador, son obligatorios: si el niño se deleitase, por ejemplo, en el relato de las hazañas de los malvados, vendrían los azotes á castigarlo y á «traerlo al buen camino».

Cuando estamos repletos así de sentimientos dados, llegamos á la mayor edad y podemos ser «emancipados». Nuestro equipo consiste en «sentimientos elevados, pensamientos sublimes, máximas edificantes, principios eternos,» etc. Los jóvenes son mayores cuando murmuran como los viejos; se les empuja á las escuelas para que en ellas aprendan los viejos estribillos, y cuando los saben de memoria ha sonado la hora de la emancipación.

No nos es permitido experimentar con ocasión de cada objeto y de cada nombre que se presentan á nosotros el primer sentimiento que sobrevenga; el nombre de Dios no debe despertar en nosotros imágenes risibles ó sentimientos irrespetuosos; lo que de él debemos pen-

Digitized by Google

sar y lo que debemos sentir nos está de antemano trazado y prescripto.

Tal es el sentido de lo que se llama la «cura de almas»; mi alma y mi espíritu deben estar moldeados según lo que conviene á los demás y no según lo que pudiera convenirme á mí mismo.

Sabido es cuánto trabajo hay que tomarse para adquirir una manera suya de sentir frente á muchos nombres que se pronuncian hasta todos los días; sabido es también cuán difícil es reirse en las barbas del que aguarda de nosotros, cuando nos habla, un aire penetrado y un tono de buena sociedad.

Lo que nos es dado nos es ajeno, no nos pertenece como propio; así, es «sagrado» y es incómodo despojarse de la «santa emoción» que eso nos inspira.

Se oye alabar mucho hoy la «seriedad», la «gravedad en los asuntos y los negocios de alta importancia», la «gravedad alemana», etc. Esta manera de tomar las cosas por lo serio muestra cuán inveteradas y graves se han hecho ya la locura y la posesión. Porque no hay nada más serio que el loco cuando se pone á cabalgar en su quimera favorita; ante su celo no es cosa ya de bromear. (Véanse las casas de locos.)

§ 3.—*La jerarquía.*

Las reflexiones históricas sobre nuestra herencia mogólica que intercalo aquí en forma de digresión, no tienen pretensión alguna á la profundidad ni á la solidez. Si las presento al lector, es simplemente porque me parece que pueden contribuir al esclarecimiento de lo demás.

Digitized by Google

La historia de la humanidad, que se halla, propiamente hablando, toda entera, en la historia de la raza caucásica, parece haber recorrido hasta el presente dos períodos: al primero, durante el cual tuvimos que despojarnos de nuestra original naturaleza negra, sucedió el período mogol (chino), al que habrá igualmente que poner fin por la violencia. El período negro representa la antigüedad, los siglos de dependencia frente á los objetos (comidas de los pollos sagrados, vuelo de las aves, estornudo, trueno y relámpagos, murmullo de los árboles, etc.); el período mogol representa los siglos de dependencia frente á los pensamientos, la Era cristiana. Al porvenir le están reservadas estas palabras: «Yo soy poseedor del mundo de los objetos y soy poseedor también del mundo de los pensamientos».

Es imposible hacer gran caso del valor del yo, en tanto que el duro diamante del no-yo (sea este no-yo el dios ó el mundo) continúe á un precio tan exorbitante. El no-yo está aún demasiado verde y demasiado duro para que sea posible al yo catarlo y absorberlo. Los hombres, con una actividad extraordinaria por lo demás, no hacen más que arrastrarse sobre ese inmutable; es decir, sobre esa substancia, como insectos sobre un cadáver cuyos jugos hacen servir para su alimento, sin destruirlo por eso. Esa actividad de gusanos es toda la industria de los mogoles. Entre los chinos, en efecto, todo continúa como antes; una revolución no suprime nada «esencial» ó «substancial», y no hace más que volverlos más afanosos en torno de lo que queda en pie, y que lleva el nombre de «antigüedad», de «abuelos», etc.

Por eso, en el período mogol que atravesamos, todo cambio no ha sido nunca más que una reforma, una mejora, jamás una destrucción, un trastorno, un aniquilamiento. La substancia, el objeto permanece. Toda nues-

Digitized by Google

tra industria no ha sido más que actividad de hormigas y saltos de pulgas, juglerías sobre la cuerda tirante de lo objetivo, y servicios corporales bajo el bastón del capataz de lo inmutable ó «eterno». Los chinos son ciertamente el más positivo de los pueblos, y eso porque están enterrados bajo los dogmas; pero la era cristiana tampoco ha salido de lo positivo; es decir, de la «libertad restringida», de la libertad «hasta cierto límite». En los grados más elevados de la civilización, esta actividad es llamada científica, y se traduce por un trabajo que reposa sobre una suposición fija, una hipótesis inconmovible.

La moralidad, bajo su primera y más ininteligible forma, se presenta como hábito. Obrar conforme á los usos y costumbres de su país, es ser moral. Así es más fácil á los chinos que á cualquier otro obrar moralmente y llegar á una pura y natural moralidad; no tienen más que atenerse á las viejas usanzas, á las viejas costumbres, y odiar toda innovación como un crimen que merece la muerte; la innovación es, en efecto, la enemiga mortal del hábito, de la tradición y de la rutina. Está fuera de duda que el hábito acoraza al hombre contra la importunidad de las cosas y le crea un mundo especial, el solo que se siente en su casa; es decir, un cielo. ¿Qué es un cielo, en efecto, sino la patria propia del hombre, donde ya nada extraño lo solicita y lo domina, donde ninguna influencia terrestre lo hace ya extraño á sí mismo; en una palabra, donde purificado de las manchas de la tierra y, vencedor en su lucha contra el mundo, no está ya obligado á renunciar á nada? El cielo es el fin de la renuncia, el libre goce. El hombre no se priva ya allí de nada, porque nada le es ya extraño ni hostil.

El hábito es, pues, una «segunda naturaleza» que desata y libra al hombre de su naturaleza primitiva y lo pone al abrigo de los azares de esa naturaleza.

Digitized by Google

Las tradiciones de la civilización china han prevenido todas las eventualidades; todo está «previsto»; suceda lo que quiera, el chino sabe siempre cómo debe portarse; no tiene necesidad nunca de tomar consejo de las circunstancias. Jamás un acontecimiento inesperado lo precipita del cielo de su reposo. El chino que ha vivido en la moralidad y que se ha aclimatado en ella perfectamente, no puede ser ni sorprendido, ni desconcertado; en toda ocasión guarda su sangre fría, es decir, la calma del corazón y del espíritu, porque su corazón y su espíritu, gracias á la previsión de las viejas costumbres tradicionales, no pueden en ningún caso ser trastornados ni turbados; lo imprevisto no existe ya. Gracias, pues, al hábito, sube la humanidad el primer escalón de la escala de la civilización (ó de la cultura); y como se imagina que alcanzar la civilización será alcanzar al mismo tiempo el cielo ó reino de la cultura y de la segunda naturaleza, sube en realidad por el hábito el primer escalón de la escala del cielo.

Si los mogoles han afirmado la existencia de seres espirituales y creado un cielo, un mundo de los espíritus, los caucásicos, por otra parte, durante millares de años, han luchado contra esos seres espirituales para penetrarlos y comprenderlos. No hacían en esto más que edificar sobre el terreno mogol. Edificaban no sobre la arena, sino en los aires; han luchado contra la tradición mogola y asaltado el cielo mogol, el «Thian». ¿Cuándo, pues, acabarán por aniquilarlo? ¿Cuándo se recobrarán y volverán á ser al fin verdaderos caucásicos? ¿Cuándo la «inmortalidad del alma», que en estos últimos tiempos creyó afirmarse aún más sólidamente presentándose como «inmortalidad del espíritu», se transformará, en fin, en mortalidad del espíritu?

Gracias á los industriosos esfuerzos de la raza mo-

Digitized by Google

gola, los hombres habían construído un cielo cuando los de la raza caucásica, por lo mismo que un resto de herencia mogola les deja algún cuidado del cielo, se dieron á una tarea opuesta: la tarea de subir al asalto de ese cielo de la moralidad y conquistarlo. Derribar todo dogma para elevar sobre el terreno devastado uno nuevo y mejor, destruir las costumbres para poner en su lugar costumbres nuevas y mejores, esa es toda su obra. ¿Pero esta obra es lo que se propone ser y alcanza verdaderamente su objeto? No: esta persecución de lo «mejor» está contaminada de «mogolismo»; no conquista el cielo más que para crear uno nuevo, no derriba una antigua potencia más que para legitimar una nueva, no hace en suma más que mejorar.

Y sin embargo, el objeto supremo hacia el cual se marcha, y que cada recodo del camino hace perder de vista, no queda menos invariable; es la destrucción verdadera y completa del cielo, de la tradición, etc.; es, en una palabra, el fin del hombre asegurado únicamente contra el mundo, el fin de su aislamiento, de su solitaria interioridad. El hombre procura en el cielo de la civilización aislarse del mundo y quebrar su potencia hostil. Pero ese celeste aislamiento debe ser roto á su vez, y el verdadero fin de la conquista del cielo es la ruina y el aniquilamiento del cielo. El caucásico que mejora y que reforma obra como mogol, porque no hace más que restablecer lo que era, es decir, un dogma, un absoluto, un cielo. El, que ha consagrado al cielo un odio implacable, edifica, sin embargo, cada día nuevos cielos; elevando cielo sobre cielo, no hace más que aplastarlos uno bajo el otro; el cielo de los judíos destruye el de los griegos, el de los cristianos destruye el de los judíos, el de los protestantes el de los católicos, etc.

Si esos titanes humanos llegan á libertar su sangre

Digitized by Google

caucásica de su herencia mogola, enterrarán al hombre espiritual bajo las cenizas de su prodigioso mundo espiritual, al hombre aislado bajo su mundo aislado y á todos los que construyen un cielo, bajo las ruinas de ese cielo. Y el cielo es el reino de los espíritus, el dominio de la libertad espiritual.

El reino de los cielos, el reino de los espíritus y de los fantasmas, ha encontrado el puesto que le convenía en la filosofía especulativa. Se ha convertido en reino de los pensamientos, de los conceptos y de las ideas; el cielo está poblado de ideas y de pensamientos y ese «reino de los espíritus» es la realidad misma.

Querer libertar el espíritu es puro «mogolismo»; libertad del espíritu, del sentimiento, de la moral, son libertades mogolas.

Se toma la palabra «moralidad» por sinónima de actividad espontánea, de libre disposición de sí mismo. Sin embargo, no hay nada de eso; al contrario, si el caucásico ha dado pruebas de alguna actividad personal, ha sido á despecho de la moralidad que tenía de sus adherencias mogolas. El cielo mogol ó tradición moral ha seguido siendo una inconquistable fortaleza, y el caucásico ha dado pruebas de moralidad sólo por los asaltos repetidos que le ha dado; porque si no hubiese ya tenido ningún cuidado de la moralidad, si no hubiera visto en esta última su perpetuo é invencible enemigo, la relación entre él y la tradición, es decir, su moralidad, habría desaparecido.

El hecho de que sus impulsos naturales son todavía morales, es precisamente lo que le queda de su herencia mogola; es una señal de que no se ha repuesto todavía. Los impulsos «morales» corresponden exactamente á la filosofía «religiosa y ortodoxa», á la monarquía «constitucional», al Estado «cristiano», á la libertad «modera-

Digitized by Google

das» ó, para emplear una imagen, al héroe clavado en su lecho de dolor.

El hombre no habrá vencido realmente al chamanismo y al cortejo de fantasmas que arrastra detrás de sí, más que cuando tenga la fuerza de rechazar, no sólo la superstición, sino la fe, no sólo la creencia en los espíritus, sino la creencia en el espíritu.

El que cree en los aparecidos, no se inclina más profundamente ante «la intervención de un mundo superior» que lo hace el que cree en el espíritu, y los dos buscan un mundo espiritual detrás del mundo sensible. En otros términos, engendran otro mundo y creen en él; ese otro mundo, creación de su espíritu, es un mundo espiritual; sus sentidos no perciben ni conocen nada de ese otro mundo inmaterial; su espíritu sólo vive en él. Cuando se cree, como un mogol, en la existencia de seres espirituales, no se está lejos de concluir que el sér real en el hombre es su espíritu, y que se deben reservar todos sus cuidados á ese solo espíritu, á la «salvación del alma». Se afirma así la posibilidad de obrar sobre el espíritu, lo que se llama «influencia moral».

Salta, pues, á la vista que el «mogolismo» representa la negación radical de los sentidos y el reinado del no sentido y de la contranaturaleza, y que el pecado y el remordimiento del pecado han sido durante miles de años un azote mogol.

Pero ¿quién hará ahora volver al espíritu á su nada? El que probó con el espíritu que la Naturaleza también es vana, limitada y perecedera, ese sólo puede probar la vanidad del espíritu. Yo lo puedo, y entre vosotros lo pueden aquellos cuyo yo ordena y reina como soberano; el que lo puede es, en una palabra, el egoista.

***

Digitized by Google

Ante lo que es sagrado, pierde uno todo sentimiento de su poder y todo valor; se siente uno impotente y se humilla. Nada, sin embargo, es por sí mismo sagrado; yo sólo consagro: lo que canoniza es mi pensamiento, mi juicio, mis genuflexiones; en una palabra, mi conciencia.

Es sagrado lo que es inaccesible al egoista, está sustraído á sus ataques, fuera de su poder, es decir, por cima de él; en una palabra, sagrado es todo asunto de conciencia. «Es para mí un asunto de conciencia», no significa nada, más que «yo tengo eso por sagrado».

Para los niños pequeños, como para los animales, nada es sagrado, porque para elevarse á nociones de ese género la inteligencia debe haberse desarrollado bastante para ser capaz de distinciones tales como «bueno y malo, permitido y prohibido», etc.; sólo es en ese grado de reflexión ó de comprensión, grado al que corresponde precisamente el punto de vista de la religión, cuando el temor natural puede hacer sitio á la veneración (ésta no natural, porque no tiene raíces más que en el pensamiento), y al «terror sagrado». Es preciso para eso que uno tenga alguna cosa exterior á sí, por más poderosa, más grande, más autorizada, mejor que uno mismo; en otros términos: es preciso que uno sienta cernerse sobre su cabeza un poder extraño, y que no sólo se experimente ese poder, sino que se le reconozca formalmente, se le acepte, se someta uno á él, se entregue á él atado de pies y manos (resignación, humildad, sumisión, obediencia, etc.). Aquí desfilan como otros tantos fantasmas, toda la colección de las «virtudes cristianas».

Todo lo que inspira el respeto ó la veneración, merece ser llamado sagrado; vosotros mismos decís que no es sin un «santo terror» como tocais á ello. Y un estre-

Digitized by Google

mecimiento análogo provoca en vosotros lo contrario de lo sagrado (el cadalso, el crimen, etc.), porque eso también encubre el mismo «algo» inquietante, ajeno y extranjero.

«¡Si no hubiese nada sagrado para el hombre, estaría abierta de par en par la puerta al capricho, á lo arbitrario y á una subjetividad ilimitada!» El temor es, ciertamente, un comienzo; puede uno bien hacerse temer del hombre más grosero, y eso es ya un dique que oponer á su insolencia. Pero en el fondo de todo temor se cobija siempre la tentativa de libertarse del objeto de este temor por sutileza, astucia, engaño, etc. Muy diversamente ocurre con la veneración: venerar, no es solamente temer, es, además, honrar; el objeto del miedo se convierte en una potencia interior á que no puedo yo sustraerme; lo que yo honro, me coge, me liga, me posee; el respeto con que lo pago, me pone completamente en su poder, y no me deja ninguna veleidad de libertarme; me adhiero á ello con toda la energía de la fe, creo. El objeto de mi temor y yo, no hacemos más que uno: «no soy yo el que vivo, sino que lo que yo respeto vive en mí». Además, siendo el espíritu infinito, nada para él puede tener fin, queda forzosamente estacionario: teme las decadencias, las disoluciones, la vejez y la muerte, no sabe ya deshacerse de su niño Jesús; sus ojos, que el eterno deslumbra, se hacen incapaces de reconocer la grandeza propia de las cosas que pasan. El objeto de temor, convertido en objeto de culto, es en adelante inviolable. El respeto se hace eterno, el objeto del respeto se hace dios.

El hombre, desde entonces, no crea ya, aprende (estudia, examina, etc.); es decir, que toda su actividad se concentra sobre un objeto inmutable, en el cual se hunde sin retorno sobre sí mismo. A este objeto llegará á

Digitized by Google

conocerlo, á profundizarlo, á demostrarlo; pero no puede, y no intentará, analizarlo y destruirlo. «El hombre debe ser religioso», es cosa convenida; toda la cuestión está en saber cómo se llegará á ser religioso, cuál es el verdadero sentido de la religiosidad, etc. Muy distinto es si se pone de nuevo en cuestión el axioma mismo y si se duda de él con riesgo de tener, finalmente, que rechazarlo. La moralidad es también una de esas concepciones sagradas; «se debe ser moral»; cómo ser moral, cuál es la verdadera manera de serlo, es todo lo que uno debe preguntarse. No se arriesga uno á preguntar si, por acaso, la moralidad misma no sería una ilusión, un miraje: ella queda, por cima de toda duda, inmutable. Y así se suben, piso por piso, todas las gradas del templo, desde el «santo» hasta el «santo de los santos».

***

Se divide á los hombres en dos clases: los cultos y los no cultos, los civilizados y los bárbaros. Los primeros, mereciendo su nombre, se ocupaban en pensamientos, vivían por el espíritu, y como durante la era cristiana, que tuvo el pensamiento por principio, eran los amos, exigieron de todos, respecto á los pensamientos reconocidos por ellos, la más respetuosa sumisión. Estado, Emperador, Iglesia, moralidad, orden, etc., son de esos pensamientos, de esos fantasmas que no existen más que para el espíritu.

Un sér simplemente vivo, un animal, se inquieta de ellos tan poco como un niño. Pero los bárbaros no son en realidad más que niños, y el que no piensa más que en proveer á las necesidades de su vida, es indiferente á todos los fantasmas; como está, por otra parte, sin

Digitized by Google

fuerza contra ellos, acaba por sucumbir á su poder y ser regido por pensamientos.

Tal es el sentido de la jerarquía: la jerarquía es la dominación del pensamiento, la realeza del espíritu.

Hasta este día hemos permanecido jerárquicos, oprimidos por los que se apoyan sobre pensamientos. Los pensamientos son lo sagrado.

Pero á cada instante el civilizado choca con el bárbaro, y el bárbaro choca con el civilizado; y eso no sólo con ocasión del encuentro de dos hombres, sino en un solo y mismo hombre. Porque ningún docto es tan docto que no tenga algún placer en las cosas, y haciendo eso obra como bárbaro, y ningún bárbaro carece absolutamente de pensamientos. Por Hegel ha sido sacada á luz la ardiente aspiración del hombre más culto, más intelectual, hacia los objetos, y su horror por toda «teoría vana». Así la realidad, el mundo de los objetos, debe corresponder completamente al pensamiento, y ningún concepto debe ser sin realidad. Eso es lo que ha hecho llamar objetivo al sistema de Hegel, con preferencia á toda otra doctrina, porque el pensamiento y el objeto, lo ideal y lo real, celebraban allí su reunión. Este sistema no es, sin embargo, más que la apoteosis del pensamiento, su ascensión al imperio supremo y universal; es el triunfo del espíritu, y al mismo tiempo el triunfo de la filosofía. La filosofía no puede elevarse más alta; alcanza al punto culminante de su carrera cuando conduce al poder para todo, á la omnipotencia del espíritu.

A los hombres, según el espíritu, se les ha puesto en la cabeza un objeto que debe ser realizado. Teniendo las nociones de amor, de bien, etc., querrían hacer de estos conceptos realidades; quieren, en efecto, fundar sobre la tierra un reino del amor, en que ninguno obrará ya por interés egoísta, sino por «amor». El amor debe rei-

Digitized by Google

nar. Lo que se les ha puesto en la cabeza no tiene más que un nombre: es una idea fija. «Su cerebro está hechizado», y el más importuno, el más obstinado de los fantasmas que han elegido allí su domicilio, es el Hombre. Acordaos del proverbio: «El camino del infierno está empedrado de buenas resoluciones.» La resolución de realizar completamente en sí al Hombre es uno de esos excelentes empedrados del camino de la perdición, y los firmes propósitos de ser bueno, noble, caritativo, etc., salen de la misma cantera.

Br. Bauer dice en algún sitio (1): «Esa clase burguesa que ha tomado en la historia contemporánea tan temible importancia, no es capaz de ningún sacrificio, de ningún entusiasmo por una idea, de ninguna elevación; no se apega más que á lo que interesa á su mediocridad; es decir, que no ve más lejos de sí misma; si es victoriosa, no es, en definitiva, más que gracias á su masa, cuya inercia ha cansado á los esfuerzos de la pasión, del entusiasmo y de la lógica, y gracias á su superficie, que ha absorbido una parte de las ideas nuevas.» Y más allá: «Ella ha acaparado para ella sola el beneficio de las ideas revolucionarias á que otros, desinteresados ó apasionados, se habían sacrificado, y ha cambiado el espíritu en dinero. Pero, en verdad, antes de hacer suyas esas ideas, ha empezado por cercenarles lo que era su extrema, pero también su estricta consecuencia: el ardor fanático de destrucción contra todo egoísmo.»

Está entendido: esas gentes son incapaces de abnegación y de entusiasmo; no tienen ni ideal ni lógica; son, en el sentido vulgar de la palabra, egoístas que no piensan más que en sus intereses, prosaicos, calculadores, etc.

¿Quién, pues, «se sacrifica?» El que subordina todo lo

(1) *Denkwurdigkeiten*, VI, pág. 7.

Digitized by Google

demás á un fin, á una volición, á una pasión, etc. ¿No se sacrifica el amante cuando abandona padre y madre, desafía todos los peligros y soporta todas las privaciones para lograr su objeto? ¿Y qué otra cosa hace el ambicioso, que sacrifica á su única pasión todo deseo, toda aspiración, toda alegría? ¿Y el avaro, que se priva de todo por amontonar un tesoro? ¿Y el borracho? A todos una pasión única los domina, y le sacrifican todas las demás.

¿Pero esos sacrificios, les impiden ser interesados? ¿No son egoistas? Si no tienen por señora más que á una sola pasión, no menos procuran satisfacerla y satisfacerse, y aún ponen en ello más ardor: su pasión los absorbe. Todos sus actos, todos sus esfuerzos son egoistas, pero de un egoismo no amplio, unilateral y limitado: son poseídos.

«Esas no son, decís, más que pasiones mezquinas, miserables, por las que el hombre no debe dejarse encadenar. ¡El hombre debe consagrarse á una gran causa, á una gran idea!» Una buena «idea elevada», una «buena causa», es, por ejemplo, la gloria de Dios, por la que innumerables víctimas han buscado y hallado la muerte; es el cristianismo, que ha encontrado mártires dispuestos al suplicio; es esa Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, tan ávida de hecatombes de heréticos; es la libertad y la igualdad, de que fueron sirvientes las sangrientas guillotinas.

El que vive para una gran idea, para una buena causa, para una doctrina, un sistema, una misión sublime, no debe dejarse rozar por ninguna codicia terrestre, debe despojarse de todo interés egoista. Esto nos eleva á la noción del sacerdocio, al que también se podría, teniendo en cuenta su papel pedagógico, calificar de *dominismo* (¡porque un ideal no es más que un *dominismo* ó docentismo!)

Digitized by Google

La vocación del sacerdote lo llama á vivir exclusivamente para la idea, á no obrar sino en atención á la idea, á la buena causa; así el pueblo siente cuán mal cae en las gentes del clero descubrir un orgullo mundano, no ser insensibles á la buena mesa, entregarse á placeres como el baile y el juego; en una palabra, interesarse en lo que no es un «interés sagrado». Se podría tal vez explicar así la escasez del sueldo que reciben los profesores: deben sentirse ampliamente recompensados por la santidad de su misión, y mirar con desprecio los deleites pasados. No nos faltan catálogos de esas ideas sagradas, una ó varias de las cuales debe mirar el hombre como su misión. Familia, patria, ciencia, etc., pueden encontrar en mí un servidor fiel para cumplir sus deberes. Chocamos aquí con el antiguo error del mundo, que no ha aprendido aún á pasarse sin sacerdocio; vivir y obrar para una idea, es siempre, aun para el hombre, una vocación; y por la fidelidad con que se consagra á ella, se mide su valor humano.

Siendo tal la dominación de las ideas ó el sacerdocio, Robespierre, por ejemplo, Saint Just, etc., eran, ciertamente, sacerdotes; eran inspirados, entusiastas, los instrumentos consecuentes de una idea, campeones del ideal. Saint Just exclama en uno de sus discursos: «Hay algo terrible en el amor sagrado de la patria; es de tal modo exclusivo, que inmola todo sin piedad, sin pavor, sin respeto humano, al interés público; precipita á Manlio, inmola sus asuntos privados, arrastra á Régulo á Cartago, arroja á un romano en un abismo, y coloca á Marat en el panteón, víctima de su abnegación» (1).

Contra estos representantes de intereses ideales ó sagrados, se levanta la innumerable multitud de los in-

(1) SAINT JUST: *Informe á la Convención, 11 Germinal, año II.*

Digitized by Google

tereses profanos, «personales». Ninguna idea, ninguna doctrina, ninguna causa santa es tan grande que deba jamás ser vencida ó modificada por esos intereses personales. Si ocurre que éstos zozobren momentáneamente en las horas de rabia y de fanatismo, el «buen sentido popular» los vuelve pronto á la superficie. La victoria de las ideas no es completa más que cuando cesan de estar en contradicción con los intereses personales, es decir, cuando dan satisfacción al egoísmo.

El vendedor de arenques que pregona en este momento su mercancía bajo mi ventana tiene un interés personal en venderla bien, y cuando su mujer ó quien quiera hace votos por la prosperidad de su pequeño comercio, su interés no deja por ello de ser completamente personal. Pero si un ladrón le roba su banasta, inmediatamente va á despertarse el interés de varios, del gran número, de toda la ciudad, de todo el país, en suma, de todos los que aborrecen el robo; la persona de nuestro vendedor pasa á segundo término y se borra ante la categoría de «robado», á que se une el interés público.

Pero todavía aquí, todo se reduce en definitiva á un interés personal; si todos los que compadecen el infortunio del robado creen que deben aplaudir el castigo del ladrón, es porque si el robo quedara impune podría generalizarse y ellos mismos podrían á su vez ser las víctimas. Es, sin embargo, difícil admitir que muchas gentes puedan tener conciencia de tal cálculo, y oiréis con la mayor frecuencia proclamar que el ladrón es un «criminal». Tenemos ante nosotros un fallo ejecutorio que califica el robo una vez por todas y lo coloca en la clase de los «crímenes».

El problema que se presenta ahora es éste: En el supuesto de que un crimen no causara el menor perjuicio ni á mí, ni á cualquiera que me interese, yo debería, sin

Digitized by Google

embargo, desplegar todo mi celo en combatirlo. ¿Por qué? Porque la moralidad me inspira, porque estoy lleno de la idea de moralidad y debo oponerme á todo lo que la hiere. Porque el robo le parece *à priori* abominable, Proudhon cree deshonrar la propiedad diciendo que «la propiedad es el robo». A los ojos de los sacerdotes, el robo es siempre un crimen, ó cuando menos un delito.

Aquí acaba el interés personal. Esa persona determinada que ha robado la banasta del vendedor me es á mí, personalmente, por completo indiferente; lo que me interesa es únicamente el ladrón, la especie de que esa persona es un ejemplar. Ladrón y Hombre son en mi espíritu dos términos inconciliables, porque uno no es verdaderamente Hombre cuando es ladrón; robando envilece en sí al hombre ó «la humanidad».

Salimos del interés personal para caer en la filantropía. Esta es generalmente tan mal comprendida que se cree ver en ella un amor por los hombres, por cada individuo en particular, cuando no es más que el amor del Hombre, del concepto abstracto é irreal, del fantasma. No es τούς ἀνθρώπους, los hombres, sino τόν ἄνθρωπον, el hombre, á quien el filántropo lleva en su corazón. Ciertamente compadece el infortunio del individuo, pero no es sino porque querría ver por todas partes realizado su ideal bien amado. No le habléis de solicitud por mí, por tí, por nosotros; interés personal todo eso; eso entra en el capítulo del «amor mundano». La filantropía es un amor celeste, espiritual, clerical. Lo que necesita es hacer florecer en nosotros el Hombre, aun cuando nosotros, pobres diablos, tuviéramos que reventar. Es el mismo espíritu clerical que ha dictado el célebre *Fiat justitia, pereat mundus*. Hombre, justicia, son ideas, fantasmas, á cuyo amor todo debe ser sacrificado; por lo demás, el hombre de todos los sacrificios es, como se sabe, el sacerdote.

Digitized by Google

El que medita en el Hombre pierde de vista á las personas á medida que se extiende su meditación; nada en pleno interés sagrado, ideal. El Hombre no es una persona, sino un ideal, un fantasma.

Se pueden prestar al hombre los atributos más diversos; si parece que el primero, el más esencial de sus atributos es la piedad, el sacerdocio religioso se levanta; si parece que la moralidad le es ante todo necesaria, el sacerdocio moral alza la cabeza. Los espíritus jerárquicos de nuestros días querrían hacer de todo una «religión»; tenemos ya una «religión de la libertad», una «religión de la igualdad», etc., y ellos están en vías de hacer una «causa sagrada» de todas las ideas; oiremos un día hablar de una religión de la burguesía, de la política, de la publicidad, de la libertad de la prensa, del tribunal superior, etc.

Dicho esto, ¿qué es, pues, el «desinterés?» Ser desinteresado es no tener más que un interés ideal, ante el cual se borra toda consideración de persona.

El orgullo del hombre práctico se subleva contra esta manera de ver. Pero desde hace miles de años se ha trabajado tan bien en domarlo, que debe hoy encorvar su cabeza rebelde y «adorar la potencia superior»; el sacerdote ha vencido. Cuando el egoísta mundano había llegado á sacudir el yugo de un poder superior, como, por ejemplo, la ley del Antiguo Testamento, el Papa romano, etc., se elevaba inmediatamente por cima de él otro diez veces superior; la fe tomaba el puesto de la ley, la elevación de todos los laicos al sacerdocio reemplazaba al clero cerrado, etc. Es la historia del poseído, á quien media docena de diablos hostigaban desde que creía haber expulsado á uno.

El pasaje de Br. Baüer, que citábamos antes, niega á la clase burguesa todo idealismo, etc. Es indudable que

Digitized by Google

ella ha falsificado las consecuencias ideales que Robespierre hubiera sacado de su principio. El instinto de su interés la ha advertido de que esas consecuencias chocaban con sus miras y que sería un juego de bobos querer plegarse á las deducciones de la teoría. ¿Acaso debía llevar el desinterés hasta abjurar de todo lo que había sido su objeto para conducir al triunfo una rígida teoría?

Á maravilla hacen su negocio los sacerdotes cuando las gentes prestan oído á sus exhortaciones: «Abandona todo y síguemeo ó «Vende todo lo que posees y da el dinero á los pobres, eso te valdrá un tesoro en el cielo; ven y síguemeo. Algunos raros idealistas escuchan ese llamamiento; pero la mayor parte hacen lo que Ananías y Safira, se conducen á medias, según el espíritu ó la religión; á medias, según el mundo, y reparten sus ofrendas entre Dios y Mammon.

No censuro á la burguesía el no haberse dejado desviar de su objeto por Robespierre y el haber tomado consejo de su egoísmo para saber hasta qué punto debía asimilarse las ideas revolucionarias. Pero á los que se podría censurar (si en algún caso puede tratarse aquí de censurar á alguno ó alguna cosa) es á los que se dejan imponer como intereses suyos los intereses de la clase burguesa. ¿No acabarán un día por comprender de qué lado está su ventaja?

«Para conquistar á su causa á los productores (Proletarios) dice Augusto Becker (1) «no basta una negación de las nociones tradicionales del derecho. Las gentes se inquietan, desgraciadamente, bastante poco por la victoria teórica de una idea. Lo que hace falta es demostrarles *ad oculos* el beneficio práctico que se puede sacar de esa victoria»; y añade: «Debéis apresar á las gentes

(1) *Volkephilosophie unserer Tage*, p. 22.

Digitized by Google

por sus intereses reales, si quereis tener acción sobre ellas». Nos muestra además la sabia inmoralidad que se propaga ya entre nuestros aldeanos, porque quieren mejor seguir sus intereses reales que sujetarse á los mandatos de la moral.

Los padres de la iglesia revolucionaria, sus pedagogos, cortaban el cuello á los hombres para servir al Hombre; los laicos, los profanos de la Revolución, no tenían, en verdad, más grande horror por esa operación, pero se cuidaban menos de los derechos del hombre y de la humanidad que de sus propios derechos.

¿Cómo sucede, pues, que el egoísmo de los que confiesan y consultan en todo tiempo su interés personal sucumbe fatalmente ante un interés sacerdotal ó pedagógico? Su persona les parece á ellos mismos demasiado débil, demasiado insignificante (lo que es, en efecto,) para osar pretenderlo todo y poder realizarse enteramente. Lo que prueba que es ciertamente así, es que se dividen ellos mismos en dos personas, una eterna y otra temporal, y no favorecen jamás sino á la una con exclusión de la otra: el domingo á la eterna, el resto de la semana á la temporal; á la primera en la oración, á la segunda en el trabajo. Llevan al sacerdote en ellos, y por esto jamás se hallan en paz; se oyen interiormente predicar cada domingo.

¡Cuánto han trabajado y meditado los hombres para llegar á conciliar este dualismo de su esencia! Han amontonado idea sobre idea, pincipio sobre principio, sistema sobre sistema, y nada ha llegado, á la larga, á resolver la contradicción que encierra el hombre «temporal» llamado «el egoísta». ¿No prueba eso que todas esas ideas eran impotentes para abrazar mi voluntad entera y satisfacerla? Eran y han permanecido para mí enemigas, aunque esta enemistad se haya disimulado largo tiempo.

Digitized by Google

¿Sucederá lo mismo con la individualidad? ¿No es, ella también, más que un ensayo de conciliación?

A cualquier principio que me haya dirigido, al de la razón, por ejemplo, me he visto siempre, finalmente, obligado á rechazarlo. ¿O puedo de veras ser perpetuamente razonable y arreglar en todas las cosas mi vida por la razón? Puedo esforzarme en ser razonable, puedo amar la razón como puedo amar á Dios ó á cualquiera otra idea. Puedo ser filósofo, ser el amante de la sabiduría, como soy el adorador de Dios. Pero el objeto de mi amor y de mis aspiraciones no existe más que en mi espíritu, en mi imaginación, en mi pensamiento; está en mi corazón, en mi cerebro; está en mí, como mi corazón está en mí; pero no es yo, y yo no soy él.

***

Lo que se entiende bajo el nombre de influencia moral es muy especialmente de la pertenencia de los espíritus sacerdotales.

La influencia moral comienza donde comienza la humillación; no es más que esta humillación misma, bajo la cual el orgullo, forzado á doblarse ó romperse, deja el puesto á la sumisión. Cuando yo grito á alguno que se aleje de una roca que va á volar, no ejerzo por esa advertencia ninguna influencia moral. Si digo al niño: «tendrás hambre si no quieres comer de lo que está en la mesa», no hay ahí tampoco nada que se parezca á la «influencia moral». Pero si le digo: «Hay que orar, honrar padre y madre, respetar el crucifijo, decir la verdad, etc., porque eso es humano, porque tal es el deber del hombre, ó mejor todavía, la voluntad de Dios», habré ejercido esta vez sobre él una acción moral. Gracias á esta pedagogía moral, el hombre se penetra de la misión del

Digitized by Google

hombre, se hace humilde y obediente y somete su voluntad á una voluntad extraña que le es impuesta como la regla y la ley; debe inclinarse ante una superioridad: humillación voluntaria. «El que se humilla será ensalzado».

Sí, sí, es bueno exhortar bien temprano á los niños á la piedad, á la devoción, á la honradez. El hombre bien educado es aquel á quien los buenos principios le han sido enseñados, inculcados, apuntados y embutidos á fuerza de golpes ó sermones.

Si eso os hace sonreir, en seguida los buenos gritarán, retorciéndose las manos de desesperación: «¡Pero, por amor de Dios, si no damos buenos principios á nuestros hijos, se arrojarán en derechura al abismo del pecado y se harán malos pillastres!» ¡Poco á poco, profetas de desgracias! «Malos» en vuestro sentido, ciertamente que lo llegarán á ser; pero vuestro sentido es, precisamente, un sentido muy malo. Los descarados no se dejarán ya imponer por vuestras charlatanerías y vuestras lamentaciones, ni simpatizarán ya con todos los absurdos que os hacen delirar y chochear desde tiempo inmemorial; abolirán el derecho de sucesión, rehusando heredar las tonterías que os han legado vuestros padres, y extirparán el pecado original. Si les decís: «¡Inclínate ante el Sér Supremo!», responderán: «¡Si quiere hacernos doblegar, que venga él mismo y lo haga, porque nosotros no nos inclinamos por nuestro gusto!» Y si les amenazais con su cólera y sus castigos, será como si les amenazárais con el coco. Cuando no consigais ya inculcarles el miedo á los aparecidos, el reinado de los aparecidos tocará á su fin, y los cuentos de nodrizas no encontrarán ya crédito.

Pero, ¿no son una vez más los liberales los que insisten sobre la buena educación y sobre la necesidad de me-

Digitized by Google

jorar la instrucción pública? ¿Cómo, por otra parte, su liberalismo, su «libertad en los límites de la ley», podría realizarse sin el socorro de la disciplina? Si la educación, tal cual ellos la entienden, no reposa, precisamente, sobre el temor de Dios, apela, en cambio, más enérgicamente al respeto humano, es decir, al temor del Hombre; y encargan á la disciplina inspirar «el entusiasmo por la verdadera misión humana».

***

Durante largo tiempo se contentaron con la ilusión de poseer la verdad, sin que llegase á la mente de nadie preguntarse seriamente si no sería, quizá, necesario, antes de poseer la verdad, ser uno mismo verdadero. Ese tiempo fue la Edad Media. Se figuraron poder comprender lo abstracto, lo inmaterial, por medio de la conciencia común; de esa conciencia que no tiene imperio más que sobre los objetos, es decir, sobre lo sensible y lo material. Del mismo modo que hay que ejercitar mucho la vista para tomar la perspectiva de los objetos lejanos, y que es preciso que la mano haga penosos esfuerzos antes de que los dedos hayan adquirido la destreza necesaria para dar en las teclas, según las reglas del arte, así se han sometido á las mortificaciones más variadas, á fin de hacerse capaces de abrazar enteramente lo suprasensible. Pero lo que se mortificaba no era nada más que el hombre material, la conciencia común, la inteligencia restringida á la percepción de las relaciones sensibles. Y como esa inteligencia, ese pensamiento de que Lutero hizo menosprecio bajo el nombre de razón, es inepto para concebir lo divino, el régimen de mortificaciones á que se le sometió no contribuyó en nada al descubrimiento de la verdad: tanto hubiera valido ejer-

Digitized by Google

citar sus pies en el baile durante años con la esperanza de enseñarlos á tocar la flauta.

Lutero, con quien acaba lo que se llama la Edad Media, fue el primero en comprender que si el hombre quiere abrazar la verdad, debe empezar por hacerse distinto del que es, y por llegar á ser tan verdadero como la verdad. El que posee ya la verdad entre sus creencias, sólo el que cree en la verdad, puede tener parte en ella; es decir, que no es accesible más que al creyente, y sólo el creyente puede explorar sus profundidades. No más que el órgano del hombre capaz de producir el aliento puede conseguir también tocar la flauta, y no más que el hombre, poseedor del verdadero órgano de la verdad, puede participar de la verdad. Aquel cuyo pensamiento no alcanza más que lo sensible, lo positivo, lo concreto, no aprehenderá tampoco en la verdad más que su apariencia concreta; pues bien: la verdad es espíritu, fundamentalmente inmaterial, y no es, por consiguiente, del imperio más que de la «conciencia superior», y no de la que «no está abierta más que á las cosas de la tierra».

Lutero saca á luz ese principio de que, siendo la verdad pensamiento, no existe más que para el hombre que piensa. Y eso equivale á decir que el hombre debe simplemente colocarse, en lo sucesivo, en un punto de vista diferente, en el punto de vista celeste, creyente, científico, en el punto de vista del pensar frente á su objeto, el pensamiento, ó del espíritu frente al espíritu. El igual sólo reconoce al igual. «Tú eres el igual del espíritu, al que comprendes.»

Habiendo el protestantismo abatido la jerarquía de la Edad Media, pudo arraigarse esta opinión de que toda jerarquía, la jerarquía en general, había sido por él destruída; y no se pudo advertir que había sido justamente

Digitized by Google

una «Reforma», es decir, la renovación de la jerarquía envejecida. Esta jerarquía de la Edad Media no había sido nunca más que enfermiza y débil, porque se había visto obligada á tolerar en torno de ella toda la barbarie de os profanos; fue precisa la Reforma para templar las fuerzas de la jerarquía y darle todo su inflexible rigor.

«La Reforma—dice Bruno Bañer—fue, ante todo, el divorcio teórico entre el principio religioso y el arte, el Estado y la ciencia, es decir, su liberación para con esas potencias á que había estado íntimamente ligado durante los primeros tiempos de la Iglesia y la jerarquía de la Edad Media; y las instituciones teológicas y religiosas nacidas de la Reforma, no son más que las consecuencias lógicas de esa separación entre el principio religioso y las demás potencias de la humanidad.» Es precisamente lo contrario lo que me parece exacto: pienso que nunca la dominación del espíritu ó, lo que viene á ser lo mismo, la libertad del espíritu, ha sido tan extensa y tan omnipotente como desde la Reforma, puesto que, lejos de romper con el arte, el Estado y la ciencia, el principio religioso no ha hecho más que penetrarlos más, quitarles lo que les quedaba de secular, para llevarlos al «reino del espíritu» y volverlos religiosos.

Se ha comparado, no sin razón, á Lutero con Descartes, y al «el que cree es un dios» con el «pienso, luego soy» (*cogito, ergo sum*). El cielo del hombre es el pensar, el espíritu. Todo puede serle cercenado, salvo el pensamiento, salvo la fe. Se puede destruir una fe determinada, como la fe en Zeus, Astarté, Jehovah, Alá, etc.; pero la fe misma es indestructible. Pensar es ser libre. Aquello de que tengo necesidad, aquello de que tengo hambre, no lo espero ya de ninguna gracia, ni de la Virgen María, ni de la intercesión de los Santos, ni de la Iglesia,

Digitized by Google

que ata y desata, sino que me lo dispenso yo mismo. En suma, mi sér (el *sum*) es una vida en el cielo del pensamiento, del espíritu; es un *cogitare*. Yo mismo no soy nada más que espíritu: espíritu que piensa, dice Descartes; espíritu creyente, dice Lutero. Yo no soy lo que es mi cuerpo; mi carne puede ser atormentada de codicias y de pasiones. Yo no soy mi carne, pero soy espíritu, nada más que espíritu.

Este pensamiento atraviesa toda la historia de la Reforma hasta nuestros días.

Sólo desde Descartes, la filosofía moderna se ha aplicado seriamente á sacar todas sus conclusiones de las premisas cristianas, haciendo del conocimiento científico el único conocimiento verdadero y válido. Por eso empieza por la duda absoluta, el *dubitare*, por la humillación del saber vulgar y la negación de todo lo que no está legitimado por el espíritu, por el pensamiento. Ella no cuenta para nada con la Naturaleza, las opiniones de los hombres y el «consentimiento general»; no tiene reposo, en tanto que no ha puesto en todo á la razón y en tanto que no puede decir: «Lo real es lo racional, y sólo lo racional es real.» Ha llegado así al triunfo del espíritu ó de la razón, y todo es espíritu, porque todo es razonable; la Naturaleza entera, tanto como las opiniones de los hombres, hasta las más absurdas, contienen razón, porque «se debe hacer servir todo para su mejor fin», es decir, para el triunfo de la razón.

El *dubitare* cartesiano implica el juicio de que sólo el *cogitare*, el pensar, el espíritu, es. ¡Es una ruptura completa con el sentido «común», que concede una realidad á los objetos, independientemente de sus relaciones con la razón! Sólo el espíritu, el pensamiento, existen. Tal es el principio de la filosofía moderna, y es el principio cristiano en toda su pureza. Descartes separaba ya cla-

Digitized by Google

ramente el cuerpo del espíritu; y «es el espíritu el que se fabrica un cuerpo», dice Goethe.

Pero esta filosofía misma, filosofía completamente cristiana, no se aparta de lo razonable; así se vuelve contra lo «puro subjetivo, contra los caprichos, las casualidades, lo arbitrario», etc.; quiere que lo divino se haga visible en todo, que todo conocimiento sea un reconocimiento de Dios y que el hombre contemple á Dios por todas partes; pero no hay jamás Dios sin su diablo.

No se da el título de filósofo al que, con los ojos bien abiertos á las cosas del mundo y la mirada clara y segura, expone sobre el mundo un juicio recto, si no ve en el mundo más que exactamente el mundo, en los objetos más que los solos objetos; en suma, si ve prosaicamente todo como es. Sólo es un filósofo aquel que ve, muestra y demuestra en el mundo el cielo, en lo terrestre lo supraterrestre y en lo humano lo divino. «Lo que no ve la inteligencia de los inteligentes, lo ve en su sencillez un alma de niño»; y es esta alma de niño, estos ojos para lo divino, lo que hace, ante todo, al filósofo. Los demás no tienen más que un sentido «común»; él, que ve y sabe expresar lo divino, tiene una conciencia «científica». Por esa razón se ha excluído á Bacon del reino de los filósofos; y todo lo que se llama filosofía inglesa no parece, por otra parte, haber pasado, en lo sucesivo, de lo que habían descubierto aquellos «cerebros lúcidos» que se llamaban Bacon y Hume. Los ingleses no han sabido magnificar la ingenuidad del alma de los niños y elevarla á la significación de filosofía; no han sabido hacer con almas de niños, filósofos. Eso equivale á decir que su filosofía fue incapaz de hacerse una filosofía teológica, una teología; y sin embargo, sólo como teología puede alcanzar la filosofía el término de su evolución. Es sobre el campo de batalla de la teología donde exhalará su úl-

Digitized by Google

timo suspiro. Bacon no se rompió la cabeza por las cuestiones teológicas más que por los puntos cardinales.

El objeto del conocimiento es la vida. El pensamiento alemán, más que cualquier otro, procura alcanzar los comienzos y las fuentes de la vida, y no ve la vida más que en el conocimiento mismo. El cojito, *ergo sum*, de Descartes, significa: no se vive más que si se piensa. Vida pensadora significa «vida espiritual». El espíritu solo vive, su vida es la verdadera vida. Lo mismo es en cuanto á la Naturaleza: sus «leyes eternas», el espíritu ó la razón de la Naturaleza, son toda su verdadera vida. En el hombre como en la Naturaleza, sólo el pensamiento vive, todo lo demás está muerto. La historia del espíritu conduce necesariamente á esta abstracción, á la vida de las generalidades abstractas ó de lo no viviente. Dios, que es espíritu, sólo está vivo; nada vive más que el fantasma.

¿Cómo se puede sostener que la filosofía moderna y la época moderna han llegado á la libertad, cuando no nos libran del yugo de la objetividad? ¿Acaso me habré librado de un déspota, cuando en lugar de temerlo personalmente me pongo á temer todo ataque á la veneración que imagino que le debo? Ahí, sin embargo, estamos actualmente. El pensamiento moderno no ha hecho más que transformar los objetos existentes, el déspota real, etc., en objetos imaginarios, es decir, en ideas. ¿Y qué se hace del antiguo respeto frente á esas ideas? ¿Desaparece? Al contrario, no hace más que redoblar de fervor. Se han burlado de Dios y del diablo, bajo su forma grosera y vulgarmente real de otros tiempos, pero no ha sido más que para tomar tanto más en serio su noción abstracta. «Libertado del malo, se ha guardado el mal».

No hubo ningún escrúpulo en sublevarse contra el

Digitized by Google

estado de cosas existentes y derribar las leyes reinantes cuando se hubo tomado una vez por todas la resolución de no dejarse ya imponer por lo actual y lo palpable; pero ¿quién se habría permitido pecar contra la idea del Estado y no someterse á la idea de la Ley? Y se permaneció «ciudadano», se permaneció hombre «legal», leal; se creyó uno tanto más legal cuanto se abolían más racionalistamente las viejas leyes cojas para rendir homenaje al «espíritu de la ley». En suma, los objetos no habían hecho más que transformarse, sin perder nada de su poder y de su soberanía, y se permaneció poseído; se vivió en la reflexión, hubo siempre un objeto en el cual se reflexionó, que se respetó y ante el cual se sintió uno lleno de veneración y de temor. No se había hecho más que transmutar las cosas en imágenes ó en representaciones de las cosas, en ideas, en conceptos; y se les estuvo más íntima é indisolublemente ligado.

No es difícil, por ejemplo, sustraerse á las órdenes de los padres, cerrar los oídos á los consejos de los tíos y de las tías, y á los ruegos de los hermanos y de las hermanas; pero la obediencia así despedida, se refugia en la conciencia; cuanto menos se plega uno á las exigencias de los suyos, porque racionalmente y en nombre de su propia razón las juzga no razonables, tanto más escrupulosamente se adhiere, en desquite, á la piedad filial, al amor de la familia: no se perdonaría uno ya el ofender la idea que se ha formado del amor familiar y de los deberes que impone. Libertados de nuestra dependencia para con la familia existente, caemos bajo la dependencia más estrecha de la idea de la familia; el espíritu de familia se apodera de nosotros y nos domina. La familia compuesta de Juan, de Petra, etc., cuya autoridad se ha hecho importante, no hace más que transponerse en nosotros, interiorizarse, si se quiere; permanece siempre la

Digitized by Google

«familia», pero se la aplica el antiguo precepto: «vale más obedecer á Dios que á los hombres», precepto que, en el caso presente, se traduce así: Yo no puedo, en verdad, doblegarme á vuestras absurdas exigencias, pero sois mi «familia» y como tales quedais siendo, á pesar de todo el objeto de mi amor y de mi solicitud, porque la familia es una noción sagrada que el individuo no puede ofender.— Y esta familia, así hecha interior é inmaterial, convertida en pensamiento y representación, pasa al rango de cosa «sacrosanta»; su despotismo es centuplicado, porque es mi conciencia la que va en adelante á llenar con sus clamores. Para que el despotismo de la familia fuese verdaderamente roto, sería preciso que esa familia ideal misma se convirtiese desde luego en una nada. Las frases cristianas «¿Mujer, qué tengo yo que hacer contigo?» — «Yo he venido para sublevar al hijo contra su padre y á la hija contra su madre», y otras semejantes, deben entenderse como una apelación á la familia celeste, á la verdadera familia. El Estado no dice otra cosa cuando exige que en todo conflicto entre la familia y él se obedezcan sus órdenes, de él, Estado.

Pasa con la moralidad como con la familia. Muchos que no se dejan ya contener por la moral, tendrían gran trabajo en desembarazarse del concepto «Moralidad». La moralidad es la idea de la moral, su fuerza espiritual, su poder sobre las conciencias; la moral, por el contrario, es demasiado material para dominar al espíritu y no puede encadenar á un hombre «espiritual» á un sedicente «librepensador».

Por más que haga el protestante, la «Santa Escritura», la «palabra de Dios», le sigue siendo sagrada. Aquel para quien no es ya «sagrada», ha cesado de ser un protestante. Debe, al mismo tiempo, tener por sagrado todo lo que es ordenado por ella, la autoridad instituída por

Digitized by Google

Dios, etc. Todo eso permanece para él inexpugnable, intangible, «por cima de toda especie de duda», y, por consiguiente (siendo la duda por excelencia lo propio del hombre), por cima de sí mismo. El que no puede desatarse de ello, cree, porque creer significa estar ligado. Por el hecho de que por el protestantismo la fe se ha hecho más interior, la servidumbre igualmente se ha hecho más interior; ha atraído uno á sí, se ha apropiado todo lo que había de santidad en los objetos, ha impregnado de ello sus pensamientos y sus actos, se ha hecho casos de conciencia y se ha trazado deberes sagrados. Así, todo aquello de que la conciencia del protestante no puede libertarse le es sagrado, y el protestante es concienzudo; es el rasgo más saliente de su carácter.

El protestantismo ha organizado propiamente en el hombre un verdadero servicio de «policía oculta». El espía, el vigilante «conciencia», vigila cada movimiento del espíritu y todo gesto; todo pensamiento es á sus ojos un «asunto de conciencia», es decir, un asunto de policía. Es esta excisión del hombre en «instintos naturales» y «conciencia» (canalla interior y policía interior) lo que forma al protestante. La «sabiduría de la Biblia» (en lugar de la católica «sabiduría de la Iglesia») pasa por sagrada, y ese sentimiento, esa convicción de que la palabra bíblica es santa, se llama conciencia. La santidad tiene así un trono en el corazón de cada uno. Si uno no se liberta de la conciencia, de la idea de lo santo ó de lo sagrado, puede, sí, obrar contra la conciencia, pero no independientemente de la conciencia; será uno inmoral, pero no amoral.

El católico puede ir en paz desde el momento en que ha cumplido los «mandamientos»; el protestante busca la perfección. El católico no es más que un laico, en tanto que todo protestante es él mismo un sacerdote. Esta

Digitized by Google

clerecía universal, esta ascensión de todos al sacerdocio, es el progreso realizado por la Reforma sobre la Edad Media, y su maldición.

¿Qué era la moral jesuítica sino la continuación de la venta de las indulgencias, con esta diferencia sola, que el que quedaba absuelto tenía en adelante además la facultad de inspeccionar la remisión de sus pecados y podía asegurarse de que sus faltas le eran realmente perdonadas, en atención á que, en tal ó cual caso determinado (casuistas), su pecado no lo era? La venta de las indulgencias había autorizado todos los pecados y todos los crímenes y reducido al silencio todos los murmullos de la conciencia. La sensualidad podía tener libre curso, á reserva de ser comprada á la Iglesia. Los jesuítas continuaron alentando la sensualidad y evitaron así la depreciación del hombre según los sentidos, en tanto que los protestantes, austeros, sombríos, fanáticos, arrepentidos, contritos y suplicantes, los protestantes, verdaderos continuadores del cristianismo, no concedían valor más que al hombre según el espíritu, al sacerdote. Esta indulgencia del catolicismo, y especialmente de los jesuítas, por el egoísmo, encontró en el mismo seno del protestantismo una involuntaria é inconsciente adhesión, y nos salvó de la decadencia y de la ruina de la sensualidad. Sin embargo, la influencia del espíritu protestante no deja de extenderse; y el espíritu jesuítico que, cerca de ese espíritu «divino», representa lo «diabólico» inseparable de toda divinidad, no consigue en ninguna parte mantenerse solo; es el testigo forzado, en Francia especialmente, de la victoria del filisteismo protestante y de la alegría del espíritu triunfante.

***

Digitized by Google

Se tiene costumbre de alabar al protestantismo por haber repuesto en honor lo temporal, como, por ejemplo, el matrimonio, el Estado, etc. Pero, en realidad, lo temporal en cuanto temporal, lo profano, le es mucho más indiferente aún que al catolicismo; no sólo el católico deja subsistir al mundo profano, sino que no se priva de gustar los goces mundanos, en tanto que el protestante, cuando razona y es consecuente, trabaja en aniquilar lo temporal por el solo hecho de que lo santifica. Así el matrimonio ha perdido su ingenuidad natural haciéndose sagrado,—no sagrado como lo hace el sacramento católico, que implica que es en sí mismo profano y no recibe más que de la Iglesia su consagración; —sino sagrado en el sentido protestante, sagrado por esencia, un lazo sagrado. Lo mismo sucede con el Estado: en otro tiempo el Papa consagraba el Estado y sus príncipes bendiciéndolos; hoy, el Estado, la Majestad, son por sí mismos sagrados, sin que previamente la mano del sacerdote haya tenido que extenderse sobre ellos.

En suma, el orden de la Naturaleza, ó derecho natural, ha sido santificado bajo el nombre de «orden divino». La *Confesión de Augsburgo*, art. 11, dice, por ejemplo: «Atengámonos simplemente á la sabia sentencia de los jurisconsultos; es de derecho natural que el hombre y la mujer vivan juntos. Pues lo que es un derecho natural es la orden de Dios transportada á la naturaleza, y es, por lo tanto, también un derecho divino».

¿Y qué es Feuerbach sino un protestante ilustrado, cuando declara sagradas todas las relaciones morales, no en verdad como conformes á la voluntad divina, sino en razón del espíritu que habita en ellas? «El matrimonio, —naturalmente, en cuanto unión libre en el amor,— es sagrado por sí mismo, por su naturaleza misma de contrato. El matrimonio no es religioso más que cuando es

Digitized by Google

verdadero y responde á su esencia, que es el amor. Lo mismo ocurre con todas las relaciones del mundo moral; no son morales, no tienen valor bajo el punto de vista de la moralidad sino cuando son por sí mismas religiosas. No hay verdadera amistad más que allí donde los límites de la amistad son religiosamente observados con tantos escrúpulos como el creyente pone en defender la dignidad de su Dios. Sagrados son y deben sernos la amistad, la propiedad, el matrimonio, los bienes de cada hombre, pero sagrados en sí mismos y por sí mismos».

Es ese un punto esencial sobre el cual quiero insistir. Según el catolicismo, lo mundano, lo secular, puede, sí, ser consagrado ó santificado, pero no es santo sin esa bendición sacerdotal; según el protestantismo, por el contrario, lo temporal es santo por sí mismo, por el hecho de su sola existencia.

A esta consagración eclesiástica, fuente de toda santidad, está íntimamente ligada la máxima jesuítica: «el fin justifica los medios». Un medio no es en sí ni santo, ni no santo, pero aplicado á las necesidades de la Iglesia, útil á la Iglesia, vedlo santificado. El regicidio, por ejemplo, es uno de esos medios: cuando ha sido realizado por el bien de la Iglesia, ha estado siempre seguro de obtener, á veces sin confesarse públicamente, su canonización. Para el protestante, la Majestad es sagrada; para el católico no puede serlo, sino después de haber recibido del Pontífice su consagración; y si el católico la tiene por sagrada, es porque le ha sido implícitamente conferida la santidad, una vez por todas, por el Papa. Pero que el Papa llegue á retirar su consagración, y el rey anatematizado no será ya para sus súbditos católicos más que «un hombre del siglo», un «laico», un «profano».

Si el protestante se esfuerza en descubrir alguna

Digitized by Google

santidad en todo lo que toca á los sentidos, á la materia, para no fijarse ya después más que en su lado sagrado, el católico relega lo «material» á un dominio aparte donde conserva, como todo el resto de la naturaleza, su valor propio. La Iglesia católica ha juzgado el matrimonio incompatible con el estado eclesiástico, y ha privado á los miembros del clero de las alegrías de la familia; el matrimonio y la familia, aun bendecidos, siguen siendo mundanos. La Iglesia protestante, al contrario, teniendo el matrimonio y los lazos de la familia por sagrados, hace abstracción de lo que tienen de mundano, y no ve nada en ellos que no pueda convenir á sus sacerdotes.

Un jesuíta, en su calidad de buen católico, puede santificarlo todo. Le basta, por ejemplo, decirse: soy sacerdote, y como tal, necesario á la Iglesia. ¡Pero la serviré con mayor celo si puedo saciar debidamente mis pasiones! Voy, pues, á seducir á esa joven, á hacer envenenar á mi enemigo, etc. Mi fin es santo, siendo el de un sacerdote; por consiguiente, santifica el medio. Yo no obro, en suma, más que por el bien de la Iglesia. ¿Por qué había de temer el sacerdote católico dar al Emperador Enrique VII la hostia envenenada, por la salvación de la Iglesia?

Los protestantes de verdad, según el ánimo de la Iglesia, han prohibido todos los «placeres inocentes», porque sólo lo sagrado, lo espiritual, podía ser inocente. Se han visto obligados á condenar todo aquello en que no advertían al Espíritu Santo: baile, teatro, lujo (en la iglesia, por ejemplo) etc. Esa es la obra del calvinismo puritano; mas, paralelamente á él, el luteranismo evoluciona en un sentido más religioso, porque es de un espiritualismo más radical.

El calvinismo pone en entredicho una multitud de

Digitized by Google

cosas que considera á primera vista como sensuales ó profanas; purifica á la Iglesia por exclusión. El luteranismo, al contrario, no rechaza nada y procura, en cuanto es posible, reconocer en todo al espíritu, la operación del Espíritu Santo: él santifica lo profano. «Un beso puro y honesto no es cosa prohibida», el espíritu de honradez lo santifica. Así el luterano Hegel (él mismo declara en algún lugar que quiere permanecer luterano), ha venido á identificar completamente el orden natural con el orden lógico. En todo está la razón, es decir, el Espíritu Santo; «lo real es racional», y lo real es, de hecho, todo; en atención á que en toda cosa, por ejemplo, en cada mentira, se puede descubrir verdad: no hay mentira absoluta, mal absoluto, etc.

Los protestantes, casi solos, han producido las grandes «obras del espíritu», porque ellos solos son los verdaderos apóstoles del espíritu.

***

¡Cuán limitado es el imperio del hombre! Debe dejar al sol proseguir su carrera, al mar levantar y bajar sus olas, á la montaña elevarse hacia el cielo. Está sin fuerza ante lo insuperable. Este mundo gigantesco está sometido á una ley inmutable á que el hombre debe sujetarse, y que regula su destino; ¿cómo podría defenderse ante él de un sentimiento de impotencia?

¿Cuál fue el objeto de los esfuerzos de la humanidad de Cristo? Garantizarse contra los golpes de la suerte y no estar más á su merced. Los estoicos lo consiguieron por la apatía, considerando como indiferentes los azares de la naturaleza, y no dejándose afectar por ellos. Horacio, con su célebre *Nihil mirari*, proclama igualmente su indiferencia frente al «otro», al mundo, que no debe

Digitized by Google

ni influir sobre nosotros, ni excitar nuestro asombro. Y el *impavidum ferient ruinæ* del poeta expresa precisamente la misma impasibilidad que el tercer versículo del salmo XLV: «No temeremos, cuando la tierra sea derribada..... etc.» En todo eso está en germen el aforismo cristiano sobre la vanidad del mundo; y también el cristiano desprecio del mundo.

La impasibilidad de espíritu del «sabio», por la que el mundo antiguo preparaba su ruína, recibió una sacudida interior, contra la cual ni ataraxia ni estoicismo pudieron protegerla. El espíritu, sustraído á la influencia del mundo, insensible á sus golpes, elevado por cima de sus ataques, ese espíritu que no se asombraba ya de nada y al que el derrumbamiento del mundo hubiera sido incapaz de conmover, vino á desbordarse irresistiblemente, distendido por los «gases» (spiritus, gas, vapor) nacidos en su interior; y cuando los choques mecánicos venidos de fuera llegaron á ser impotentes contra él, las afinidades químicas, excitadas en su seno, entraron en juego y empezaron á ejercer su maravillosa acción.

La historia antigua se ha cerrado virtualmente el día en que yo consigo hacer del mundo mi propiedad. «Mi padre me ha puesto todas las cosas en las manos.» El mundo cesa de aplastarme con su poder, no es ya inaccesible, sagrado, divino, etc.; «los dioses han muerto», y yo trato tan bien al mundo á mi antojo, que solo de mí dependería operar en él milagros (que son obras del espíritu); yo podría derribar montañas, «ordenar á esa morera que se desarraigase y fuese á arrojarse al mar», todo lo que es pensable y posible. «Todas las cosas son posibles al que cree.» Yo soy el señor del mundo, la «majestad» está en mí. El mundo se ha hecho prosáico, porque lo divino ha desaparecido de él: es mi propiedad,

Digitized by Google

y yo uso de ella como me place (esto es, como place al espíritu).

Por el hecho de que el yo se había elevado á ese título de poseedor del mundo, el egoismo había conseguido su primera victoria, y una victoria decisiva; había vencido al mundo y lo había «suprimido», y confiscó en su provecho la obra de una larga serie de siglos.

La primera propiedad, el primer «trono», está conquistado.

Pero el señor del mundo no es todavía señor de sus pensamientos, de sus sentimientos y de su voluntad; no es el señor y el poseedor del espíritu, porque el espíritu es aún sagrado, es el Espíritu Santo. El cristiano que ha «negado el mundo», no puede «negar á Dios».

La antigüedad había luchado contra el mundo; el combate de la Edad Media fue un combate contra sí mismo, contra el espíritu. El enemigo de los antiguos había sido exterior; el de los cristianos fue interior, y el campo de batalla en que llegaron á las manos fue la intimidad de su pensamiento, de su conciencia.

Toda la sabiduría de los antiguos es Cosmología, ciencia del mundo; toda la sabiduría de los modernos es Teología, ciencia de Dios.

Los paganos (comprendidos los judíos) habían dado cuenta del mundo: se trató en lo sucesivo de dar también cuenta de sí mismo, el espíritu, y de negar el espíritu, es decir, de negar á Dios.

Durante cerca de dos mil años hemos trabajado en avasallar al Espíritu Santo, y hemos poco á poco desgarrado muchos jirones de la santidad; pero el formidable adversario se levanta de nuevo siempre bajo otras formas ú otros nombres. El espíritu no ha cesado aún de ser divino, santo, sagrado. Hace largo tiempo, en verdad, que no se cierne ya por cima de nuestras cabezas

Digitized by Google

como una paloma; hace largo tiempo que no desciende ya sólo sobre sus elegidos; se deja coger también por láicos, etc.; pero en cuanto espíritu de la humanidad, es decir, espíritu del hombre, permanece para ti como para mí un espíritu ajeno, muy lejos de ser una propiedad de que podamos disponer según nuestro antojo.

Es cierto, no obstante, un hecho que ha dirigido visiblemente la marcha de la Historia desde Jesucristo: la tendencia á volver al Espíritu Santo más humano; á aproximarlo á los hombres, ó aproximar los hombres á él; de ahí vino que pudiera ser finalmente concebido como el «espíritu de la humanidad», y nos pareciese de un comercio más fácil y más familiar bajo sus diversos nombres de idea de la humanidad, género humano, humanismo, filantropía, etc.

¿No se debería pensar que cada uno puede hoy poseer el Espíritu Santo, interpretar la idea de la humanidad y realizar en sí el género humano?

No: el espíritu no ha perdido ni su santidad, ni su inviolabilidad; no nos es accesible y no es nuestra propiedad, porque el Espíritu de la humanidad no es mi espíritu. Puede ser mi ideal, y en cuanto yo lo pienso, lo llamaré mío; el pensamiento de la humanidad es mi propiedad, y lo pruebo superabundantemente por el solo hecho de que yo hago de él lo que me place, y le doy hoy tal forma y mañana tal otra. Nos representamos el espíritu bajo los aspectos más diversos, pero es, sin embargo, un fideicomiso que no puedo ni enajenar ni suprimir.

A la larga, y después de múltiples avatares, el Espíritu Santo se ha convertido en la «idea absoluta», la cual, á su vez, dividiéndose y subdividiéndose, ha dado nacimiento á las diversas ideas de filantropía, de buen sentido, de virtud cívica, etc.

Digitized by Google

¿Pero puedo llamar á la idea mi propiedad, en tanto que es la idea de la humanidad, y puedo considerar al espíritu como vencido, en tanto que debo servirle y sacrificarme por él?

La antigüedad, al declinar, no consiguió hacer del mundo su propiedad, sino después de haber quebrantado su supremacía y su «divinidad», y haberse penetrado de su «vanidad» y de su impotencia. Mi posición enfrente del espíritu es idéntica: si puedo reducirlo á no ser más que un fantasma y rebajar el poder que ejerce sobre mí al rango de marota, no parecerá ya ni santo, ni sagrado, ni divino, y yo me serviré de él en vez de servirle, como me sirvo de la Naturaleza, á mi gusto y sin el menor escrúpulo.

La «naturaleza de las cosas», la «noción de las relaciones», deben guiarme: la naturaleza de las cosas me enseña cómo debo portarme con ellas; la noción de las relaciones, me enseña á sacar conclusiones.

¡Como si la idea «de una cosa» existiese por sí misma y no fuese más bien la idea que uno se forma de una cosa! ¡Como si la relación que yo concibo no fuese única, por el hecho de que yo que la concibo soy único! ¿Qué importa el título bajo el cual los demás la pongan? Pero lo mismo que se ha separado «la esencia del hombre» del hombre real, y que se juzga á éste con arreglo á aquélla, así también se ha separado al hombre real de sus actos, á los que se aplica como criterio la «dignidad humana». Las ideas deben decidir de todo; son ideas las que gobiernan la vida, son ideas las que reinan. Tal es el mundo religioso al que Hegel ha dado una expresión sistemática, cuando, poniendo método en el absurdo, sienta sobre las leyes de la lógica los cimientos profundos de todo su edificio dogmático. Las ideas nos imponen la ley, y el hombre real, es decir, yo, estoy forzado á vivir

Digitized by Google

según esas leyes de la lógica. ¿Puede haber una dominación peor, y no convino desde el principio el Cristianismo en que no perseguía otro fin que hacer más rigurosa la dominación de la ley judáica? («Ni una letra de la ley debe ser perdida.»)

El liberalismo no ha hecho más que poner otras ideas á la orden del día: ha reemplazado lo divino con lo humano, la Iglesia con el Estado y el fiel con el «sabio», ó, en general, los dogmas toscos y los aforismos anticuados por ideas reales y leyes externas.

Hoy nada reina ya en el mundo más que el espíritu. Una innumerable multitud de ideas zumban en todos sentidos en las cabezas; ¿y qué hacen los que quieren avanzar? ¡Niegan esas ideas para poner otras en su lugar! Ellos dicen: os formais una idea falsa del Derecho, del Estado, del hombre, de la libertad, de la verdad, del honor, etc.; la idea que hay que formarse del Derecho, etc., es más bien esta que proponemos. Así, la confusión de las ideas va creciendo.

La historia del mundo es cruel para nosotros, y el espíritu ha conquistado un poder soberano. Tú debes respetar mis miserables zapatos, que podrían proteger tu pie desnudo; debes respetar mi sal, gracias á la cual tus patatas estarían menos insípidas, y mi soberbia carroza, cuya posesión te pondría para siempre al abrigo de la necesidad; no puedes alargar la mano hacia todo ello. Todas esas cosas, y otras innumerables, son independientes de ti, y el hombre debe reconocerlas tales; debe tenerlas por intangibles é inaccesibles, honrarlas, respetarlas: ¡desgraciado de él si lleva á ellas la mano; eso lo llamamos «tener las uñas largas!»

¿Qué nos queda? Bien poca cosa; ¡ay, tanto valdría decir que nada! Todo nos es quitado, y no podemos intentar obtener nada de lo que no nos ha sido dado; si

Digitized by Google

vivimos, no es más que por la clemencia del donador, que nos ha concedido esa gracia. Ni siquiera te es permitido recoger un alfiler si no has pedido antes el permiso, y si no eres autorizado á ello. ¿Y autorizado por quién? ¡Por el respeto! Sólo cuando él te haya otorgado la propiedad de ese alfiler, podrás bajarte y cogerlo. Mas aún: no debes tener ningún pensamiento, pronunciar ninguna sílaba, efectuar ningún acto que tengan en ti sólo su sanción, en lugar de recibirla de la moralidad, de la razón ó de la humanidad.

¡Bienaventurada ingenuidad del hombre que no conoce más que sus apetitos, con qué crueldad se ha procurado inmolarte sobre el altar de la fuerza!

Alrededor del altar se levanta una iglesia, y esa iglesia se agranda, y sus murallas se apartan cada día más. Lo que cubre la sombra de sus bóvedas es sagrado, inaccesible á tus deseos, sustraído á tus ataques. Con el vientre vacío, rondas al pie de esas murallas, buscando para apagar tu hambre, algunos restos de profano, y los círculos de tu carrera van sin cesar ensanchándose. Pronto esa Iglesia cubrirá la tierra entera, y tú serás rechazado á sus más lejanos límites; un paso aún, y el mundo de lo sagrado ha vencido y tú te hundes en el abismo. ¡Valor, pues, paria, puesto que es tiempo aún! ¡Cesa de errar, clamando hambre, á través de los campos segados de lo profano; arriésgalo todo y arrójate forzando las puertas en el corazón mismo del santuario! ¡Si consumes lo sagrado, lo habrás hecho tuyo! ¡Digiere la hostia, y quedas libre!

III.—Los libertados.

Como hemos consagrado dos capítulos distintos á los antiguos y á los modernos, se podría juzgar conveniente

Digitized by Google

que consagrásemos especialmente uno á los libertados, como representantes de un tercer momento de la evolución del pensamiento humano. Pero no hay nada de eso. Los libertados no son más que «modernos», los más modernos entre los modernos; si les hacemos el honor de un estudio aparte, es únicamente porque son el presente; y el presente merece, ante todo, fijar nuestra atención. Yo empleo el nombre de libertados como un sinónimo de liberales; pero debo dejar para más tarde el examen de la idea de libertad, como de varias otras además, á las que no podré tampoco evitar el hacer alusión desde el presente.

§ I.—*El liberalismo político.*

En el siglo XVIII, cuando se hubo vaciado hasta las heces la copa del Poder llamado absoluto, se advirtió demasiado claramente que el brebaje que ofrecía á los hombres no podía ser tan de su gusto que no sintieran el deseo de beber en otro vaso.

Siendo «Hombres» nuestros padres quisieron ser considerados como hombres. A cualquiera que ve en nosotros otra cosa lo miramos como extraño á la humanidad, inhumano; ¿por qué lo trataríamos humanamente? Por el contrario, á aquel que reconoce en nosotros hombres y nos garantiza contra el peligro de ser tratados de otro modo que como hombres, lo honramos como nuestro sostén y nuestro protector.

Unámonos, pues, y sostengámonos mutuamente; nuestra asociación nos asegura la protección de que tenemos necesidad, y nosotros, los asociados, formamos una comunidad cuyos miembros reconocen su calidad de hombres, y de los que este nombre de «hombres» es la

Digitized by Google

seña de unión. El producto de nuestra asociación es el Estado; nosotros, sus miembros, formamos la nación.

En cuanto reunidos en la nación ó el Estado no somos más que hombres. Que fuera de eso, en cuanto individuos hagamos nuestros propios negocios y persigamos nuestros intereses personales, poco importa al Estado; eso concierne exclusivamente á nuestra vida privada; puramente, únicamente humana es nuestra vida pública ó social. Lo que hay en nosotros de inhumano, de «egoista», debe quedar confinado en el círculo inferior de los «asuntos privados», y nosotros distinguimos cuidadosamente el Estado de la «sociedad civil», dominio del «egoísmo».

El verdadero Hombre es la nación; el individuo es siempre un egoísta. Despojaos, pues, de esa individualidad que os aisla, de ese individualismo que no respira más que desigualdad egoísta y discorde, y consagraos enteramente al verdadero Hombre, á la nación, al Estado. Entonces solamente adquiriréis vuestro pleno valor de hombres y gozaréis de lo que corresponde al Hombre poseer; el Estado, que es el verdadero Hombre, os hará sitio en la mesa común, y os conferirá los «derechos del Hombre», los derechos que el Hombre solo da y que sólo el Hombre recibe.

Tal es el principio cívico.

El civismo es la idea de que el Estado es todo, de que él es el Hombre por excelencia, y que el valor del individuo como hombre se deriva de su cualidad de ciudadano. Bajo este punto de vista, el mérito supremo es ser buen ciudadano; no hay nada superior, á no ser el viejo ideal, buen cristiano.

La burguesía se desarrolló en el curso de la lucha contra las castas privilegiadas, por las cuales, bajo el nombre de «tercer estado», era sin consideración tratada

Digitized by Google

y confundida con la «canalla». Hasta entonces había prevalecido en el Estado el principio de la «desigualdad de las personas». El hijo de un noble estaba llamado, de derecho, á ocupar cargos á que aspiraban en vano los burgueses más instruídos, etc. El sentimiento de la burguesía se sublevó contra esta situación: ¡basta de prerrogativas personales, basta de privilegios, basta de jerarquía de clases! ¡Que todos sean iguales! Ningún interés privado puede ponerse en la misma línea que el interés general. El Estado debe ser una reunión de hombres libres é iguales, y cada cual debe consagrarse al «bien público», solidarizarse con el Estado, hacer del Estado su fin y su ideal. ¡El Estado! ¡El Estado! Tal fue el grito general, y desde entonces se procuró «organizar bien el Estado» y se inquirió la mejor constitución, es decir, la mejor forma que darle. El pensamiento del Estado penetró en todos los corazones y excitó en ellos el entusiasmo; servir á ese dios terrestre se hizo un culto nuevo. La era de la política se abría. Servir al Estado ó la nación fue el ideal supremo, el interés público el supremo interés, y representar un papel en el Estado (lo que no implicaba en modo alguno ser funcionario) el supremo honor.

En ello, los intereses privados, personales, fueron perdidos de vista, y su sacrificio sobre el altar del Estado vino á ser una rutina. Fue preciso para todas las cosas remitirse al Estado y vivir para él; la actividad debe ser «desinteresada», no tener otro objetivo que el Estado. El Estado vino á ser así la verdadera persona ante la cual se borra la personalidad del individuo; no soy yo el que vivo, él es quien vive en mí. De ahí la necesidad de desterrar el egoísmo de otros tiempos y convertirse en el desinterés y la impersonalidad mismos.

Ante el Estado-Dios, todo egoísmo desaparece, todos

Digitized by Google

se hallaban iguales, todos eran, sin que nada permitiese distinguir á los unos de los otros, Hombres y nada más que Hombres.

La propiedad fue la chispa que prendió fuego á la revolución. El Gobierno tenía necesidad de dinero. Debía, desde luego, para ser lógico, mostrar que era absoluto, y por consiguiente, dueño de toda propiedad, volviendo á tomar posesión de su dinero, del que los súbditos tenían el disfrute, pero no la propiedad. En lugar de eso, convocó Estados generales para hacerse conceder el dinero necesario. No osando ser consecuente hasta el fin, se destruyó la ilusión del poder absoluto: el Gobierno que tiene que hacerse «conceder» alguna cosa, no puede ya pasar por absoluto. Los súbditos advirtieron que los verdaderos propietarios eran ellos, y que era su dinero el que se les exigía.

Los que no habían sido hasta entonces más que súbditos, se despertaron propietarios; es lo que Bailly expresa en pocas palabras: «No podéis, sin mi consentimiento, disponer de mi propiedad; ¡y dispondríais de mi persona, de todo lo que constituye mi posición moral y social! Todo eso es mi propiedad, con el mismo título que el campo que cultivo: es mi derecho, es mi interés hacer yo mismo las leyes.....»

Las palabras de Bailly parece que quieren decir que cada uno es un propietario; pero, en realidad, en lugar del Gobierno, en lugar de los príncipes, el poseedor y el dueño fue la nación. A partir de aquel momento, el ideal es la «libertad del pueblo, un pueblo libre», etc.

Desde el 8 de Julio de 1789, las explicaciones del Obispo de Autun y de Barrère disiparon la ilusión de que cada uno, cada voluntad individual tiene su importancia en la legislación; ellas mostraron la radical impotencia de los comitentes: la mayoría de los representan-

Digitized by Google

tes hace la ley. El 9 de Julio, cuando se pone á la orden del día el proyecto de ley sobre el reparto de los trabajos de la Constitución, Mirabeau hace notar que «el Gobierno dispone de la fuerza y no del derecho, que es sólo en el pueblo donde debe buscarse la fuente de todo derecho». El 16 de Julio, el mismo Mirabeau exclama: «¡No es el pueblo la fuente de todo poder!» ¡Digno pueblo! ¡Fuente de todo derecho y de todo poder! Sea dicho de paso, se entrevé aquí el contenido del «derecho» es la fuerza. «La razón del más fuerte.....»

La burguesía es la heredera de las clases privilegiadas. De hecho, los derechos de los Barones que les fueron quitados como «usurpados», no hicieron más que volver á la burguesía, que se llamaba al presente la «nación». Todos los privilegios recayeron «en manos de la nación»; así cesaron de ser «privilegios» para convertirse en «derechos». En adelante es la nación la que percibirá los diezmos y las prestaciones personales; ella es la que ha heredado los derechos señoriales, el derecho de caza y los siervos. La noche del 4 de Agosto fue la noche de muerte de los privilegios (las ciudades, los municipios, las magistraturas eran privilegiadas, dotadas de privilegios y de derechos señoriales) y cuando dió fin, se levantó la aurora del Derecho, de los derechos del Estado, de los derechos de la nación.

El despotismo no había sido en manos de los reyes más que una regla complaciente y floja, en comparación con lo que hizo de él la «Nación soberana». Esta Monarquía nueva se reveló cien veces más severa, más rigurosa y más consecuente que la antigua: ante ella nada de derechos, nada de privilegios. ¡Cuán templada parece en su comparación la «realeza absoluta» del antiguo régimen! La Revolución, en realidad, sustituyó á la Monarquía templada la verdadera Monarquía absoluta. En ade-

Digitized by Google

lante todo derecho que no conceda el Monarca-Estado es una «usurpación», todo privilegio que otorga se convierte en un «derecho». El espíritu del tiempo exigía la realeza absoluta, y es lo que causó la caída de lo que se había llamado hasta entonces realeza absoluta, pero que había consentido en ser tan poco absoluta que se dejaba recortar y limitar por mil autoridades subalternas.

La burguesía ha cumplido el sueño de tantos siglos; ha descubierto un señor absoluto cerca del cual otros señores no pueden ya elevarse como otras tantas restricciones. Ha producido el señor que él solo otorga «títulos legítimos» y sin cuyo consentimiento nada es legítimo. «Sabemos que los ídolos no son nada en el mundo y que no hay otro dios más que el Dios único».

No se puede ya atacar al derecho como se atacaba un derecho, sosteniendo que es «injusto». Todo lo que se puede en adelante decir es que es un no-sentido, una ilusión. Si se le acusara de ser contrario al derecho se vería uno obligado á oponerle otro derecho y compararlos. Pero si se rechaza totalmente el derecho, el derecho en sí, se niega al mismo tiempo la posibilidad de violarlo y se hace tabla rasa de todo concepto de justicia (y por consiguiente de injusticia).

Todos gozamos de la «igualdad de los derechos políticos». ¿Qué significa esto? Simplemente que el Estado no tolera ninguna acepción de persona, que yo no soy á sus ojos, como el primer llegado, más que un hombre y no tengo ningún otro título á su atención. Poco le importa que yo sea gentilhombre é hijo de noble; poco le importa que yo sea el heredero de un funcionario cuyo cargo (como en la Edad Media los condados, etc., y más tarde, bajo la Monarquía absoluta, ciertas funciones sociales) me corresponde á título hereditario. Hoy el Estado tiene una multitud de derechos que conferir,

Digitized by Google

como, por ejemplo, el derecho de mandar un batallón, una compañía, el derecho de enseñar en una Universidad; le pertenece disponer de ellos porque son suyos, porque son derechos del Estado, derechos «políticos». Poco le importa, por otra parte, á quién le caen en suerte, con tal que el beneficiado cumpla los deberes que le impone su función. Somos, bajo ese punto de vista, todos iguales ante él y ninguno tiene más ó menos derechos que otro (á un puesto vacante). No necesito saber, dice el Estado soberano, quién ejerce el mando del ejército, desde el momento en que aquel á quien invisto con ese mando posee las capacidades necesarias. «Igualdad de los derechos políticos» significa, pues, que cada cual puede adquirir todos los derechos que el Estado tiene para distribuir, si llena las condiciones requeridas; y esas condiciones dependen de la naturaleza del empleo y no pueden ser dictadas por preferencias personales (persona grata). El derecho de ser oficial, por ejemplo, exige, por su naturaleza, que se posean miembros sanos y ciertos conocimientos especiales, pero no pone como condición ser de origen noble; si pudiera cerrarse una carrera al ciudadano más apto, eso sería la desigualdad y la negación de los derechos políticos. De nuestros Estados modernos, los unos han llevado más lejos, los otros menos, la aplicación de ese principio de igualdad.

La «castocracia» (llamo así á la Monarquía absoluta, al sistema de los reyes anteriores á la Revolución) no subordina al individuo más que á pequeñas monarquías, que son las hermandades (cuerpos): corporaciones, nobleza, clero, burguesía, ciudades, municipios, etc. Por todas partes, el individuo debía, ante todo, considerarse como miembro de la pequeña sociedad á que pertenecía y plegarse sin reserva á su espíritu, el espíritu de cuerpo, como ante una autoridad sin límites. Así, el noble

Digitized by Google

debía mirar su familia, su raza, como más que él mismo. Sólo por medio de su corporación, de su «estado», se unía el individuo á la corporación superior, al Estado, como en el catolicismo el individuo no comunica con Dios más que por el órgano del sacerdote.

A este estado de cosas puso fin el Tercer Estado cuando tomó sobre sí negar su existencia en cuanto Estado separado; resolvió no ser ya un Estado junto á otros Estados, sino afirmarse como la «Nación». Con ello instauró una Monarquía mucho más perfecta y más absoluta, y el principio de las castas hasta entonces reinante, el principio de las pequeñas monarquías en la grande, se derrumbó al mismo golpe. Derribadas las castas y su tiranía (y el Rey no era más que rey de las castas y no rey de los ciudadanos), los individuos se encontraron libertados de la desigualdad inherente á la jerarquía de los cuerpos sociales. Pero los individuos así salidos de las castas y de los marcos que las contenían, no estaban ya realmente ligados á ningún estado (*status*); ¿estaban libres, por lo demás? No: si el Tercero se había proclamado Nación, era precisamente á fin de no ser ya un Estado al lado de otros Estados, sino para convertirse en el único Estado, el Estado nacional (*status*). ¿Que venía á ser con esto el individuo? Un protestante político, en adelante en relaciones inmediatas con su Dios, el Estado. No pertenecía ya como gentilhombre á la casta noble, ó como artesano al cuerpo de su oficio; no reconocía ya, como todos los demás individuos, más que un solo y único señor, el Estado, decretando á todos los que le servían el mismo título de «ciudadanos».

La burguesía es la nobleza del mérito. «Al mérito su corona», es su divisa.

Ella luchó contra la nobleza «corrompida», porque para ella, laboriosa, ennoblecida por el trabajo y el mé-

Digitized by Google

rito, no es «el hombre bien nacido» el que es libre, ni, por otra parte, «yo» quien soy libre; es libre «el que lo merece», el servidor íntegro (de su Rey, del Estado ó del pueblo en nuestros Estados constitucionales). Por los servicios prestados se adquiere la libertad; dicho de otro modo, el mérito y sus beneficios, aunque fuere, por otra parte, sirviendo á Mammon. Es preciso haber merecido bien del Estado, es decir, del principio del Estado, de su espíritu moral. El que sirve á este espíritu del Estado, ese, sea cualquiera la rama de la industria de que viva, es un buen ciudadano; á sus ojos, los «innovadores» hacen «un triste oficio». Sólo el «tendero» es «práctico», y el mismo espíritu de tráfico hace que se cacen los empleos, que se procure hacer fortuna en el comercio y que uno se esfuerce, de cualquier manera que sea, en hacerse útil á sí mismo y á los demás.

Si es el mérito del hombre el que hace su libertad (¿y qué falta á la libertad que reclama el corazón del buen burgués ó del funcionario fiel?), servir es ser libre. ¡El servidor obediente, ese es el hombre libre! ¡Y he ahí un fuerte absurdo! Sin embargo, tal es el sentido íntimo de la burguesía; su poeta, Goethe, como su filósofo, Hegel, han celebrado la dependencia del sujeto frente al objeto, la sumisión al mundo objetivo, etc. El que se inclina ante los acontecimientos y se descubre ante el hecho cumplido, posee la verdadera libertad. Y el hecho para cualquiera que hace profesión de pensar es la razón; la razón, que, como el Estado y la Iglesia, promulga leyes generales y hace comulgar á los individuos en la idea de la Humanidad. Ella determina lo que es «verdadero» y la regla por la cual debe uno guiarse. No hay gentes más «razonables» que los leales servidores y, ante todos, los que, servidores del Estado, se llaman buenos ciudadanos y buenos burgueses.

Digitized by Google

¡Sé lo que puedas, un Creso ó un mendigo—el Estado burgués te deja la elección,—pero ten «buenas ideas»! ¡Esto el Estado lo exige de ti, y mira como su deber más urgente hacer germinar en todos esas «buenas ideas»! Con este fin, te protegerá contra las «sugestiones malas»; reprimirá á los «que piensan mal», ahogará sus discursos subversivos bajo las sanciones de la censura, ó de las leyes sobre la prensa, ó detrás de las paredes de un calabozo; por otra parte, escogerá como censores á gentes «de ideas seguras» y te someterá á la influencia moralizadora de los que son «de buenas ideas y bien intencionados». Cuando te haya hecho sordo á las malas sugestiones, te volverá á abrir los oídos de par en par á las buenas.

Con la era de la burguesía se abre la del liberalismo. Se quiere instaurar por todas partes lo «razonable», lo «oportuno». La definición siguiente del liberalismo, por otra parte, toda en su honor, lo caracteriza perfectamente: «El liberalismo es la aplicación del buen sentido á las circunstancias, á medida que se presentan». Su ideal es un «orden razonable», una «conducta moral», una «libertad moderada», y no la anarquía, la ausencia de leyes, el individualismo. Pero si la razón reina, la persona sucumbe. El arte no hace más que tolerar lo feo; largo tiempo lo ha reivindicado como de su dominio y ha hecho de él uno de sus recursos; el mónstruo le es necesario, etc. Los liberales extremados van también tan lejos en el terreno de la religión, tan lejos aún, que quieren ver, considerar y tratar como ciudadano al hombre más religioso, es decir, al mónstruo religioso; no quieren ya oir hablar de la inquisición. Pero ninguno debe rebelarse contra la «ley razonable», so pena de los más severos castigos. Lo que quiere el liberalismo es la libre evolución, la admisión en su valor, no de la perso-

Digitized by Google

na ó del yo, sino de la razón; es, en una palabra, la dictadura de la razón, y, en suma, una dictadura. Los liberales son apóstoles, no precisamente los apóstoles de la fe, de Dios, etc., sino de la razón, su evangelio. No dejando su racionalismo ninguna latitud al capricho, excluyó en consecuencia toda espontaneidad en el desarrollo y la realización del yo; su tutela vale por la de los señores más absolutos.

«¡Libertad política!» ¿Qué se debe entender por eso? ¿Sería la independencia del individuo frente al Estado y sus leyes? De ningún modo; es, al contrario, la sujeción del individuo al Estado y á las leyes del Estado.—¿Por qué, pues, libertad? Porque ningún intermediario se interpone ya entre mí y el Estado, sino que yo estoy directamente en relación con él; porque soy ciudadano, y no ya súbdito de otro, aunque ese otro fuese el Rey, no me inclino ante la persona real, sino ante su cualidad de «jefe de Estado». La libertad política, máxima fundamental del liberalismo, no es más que una segunda fase del protestantismo, y la «libertad religiosa» le sirve exactamente de pareja. En efecto (1), ¿qué implica esta última? ¿Independencia de toda religión? Evidentemente no, sino únicamente exención de toda persona interpuesta entre el cielo y vosotros. Supresión de la mediación del sacerdote, abolición de la oposición entre el «laico» y el «clérigo», y abrir comunicación directa é inmediata del fiel con la religión ó el Dios, tal es el sentido de la libertad religiosa. No se puede gozar de ella sino á condición de ser religioso, y lejos de significar irreligión, significa intimidad de la fe, comercio inmediato y directo del alma con Dios.

(1) Luis Blanc dice hablando de la Restauración (*Historia de diez años*, I, pág. 138): «El protestantismo vino á ser el fondo de las ideas y de las costumbres».

Digitized by Google

Para el «libertado religioso», la religión es un asunto de corazón, es su asunto y se consagra á ella con un «santo fervor». Lo mismo sucede con el «libertado político»: toma el Estado á pechos, el Estado es su asunto de corazón, el primero de todos sus asuntos, el que entre todos le es propio.

Libertad política y libertad religiosa suponen, la una que el Estado, la πολις es libre, y la otra que la religión es libre, lo mismo que libertad de conciencia supone que la conciencia es libre; ver en ellas mi libertad, mi independencia frente al Estado, la religión ó la conciencia, sería un contrasentido absoluto. No se trata aquí de mi libertad, sino de la libertad de una fuerza que me gobierna y me oprime; son mis tiranos Estado, religión ó conciencia los que son libres, y su libertad hace mi esclavitud. Dicho se está que ponen en práctica para reducirme el proverbio «el fin justifica los medios». Si el bien del Estado es el fin, el medio de proveer á él, la guerra, se halla santificado; si la justicia es el fin del Estado, el homicidio como medio se hace legítimo y lleva el nombre sagrado de «ejecución», etc. La santidad del Estado se impregna en todo lo que le es útil.

La «libertad individual», sobre la que el liberalismo originario del 89 vela con un cuidado celoso, no implica de ningún modo la perfecta y total autonomía del individuo (autonomía gracias á la cual todos mis actos serían exclusivamente míos), sino únicamente la independencia frente á las personas. Poseer la libertad individual, es no ser responsable para con ningún hombre. Si se comprende así la libertad,—y no puede comprendérsela de otro modo,—no es solamente el señor el que es libre, es decir, irresponsable ante los hombres (se reconoce responsable «ante Dios»), sino que todos son libres, porque «no son responsables sino ante la ley». Es el movimiento re-

Digitized by Google

volucionario del siglo el que ha conquistado esa forma de la libertad, la independencia frente á lo arbitrario del «tal es nuestro real agrado». En consecuencia, era preciso que el príncipe constitucional se despojase de toda personalidad, de toda voluntad individual para no lesionar como individuo la «libertad individual» de otro. La *regis voluntas* no existe ya en el príncipe constitucional; é impulsados por un sentimiento muy justo todos los príncipes absolutos, se defienden contra esta mutilación. Notad que son justamente estos últimos quienes pretenden ser «príncipes cristianos» en el verdadero sentido de la palabra; pero necesitarían, para serlo, que cada uno de ellos se convirtiese en una potencia puramente espiritual, en atención á que el cristiano no es súbdito más que del espíritu («Dios es espíritu»). Esa pura potencia espiritual es sólo el príncipe constitucional quien la representa; la pérdida de toda significación personal lo ha espiritualizado tan bien, que se puede, con razón, no ver en él más que un «espíritu», la sombra fantástica é inquietante de una idea. El Rey constitucional es el verdadero Rey cristiano, la estricta consecuencia del principio cristiano. La Monarquía constitucional ha sido la tumba de la dominación personal, es decir, del señor capaz de querer realmente; así vemos reinar la libertad individual, la independencia frente á todo mandato emanado de un individuo y frente á cualquiera que pudiera dar una orden diciendo: «tal es nuestro agrado». La Monarquía constitucional es la realización perfecta de la vida social cristiana, de una vida espiritualizada.

La burguesía es por toda su conducta radicalmente liberal. Toda intrusión en el dominio de otro le es odiosa. Desde que el burgués sospecha que depende del capricho, del agrado, de la voluntad de alguno al que no autoriza un «poder superior», blande su liberalismo y

Digitized by Google

clama contra lo «arbitrario». Así, defiende enérgicamente su libertad contra lo que se llama decreto ú orden: «¡Yo no tengo que recibir órdenes de nadie!» Una orden implica que mi deber puede serme trazado por la voluntad de otro hombre, y sabemos que la ley se opone á toda supremacía personal. La libertad personal ó individual, la independencia del ciudadano frente á individuos ó personas, sólo puede existir si ninguno puede disponer de lo que es mío y trazar á su agrado el límite entre lo que me está permitido y lo que me está prohibido.

La libertad de la prensa es una de las conquistas del liberalismo; pero si combate la censura como un instrumento al servicio del capricho gubernamental, no experimenta, sin embargo, ningún escrúpulo en ejercer á su vez la tiranía con ayuda de las «leyes sobre la prensa»; de donde resulta evidente que si los liberales se interesan en la libertad de la prensa es por ellos: no saliendo sus escritos de la legalidad no arriesgan el caer bajo el peso de la ley. Lo que es liberal, es decir, legal, puede tan sólo ser impreso; en cuanto á lo demás, ¡cuidado con los «delitos de imprenta!»

¡Ah! sí, la libertad de la prensa está asegurada, la libertad personal está garantida, eso salta á los ojos; pero lo que no se ve es que la consecuencia de todas esas libertades es una irritante esclavitud. Se acabaron las órdenes, se acabó el real agrado y lo arbitrario, «¡no tenemos ya que recibir órdenes de nadie!» y estamos más estrechamente avasallados á la ley. Somos los forzados del Derecho.

No hay ya en el Estado más que gentes libres, á las que oprimen mil violencias (respetos, convicciones, etcétera). Pero, ¿qué importa? El que las aplasta se llama el Estado, la ley, y nunca «tal» ó «cuál».

Digitized by Google

¿De dónde viene la hostilidad encarnizada de la burguesía contra todo mandato personal, es decir, no emanado de los «hechos», de la «razón», etc.? ¡No lucha más que en interés de los «hechos» contra la dominación de las «personas!» Pero el interés del espíritu es lo razonable, lo virtuoso, lo legal, etc. Ahí está la «buena causa». La burguesía quiere un señor impersonal.

He aquí por otra parte el principio: sólo el interés de los hechos debe gobernar al hombre, especialmente el interés de la moralidad, de la legalidad, etc. Así ninguno puede ser lesionado en sus intereses por otro (como ocurría el caso, en otros tiempos, por ejemplo, cuando los cargos nobles estaban cerrados para los burgueses, los oficios cerrados para los nobles, etc.) Que la competencia sea libre, y si alguno es lesionado, no podrá ya serlo más que por un hecho, y no por una persona (el rico, por ejemplo, oprime al pobre por el dinero, que es un «hecho»).

No hay, pues, más que un solo señor: la autoridad del Estado; ninguno es personalmente el señor de otro. Desde su nacimiento, el niño pertenece al Estado; sus padres no son más que los representantes de este último, y es él, por ejemplo, el que no tolera el infanticidio, el que se ocupa en los cuidados del bautismo, etc.

A los paternales ojos del Estado, todos sus hijos son iguales (igualdad civil ó política), y libres de discurrir los medios de triunfar sobre los demás: no tienen más que competir.

La libre competencia no es más que el derecho que posee cada uno de tomar posición contra los demás, de hacerse valer, de luchar. El partido del feudalismo se ha defendido naturalmente contra ella, no siendo posible su existencia más que por la no competencia. Las luchas de la Restauración en Francia no tenían otro obje-

Digitized by Google

to; la burguesía quería la competencia libre, la aristocracia procuraba restaurar el sistema corporativo y el monopolio.

Hoy la competencia es victoriosa, como debía serlo en su lucha contra el sistema corporativo (véase más lejos lo que sigue).

La revolución ha conducido á una reacción, y eso muestra lo que la revolución era en realidad. Toda aspiración conduce, en efecto, á una reacción cuando da una vuelta sobre sí misma, y comienza á reflexionar; no impulsa á la acción, sino por tanto tiempo como es una embriaguez, una «irreflexión». «La reflexión, tal es la contraseña de toda reacción, porque la reflexión pone límites y separa del «desencadenamiento» y del desarreglo» primitivos el objeto preciso que se ha perseguido, es decir, el principio.

Los calaveras, los estudiantes escandalosos y descreídos que desafían todas las conveniencias no son, propiamente hablando, más que «filisteos»; lo mismo que estos últimos, tienen por único objetivo las conveniencias. Desafiarlas por fanfarronada, como lo hacen, es aún conformarse con ellas, es, si queréis, conformarse con ellas negativamente; convertidos en «filisteos» se someterán á ellas un día y se conformarán positivamente. Todos sus actos, todos sus pensamientos, de unos como de otros, tienden á la «consideración», pero el filisteo es reaccionario comparado con el pillastre. El uno es un calavera sosegado, llegado al arrepentimiento, el otro un filisteo en flor. La experiencia diaria demuestra la verdad de esta observación: los cabellos de los peores calaveras encanecen sobre cráneos de filisteos.

Lo que se llama en Alemania la reacción, aparece igualmente como la prolongación reflexiva del acceso de entusiasmo provocado por la guerra, por la libertad.

Digitized by Google

La revolución no iba dirigida contra el orden en general, sino contra el orden establecido, contra un estado de cosas determinado. Ella derribó cierto Gobierno, y no el Gobierno; los franceses, al contrario, han sido después abrumados bajo el más inflexible de los despotismos. La revolución mató viejos abusos inmorales, para establecer sólidamente usos morales, es decir, que no hizo más que poner la virtud en lugar del vicio (vicio y virtud diferentes como el calavera y el filisteo). Hasta ese día, el principio revolucionario no ha cambiado: no atacar más que á una ú otra institución determinada, en una palabra, reformar. Cuando más se ha mejorado, más cuidado pone la reflexión que viene en seguida en conservar el progreso realizado. Siempre un nuevo señor es puesto en lugar del antiguo, no se demuele más que para reconstruir, y toda revolución es una restauración. Es siempre la diferencia entre el joven y el viejo filisteo. La revolución ha comenzado, como pequeña burguesa, por la elevación del tercer Estado, y va granando sin haber salido de su trastienda.

Quien es libre no es el hombre en cuanto individuo—y él solo el hombre—sino el burgués, el «ciudadano, el hombre político; el cual no es un hombre, sino un ejemplar de la raza humana, y más especialmente, un ejemplar de la especie burguesa, un ciudadano libre.

En la revolución no fue el individuo quien obró y cuya acción tuvo un valor histórico, sino un pueblo: la nación soberana quiso hacerlo todo. Es una entidad artificial, imaginaria, una idea (la nación no es nada más) la que se revela obrando; los individuos no son más que los instrumentos al servicio de esta idea, y no salen del papel de «ciudadanos».

La burguesía tiene su poder, y al mismo tiempo sus límites, de la «Constitución del Estado», de una carta, de

Digitized by Google

un príncipe «legítimo» ó «legitimado» que se dirige ó que gobierna según «leyes razonables; en suma, de la legalidad». El período burgués está dominado por el espíritu de legalidad, de importación inglesa. Una reunión de los Estados, por ejemplo, no olvida jamás que sus derechos no son ilimitados, que se le hace una gracia convocándola, y que un disfavor puede disolverla. No pierde nunca de vista el objeto de su convocación, su vocación. No se puede, en verdad, negar que mi padre me ha engendrado; pero hoy que es cosa hecha, las intenciones que tenía al proceder á esa operación, no me incumben ya, y cualquiera que sea el fin con que me ha llamado á la vida, yo hago lo que me place. Igualmente los Estados generales convocados al principio de la revolución francesa, juzgaron muy justamente que una vez reunidos, eran independientes del que los había convocado: existían, y hubieran sido bien tontos en no hacer valer sus derechos á la existencia, y en creerse á merced de su padre.

El que es convocado no tiene ya que preguntarse: «¿Qué se quería de mí al llamarme?» sino: ¿Qué quiero, ahora que estoy presente al llamamiento?» Ni el autor de la convocación, ni la carta en virtud de la cual se le ha llamado, ni sus comistentes, ni sus «cuadernos», nada es para él un poder sagrado, sustraído á sus ataques. Está autorizado á todo lo que está en su poder, no reconocerá ningún mandato imperativo ó restrictivo, y no pretenderá ser leal (permanecer en la legalidad). La consecuencia de esto sería—si no obstante pudiera esperarse de un Parlamento nada parecido—darnos Cámaras perfectamente egoistas, cuyo cordón umbilical moral estuviese cortado, y que no guardasen ya ningún miramiento. Pero las Cámaras son siempre devotas á la devoción de alguno ó de alguna cosa. ¿Cómo extrañarse de

Digitized by Google

ver siempre ostentarse en ellas tanto semiegoismo, egoismo no confesado é hipócrita?

Los miembros de los Parlamentos no pueden franquear los límites que les trazan la carta, la voluntad real, etc.; excederse de esos límites ó intentar excederse sería «usurpar». ¿Qué hombre fiel á sus deberes osaría traspasarse de su misión, poniéndose en primera línea él, sus convicciones ó su voluntad? ¿Quién sería asaz inmoral para hacerse valer y para imponer su individualidad á riesgo de hacer desplomarse el cuerpo á que pertenece y todo lo demás con él? Uno se mantiene respetuosamente en los límites de sus derechos, y por otra parte conviene que se quede en los límites de sus fuerzas, no pudiendo nadie más de lo que puede. — ¿Que mi fuerza ó mi impotencia sean mi solo freno, y que mandatos, misiones, vocaciones, no sean más que dogmas que me embarazan? ¿Quién podría suscribir á una doctrina de tan audaz nihilismo? No yo, en todo caso: ¡yo soy un ciudadano legal!

La burguesía se reconoce en que practica una moral estrechamente ligada á su esencia. Lo que ella exige ante todo, es que se tenga una ocupación seria, una profesión honrosa, una conducta moral. El caballero de industria, la ramera, el ladrón, el bandido y el asesino, el jugador, el bohemio, son inmorales y el buen burgués experimenta respecto á esas «gentes sin costumbres» la más viva repulsión. Lo que les falta á todos, es esa especie de derecho de domicilio en la vida que dan un comercio sólido, medios de existencia seguros, rentas estables, etc.; como su vida no reposa sobre una base segura, pertenecen al clan de los «individuos» peligrosos, al peligroso proletariado; son «particulares» que no ofrecen ninguna «garantía» y no tienen «nada que perder» ni nada que arriesgar.

Digitized by Google

La familia ó el matrimonio, por ejemplo, ligan al hombre, y este lazo lo da puesto en la sociedad y le sirve de fiador; ¿pero quién responde de la cortesana? El jugador arriesga todo su capital á una carta, se arruina él y arruina á los demás: ¡no tiene garantía!

Se podría reunir bajo el nombre de «vagabundos» á todos los que el burgués tiene por sospechosos, hostiles y peligrosos.

Toda vagancia desagrada, por otra parte, al burgués, y existen también vagabundos del espíritu, que, ahogándose bajo el techo que abrigaba á sus padres, se van á buscar lejos más aire y más espacio. En lugar de permanecer en el rincón del hogar familiar removiendo las cenizas de una opinión moderada, en lugar de tener por verdades indiscutibles lo que ha consolado y apaciguado á tantas generaciones anteriores á ellos, saltan la barrera que cierra el campo paterno y se van, por los caminos audaces de la crítica, á donde los lleva su invencible curiosidad de duda. Esos extravagantes vagabundos entran ellos también, en la clase de las gentes inquietas, instables y sin reposo, como son los proletarios, y cuando dejan sospechar su falta de domicilio moral, se les llama «enredadores», «cabezas calientes» y «exaltados».

Tal es el sentido extenso que hay que dar á esas palabras de proletariado y de pauperismo. ¡Cuánto se engañaría el que creyese á la burguesía capaz de desear la extinción de la miseria (del pauperismo) y de consagrar á ese fin todos sus esfuerzos! Nada, por el contrario, conforta al buen burgués como la convicción, incomparablemente consoladora, de que «un sabio decreto de la Providencia ha repartido de una vez y para siempre las riquezas y la dicha». La miseria que se amontona en las calles alrededor de él, no turba al verdadero ciudadano hasta el punto de solicitarlo á hacer más que ponerse en paz

Digitized by Google

con ella, echándola una limosna ó suministrando el trabajo y la pitanza á algún «buen muchacho laborioso». Pero no deja de sentir lo más vivamente cuán turbados son sus apacibles goces por los murmullos de la miseria revoltosa y ávida de cambios, por esos pobres que no sufren ni penan ya en el silencio, sino que comienzan á agitarse y á desatinar. ¡Encerrad al vagabundo! ¡arrojad al perturbador en los más sombríos calabozos! «¡Quiere atizar los descontentos y derribar el orden establecido!» ¡Matad! ¡Matad!

Pero justamente esos agua-fiestas hacen, poco más ó menos, el siguiente razonamiento: Los «buenos burgueses» se inquietan poco por quien los protege á ellos y á sus principios; Rey absoluto, Rey constitucional ó República, son buenos para ellos con tal de que sean protegidos. ¿Y cuál es su principio, ese principio á cuyo protector aman siempre? No es el trabajo, no es tampoco el nacimiento; pero es la medianía, el justo medio, un poco de trabajo y un poco de nacimiento; en dos palabras: un capital que produce intereses.

El capital es aquí el fondo, la puesta, la heredad (nacimiento); el interés es la molestia tomada para hacerlo valer (trabajo): el capital trabaja. ¡Pero nada de exceso, nada de ultra, nada de radicalismo! Evidentemente, es preciso que el nombre, el nacimiento, puedan dar alguna ventaja; pero no puede ser eso más que un capital, una colocación de fondos; evidentemente se necesita trabajo, pero que ese trabajo sea poco ó nada personal, que sea el trabajo del capital y de los trabajadores sojuzgados.

Cuando una época está sumergida en un error, siempre los unos se benefician de este error, en tanto que los otros lo sufren. En la Edad Media, el error, universalmente esparcido entre los cristianos, era que la Iglesia,

Digitized by Google

todopoderosa, debe ser en la tierra la superintendente y la dispensadora de todos los bienes. Los eclesiásticos admitían esta «verdad», exactamente como los laicos; el mismo error estaba igualmente anclado en todos. Pero el beneficio, el Poder, era para los sacerdotes, y el daño, el avasallamiento, para los laicos. «La desgracia—se dice —vuelve sabio»; así, los laicos, aleccionados, acabaron por no admitir ya esa «verdad» de la Edad Media.

Sucede exactamente igual con la burguesía y el proletariado. Burgueses y obreros creen en la «realidad» del dinero; los que no lo tienen están tan penetrados de esta «realidad», como los que lo tienen; los profanos, como los clérigos. «El dinero rige el mundo», es la tónica de la época burguesa. Un gentilhombre sin un sueldo y un trabajador sin un sueldo son, igualmente, «muertos de hambre», sin valor político. El valor no va sin los valores; el dinero solamente lo da, nacimiento y trabajo no pueden nada en ello. Los que poseen, gobiernan; pero el Estado elige entre los no poseyentes sus «servidores» y les distribuye, con una sabia economía, algunas sumas (salarios, sueldos) para gobernar en su nombre; hace de ellos sus administradores.

Yo recibo todo del Estado. ¿Puedo tener alguna cosa sin permiso del Estado? No; todo lo que podría tener así, él me lo quita desde que advierte que me faltan los «títulos de propiedad». Todo lo que poseo lo debo á su clemencia. Unicamente sobre eso, sobre los títulos, reposa la burguesía; el burgués sólo es lo que es, gracias á la benévola protección del Estado. Tendría que perderlo todo si el poder del Estado llegara á desplomarse.

Pero, ¿cuál es la situación del que no tiene nada que perder en esta bancarrota social del proletariado? Como todo lo que tiene, y lo que podría perder, se escribe con un cero, no tiene para ese cero ninguna necesidad de la

Digitized by Google

protección del Estado. Sólo podría, por el contrario, ganar si esa protección llegase á faltar á los protegidos.

Así, el que no posee considera al Estado como un poder tutelar de los que poseen; ese ángel guardián de los capitalistas es un vampiro que le chupa la sangre.

El Estado es un Estado burgués, es el *status* de la burguesía. Concede su protección al hombre, no en razón de su trabajo, sino en razón de su docilidad (lealismo), según usa los derechos que el Estado le concede, conformándose á la voluntad, ó, dicho de otro modo, á las leyes del Estado.

El régimen burgués entrega á los trabajadores á los poseedores; es decir, á los que tienen algún bien del Estado (y toda fortuna es un bien del Estado, pertenece al Estado, y no es dada más que en feudo al individuo) y particularmente á los que tienen en sus manos el dinero, á los capitalistas.

El obrero no puede sacar de su trabajo un precio en relación con el valor que tiene el producto de ese trabajo para el que lo consume. «¡El trabajo está mal pagado!» El beneficio más grueso va al capitalista. Pero bien pagados, y más que bien pagados, están los trabajos de los que contribuyen á realzar el brillo y el poder del Estado, los trabajos de los altos servidores del Estado. El Estado paga bien, para que los «buenos ciudadanos», los poseedores, puedan impunemente pagar mal. Se asegura, pagándolos bien, la fidelidad de sus servidores, y hace de ellos, para la salvaguardia de los buenos ciudadanos, una «policía» (á la policía pertenecen los soldados, los funcionarios de todas clases, jueces, pedagogos, etc.; en suma, toda la «máquina del Estado».) Los «buenos ciudadanos», por su parte, le pagan sin torcer el gesto gruesos impuestos, á fin de poder pagar tanto más miserablemente á los obreros á su servicio.

Digitized by Google

Pero los obreros no son, en cuanto obreros, protegidos por el Estado; en cuanto súbditos del Estado, tienen simplemente el codisfrute de la «policía», que les asegura lo que se llama una «garantía legal»; así la clase de los trabajadores queda siendo una potencia hostil frente á ese Estado, el Estado de los ricos, el «reino de la burguesía». Su principio, el trabajo, no es estimado en su valor, sino explotado; es el botín de guerra de los ricos, del enemigo.

Los obreros disponen de un poder formidable; cuando lleguen á darse bien cuenta de él y se decidan á usarlo, nada podrá resistirles; bastará que cesen en todo trabajo y se apropien todos los productos, esos productos de su trabajo, que advertirían ser de ellos como que vienen de ellos. Tal es, por otra parte, el sentido de los motines obreros que vemos estallar casi por todas partes.

El Estado está fundado sobre la esclavitud del trabajo. Que el trabajo sea libre y el Estado se hunde.

§ 2. — *El liberalismo social.*

¡Somos hombres, hemos nacido libres, y hacia cualquier lado que volvamos los ojos nos vemos reducidos á servidumbre por egoístas! ¿Debemos, pues, nosotros hacernos también egoístas? ¡El cielo nos preserve de ello! Preferimos hacer todo egoísmo imposible, y para eso hacer de todos «indigentes»; si nadie tiene nada, «todos» tendrán.

Son los socialistas los que hablan.

—¿Quién es esa persona á quien llamais «todos»?—¡Es la «Sociedad»!—¿Tiene, pues, un cuerpo?—Nosotros somos su cuerpo.—¿Vosotros? ¡Vamos! Vosotros no sois un cuerpo; tú tienes un cuerpo y tú también, y aquel

Digitized by Google

tercero de más allá igualmente; pero todos vosotros juntos sois cuerpos y no un cuerpo. Por consiguiente, la Sociedad, admitiendo que sea alguien, tendría muchos cuerpos á su servicio, pero no un cuerpo único que le perteneciese en propiedad. Como la «Nación» de los políticos no es más que un espíritu, un fantasma, y su cuerpo no es más que una apariencia.

La libertad del hombre es, para el liberalismo político, la libertad frente á las personas, á la dominación, al señor; es la libertad personal garantizando á cada individuo contra los demás individuos. Ninguno tiene el derecho de ordenar; sólo la ley ordena. Pero si las personas son iguales, lo que poseen no es igual. El pobre tiene necesidad del rico, como el rico del pobre; el primero tiene necesidad de la riqueza del segundo, y éste del trabajo del primero; si cada cual tiene necesidad del otro, no es, sin embargo, de ese otro como persona, sino como proveedor, como teniendo alguna cosa que dar, como reteniendo ó poseyendo alguna cosa. Es, pues, lo que tiene, lo que hace al hombre. Y, por su haber, los hombres son desiguales.

El socialismo concluye que ninguno debe poseer, lo mismo que el liberalismo político concluía que ninguno debe mandar. Si para el uno sólo el Estado mandaba, para el otro sólo la Sociedad posee.

Por lo mismo que protege contra los demás la persona y la propiedad de cada uno, el Estado aisla á los individuos: lo que yo soy y lo que yo tengo no incumbe más que á mí. El que se contenta con lo que es y con lo que tiene, no ensaya ir más lejos; pero el que quisiera ser y tener más, busca ese aumento y lo encuentra en poder de otras personas. Venimos á parar á una contradicción que los socialistas no dejan de hacer notar: uno no es personalmente más que otro, y sin embargo, uno

Digitized by Google

tiene lo que otro no tiene y desearía tener; así, pues, uno es personalmente más que otro, puesto que uno posee lo que necesita y otro no, puesto que uno es rico y otro pobre.

¿Debemos, pues, continúan los socialistas, dejar resucitar lo que habíamos enterrado con tanta razón, y debemos dejar restaurar por un subterfugio esa desigualdad de las personas que hemos querido abolir? No; preciso es, por el contrario, acabar la tarea que no ha sido hecha sino á medias. Falta aún á nuestra libertad frente á las personas, la libertad frente á lo que les permite oprimir la de otro, á lo que es el fundamento del poder personal, es decir, la libertad frente á la «propiedad personal». Suprimamos, pues, la propiedad personal. Que ninguno posea ya nada, que cada cual sea un indigente. Que la propiedad sea impersonal, que pertenezca á la Sociedad.

Ante el Señor Supremo, el único que manda, todos habíamos venido á ser iguales, todos nos habíamos hecho personas iguales, es decir, ceros.

Ante el Propietario Supremo, venimos á ser todos indigentes iguales; hasta el presente, uno podía no ser, al lado de su vecino, más que un «pordiosero», un «pobre diablo»: en adelante toda distinción se borra, siendo todos indigentes, y la Sociedad comunista se resume en lo que se puede llamar la «indigencia» general.

Cuando el proletario haya conseguido realizar la «Sociedad» que tiene en sus miras y en la cual debe desaparecer toda diferencia entre rico y pobre, será un indigente; pero ser un indigente es para él ser alguna cosa, y podría hacer de esta palabra, «indigente,» un título tan honroso como se ha hecho el título de burgués gracias á la Revolución. El indigente es su ideal, y todos debemos hacernos indigentes.

Digitized by Google

Tal es el segundo robo hecho á la «personalidad» en provecho de la «humanidad». No se deja al individuo ni el derecho de mandar ni el derecho de poseer: el Estado toma el uno, la Sociedad toma el otro.

Presentando la sociedad actual los inconvenientes más enojosos, aquellos que tienen que sufrirlos más, es decir, los miembros de las regiones inferiores de la sociedad, son también los más heridos y creen poder atribuir todo el mal á la sociedad misma; así, se dan por tarea descubrir la sociedad tal como debe ser. Se reconoce en esto la ilusión, vieja como el mundo, que hace que se comience siempre por rechazar la falta cometida sobre otro que uno mismo; en el caso presente se acrimina al Estado, al egoísmo de los ricos, etc., aun cuando es ciertamente culpa nuestra si hay un Estado y si hay ricos.

Las reflexiones y las conclusiones del Comunismo parecen de las más sencillas. En el estado actual de las cosas, los unos son perjudicados por los otros, y, de hecho, es la mayoría la que sufre á causa de la minoría. Los unos gozan del bienestar, los otros se encuentran en la necesidad; la situación presente, es decir, el Estado (*status*, situación) no puede subsistir. ¿Qué poner en su lugar? El bienestar general, el bienestar de todos, en lugar del bienestar de algunos.

La Revolución ha hecho á la burguesía omnipotente y ha suprimido toda desigualdad, en el sentido de que cada cual ha sido, según su posición anterior, elevado ó bajado al rango de «ciudadano»; el plebeyo ha sido elevado y el noble rebajado; el Tercer Estado ha venido á ser el único Estado, el Estado de los ciudadanos.

A eso, el Comunismo responde: Lo que hace nuestro valor, nuestra dignidad, no es nuestra cualidad de hijos todos iguales de nuestra madre el Estado, y nacidos todos con los mismos derechos á su amor y á su protección,

Digitized by Google

sino el hecho de que existimos los unos para los otros. Nuestra igualdad, ó lo que nos hace iguales, consiste en que yo, tú, todos nosotros, en cuanto somos, obramos ó trabajamos; dicho de otro modo, si somos iguales, es porque cada uno de nosotros es un trabajador. Lo esencial en nosotros no es lo que somos para el Estado, es decir, nuestra cualidad de ciudadano ó nuestra burguesía, sino lo que somos los unos para los otros: cada cual existe por y para otro; vosotros cuidais mis intereses, y recíprocamente yo velo sobre los vuestros. Así, por ejemplo, vosotros trabajais en vestirme (sastre), yo en divertiros (poeta dramático, acróbata, etc.); vosotros trabajais en alimentarme (fondista, etc.), yo en instruiros (sabio, etc.). El trabajo hace nuestra dignidad y nuestra igualdad.

¿Qué ventajas sacamos de la burguesía? ¡Cargas! ¿Y cómo se estima nuestro trabajo? Todo lo bajo posible. El trabajo hace, sin embargo, nuestro único valor; el trabajador es en nosotros lo mejor, y si tenemos una significación en el mundo es como trabajadores. Sea, pues, según nuestro trabajo como se nos aprecie, y sea nuestro trabajo lo que se evalúe.

¿Qué podéis oponernos? Trabajo y nada más que trabajo. Si os debemos alguna recompensa es á causa del trabajo que suministrais, de la molestia que os tomais y no simplemente porque existís; es en razón de lo que sois para nosotros y no de lo que sois para vosotros. ¿Sobre qué están fundados vuestros derechos sobre nosotros? ¿Sobre vuestro alto nacimiento, etc.? ¡De ningún modo! Nada más que sobre lo que hacéis para satisfacer nuestras necesidades ó nuestros deseos. Convengamos, pues, en esto: vosotros nos evaluaréis según lo que hagamos por vosotros y nosotros haremos lo mismo en cuanto á vosotros. El trabajo crea el valor, y el valor se mide por

Digitized by Google

el trabajo, se entiende, el trabajo que aprovecha, la pena que se toman unos por otros, el trabajo de utilidad general. Sea cada cual á los ojos de los demás un trabajador. El que ejecuta una tarea útil no es inferior á nadie; en otros términos: todos los trabajadores (en el sentido naturalmente, de productores para la comunidad, trabajadores comunistas) son iguales. Si el trabajador es digno de su suerte, que su suerte sea digna de él.

***

En tanto que bastó la fe para asegurar al hombre su dignidad y su rango, no se tuvo nada que objetar al trabajo, por absorbente que fuese, desde el momento en que no apartaba al hombre de la fe. Pero hoy que cada cual tiene en sí una humanidad que cultivar, la relegación del hombre á un trabajo de máquina no tiene más que un nombre: es esclavitud. ¡Si el obrero de fábrica debe matarse á trabajar durante doce horas ó más al día, no se hable ya para él de dignidad humana! Toda tarea debe tener un fin que satisfaga al hombre, y hace falta para eso que cada obrero pueda llegar á ser maestro en su arte y que la obra que produce sea un todo. En una fábrica de alfileres, por ejemplo, el obrero que no fabrica más que cabezas, ó que no hace más que pasar por la hilera el hilo de latón, es rebajado á la calidad de máquina, es un forzado y no será jamás un artista; su trabajo no puede interesarle y satisfacerle, no puede más que derrengarle. Su obra, considerada en sí misma, no significa nada, no tiene ningún fin en sí, no es nada definitivo; es el fragmento de un todo que otro emplea, explotando al productor.

Todo placer de un espíritu cultivado está prohibido á los obreros al servicio de otro; no les quedan más que

Digitized by Google

los placeres groseros; toda cultura les está cerrada. Para ser buen cristiano basta creer, y creer es posible en cualquier situación que uno se encuentre; así las gentes de convicciones cristianas no ponen sus miras más que en la piedad de los trabajadores avasallados, su paciencia, su resignación, etc. Las clases oprimidas pudieron en rigor soportar toda su miseria tan largo tiempo como fueron cristianas, porque el cristianismo es un maravilloso apagador de todos los murmullos y de todas las rebeliones. Pero no se trata ya hoy de ahogar los deseos, sino de satisfacerlos. La burguesía, que ha proclamado el evangelio de la alegría de vivir, del goce material, se extraña de ver que esta doctrina encuentra partidarios entre nosotros, los pobres; ella ha mostrado que lo que hace feliz no es ni la fe ni la pobreza, sino la instrucción y la riqueza; ¡y ciertamente así lo entendemos nosotros los proletarios!

La burguesía se ha libertado del despotismo y de la arbitrariedad individuales, pero ha dejado subsistir la arbitrariedad que resulta del concurso de las circunstancias y que se puede llamar la fatalidad de los acontecimientos; hay siempre una suerte que favorece y «gentes que tienen suerte».

Cuando, por ejemplo, una rama de la industria llega á pararse y millares de obreros se quedan en la calle, se piensa con bastante exactitud que el individuo no es responsable, sino que «la culpa es de las circunstancias»; cambiemos, pues, esas circunstancias y cambiémoslas asaz radicalmente para que no estén ya á merced de semejantes eventualidades; ¡que obedezcan en adelante á una ley! ¡No seamos más tiempo los esclavos del azar! ¡Creemos un nuevo orden de cosas que ponga fin á todas las fluctuaciones, y que ese orden sea sagrado!

En otro tiempo, para obtener alguna cosa era preciso

Digitized by Google

«agradar á su señor»; desde la Revolución se necesita «tener suerte». Una persecución de la suerte, un juego de azar, tal es la vida burguesa; de ahí el precepto de que no se deba arriesgar de nuevo en el juego lo que se ha conseguido ganar.

¡Contradicción chocante, y, sin embargo, muy natural! La competencia, tema único á cuyo alrededor se desarrollan todas las variaciones de la vida civil y política, ha venido á ser una pura lotería, desde la especulación en la bolsa hasta la caza de los clientes, de los puestos, del trabajo, del ascenso y de las condecoraciones, y hasta del miserable negociejo de los usureros judíos. Si se consigue batir y suplantar á sus competidores, «se da un buen golpe». Sólo puede suceder, en efecto, por un favor de la suerte, que el vencedor esté dotado (cualquiera que sea, por otra parte, la aplicación que haya puesto para adquirirlas), de facultades contra las que los demás no han podido luchar; ha tenido la suerte de no encontrar en su camino nadie mejor dotado.

Esas gentes que, sin ver mal en ello, pasan su vida bamboleados por el flujo y reflujo de la «vena», se llenan de la más virtuosa indignación cuando se revela su propio principio bajo su verdadera luz «trayéndoles desgracia». Un cubilete de dados es una imagen de la competencia muy excesivamente clara, excesivamente poco disfrazada; como toda desnudez, ofende á la decencia y al pudor.

A estos caprichos de la fortuna quieren los socialistas poner un término, fundando una Sociedad en que los hombres no sean ya juguetes de la suerte. Muy naturalmente, esta tendencia se manifiesta desde luego por el odio de los «desgraciados» contra los «dichosos», es decir, de aquellos por los que el azar ha hecho poco ó nada contra los que ha colmado. Pero el mal humor del des-

Digitized by Google

venturado no se dirige tanto al que tiene suerte como á la suerte misma, esa columna podrida del edificio burgués.

Los comunistas, basándose en el principio de que la actividad libre es la esencia del hombre, tienen necesidad del domingo, que exige como compensación su pensamiento de los días laborables. Les hace falta el dios, la elevación y la edificación, que reclama todo esfuerzo material para poner un poco de espíritu en su trabajo de máquinas.

Si el comunista ve en ti un hombre y un hermano, esa es sólo su manera de ver de los domingos; los demás días de la semana no te mira en modo alguno como un hombre nada más, sino como un trabajador humano ó un hombre que trabaja. Si el primer punto de vista se inspira en el principio liberal, el segundo encubre la iliberalidad. Si tú fueses un «holgazán», no reconocería en ti al hombre, vería un «hombre perezoso» al que corregir de su pereza y que catequizar para convertirlo á la creencia de que el trabajo es «el destino y la vocación» del hombre.

Así el comunismo se ofrece bajo un doble aspecto: de una parte da gran importancia á la satisfacción del hombre espiritual, y de otra aconseja los medios de satisfacer al hombre material ó carnal. Provee al hombre de un doble beneficio, á la vez material y espiritual.

La burguesía había proclamado libres los bienes espirituales y materiales, y había dejado á cada cual el cuidado de obtener lo que codiciaba. El comunismo da realmente esos bienes á cada uno, se los impone y le obliga á sacar partido de ellos; considerando que no son más que los bienes materiales y espirituales los que hacen de nosotros hombres, mira como esencial que podamos adquirir esos bienes sin que nada nos ponga obstáculo, á fin de ser hombres. La burguesía hacía la pro-

Digitized by Google

ducción libre; el comunismo compele á la producción, y no admite más que á los productores, los artesanos. No basta que las profesiones te estén abiertas, es preciso que practiques una.

Sólo queda ya á la crítica demostrar que la adquisición de esos bienes en modo alguno hace todavía de nosotros hombres.

El postulado del liberalismo, en virtud del cual cada uno debe hacer de sí un hombre y adquirir una «humanidad», implica la necesidad para cada cual de tener el tiempo de consagrarse á esa «humanización» y de trabajar en sí mismo.

El liberalismo político pensaba haber hecho lo necesario entregando á la competencia todo el campo de la actividad humana y permitiendo al individuo tender hacia todo lo que es humano. «Que todos puedan luchar contra todos».

El liberalismo social juzga este permiso insuficiente, porque «permitido», significa simplemente «que no está prohibido á nadie», y no «que está hecho posible á cada cual». Parte de ahí para sostener que la burguesía no es liberal más que en palabras, pero de hecho supremamente iliberal. El, por su parte, pretende facilitarnos á todos el medio de trabajar para nosotros mismos.

El principio del trabajo suprime evidentemente el de la suerte y el de la competencia. Pero tiene igualmente por efecto mantener al trabajador en ese sentimiento de que lo esencial en él es el «trabajador» desprendido de todo egoismo; el trabajador se somete á la supremacía de una sociedad de trabajadores, como el burgués aceptaba sin objeción la competencia.

El bello ensueño de un «deber social» es hoy todavía el ensueño de muchas gentes, y se imaginan aún que dándonos la sociedad aquello de que tenemos necesidad,

Digitized by Google

quedamos obligados á ella, á la que debemos todo (1). Se persiste en querer servir á un «dispensador supremo de todo bien».

Que la sociedad no es un «yo» capaz de dar, prestar, ó de permitir, sino únicamente un medio, un instrumento de que nos servimos—que no tenemos ningún deber social, sino únicamente intereses para cuya persecución hacemos servir á la sociedad—que no debemos á la sociedad ningún sacrificio, pero que si sacrificamos alguna cosa, no es nunca más que á nosotros mismos —son cosas que los socialistas no pueden advertir: son «liberales», y como tales, imbuídos de un principio religioso; la sociedad con que sueñan es lo que era antes el Estado: ¡sagrada!

La Sociedad, de la cual lo tenemos todo, es un nuevo señor, un nuevo fantasma, un nuevo «Sér Supremo» que nos impone «servicio y deber».

El examen más profundo del liberalismo, tanto político como social, encontrará su lugar más lejos. Contentémonos por el momento con llamarlos al tribunal del liberalismo humanitario, ó liberalismo crítico.

§ 3.—*El liberalismo humanitario.*

El liberalismo encuentra su expresión completa y definitiva en el liberalismo «crítico» que se somete él mismo al examen, permaneciendo, sin embargo, el crítico un liberal, y no pasando del principio del liberalismo, el Hombre. Esta última encarnación del principio es la que

(1) Proudhon, por ejemplo, exclama (*De la creación del orden*, página 414): «En la industria, como en la ciencia, hacer público un descubrimiento es el primero y el más sagrado de los deberes.»

Digitized by Google

merece por excelencia llevar el nombre del Hombre y ser llamada liberalismo «humano» ó «humanitario».

El trabajador pasa por el más material y el más egoista de los hombres; no hace nada por la humanidad, y no obra exclusivamente más que para sí mismo, con la mira de satisfacer sus propias necesidades.

La burguesía, no haciendo al hombre libre más que por su nacimiento, lo ha dejado para el resto de la vida entre las garras del inhumano (del egoista). Así el egoismo posee, bajo el régimen del liberalismo político, un campo de acción extraordinariamente extenso. Como el ciudadano emplea al Estado, el trabajador empleará á la Sociedad con un objeto egoista. «¡Tú no tienes más que un objeto egoista, tu bienestar! grita el humanitario al socialista: abraza un interés puramente humano, si quieres que yo sea tu compañero.» Pero se necesitaría para eso una conciencia más firme y más comprensiva, que una conciencia de puro trabajador.

«El trabajador no hace nada, así nada tiene; pero si no hace nada, es porque su trabajo, permaneciendo siempre individual, é impuesto por la necesidad inmediata, carece de mañana». Se podría pensar lo contrario: la obra de Guttenberg no ha quedado aislada, y está aún hoy bien viva; respondía á una necesidad de la humanidad, así que es eterna, imperecedera.

La conciencia humanitaria desprecia tanto á la conciencia del burgués, como á la del trabajador: el burgués «se indigna» contra los vagabundos (todos los que no tienen una posición estable) y su «inmoralidad»; el trabajador se subleva contra los «holgazanes» y sus máximas «inmorales» por antisociales y explotadoras. El humanitario les responde: ¡La falta de establecimiento de la mayor parte es tu obra, filisteo! Pero si tú, proletario, quieres que todos se maten á trabajar, si exiges que

Digitized by Google

todos lleven el baste, es porque no has sido hasta aquí más que una bestia de carga. Pretendes, en verdad, condenándonos á todos á trabajos forzados, aliviar el esfuerzo mismo, pero es únicamente para que todos dispongan de los mismos descansos. ¿Y qué harán de esos descansos? ¿Cómo se arreglará tu Sociedad para que los descansos así conquistados sean empleados humanamente? Deberá, sí, abandonarlos como una presa al egoismo, y todo el beneficio de tu Sociedad, el egoista lo acaparará. ¿A qué ha venido á parar la liberación del hombre de todo capricho personal, esa conquista tan loada de la burguesía? No habiendo podido el Estado dar á esa libertad un valor humano, ha tenido que abandonarla á lo arbitrario.

Ciertamente, conviene que el hombre no tenga señor, pero se necesita para eso que el egoista no venga á hacerse su señor, y que él sea el señor del egoista. No es menos necesario que el hombre goce de descansos; pero si el egoista es quien desvía esos descansos en su provecho, serán perdidos para el hombre; así debéis dar á los descansos una significación humana. Pero á vuestro trabajo mismo, vosotros los obreros, no os entregais sino con un fin egoista, porque queréis comer, vivir. ¿Cómo podríais ser menos egoistas en vuestro reposo? No trabajais sino porque una vez acabada la tarea, es dulce recrearse, callejear; en cuanto á la forma en que ocuparéis vuestras horas de descanso, sólo el azar lo decidirá.

Para cerrar bien todas las puertas por donde el egoísmo puede introducirse en la plaza, habría que esforzarse en llegar al completo «desinterés». Sólo el desinterés es humano, visto que sólo el hombre es desinteresado, en tanto que el egoísta no lo es jamás.

*
* *

Digitized by Google

Admitamos provisionalmente el desinterés y preguntemos: ¿Quieres no interesarte en nada, no entusiasmarte por nada, ni siquiera por la libertad, la humanidad, etc.? ¡Oh, sí! Pero no es ese un interés egoísta, un bajo cálculo de interés; es un interés humano, teórico; es decir, un interés que no se fija ni en un individuo ni en los individuos (en todos), sino en la idea, en el Hombre.

¿Pero no observas que lo que te entusiasma no es más que tu idea, tu idea de libertad, por ejemplo? ¿Y no notas, además, que tu pretendido desinterés no es, como el desinterés religioso, más que una especulación sobre el cielo?

Las necesidades del individuo te dejan frío, y serías capaz de exclamar abstractamente: *fiat libertas, pereat mundus*. No te cuidas del mañana, ni tomas, sobre todo, seriamente á pechos los apetitos individuales, tu bienestar y el de los demás; todo eso te importa poco, porque eres un soñador.

¿El humanitario será quizá bastante liberal para considerar como humano todo lo posible humano? ¡Al contrario! En verdad, no alimenta contra la prostituta las mismas prevenciones morales que el filisteo; pero «pensar que esa mujer hace de su cuerpo una máquina de ganar dinero», se la hace despreciable en cuanto «sér humano».

Su juicio es este: la prostituta no es un sér humano, ó, por el hecho de entregarse una mujer á la prostitución, se deshumaniza, se destierra de la humanidad. Además, el judío, el cristiano, el teólogo, etc., no es Hombre; cuanto más eres judío, etc., más lejos estás de ser Hombre. Y he aquí de nuevo el postulado imperativo: ¡rechaza lejos de tí todo á parte, que tu crítica lo destruya! No seas ni judío ni cristiano, sé Hombre y nada más que Hombre. Pon tu humanidad por cima de toda

Digitized by Google

especificación limitativa, sé por ella un hombre sin restricción, un «hombre libre»; dicho de otro modo, reconoce en la humanidad la esencia determinante de todos tus predicados.

Respondo: Cierto, eres más que judío, más que cristiano, etc.; pero eres también más que Hombre. Todo eso son ideas, en tanto que tú tienes un cuerpo. ¿Piensas, pues, poder llegar á ser nunca «hombre en sí»? ¿Piensas que nuestros descendientes no encontrarán ya ninguna preocupación, ninguna barrera que derribar, contra las cuales nuestras fuerzas no hayan bastado? ¿O te imaginas que tus cuarenta ó cincuenta años te han llevado tan lejos que los días que sigan no tengan ya nada que cercenarte, y que eres desde el presente un hombre? Los hombres del porvenir lucharán todavía por muchas libertades que nosotros no sentimos siquiera que nos falten. ¿Qué haces de esa libertad futura? Si tú quisieras no estimarte en nada antes de haberte hecho hombre, aguardarías hasta el «juicio final», hasta el día en que el hombre y la humanidad hayan alcanzado la perfección. Pero de aquí á entonces te habrás seguramente muerto; ¿dónde está el premio de tu victoria?

Trueca, pues, resueltamente los términos y di: yo soy hombre; no tengo que comenzar por adquirir la cualidad de hombre, porque me pertenece ya por el mismo título que todos mis atributos.

Pero, pregunta el crítico: ¿cómo uno puede ser simultáneamente judío y hombre? Primero, responderé, uno no puede ser ni judio ni hombre, si es preciso para ello que «uno» signifique idénticamente la misma cosa que judío ú hombre; porque siendo «uno» lógicamente de compresión superior, no podréis nunca decir «uno-judío»; que Schmoule sea tan judío como quiera, no será nunca judío y nada más que judío, puesto que es ya por lo menos

Digitized by Google

tal judío. Segundo, siendo judío no se puede ciertamente ser hombre, si «ser hombre» significa no ser nada particular. Y tercero, y es á lo que yo quiero venir, puede suceder que yo sea, siendo judío, todo lo que yo puedo ser. Os sería difícil exigir de Samuel, de Moisés y de otros que se hubiesen elevado por cima del judaísmo, aunque pudieseis decir que no eran esos todavía «hombres». Fueron en verdad todo lo que podían ser. ¿Ocurre de otro modo con los judíos de hoy? De que vosotros habéis descubierto la idea de humanidad, ¿se sigue que cada uno de ellos pueda convertirse á la misma? Si lo pudiese no dejaría de hacerlo, y si se abstiene es porque no lo puede. ¿Qué le importan vuestras exhortaciones y esa vocación de ser Hombre que le atribuís?

***

En la sociedad humana que nos promete el humanitario, no hay evidentemente sitio para lo que tú y yo tenemos de «particular», y nada puede ya entrar en cuenta que lleve el sello de «asunto privado». Así se completa el cielo del liberalismo; su buen principio es el Hombre y la libertad humana, y su mal principio es el egoísta y todo lo que es privado; allí está su dios, aquí su diablo.

Habiendo perdido la persona particular todo valor en el «Estado (nada de privilegios), y habiendo sido la propiedad particular ó privada despojada de su legitimidad por la «Sociedad de los trabajadores» ó «Sociedad de los indigentes», viene la «sociedad humana» que echa á un lado indistintamente todo lo particular ó lo privado. No es más que el día en que la «crítica pura» haya terminado su laboriosa información cuando estaremos fijos al fin y sabremos exactamente lo que debemos tener por

Digitized by Google

privado, y «penetrados de su vanidad y de su nada»... dejar en pie exactamente como antes.

Ni el Estado ni la Sociedad satisfacen al liberal humanitario; así los niega á los dos, á reserva de conservarlos á los dos. En realidad, la Sociedad humanitaria es á la vez Estado universal y Sociedad universal; sólo es el Estado limitado al que se reprocha hacer demasiado caso de los intereses privados espirituales (convicciones religiosas de las gentes, por ejemplo), y á la Sociedad limitada, de los intereses privados materiales. Los dos deben entregar á los particulares el cuidado de los intereses privados y, convirtiéndose en Sociedad humana, inquietarse únicamente por los intereses humanos generales.

Cuando los políticos se esforzaban en suprimir la voluntad personal (lo arbitrario y el real agrado), no advertían que la propiedad le ofrecía un seguro asilo.

Cuando los socialistas, á su vez, hacen abolición de la propiedad, no se cuidan de observar que esa propiedad se perpetúa bajo forma de individualidad. ¿No hay, pues, otra propiedad más que el dinero y los bienes materiales?

¿Cada uno de mis pensamientos, cada una de mis opiniones, no me es igualmente propio, no es mío?

No hay otra alternativa, pues, para el pensamiento, que desaparecer ó hacerse impersonal. No pertenece á la persona tener opiniones suyas; todo lo que pudiera tener como propio, debe retornar á alguna cosa más general que ella: lo mismo que el Estado ha confiscado la voluntad, y que la sociedad ha acaparado la propiedad, el «Hombre», á su vez, debe totalizar los pensamientos individuales y hacer de ellos el pensamiento humano, pura y universalmente humano.

Si se permite á las opiniones individuales subsistir,

Digitized by Google

yo tendré mi Dios (Dios no puede ser más que «mi Dios», es mi opinión ó mi «conciencia»), y si yo tengo mi Dios, tendré mi fe, mi religión, mis pensamientos, mis ideales. Sustituyamos á estas opiniones particulares una fe común á todos los hombres: «el fanatismo de la libertad». Será esa una fe estrechamente conforme con la «esencia del hombre», y será, en fin, siendo sólo el hombre razonable (tú y yo podemos ser muy poco razonables), una fe razonable.

Para reducir á la impotencia á la voluntad y la propiedad privadas, es preciso, ante todo, domar el individualismo ó el egoísmo. Después de esa victoria de principio, etapa suprema en la evolución del «hombre libre», se verán los fines de orden inferior, tales como el bienestar social de los socialistas, desvanecerse ante la sublime, la radiante «idea de la humanidad». Todo lo que no es «universalmente humano» es una parte que no satisface más que á algunos ó á uno solo, ó que, si satisface á todo el mundo, no satisface á cada cual sino en cuanto individuo y no en cuanto hombre; dicho de otro modo: todo lo que no es humanidad pura es «egoismo».

El bienestar es aún el fin supremo de los socialistas, como el libre concurso, la emulación es el de los liberales políticos. Ahora, también es uno libre de vivir bien y de hacer para ello lo necesario, lo mismo que es permitido entrar en la liza á aquel que intenta el concurso (competencia). Pero basta para tomar parte en el concurso ser ciudadano, y para tener su parte de goces ser trabajador: ciudadano y trabajador no son todavía, ni el uno ni el otro, sinónimos de «hombre». ¡El hombre no llega al «verdadero bien» (no está «soberanamente bien») más que cuando es también «espiritualmente libre!» Porque el Hombre es espíritu, y por ello todas las poten-

Digitized by Google

cias extrañas á él, al espíritu, todas las potencias suprahumanas, celestes, no humanas, deben ser destruídas, y el nombre de «Hombre» debe elevarse radiante por cima de todos los nombres.

Así, la época moderna (época de modernos) acaba por volver á su punto de partida, y hace de nuevo, de la «libertad espiritual», su principio y su fin.

El liberal humanitario, dirigiéndose particularmente al socialista, le dice: «Haciéndote de la actividad un deber, la sociedad liberta, es verdad, á esa actividad de la influencia de los individuos, es decir, de los egoistas; pero no te prescribe aún, de ningún modo, una actividad puramente humana, y nada te obliga aún á hacer de ti sin reserva un órgano de la humanidad. ¿Qué especie de actividad exige la Sociedad de ti? Sólo el azar de las circunstancias lo decidirá; podría emplearte en construir un templo ó algo equivalente; si no lo hiciese, podrías por tu propio impulso dedicarte á una tontería, ó, dicho de otro modo, á algo no humano. Más aún: si trabajas es únicamente para proveer á tus necesidades, y, en suma, para vivir por el amor de tu querida vida, y en modo alguno por la mayor gloria de la humanidad. ¿Qué se necesita, pues, para que puedas lisonjearte de una actividad verdaderamente libre? Se necesita que te libertes de todas las necedades, que te eximas de todo lo que no es humano, sino egoista (relativo al individuo y no al hombre que el individuo encarna), es preciso que te despojes de todas las ideas cuya no verdad obscurece al Hombre ó á la idea de humanidad; en suma: es preciso que no solamente seas libre de obrar, sino que, además, el contenido de tu actividad sea exclusivamente humano, y no obres ni vivas más que para la humanidad. Tú estás lejos de eso, en tanto que tus esfuerzos no tiendan hacia otro objeto que el bienestar, la prosperi-

Digitized by Google

dad tuya y de todos: lo que haces por tu sociedad de indigentes, no es nada para la «sociedad humana».

El trabajo sólo no basta para hacer de tí un hombre, porque el trabajo es algo formal y su materia está á merced de las circunstancias; lo que hay que saber es quién eres, tú que trabajas. Puedes perfectamente trabajar espoleado por necesidades egoístas (materiales), nada más que para procurarte el vivir, etc.; el trabajo debe ser mandado por la humanidad, mirar al bien de la humanidad, ser provechoso á su evolución histórica; en suma, el trabajo debe ser humano. Eso supone dos cosas: 1.°, que sea útil á la humanidad, y 2.°, que sea la obra de un «Hombre». La primera de estas dos condiciones puede ser cumplida por todo trabajo, sea el que fuere, porque las obras de la Naturaleza misma, los animales, por ejemplo, son puestas á contribución por la humanidad y sirven para las investigaciones científicas, etc.; pero la segunda condición implica que el trabajador conozca el objeto humano de su labor; pues bien, de ese objeto no puede darse cuenta sino cuando se sabe hombre, ¿y quién le instruirá de su dignidad de hombre?— La conciencia.

Ciertamente, mucho es ya haber cesado de fijarte como un bruto en producir un fragmento de una obra que no verás, pero no haces aún más que abarcar con la vista el conjunto de tu tarea, y la conciencia de tu obra que has adquirido está aún muy lejos de la conciencia de ti, de la conciencia de tu verdadero «yo» ó de tu «esencia», el Hombre. El trabajador siente, pues, todavía la necesidad de una «conciencia superior» que le falta, y de esta necesidad, que no puede satisfacer por la práctica de su oficio, busca la satisfacción fuera de las horas de trabajo, durante sus descansos. Así, el recreo, el asueto, siguen siendo el complemento necesario de su

Digitized by Google

trabajo; se ve forzado á tener á la vez por humano el trabajo y la holganza y aun á dar el primer lugar al perezoso, al que descansa. Él no trabaja más que para verse libre de su trabajo, no quiere franquear el trabajo más que para eximirse del trabajo.

En suma, su trabajo no le satisface, porque está simplemente encargado de él por la Sociedad; sólo es una carga, un deber, una tarea; y recíprocamente, su Sociedad no le satisface porque no le suministra más que trabajo. El trabajo debería satisfacerle en cuanto hombre, en tanto que no satisface más que á la Sociedad; la Sociedad debería emplearlo como hombre, en tanto que no lo emplea más que como un trabajador indigente ó un indigente que trabaja.

Trabajo y Sociedad no le son provechosos sino en tanto que tiene las necesidades de un «egoísta» y no de un «hombre».

Tal es la posición que toma la crítica enfrente del problema obrero. Ella apela al «espíritu», dirige el combate del «espíritu contra la masa» y declara que el trabajo comunista es una tarea sin ninguna huella de espíritu. La masa que teme el trabajo se hace el trabajo fácil. En la literatura de que estamos hoy inundados, este horror del trabajo tiene por consecuencia esa superficialidad bien conocida que rehusa tomarse «la pena de buscar».

Así el liberalismo humanitario dice: ¿Queréis el trabajo? Perfectamente; nosotros lo queremos también, pero lo queremos integral. No buscamos un medio de tener descansos, sino que pretendemos hallar en él plena satisfacción; queremos el trabajo porque trabajar es desarrollarnos, realizarnos.

Pero es preciso para eso que lo que se llama trabajo sea digno de ese nombre. El solo trabajo que honra al

Digitized by Google

hombre es el trabajo humano y consciente, que no tiene un fin egoísta, sino que tiene por fin al Hombre, la expansión de las energías humanas, de tal suerte que permita decir: *laboro, ergo sum;* trabajo, pues soy hombre. El humanitario quiere el trabajo del espíritu poniendo en acción toda la materia; quiere que el espíritu no deje ningún objeto en reposo, que no repose ante nada, que analice y ponga nuevamente sin cesar sobre el telar de su crítica los resultados obtenidos. Ese espíritu inquieto y sin reposo hace al verdadero trabajador; es él quien destruye las preocupaciones, quien derriba todas las barreras y las limitaciones y exalta al hombre por cima de todo lo que podría dominarlo, en tanto que el comunista, que no trabaja más que para él, nunca libremente, sino siempre forzado por la necesidad, no se liberta de la esclavitud del trabajo; continúa siendo un trabajador esclavo.

El trabajador, tal cual le concibe el humanitario, no tiene nada de «egoísta», porque no produce para individuos, ni para sí mismo, ni para otros; su labor no tiende á la satisfacción de necesidades privadas, sino que tiene por objeto la humanidad y su progreso; no se detiene en aliviar los sufrimientos individuales ni en inquietarse por los deseos de cada uno; abate las barreras que encierran á la humanidad, desarraiga las preocupaciones seculares, barre los obstáculos que embarazan el camino, los errores que hacen tropezar á los hombres; y las verdades que descubre, para todos y para siempre las saca á luz; en suma, vive y trabaja para la humanidad.

Yo respondo á eso:

En primer lugar, el que descubre una verdad importante sabe que puede ser útil á los demás hombres, y como ocultarla celosamente no le procuraría ningún goce, les da parte de ella y con ellos la comparte; pero si

Digitized by Google

tiene acaso conciencia de que esa participación es preciada para los demás, no es, sin embargo, en modo alguno por amor de los demás, sino únicamente por sí mismo, por lo que ha buscado y hallado, porque el problema lo atraía, y la obscuridad y el error no le habrían dejado reposo si no hubiera, lo mejor que podía, desembrollado el caos y descifrado el enigma.

Trabaja, pues, para sí mismo, para satisfacer su deseo. Que su obra resulte útil á los demás y hasta á la posteridad, no quita á su trabajo su carácter egoísta.

En segundo lugar, puesto que tampoco él hacía más que trabajar para sí mismo, ¿por qué sería su obra humana, cuando la de los demás es inhumana, es decir, egoista? ¿Sería porque ese libro, ese cuadro, esa sinfonía, es la obra de todo su sér, porque ha puesto allí lo que hay mejor en él, porque allí se ha expresado y allí puede encontrársele todo entero, en tanto que la obra del artesano no refleja más que al artesano, es decir, la habilidad profesional y no el «hombre»? Por sus poemas conocemos todos á Schiller, en tanto que centenares y millares de estufas no nos enseñan á conocer más que al fumista, y no al «hombre».

Pero eso equivale simplemente á decir que tal obra me revela todo lo completamente que es posible, en tanto que tal otra no atestigua más que el conocimiento que tengo de mi oficio. ¿No soy yo una vez más el que os expreso el fruto de mis veladas? ¿Y no es más egoista hacer de su obra el pedestal sobre el que uno se expone á los ojos del mundo, sobre el cual uno se ostenta en todas las posturas posibles, que permanecer disimulado detrás de ella? ¡Tú me dirás que lo que expones así es el Hombre! Pero observa que ese hombre que nos muestras eres tú: no nos muestras más que á ti, y si algo te distingue del artesano, es que éste no entiende de expre-

Digitized by Google

sarse así, en pequeño, en una sola y única obra, sino que tiene necesidad, para ser reconocido como él mismo, de ser considerado bajo todos los demás aspectos que constituyen su vida; el deseo para cuya satisfacción había nacido su obra era teórico.

Vas á replicar que revelas un hombre muy distinto, un hombre más digno, más elevado, más grande, en una palabra, más Hombre que tal ó cual otro. Sea; quiero admitir que realizas todo lo posible humano, que has llegado á donde ningún otro puede alcanzar. ¿En qué consiste tu grandeza? Precisamente en que eres más que otros hombres (que la «masa»), más que son los «hombres ordinarios»; lo que te hace grande es tu elevación por cima de los hombres. Si te distingues enmedio de ellos, no es de ningún modo porque eres un hombre, sino porque eres un hombre «único». Tu obra atestigua, sí, de lo que un hombre es capaz, pero de que tú, que eres un hombre, la has realizado, no resulta que otros, igualmente hombres, puedan hacer otro tanto: sólo porque eres un hombre único has podido hacerla, y en eso eres único.

No es el Hombre quien hace tu grandeza, eres tú quien la hace, porque eres más que un hombre y más poderoso que otros hombres.

Uno se imagina no poder ser más que hombre. Ser menos que hombre sería, sin embargo, mucho más difícil.

Uno se imagina, además, que todo lo que se hace bueno, bello, notable, hace honor al hombre. Pero si yo soy hombre, es como Schiller era zuavo, Kant prusiano y Gustavo Adolfo miope, y mis méritos y los suyos hacen de nosotros un hombre, un zuavo, un prusiano y un miope distinguidos. Todos esos calificativos valen, en el fondo, lo que el bastón de Federico el Grande, que no es célebre sino porque Federico lo es.

Digitized by Google

Al antiguo «rendid homenaje á Dios», el moderno responde: «rendid homenaje al Hombre». Pero mis homenajes cuento yo con guardarlos para mí.

Cuando la crítica exhorta á los hombres á ser «humanos», formula la condición indispensable de la sociabilidad; porque sólo es en tanto que uno es hombre entre los hombres, como puede vivir con ellos en sociedad. Ella muestra así su fin social, la fundación de la «sociedad humana».

La crítica es indisputablemente la más perfecta de las teorías sociales, porque aparta y aniquila todo lo que separa al hombre del hombre: todos los privilegios, y hasta el privilegio de la fe. Ella ha acabado de purificar y ha sistematizado el verdadero principio social, el principio de amor del Cristianismo, y ella es la que habrá hecho la última tentativa posible para despojar á los hombres de su exclusivismo y de su radical enemistad, luchando cuerpo á cuerpo con el egoísmo bajo su forma más primitiva y, por consiguiente, más dura: la unicidad ó el exclusivismo.

«¿Cómo podéis vivir con una vida verdaderamente social, en tanto que quede en vosotros la menor huella de exclusivismo», la menor cosa que sea sólo vosotros y nada más que vosotros?

Yo pregunto, por el contrario: ¿Cómo podéis ser verdaderamente únicos, en tanto que quede entre vosotros la menor huella de dependencia, la menor cosa que no sea vosotros y nada más que vosotros? ¡En tanto que permanezcais encadenados unos á otros, no podéis hablar de vosotros en singular; en tanto que un «lazo» os una, seguís siendo un plural; de vosotros doce hacéis la docena, mil formais un pueblo y algunos millones la humanidad!

«¡Sólo por vuestra humanidad podéis tener comercio

Digitized by Google

unos con otros en cuanto hombres, lo mismo que gracias sólo á vuestro patriotismo podéis entenderos como patriotas!»

Sea; pero yo respondo: Sólo si sois únicos podéis tener comercio unos con otros en vuestro nombre propio, y ser unos para otros lo que sois.

El crítico más radical es precisamente al que hiere más cruelmente la maldición que pesa sobre su principio. A medida que se despoja de un exclusivismo tras otro y que sacude sucesivamente celo religioso, patriotismo, etc., desata un lazo tras otro y se separa de los devotos, de los patriotas, etc.; á tal punto, que, finalmente, habiendo caído todos los lazos, se encuentra solo. Está forzado á rechazar todo lo que tiene algo de exclusivo ó de privado; pero, ¿qué puede ser, en definitiva, más exclusivo que la exclusiva, la única persona misma?

¿Piensa, tal vez, que valdría más que todos se hiciesen «hombres» y abandonasen su exclusivismo? Pero «todos» no significa precisamente más que «cada individuo»; de suerte que la contradicción queda tan punzante como anteriormente, porque cada «individuo» es el mismo exclusivismo. Como el humanitario no deja ya al individuo nada privado ó exclusivo, ni pensamientos privados ni necedad privada, acaba por dejarlo completamente desnudo, porque su odio absoluto y fanático de lo privado no permite respecto á él ninguna tolerancia, siendo todo lo privado esencialmente inhumano. El humanitario es, sin embargo, impotente para destruir la persona privada misma, porque su crítica se rompería los dientes antes de encontar la dura corteza de la personalidad; así, está bien obligado á contentarse con declarar que esa persona es una «persona privada» y resignarse á entregarla, en realidad, todo el dominio de lo privado.

¿Qué hará la sociedad si no se inquieta ya por nada

Digitized by Google

privado? ¿Va á hacer lo privado imposible? No; pero «lo subordinará á los intereses de la sociedad y permitirá, por ejemplo, á las voluntades individuales otorgarse tantos días de licencia como tengan á bien, con tal que esas voluntades individuales no se pongan en contradicción con el interés general». Todo lo privado será abandonado á sí mismo: no presenta ningún interés para la sociedad.

«La irreductible oposición hecha á la Ciencia por la Iglesia y la religiosidad, prueba que son (lo que han sido siempre, sea cualquiera la ilusión que haya podido tenerse respecto á ellas, en tanto que pasaron por la base y el fundamento del Estado)... un puro asunto privado. Aún en tiempos pasados, si estuvieron estrechamente unidas al Estado y si el estado fue cristiano, esa unión probó simplemente que el Estado no había desarrollado aún su idea política general y no reconocía otro derecho que derechos privados... ellas atestiguaron de un modo irrecusable que el Estado era asunto privado y no se ocupaba más que en asuntos privados. Si el Estado tiene al fin el valor y la fuerza de romper con el pasado y de cumplir su misión universal, si llega á reponer en su lugar los intereses particulares y los asuntos privados... la religión y la Iglesia serán libres como nunca lo han sido. Ellas quedarán abandonadas á sí mismas con el mismo título que los más puros asuntos privados y que la satisfacción de las necesidades estrictamente personales, y cada individuo, cada comunidad ó comunión de fieles podrá trabajar por la salvación de su alma como le plazca y en la forma que le parezca más eficaz; cada cual proveerá á su felicidad según sienta personalmente la necesidad, y escogerá y asalariará para velar sobre su alma al que le parezca ofrecer más garantías de éxito. Y la Ciencia, en fin, estará fuera de su acción.

¿Qué sucederá? ¿La vida social va á acabar, pues, y

Digitized by Google

toda sociabilidad, toda fraternidad, todo lo que ha sido edificado sobre el principio de amor y de sociedad va á desplomarse?

¡Como si uno no debiese siempre fatalmente buscar á otro porque tiene necesidad de él; como si otro no pudiese siempre ofrecerse á uno porque de él tiene necesidad! El solo cambio es que en adelante el individuo se unirá realmente al individuo, en tanto que antes le estaba ligado. El padre y el hijo, á quienes un lazo encadena uno á otro hasta la mayor edad de este último, pueden en lo sucesivo continuar haciendo espontáneamente su camino juntos; antes de que el hijo sea mayor están bajo la dependencia uno de otro en cuanto miembros de la familia; después se unen en cuanto egoístas; el uno queda hijo, el otro padre, pero no es ya como hijo y padre como están unidos uno á otro.

El último privilegio es, en verdad, el «Hombre», y todos tienen ese privilegio, todos gozan de él. Porque, como dice Bruno Baüer mismo: «el privilegio subsiste hasta cuando todos tienen parte en él».

Reasumamos, pues, las etapas recorridas por el liberalismo:

Primero. El individuo no es el Hombre; así es que la personalidad individual no tiene ningún valor; luego nada de voluntad personal, nada de arbitrario, nada de órdenes ni de ordenanzas.

Segundo. El individuo no tiene nada de humano; así es que lo mío y lo tuyo no tienen ningún fundamento en la realidad, luego nada de propiedad.

Tercero. Puesto que el individuo no es Hombre y no tiene nada de humano, no debe ser absolutamente nada; es un egoísta, y la crítica debe suprimirle á él y á su egoísmo para dejar sitio al Hombre «que acaba solamente de ser descubierto».

Digitized by Google

Pero si el individuo no es Hombre, el Hombre, sin embargo, está en potencia en el individuo, y tiene en este último la existencia virtual que allí tienen todo fantasma y todo divino. Así el liberalismo político otorga al individuo todo lo que le corresponde en cuanto ha «nacido hombre», es decir, libertad de conciencia, derecho de propiedad, etc.; en una palabra, todo lo que se clasifica bajo el nombre de «derechos del hombre». El Socialismo á su vez otorga al individuo todo lo que le corresponde en cuanto «obra como hombre», es decir, «trabaja». Viene, en fin, el liberalismo humanitario, que gratifica al individuo con todo lo que tiene en cuanto Hombre, es decir, con todo lo que pertenece á la humanidad. Consecuencia: el único no tiene nada, la humanidad lo tiene todo; de ahí la evidente y absoluta necesidad de ese «renacimiento» que predica el Cristianismo: ¡Conviértete en una nueva criatura, hazte «Hombre!»

¿Todo eso no hace pensar en el *Pater noster?* Al Hombre es á quien pertenece el Poder (la fuerza, *dunamis*), y por eso ningún individuo puede ser señor; es el Hombre el señor de los individuos. Al Hombre es á quien pertenece la realeza, es decir, el mundo, y por eso el individuo no puede ser propietario: es el Hombre, es «todos» quien posee el mundo como una propiedad.— En fin, al Hombre pertenece la gloria, la glorificación *(doxa);* porque el Hombre, es decir, la humanidad, es el objeto del individuo, objeto por el cual trabaja, por el cual piensa y vive, para cuya glorificación debe hacerse «Hombre».

Los hombres se han esforzado siempre hasta el presente en descubrir una forma social en que sus antiguas desigualdades no fuesen ya «esenciales». El objeto de sus esfuerzos fue una nivelación produciendo la igualdad y esa pretensión de estar tantas cabezas bajo un mismo gorro no significaba nada menos que esto: buscaban un

Digitized by Google

señor, un lazo, una fe («Todos creemos en un Dios»). Si alguna cosa es común á los hombres é igual en todos, es ciertamente el Hombre, y gracias á esa comunidad la necesidad de amor ha encontrado su satisfación: ella no descansó hasta que hubo realizado esa última nivelación, allanado toda desigualdad y echado al hombre en los brazos del hombre. Pero es justamente ese lazo de unión lo que hace la ruptura y el antagonismo más escandalosos; una sociedad limitada ponía en riña al francés y el alemán, al cristiano y el mahometano, etc., en tanto que ahora el Hombre se opone á los hombres, ó, puesto que los hombres no son el Hombre, al no hombre.

A la proposición «Dios se ha hecho hombre», sucede al presente esta otra: «el Hombre se ha hecho yo.» Ahí está el yo humano. Pero decimos, por el contrario: yo no he podido encontrarme en tanto que me he buscado como Hombre. Si el Hombre intenta hoy llegar á ser yo y ganar gracias á mí un cuerpo, yo noto que en suma todo reposa sobre mí, y que sin mí el Hombre está perdido. Yo no puedo, sin embargo, sacrificarme sobre el altar de ese santo de los santos, y en adelante no me preguntaré ya si mis manifestaciones son de un Hombre ó de un no hombre; ¡que ese espíritu me deje en paz!

El liberalismo humanitario no se para en barras. Que quieras, no importa bajo qué punto de vista, ser ó tener alguna cosa particular, que pretendas la menor ventaja que no tienen los demás, que quieras autorizarte con un derecho que no es uno de los «derechos generales de la humanidad», y eres un egoísta.

Sea; yo no pretendo tener ó ser nada particular que me haga pasar antes que los demás, no quiero beneficiarme á sus expensas de ningún privilegio; pero yo no me mido por la medida de los demás, y si no quiero sinrazón en mi favor, no quiero tampoco ninguna clase de de-

Digitized by Google

recho. Yo quiero ser todo lo que puedo ser, tener todo lo que puedo tener. Que los otros sean ó tengan algo análogo, ¿qué me importa? Tener lo que yo tengo, ser lo que yo soy, no lo pueden. Yo no les hago ningún agravio, como no hago agravio á la roca teniendo sobre ella el «privilegio» del movimiento. Si ella pudiera tenerlo lo tendría.

¡No hacer agravio á los demás hombres! De ahí se derivan la necesidad de no poseer ningún privilegio, de renunciar á toda «ventaja» y la más rigurosa doctrina de renuncia. No debe uno mirarse como «alguna cosa especial», por ejemplo, como judío ó como cristiano. ¡Muy bien; yo tampoco me tengo por alguna cosa particular! ¡Me tengo por único! Tengo, sí, alguna analogía con los demás, pero eso no tiene importancia más que para la comparación y la reflexión; de hecho, soy incomparable, único. Mi carne no es su carne, mi espíritu no es su espíritu; aunque los coloquéis en categorías generales, «la carne, el espíritu», esos son pensamientos vuestros, que no tienen nada común con mi carne y mi espíritu, y no pueden en lo más pequeño pretender dictarme una «vocación».

Yo no quiero respetar en ti nada, ni el propietario, ni el indigente, ni siquiera el Hombre, pero quiero emplearte. Yo aprecio que la sal me hace gustar mejor mis alimentos, así es que no dejo de usarla; reconozco en el pescado un alimento que me conviene y lo como; he descubierto en ti el dón de iluminar y de amenizar mi vida y he hecho de ti mi compañero. Pudiera ser también que yo estudiase en la sal la cristalización, en el pescado la animalidad y en ti la humanidad, pero tú no eres jamás á mis ojos más que lo que eres para mí, es decir, mi objeto; y en cuanto mi objeto, eres mi propiedad.

El liberalismo humanitario es el apogeo de la indi-

Digitized by Google

gencia. Debemos empezar por descender hasta el último escalón de la desnudez y de la indigencia si queremos llegar á la individualidad; pero ¿hay nada más miserable que el Hombre completamente desnudo?

Es, sin embargo, pasar de la indigencia despojarme hasta del Hombre, después de haber advertido que él también me es extraño y no es un título sobre el cual pueda yo fundar nada. Pero no es eso ya indigencia pura: caídos sus últimos harapos, al enderezarse el indigente en su desnudez, despojado de toda cubierta extraña, encuentra que ha rechazado hasta su indigencia y que cesa de ser un indigente.

No soy ya un indigente, pero lo fui.

***

Si hasta ahora no se ha llegado á entenderse, es porque toda la batalla se ha dado entre los partidarios de una «libertad» parsimoniosamente mesurada, y los que quieren «plena medida» de libertad, es decir, entre los moderados y los inmoderados. Todo depende de la respuesta que se dé á la cuestión: ¿Cómo y hasta qué punto debe el hombre ser libre? Que el hombre debe ser libre, todos lo piensan, y así, todos son liberales. ¿Pero á ese no-hombre que se esconde en el fondo de cada individuo, qué barrera oponerle? ¿Cómo obrar para libertar al hombre, sin poner al mismo tiempo en libertad al no-hombre?

El liberalismo, cualquiera que sea su matiz, tiene un enemigo mortal que le es tan irreductiblemente opuesto, como el diablo lo es á Dios: siempre al lado del hombre se levanta el no-hombre, y el egoista al lado del individuo. Estado, sociedad, humanidad, nada consigue desalojar á ese diablo de sus posiciones.

Digitized by Google

El liberalismo humanitario ha tomado por tarea probar á los demás liberales que no tienen aún la menor idea de lo que es querer la «libertad».

Los demás liberales no advertían más que el egoísmo individual, y el más grave se les escapaba; el liberalismo radical dirige sus baterías contra el egoísmo «en globo», y reniega, «en globo», de todos los que no abrazan como su propia causa la causa de la libertad; de ahí, gracias á él, oposición hoy completa y hostilidad implacable entre el hombre y el no-hombre, representados el uno por la «crítica» y el otro por la «masa», ó en el terreno de la teoría, el uno por lo que se llamará la «crítica libre y humana» (*Judenfrage*, pág. 114), y el otro por las críticas superficiales y groseras, como por ejemplo, la crítica religiosa.

La crítica proclama su firme esperanza de vencer á la «masa» y de darla un «certificado de indigencia». Pretende acabar por tener razón, y por rebajar todas las disensiones de los «tibios y de los tímidos», á no ser más que una quisquilla egoísta, una querella miserable y mezquina. Y de hecho, toda disputa va á perder su importancia, las mezquinas querellas van á ser olvidadas, porque un enemigo común se adelanta, y este enemigo es la crítica. «¡Todos cuantos sois, no sois más que egoístas, y el uno no vale más que el otro!» Y he ahí á todos los egoístas ligados contra la crítica.

¿Los egoístas? ¿Son verdaderamente los egoístas? No: si se sublevan contra la crítica, es precisamente porque ella los acusa de egoísmo, y que en ese egoísmo no quieren convenir. Así, la crítica y la masa tienen la misma base de operaciones: las dos combaten el egoísmo, reniegan de él, y de él se acusan mutuamente.

La crítica y la masa persiguen el mismo objeto, liberación frente al egoísmo, y no disputan más que por

Digitized by Google

saber cuál de las dos se acerca más á ese objeto ó aun lo alcanza.

Judíos, cristianos, absolutistas, hombres de las tinieblas y hombres de la luz, políticos, comunistas, todos se defienden enérgicamente contra el reproche de egoísmo; y cuando viene la crítica que de ello les acusa redondamente y sin miramientos, todos se disculpan de esa acusación y se ponen á guerrear contra el egoísmo, el mismo enemigo al que la crítica hace la guerra.

Enemigos de los egoístas todos lo son, tanto la masa como la crítica, y la una como la otra se esfuerzan en rechazar el egoísmo, tanto pretendiéndose blanca como la nieve, como ennegreciendo á la parte adversa.

El crítico es el verdadero «leader» de la masa; él la suministra del egoísmo «una noción sencilla y las palabras para expresarla», en tanto que los antiguos *leaders*, aquellos á quienes la *Gaceta Literaria* (*Lit. Ztg.* v. 24), rehusa la esperanza de triunfar jamás, no eran más que intérpretes de ocasión, aprendices. El crítico es el príncipe y el conductor de la masa en la guerra hecha al egoísmo en nombre de la libertad. Lo que el crítico combate, la masa lo combate igualmente. Pero es al mismo tiempo el enemigo de la masa, no porque la quiera mal, sino que es para ella el enemigo bien intencionado, que sigue á los miedosos látigo en mano para forzarles á mostrar que tienen corazón.

Así toda la oposición entre la crítica y la masa se reduce al diálogo siguiente: «¡Vosotros sois egoístas!—¡No, no lo somos!—¡Voy á probároslo!—¡No puedes condenarnos sin oirnos!»

Tengámoslos, pues, á los unos como á los otros por lo que pretenden ser, por no egoístas, y por lo que se creen mutuamente, por egoístas: son egoístas y no lo son.

Digitized by Google

La crítica dice bien: debes libertar tan completamente tu yo de toda limitación que llegue á ser un yo humano. Pero yo digo: libértate cuanto puedas; no llegarás á derribar más que tus barreras, porque no pertenece á cada cual aisladamente derribar todas; ó más explícitamente: lo que es una barrera para uno no lo es para el otro: no te aniquiles, pues, contra las de los demás, basta con que abatas las tuyas. ¿Quién ha tenido jamás la dicha de alejar el menor límite, de alzar el menor obstáculo que fuese una barrera para todos los hombres?

El que derriba una de sus barreras, puede haber mostrado con ello á los demás el camino y el procedimiento que hay que seguir; pero derribar las barreras de ellos, queda siendo asunto suyo. Nadie, por otra parte, hace otra cosa. Exhortar á las gentes á ser integralmente hombres, viene á ser exigir de ellas que abatan todas las barreras humanas; pues eso es imposible, porque el Hombre no tiene barreras y límites: yo las tengo, es cierto, pero esas solas, las mías, me conciernen, y ellas solas pueden ser derribadas por mí. Yo no puedo ser un yo humano, porque soy yo, y no puramente hombre.

¡Pero examinemos una vez más si en lo que nos enseña la crítica no descubriremos nada á que podamos adherirnos! Yo no soy libre en tanto que no me despojo de todo interés, y no soy hombre en tanto que no soy desinteresado. Sea; pero me importa, en suma, bastante poco, ser hombre y ser libre, en tanto que me importa mucho no dejar escapar, sin aprovecharla, ninguna ocasión de afirmarme y de hacerme valer. De esas ocasiones, el crítico me suministra una al enseñar que, cuando alguna cosa se implanta en mí y se hace indesarraigable, yo vengo á ser el prisionero y el servidor de esa

Digitized by Google

cosa, ó, dicho de otro modo, su poseído. Todo interés, por quien quiera que sea, hace de mí, cuando no sé ya desprenderme de él, su esclavo, y no es ya mi propiedad; yo soy la suya. La crítica nos invita á ello; no dejemos anclarse, hacerse estable, ninguna parte de nuestra propiedad, y no nos encontremos bien más que cuando destruímos.

«¡Tú no eres hombre—dice la crítica—más que si criticas, analizas y destruyes sin reposo ni tregua!» Y nosotros decimos: yo soy hombre sin eso, y, lo que es más, soy «yo». Así, no quiero tomarme otro cuidado que el de asegurarme mi propiedad; y para asegurármela bien, la doblego perpetuamente á mí, suprimo en ella toda veleidad de independencia, y la «consumo» antes que tenga el tiempo de cristalizarse y convertirse en «idea fija» ó «manía».

Y si obro así, no es porque «la humanidad me convida á ello» y me hace de ello un deber, sino porque me convido á ello yo mismo. No me afirmo para derribar todo lo que teóricamente es posible á un hombre derribar; mientras no tengo aún diez años, por ejemplo, no critico lo absurdo del decálogo; ¿soy por eso menos hombre? ¡Quizá aún si mis diez años obrasen humanamente, sería, precisamente, no criticándolo! En suma: no tengo vocación y no sigo ninguna, ni siquiera la de ser hombre.

¿Es decir que rehuso los beneficios realizados en las diferentes direcciones por los esfuerzos del liberalismo? ¡Oh, no! Guardémonos de dejar perder nada de lo que está adquirido. Sólo que al presente, que, gracias al liberalismo, se ve al «Hombre» libertado, vuelvo los ojos hacia mí mismo y lo proclamo altamente: lo que el hombre se da aires de haber ganado, soy «yo» y yo sólo quien lo he ganado.

El hombre es libre cuando el Hombre es para el hom-

Digitized by Google

bre el sér supremo. Se necesita, pues, para que la obra del liberalismo sea completa y acabada, que todo otro sér supremo sea aniquilado, que la Teología sea destronada por la Antropología, que uno se burle de Dios y de la Providencia, y que el «ateismo» se haga universal.

Que hasta «mi Dios» llegue á no tener ya ningún sentido, es la última pérdida que puede tener el egoísmo de la propiedad, porque Dios no existe más que si toma á pechos la salvación del individuo, como éste busca en él su salvación.

El liberalismo político abolió la desigualdad del señor y del servidor, é hizo al hombre sin señor, anárquico. El señor, separado del individuo, del egoísta, vino á ser un fantasma: la ley ó el Estado.—El liberalismo social, á su vez, suprimió la desigualdad resultante de la posesión, la desigualdad del rico y del pobre, é hizo al hombre sin bienes ó sin propiedad. La propiedad retirada al individuo pasó al fantasma: la Sociedad.—En fin, el liberalismo humano ó humanitario hace al hombre sin Dios, ateo: el Dios del individuo «mi Dios» debe, pues, desaparecer. ¿A dónde nos lleva eso? La supresión del poder personal acarrea, necesariamente, supresión de la servidumbre; la supresión de la propiedad acarrea supresión de la necesidad, y la supresión del Dios implica supresión de las preocupaciones, porque, con el señor depuesto, se van los servidores; la propiedad se lleva consigo los cuidados que procuraba, y el Dios que vacila y se abate como un árbol viejo, arranca del suelo sus raíces, las preocupaciones. Pero aguardemos el fin: el señor resucita bajo forma de Estado y el servidor reaparece: es el ciudadano, el esclavo de la ley, etc.—Los bienes han venido á ser la propiedad de la Sociedad, y la molestia, el cuidado, renacen: se llaman trabajo.—En fin, habiéndose Dios convertido en el Hombre, es una

Digitized by Google

preocupación que se levanta y la aurora de una nueva fe: la fe en la humanidad y la libertad. Al Dios del individuo sucede el Dios de todos, «el Hombre»: «¡El grado supremo á que podemos aspirar á elevarnos sería ser Hombre!» Pero como ninguno puede realizar completamente la idea de Hombre, el Hombre queda siendo para el individuo un más allá sublime, un sér supremo inaccesible, un Dios. Además, éste es el «verdadero Dios», porque nos es perfectamente adecuado, siendo propiamente «nosotros mismos»: nosotros mismos, pero separado de nosotros y elevado por cima de nosotros.

Digitized by Google

POST-SCRIPTUM

Las observaciones que preceden sobre la «libre crítica humana» y las que tendré todavía que hacer en lo sucesivo sobre los escritos de tendencia paralela, han sido anotadas día por día á medida que aparecían los libros á que se refieren; yo, apenas he hecho aquí más que poner de cabo á cabo las apreciaciones fragmentarias que me habían sugerido mis lecturas. Pero la crítica está en perpetuo progreso, y cada día se encuentra que da nuevos pasos adelante; así, que es necesario hoy, que he escrito la palabra «fin» al término de mi libro, echar una ojeada hacia atrás, é intercalar aquí algunas observaciones en forma de *post-scriptum*.

Tengo ante mí el octavo y último cuaderno aparecido de la *Allgemeine Litteraturzeitung* (Revista general de la literatura) de Bruno Baüer.

Desde las primeras líneas, se nos habla de nuevo de los «intereses generales de la Sociedad». Pero la crítica se ha abstraído y da á esta «Sociedad» una significación nueva, por la cual se separa radicalmente del «Estado», con el que había quedado hasta el presente más ó menos confundida. El Estado, poco ha celebrado aún, bajo el nombre de «Estado libre», es en definitiva abandonado,

Digitized by Google

como radicalmente incapaz de llenar el papel de «Sociedad humana». La crítica se ha visto en 1842 «momentáneamente obligada á identificar los intereses humanos y los intereses políticos», pero ha advertido después que el Estado, aun bajo la forma de «Estado libre», no es la Sociedad humana, ó para hablar su lengua, que el pueblo no es «el Hombre».

Hemos visto á la crítica hacer tabla rasa de la Teología, y probar claramente que el Dios sucumbe ante el Hombre; la vemos al presente arrojar por la borda la política, y demostrar que ante el Hombre pueblos y nacionalidades se desvanecen. Hoy que ha roto con la Iglesia y el Estado declarándolos á los dos inhumanos, no tardaremos en verla esforzarse en probar que al lado del Hombre, la «masa» que ella misma llama un «sér espiritual» no tiene valor; y este nuevo divorcio no será para sorprendernos, porque podemos ya entrever síntomas precursores de esta evolución. ¿Cómo, en efecto, «seres espirituales» de rango inferior podrían sostenerse ante el Espíritu supremo? «El Hombre derriba de su pedestal á los ídolos falsos.

Lo que la crítica se propone por el momento, es el estudio de la «masa» que planta enfrente del «Hombre» para combatirla en nombre de este último. ¿Cuál es actualmente el objeto de la crítica?—¡La masa, un sér espiritual! La crítica «aprenderá á conocerla» y descubrirá que está en contradicción con el Hombre; demostrará que la masa es inhumana, y no le costará más trabajo dar esta prueba que le ha costado demostrar que lo divino y lo nacional, ó en otros términos, la Iglesia y el Estado, son la negación misma de la humanidad.

Se definirá la masa diciendo que es el producto más importante y más significativo de la revolución; es la muchedumbre engañada, para la que las ilusiones de la

Digitized by Google

filosofía política, y sobre todo, de toda la filosofía del siglo XVIII, no han conducido más que á una cruel decepción. La Revolución, por sus resultados, ha contentado á unos, y dejado á otros descontentos. La parte satisfecha es la clase media (burgueses, filisteos, etc.); la no satisfecha es la masa. Y si es así, ¿no forma el crítico mismo parte de la masa?

Pero los no satisfechos tantean todavía en plena obscuridad, y su desagrado se traduce por un «mal humor sin límites». De esos es de quienes el crítico, no menos descontento, debe á esta hora hacerse dueño; todo lo que puede ambicionar y todo lo que puede alcanzar, es sacar á ese «sér espiritual», que es la masa, de su mal humor, y «elevarla, es decir, darle el lugar que habrían debido legítimamente asegurarle los demasiado triunfantes resultados de la Revolución; puede hacerse la cabeza de la masa, su intérprete por excelencia. Así quiere «cegar el abismo que lo separa de la multitud.» Se distingue de los que «pretenden elevar á las clases inferiores del pueblo», en que debe apaciguar no solamente los rencores de ellas, sino los de él mismo.

Sin embargo, el instinto no lo engaña cuando tiene á la masa por «naturalmente opuesta á la teoría» y cuando prevé que «cuanta más amplitud tome esa teoría, más compacta se hará la masa». Porque el crítico no puede, con su hipótesis del hombre, ni ilustrar ni satisfacer á la masa. Si enfrente de la burguesía no es ya más que una «capa social inferior», una masa políticamente sin valor, enfrente del hombre, con mayor razón, no va á ser más que una simple «masa», un revoltillo inhumano ó un rebaño de no hombres.

El crítico llega á negar toda humanidad; partiendo de la hipótesis de que lo humano es lo verdadero, se vuelve él mismo contra esa hipótesis disputando el ca-

Digitized by Google

rácter de humanidad á todo aquello á que se había entonces otorgado. Llega simplemente á probar que lo humano no tiene existencia más que en su cabeza, en tanto que lo inhumano está por todas partes. Lo inhumano es lo real, lo por todas partes existente; esforzándose en demostrar que no es «humano», el crítico no hace más que formular explícitamente la tautología de que lo inhumano no es humano.

Cuando lo inhumano se haya vuelto resueltamente la espalda á sí mismo, ¿qué dirá el crítico que lo hostiga, antes de alejarse de él sin haberse dejado conmover por sus objeciones? Tú me llamas inhumano, podría decirle, é inhumano soy, en efecto, para ti; pero no lo soy sino porque tú me opones á lo humano y sólo he podido avergonzarme de mí, tan largo tiempo como me he dejado rebajar al papel de botador. Yo era despreciable porque buscaba mi «mejor yo mismo» fuera de mí; yo era lo inhumano porque soñaba con «lo humano»; yo invitaba á los piadosos á quienes tantaliza siempre su «verdadero yo» y quedan siendo siempre «pobres pecadores»; yo no me concebía sino por contraste con otro; eso basta, yo no era todo en todo, no era único. Pero hoy ceso de mirarme como lo inhumano, ceso de medirme y de dejarme medir con la vara del hombre, ceso de inclinarme ante algo superior á mí, y así, ¡adiós, oh crítico humano! Yo he sido lo inhumano, pero no he hecho más que pasar por ello, y no lo soy ya; soy el único, soy el egoísta, ese egoísta que te da horror; pero mi egoísmo no es de los que se pueden pesar con la balanza de la humanidad, del desinterés, etc., es el egoísmo del único.

Preciso es detenernos aún en otro pasaje del mismo cuaderno: «La crítica no sienta ningún dogma y no quiere conocer nada más que los objetos».

La crítica teme ser «dogmática» y edificar dogmas.

Digitized by Google

Naturalmente, porque eso sería pasar á los antípodas de la crítica, al dogmatismo, y como crítico, de bueno hacerse malo, de desinteresado egoísta, etc. «¡Nada de dogmas!» tal es el suyo. Porque crítica y dogmática quedan en el mismo terreno, el de los pensamientos. Como el dogmático, el crítico tiene siempre por punto de partida un pensamiento, pero se distingue de su adversario en que no cesa de mantener el pensamiento que le sirve de principio bajo el imperio de un proceso mental que no le permite adquirir ninguna estabilidad. Hace simplemente prevalecer en él el proceso intelectual sobre la fe, y el progreso en el pensar sobre la inmovilidad. A los ojos del crítico, ningún pensamiento está asegurado, porque todo pensamiento es él mismo, el pensar ó el espíritu pensante.

Por eso, lo repito, el mundo religioso, que es precisamente el mundo de los pensamientos, alcanza su perfección en la crítica, donde el pensar es superior á todo pensamiento, ninguno de los cuales puede fijarse «egoístamente». ¿Qué se haría de la «pureza de la crítica», la pureza del pensar, si un solo pensamiento pudiese escapar al proceso intelectual? Eso nos explica el hecho de que el crítico mismo se deje llevar, de tiempo en tiempo, hasta ridiculizar suavemente las ideas de Hombre y de humanidad; presiente que esos son pensamientos que se acercan á la cristalización dogmática. Pero no puede destruir un pensamiento en tanto que no ha descubierto un pensamiento superior, en que el primero se resuelve. Ese pensamiento superior podría llamarse el del movimiento del espíritu ó del proceso intelectual, es decir, el pensamiento del pensar ó de la crítica.

La libertad de pensar ha venido, de hecho, á ser así completa; es el triunfo de la libertad espiritual, porque los pensamientos individuales, «egoístas», pierden su ca-

Digitized by Google

rácter dogmático de imperativo. Uno solo le conserva: el dogma del pensar libre ó de la crítica.

Contra todo lo que pertenece al mundo del pensamiento, la crítica tiene el derecho, es decir, la fuerza por ella; es victoriosa. La crítica, y la crítica sola «domina nuestra época». Bajo el punto de vista del pensamiento, no hay ningún poder capaz de superar al suyo, y da gusto ver con qué facilidad devora ese dragón, como jugando, todo otro pensamiento; todas esas lombricillas de pensamientos se retuercen, pero ella los tritura, á pesar de sus «rodeos».

Yo no soy un antagonista de la crítica, ó en otros términos, no soy un dogmático, y no me siento herido por los dientes de la crítica. Si fuese un dogmático, sentaría en primera línea un dogma, es decir, un pensamiento, una idea, un principio, y completaría ese dogma haciéndome «sistemático» y construyendo un sistema, es decir, un edificio de pensamientos.

Recíprocamente, si yo fuese un crítico y el contradictor de lo dogmático, dirigiría el combate del pensar libre contra el pensamiento que encadena, y defendería al pensar contra lo pensado. Pero no soy el campeón ni del pensar ni de un pensamiento, porque mi punto de partida soy yo, que no soy un pensamiento más que consisto en el hecho de pensar. Contra Mí, el innombrable, se estrella el reino de los pensamientos, del pensar y del espíritu.

La crítica es la lucha del poseído contra la posesión como tal, contra toda posesión; nace de la conciencia de que por todas partes reina la posesión ó, como la llama el crítico, la relación religiosa ó teológica. Él sabe que no sólo para con Dios se conduce uno religiosamente y como creyente obra; sabe que se puede ser igualmente creyente y religioso frente á otras ideas, tales como De-

Digitized by Google

recho, Estado, Ley, etc.; ó de otro modo, reconoce que la posesión está por todas partes y reviste todas las formas. Él recurre al pensar contra los pensamientos; pero yo digo que sólo el no pensar me salva de los pensamientos. No es el pensar el que puede librarme de la posesión, sino mi ausencia de pensamiento, ó Yo, el impensable, el inaprehensible.

Un encogimiento de hombros me presta los mismos servicios que la más laboriosa meditación; estirar mis miembros disipa la angustia de los pensamientos; un salto, un bote, derriba los Alpes del mundo religioso que pesa sobre mi pecho; un hurra de alegría echa por tierra fardos bajo los que uno se encorvaba desde hace años. Pero la significación formidable de un grito de alegría sin pensamiento no podía ser comprendida en tanto que duró la larga noche del pensar y de la fe.

«¡Qué frivolidad y qué grosera frivolidad querer, por una patochada, resolver los más difíciles problemas y solventar los más vastos deberes!»

¿Pero tienes deberes, si tú no te los impones? En tanto que tú te los impones, no puedes soltarlos, y yo no niego, nótalo bien, que pienses y que, pensando, crees millares de pensamientos. Pero tú, que te has impuesto esos deberes, ¿no debes poder nunca derribarlos? ¿Debes quedar ligado á ellos y deben hacerse deberes absolutos?

Ultima observación: se ha hecho un cargo al Gobierno por recurrir á la fuerza contra el pensamiento, por asestar contra la Prensa los rayos policíacos de la censura y por transformar batallas literarias en combates personales. ¡Como si no se tratase más que de pensamientos y como si se debiese á los pensamientos desinterés, abnegación y sacrificios! ¿No atacan esos pensamientos á los gobernantes mismos y no provocan una réplica del

Digitized by Google

egoísmo? Y los que piensan, ¿no emiten esa pretensión religiosa de ver honrar el poder del pensamiento, de las ideas? Aquellos á quienes se dirigen deben sucumbir buenamente y sin resistencia, porque el divino poder del pensamiento, la Minerva, combate al lado de sus adversarios. Ese sería ya el acto de un poseído, un sacrificio religioso. Los gobernantes están, en verdad, ellos mismos llenos de prevenciones religiosas y guiados por el poder de una idea ó de una creencia; pero son al mismo tiempo egoístas inconfesos, y sobre todo, cuando se está enfrente del enemigo es cuando estalla el egoísmo latente: son poseídos en cuanto á su fe; pero cuando se trata de la fe de sus adversarios, no son ya poseídos y vuelven á encontrarse egoístas. Si se quiere hacerles un reproche, no puede ser más que el reproche opuesto, el de estar poseídos por sus ideas.

Ninguna fuerza egoísta, ningún poder de policía ni nada semejante, debe entrar en juego contra los pensamientos. Eso es lo que creen los devotos de la Prensa. Pero el pensar y los pensamientos no son para mí sagrados; cuando los ataco es mi piel la que defiendo contra ellos. Puede ser que esta lucha no sea razonable; pero si la razón fuera para mí un deber, es lo que tengo más querido lo que yo debería, nuevo Abraham, sacrificarla.

En el reino del pensamiento que, como el de la fe, es el reino celestial, no tiene seguramente razón el que recurre á la fuerza sin pensamiento, justamente como no tiene razón el que en el reino del amor obra sin amor y el que, aunque cristiano, no obra como cristiano: en esos reinos á que piensan pertenecer, aun sustrayéndose á sus leyes, uno como otro son «pecadores» y «egoístas». Pero, por otra parte, serían criminales si pretendieran salir de él y no reconocerse ya sus súbditos.

Digitized by Google

Resulta, además, que en su lucha contra el Gobierno, los que piensan tienen en pro de ellos el derecho, ó, dicho de otro modo, la fuerza, en tanto que no combaten más que los pensamientos del Gobierno (este último se queda cortado y no encuentra que responder nada que valga, literariamente hablando), en tanto que no tienen razón ó, en otros términos, son impotentes cuando emprenden el llevar pensamientos al asalto de un poder personal (el poder egoísta cierra la boca á los razonadores). No es en el campo de batalla de la teoría donde se puede obtener una victoria decisiva, y el poder sagrado del pensamiento sucumbe bajo los golpes del egoísmo. Sólo el combate egoista, el combate entre egoistas, puede cortar una diferencia y poner una cuestión en claro.

Pero eso es reducir el pensar mismo á no ser más que asunto de capricho egoista, el asunto del único, ni más ni menos que un simple pasatiempo ó que un amorío; es quitarle su dignidad de «último y supremo árbitro», y esta depreciación, esta profanación del pensar, esta igualación del yo que piensa y del yo que no piensa; esta grosera pero real «igualdad», está prohibido á la crítica instaurarla porque no es más que la saderdotisa del pensar y no advierte más allá del pensar más que el diluvio.

La crítica sostiene, sí, por ejemplo, que la libre crítica debe vencer al Estado; pero se defiende contra el reproche que le hace el gobierno del Estado de «provocar á la indisciplina y á la licencia»; piensa que la indisciplina y la licencia no debieran triunfar y que ella sola lo debe. Y es más bien lo contrario: sólo por la audacia, enemiga de toda regla y de toda disciplina, puede el Estado ser vencido.

Concluyamos. Hemos dicho bastante para que aparezca evidente que la nueva evolución que ha sufrido el crítico no es una metamorfosis, y que no ha hecho más

Digitized by Google

que «rectificar algunos principios aventurados» y «poner un objeto en su punto»; se lisonjea cuando dice que «la Crítica se critica á sí misma»: ella, ó más bien él, no critica más que los «errores» de la crítica, y se limita á purgarla de sus «inconsecuencias». Si él quería criticar la Crítica debió empezar por examinar si hay realmente alguna cosa en la hipótesis sobre que se ha edificado.

Yo también parto de una hipótesis, puesto que «me» supongo; pero mi hipótesis no tiende á perfeccionarse como «el Hombre tiende á su perfección»; no me sirve más que para gozar de ella y consumirla. Yo no me nutro precisamente más que de esta sola hipótesis y no soy sino por cuanto me nutro de ella. Así que esa hipótesis no lo es; siendo el único, no sé nada de la dualidad de un yo postulante y de un yo postulado (de un yo «imperfecto» y de un yo «perfecto» ú Hombre). Yo no me supongo, porque á cada instante me pongo ó me creo; no soy sino porque soy puesto y no supuesto y, una vez más, no soy puesto, sino desde el momento que me pongo; es decir, que soy á la vez el creador y la criatura.

Si las hipótesis que han estado en curso hasta el presente deben desorganizarse y desaparecer, no deben resolverse simplemente en una hipótesis superior, tal como el pensamiento, ó el pensar mismo: la Crítica.

Su destrucción debe serme provechosa á mí, si no la solución nueva que nazca de su muerte entraría en la serie innumerable de todas las que hasta el presente no han declarado jamás falsas las antiguas verdades, ni hecho desplomarse hipótesis desde largo tiempo aceptadas más que para edificar sobre sus ruinas el trono de un extranjero, de un intruso: Hombre, Dios, Estado ó Moral.

Digitized by Google

Digitized by Google

SEGUNDA PARTE

YO

A la aurora de los tiempos nuevos se levanta el Hombre-Dios. A su declinar, ¿se habrá desvanecido el Dios solo, y puede morir verdaderamente el Hombre-Dios, si el Dios sólo muere en Él? No se ha planteado esta cuestión; se creyó haberlo hecho todo cuando en nuestros días se hubo llevado victoriosamente á cabo la obra de luz y vencido al Dios; no se notó que el Hombre no ha muerto al Dios más que para convertirse á su vez en «el solo Dios que reina en los cielos». El más allá exterior es barrido, y la obra colosal de la filosofía está cumplida; pero el más allá interior ha venido á ser un nuevo cielo, y nos incita á nuevos asaltos: el Dios ha tenido que dejar el sitio al Hombre y no á nosotros. ¿Cómo podéis creer que el Hombre-Dios haya muerto durante todo el tiempo que en él, aparte del Dios, no haya muerto el Hombre también?

I

LA PROPIEDAD. — LA INDIVIDUALIDAD

«¿No aspira el espíritu á la libertad?» — ¡Ay! ¡No es sólo mi espíritu, es toda mi carne la que arde sin cesar en el mismo deseo! Cuando ante la cocina odorífera del palacio mi nariz habla á mi paladar de los platos sabrosos que allí se preparan, encuentro mi pan seco horriblemente amargo; cuando mis ojos alaban á mi callosa espalda los blandos cojines sobre que le sería mucho más dulce extenderse que sobre su paja pisoteada, el despecho y la rabia se apoderan de mí; cuando... ¿pero á qué evocar más dolores?—¿Y es eso lo que llamas tu ardien-

Digitized by Google

te sed de libertad? ¿De qué quieres, pues, ser librado? ¿De tu pan de munición y de tu lecho de paja? Pues bien, ¡échalos al fuego! Pero no por eso estarás más adelantado; lo que quieres es más bien la libertad de gozar de una buena cama y de un buen lecho. ¿Te lo permitirán los hombres? ¿Te darán esa «libertad?» No esperes eso del amor de los hombres, porque sabes que piensan todos como tú: ¡cada uno es para sí mismo el prójimo!

¿Cómo harás para gozar de esos platos y de esos cojines que te dan envidia? ¡No hay otro medio que hacer de ellos tu propiedad!

Cuando piensas bien en ello, lo que quieres no es la libertad de tener todas esas bellas cosas, porque esa libertad no te las da aún; lo que quieres son esas cosas mismas; quieres llamarlas tuyas y poseerlas como tu propiedad. ¿De qué te sirve una libertad si no te da nada? Por otra parte, si te hubieses librado de todo, no tendrías ya nada, porque la libertad está, por esencia, vacía de todo contenido. No es más que un vano permiso para el que no sabe servirse de ella; y si yo me sirvo de ella, la manera en que la uso no depende más que de mí, de mi individualidad.

No encuentro nada que desaprobar en la libertad, pero te deseo más que libertad; no deberías estar sencillamente *quito* de lo que no quieres, deberías también tener lo que quieres; no te basta ser «libre», debes ser más, debes ser «propietario». ¿Quieres ser libre?—¿Y de qué? ¿De qué no se puede uno libertar? Se puede sacudir el yugo de la servidumbre, del poder soberano, de la aristocracia y de los príncipes; se puede sacudir la dominación de los apetitos y de las pasiones y hasta el imperio de la voluntad propia y personal; la abnegación total, la completa renuncia no son más que libertad, libertad para consigo mismo, su arbitrio y sus determina-

Digitized by Google

ciones. Son nuestros esfuerzos hacia la libertad como hacia algo absoluto, de un precio infinito, los que nos despojaron de la individualidad creando la abnegación.

Cuanto más libre soy, más se eleva la contrición como una torre ante mis ojos, y más impotente me siento. El salvaje, en su sencillez, no conoce aún nada de las barreras que encierran al civilizado; le parece que es más libre que este último. Cuanta más libertad adquiero, más me creo nuevos límites y nuevos deberes. ¿He inventado los ferrocarriles?, inmediatamente me siento débil, porque no puedo aún hendir los aires como el pájaro; ¿he resuelto un problema cuya obscuridad angustiaba mi espíritu?; ya surgen otras mil cuestiones, mil enigmas nuevos embarazan mis pasos, desconciertan mis miradas y me hacen más dolorosamente sentir los límites de mi libertad. «Así, habiendo sido libertados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia.»

Los republicanos, en su amplia libertad, ¿no son esesclavos de la ley? ¡Con qué avidez los corazones verdaderamente cristianos desearon en todo tiempo «ser libres», y cuánto tardaba para ellos verse librados de los «lazos de esta vida terrestre»! Ellos buscaban con los ojos la tierra prometida de la libertad. «La Jerusalén de allá arriba es libre y ella es nuestra madre de todos» (Gálatas, IV, 26).

Estar libre de alguna cosa significa simplemente estar quito ó exento de ella. «Está libre de todo mal de cabeza», es igual á «está exento, no tiene mal en la cabeza»; «está libre de preocupaciones», igual á «no las tiene» ó «se ha desembarazado de ellas». La libertad que entrevió y saludó el cristianismo, la completamos por la negación que expresa el «sin», el «in» negativo; sin pecado, inocente; sin Dios, impío; sin costumbres, inmoral.

La libertad es la doctrina del cristianismo: «Sois,

Digitized by Google

queridos hermanos, llamados á la libertad»; «arreglad, pues, vuestras palabras y vuestras acciones como debiendo ser juzgados por la ley de la libertad».

¿Debemos rechazar la libertad porque se revela como un ideal cristiano? No; se trata de no perder nada, no más la libertad que otra cosa; sólo que debe hacérsenos propio, lo que le es imposible bajo su forma de libertad.

¡Qué diferencia entre la libertad y la individualidad! Se puede estar sin muchas cosas, pero no se puede estar sin nada; se puede estar libre de muchas cosas, pero no estar libre de todo. El esclavo mismo puede ser interiormente libre, pero sólo en cuanto á ciertas cosas, y no á todas; como esclavo, no es libre frente al látigo, los caprichos imperiosos del amo, etc. «¡La libertad no existe más que en el reino de los sueños!» La individualidad, es decir, mi propiedad es, en cambio, toda mi existencia y mi realidad es yo mismo. Yo soy libre frente á lo que no tengo; soy propietario de lo que está en mi poder ó de aquello de que soy capaz. Yo soy en todo tiempo y en todas circunstancias mío, desde el momento en que entiendo ser mío y no me prostituyo á otro. El estado de libertad no puedo verdaderamente quererlo, pues que no puedo realizarlo, crearlo; todo lo que puedo hacer es desearlo y soñar en él, porque queda siendo un ideal, un fantasma. Las cadenas de la realidad infligen á cada instante á mi carne las más crueles magulladuras, pero yo permanezco mi bien propio. Entregado en servidumbre á un dueño, no pongo mis miras más que en mí y mis ventajas; sus golpes, en verdad, me alcanzan, no estoy libre de ellos, pero no los soporto más que en mi propio interés, ya quiera engañarlo por una fingida sumisión, ya tema atraerme algo peor por mi resistencia. Pero como no tengo la mira más que en mí y en mi in

Digitized by Google

terés personal, cogeré la primera ocasión que se presente y aplastaré á mi dueño. Y estoy entonces libre de él y de su látigo; ello no será más que la consecuencia de mi egoismo anterior.

Se me dirá quizá que, aun esclavo, yo era «libre», que yo poseía la libertad «en sí», la libertad «interior». Por desgracia, ser «libre en sí» no es ser «realmente libre», é «interior» no es «exterior». Lo que yo era, en desquite, es mío, mío propio, y lo era totalmente, exterior como interiormente. Bajo la dominación de un amo cruel, mi cuerpo no es «libre» frente á la tortura y los latigazos; pero son mis huesos los que gimen en el tormento, son mis fibras las que se estremecen bajo los golpes, y yo gimo porque mi cuerpo gime. Si suspiro y si tiemblo, es porque soy todavía mío, porque soy siempre mi bien. Mi pierna no es libre bajo el palo del amo, pero sigue siendo mi pierna y no puede serme arrancada. ¡Que la corte, y diga si tiene aún mi pierna! No tendrá ya en la mano más que el cadáver de mi pierna, y ese cadáver no es mi pierna más que un perro muerto es un perro: un perro tiene un corazón que late, y lo que se llama un perro muerto no lo tiene ya y no es ya un perro.

Decir que un esclavo puede ser, á pesar de todo, interiormente libre, es, en realidad, emitir la más vulgar y la más trivial de las banalidades. ¿A quién podría, en efecto, ocurrírsele sostener que un hombre puede no tener ninguna libertad? Sea yo el más rastrero de los lacayos, ¿no estaré, sin embargo, libre de una infinidad de cosas? ¿De la fe en Zeus, por ejemplo, ó de la sed de renombre, etc.? ¿Y por qué, pues, un esclavo azotado no podría estar él también «interiormente libre» de todo pensamiento poco cristiano, de todo odio para sus enemigos, etc.? Es, en ese caso, «cristianamente libre», puro de todo lo que no es cristiano; ¿pero es absolutamente

Digitized by Google

libre, está libertado de todo, de la ilusión cristiana, del dolor corporal, etc.?

Puede parecer, á primera vista, que todo esto ataca al nombre más que á la cosa. ¿Pero es el nombre una cosa tan indiferente, y no es siempre por una palabra, un equívoco por lo que los hombres han sido inspirados y... engañados? Existe, por otra parte, entre la libertad y la propiedad ó la individualidad una sima más profunda que una simple diferencia de palabras.

Todo el mundo tiende hacia la libertad, todos llaman su reinado á voz en grito. ¿Quién no ha sido mecido por ti, oh sueño encantador de un «reinado de la libertad», de una radiante «humanidad libre?» ¿Así, pues, los hombres serán libres, completamente libres, exentos de toda constricción? ¿Verdaderamente de toda constricción? ¿No podrán ya constreñirse ellos mismos?—¡Ah, sí, perfectamente; pero eso es una constricción! De lo que serán librados es de la fe religiosa, de los rigurosos deberes de la moralidad, de la severidad de la ley, de... ¡Eso es un tremendo absurdo! ¿Pero de qué, pues, debéis y de qué no debéis ser libres?

El hermoso ensueño vuela; despierto, se frota uno los ojos y mira fijamente al prosaico preguntón. «¿De qué deben los hombres ser libres?»—¡De la credulidad ciega!, dice uno...—¡Eh, exclama otro, toda fe es ciega! De la fe deben ser librados.—No, no, por el amor de Dios, replica el primero; no rechacéis lejos de vosotros toda creencia, pero poned un término al poder de la brutalidad.—Un tercero toma la palabra: Debemos, dice, fundar la República y libertarnos de todos los señores.—No estaremos más adelantados, responde un cuarto; no llegaremos más que á darnos un nuevo señor, una «mayoría reinante»; desembaracémonos antes de esta intolerable desigualdad...—¡Oh desgraciada igualdad, de nuevo

Digitized by Google

oigo tus groseros clamores! ¡Qué bello ensueño tenía yo hace poco de una libertad paradisíaca, y qué impudencia, qué licencia desenfrenada turban ahora mi Edén con sus salvajes aullidos! Así exclama el primero de nuestros interlocutores; se levanta y blande su sable contra esa «libertad sin medida». Bien pronto no oiremos más que el chocar de las espadas rivales de todos esos amantes de la libertad.

Las luchas por la libertad no han tenido en todo tiempo por objetivo más que la conquista de una libertad determinada, como por ejemplo, la libertad religiosa: el hombre religioso quería ser libre é independiente. ¿De qué? ¿De la fe? En modo alguno, sino de los inquisidores de la fe. Lo mismo ocurre hoy con la libertad «política ó civil». El ciudadano quiere ser libertado, no de su cualidad de ciudadano, sino de la opresión de los arrendadores y tratantes, de la arbitrariedad real, etc. El conde de Provenza emigró de Francia precisamente en el momento en que esa misma Francia intentaba inaugurar el reinado de la libertad, y he aquí sus palabras: «Mi cautiverio se me había hecho insoportable; no tenía más que una pasión: conquistar la libertad; no pensaba más que en ella.»

La aspiración hacia una libertad determinada implica siempre la perspectiva de una nueva dominación; la Revolución podía, sí, «inspirar á sus defensores el sublime orgullo de combatir por la libertad»; pero no tenía, sin embargo, en sus miras más que cierta libertad; así resultó una dominación nueva: la de la ley.

¡Libertad queréis todos; quered, pues, la libertad! ¿Por qué regatear por un poco más ó menos? La libertad no puede ser más que la libertad toda entera; un pico de libertad no es la libertad. ¿No esperais que sea posible alcanzar la libertad total, la libertad frente á todo?

Digitized by Google

¿Pensais que es locura desearla solamente? Cesad, pues, de perseguir un fantasma y volved vuestros esfuerzos hacia un fin mejor que lo inaccesible.

«¡No; nada vale lo que la libertad!»

¿Qué tendréis, pues, cuando tengais la libertad? (bien entendido que hablo aquí de la libertad completa y no de vuestras migajas de libertad). Estaréis desembarazados de todo, absolutamente de todo lo que os molesta, y nada en la vida podrá ya molestaros é importunaros. ¿Y por el amor de quién queréis ser librados de esas molestias? Por el amor de vosotros mismos, porque contrarrestan vuestros deseos. Pero suponed que alguna cosa no os sea penosa, sino, por el contrario, agradable; por ejemplo, la mirada, muy dulce sin duda, pero irresistiblemente imperiosa, de vuestra amada; ¿queréis también ser desembarazados de ella? No; y renunciaréis sin pena á vuestra libertad. ¿Por qué? De nuevo por el amor de vosotros mismos. Así, pues, hacéis de vosotros la medida y el juez de todo. Dejais con gusto á un lado vuestra libertad, cuando la no libertad, la dulce «esclavitud de amor» tiene para vosotros más encantos, y la tomais de nuevo ocasionalmente cuando vuelve á empezar á agradaros, suponiendo, lo que no hay que examinar aquí, que otros motivos (por ejemplo, religiosos) no os aparten de ella.

¿Por qué, pues, no tener un arranque de valor y no hacer de vosotros resueltamente el centro y el principio? ¿Por qué embobarse con la libertad, vuestro ensueño? ¿Sois vosotros vuestro ensueño? No toméis consejo de vuestros sueños, de vuestras imaginaciones, de vuestros pensamientos, porque todo eso no es más que «vana teorías». Interrogaos y haced caso de vosotros, eso es práctico, y no os desagrada ser prácticos.

Pero uno se pregunta lo que dirá su Dios (natural-

Digitized by Google

mente su Dios es lo que él designa con ese nombre); otro se pregunta lo que dirán su sentido moral, su conciencia, su sentimiento del deber; un tercero se inquieta por lo que las gentes van á pensar, y cuando cada cual ha interrogado á su oráculo («las gentes» son un oráculo tan seguro y más comprensible que el de arriba: *vox populi, vox Dei*), cada cual obedece á la voluntad de su señor, y no escucha ya poco ni mucho lo que él mismo hubiera podido decir y decidir.

¡Dirigíos, pues, á vosotros mismos, antes que á vuestros dioses ó vuestros ídolos: descubrid en vosotros lo que está oculto, traedlo á la luz y revelaos!

Como cada cual no obra más que conforme á sí mismo, y no se inquieta por nada más, los cristianos se han imaginado que no podían suceder de otro modo á Dios. Él obra como le place. Y el hombre, insensato, que podría hacer lo mismo, ha de guardarse bien de ello y debe obrar «como place á Dios».—¿Decís que Dios se conduce según leyes eternas? Podéis tan exactamente decirlo de mí: yo tampoco puedo salir de mi piel, pero es en toda mi naturaleza, es decir, en mí, donde está escrita mi ley.

Pero basta haceros llamamiento á vosotros mismos para sumergiros á todos en la desesperación. «¿Qué soy?» se pregunta cada uno de vosotros. ¡Un abismo en que hierven, sin regla y sin ley, los instintos, los apetitos, los deseos, las pasiones; un caos sin claridad y sin estrella! Si no tengo consideraciones ni para los mandamientos de Dios, ni para los deberes que me prescribe la moral, ni para la voz de la razón que, en el curso de la historia ha erigido en ley después de duras experiencias, lo mejor y lo más sabio; si no escucho más que á mí sólo, ¿cómo me atrevería á contar con una respuesta juiciosa? ¡Mis pasiones me aconsejarán precisamente las mayores locuras! — Así, cada uno de vosotros se toma

Digitized by Google

por el diablo; y, sin embargo, si se tuviese simplemente por una bestia (por lo mismo que la religión, etc., no le apartan de ello), observaría muy fácilmente que la bestia, no obstante que no tiene otro consejero que su instinto, no corre derecha al absurdo, y marcha muy sosegadamente.

Pero la costumbre de pensar religiosamente nos ha falseado tanto el espíritu, que nuestra desnudez, nuestro natural nos espantan; nos ha degradado de tal modo, que nos imaginamos nacer diablos, manchados por el pecado original. Naturalmente, vais en seguida á pensar que vuestro deber exige que practiquéis el «bien», la moral, la justicia. ¿Y cómo, si fuese á vosotros solos á quienes preguntaseis lo que teníais que hacer, podría resonar en vosotros la buena voz, la voz que indica el camino del bien, de lo justo, de lo verdadero, etc.? ¿Cómo hablan Dios y Belial?

¿Qué pensaríais si alguien os respondiese que Dios, la conciencia, el deber, la ley, etc., son mentiras de que se os ha henchido la cabeza y el corazón hasta embrutecer-os? ¿Y si alguien os preguntara de dónde sabéis de ciencia tan cierta, que la voz de la naturaleza es una tentadora? ¿Y si os instigase á trastrocar los papeles y á tener francamente la voz de Dios y de la conciencia por la obra del diablo? Hay hombres asaz malvados para eso; ¿cómo hacerlos callar? No podríais apelar contra ellos á vuestros sacerdotes, á vuestros abuelos y á vuestras gentes honradas, porque ellos los miran justamente como vuestros seductores: son ellos, dicen, los que verdaderamente han manchado y corrompido á la juventud, sembrando á manos llenas la cizaña del desprecio de sí y del respeto á los dioses; son ellos los que han encenagado los corazones jóvenes y embrutecido los jóvenes cerebros.

Digitized by Google

Pero van más lejos y os preguntan: ¿por el amor de quién es preocupais, de Dios y de los demás mandamientos? Bien sabéis que no obrais por pura complacencia para con Dios; ¿por el amor de quién os tomais, pues, tantos cuidados? De nuevo — por el amor de vosotros. Aquí todavía vosotros sois lo principal, y cada cual debe decirse: yo soy para mí todo, y todo lo que yo hago, lo hago á causa de mí. Si os ocurriese, aunque sólo fuera una vez, ver claramente que el Dios, la ley, etc., no hacen más que perjudicaros, que os empequeñecen y os corrompen, de cierto los rechazaríais lejos de vosotros, como los cristianos derribaron en otro tiempo las imágenes de Apolo y de Minerva y de la moral pagana. Es verdad que erigieron en su lugar al Cristo, y más tarde á María, así como una moral cristiana, pero no lo hicieron sino con la mira de la salvación de su alma, es decir, una vez más, por egoismo ó individualismo.

Y fue este mismo egoismo, este mismo individualismo el que los desembarazó y los libertó del antiguo mundo de los dioses. La individualidad fue la fuente de una libertad nueva, porque la individualidad es la universal creadora; y desde largo tiempo ya, se mira una de sus formas, el genio (que siempre es singularidad ú originalidad) como el creador de todas las obras señaladas en la historia del mundo.

¡Si la libertad es el objeto de vuestros esfuerzos, sabed querer sin deteneros á mitad de camino! ¿Quién, pues, puede ser libre? ¡Tú, yo, nosotros! ¿Y libres de qué? ¡De todo lo que no es tú, yo, nosotros! Yo soy el núcleo; yo soy la almendra que debe ser librada de todas sus cubiertas, de la cáscara en que está estrecha. ¿Y qué quedará cuando yo sea librado de todo lo que no es yo? ¡Yo, siempre y nada más que Yo! Pero no tiene la libertad ya nada que ver con ese Yo; ¿qué vendré yo á ser una vez

Digitized by Google

libre? Sobre este punto, la libertad permanece muda; ella es como nuestras leyes penales, que á la expiación de su pena abren al prisionero la puerta de la prisión, y le dicen: «¡Márchate!»

Siendo esto así, ¿por qué, ya que si busco la libertad sólo es en mi interés, por qué, digo, no mirarme como el principio, el medio y el fin? ¿No valgo yo más que la libertad? ¿No soy yo quien me hago libre, y no soy, pues, lo primero? Aun esclavo, aun cubierto de mis cadenas, yo existo; yo no soy, como la libertad, alguna cosa por venir que se espera, soy actual.

Pensad maduramente en ello, y decidid si inscribiréis en vuestra bandera la «libertad», ese ensueño, ó el «egoísmo», el «individualismo», esa resolución. La libertad activa vuestras cóleras contra todo lo que no es vosotros; el egoísmo os llama al goce de vosotros mismos, á la alegría de sér; la libertad es, y queda siendo, una aspiración, una elegía romántica, una esperanza cristiana de porvenir y de más allá; la individualidad es una realidad que por sí misma suprime toda traba á la libertad, por lo mismo que os molesta y os cierra el camino. No tenéis que ser librado de lo que no os hace ningún mal, y si alguna cosa comienza á molestaros, sabed que «es á vosotros á quienes debéis escuchar, antes que á los hombres.»

La libertad os dice: haceos libres, aligeraos de todo lo que os pese; no os enseña lo que sois vosotros mismos. ¡Libre, libre! es su grito de convocación, y, oprimiéndoos ávidamente sobre sus pasos, os hacéis libres de vosotros mismos, «hacéis abnegación de vosotros mismos». La individualidad os llama á vosotros, os grita: «¡Vuelve en ti!» Bajo la égida de la libertad estais quitos de muchas cosas, pero ved que algo os oprime de nuevo: «Libertaos del mal, el mal ha quedado». Como

Digitized by Google

individuos, estais realmente libres de todo; lo que os queda inherente, lo habéis aceptado por vuestra plena elección y con vuestro pleno agrado. El «individual» es radicalmente libre, libre de nacimiento; el libre sólo está con mal de libertad, es un soñador y un entusiasta.

El primero es original, esencialmente libre, porque no reconoce más que á él; no tiene que empezar por libertarse, porque *à priori* rechaza todo fuera de él, porque no aprecia más que á él, no pone nada por cima de él; en suma, porque parte de sí mismo y llega á sí mismo. Desde la infancia, contenido por el respeto, lucha ya por libertarse de esta constricción. La individualidad se pone en acción en el pequeño egoísta, y le procura lo que desea: la libertad.

Siglos de cultura han obscurecido á vuestros ojos vuestra verdadera significación, y os han hecho creer que no sois egoístas, que vuestra vocación es ser idealistas, «buenas gentes». ¡Sacudid todo eso! No busquéis en la abnegación una libertad que os despoja de vosotros mismos, sino buscaos vosotros mismos, haceos egoístas y que cada uno de vosotros se convierta en un «Yo todopoderoso». Más claramente: haced de nuevo conocimiento con vosotros mismos, aprended á conocer lo que sois realmente y abandonad vuestros esfuerzos hipócritas, vuestra manía insensata de ser otra cosa que lo que sois. Llamo á vuestros esfuerzos hipocresía, porque, durante siglos habéis quedado siendo egoístas dormidos, que se engañan ellos mismos, y cuya demencia los hace *heautontimorumenos* y sus propios verdugos. Jamás, todavía, ha podido pasarse una religión sin promesas pagaderas en este mundo ó en el otro (vivir largamente, etcétera), porque el hombre exige un salario y no hace nada *pro Deo*.—¡Mas, sin embargo, «se hace el bien por el amor del bien» sin tener la mira de ninguna recom-

Digitized by Google

pensa!—¡Como si la recompensa no estuviese contenida en la satisfacción misma que procura una buena acción! La religión misma está fundada sobre nuestro egoísmo y lo explota; basada sobre nuestros apetitos, ahoga los unos para satisfacer los otros. Ella nos da el espectáculo del egoísta engañado, del egoísta que no se satisface, pero que satisface uno de sus apetitos, por ejemplo: la sed de felicidad. La religión me promete el «bien supremo»; para ganarlo, ceso de prestar oídos á mis otros deseos y no los sacio. Todos vuestros actos, todos vuestros esfuerzos, son egoísmo no confesado, secreto, oculto, disimulado. Pero como ese egoísmo, en que no queréis convenir y que callais á vosotros mismos, no se ostenta ni se pregona, y permanece inconsciente, no es egoísmo, sino servidumbre, adhesión, abnegación. Sois egoístas y no lo sois, porque renegais del egoísmo. ¡Y precisamente vosotros habéis entregado esa palabra «egoísta» á la execración y al desprecio; vosotros, á quienes ella se aplica tan bien!

Yo aseguro mi libertad contra el mundo, en razón de que me apropio el mundo, cualquiera que sea, por otra parte, el medio que emplee para conquistarlo y hacerlo mío: persuasión, ruego, orden categórica ó aun hipocresía, engaño, etc. Los medios á que me dirijo no dependen más que de lo que yo soy. Si soy débil, no dispondré más que de medios débiles, tales como los que he citado y que bastan, sin embargo, para hacerse superior á cierta parte del mundo. Así, el dolo, la duplicidad y la mentira, parecen más negros que son. ¿Quién rehusaría engañar á la policía y sortear la ley; quién no tomaría bien deprisa un aire de cándida lealtad, cuando encuentra á los guardias, para ocultar alguna ilegalidad que acaba de cometer, etc.? El que no lo hace y se deja violentar es un cobarde, por escrúpulos. Yo siento ya que

Digitized by Google

mi libertad está rebajada cuando no puedo imponer mi voluntad á otro (ya ese otro esté sin voluntad, como una roca, ó ya quiera, como un Gobierno, un individuo, etcétera); pero es renegar de mi individualidad abandonarme yo mismo á otro, ceder, doblegarme, renunciar por sumisión y resignación. Abandonar una manera de obrar que no conduce al objeto, ó dejar un mal camino, es otra cosa muy distinta que someterme. Yo rodeo una roca que cierra mi camino hasta que tenga pólvora bastante para hacerla saltar; yo sorteo las leyes de mi país, en tanto que no tengo fuerza para destruirlas. ¿Si no puedo coger la luna, debe por eso serme «sagrada», ser para mí una Astarté? ¡Si yo pudiera tan sólo asirte, no vacilaría, ciertamente, y si hallase un medio de llegar hasta ti, no me darías miedo! ¡Eres la inaccesible; pero no quedarás siéndolo más que hasta que yo haya conquistado el poder necesario para alcanzarte, y ese día tú serás mía; yo no me inclino ante ti; aguarda que haya llegado mi hora!

Así es como siempre han obrado los hombres fuertes. Los «sometidos» habían puesto bien alto el poder de su señor y, prosternados, exigían de todos la adoración; venía uno de esos hijos de la Naturaleza que rehusaba humillarse, y arrojaba á la potencia suplicada de su inaccesible Olimpo. Él gritaba al sol: «¡detente!», y hacia girar á la tierra; los sometidos tenían que resignarse á ello; daba con su hacha en el tronco de las encinas sagradas, y los «sometidos» se asombraban de no verlo devorado por el fuego celeste; derribaba al Papa de la Sede de San Pedro, y los «sometidos» no sabían impedírselo; arrasa hoy el albergue de la gracia de Dios, los «sometidos» graznan, pero acabarán por callarse, impotentes.

Mi libertad no llega á ser completa más que cuando es mi poder; por este último tan sólo, ceso de ser sim-

Digitized by Google

plemente libre para hacerme individuo y poseedor. ¿Por qué la libertad de los pueblos es «una palabra vana?» ¡Porque no tienen poder! El soplo de un Yo vivo, basta para derribar pueblos, ya sea el soplo de un Nerón, de un emperador de la China ó de un pobre escritor. ¿Por qué las Cámaras a..... languidecen inútilmente soñando con la libertad y se hacen llamar al orden por los Ministros? Porque no son «poderosas». La fuerza es una bella cosa y útil en muchos casos, porque «se va más lejos con una mano llena de fuerza que con un saco lleno de derecho». ¿Aspirais á la libertad? ¡Locos! Tened la fuerza, y la libertad vendrá por sí sola. ¡Ved: el que tiene la fuerza, está «por cima de las leyes!» ¿Es esta observación de vuestro gusto, gentes «legales?» ¡Pero si vosotros no tenéis gusto!

Por todas partes resuenan llamamientos á la «libertad». ¿Pero se siente y se sabe lo que significa una libertad dada, otorgada? No se reconoce que toda libertad es, en la plena acepción de la palabra, esencialmente una auto-liberación, es decir, que yo tan sólo puedo tener tanta libertad como me cree mi individualidad. ¡Bien avanzados estarán los carneros con que nadie les escatime su libre hablar! ¡Continuarán balando! Dad al que, en el fondo del corazón es mahometano, judío ó cristiano, el permiso de decir lo que se le pase por la mente: balará como antes. Pero si algunos os arrebatan la libertad de hablar y de escuchar, es porque ven muy claramente su ventaja actual, porque podríais tal vez ser tentados, en verdad, á decir ú oir alguna cosa que resquebrajase el crédito de esos «algunos».

Si os dan, no obstante, la libertad, no son sino bribones que dan más que tienen. No os dan nada de lo que les pertenece, sino una mercancía robada; os dan vuestra propia libertad, la libertad que habríais podido

Digitized by Google

tomar vosotros mismos, y si os la dan, no es más que para que no la toméis y para que no pidais, además de ello, cuentas á los ladrones. Astutos como son, saben bien que una libertad que se da (ó que se otorga) no es la libertad, y que sólo la libertad que se toma, la de los egoístas, voga á toda vela. Una libertad recibida de regalo, carga sus velas desde que la tempestad se levanta ó el viento cae; tiene que ser siempre impulsada por una brisa moderada y dulce.

Esto nos muestra la diferencia entre la auto-liberación y la emancipación. Cualquiera que hoy «pertenezca á la oposición», reclama á grito herido la «emancipación». ¡Los príncipes deben proclamar á sus pueblos «mayores», es decir, emanciparlos! Si por vuestra manera de conduciros sois mayores, nada tenéis con ser emancipados; si no sois mayores, no sois dignos de la emancipación, y no es ella la que apresurará vuestra madurez. Los griegos mayores de edad arrojaron á sus tiranos, y el hijo mayor de edad se separa de su padre; si los griegos hubieran esperado á que sus tiranos les hiciesen la gracia de ponerlos fuera de tutela, habrían de aguardar largo tiempo; el padre cuyo hijo no quiere hacerse mayor, lo pone, si es sensato, en la puerta de su casa, y el imbécil no tiene más que lo que merece.

Aquel á quien se ha concedido la libertad, no es más que un esclavo liberado, un *libertinus*, un perro que arrastra un cabo de la cadena; es un siervo vestido de hombre libre, como el asno bajo la piel del león. Judíos á quienes se ha emancipado no valen más por eso, están simplemente aliviados en cuanto judíos; preciso es, sin embargo, reconocer que el que alivia su suerte, es más que un cristiano religioso, porque éste último no podría hacerlo sin inconsecuencia. Pero, emancipado ó no, un judío queda siendo un judío; el que no se liberta él

Digitized by Google

mismo, no es más que un emancipado. En vano el Estado protestante ha querido liberar (emancipar) á los católicos; como no se liberten ellos mismos, siguen siendo católicos.

Hemos tratado ya anteriormente del interés personal y del desinterés. Los amigos de la libertad echan bombas y centellas contra el interés personal, porque no han llegado en sus religiosos esfuerzos por conquistar la libertad, á libertarse de la grande, de la sublime «abnegación». Es al egoísmo al que guarda rencor el liberal, porque el egoísta no se apega jamás á una cosa por el amor de una cosa, sino por el amor de sí mismo: la cosa debe servirle. Es egoista no conceder á la cosa ningún valor propio ó «absoluto», y hacerse á sí mismo la medida de ese valor. Se oye con frecuencia citar como un caso innoble de egoísmo práctico, el caso de los que hacen de sus estudios un modo de ganar el pan (*Brod Studium*); eso es, se dice, una vergonzosa profanación de la ciencia. Pero yo me pregunto: ¿para qué otra cosa puede servir la ciencia? Francamente, el que no sabe emplearla en nada mejor que en ganarse la vida, no descubre más que un egoismo bastante débil, porque su potencia de egoismo es de las más limitadas; pero se necesita ser un poseído para censurar en eso el egoísmo y la prostitución de la ciencia.

El Cristianismo, incapaz de apreciar al único en el individuo, en quien no ve más que la dependencia y la relatividad, no fue, propiamente hablando, más que una teoría social, una doctrina de la vida en común, tanto del hombre con Dios como del hombre con el hombre; así es que llegó á despreciar profundamente todo lo que es «propio», particular del individuo. Nada menos cristiano que las ideas expresadas por las palabras alemanas *Eigennutz* (interés egoista), *Eigensinn* y *Eigenwille* (capricho, obstinación, testarudez, etc.), *Eigenheit* (indivi-

Digitized by Google

dualidad, particularidad), *Eigenliebe* (amor propio), etc., que encierran todas la idea de *eigen* (propio, particular).

La óptica cristiana ha deformado poco á poco el sentido de una multitud de palabras que, primitivamente honrosas, se han convertido en términos de censura; ¿por qué no se las rehabilitaría? Así, la palabra *schimpf*, que significaba en tiempos pasados «burla», significa hoy «ultraje, afrenta», porque el celo cristiano no entiende de bromas, y todo pasatiempo es á sus ojos una pérdida de tiempo; *frech*, «insolente, audaz», quería simplemente decir «atrevido, animoso»; *Frevel*, el delito, no era más que la «audacia». Sabido es durante cuánto tiempo la palabra «razón» ha sido mirada de reojo.

Nuestra lengua ha sido así modelada poco á poco sobre el punto de vista cristiano, y la conciencia universal es aún demasiado cristiana para no retroceder con espanto ante lo no cristiano, como ante algo imperfecto ó malo; es lo que hace que el interés personal, egoista, sea tan poco estimado.

«Egoísmo», en el sentido cristiano de la palabra, significa algo como interés exclusivo, por lo que es útil al hombre carnal. ¿Pero esta cualidad de hombre carnal, es, acaso, mi sola propiedad? ¿Me pertenezco cuando estoy entregado á la sensualidad? ¿Obedezco á mí mismo, á mi propia decisión, cuando obedezco á la carne, á mis sentidos? Yo no soy verdaderamente mío sino cuando estoy sometido á mi propio poder y no al de los sentidos, no más, por otra parte, que al de cualquiera que no sea yo (Dios, los hombres, la autoridad, la ley, el Estado, la Iglesia, etc.) Lo que persigue mi egoísmo es lo que me es útil á mí, el autónomo y el autócrata.

Uno está obligado, por otra parte, á cada instante, á inclinarse ante ese interés personal tan desacreditado, como ante el motor universal y todopoderoso. En la se-

Digitized by Google

sión del 10 de Febrero de 1844, Welcker invoca en apoyo de una moción la falta de independencia de los jueces, y pronuncia todo un discurso para demostrar que magistrados separables, destituibles, trasladables y pensionables, ó en otros términos, expuestos á verse despedidos y dejados á pie en vía administrativa, pierden toda autoridad y todo crédito; el pueblo mismo les rehusa su respeto y su confianza. «¡Toda la magistratura—exclama Welcker—está desmoralizada por esta dependencia!» Para quien sabe leer entre líneas, eso quiere decir que los administradores de la justicia hallan que les tiene mejor cuenta pronunciar un fallo conforme á las intenciones ministeriales, que atenerse al sentido de la ley. ¿Cómo remediarlo? ¿Se podrá, tal vez, hacer sentir á los jueces todo lo que su venalidad tiene de ignominioso, con la esperanza de verlos volver en sí, y poner en adelante la justicia por cima de su egoísmo? ¡Ay, no! El pueblo no se eleva á tan novelesca confianza; siente demasiado bien que el egoísmo es el más poderoso de todos los motivos. Dejemos, pues, sus funciones de jueces á los que las han ejercido hasta el presente, por convencidos que estemos de que no han cesado y no cesarán jamás de obrar como egoístas. Sólo hagamos de suerte que no vean por más tiempo su egoísmo alentado por la venalidad del derecho; que sean, al contrario, bastante independientes del Gobierno, para no tener á cada instante que optar entre la justicia y sus intereses; que su «interés bien entendido» no sea comprometido jamás por la legalidad de los juicios que emitan, y que se les haga fácil recibir un buen sueldo sin enajenarse la consideración pública.

Así, pues, Welcker y los Badenses no tienen completa tranquilidad, más que cuando han hecho entrar al egoísmo en su juego. ¿Qué pensar desde ahora de esas

Digitized by Google

bellas frases sobre el desinterés, de que se llenan sin cesar la boca?

Mis relaciones con una causa que defiendo por egoísmo no son las mismas que mis relaciones con la causa que sirvo por desinterés. He aquí la piedra de toque que permite distinguirlas: para con esta última, yo puedo ser culpable, puedo cometer un pecado, en tanto que sólo puedo perder la primera, alejarla de mí, es decir, cometer respecto á ella una torpeza. La libertad del comercio participa de esta doble manera de ver; pasa, en parte, por una libertad que puede ser concedida ó retirada, según las circunstancias; en parte, por una libertad que debe ser sagrada en toda circunstancia.

Si una cosa no me interesa ella misma y por ella misma, si no la deseo por amor de ella, la desearé simplemente á causa de su oportunidad, de su utilidad, y en vista de otro objeto; así, por ejemplo, las ostras, que deseo por su gusto agradable. Para el egoísta, toda cosa no será más que un medio, cuyo fin es, en último análisis, él mismo; ¿debe proteger lo que no le sirve para nada? El propietario, por ejemplo, ¿debe proteger al Estado?

La individualidad encierra en sí misma toda propiedad y rehabilita lo que el lenguaje cristiano había deshonrado. Pero la individualidad no tiene ninguna medida exterior, porque no es, en modo alguno, como la libertad, la moralidad, la humanidad, etc.: una idea. Suma de las propiedades del individuo, no es más que la filiación de su propietario.

Digitized by Google

II

EL PROPIETARIO.—EL INDIVIDUO

¿Y yo? ¿Llegaré al mí y al mío gracias al liberalismo?

¿A quién tiene el liberal por su semejante? ¡Al Hombre! Sé tan sólo un Hombre—y tú eres uno;—el liberal te llamará su hermano. Se inquieta poco de tus opiniones y tus necedades privadas, desde el momento en que puede no ver en ti más que «al Hombre».

Poco le importa lo que tú eres *privatim*, porque si es lógico, sus principios le prohiben rigurosamente dar á eso el menor valor; no ve en ti más que lo que tú eres *generatim;* en otros términos, ve en ti, no á ti, sino á la especie; no á Pedro ó Pablo, sino al Hombre; no lo real ó lo único, sino tu esencia ó tu concepto; no el individuo en carne y hueso, sino el espíritu.

En cuanto eres Pedro, no eres su semejante, porque él es Pablo y no Pedro; en cuanto Hombre, eres lo que él es. Si es verdaderamente un liberal y no un egoísta inconsciente, tú, Pedro, eres á sus ojos como si no existieses, lo que, entre paréntesis, le hace asaz ligero su «amor fraternal»; lo que él ama en ti no es á Pedro, de quien no sabe ni quiere saber nada, sino únicamente al Hombre.

Digitized by Google

No ver nada en ti y en mí más que al «Hombre», es llevar al extremo la manera de ver cristiana, según la cual cada uno no es para los demás más que un concepto (por ejemplo, un aspirante á la felicidad, etc.)

El Cristianismo propiamente dicho nos reune aún en un concepto menos general: así, somos «los hijos de Dios», los «que conduce el espíritu de Dios»; todos no pueden, sin embargo, alabarse de ser los hijos de Dios; pero «el mismo espíritu, que atestigua ante nuestro espíritu que somos hijos de Dios, muestra también los que son hijos del diablo». Para ser hijo de Dios, era preciso no ser hijo del diablo; la familia divina excluía á ciertos hombres. Nos basta, por el contrario, para ser hijos de los hombres, es decir, hombres, pertenecer á la especie humana, ser ejemplares de esta especie. Lo que yo soy no te interesa, si eres un buen liberal; tú ignoras y debes ignorar mis asuntos privados; basta que seamos los dos hijos de una misma madre, la especie humana: en cuanto «nacido del hombre», soy tu semejante.

¿Qué soy, pues, para ti? ¿Soy ese yo en carne y hueso que va y viene? ¡De ningún modo! Ese yo, con sus pensamientos, sus determinaciones y sus pasiones, es «algo privado» que no te concierne, «una cosa para sí». Como «cosa para ti» no existe más que mi concepto, el concepto de la especie á que pertenezco, el Hombre, que se llama tal vez Pedro, pero podría llamarse lo mismo Juan ó Miguel. Tú ves en mí, no á mí, el real, el corporal, sino al irreal, al fantasma: un Hombre.

En el curso de los siglos cristianos, toda clase de gentes han pasado sucesivamente por «nuestros semejantes», pero siempre los hemos juzgado según ese espíritu que esperábamos de ellos; nuestro semejante fue, por ejemplo, aquel cuyo espíritu manifestaba una necesidad de redención; más tarde, el que poseía el espíritu

Digitized by Google

de buena voluntad; luego, al fin, el que muestra un espíritu y un rostro humanos. Así varió el fundamento de la «igualdad».

Desde el momento en que se concibe la igualdad como igualdad del espíritu humano, se ha descubierto una igualdad que abarca verdaderamente á todos los hombres; porque, ¿quién osaría negar que nosotros, hombres, poseamos un espíritu humano, es decir, que no tengamos otro espíritu que un espíritu humano?

¿Estamos por eso más avanzados que al comienzo del Cristianismo? Nuestro espíritu debía entonces ser divino, hoy debe ser humano; pero si lo divino no bastaba á expresarnos, ¿cómo podría lo humano expresar todo lo que nosotros somos? Feuerbach, por ejemplo, cree haber descubierto la verdad cuando humaniza lo divino. Si el Dios nos ha hecho sufrir cruelmente, «el Hombre» está en situación de martirizarnos más cruelmente aún.

Digámoslo en algunas palabras: si somos hombres, esta cualidad de hombres sólo es la menor en nosotros y no tiene significación é importancia más que como una de nuestras propiedades, como contribuyendo á formar nuestra individualidad. Ciertamente yo soy, entre otras cualidades, un hombre, lo mismo que soy, por ejemplo, un ser viviente, un animal, un europeo, un berlinés, etcétera; pero la estimación del que no apreciase en mí más que el hombre ó el berlinés me sería muy indiferente. ¿Por qué? Porque apreciaría una de mis propiedades y no á Mí.

Igual sucede en cuanto al espíritu. Yo puedo contar en el número de mis atributos un espíritu cristiano, un espíritu leal, etc., y ese espíritu es mi propiedad; pero yo no soy ese espíritu: él es mío, yo no soy de él.

Volvemos á encontrar, pues, en los liberales el antiguo desprecio de los cristianos por el Yo, por el Pedro ó

Digitized by Google

el Pablo en carne y hueso. En lugar de tomarme por lo que soy, no se considera más que mi propiedad, mis atributos, y si se concluye conmigo una alianza honrosa, sólo es por el amor de mi bolsillo; se casan con lo que tengo y no con lo que soy. El cristiano se adhiere á mi espíritu y el liberal á mi humanidad.

Pero si el espíritu, ese espíritu que no se mira como la propiedad del Yo real y corporal, sino como el Yo mismo, es un fantasma, el Hombre en quien se quiere reconocer, no uno de mis atributos, sino el Yo propiamente dicho, no es, tampoco él, más que un fantasma, un pensamiento, un concepto.

Por eso el liberal gira eternamente, sin poder salir, en el mismo círculo en que está encerrado el cristiano. Como el espíritu de la humanidad, es decir, el Hombre, habita en tí, eres un hombre, lo mismo que eres un cristiano, si el espíritu de Cristo habita en tí. Pero, puesto que el Hombre que está en tí no es más que un segundo Yo, aunque tu verdadero y tu «mejor» Yo queda más allá de tí y debes esforzarte en llegar á ser plenamente Hombre. ¡Esfuerzo tan estéril como el del cristiano para llegar á ser plenamente espíritu bienaventurado!

Hoy, que el liberalismo ha proclamado al Hombre, se puede decir que el cristianismo ha sido así llevado á sus últimas consecuencias, y que desde el origen el cristianismo no se ha propuesto otra tarea que la de realizar al Hombre, al «verdadero Hombre». Se comprende, pues, que es un error creer que el cristianismo concede al Yo un valor infinito, como lo harían pensar, por ejemplo, la doctrina de la inmortalidad, el cuidado de la salvación, etc. No: ese valor no lo atribuye más que al Hombre. Sólo el Hombre es inmortal y sólo en cuanto Hombre yo lo soy también. El cristianismo enseñó bien que ninguno perece por entero, y también el liberalismo

Digitized by Google

declara que todos los hombres son iguales; pero eternidad por una parte, igualdad por otra, no conciernen más que al Hombre que está en mí y no á mí. Sólo en cuanto soy el sostén, el hospedador del Hombre, yo no muero; así, según es sabido, «el Rey no muere». Luis muere, pero el Rey le sobrevive; y yo muero, pero mi espíritu, el Hombre, sobrevive. Se ha encontrado una fórmula para identificar completamente el Yo y el Hombre, y se emite este voto: «haceos conformes á la verdadera esencia de la especie».

La religión de la Humanidad no es más que la última metamorfosis de la religión cristiana. El liberalismo, en efecto, es una religión, puesto que me separa de mi esencia y la coloca por cima de mí, puesto que eleva al Hombre á la altura en que cualquier otra religión hace cernerse á su dios ó su ídolo; hace un más allá de lo que es mío y no debía ser otra cosa; hace de mis atributos, de mi propiedad, algo extraño á mí, es decir, un «Ser», una entidad; en suma, el liberalismo es una religión, porque me humilla á los pies del Hombre y me crea así una «vocación». Por las formas mismas que reviste, el liberalismo revela aún su naturaleza de religión: él reclama una devoción ferviente al Ser Supremo, al Hombre; «una fe que obra y da pruebas de su celo, un fervor que no se entibia». Pero como el liberalismo es una religión humana, sus adeptos hacen profesión de ser tolerantes para con los adeptos de las demás religiones (judía, cristiana, etc.); de esa misma tolerancia daba pruebas Federico el Grande para con todo el que cumplía sus deberes de súbdito, fuera cualquiera, por otra parte, el modo con que tuviese á bien hacer su salvación. Esta religión debe elevarse á una universalidad bastante alta para separarse de todas las demás como de puras «inimiedades privadas», respecto de las cuales uno se conduce

Digitized by Google

muy liberalmente en consideración á su misma insignificancia.

Se puede llamarla la religión de Estado, la religión del «Estado libre», no en el sentido antiguo de religión preconizada y privilegiada por el Estado, sino porque es la religón que «el Estado libre» está no solamente autorizado, sino obligado á exigir de cada uno de los suyos, ya sea, por otra parte, *privatim*, judío, cristiano, ó todo lo que le agrade. Ella juega en el Estado el mismo papel que la piedad en la familia. Para que la familia sea aceptada y mantenida tal como es por cada uno de los que forman parte de ella, preciso es que cada cual tenga el lazo de la sangre por sagrado y que experimente para ese lazo de la piedad un respeto que santifica á cada uno de sus parientes.

¿Cuál es la idea más elevada que el Estado puede proponerse realizar? Es ciertamente la de ser una verdadera sociedad humana, una sociedad en que puede ser admitido como miembro cualquiera que sea verdaderamente Hombre, es decir, que no sea no-hombre. Por amplia que sea la tolerancia de un Estado, se detiene ante el no-hombre y ante lo inhumano. Y, sin embargo, ese «no-hombre» es hombre, ese inhumano es él mismo algo humano, algo posible únicamente á un hombre y no á un animal, ese inhumano es un «posible humano». Pero aunque todo no-hombre sea un hombre, el Estado lo excluye de su seno ó lo aprisiona y hace de un huésped del Estado el huésped de una prisión (de una casa de locos ó de una casa de salud, según el comunismo).

Es fácil definir en términos secamente técnicos lo que se entiende por un no-hombre: es un hombre que no corresponde al concepto Hombre, como lo inhumano es algo humano que no coincide con el conjunto de atributos que forman la noción de humano. Eso es lo que la ló-

Digitized by Google

gica llama una «tautología». ¿Se puede, en efecto, emitir el juicio de que un hombre puede no ser un hombre, á menos que se admita la hipótesis de que el concepto hombre puede ser separado del hombre existente, la esencia del fenómeno? Se dice: parece un hombre, pero no lo es.

¡Hace muchos siglos que los hombres se contentan con esta «petición de principio!» Y, lo que es más, es que durante todo ese tiempo no han existido más que no hombres. ¿Qué individuo ha coincidido jamás con su esquema? El Cristianismo no conoce más que un solo y único Hombre—el Cristo—y aun éste no es, bajo el punto de vista opuesto, más que un no-hombre: es un hombre sobrehumano, un «Dios». El hombre real no es más que el no-hombre.

¿Esos hombres que no son Hombres, qué podrían ser más que fantasmas? Cada hombre real que no corresponde al concepto «hombre» ó que no está «conforme con el genio de la especie», es un espectro. Pero si yo hago mío, si yo reduzco á no sér más que uno de mis atributos, una de mis propiedades, ese hombre, que era hasta aquí exclusivamente mi ideal, mi deber, mi esencia ó mi concepto, y que se cernía como tal por cima de mí y más allá de mí; si yo hago de suerte que el Hombre no sea más que mi humanidad, mi manera de ser, y que lo que yo hago no sea humano más que por la sola razón de que soy yo quien lo hago, y no porque ello responde á la noción de «Hombre», ¿seguiré siendo todavía un no hombre? Yo soy en realidad el Hombre y el no-hombre todo junto, porque soy á la vez hombre y más que hombre: yo soy el Yo de esa individualidad, que es mi propiedad y nada más que mi propiedad.

Se debía, finalmente, llegar á no exhortarnos ya simplemente á ser cristianos, sino á exigirnos que nos hi-

Digitized by Google

ciésemos Hombres. No habíamos, en verdad, sido nunca realmente cristianos; habíamos permanecido siempre «pobres pecadores» (el cristiano también es un ideal inaccesible); pero el absurdo de aquellos votos no era tan chocante; era más fácil hacerse ilusión, que hoy que se nos pide á nosotros, que somos hombres, que obramos como hombres y no podemos ser otra cosa ni obrar de otro modo: ser Hombres y «realmente Hombres».

Nuestros Estados modernos, colgados aún á las faldas de su madre la Iglesia, nos imponen, sí, todavía, diversas obligaciones (la de pertenecer á una confesión religiosa, por ejemplo) que no son estrictamente de su incumbencia; pero, en suma, no desconocen su significación cuando se dan por sociedades humanas de que todo hombre puede ser miembro en cuanto hombre, aun cuando goce de menos privilegios que algunos de sus coafiliados; la mayor parte de los Estados acogen á los adeptos de todas las religiones y alistan á las gentas sin distinción de raza ó de nacionalidad: judíos, turcos, moros, etc., pueden hacerse ciudadanos franceses. El Estado no pone otra condición que la de ser hombres. La Iglesia, que es una reunión de fieles, no podía admitir en su seno á cualquiera que es hombre; el Estado, que es una sociedad de hombres, lo puede. Pero el día en que al Estado se le ocurra ser rigurosamente consecuente con su principio y no tener ya en cuenta en los suyos más que su cualidad de Hombres (hasta el presente los americanos del Norte mismos admiten aún tácitamente que los que reciben entre ellos practican una religión, aunque no sea más que la religión del bien y del honor) no le quedará ya más que descender á su tumba. Los suyos, que él supone puramente Hombres, se revelarán puros egoístas, y cada uno de ellos usará de él con un objeto egoísta, con todas sus fuerzas de egoísta. Con los

Digitized by Google

egoístas, la «sociedad humana» ha finado, porque no se tratan mutuamente como Hombres, y cuando obran es egoístamente como un Yo para con un Tú ó un Vosotros radicalmente distintos y opuestos.

Decir que el Estado debe tomar en cuenta nuestra humanidad, equivale á decir que debe contar con nuestra moralidad. Ver en otro un hombre y conducirse como un hombre respecto á él, es obrar moralmente; todo el «amor espiritual» del Cristianismo no es nada más. Si yo veo en ti al Hombre, lo mismo que veo en mí al Hombre y únicamente al Hombre, haré por ti lo que haría por mí, porque somos en ese caso lo que los matemáticos llaman dos cantidades iguales á una tercera: A = B y B = C, luego A = B, ó de otro modo: «yo = Hombre» y «tú = Hombre», luego «yo = tú»; tú y yo somos la misma cosa.

La moralidad es incompatible con el egoísmo, porque no es á mí, sino solamente al hombre que soy al que concede un valor. Si el Estado es una sociedad de hombres y no una reunión de Yo, de los que cada uno no tiene en cuenta más que á sí mismo, no puede subsistir sin la moralidad, y debe ser fundado sobre ella.

Así, el Estado y Yo somos enemigos. El bien de la «sociedad humana» no me llega al corazón, á mí, el egoísta; yo no me sacrifico por ella, no hago más que emplearla; pero, á fin de poder usar de ella plenamente, la convierto en mi propiedad, hago de ella mi criatura; es decir, la aniquilo y edifico en su lugar la asociación de los egoístas.

El Estado, por su parte, descubre su hostilidad respecto á mí exigiendo que yo sea un Hombre, lo que supone que podría no serlo y pasar á sus ojos por un «no hombre»; me hace de la humanidad un deber. Exige, además, que yo me abstenga de toda acción susceptible de comprometer su existencia; la existencia del Estado,

Digitized by Google

el estado de cosas reinante debe serme sagrado. Así, no debo ser un egoísta, sino un hombre «de buenas ideas» y «de buenas obras», ó, dicho de otro modo, moral. Ante el Estado y su estado debo ser impotente, respetuoso, etc.

Ese Estado, que por otra parte no tiene actualmente ninguna realidad, y tiene todavía que ser fundado, es el ideal del liberalismo progresista. Será una verdadera «sociedad humana», en donde encuentra puesto cualquiera que sea «Hombre». El liberalismo se propone como objeto realizar el «Hombre», es decir, crearle un mundo, un mundo que será el mundo humano, ó la sociedad humana universal (comunista). «La Iglesia, decían, no podía ocuparse más que del espíritu; el Estado debe encargarse del hombre todo entero.» ¿Pero el Hombre no es espíritu? El núcleo del Estado es «el Hombre», esa irrealidad, y el Estado mismo no es más que una sociedad de Hombres. El mundo que crea el creyente (espíritu creyente) se llama Iglesia; el mundo que crea el Hombre (espíritu humano) se llama Estado. Pero no es ese mi mundo. Lo que yo ejecuto no es nunca humano *in abstracto*, pero me es siempre propio; mi obra de hombre es diferente de todas las demás obras de hombres, y sólo gracias á esa diferencia es real y me pertenece. Lo humano en sí es una abstracción y, por consiguiente, un fantasma, un ser imaginario.

Bruno Baüer expresa en algún sitio (*Judenfrage*, página 84), la opinión de que la última verdad á que haya llegado la crítica, y la verdad que el Cristianismo mismo había buscado siempre, es «el Hombre». «¡La historia del mundo cristiano—dice—es la historia del más grande de los combates que se haya trabado nunca por la verdad; porque esa historia—y ella sola—es la historia del descubrimiento de la primera y de la última verdad, del Hombre y de la libertad!»

Digitized by Google

Sea; aceptemos el beneficio y admitamos que el Hombre es el resultado á que conduce la historia del pensamiento cristiano y, por otra parte, todo el esfuerzo de los hombres hacia la religión ó el ideal. ¿Qué es, pues, el Hombre? ¡Es Yo! Yo soy el Hombre, fin y límite del Cristianismo; y Yo soy el punto de partida y la materia de una historia nueva, de una historia del goce después de la historia del sacrificio; de una historia, no ya del Hombre y de la humanidad, sino del Yo. El Hombre pasa por lo universal; pero si hay alguna cosa realmente universal, es el Yo y su egoísmo, porque cada cual es un egoísta y hace de sí el centro de todo. El puro egoísta no es el judío, porque el judío se somete aún á Jehová; no es tampoco el cristiano, porque el cristiano no vive más que por la gracia de Dios y se prosterna á sus pies. Como judío, como cristiano, un hombre no satisface más que varios de sus deseos, tal apetito determinado, y no á él mismo; su egoísmo no es más que un semi-egoísmo, porque es el egoísmo de un semi-hombre, mitad «él» y mitad «judío», ó mitad su propietario y mitad un esclavo. Así, judío y cristiano están siempre parcialmente opuestos: la mitad del uno es la negación de una mitad del otro; como hombres se reconocen, como esclavos se rechazan, porque sirven á dos amos diferentes. Si pudieran ser completamente egoístas, se excluirían totalmente, y se atendrían más firmemente el uno al otro. Lo que les envilece no es contradecirse, es no hacerlo más que á medias.

Bruno Baüer piensa, por el contrario, que judíos y cristianos podrían mirarse como «Hombres» y tratarse mutuamente como tales, si se despojaran de esa manera particular de ser, que los separa y les hace un deber de perpetuar esa separación, para reconocer en «el Hombre» su «verdadera esencia». A creerlo, el error, tanto de

Digitized by Google

los judíos como de los cristianos, sería pretender ser y tener alguna cosa «aparte», en lugar de ser simplemente Hombres y tender hacia lo humano, es decir, hacia los «derechos universales del hombre». Su error fundamental sería creerse «elegidos», creerse en posesión de «privilegios» y, de un modo general, creer en la existencia del privilegio, Él les responde objetándoles los derechos del hombre. ¡Los derechos del hombre!

El Hombre, es el Hombre en general y cada uno es hombre. Cada uno debe, pues, poseer los derechos eternos de que se trata, y debe gozar de ellos, según el parecer de los comunistas, en la completa «democracia», ó como sería más exacto llamarla: antropocracia. Pero Yo sólo tengo todo lo que me procuro; como Hombre, no tengo nada; se quisiera ver á cada hombre gozar de todos los bienes, simplemente porque lleva el título de Hombre. Pero yo sigo mi atención sobre «Yo» y no sobre el hecho de que «soy hombre».

El hombre no es algo, sino por cuanto es mi atributo (mi propiedad); sucede con la humanidad lo que con la virilidad y la femineidad. El ideal de los antiguos era la virilidad; la virtud era para ellos *virtus* y *arete*, el valor varonil. ¿Qué pensar de una mujer que no quisiera ser más que perfectamente «mujer?» Ser mujer no es dado á todo el mundo, y yo sé de no pocas gentes que se propondrían en ello un ideal inaccesible. Pero la mujer es, en todo caso, femenina, lo es por naturaleza; la «femineidad» es uno de los elementos de su individualidad y sólo tiene que hacer «verdadero femenino». Yo soy hombre exactamente como la tierra es estrella. No es menos ridículo imponerse como una misión ser «verdaderamente hombre» que lo sería hacer á la tierra un deber de ser «verdaderamente estrella».

Cuando Fichte dice: «El Yo es todo», eso parece per-

Digitized by Google

fectamente en armonía con mi teoría. Sólo que el Yo no es todo, sino que destruye todo, y sólo el Yo que se descompone él mismo, el Yo que no es jamás, el Yo final, es realmente Yo. Fichte habla de un Yo «absoluto», en tanto que yo hablo de mí, del Yo perecedero.

¡Se está muy cerca de admitir que Hombre y Yo son sinónimos! Y vemos, sin embargo, á Feuerbach, por ejemplo, declarar que el término «Hombre» no debe aplicarse más que al Yo absoluto, á la especie, y no al Yo individual, efímero y caduco. Egoismo y humanismo deberían significar la misma cosa; sin embargo, según Feuerbach, si el individuo «puede franquear los límites de su individualidad, no puede, sin embargo, elevarse por cima de las leyes y de los caracteres esenciales de la especie á que pertenece.» Sólo que la especie no es nada, y el individuo que franquea los límites de su individualidad, por eso es justamente más él mismo, más individual. No es él, no es individuo sino por cuanto se eleva, traspasa, no permanece lo que es; si no, está acabado, muerto. El Hombre no es más que un ideal, y la especie no es más que un pensamiento. Ser un hombre, no significa representar el ideal del hombre, sino ser él, el individuo. ¿Qué tengo yo que ver con realizar lo humano en general? Mi tarea es contentarme, bastarme á mí mismo. Yo soy quien soy, mi especie; yo soy sin regla, sin ley, sin modelo, etc. Puede ser que yo no pueda hacer de mí más que muy poca cosa, pero ese poco es todo, ese poco vale más que lo que pudiera hacer de mí una fuerza extraña, la dirección de la moral, de la religión, de la ley, del Estado. etc. Mejor es—si acaso puede tratarse aquí de mejor y de peor—más vale, digo, un niño indisciplinado que un niño «modelo», más vale el hombre que se niega á todo y á todos, que el que consiente siempre; el recalcitrante, el rebelde, pueden aún modelarse á su agrado,

Digitized by Google

en tanto que el bien educado, el benévolo, echados en el molde general de la «especie», son por ella determinados: esta es para ellos una ley. Digo determinados, es decir, destinados, porque, ¿qué es la especie para ellos sino el destino, y su «destinación» ó su «vocación?»

Ya me proponga yo por ideal la humanidad, la especie, y tienda hacia ese fin, ó ya haga el mismo esfuerzo hacia Dios y el Cristo, no veo en ello ninguna diferencia esencial; mi vocación es, cuando más, en el primer caso, más indeterminada, más vaga y más flotante.

Lo mismo que el individuo es toda la Naturaleza, toda la especie.

Lo que yo soy, determina necesariamente todo lo que hago, pienso, etc., en suma, todas mis manifestaciones. El judío, por ejemplo, sólo puede querer tal cosa, sólo puede «mostrarse» tal, y no otro; el cristiano, haga lo que haga, sólo puede mostrarse y manifestarse cristiano. Si te fuera posible ser judío ó cristiano, no producirías más que algo judío ó cristiano; pero eso no es posible; toda tu conducta es la de un egoísta, de un pecador contra los conceptos judío, cristiano, etc., porque tú no eres judío. Como la punta de la oreja del egoísmo asoma siempre, se han informado en un concepto bastante vasto y comprensivo, para expresar realmente todo lo que tú eres; en un concepto que, siendo tu verdadera naturaleza, implicase todas las leyes que regulan tu actividad. Lo que se ha encontrado más perfecto en ese género, es el «Hombre». Siendo judío eres demasiado poco, y el judío no es tu deber; ser un griego, ser un alemán, no basta. Pero sé un Hombre, y lo tendrás todo; elige lo humano como tu vocación.

Sabemos desde ahora donde está el deber, y podríamos redactar el nuevo catecismo. De nuevo el sujeto es subordinado al predicado, y lo particular inmolado á lo

Digitized by Google

general; la dominación es asegurada de nuevo á una idea, y el suelo es preparado para una nueva religión. Hemos progresado en los dominios de la religión, y particularmente del Cristianismo, pero no hemos dado un paso para salir de ellos.

Franqueado ese paso nos conduciría á lo indecible, porque la lengua indigente no tiene palabra para decirme, y el «verbo», el *logos*, no es, cuando se aplica á mí, más que una «palabra vana».

Se busca mi esencia. No es el judío, el alemán, etc.; es el Hombre. «El Hombre es mi esencia.»

Yo me soy desagradable ó antipático, me repugno, me hastío y me doy horror, ó bien no soy jamás bastante, ni hago jamás bastante por mí. De tales sentimientos nace ya la autonegación, ya la autocrítica. La religiosidad comienza con la abnegación, y acaba por la crítica radical.

Yo soy poseído y quiero exorcisar al «espíritu maligno». ¿Qué hacer? Cometer audazmente el pecado más negro á los ojos de los cristianos; blasfemar del Espíritu Santo. «Si alguno blasfema contra el Espíritu Santo, no recibirá jamás el perdón y quedará cargado de una condenación eterna.» Yo no quiero el perdón y no temo el castigo.

El Hombre es el último de los malos espíritus, el último fantasma, y el más fecundo en imposturas y en engaños; es el más sutil mentiroso que se haya ocultado nunca bajo una máscara de honradez; es el padre de las mentiras.

El egoísta que se subleva contra los deberes, las aspiraciones y las ideas que están en curso, comete despiadadamente la suprema profanación: ¡nada le es sagrado!

Sería absurdo sostener que no hay potencias superiores á la mía. Pero la posición que yo tome respecto á

Digitized by Google

ellas, será en todo diferente de la que hubiera sido en las edades religiosas: yo seré el enemigo de toda potencia superior, mientras que la religión nos enseña á hacernos de ella una amiga, y á ser humildes con ella.

El sacrílego concentra sus fuerzas contra todo temor de Dios, porque el temor de Dios le quitaría todo imperio sobre aquello cuyo carácter sagrado dejara subsistir. Ya sea el Dios ó el Hombre el que ejerce en el Hombre-Dios el poder santificante, ya sea á la santidad de Dios ó á la del Hombre á la que dirijamos nuestros homenajes, eso no cambia en nada el temor de Dios: el Hombre convertido en «Sér Supremo» será objeto de la misma veneración que el Dios, Sér Supremo de la religión *sensu strictiori*: los dos exigen de nosotros temor y respeto.

El temor de Dios propiamente dicho está desde hace largo tiempo quebrantado, y la moda es un «ateísmo» más ó menos consciente que exteriormente se reconoce en un abandono general de los ejercicios del culto. Pero se ha trasladado sobre el Hombre todo lo que se ha quitado á Dios, y el poder de la humanidad se ha aumentado con todo lo que la piedad ha perdido en importancia: el Hombre es el dios de hoy, y el temor del Hombre ha tomado el lugar del antiguo temor de Dios.

Pero como el Hombre no representa más que otro Sér Supremo, el Sér Supremo no ha sufrido, en suma, más que una simple metamorfosis, y el temor del Hombre no es más que un aspecto diferente del temor de Dios.

Nuestros ateos son gentes piadosas.

Si durante los tiempos llamados feudales recibíamos todo en feudo de Dios, el período liberal nos ha puesto en el mismo estado de vasallaje respecto al Hombre. Dios era el Señor; al presente, el Hombre es el señor: Dios era el Mediador; al presente, lo es el Hombre: Dios era el Espíritu, y el Hombre hoy es el espíritu. Bajo este triple

Digitized by Google

aspecto, el vasallaje se ha transformado; en primer lugar, tenemos del Hombre todopoderoso nuestro poder, y este poder, emanado de una autoridad superior, no se llama potencia ó fuerza, sino que se llama el derecho: el «derecho del Hombre». En segundo lugar, tenemos de él nuestra situación en el mundo, porque es el mediador que ordena nuestras relaciones, y éstas no pueden, por consiguiente, ser más que «humanas». En fin, tenemos de él á nosotros mismos, es decir, nuestro valor propio ó todo aquello de que somos dignos, porque no tenemos ningún valor si él no habita en nosotros y si no somos «humanos». El poder es del Hombre, el mundo es del Hombre y yo soy del Hombre.

¿Pero en qué términos declarar que Yo soy mi justificador, mi mediador y mi propietario? Yo diré:

Mi poder es mi propiedad.

Mi poder me da la propiedad.

Yo mismo soy mi poder y soy por él mi propiedad.

1.—Mi poder.

El derecho es el espíritu de la sociedad. Si la sociedad tiene una voluntad, es precisamente esa voluntad la que constituye el derecho; la sociedad no existe más que por el derecho. Pero como sólo existe por el hecho de ejercer una soberanía sobre el individuo, se puede decir que el derecho es su voluntad soberana. «La justicia es la utilidad de la sociedad», decía Aristóteles.

Todo derecho establecido es un derecho extraño, un derecho que se «me concede», del que se me «permite disfrutar». ¿Tendría yo el derecho de mi parte porque el mundo entero me diese la razón? ¿Qué son, pues, mis derechos en el Estado ó en la sociedad sino derechos exte-

Digitized by Google

riores, derechos que tengo de otro? Que me dé un imbécil la razón, é inmediatamente mi derecho se me hará sospechoso, porque no hago caso de su aprobación. Pero aun cuando sea un sabio el que me apruebe, no por eso tendré aún razón. El hecho de tener razón ó no tenerla es absolutamente independiente de la aprobación del loco y del sabio.

Es, sin embargo, ese derecho, que no es más que la aprobación de otro, el que hasta el presente hemos trabajado por obtener. Cuando buscamos nuestro derecho, nos dirigimos á un tribunal. ¿A qué tribunal? A un tribunal real, papal, popular, etc. El tribunal del Sultán, ¿puede ser órgano de otro derecho que el que plugo al Sultán designar como tal derecho? ¿Puede darme la razón, cuando reclamo un derecho que no corresponde, á lo que el Sultán llama el derecho? ¿Puede, por ejemplo, concederme el derecho de alta traición, si esta última no es un derecho á los ojos del Sultán? Ese tribunal, el tribunal de la censura, por ejemplo, ¿puede reconocerme el derecho de expresar libremente mi opinión, si el Sultán no quiere oir hablar de ese mi derecho? ¿Qué pido, pues, á ese tribunal? Le pido el derecho del Sultán y no mi derecho, le pido un derecho ajeno. Es verdad que en cuanto ese derecho de otro concuerde con el mío, podré encontrar también este último.

El Estado no permite que dos hombres vengan á las manos; se opone al duelo. La menor riña es castigada, aun cuando ninguno de los combatientes llame á la policía en su socorro, excepción hecha, sin embargo, del caso en que el golpeante y el golpeado, en lugar de ser tú y yo, son un jefe de familia y su hijo: la familia, y el padre en su nombre, tiene derechos que yo, el individuo, no tengo.

La *Gaceta de Voss* (*Vossige Zeitung*) nos presenta el

Digitized by Google

tipo del Estado fundado sobre el derecho. Allí todo debe ser decidido por el juez y por un tribunal. El tribunal supremo de la censura es para ella un tribunal que «fija el derecho» y que «dicta la justicia». ¿Qué derecho? ¿Qué justicia? Los de la censura. Para que reconozcamos sus fallos como justos, sería preciso que mirásemos la censura como justa. Se imaginan, sin embargo, que ese tribunal constituye una garantía. Sí, lo es, es una garantía, pero contra el error individual de un censor; no protege más que al magistrado encargado de aplicar la ley, cuya voluntad pone al abrigo de las interpretaciones erróneas de esa ley; en cuanto al escritor, sólo está más estrechamente sometido á la ley, cuya autoridad es reforzada con todo el «poder sagrado del derecho».

Tenga yo el derecho por mí ó contra mí, ningún otro que yo mismo puede ser juez de ello. Todo lo que los demás pueden hacer es juzgar si mi derecho está ó no de acuerdo con el suyo, y apreciar si para ellos también es un derecho.

Miremos además la cuestión bajo otro punto de vista. Yo debo en un sultanato respetar el derecho del Sultán; en una República el derecho del pueblo; en la comunidad católica el derecho canónico, etc. Debo someterme á sus derechos, tenerlos por sagrados. Este «sentido del derecho», este «espíritu de justicia» está tan sólidamente arraigado en la mente de las gentes, que los más radicales de los revolucionarios actuales no se proponen nada más que sujetarnos á un nuevo «Derecho» tan sagrado como el antiguo: al derecho de la sociedad, al derecho de la Humanidad, al derecho de todos, etc. El derecho de «todos» debe tener la preferencia sobre mi derecho. Ese derecho de «todos» debiera ser también mi derecho, puesto que yo formo parte de «todos»; pero observad que no es por ser el derecho de los demás ni

Digitized by Google

aún de todos los demás por lo que me siento impulsado á trabajar por su conservación. Yo no lo defenderé porque es un derecho de todos, sino únicamente porque es mi derecho; ¡que cada cual vele por conservarle igualmente! El derecho de todos (el de comer por ejemplo) es el derecho de cada individuo. Si cada cual vela por guardárselo intacto, todos lo ejercerán por sí mismos; ¡que el individuo no se cuide, pues, de todos y defienda su derecho sin hacerse el celador de un derecho de todos!

Pero los reformadores sociales nos predican un «derecho de la Sociedad». Por él el individuo se hace el esclavo de la Sociedad, no tiene derechos más que si la Sociedad se los da, es decir, si vive según las leyes de la Sociedad, como hombre legal. Ya sea legal bajo un gobierno despótico ó en una sociedad tal como la sueña Weitling, no tengo ningún derecho, porque en un caso como en otro todo lo que puedo tener no es mi derecho, sino un derecho ajeno á mí.

Cuando se habla de derecho hay una cuestión que se plantea siempre: «¿Quién ó qué cosa me da el derecho de hacer esto ó aquéllo?» Respuesta: «¡Dios, el Amor, la Razón. la Humanidad, etc.!» ¡Eh, no, amigo mío! Lo que te da ese derecho es tu fuerza, tu poder y nada más (tu razón, por ejemplo, puede dártelo).

El comunismo, que admite que los hombres «tienen naturalmente derechos iguales», se contradice sosteniendo que los hombres no tienen de la naturaleza ningún derecho; en efecto, no admite, por ejemplo, que la naturaleza dé á los padres derechos sobre sus hijos y á estos últimos derechos sobre sus padres: suprime la familia. La naturaleza no da absolutamente ningún derecho á los padres, á los hermanos y á las hermanas, etc.

En el fondo ese principio, claramente revolucionario ó babuvista, reposa sobre una concepción religiosa ó, di-

Digitized by Google

cho de otro modo, falsa. ¿Quién puede indagar el «Derecho» si no se coloca bajo el punto de vista religioso? ¿No es el Derecho una noción religiosa, es decir, algo sagrado? La «igualdad de los derechos» que proclamó la Revolución no es, bajo otro nombre, más que «la igualdad cristiana»; la igualdad fraternal que reina entre los hijos de Dios, entre los cristianos; es, en una palabra, la fraternidad.

Toda controversia sobre el Derecho merece ser flagelada con estas palabras de Schiller:

«Muchos años ha me sirvo de mi nariz para oler.»

«¿Tengo realmente sobre ella un derecho indiscutible?»

Dando á la igualdad la estampilla del Derecho, la Revolución tomaba posiciones sobre el terreno de la religión, en el dominio de lo sagrado, de lo ideal. De ahí, después, la lucha por los «sagrados é imprescriptibles» derechos del Hombre. En oposición con el «eterno derecho del Hombre» se hacen valer, lo que es muy natural y también muy legítimo, los «derechos adquiridos» y los títulos que da la ocupación. ¡Derecho contra derecho! Cada uno ensaya naturalmente convencer al otro de «injusticia». Tal es el proceso que está pendiente desde la Revolución.

Vosotros queréis que el derecho esté por vosotros y contra los demás; pero no es posible: frente á ellos permanecéis eternamente «en vuestra sinrazón», porque no serían vuestros adversarios si no tuviesen también el derecho de su lado; siempre os quitarán la razón. Pero, me diréis, mi derecho es más elevado, más grande, más poderoso que el de los demás. Nada de eso: vuestro derecho no es más fuerte que el suyo, en tanto que vosotros mismos no sois más fuertes que ellos. ¿Tienen los súbditos chinos derecho á la libertad? Hacedles de ella regalo

Digitized by Google

y apreciaréis vuestro error: no tienen ningún derecho á la libertad porque son incapaces de usar de ella—ó, más claro, justamente porque no tienen la libertad no tienen á ella ningún derecho. Los niños no tienen ningún derecho á la «mayor edad», porque siendo niños no son mayores. Los pueblos que se dejan mantener en tutela no tienen derecho á la emancipación: sólo cesando de estar en tutela adquirirán el derecho á ser emancipados.

Todo esto equivale simplemente á lo siguiente: Lo que tú tienes la fuerza de ser, tienes también el derecho de serlo. De mí sólo deriva todo derecho y toda justicia: tengo el derecho de hacerlo todo desde que tengo fuerza para ello. Tengo el derecho de derribar á Jesús, Jehovah, Dios, etc., si puedo; si no lo puedo, esos dioses quedarán en pie ante mí fuertes con su derecho y su poder; el «temor de Dios» encorvará mi impotencia, yo seguiré sus mandamientos y creeré andar rectamente en tanto que obre en todo conforme á su derecho: así son esos guardafronteras rusos que se creen en el derecho de derribar á tiros á los fugitivos sospechosos, desde el momento en que los asesinan en nombre de una «autoridad superior», es decir, conforme al derecho. Yo, por el contrario, me doy el derecho de matar desde el momento en que no me prohibo á mí mismo el homicidio y no retrocedo ante él con horror juzgándolo «contrario al derecho». Esta idea forma el fondo de un poema de Chamisso, «Das Mordenthal», que nos muestra á un viejo indio asesino forzando al respeto al blanco cuyos compañeros ha sacrificado. Si existe una cosa que no tenga el derecho de hacer, es porque no la hago de propósito deliberado, esto es, porque no me autorizo para ello yo mismo.

A mí corresponde decidir lo que es para mí el derecho. Fuera de mí, no hay derecho. Lo que para mí «es

Digitized by Google

justo», es justo. Puede suceder que los demás no juzguen por eso que es justo, pero eso es asunto suyo y no mío; ¡ellos se guarden! Aun cuando una cosa pareciese injusta á todo el mundo, si esa cosa fuera para mí justa, es decir, si yo la quisiera, me cuidaría poco de todo el mundo. Así lo acostumbran, más ó menos según su grado de egoísmo, todos los que saben estimarse á sí mismos; porque la fuerza vá antes que el derecho, como es, por otra parte, plenamente su derecho. Siendo «por mi naturaleza» un hombre, dice Babeuf, tengo un derecho igual al goce de todos los bienes. ¿No debía decir igualmente: siendo «por mi naturaleza» príncipe y primogénito, tengo derecho al trono? Los derechos del hombre y los derechos adquiridos por herencia tienen el mismo origen, emanan de la naturaleza. Yo he nacido hombre, equivale á: Yo he nacido hijo de rey. El hombre natural no tiene más que un derecho natural, su fuerza, y pretensiones naturales: tiene un derecho por su nacimiento y pretensiones por su nacimiento. Pero la naturaleza no puede darme un derecho, es decir, una aptitud ó un poder, que sólo mi acto puede darme. Si el príncipe se coloca por cima de los demás hijos, está ahí ya su acto que le asegura la ventaja; si los demás hijos admiten y reconocen ese acto, es su acto de ellos el que los hace dignos de ser súbditos.

Ya sea la naturaleza quien me dé un derecho, ya sea Dios, el sufragio popular, etc., ese derecho será siempre el mismo, será un derecho ajeno que yo no me doy ó que no tomo.

Según los comunistas, la misma suma de trabajo da derecho á la misma suma de goce. Antes, habíase preguntado si no es el hombre «virtuoso» quien debe ser «dichoso» en la tierra. Y los judíos concluyeron realmente en ese sentido «para que seas dichoso sobre la

Digitized by Google

tierra». No; no es una suma igual de trabajo, sino una suma igual de goces la sola que te da derecho á esa suma de goces. Goza, y tendrás el derecho de gozar. Pero si después de haber trabajado te dejas arrebatar el goce, «eso no es más que justicia».

Apoderaos del goce, y él os pertenecerá de derecho; pero cualquiera que sea el ardor de vuestros deseos, si no lo cogéis, seguirá siendo el «derecho bien adquirido», de aquellos cuyo privilegio es. El es su derecho, como hubiera sido vuestro derecho si se le hubiérais arrancado.

Sobre la cuestión del derecho de propiedad, la lucha es ardiente y tumultuosa. Los comunistas sostienen que «la tierra pertenece al que la cultiva, y sus productos á los que los hacen nacer». Yo pienso que pertenece al que sabe cogerla ó que no se la deja quitar. Si se apodera de ella y la hace suya, tendrá no sólo la tierra, sino además el derecho á su posesión. Ese es el derecho egoísta, que puede formularse así: «Lo quiero, luego es justo.»

Comprendido de otro modo, el derecho es una cosa de que se hace lo que se quiere. El tigre que me ataca está en su derecho, y yo que lo mato estoy también en mi derecho. No es mi derecho lo que yo defiendo contra él, es á mí.

Siendo siempre el derecho humano un derecho otorgado, no es nunca otra cosa que un don, una «concesión» que los hombres se hacen unos á otros. Si se reconoce, por ejemplo, á los recién nacidos el derecho á la existencia, ese derecho les pertenecerá; si no se les reconoce (como entre los espartanos y los antiguos romanos) no les pertenecerá. Sólo la sociedad puede, en efecto, dárselo, «otorgárselo», puesto que no pueden tomarlo ó dárselo ellos mismos. Se me objetará que esos niños tenían «naturalmente» el derecho de vivir, pero que los espartanos rehusaban reconocerles ese derecho. Es, pues,

Digitized by Google

responderé, que no tenían ningún derecho á ese reconocimiento, lo mismo que no tenían derecho á que las bestias salvajes á que se les arrojaba reconociesen su derecho á la vida.

Se habla mucho de derechos innatos y se quejan:

> Del derecho nacido con nosotros,
> De ese, ¡ay!, no se habla ya.

¿Pero qué especie de derecho podría en verdad haber nacido conmigo? ¿Es el derecho de primogenitura, el derecho de heredar un trono, de recibir una educación de príncipe, ó bien, si he nacido de padres pobres, el derecho de asistir á una escuela gratuíta, de ser vestido por la beneficencia pública, y en fin, de ganar mi mendrugo y mi arenque en una mina de carbón ó en una fábrica de hilados? ¿No son esos derechos innatos, congénitos, derechos que mis padres me han transmitido por el hecho mismo de haberme dado nacimiento? Responderéis que no, que ese es un empleo abusivo de la palabra derecho, y que son precisamente esos pretendidos derechos los que os esforzais en reemplazar con el verdadero derecho de nacimiento. Para fundar éste, lo reducís á su más simple expresión, y sostenéis que cada uno es por su nacimiento igual á su vecino, ó, en otros términos, un hombre. Os concedo que todos nacen hombres y que en eso todos son iguales. ¿Pero por qué lo son? Por la sola razón de que no se muestran, ni se manifiestan aun sino como simples hijos de los hombres, hombrecillos desnudos. Y en eso se distinguen inmediatamente de aquellos que han podido ya sacar de sí mismos alguna cosa, que se han hecho alguna cosa y han dejado de ser únicamente «hijos de los hombres» para hacerse hijos de su propia actividad creadora. Estos últimos poseen más que los simples derechos encontrados en su cuna: han

Digitized by Google

«dquirido derechos. ¡Qué motivo de discusiones y qué campo de batalla! Es el viejo combate de los derechos innatos del hombre, y de los derechos adquiridos que vuelve á sucederse. Alegad vuestros derechos innatos y no dejará alguno de objetaros los derechos adquiridos; os apoyais los dos sobre el «terreno del derecho», porque cada cual tiene un «derecho» que se opone al de los demás; uno tiene un derecho innato ó natural, el otro un derecho adquirido y «bien adquirido».

En tanto que os mantengais en el terreno del derecho, no saldréis de las sutilezas y porfiaréis indefinidamente. Otro no puede ni daros la razón, ni hacer que tengais razón. El que tiene por él la fuerza, tiene por él el derecho; si la una os falta, no tendréis tampoco el otro. ¡Contemplad á los poderosos, miradlos obrar! No hablamos aquí, entiéndase bien, más que de la China ó el Japón. ¡Tratad, chinos ó japoneses, de coger en falta á esos poderosos, y ya veréis como os meten en prisión! (No confundamos, sin embargo: las «advertencias benévolas» son—en China y en el Japón—bien acogidas, porque lejos de ser estorbos en las ruedas del «carro del poder», son un latigazo, un estímulo y una adhesión tácita). Una vía os está abierta si queréis coger en falta á los poderosos; es la fuerza. Despojadlos de su poder, y los habréis realmente cogido en falta y privado de sus derechos: si no, no podéis nada, criaréis bilis en silencio ó seréis sacrificados como locos embarazosos.

En suma, chinos, amigos míos, no invoquéis el derecho; no habléis del «derecho que ha nacido con vosotros»; es tan inútil, como hablar de vuestros «derechos adquiridos».

Retrocedéis con espanto ante los demás, porque creéis ver levantarse junto á ellos el espectro del derecho, combatiendo á su lado como una diosa protectora

Digitized by Google

de los combates homéricos. ¿Y qué hacéis? ¿Lanzais vuestra lanza? No; os prosternais ante el fantasma, con la esperanza de ganarlo á vuestra causa, á fin de que combata por vosotros; solicitais los favores del fantasma. Otro se preguntaría simplemente: ¿Quiero yo lo que quiere mi adversario? «¡No!» ¡Pues bien, aun cuando mil diablos ó mil dioses combatan á su lado, yo lo ataco!

Un «Estado fundado sobre el derecho», Estado tal que la *Gaceta de Voss*, entre otras, pudiera ser su órgano, exige que un empleado no pueda ser destituído más que por un juez, y nunca por la Administración. ¡Ilusión vana! Suponed que se quiera, conforme á la ley, expulsar de su plaza á un funcionario que ha sido hallado ébrio: corresponderá al juez oir á los testigos, condenar, etc. En suma, el legislador debiera determinar rigurosamente todas las infracciones capaces de motivar una destitución de empleo, por extravagantes que puedan ser (por ejemplo, reírsele en sus barbas á su superior jerárquico, no haber ido todos los domingos á misa y todos los meses á comulgar, concurrir á donde no sienta bien, no tener compostura, contraer deudas, etc.); todos los motivos posibles de exclusión debidamente catalogados (ayudándose, á ser preciso, de los consejos de un tribunal de honor, etc,); la tarea del legislador tendría fin, y el papel del juez comenzaría: éste tendría únicamente que investigar si el acusado «se ha hecho culpable» de uno de los «crímenes» previstos por la ley, y llegado el caso, después de hecha la prueba, pronunciar contra él la destitución «por virtud de la ley».

El juez está perdido si deja de ser «mecánico» y se aparta de «la letra del Código». Porque si no hace abstracción de toda opinión que pueda tener como hombre privado, si se deja influir por esa opinión, deja de hacer acto de magistrado; como juez, no puede ser más que el

Digitized by Google

órgano impersonal de la ley. ¿Pero qué me decís de esos viejos Parlamentos franceses que pretendían que un texto no tuviese fuerza de ley antes de haber sufrido su examen y recibido su aprobación? Esos, al menos, juzgaban según su derecho, y no se prestaban á no ser más que máquinas en manos del legislador, aun cuando fuesen en suma, como jueces, sus propias máquinas.

Se dice cuando un criminal es castigado, que no tiene más que lo que merece: el castigo es su derecho, pero la impunidad es igualmente su derecho. Si su empresa sale bien, es justo que se beneficie, como es justo que le escueza si fracasa. Como uno hace su cama, así descansa. Cuando alguno se expone aturdidamente á un peligro y perece en él, decimos muy bien: lo ha querido, no tiene más que lo que merece; si hubiese triunfado del peligro, es decir, si su poder hubiese triunfado de él, hubiese tenido igualmente lo que merecía. Si un niño juega con un cuchillo y se corta, sólo es de justicia; pero si no se corta, es también de justicia. Es justo y conforme á derecho que habiendo aceptado el que viola la ley correr un riesgo, sufra las consecuencias: ¿por qué se arriesgó, puesto que conocía las consecuencias posibles de su acto? Pero el castigo que le infligimos no es más que nuestro derecho y no el suyo. Nuestro derecho reacciona contra el suyo, y si el derecho está contra él, es porque tenemos la superioridad.

***

Lo que en una sociedad es conforme al derecho, lo que es justo, está formulado por la ley.

Cualquiera que sea la ley, el deber de todo ciudadano leal es respetarla. Así, el espíritu de legalidad de la vieja Inglaterra es célebre. Relaciónese con este respeto á

Digitized by Google

la ley la frase de Eurípides (*Orestes*, 412): «Nosotros servimos á los dioses, cualesquiera que sean.» La ley, sea la que sea; Dios, sea el que sea; en eso estamos todavía hoy.

Se esfuerza uno en distinguir la ley de la orden arbitraria, ukase, ordenanza ó decreto, diciendo que la primera emana de una autoridad legítima. Pero toda ley que rige acciones humanas (ley moral, ley del Estado, etc.) es la expresión de una voluntad y, por consiguiente, una orden. Sí; aun en el caso de que fuese yo quien me diera esas leyes, no serían todavía más que órdenes que yo me habría dado y á las que podría, un instante después, rehusar la obediencia. Cada uno es libre de declarar que tal cosa le conviene, de prohibirse después por una ley hacer lo contrario y de considerar como su enemigo á cualquiera que transgrediere esa ley; pero ninguno tiene órdenes que darme, ninguno puede prescribirme lo que tengo que hacer ni hacerme de ello una ley. Debo, sí, aceptar que me trate como enemigo; pero jamás toleraré que use de mí como de su criatura, y que me haga una regla de su razón ó de su sinrazón.

Los Estados no pueden subsistir, sino á condición de que haya una voluntad soberana, considerada como expresión de la voluntad individual. La voluntad del señor es la ley. ¿De qué te sirven tus leyes, si nadie las sigue; tus órdenes, si nadie se las deja imponer? El Estado no puede renunciar á la pretensión de reinar sobre la voluntad del individuo, de contar y de especular con ella. Le es absolutamente indispensable que ninguno tenga voluntad propia; al que la tuviese, el Estado se vería obligado á excluirlo (aprisionarlo, desterrarlo, etc.); y si todos la tuviesen, suprimirían el Estado. No se puede concebir el Estado sin la dominación y la servidumbre, porque el Estado debe querer necesariamente ser el dueño

Digitized by Google

de todos sus miembros; y esta voluntad lleva el nombre de «voluntad del Estado».

El que tiene, para existir, que contar con la falta de voluntad de los otros, es sencillamente un producto de esos otros, como el señor es un producto del servidor. Si la sumisión llegara á cesar, sería eso el fin de la dominación.

Mi voluntad individual es destructora del Estado; así, él la deshonra con el nombre de indisciplina. La voluntad individual y el Estado son potencias enemigas entre las que ninguna «paz eterna» es posible. En tanto que el Estado se mantiene, proclama que la voluntad individual, su irreconciliable adversaria, es no-razonable, mala, etc. Y la voluntad individual se deja convencer, lo que prueba que lo es, en efecto: no ha tomado aún posesión de sí misma, ni adquirido conciencia de su valor; así que es todavía incompleta, maleable, etc.

Todo Estado es despótico, sea el déspota uno, sean varios, ó (y así se puede representar una República) siendo todos señores, sea cada uno el déspota del otro. Este último caso se presenta, por ejemplo, cuando, á consecuencia de un voto, una voluntad expresada por una Asamblea del pueblo llega á ser para el individuo una ley á que debe obediencia ó á la que su deber es conformarse. Imaginad hasta el caso en que cada uno de los individuos que componen el pueblo haya expresado la misma voluntad, suponed que haya habido perfecta «unanimidad»; la cosa vendría aún á ser la misma. ¿No estaría yo ligado, hoy y siempre, á mi voluntad de ayer? Mi voluntad, en ese caso, estaría inmovilizada, paralizada. ¡Siempre esa desdichada estabilidad! ¡Un acto de voluntad determinado, creación mía, vendría á ser mi señor! Y yo que he querido, yo el creador, ¿me vería trabado en mi carrera, sin poder romper mis lazos? Porque yo era ayer

Digitized by Google

un loco, ¿tendría que serlo toda mi vida? Así, pues, ser el esclavo de mí mismo, es lo que puedo esperar mejor—podría tan exactamente decir peor—de mi participación en la vida del Estado. Porque ayer he querido, hoy no tendré ya voluntad; señor ayer, seré hoy esclavo.

¿Qué remedio para eso? Uno solo: no reconocer ningún deber, es decir, no ligarme y no mirarme como ligado. Si no tengo deber, no conozco tampoco ley.

«¡Pero se me ligará!» Nadie puede encadenar mi voluntad, y yo quedaré siempre libre de no querer.

«¡Pero todo estaría bien pronto sin pies ni cabeza si cada uno pudiera hacer lo que quiere!» ¿Y quién os dice que cada uno podría hacerlo todo? ¡Defendeos, y no se os hará nada! El que quiere quebrar vuestra voluntad es vuestro enemigo; tratadlo como tal. Si algunos millones de otros están detrás de vosotros y os sostienen, sois un poder imponente y no os costará gran trabajo vencer. Pero si aun gracias á vuestro poder llegais á imponer al adversario, no os considerará por eso, á menos que sea un pobre diablo, como una autoridad sagrada. No os debe ni respeto ni homenajes, aunque tenga que mantenerse en guardia midiendo vuestro poder.

Clasificamos habitualmente los Estados según la forma en que el «poder supremo» está distribuído: si pertenece á uno solo, es una monarquía; si pertenece á todos, una democracia; etc. Este poder supremo, ¿contra quién se ejerce? Contra el individuo y su voluntad de individuo. El poder del Estado se manifiesta bajo la forma de compulsión; él emplea la «fuerza», á la que el individuo no tiene el derecho de recurrir. En manos del Estado la fuerza se llama «derecho», en manos del individuo se llama crimen. Crimen significa empleo de su fuerza por el individuo; sólo por el crimen puede el individuo destruir el poder del Estado, cuando es de opinión de que

Digitized by Google

es él quien está por cima del Estado y no el Estado quien está por cima de él.

Y ahora, si yo quisiera reir, podría con un mohín de ortodoxia, exhortaros á no hacer ley que contraríe mi desarrollo individual, mi espontaneidad y mi personalidad creadoras. No doy ese consejo, porque si lo siguiéseis vosotros, seríais cándidos y yo sería robado. No os pido absolutamente nada, porque por poco que os pida, seríais siempre autores de leyes autoritarias; lo seríais y debéis serlo, porque un cuervo no sabe cantar, y un ladrón no puede vivir sin robar. Me volveré más bien hacia los que quieren ser egoístas, y les preguntaré lo que les parece más egoísta: hacerse dar por vosotros leyes, y una vez dadas estas leyes respetarlas, ó resolverse á la insubordinación, á la categoría negativa de obedecer.

Buenas almas dicen que las leyes no deberían prescribir más que lo que el sentimiento del pueblo estima bueno y justo. ¿Pero qué me importa el valor que tienen las cosas entre el pueblo y para el pueblo? El pueblo será quizá enemigo de los blasfemos; de ahí, ley contra la blasfemia. ¿Será esa una razón para que yo no blasfeme? ¿Será esa ley para mí más que una «orden?» ¡Yo os lo pregunto!

Todas las formas de gobierno reposan sobre el solo principio de que todo derecho y todo poder emanan de la totalidad del pueblo. Porque ningún Gobierno omite apelar á la multitud, y el déspota, como el presidente, la aristocracia, etc., obran y ordenan «en nombre del Estado». Ellos son los depositarios de la «autoridad pública», y es perfectamente indiferente que esa autoridad sea ejercida por el pueblo mismo, es decir (suponiendo que fuese prácticamente posible), por todos los individuos reunidos en comicios, ó sólo por los representantes de esos

Digitized by Google

individuos, representantes numerosos como en las aristocracias, ó representante único como en una Monarquía. Siempre la totalidad es superior al individuo, y su poder, que se dice legítimo, es el derecho.

Enfrente de la sacrosantidad del Estado, el individuo aislado no es más que un vaso de iniquidad de que rebosan «el orgullo, la malicia, la sed de escándalo, la frivolidad», etc., en tanto que no se ha prosternado ante el arca santa, el Estado. La soberbia eclesiástica de los servidores y súbditos del Estado tiene castigos exquisitos para el «orgullo» secular.

Cuando el Gobierno declara punible todo juego del ingenio contra el Estado, los liberales moderados vienen á decirnos: ¡Sin embargo, la fantasía, la sátira, el ingenio, el humor, etc., deberían poder brillar! ¡Se debería conceder la libertad al genio! Así, ¿no es el hombre individual, sino sólo el genio el que debe ser libre?

El Estado está plenamente en su derecho cuando nos dice, ó más bien cuando el Gobierno nos dice en su nombre: El que no está por mí, está contra mí. Las canciones, las caricaturas, todos esos juegos de ingenio que toman al Estado por blanco, han echado en tiempos pasados por tierra á los Estados, y no son de ningún modo «juegos inocentes». ¿Dónde está, por otra parte, el límite entre el chiste nocivo y el chiste inofensivo? Esta cuestión pone á los moderados en gran perplejidad; acaban por rebajar sus pretensiones y por suplicar sencillamente al Estado (al Gobierno), que no sea tan susceptible, tan quisquilloso, que no sospeche malevolencia allí donde no la hay, ni aun la menor, y que sea, en general, un poco más «tolerante». Una susceptibilidad exagerada es ciertamente una debilidad; estar exento de ella, puede ser una virtud laudable. Pero en tiempo de guerra no se puede hacer el generoso, y lo que se podía dejar pa-

Digitized by Google

sar cerrando los ojos en tanto que reinaba la calma, cesa de estar permitido en cuanto se ha proclamado el estado de sitio. Los liberales moderados lo saben tan bien, que se apresuran á declarar que, vista la «sumisión del pueblo», ningún peligro es de temer. Pero el Gobierno es demasiado listo para dejarse coger; sabe demasiado bien cómo se paga á las gentes con buenas palabras para contentarse él con esta burla.

Sin embargo, se quiere tener, como en la escuela, un patio en que se pueda jugar, porque uno es, en suma, un niño, y no puede ser siempre tan sesudo como un anciano. Juventud y cordura no van en compañía.

Por ese lugar de recreo, por esas cuantas horas de alegres pasatiempos, se regatea. Todo lo que se pide es que el Estado no se muestre demasiado reprensivo como un viejo papá regañón, que tolere lo que la Iglesia toleraba en la Edad Media, algunas comparsas del asno y algunas fiestas de los locos. Pero ya no es el tiempo en que se podía arrastrar á la Madre Tonta por los tablados. Los niños de hoy, en cuanto han tenido una hora de salida, en cuanto han vivido una hora sin ver el látigo, no quieren ya volver á entrar en «caja». Porque al presente, la «salida» no es ya un complemento de la «caja», no es ya un recreo, un descanso entre dos lecciones, sino lo opuesto, la negación de las lecciones: *aut-aut*. En suma: el Estado debe hoy, ó bien no tolerar ya nada, ó bien tolerarlo todo, y desplomarse; debe escoger entre una extrema irritabilidad y la insensibilidad de la muerte. El tiempo de la tolerancia ha pasado. Si el Estado tiende un dedo, se tomará inmedialamente toda la mano. No es ya el momento de «reir», y todo chiste, ingenio, fantasía, humor, etc., se hace una cosa amargamente grave.

Cuando los «espíritus liberales» reclaman la libertad

Digitized by Google

de la prensa, se ponen en contradicción con su propio principio y su voluntad formal. Quieren lo que no quieren: desean que— les gustaría que—etc. De ahí su inconsistencia: inmediatamente después de concedida la libertad de la prensa, piden la censura. Es muy natural, siéndoles sagrado el Estado, lo mismo que la moral, etc. Su manera de obrar para con él, es la de pilluelos mal educados, de niños mimados que procuran aprovecharse de las debilidades de sus padres. Papá el Estado debe permitirles decir un montón de cosas desagradables; pero papá el Estado tiene también el derecho de imponerles silencio con una mirada severa, y de tachar con un rasgo de censura toda su impertinente cháchara. Si ellos lo reconocen como su papá, deben, como hijos, someter á su censura todas sus palabras.

***

Si tú permites á otro que te dé la razón, debes consentir igualmente que te la quite. Si aceptas su aprobación y sus recompensas, debes aceptar igualmente sus reproches y sus castigos. El no-derecho marcha al lado del derecho, y el crimen sigue á la legalidad como su sombra. ¿Qué eres tú? — ¡Tú eres un criminal! Bettina dice: «El criminal es el crimen del Estado mismo». Se puede adoptar la frase, sin entenderla, sin embargo, exactamente como la que la escribió. En efecto; el yo sin freno; Yo, tal como me pertenezco á mí solo, no puede completarme y realizarme en el Estado. Cada yo es radicalmente criminal para con el pueblo y el Estado. Así el Estado los vigila á todos; ve en cada uno un egoista y teme al egoista. Presume de cada uno lo peor y toma todas sus precauciones, precauciones de policía, para

Digitized by Google

que «ningún agravio se haga al Estado», *ne quid respublica detrimenti capiat*.

El Yo sin freno—que somos todos de nacimiento y permanecemos siempre en nuestro fuero interno—es en el Estado un criminal incorregible. Cuando un hombre toma por guías su audacia, su voluntad, su ausencia de escrúpulos y su ignorancia del miedo, el Estado y el pueblo lo rodean de espías. ¿El pueblo?—¡Sí, buenas gentes, el pueblo!—¡No sabéis todavía todo lo que le debéis!—El pueblo es policiaco de alma y sólo aquel que reniega de su Yo, que practica la «renuncia», obtiene sus sufragios.

En el libro de que se trata, Bettina, que tiene buen corazón, no considera al Estado más que como un enfermo y cuenta con su curación, curación que aguarda de la terapéutica de los «demagogos». Sólo que el Estado no está enfermo: está, por el contrario, en perfecta salud desde el momento que mantiene á distancia á los demagogos que quieren sangrarlo en provecho de los individuos, en provecho de todos». Sus fieles son los mejores demagogos, los mejores pastores del pueblo que puede desear. A creer á Bettina «el Estado debe desarrollar el germen de libertad que encierra la humanidad; si no, no es más que una madrastra». No puede ser otra cosa, porque por el hecho mismo de preocuparse del bien de la «humanidad, el individuo no es ya para él más que carroña. ¡Qué justa es, pues, la respuesta del burgomaestre!: «¡Cómo! ¿No tendría el Estado otro deber que el de guardar enfermos incurables?—¡Vamos! En todo tiempo el Estado sano se ha amputado sus miembros enfermos y no se ha hecho enfermero. No tiene necesidad de ser tan economizador de su savia; cortemos sin vacilar las ramas viciosas, á fin de que las demás florezcan. No hay que asombrarse de la dureza del Estado: su moral, su

Digitized by Google

política y su religión le hacen de ella una ley; no se le acuse de sensibilidad; su corazón sufre de hacer víctimas; pero la experiencia le ha enseñado que esa dureza es su sola salvación. Hay enfermedades que no se pueden curar más que por el empleo de remedios heroicos. El médico que habiendo reconocido una de esas enfermedades no recurre más que á un paliativo anodino, no la curará jamás y dejará morir á su paciente después de más ó menos largos sufrimientos! Está perfectamente, pero no diré otro tanto de la pregunta de la señora Consejera: «¿Es curar emplear la muerte como medio curativo?» ¡Eh, querida señora, no es á sí mismo á quien el Estado da la muerte, sino á un miembro gangrenado! Arranca el ojo que la escandaliza, etc.

«La sola vía de salvación para el Estado enfermo es hacer prosperar en él mismo al hombre». Si, como lo hace Bettina, se entiende aquí por el hombre la idea «Hombre», tiene razón: el Estado «enfermo» curará á medida que «el Hombre» sea más floreciente, porque cuanto más poseídos están los individuos de «el Hombre», más se afirma el Estado. Pero si por el hombre se entiende el individuo, la muchedumbre de las unidades humanas (y hacia ese sentido se inclina el autor poco á poco, porque ella no ha definido claramente al partir el término que emplea), la frase citada anteriormente equivale, poco más ó menos, á lo siguiente: La sola vía de salvación para una banda de bandidos enfermos, es hacer prosperar en ella al burgués leal. Como es precisamente la banda de bandidos, en cuanto banda de bandidos, perecería; como se lo sospecha, juzga preferible fusilar á aquel de sus miembros que descubre algunas veleidades de volver al «camino recto».

Bettina, en ese libro, es patriota y hasta filántropa; tiene sus miras en la felicidad de los hombres. Está tan

Digitized by Google

descontenta del orden establecido como su heroína lo está de todos los que querían volver á traer las buenas creencias antiguas con todo lo consiguiente. Pero atribuye la corrupción del Estado á las gentes de la política, de la administracsón, de la diplomacia, en tanto que éstos hacen ese reproche á los malvados, á los «seductores del pueblo».

¿Qué es el criminal de derecho común? Es el que comete el error fatal de tocar á lo que es del pueblo en lugar de buscar lo que es de él. Ha deseado el bien despreciable, el bien de otro; ha hecho lo que hacen los devotos; ha aspirado á lo que pertenece á Dios. ¿Qué hace el sacerdote que exhorta á un criminal? Le representa la falta inmensa en que ha incurrido de profanar lo que el Estado había consagrado, de llevar una mano sacrílega sobre la propiedad del Estado (se comprende igualmente bajo este título la vida de los que forman parte del Estado). ¿No valdría más que el sacerdote le hiciese comprender que si se ha degradado es no despreciando el bien de otro, teniéndolo por digno de ser robado? Es lo que podría hacer, si no fuese un sacerdote. Hablad á dicho criminal como hablaríais á un egoista y tendrá vergüenza, no de haber atentado á vuestras leyes y á vuestros bienes, sino de haber juzgado vuestras leyes dignas de ser violadas y vuestros bienes dignos de ser codiciados; tendrá vergüenza de no haberos despreciado á vosotros y á lo vuestro y de haber sido demasiado poco egoista. Pero no podéis hablarle la lengua del egoismo, porque no sois tan grandes como un criminal, vosotros, que no profanais nada. No sabéis que el yo no puede dejar de ser criminal, que para él vivir es transgredir. Deberíais, sin embargo, saberlo, vosotros que creeis que «todos, sin excepción, somos pecadores»; pero pensais poder de un vuelo elevaros por cima del pecado; no apren-

Digitized by Google

deis, en vuestro miedo del diablo, que por su culpabilidad se mide el valor de un hombre. ¡Ah! ¡Si fuéseis culpables! Pero no, sois «justos». ¡Pues bien, procurad que vuestro señor esté contento de vosotros!

En un código criminal redactado por la conciencia cristiana ó por el hombre, según Cristo, la noción de crimen está íntimamente ligada á la de falta de corazón, y no puede ser separada de ella. Es crimen todo ataque al amor, toda ruptura de una relación sentimental, toda muestra de insensibilidad para con un sér sagrado. Cuanta más cordialidad implica una relación, más culpable es el que la pisotea, y más digno de castigo es su crimen. El señor tiene derecho al amor de cada uno de sus súbditos; renegar de ese amor es un crimen de alta traición que merece la muerte.

El adulterio es una falta de corazón, punible; se necesita para cometerlo no tener corazón, no tener ni entusiasmo, ni pasión por la santidad del matrimonio. En tanto que el corazón dicte las leyes, sólo el hombre de corazón ó el hombre sentimental goza de su protección. Decir que el hombre sentimental hace las leyes, equivale propiamente á decir que es el hombre moral quien las hace: lo que condenan, es lo que choca con el «sentido moral» de ese hombre. ¿Cómo, por ejemplo, la infidelidad, la apostasía, el perjurio, en una palabra, toda ruptura radical, todo lo que corta brutalmente los lazos más venerables no sería malvado y criminal? El que rompe con esas exigencias del corazón se hace enemigo de todos los hombres morales, de todos los hombres de sentimiento.

Los Krummacher y consortes son las gentes que hacen falta para redactar un código penal del corazón y darle homogeneidad: cierto proyecto de ley lo atestigua. Para ser consecuente, la legislación del Estado cristia-

Digitized by Google

no debe ser exclusivamente obra de los sacerdotes; no será homogénea, no tendrá espíritu de consecuencia, sino á condición de haber sido elaborada por servidores de los sacerdotes, que no son nunca más que semisacerdotes. Entonces, y sólo entonces, todo defecto de sensibilidad, toda falta de corazón será calificada de crimen inexpiable, toda rebelión de sentimiento será condenable, toda objeción de la crítica y de la duda será herida con anatema; entonces, en fin, el individuo será convencido ante el tribunal de la conciencia cristiana de ser radicalmente criminal.

Los hombres de la revolución han hablado á menudo de las «justas represalias» del pueblo, como de su «derecho». Aquí, venganza y derecho se confunden. ¿Es esa la relación de un Yo á otro Yo? El pueblo exclama que el partido adverso ha cometido para con él un «crimen». ¿Puedo admitir explícitamente que alguno es criminal respecto á mí, sin admitir implícitamente que está obligado á obrar como me parezca bien? Esta última manera de obrar es la que yo llamo buena, justa, etc., y llamo crimen la conducta contraria. Pienso, pues, que los demás deberían tender al mismo objeto que yo, es decir, que no los trato como únicos que tienen en sí mismos su ley y su norma de vida, sino como seres que deben obedecer á una ley «racional» cualquiera. Yo defino lo que se debe entender por «Hombre» y por «verdaderamente humano», y exijo que cada cual haga de lo que yo he erigido en ley su regla y su ideal, so pena de no ser más que «un pecador y un criminal». Y el «culpable» cae bajo «el peso de la ley».

Patente es que de nuevo es el «Hombre» quien engendra los conceptos de crimen, de pecado, y por consecuencia, de derecho. Un hombre en quien yo no reconozco al Hombre es un «pecador», un «culpable».

Digitized by Google

No se puede ser criminal sino respecto á algo sagrado. En cuanto á Mí, tú no serás nunca criminal, no puedes ser más que mi adversario. Pero hay ya crimen en no odiar al que ofende á una cosa sagrada; el apóstrofe de Saint Just á Danton lo atestigua: «¿No eres criminal y responsable de no haber odiado á los enemigos de la patria?»

Si se adopta la idea de la revolución, y si se entiende por «Hombre» el «buen ciudadano», de este concepto del Hombre van á derivarse todos los «delitos y crímenes políticos».

En todo eso, es el individuo, el hombre individual, quien pasa por monstruo, en tanto que el hombre abstracto es adornado con el título de «Hombre». Sea cualquiera el nombre que se dé á ese fantasma, ya se le llame cristiano, judío, musulmán, buen ciudadano, súbdito leal, libertado, patriota, etc., ante el «Hombre» victorioso caen tanto los que quisieran realizar una concepción diferente del Hombre, como los que quieren realizarse ellos mismos.

¡Y con qué unción se degüellan en nombre de la ley, del pueblo soberano, de Dios, etc.!

Cuando los perseguidos han recurrido á la astucia para escapar á la severidad de sus gazmoños jueces, se les acusa de «hipocresía»; es, por ejemplo, el reproche que hace Saint-Just á los que acusa en su discurso contra Danton. Hay que ser un loco y entregarse á su Moloch.

Los crímenes tienen su fuente en las ideas fijas. La santidad del matrimonio es una idea fija. De que la fe conyugal es sagrada, se sigue que hacerla traición es criminal; y, en consecuencia, cierta ley matrimonial castiga el adulterio con una pena más ó menos grave. Pero los que proclaman la «libertad» sagrada, deben conside-

Digitized by Google

rar esa pena como un crimen contra la libertad; y sólo bajo ese punto de vista la opinión pública reprueba la ley de que se trata.

La Sociedad quiere, es cierto, que cada cual obtenga su derecho; pero este derecho no es más que el que la Sociedad ha sancionado; es el derecho de la Sociedad y no de cada cual. Yo, al contrario, fuerte con mi propio poder, tomo ó me doy un derecho, y, frente á todo poder superior al mío, soy un criminal incorregible. Poseedor y creador de mi derecho, no reconozco otra fuente del derecho que Yo, y no Dios, ni el Estado, ni la Naturaleza, ni siquiera el hombre con sus «eternos derechos del hombre»; no conozco más, derecho humano que derecho divino.

Derecho «en sí y para sí». ¡Luego en modo alguno relativo á mí!—Derecho «absoluto». ¡Luego separado de Mí! ¡Un sér en sí y para sí! ¡Un absoluto! ¡Un derecho eterno al lado de una verdad eterna!

El derecho, tal como lo conciben los liberales, me obliga, porque es una emanación de la razón humana, enfrente de la cual mi razón no es más que «sinrazón». En nombre de la razón divina se condenaba en tiempos pasados á la débil razón humana; en nombre de la poderosa razón humana se condena hoy á la razón egoísta bajo el nombre despreciativo de «sinrazón». Y, sin embargo, no hay más razón real precisamente que esa «sinrazón». Ni la razón divina ni la razón humana tienen realidad; solas tu razón y mi razón son reales, lo mismo y por lo mismo que tú y yo somos reales.

Por su origen, el derecho es un pensamiento; es mi pensamiento, es decir, que tiene su fuente en mí. Pero tan pronto como ha brotado fuera de mí, en seguida de pronunciada la «palabra», «el Verbo se ha hecho carne», y ese pensamiento se convierte en idea fija. Desde en-

Digitized by Google

tonces no puedo ya desembarazarme de ella; hacia cualquier lado que me vuelva, ella se levanta ante mí. Así los hombres han llegado á no ser ya capaces de dominar esa idea de derecho que ellos mismos habían creado; su propia criatura los ha reducido á esclavitud. Ese es el derecho absoluto, *absolutum*, desligado, separado de mí. En tanto que lo respetamos como absoluto, no podemos ya emplearlo, «consumirlo»; nos despoja de nuestro poder de creadores; la criatura es más que el creador, es «en sí y para sí».

No dejes, pues, ya al derecho vagar en libertad; vuélvelo á su fuente, es decir, á ti, y será tu derecho; será justo lo que para ti sea «justo».

***

El derecho ha sido atacado en su propio terreno y con sus propias armas cuando el liberalismo ha declarado la guerra al «privilegio».

Privilegio é igualdad de derechos: en torno de estas dos ideas se da un combate encarnizado.

¿Pero hay en el mundo un poder, uno solo, sea un poder imaginario como Dios, la ley, etc., ó un poder real como tú y yo, ante el cual no sean todos perfectamente «iguales en derechos», es decir, equivalentes sin acepción de persona? Dios ama igualmente á cada uno de los que le adoran; la ley mira con ojos igualmente favorables á cualquiera que es legal; que el adorador de Dios ó de la ley sea jorobado ó paralítico, pobre ó rico, poco importa á Dios y á la ley; de igual modo, si tú estás á punto de ahogarte, quieres tanto tener por salvador á un negro como al más puro de los caucásicos; hasta un perro no tiene para ti en ese momento menos valor que un hombre.

Pero á la inversa: ¿hay en el mundo alguien que

Digitized by Google

pueda no experimentar para cada cual ya una «predilección», ya una «repulsión»? Dios persigue á los malvados con su cólera; la ley castiga al que se sale de la legalidad; y tú mismo, ¿no tienes tu puerta abierta á todas horas á uno y cerrada á otro?

La «igualdad de derechos» no es más que un engaño, porque no significando derecho ni más ni menos que autorización, el derecho que se nos reconoce no es más que un favor que se nos concede. Este favor puede uno, por otra parte, deberlo á su mérito, porque mérito y gracia de ningún modo son contradictorios, debiendo la gracia que se nos hace ser también «merecida»: no otorgamos el favor de una sonrisa más que al que ha sabido arrancárnosla.

Se sueña con ver poner á «todos los ciudadanos sobre una base de igualdad». Evidentemente, en cuanto ciudadanos, son todos iguales ante el Estado; pero éste, siguiendo el fin particular que persigue, distingue ya entre ellos, escoge á los unos y descuida á los otros; debe, además, distinguir todavía entre ellos para separar á los buenos ciudadanos de los malos, etc.

Bruno Baüer se basa, para resolver su cuestión judía, sobre la ilegitimidad del «privilegio». Como el judío y el cristiano tienen cada cual alguna cosa que no tiene el otro, una ventaja sobre el otro, y como es exclusivamente este haber particular esa ventaja, la que hace de cada uno lo que es y lo opone al otro, su valor es nulo á los ojos de la crítica. El reproche que se puede dirigirles se dirige igualmente al Estado, que legitima esa ventaja y la consagra como un «privilegio», privándose por eso mismo de toda esperanza de llegar á ser jamás «Estado libre».

Pero si uno tiene alguna cosa más que otro, es uno mismo, es su unicidad; por eso sólo cada cual sigue siendo excepcional y exclusivo.

Digitized by Google

Cada cual hace lo mejor que puede valer su característica ante un tercero, y procura, si quiere hacérsela favorable, hacerla aparecer todo lo atractiva posible.

Ese tercero, ¿debe ser insensible á la diferencia que comprueba entre el primero y el segundo? ¿Es eso lo que se exige del Estado libre ó de la Humanidad? Deberían, en ese caso, no interesarse absolutamente en nada, estar cerrados á toda simpatía, sea para lo que sea. No se imagina uno tal indiferencia, ni de parte de Dios, que separa á los suyos de los malvados, ni de parte del Estado, que distingue á los buenos ciudadanos de los malos.

Lo que se busca, sin embargo, es precisamente ese tercero, que no concedería ya ningún «privilegio». Y se le llama Estado libre, ó de otro modo, Humanidad.

Los judíos y los cristianos, á quienes Bruno Baüer ha fulminado con su desprecio por su pretensión á «prerrogativas», deberían poder y querer renunciar, por abnegación ó desinterés, al punto de vista en que se acantonan. Si se despojasen de su «egoísmo», ese sería el fin de sus culpas recíprocas y, al mismo tiempo, el fin de toda religiosidad judía ó cristiana. Bastaría que dejasen de pretenderse seres «aparte».

Pero aun suponiendo que renunciasen á su exclusivismo, no abandonarían por eso el campo de batalla en que su hostilidad se ha ejercitado tanto tiempo; encontrarían, cuando más, un terreno neutral sobre el cual podrían abrazarse: una «religión universal», una «religión de la Humanidad», ¡qué sé yo!, un acomodamiento, en una palabra, y se contentarían con lo primero que llegase; ¡ya, por ejemplo, la conversión de todos los judíos al Cristianismo (otro medio de poner fin á los «privilegios» de unos y otros) sería un compromiso muy conveniente! Se suprimiría, en verdad, la discordancia; pero esta discordancia no es la esencia de los dos antagonistas, no es

Digitized by Google

más que el efecto de su aproximación. Siendo diferentes deben necesariamente estar en desacuerdo, y la desigualdad subsistirá siempre. No es una falta, verdad es, resistirte contra mí y afirmar tu particularidad, tu individualidad: tú no tienes que ceder ni que renegar de ti mismo.

Se toma la antítesis en un sentido demasiado formal y demasiado restringido cuando uno se dedica simplemente á «resolverla» para dar lugar á una «síntesis». Se debería, por el contrario, acentuar aún la oposición. En cuanto judío y cristiano, no estais aún bastante radicalmente opuestos, no estais en desacuerdo más que con motivo de la religión, y eso es como si riñérais por la barba del Emperador ó cualquier otra bagatela. Enemigos bajo el punto de vista de la religión, sois, en cuanto al resto, buenos amigos, y como hombres, por ejemplo, iguales. Sin embargo, ese resto mismo difiere de todo en todo, y sólo cuando os conozcais á fondo, cuando cada uno de vosotros se afirme único desde los pies á la cabeza, podrá cesar esa oposición que no habéis hecho hasta el presente más que disimular. Entonces, en fin, la antítesis será resuelta, pero por la sola razón de que una más fuerte la habrá absorbido.

Nuestra debilidad no es ser opuestos á los demás, sino no serles radicalmente opuestos, es decir, no ser totalmente distintos de ellos, ó también buscar un «punto de unión», un lazo, y hacer de ese punto de unión nuestro ideal. ¡Una Fe, un Dios, una Idea, un solo sombrero para todas las cabezas! ¡Si todas las cabezas estuviesen bajo el mismo gorro, nadie, verdad es, tendría que descubrirse ante los demás!

La última oposición y la más radical, la del Unico al Unico, está en el fondo, bien lejos de lo que se entiende por oposición, sin recaer por eso en la unidad y la iden-

Digitized by Google

tidad. En cuanto único, tú no tienes ya nada de común con nadie, y por eso mismo nada ya de inconciliable ó de hostil. Tú no pides ya contra él tu derecho á un tercero, ni te mantienes ya con él en el «terreno del derecho» ni en ningún otro terreno común. La oposición se resuelve en una separación, en una unicidad radical. Esta, es cierto, podría pasar por un nuevo rasgo común, por un rasgo de semejanza; pero la semejanza consistiría aquí precisamente en la desemejanza, y no sería ella misma más que desemejanza; una desemejanza semejante, pero sólo á los ojos de los que se divierten en hacer comparaciones.

La polémica contra el privilegio es uno de los rasgos característicos del liberalismo; excomulga al «privilegio» por devoción por el «derecho»; pero debe atenerse á esa excomunión platónica, porque no siendo los privilegios más que aspectos particulares del derecho, no caerán antes que el derecho mismo. El derecho no volverá á la nada más que cuando haya sido absorbido por la fuerza, es decir, cuando se haya confirmado que «la fuerza es antes que el derecho». Entonces todo derecho se revelará como privilegio, y el privilegio mismo aparecerá bajo su verdadera luz como potencia, potencia preponderante. Pero ese combate del poder contra el poder más grande, ¿no se presentará bajo un aspecto totalmente distinto que ese tímido combate contra el privilegio que no se da más que ante un juez, el «derecho», y según el espíritu de ese juez?

***

Me queda, para acabar, que rayar de mi vocabulario esa palabra derecho, de que sólo he querido hacer uso por todo el tiempo que, escudriñando en las entrañas de

Digitized by Google

la cosa, no podía menos de dejar subsistir provisionalmente, al menos el nombre. Pero al presente la palabra no tiene ya sentido y puede ir á reunirse á la noción. Lo que yo llamaba «mi derecho» no es, en modo alguno, un «derecho», porque un derecho no puede ser conferido más que por un espíritu, ya sea este espíritu el de la naturaleza, el de la especie, de la humanidad ó de Dios, de Su Santidad, de Su Eminencia, etc. Lo que yo poseo independientemente de la sanción del espíritu, lo poseo sin derecho, lo poseo únicamente por mi poder. No reclamo ningún derecho, ni tengo, pues, ninguno que reconocer. Aquello de que puedo apoderarme, lo cojo y me lo apropio; lo que se me escapa, no tengo á ello ningún derecho y no son eso mis derechos imprescriptibles de que me enorgullezco ó que me consuelan.

El derecho absoluto arrastra en su caída á los derechos mismos, y con ellos se derrumba la soberanía de la «idea del derecho.» Porque no debe olvidarse que hemos sido hasta aquí gobernados por ideas, nociones, principios, y que entre tantos señores la idea de derecho ó la idea de justicia ha desempeñado uno de los principales papeles. ¿Legítimo ó ilegítimo, justo ó injusto, qué me importa? Lo que me permite mi poder, nadie más tiene necesidad de permitírmelo; él me da la sola autorización que me hace falta. El derecho es la marota con que nos ha agraciado un fantasma; la fuerza soy yo mismo, yo, que soy poderoso, que soy poseedor del poder.

El derecho está por cima de mí, es absoluto, no existe más que en un sér superior que me lo concede como un favor; es una gracia que me hace el juez. El poder y la fuerza sólo existen en Mí, que soy el Poderoso y el Fuerte.

Digitized by Google

2.—Mis relaciones.

En el mundo y en la sociedad nos es, cuando más, permitido satisfacer las exigencias del hombre; las del egoísta tienen que ser siempre sacrificadas.

No hay nadie que no haya observado el apasionado interés que la época actual atestigua por la «cuestión social», con preferencia á toda otra cuestión, y que no haya, en consecuencia, dirigido especialmente su atención sobre la sociedad. Sin embargo, si ese interés estuviera menos cegado por la pasión, no se perdería de vista al individuo para no ver más que la sociedad, y se reconocería que una sociedad no puede renovarse, en tanto que sus elementos envejecidos no sean reemplazados por otros. Suponiendo, por ejemplo, que se formase en el seno del pueblo judío una sociedad destinada á esparcir sobre la tierra un nuevo evangelio, no convendría que esos apóstoles continuasen siendo fariseos.

Tal cual eres tú, tal te mostrarás y te portarás con los hombres: hipócrita, como hipócrita; cristiano, como cristiano. Por eso el carácter de una sociedad está determinado por el carácter de sus miembros: ellos son sus creadores. Es ese un punto que estaría bien tener en cuenta, si no se quiere analizar la noción misma de sociedad.

Los hombres, muy lejos de procurar alcanzar su completo desarrollo y hacerse valer, no han sabido siquiera hasta el presente fundar sus sociedades sobre ellos mismos; más aún, no han sabido hasta aquí más que fundar «sociedades» y vivir en sociedad. Esas sociedades fueron en todo tiempo personas, personas podero-

Digitized by Google

sas, personas «morales», que inspiraban al individuo la locura oportuna, el miedo de los fantasmas.

Todo fantasma que se respeta lleva un nombre: éstos se llaman «pueblos.» Hubo un pueblo de los antepasados, un pueblo de los helenos, etc., y hay hoy el pueblo de los humanos, la humanidad (Anacharsis Clootz soñaba con una «nación de la humanidad»); vinieron después las subdivisiones de ese pueblo, que encerraba sus sociedades particulares: pueblo español, pueblo francés, etc.; estas últimas comprendieron á su vez las castas, las ciudades, las corporaciones; en suma, todas las agrupaciones posibles, hasta el minúsculo pueblecillo, que es la familia.

En lugar de decir que la persona que hasta el presente ha hechizado todas las sociedades fue el pueblo se podría nombrar en su lugar uno de los dos extremos, la familia ó la humanidad, que son las dos unidades más naturales. Preferimos, sin embargo, la palabra «pueblo»: primero, porque su etimología lo relaciona con la palabra griega *polloi*, el número, la muchedumbre; después, y sobre todo, porque las «reivindicaciones populares» están hoy á la orden del día, y los revolucionarios más contemporáneos no se han despojado aún de su idolatría por esa ilusoria persona; esta última consideración, sin embargo, sería propia más bien para inclinarnos á escoger el término «humanidad», siendo hoy la «humanidad» con lo que todo el mundo sueña.

Así, pues, el pueblo—la humanidad ó la familia—han ocupado hasta el presente, según parece, la escena de la historia: ningún interés egoista era tolerado en esas sociedades; solos, los intereses de una colectividad, intereses nacionales ó intereses del pueblo, intereses de casta, intereses de familia é «intereses generales de la humanidad», podían representar allí un papel. ¿Pero

Digitized by Google

quién ha llevado á su pérdida á los pueblos, cuya caída nos cuenta la historia? El egoísta que busca su propia satisfacción. Cada vez que un interés egoísta se insinuó allí, la sociedad se «corrompió» y marchó á su desorganización; el pueblo romano y el perfeccionamiento de su derecho privado, ó el Cristianismo y su incesante invasión por el «libre examen», la «conciencia de sí», la «autonomía del espíritu», etc., son ilustres ejemplos.

El pueblo cristiano ha producido dos sociedades que durarán lo que él mismo dure: el Estado y la Iglesia. ¿Se puede llamarlas asociaciones de egoistas? ¿Perseguimos en ellas un interés egoista, personal, individual, ó perseguimos un interés popular (por ser del pueblo cristiano) bajo el nombre de interés del Estado ó de interés de la Iglesia? ¿Me es en ellas posible, me es por ellas permitido ser yo mismo? ¿Puedo pensar y obrar como quiero, puedo manifestarme, afirmarme, vivir sin vida propia? ¿No tengo que dejar intactas la majestad del Estado y la santidad de la Iglesia?

Así, pues, lo que yo quiero no lo puedo. ¿Pero hay una sociedad, sea cualquiera, en que yo pueda esperar hallar esa libertad de acción ilimitada? ¡No! ¿Y una sociedad es capaz de satisfacernos? ¡De ninguna manera! Es cosa completamente distinta chocar con otro Yo que chocar con un pueblo, con una generalidad. En el primer caso, mi adversario y yo combatimos de igual á igual; en el segundo, yo soy un adversario desgraciado, encadenado y mantenido en tutela. Contra otro Yo, soy un varón contra otro varón; enfrente del pueblo soy un escolar que no puede atacar á su camarada sin que éste último llame al papá y la mamá: cuando se ha puesto al abrigo detrás de unas faldas, á mí, al niño mal criado, se me regaña y «se me prohibe discutir.» Un Yo es un enemigo en carne y hueso; ¡tratad, en cambio, de apre-

Digitized by Google

tar y de derribar á la humanidad, una abstracción, una «majestad», un fantasma! Pero no hay majestad, no hay santidad que pueda decirme: no irás más allá; nada puede impedirme tomar aquello de que puedo hacerme dueño. Lo que yo no puedo vencer, ese es el solo límite á mi poder; y en cuanto mi poder es limitado, no soy más que un Yo limitado; limitado, no por el poder exterior, sino porque me falta aún poder propio, por mi propia impotencia. Pero «¡la guardia muere y no se rinde!» ¡Dadme sólo un adversario vivo!

> Yo mediré mis fuerzas con cualquier adversario
> al que con la mirada pueda ver y medir
> que de valor él mismo lleno, en valor me infiama... etc.

El tiempo ha abolido muchos privilegios, pero siempre atendiendo sólo al bien público, al Estado, al bien del Estado y en forma alguna mirando á mi bien propio. La servidumbre, por ejemplo, no fue abolida sino á fin de reforzar el poder de un señor único, del señor del pueblo, el poder monárquico; la servidumbre así monopolizada se hizo más abrumadora. Nunca más que en favor de su monarca, ya ese monarca se llame Príncipe ó se llame Ley, han caido los privilegios. En Francia, es verdad, los ciudadanos no son siervos del Rey, pero en desquite son siervos de la ley (la Carta). La subordinación persiste; sólo que, habiendo reconocido el Estado cristiano que el hombre no puede servir á dos señores á la vez (á su señor feudal y al Príncipe, por ejemplo), todos los privilegios se han dado á uno solo: él puede de nuevo colocar á uno sobre otro y crear «altas posiciones».

¿Pero qué me importa el bien público? Por lo mismo que es el bien público, no es mi bien, sino el supremo grado de la abnegación. Yo puedo tener el estómago va-

Digitized by Google

cí o, mientras que el bien público está en festín; el Estado ilumina tal vez mientras yo me muero de hambre. La verdadera locura de los liberales políticos es oponer el Pueblo al gobierno y hablar de derechos del Pueblo. Ellos quieren que el Pueblo sea mayor de edad, etc. ¡Como si una palabra pudiera ser mayor de edad! Sólo el individuo puede ser mayor de edad. Igualmente, toda la cuestión de la libertad de la Prensa no tiene ya pies ni cabeza, si se pretende hacer de esa libertad un «derecho del Pueblo»: es simplemente un derecho ó, por mejor decir, una consecuencia de la fuerza del individuo. Si es el Pueblo el que tiene la libertad de la Prensa, yo, que formo parte de ese pueblo, no disfruto de ella; una libertad del Pueblo no es mi libertad, y si la libertad de la Prensa es una libertad del Pueblo, será necesariamente acompañada de una ley sobre la Prensa dirigida contra mí.

Lo que sobre todo se debe hacer valer bien en presencia de las tendencias liberales actuales, es que:

La libertad del Pueblo no es mi libertad.

Admitamos esas categorías, libertad del Pueblo y derecho del Pueblo, y sea, por ejemplo, el derecho «del Pueblo» que cada cual tiene de llevar armas. ¿No es ese un derecho de que uno puede ser privado? Si fuese mi propio derecho, yo no podría perderlo; pero ese derecho no me pertenece, pertenece al Pueblo; así es que puede serme quitado. Yo puedo ser aprisionado en virtud de la libertad del Pueblo, y puedo, á consecuencia de una condena, ser privado del derecho de llevar armas.

El liberalismo me parece una última tentativa para instaurar la libertad del Pueblo, la libertad de la comunidad, de la «Sociedad», de la generalidad, de la Humanidad. Yo veo en él el sueño de una humanidad mayor

Digitized by Google

de edad, de un pueblo mayor de edad, de una comunidad, de una «Sociedad» mayores de edad.

Un pueblo no puede ser libre sino á expensas del individuo, porque su libertad no toca más que á él y no es la liberación del individuo: cuanto más libre es el pueblo, más ligado está el individuo. Fue en la época de su mayor libertad cuando el pueblo griego estableció el ostracismo, desterró á los ateos é hizo beber la cicuta al más probo de sus pensadores.

¡Cuánto se ha alabado en Sócrates el escrúpulo de probidad que le hizo rechazar el consejo de fugarse de su calabozo! Fue de su parte pura locura dar á los atenienses el derecho de condenarle. Así, ha sido tratado sólo como lo merecía; ¿por qué se dejó arrastrar por los atenienses á empeñar la lucha en el terreno en que ellos se habían colocado? ¿Por qué no romper con ellos? Si hubiera sabido, si hubiera podido saber lo que él era, no hubiera reconocido á tales jueces ninguna autoridad, ningún derecho. Si fue débil, fue precisamente por no huir, guardando la ilusión de que tenía todavía algo de común con los atenienses, é imaginándose no ser más que un miembro, un simple miembro de aquel pueblo. Él era más bien aquel pueblo mismo en persona y él sólo podía ser su juez. No había juez por cima de él: ¿no había é pronunciado, por otra parte, su sentencia? Él se había juzgado digno del Pritaneo. Habría debido atenerse á ello, y no habiendo pronunciado contra sí mismo ninguna sentencia de muerte, hubiera debido despreciar la de los atenienses y fugarse. Pero se subordinó y aceptó al Pueblo por juez: se sentía pequeño ante la majestad del Pueblo. Inclinarse como ante un «derecho» ante la fuerza que no habría debido reconocer sino sucumbiendo á ella, era hacerse traición á sí mismo, y era virtud. La leyenda atribuye los mismos escrúpulos á Cristo

Digitized by Google

que, se dice, no quiso servirse de su poder sobre las legiones celestes. Lutero fue más prudente; hizo bien en exigir que le entregasen un salvoconducto en buena forma antes de aventurarse en la dieta de Worms; y Sócrates habría debido saber que los atenienses no eran más que sus enemigos y que sólo él era su juez. La ilusión de una «justicia», de una «legalidad», etc., debía disiparse ante esta consideración: que toda relación es una relación de fuerza, una lucha de poder á poder.

La libertad griega pereció miserablemente enmedio de los embrollos y de las intrigas. ¿Por qué? Porque las conclusiones que no había sabido sacar Sócrates, su maestro en el arte de pensar, el común de los griegos eran todavía menos capaces de elevarse á ellas. ¿Qué es la argucia, sino el arte de explotar lo actual sin destruirlo? (Podría añadir explotar «en su provecho», pero eso dicho se está). Entre esas gentes de argucia, contamos á los teólogos que «comentan é interpretan» la palabra de Dios. ¿De dónde colgarían sus glosas si la palabra divina no fuera un texto «presente» y reputado inmutable? Tales son, además, los liberales que no se acercan al «presente» más que para criticarlo é interpretarlo; todos ellos no son más que falsificadores, exactamente como los que falsifican el derecho. Sócrates se había inclinado ante el derecho y ante la ley, y los griegos continuaron admitiendo la autoridad del derecho y de la ley; pero no pretendían prodigar gratuitamente sus respetos; necesitaban que les tuviese cuenta, y tuvieron que venir á buscarlo en la intriga y á falsear el derecho. Con Alcibíades, ese intrigante de genio, comienza el período de la decadencia ateniense; el espartano Lisandro, y muchos otros, atestiguan que la intriga se había esparcido como una lepra por toda la Grecia. El derecho griego, sobre el cual reposaban los Estados griegos, fue, en esos Esta-

Digitized by Google

dos mismos, minado y quebrantado por los egoístas, y los Estados se derrumbaron, poniendo en libertad á los individuos. El pueblo griego cayó, porque los individuos hacían de él menos caso que de ellos mismos.

Estados, Constituciones, Iglesias, etc., se han desvanecido siempre desde que el individuo ha levantado la cabeza, porque el individuo es el enemigo irreconciliable de todo lo que tiende á sumergir su voluntad bajo una voluntad general, de todo lazo, es decir, de toda cadena. ¡Sin embargo, se imaginan hoy todavía que el hombre no puede pasarse sin «lazos sagrados»! ¡El hombre, ese enemigo mortal de todo lazo! La historia de los pueblos nos muestra que ningún lazo ha podido escapar á la disolución; ella nos demuestra que el hombre lucha infatigablemente contra toda cadena, cualquiera que esta sea; y sin embargo, se cierran los ojos ante la evidencia, y se sueñan todavía y siempre cuentos; se cree, por ejemplo, haber encontrado algo nuevo y sólido cuando se impone al hombre lo que se llama una «constitución liberal», una hermosa cadena constitucional. Las veneras, las bandas y todos los lazos de confianza y de amor que unen á los súbditos á..... acaban, en verdad, por enseñar un poco la trama; pero por progresos que se hayan hecho en materia de ligaduras, no se ha llegado, partiendo de los andadores, más que á los tirantes ó la corbata.

Todo lo que es sagrado es un lazo, una cadena.

Todo lo que es sagrado es falsificado por falsarios, y no podría suceder de otro modo; así se encuentran en nuestra época una multitud de esos falsarios en todas las esferas. Preparan la ruptura con el derecho, la supresión del derecho.

¡Pobres atenienses, á quienes se acusa de argucia y de sofística! ¡Pobre Alcibiades, al que se acusa de intri-

Digitized by Google

ga! Eso es, justamente, lo mejor que teníais, ese era vuestro primer paso hacia la libertad. Vuestro Esquilo, vuestro Herodoto y demás, no soñaban más que con un pueblo griego libre; vosotros tuvísteis, los primeros, un presentimiento de vuestra libertad.

Todo pueblo oprime á los que se elevan por cima de su majestad; el ostracismo amenaza al ciudadano demasiado poderoso, la inquisición de la Iglesia espía al herético, y la inquisición, igualmente, espía al traidor para con el Estado.

Porque el pueblo no tiene cuidado más que de mantenerse y de afirmarse; reclama de cada cual una «patriótica abnegación». El individuo en sí, le es, pues, indiferente, es un cero, y el pueblo no debe hacer, ni aun permitir, que el individuo cumpla lo que sólo él es capaz de cumplir, su realización. Todo pueblo, todo Estado es injusto para con los egoístas.

En tanto que permanece de pie una sola institución que no le es permitido al individuo abolir, el Yo está aún bien lejos de ser su propiedad y de ser autónomo. ¿Cómo hablar de libertad, en tanto que yo deba, por ejemplo, ligarme por juramento á una Constitución, á una Carta, á una ley, en tanto que deba jurar pertenecer «en cuerpo y alma» á mi pueblo? ¿Cómo ser yo mismo si no es permitido á mis facultades desarrollarse, sino en cuanto «no turben la armonía de la Sociedad?» (Weitling).

La caída de los pueblos y de la humanidad, será la señal de mi elevación.

¡Escucha! En el momento mismo en que escribo estas líneas, las campanas se han puesto á tocar; llevan á lo lejos un alegre mensaje: mañana se celebra el milésimo aniversario de nuestra querida Alemania. ¡Tocad, tocad, oh campanas, campanas de los funerales! Vuestra voz

Digitized by Google

es tan solemne y tan grave, que parece que vuestras lenguas de bronce son movidas por un presentimiento, y que escoltais á un muerto. Pueblo alemán y pueblos alemanes, tienen tras sí diez siglos de historia; ¡qué larga vida! ¡Descended, pues, á la tumba para no levantaros jamás, y que sean libres los que habéis tenido encadenados por tanto tiempo!—El pueblo ha muerto, Yo me levanto.

¡Oh tú que has sufrido tanto, oh mi pueblo alemán! ¿cuál ha sido tu sufrimiento? Lo era la tortura de un pensamiento que no puede crearse un cuerpo, el tormento de un espíritu errante que se desvanece cuando canta el gallo, y que aspira, sin embargo, á su rescate y á su realización. ¡En mí también! has vivido largo tiempo, querido pensamiento, querido fantasma! Ya creía haber encontrado la palabra mágica que debe redimirte, ya creía haber descubierto carne y miembros para vestir al espíritu errante, y he ahí que oigo el doblar de las campanas, que te conducen al reposo eterno; he ahí que la última esperanza vuela, que el último amor se extingue. Yo digo adiós á la mansión desierta, y vuelvo entre los vivos,

«Porque los vivos sólo tienen razón.»

¡Adiós, pues, ensueño de tantos millones de hombres; adiós, tú, que durante mil años has tiranizado á tus hijos!

Mañana se te depositará en tierra; pronto tus hermanas las naciones te seguirán. Cuando todas hayan partido detrás de tí, la humanidad será enterrada, y sobre su tumba, Yo, mi solo señor al fin, Yo, su heredero, reiré.

***

La palabra *Gesellschaft* (sociedad) tiene por etimología la palabra *Saal* (sala). Cuando una sala contiene va-

Digitized by Google

rias personas, ella es la que hace que esas personas estén en sociedad. Están en sociedad, pero no hacen la sociedad; hacen, cuando más, una sociedad de salón, si hablan el lenguaje que se habla en un salón. En cuanto á las verdaderas relaciones, son independientes de la sociedad; pueden existir ó no existir sin que la naturaleza de lo que se llama «sociedad» sea alterada. La sociedad son las personas que se encuentran en la sala, y poco importa que sean mudas ó que no pronuncien más que banales frases de cortesía. Las relaciones, por el contrario, implican reciprocidad, son el comercio (*commercium*) de los individuos. La sociedad no es más que la ocupación en común de una sala; las estatuas, en una sala de museo, están en sociedad, están «agrupadas». Siendo tal la significación natural de la palabra sociedad, se sigue de aquí que la sociedad no es la obra de ti ó de mí, sino de un tercero; ese tercero es el que hace de nosotros compañeros y es el verdadero fundador, el creador de la sociedad.

Lo mismo ocurre en una sociedad ó compañía de prisioneros (los que gozan de una misma prisión). El tercero que encontramos aquí es ya más complejo que lo era el anterior, el simple local, la sala. Prisión no designa ya simplemente un lugar, sino un lugar en relación con sus habitantes: la prisión no es prisión sino porque está destinada á prisioneros, sin los cuales sería un edificio cualquiera. ¿Quién imprime un carácter común á los que allí están reunidos? Claro está que es la prisión, porque á causa de ella están prisioneros. ¿Quién determinará la manera de vivir de la sociedad de prisioneros? Todavía la prisión. ¿Pero quien determina sus relaciones? ¿Es también la prisión? ¡Alto! aquí os detengo. Evidentemente si entran en relaciones, no puede ser más que como prisioneros, es decir, en cuanto lo permiten

Digitized by Google

los reglamentos de la prisión; pero esas relaciones son ellos mismos y ellos solos los que las crean, es el Yo quien se pone en relación con el Tú; no sólo esas relaciones no pueden ser la obra de la prisión, sino que ésta debe velar para oponerse á toda relación egoísta, pura mente personal (las únicas que pueden establecerse realmente entre un Yo y un Tú).

La prisión consiente en que hagamos un trabajo en común, nos ve con placer manejar juntos una máquina ó tomar parte en cualquier tarea. Pero si yo olvido que soy un prisionero y anudo relaciones contigo, igualmente olvidado de tu suerte, ved que eso pone la prisión en peligro: no solamente no puede crear ella semejantes relaciones, sino que no puede siquiera tolerarlas. Y he ahí por qué la Cámara francesa, santa y moralmente pensando, ha adoptado el sistema de la «prisión celular»; las demás, no menos virtuosamente intencionadas, harán lo mismo para poner un obstáculo á las «relaciones desmoralizadoras». Desde que el aprisionamiento es asunto hecho, es sagrado y no es permitido ya atacarlo. La menor tentativa de ese género es punible, como lo es toda rebelión contra una de las sacrosantidades á que el hombre debe entregarse atado de pies y manos.

La prisión, como la sala, produce una sociedad, una compañía, una comunidad (comunidad de trabajo, por ejemplo), pero no unas relaciones, una reciprocidad ni una asociación. Al contrario, toda asociación entre individuos, nacida á la sombra de la prisión, lleva en sí el germen peligroso de un «complot», y esta semilla de rebelión puede, si las circunstancias son favorables, germinar y dar sus frutos.

No es el uso ir voluntariamente á la prisión, y es igualmente poco común permanecer en ella por propia voluntad; más bien se alimenta un egoísta deseo de li-

Digitized by Google

bertad. Es, pues, de presumir, que todas las relaciones entre prisioneros serán hostiles á la sociedad realizada por la prisión, y no tenderán á nada menos que á disolver esa sociedad que resulta del cautiverio común.

Dirijámonos, pues, á otras sociedades, á sociedades donde parece que permanecemos con gusto y de nuestro pleno agrado, sin querer comprometer su existencia por nuestras maniobras egoístas.

Como comunidad que llena estas condiciones, se presenta en primer lugar la familia. Padres, esposos, hijos, hermanos y hermanas, forman un todo ó constituyen una familia cuyas alianzas vienen poco á poco á engruesar sus filas. La familia no es realmente una comunidad, más que si todos los miembros observan la ley, la piedad ó el amor familiar. Un hijo á quien padre, madre, hermanos y hermanas se han hecho indiferentes, ha sido hijo, pero no manifestándose su cualidad de hijo más activamente, tiene tan poca importancia como la unión desde hace mucho tiempo destruída de la madre y el hijo por el cordón umbilical. Esta última unión ha existido en otro tiempo, es un hecho que no es posible deshacer y en virtud del cual queda uno irrevocablemente hijo de una madre y hermano de sus otros hijos; pero una dependencia permanente no puede resultar más que de la permanencia de la piedad, del espíritu de familia. Los individuos no son, en toda la acepción de la palabra, miembros de una familia, más que si se hacen un deber de mantener la familia, y si se guardan, como sus conservadores, de poner en cuestión sus fundamentos. Hay para todo miembro de la familia una cosa inamovible y sagrada: es la familia misma, ó más exactamente, la piedad. La familia debe subsistir; tal es, para aquel de sus miembros que no se ha dejado invadir por ningún egoísmo antifamiliar, la verdad fundamental, la que no puede

Digitized by Google

desflorar ninguna duda. En una palabra, si la familia es sagrada, ninguno de los que á ella pertenecen puede separarse de la misma, so pena de ser «criminal» para con ella. No podrá perseguir jamás un interés contrario al de la familia; casarse mal, por ejemplo, le está prohibido. El que lo hace «deshonra á su familia», «causa su vergüenza», etc.

El individuo en quien el instinto egoista no es bastante fuerte, se somete: concierta el matrimonio, que satisface las pretensiones de su familia, escoge una carrera en armonía con su posición, etc.; en suma, «hace honor á su familia.»

Si, por el contrario, la sangre egoísta hierve con bastante ardor en sus venas, prefiere hacerse «criminal» para con su familia y se sustrae á sus leyes.

¿Cuál me es más querido, el bien de la familia ó mi bien? Hay innumerables casos en que los dos pueden marchar amistosamente juntos, en que lo que es útil á mi familia, puede ser para mí una fuente de beneficios, ó recíprocamente. Es entonces difícil decidir si yo persigo el bien común ó mi bien propio, y tal vez me lisonjearé con complacencia de mi desinterés. Pero viene un día en que se alza ante mí la temible alternativa: ¡ó esto ó aquello! ¡Hay que escoger, y por mi elección, voy acaso á deshonrar mi árbol genealógico, á ofender padre, madre, hermanos y hermanas, á todos mis parientes! ¿Qué hacer? Aquí es donde va á mostrarse al desnudo el fondo de mi corazón, y va á saberse si he puesto jamás la piedad por cima del egoismo; el egoismo no puede ya disimularse bajo el velo del desinterés. Un deseo se enciende en mi alma, y creciendo de hora en hora, se convierte en pasión. El más fugitivo pensamiento, contrario al espíritu de familia, á la piedad, lleva ya en sí el germen de un crimen contra la familia; ¿pero quién ad-

Digitized by Google

vierte eso y quién podría en el primer momento tener de ello percepción clara? Es la historia de la Julieta de *Romeo y Julieta:* la pasión desencadenada acaba por no poder domarse ya y por derribar todo el edificio de la piedad.

Me diréis que es puramente en su interés por lo que la familia rechaza de su seno á esos egoístas que obedecen á sus pasiones más que á la piedad. Este mismo argumento han invocado los protestantes con mucho éxito contra los católicos, y están bien convencidos de que así han pasado las cosas en lo que les concierne. Pero esa es una escapatoria de gentes que sienten la necesidad de disculparse y nada más. Los católicos que se interesaban en la unidad de la Iglesia, no han rechazado á esos heréticos, sino porque éstos no se interesaban bastante en la unidad para hacerle el sacrificio de sus convicciones. Los unos han defendido enérgicamente la unidad porque el lazo, la Iglesia católica (ó en otros términos, única y universal) les era sagrado; los otros, por el contrario, han echado á un lado el lazo. Lo mismo ocurre con los que se libertan de la piedad; no es la familia la que los excluye de su seno, se excluyen ellos mismos, poniendo su pasión ó su voluntad individual por cima del lazo familiar.

Pero puede suceder que se encienda el deseo en un corazón menos apasionado y menos voluntarioso que el de Julieta. Entonces la que se somete se sacrifica á la paz de la familia. Se podría decir que todavía entonces el egoismo la hace obrar, porque la decisión que toma la que cede, viene de que la unión de la familia la satisface más que lo haría el cumplimiento de su deseo. Es posible; ¿pero cómo creerlo si queda una señal cierta del sacrificio del egoismo á la piedad? ¿Cómo creerlo, si el deseo contrario á la paz de la familia queda, una vez

Digitized by Google

consumado el sacrificio, como el recuerdo y el testigo de un «sacrificio» hecho á un lazo sagrado, y si la que se somete tiene conciencia de no haber realizado su voluntad propia, de haberse inclinado humildemente ante un poder superior?—¡Sumisa y sacrificada, porque la superstición de la piedad ha ejercido sobre ella su imperio!

Allá el egoismo había vencido; aquí la piedad es victoriosa, y el corazón egoísta sangra; allá el egoismo era fuerte; aquí ha sido débil. Débiles: eso lo sabemos desde hace largo tiempo; es lo que son los desinteresados. La familia tiene cuidado de ellos; ella rodea á esos débiles miembros de su solicitud porque le pertenecen y porque no se pertenecen ni piensan en sí mismos. De esta debilidad, Hegel, por ejemplo, hace el elogio, cuando pide que el matrimonio de los hijos esté subordinado á la elección de los padres.

Siendo la familia una comunidad sagrada á que el individuo debe obediencia, la función de juez le pertenece por completo. El *Cabanis*, de Wilibald Alexis, por ejemplo, nos describe un «tribunal de familia». El padre, en nombre del «consejo de familia», envía al ejército á su hijo insumiso, y lo expulsa de la familia á fin de purificar por ese acto de rigor la familia mancillada. El derecho chino da á la responsabilidad de la familia una sanción muy lógica, haciendo expiar por toda la familia la falta de uno de sus miembros.

En nuestros días, sin embargo, el brazo de la autoridad familiar se extiende rara vez bastante lejos para poder castigar eficazmente al rebelde (el Estado hasta protege en la mayor parte de los casos contra la desheredación). El criminal contra la familia no tiene más que refugiarse en el seno del Estado para hacerse libre, lo mismo que el criminal para con el Estado que huye á

Digitized by Google

América encuentra allí un asilo contra las leyes de su país; el hijo desnaturalizado, oprobio de su familia, está al abrigo de todo castigo porque el Estado protector quita á la vindicta familiar toda santidad y la profana declarando que no es más que «venganza». El Estado se opone al castigo, al ejercicio de un derecho sagrado de la familia, porque siendo la santidad de la familia, en la jerarquía, inferior á su propia santidad, palidece y pierde todo prestigio desde que entra en lucha con esa santidad superior. Cuando no hay conflicto entre los dos, el Estado deja todo su valor á la autoridad sagrada, aunque menos sagrada, de la familia; pero, en el caso contrario, llega hasta á ordenar el crimen para con la familia: hace un deber para el hijo, por ejemplo, de rehusar la obediencia á sus padres si éstos quieren arrastrarlo á pecar contra el Estado.

Supongamos que el egoísta haya roto los lazos familiares y encontrado en el Estado un protector contra el espíritu de familia gravemente ofendido. ¿A qué llega? A formar parte de una nueva sociedad en que su egoismo va á encontrar los mismos lazos, las mismas redes que aquellos de que acaba de escapar. El Estado también es una sociedad y no es una asociación: es la extensión de la familia («padre del pueblo, madre del pueblo, hijos del pueblo»).

***

Lo que se llama Estado es un tejido, un enlazamiento de dependencias y de adhesiones; es una solidaridad, una reciprocidad que tiene por efecto que todos aquellos entre los cuales se establece esa coordinación se concilien entre sí y dependan los unos de los otros: el Estado es el orden, el régimen de esa dependencia mutua. Aun-

Digitized by Google

que el Rey, cuya autoridad repercute sobre los que tienen el menor empleo público, hasta sobre el criado del verdugo, llegue á desaparecer, no por eso será el orden menos mantenido enfrente del desorden de la bestialidad por todos aquellos en quienes vela el sentido del orden. Si el desorden triunfara, el Estado habría cesado de vivir.

Pero esa buena inteligencia, esa adhesión recíproca, esa dependencia mutua, ese pensamiento de amor, ¿es realmente capaz de gobernarnos? Por esa cuenta, el Estado sería el amor realizado; vivir en el Estado, sería ser para otro y vivir para otro. ¿Pero qué se hace de la individualidad, cuando reina el espíritu de orden? ¿No se encontrará que todo está lo mejor posible con tal que se llegue por la fuerza á hacer reinar el orden, es decir, á diseminar y á acorralar juiciosamente al rebaño de modo que ninguno pise al andar á su vecino? Todo está puesto así en buen orden y es ese buen orden lo que se llama Estado.

Nuestras sociedades y nuestros Estados son sin que nosotros los hagamos; pueden aliarse sin que haya alianza entre nosotros, están predestinados y tienen una existencia propia, independiente; enfrente de nosotros, los egoistas, son el estado de cosas existente é indisoluble. Todas las luchas de hoy son ciertamente, como se dice, dirigidas contra el orden establecido y tienden á derribar el estado de cosas reinante. Pero su verdadero objeto es universalmente desconocido; parecería, á oir á nuestros reformadores, que se trata simplemente de sustituir á lo que existe en la actualidad un nuevo orden mejor. Es más bien al orden mismo, es decir, á todo Estado (*status*) cualquiera que sea, al que la guerra debía ser declarada y no á tal Estado determinado, á la forma actual del Estado. El objeto por alcanzar no es otro es-

Digitized by Google

tado (el Estado democrático, por ejemplo), sino la alianza, la unión, la armonía siempre instable y cambiante de todo lo que es y no es más que á condición de cambiar sin cesar.

Un Estado se pasa sin mi intromisión y mi consentimiento; yo nazco en él, crezco en él, tengo para con él deberes y le debo fe y homenaje». Él me toma bajo sus alas tutelares y yo vivo de su «gracia». Así la existencia independiente del Estado funda mi dependencia; su vida como organismo exige que yo no crezca en libertad, sino que sea podado por él: á fin de poder dilatarme según su naturaleza, me aplica las tijeras de la «cultura», me da una educación y una instrucción medidas sobre él y no sobre mí, y me enseña, por ejemplo á respetar las leyes, á guardarme de atentar á la propiedad del Estado (es decir, á la propiedad privada), á venerar una Alteza divina ó terrestre, etc.; en una palabra, me enseña á ser irreprochable, sacrificando mi individualidad sobre el altar de la «santidad» (santo ó sagrado es todo lo que se puede imaginar: propiedad, vida de otros, etc.). Tal es la especie de cultura que el Estado es capaz de darme: me adiestra para ser un «buen instrumento», un «miembro útil de la Sociedad».

Es lo que debe hacer todo Estado, ya sea democrático, absoluto ó constitucional. Y lo hará en tanto que no nos hayamos deshecho de la idea errónea de que él es un «yo» y, como tal, una «persona», moral, mística ó política. De esa piel de león del yo, debo Yo que soy un verdadero yo, despojar al vanidoso comedor de cardos. ¡A qué saqueo está mi yo entregado desde que el mundo es mundo! Fueron primero el sol, la luna y las estrellas, los gatos y los cocodrilos los que tuvieron el honor de pasar por Yo; fueron después Jehovah, Allah, Nuestro Padre los que usurparon mi título; luego las familias, las tribus, los pueblos y hasta la humanidad; vinieron

Digitized by Google

al fin el Estado y la Iglesia, siempre con la misma pretensión de ser Yo; y Yo los miraba hacer, apaciblemente. ¿Qué extraño, pues, que, siempre del mismo modo, un Yo real se haya presentado y me haya afirmado en mi cara que no era para mí un «tú» sino buenamente mi propio yo? Eso lo hizo el Hijo del hombre por excelencia y yo me pregunto lo que impediría al primer hijo del hombre que llegase, hacer otro tanto. Viendo así á mi «yo» siempre encima y fuera de mí, no he llegado nunca á ser realmente Yo mismo.

Yo no he creído nunca en Mí, no he creído en mi actualidad y no he sabido jamás verme sino en el porvenir. El niño cree que será verdaderamente él, cuando llegue á ser otro, cuando sea «grande»; el hombre piensa que sólo más allá de esta vida podrá ser verdaderamente alguna cosa; y para poner un ejemplo más cercano á nosotros, ¿no pretenden todavía hoy los mejores que se necesita, antes de ser realmente un yo, un «ciudadano libre», un «ciudadano del Estado» un «hombre libre» ó un «verdadero hombre», haberse de antemano incorporado al Estado, á su Pueblo, á la Humanidad y qué sé yo que más? Ellos tampoco conciben verdad y realidad para el yo, más que en la aceptación de un yo ajeno al que uno se sacrifica. ¿Y qué es ese yo? Un yo que no es ni un yo ni un tú; un yo imaginario, un fantasma.

En tanto que en la Edad Media, la Iglesia admitía perfectamente que varios Estados viviesen uno al lado de otro bajo sus alas, cuando vino la Reforma y más particularmente la guerra de treinta años, correspondió á los Estados enseñar la tolerancia y permitir á diversas Iglesias (confesiones) vivir reunidas bajo una misma corona. Pero todos los Estados son religiosos; todos son «Estados cristianos» y se hacen un deber de encorvar á los independientes y á los egoístas bajo el yugo de lo so-

Digitized by Google

brenatural, es decir, de cristianizarlos. Todas las instituciones del Estado cristiano tienden á la cristianización del pueblo. El objeto de todo el aparato judicial es forzar á las gentes á la justicia; el de la escuela es imponerles la cultura intelectual, etc.; en suma, el objeto del Estado es invariable: proteger al que obra cristianamente contra el que no obra cristianamente, hacerle fuerte y asegurarle la supremacía. La Iglesia misma vino á ser en manos del Estado un instrumento de fuerza y él exigió de cada cual una religión determinada. «La enseñanza y la educación pertenecen al Estado», decía últimamente Dupin hablando del clero.

Todo lo que toca al principio de la moralidad es asunto de Estado. De ahí las perpetuas inmixtiones del Estado chino en los asuntos de familia: en China, uno no es nada si no es ante todo un buen hijo de sus padres. Entre nosotros también los asuntos de familia son fundamentalmente asuntos de Estado; sólo que la ingerencia del Estado es menos visible, porque se fía en la familia y no la somete á una vigilancia demasiado estrecha. La tiene ligada por el matrimonio, cuyos lazos sólo él puede desatar.

El Estado me pide cuenta de mis principios y me impone varios; eso podría inducirme á preguntar: «¿Qué le importa mi marota (mi principio)?»—Mucho, porque él es el principio supremo. Es una opinión corriente que toda la cuestión del divorcio y del derecho matrimonial en general gira sobre la separación que hay que hacer entre los derechos de la Iglesia y los derechos del Estado. El problema es más bien este: dado que el hombre debe ser gobernado por una Santidad, ¿se llama ésta Fe ó Ley moral (moralidad)? La dominación del Estado no difiere de la de la Iglesia; la una se apoya sobre la piedad, la otra sobre la moralidad.

Digitized by Google

Se habla de la tolerancia y se alaba como un carácter de los Estados civilizados la libertad que allí tienen las tendencias más opuestas de manifestarse, etc. Es verdad que si algunos lanzan sus policías en persecución de los fumadores en pipa, otros son bastante fuertes para no dejarse conmover por los mitings más turbulentos. Mas para apreciar esta longanimidad, debe observarse que para todo Estado el juego recíproco de las individualidades, los altos y bajos de su vida cuotidiana, son, en cierto modo, una parte dejada al azar; parte que tiene, sí, que abandonarles, á falta de poder canalizarla útilmente. Ciertos Estados hacen como el fariseo que se tragaba los camellos y hacía remilgos ante una mosca, en tanto que otros son más juiciosos; en estos últimos, los individuos son más libres, porque son tratados menos á la baqueta. Pero libre, no lo soy en ningún Estado. Su famosa tolerancia no se ejerce más que en favor de lo que es «inofensivo» y «sin peligro»; no es más que su encogerse de hombros ante lo que no vale para tenerlo en cuenta; y es tan sólo un despotismo más imponente, más augusto y más orgulloso. Cierto Estado ha manifestado durante algún tiempo veleidades de elevarse por cima de las disputas literarias y permitir á todos entregarse á ellas á su pleno agrado; la Inglaterra lleva la cabeza demasiado alta para oir el rumor de la multitud y oler el humo del tabaco. Pero, ¡ay de la literatura que ataca al Estado mismo, ay de las revueltas populares que ponen al Estado en peligro! En el Estado á que hacíamos alusión se sueña con una «ciencia libre», y en Inglaterra se sueña con una «vida popular libre».

El Estado deja cuanto es posible á los individuos jugar libremente, con tal que no tomen su juego por lo serio y no lo pierdan de vista, á él, al Estado. No pueden establecerse de hombre á hombre relaciones que no sean

Digitized by Google

turbadas, sin «vigilancia é intervención superior». Yo no puedo hacer todo aquello de que sería capaz, sino sólo lo que el Estado me permite hacer; no puedo hacer valer ni mis pensamientos, ni mi trabajo, ni, en general, nada de lo que es de mí.

El Estado no persigue jamás sino un fin: limitar, encadenar, sujetar al individuo, subordinarlo á una generalidad cualquiera. No puede subsistir sino á condición de que el individuo no sea para sí mismo todo en todo; implica de toda necesidad la limitación del yo, mi mutilación y mi esclavitud. Jamás el Estado se propone estimular la libre actividad del individuo; la sola actividad que alienta es la que se refiere al fin que él mismo persigue. Jamás tampoco es capaz el Estado de producir nada colectivo; no se puede decir que un tejido es la obra «colectiva» de las diferentes partes de una máquina, es más bien la obra de toda la máquina, considerada como una unidad; lo mismo ocurre con todo lo que sale de la máquina del Estado, porque el Estado es el resorte que pone en movimiento los rodajes de los espíritus individuales, de los que ninguno sigue su propio impulso. El Estado procura por su censura, su vigilancia y su policía, refrenar toda actividad libre; representando su papel de trabaruedas, cree (con razón, por otra parte, porque su conservación es á ese precio) cumplir su deber. El Estado quiere hacer del hombre alguna cosa, quiere moldearlo; así el hombre, en cuanto viviendo en un Estado no es más que un hombre facticio, el que quiera ser él mismo, es el adversario del Estado y no es nada. «No es nada» significa: el Estado no lo utiliza, no le concede ningún título, ningún empleo, ninguna comisión, etc.

E. Baüer, en sus *Liberalen Bestrebungen* (Reivindicaciones liberales, II, 50), sueña con «un gobierno que, salido del pueblo, no pueda nunca encontrarse en oposición

Digitized by Google

con él». Es verdad que él mismo retira (pág. 69) la palabra «gobierno»: «En una República no puede haber gobierno, no hay sitio más que para un Poder ejecutivo. Pura y simple emanación del pueblo, ese Poder no podría oponerle ni un Poder independiente ni principios y funcionarios suyos; no tendría otro fundamento, y su autoridad y sus principios no tendrán otra fuente que el pueblo, única y suprema potencia del Estado. La noción de gobierno es incompatible con la de Estado democrático.» Pero eso viene á ser lo mismo. Todo lo que emana, procede ó se deriva de una cosa, se hace independiente, y, como el niño salido del seno de la madre, se pone inmediatamente en oposición con ella. El Gobierno, sin ese carácter de independencia y de oposición, no sería nada absolutamente.

«En el Estado libre no hay gobierno», etc. (pág. 94). Esto quiere simplemente decir que el pueblo, cuando es el soberano, no se deja regentar por un poder superior. ¿Pero sucede de otro modo en la Monarquía absoluta? Quien dice soberano, excluye toda idea de un poder superior. Ya se llame el soberano Príncipe ó Pueblo, jamás puede haber un Gobierno por cima de él; eso se cae de su peso. Pero en todo Estado, absoluto, republicano ó «libre», habrá siempre un Gobierno por cima de mí, y yo no me hallaré mejor en el uno que en el otro.

La República no es más que una Monarquía absoluta, porque poco importa que el soberano se llame Príncipe ó Pueblo: uno y otro son una «Majestad.»

El régimen constitucional demuestra precisamente que nadie quiere ni puede resignarse á no ser más que un instrumento. Los Ministros dominan á su señor, el Príncipe, y los diputados dominan á su señor, el Pueblo. El Príncipe debe conformarse á la voluntad de los Ministros, y el Pueblo debe dejarse llevar cogido por la

Digitized by Google

nariz á donde plazca á las Cámaras conducirlo. El constitucionalismo va más lejos que la República, puesto que allí el Estado es concebido como en disolución.

E. Baüer niega (pág. 56) que en el Estado constitucional, el Pueblo sea una «personalidad.»—¿Y en la República? En el Estado constitucional, el Pueblo es un partido, y un partido es ciertamente una «persona», si os place hablar de una persona moral ó «política» (pág. 76). El hecho es que una persona moral, ya se la bautice como partido popular, Pueblo ó aun «el Señor», no es en modo ninguno una persona, sino un fantasma.

Más lejos, E. Baüer añade (pág. 69): «La tutela es la característica de todo Gobierno.» En verdad, es más todavía la de un pueblo y de un «Estado democrático»; es el carácter esencial de toda *arquía*. Un Estado democrático que «resume en sí todo poder», que es «señor absoluto», no puede dejarme llegar á ser mayor de edad y usar de mis fuerzas. ¡Y qué niñería no querer ya dar á los funcionarios elegidos por el pueblo el nombre de «servidores» y de «instrumentos», so pretexto de que son «los ejecutores de la voluntad libre y razonable que el pueblo expresa en sus leyes!» (pág. 73).

«No puede ponerse unidad en el Estado, dice además (pág. 74), sino subordinando todas las administraciones á las intenciones del Gobierno.» Pero su Estado democrático debe, él también, tener «unidad»; ¿cómo pasarse sin la subordinación, la sumisión á la voluntad del pueblo?

«En un Estado constitucional, todo el edificio gubernamental reposa en definitiva sobre el Regente y depende de su sentimiento» (pág. 130). ¿Cómo podría ser de otro modo en un «Estado democrático?» ¿No estaría yo allí igualmente regido por el sentimiento popular? ¿Y constituye para Mí una gran diferencia depender de los

Digitized by Google

sentimientos de un Príncipe ó depender de los sentimientos del pueblo, de lo que se llama la «opinión pública?» Si, como E. Baüer lo dice con razón, dependencia equivale á «relación religiosa», el pueblo quedará siendo para Mí, en un Estado democrático, un poder superior, una «majestad» (la «majestad» es propiamente la esencia del Dios y del Príncipe), con la que estaré en una relación religiosa.—Y el pueblo soberano sería irresponsable, como lo es el Regente constitucional. Todos los esfuerzos de E. Baüer vienen á parar á un cambio de señor. En lugar de querer libertar al pueblo, habría debido ocuparse en la sola libertad realizable, en la suya.

En el Estado constitucional, el absolutismo ha acabado por entrar en lucha consigo mismo, porque ha conducido á un antagonismo: el Gobierno quiere ser absoluto y el pueblo quiere ser absoluto. Esos dos absolutos se destruirán uno á otro.

E. Baüer se indigna de que el Rey constitucional sea dado por el nacimiento, es decir, por el azar. Pero cuando el pueblo haya venido á ser la única potencia en el Estado (pág. 132), ¿no es á un azar semejante al que deberemos tenerlo por señor? ¿Qué es, pues, el pueblo? El pueblo no ha sido nunca más que el cuerpo del Gobierno: es varios cuerpos bajo un mismo gorro (corona de Príncipe), ó varios cuerpos bajo una misma Constitución. Y la Constitución es el Príncipe. Príncipes y pueblos no pueden subsistir sino en tanto que no se identifican. Cuando varios pueblos están reunidos bajo una misma Constitución, como se ha visto, por ejemplo, en la antigua Monarquía persa, y se ve todavía hoy, esos «pueblos» no se cuentan ya más que como «provincias.» Frente á Mí, en todo caso, el pueblo no es más que una potencia fortuíta; es una fuerza de la Naturaleza, un enemigo que debo vencer.

Digitized by Google

¿Qué se debe entender por un pueblo «organizado» (ídem pág. 132). Un pueblo «que no tiene ya Gobierno» y que se gobierna él mismo. Esto es, en el cual ningún Yo pasa del nivel; un pueblo organizado por el ostracismo. El ostracismo, el destierro de los «Yo», hace del pueblo su propio gobernante.

Si habláis de un pueblo, debéis también hablar de un Príncipe, porque para ser, para vivir y para hacer historia, el pueblo debe, como todo lo que obra, tener una cabeza, un «jefe.» Es lo que Proudhon expresa diciendo: «Una sociedad, por decirlo así, acéfala, no puede vivir.»

Se invoca á cada instante hoy la *vox populi;* la «opinión pública» debe gobernar á los Príncipes. Es muy cierto que la *vox populi* es al mismo tiempo *vox Dei;* ¿mas para qué la una y la otra? ¿Y la *vox principis* no es también *vox Dei?*

Puede recordarse aquí á los «nacionalistas». Querer hacer de los treinta y ocho Estados de Alemania una nación, es tan absurdo como la empresa de reunir en un solo enjambre treinta y ocho enjambres de abejas conducidos por sus treinta y ocho reinas. Todas son abejas, pero no es en cuanto abejas como se acompañan unas á otras y pueden unirse: están simplemente como abejas súbditas, ligadas á sus soberanas, las reinas. Abejas y pueblos están sin voluntad, y el instinto de sus reinas los conduce.

Recordando á las abejas la cualidad de abejas que les es común, se haría exactamente lo que con tanto ruido se hace hoy cuando se recuerda á los alemanes su cualidad de alemanes. El hecho de ser alemanes tiene de común, con el hecho de ser abejas, que encierra en sí la necesidad de escisiones y de separaciones sin implicar, sin embargo, la última separación, la que, cumplien-

Digitized by Google

do la separación radical, haría salir de ella al mismo tiempo el fin de toda separación. Doy á entender la separación entre el hombre y el hombre.

De la cualidad de alemanes participan diversos pueblos y diversas tribus, es decir, diversas colmenas de abejas; pero el individuo que tiene la propiedad de ser un alemán es todavía tan por completo impotente como la abeja aislada. Y, sin embargo, sólo los individuos pueden aliarse; todas las alianzas y todas las ligas entre pueblos son y quedarán siendo ensambladuras mecánicas, porque los que están así unidos (desde el momento en que se considere que son los pueblos los que se unen) no tienen voluntad. Sólo cuando la última separación se haya efectuado, cesará la separación misma para transformarse en alianza.

Los nacionalistas se esfuerzan en hacer una unidad abstracta y sin vida de todo lo que es abeja. Los individualistas lucharán por la unidad personalmente querida que nace de la asociación. Es la marca de todas las tendencias reaccionarias querer instaurar algo general, abstracto, un concepto vacío y sin vida, en tanto que los votos de los egoístas tienden á libertar á los individuos llenos de vida y de vigor de la carga de las generalidades abstractas. Los reaccionarios querrían hacer que brotase de la tierra un pueblo, una nación; los egoístas no miran más que á ellos mismos. En el fondo, las dos tendencias actualmente á la orden del día, la tendencia particularista al restablecimiento de los derechos provinciales y de las antiguas distinciones de razas (francos, bávaros, etc., Lusacia, etc.), y la tendencia unitaria al restablecimiento de la unidad nacional, tienen igual origen é igual significación. Los alemanes no estarán unidos, es decir, no se unirán, hasta el día en que hayan enviado al diablo su cualidad de abejas, y echado á

Digitized by Google

tierra todas sus colmenas, ó, en otros términos, hasta el día en que no sean más que alemanes; entonces solamente podrían formar una «asociación alemana». No es ni á su nacionalidad, ni al vientre de su madre donde deben volver para conseguir un renacimiento; ¡que cada cual vuelva á sí mismo! ¿No es un espectáculo sentimental prodigiosamente ridículo, el de un alemán que estrecha la mano á su vecino con santa emoción, porque «también es un alemán»? ¡Ved lo que adelanta con eso! Pero no os ríais, eso pasará por muy conmovedor, en tanto que se sueñe aún con «fraternidad» y no haya sido muerta la voz de la sangre. Nuestros nacionalistas, que pretenden fabricar una gran familia alemana, son incapaces de librarse de la superstición, de la «piedad», de la «fraternidad», del «amor filial», y de todos los floreos sentimentales que componen el repertorio del espíritu de familia.

Bastaría, sin embargo, á dichos nacionalistas comprender bien ellos mismos lo que quieren para no entregarse ya á los abrazos de los teutómanos de novela, porque la coalición con la mira de resultados y de intereses materiales que predican á los alemanes no es más que una asociación voluntaria, activa y espontánea.

La impersonalidad de lo que se llama pueblo y nación resalta en el hecho de que un pueblo que quiere hacer todo lo posible para hacer valer su Yo, coloca á su cabeza á un jefe sin voluntad. No puede escapar de este dilema: ó bien ser avasallado á un Príncipe que no realice más que á sí mismo y su real agrado personal — y en este caso no reconocerá en ese «señor absoluto» su propia voluntad, la voluntad popular— ó bien izar sobre el trono á un Príncipe de palo que no atestigüe ninguna voluntad personal — y en este caso tendrá un Príncipe sin voluntad, que se podría, sin ningún inconveniente,

Digitized by Google

reemplazar por un mecanismo de relojería bien arreglado. De estas consideraciones resulta, claro como la luz, que el yo del pueblo es una impotencia impersonal, «espiritual»—la ley. El yo del pueblo es, por consiguiente, un fantasma y no un yo. Yo no soy un Yo, sino porque soy Yo quien me hago, es decir, porque Yo no soy la obra de otro, sino propiamente mi obra. ¿Y qué es el yo del pueblo? Un azar se lo da, las circunstancias le imponen tal ó cual señor hereditario, ó le procuran el jefe que elige; no es su producto el producto del pueblo «soberano», como Yo soy mi producto. Figúrate que se te quiera persuadir de que tú no eres tú, sino que tú eres Pedro ó Pablo. Eso le sucede al pueblo y no puede ser de otro modo, porque el pueblo no tiene un yo más que los once planetas reunidos lo tienen, aun cuando gravitan alrededor de un centro común.

Durante largo tiempo el hombre ha pasado por un ciudadano del cielo. Se querría hacer de él hoy, como en tiempo de los griegos, un *soon politicon*, un ciudadano del Estado, un hombre público. El griego fue enterrado bajo las ruínas de su Estado, y el ciudadano celeste caerá con su cielo. Pero no pretendemos que la nación, la nacionalidad ó el pueblo, nos arrastren en su caída; no entendemos que no seamos más que animales políticos. Desde la revolución se procura hacer la felicidad del pueblo; ¡y para hacer al pueblo feliz, grande, etc., se nos hace desgraciados! La felicidad del pueblo es mi desgracia.

Se puede juzgar del vacío que cubren con su énfasis los discursos de los liberales políticos hojeando la obra de Nauwerk, *Veber die Theil nahme am Staate* (Sobre la participación en el Estado). El autor se queja de la indiferencia y de la apatía que impiden á las gentes ser ciudadanos en toda la acepción de la palabra, y se

Digitized by Google

expresa como si no fuera posible ser hombre sino á condición de tomar una parte activa en la vida del Estado; es decir, á condición de representar un papel político. En eso es lógico, porque si se considera al Estado como el depositario y el guardián de toda «humanidad», no podemos tener nada de humano si no participamos en él. ¿Pero en qué toca eso al egoísta? En nada, porque el egoísta es él mismo, el guardián de su humanidad y la sola cosa que pide al Estado es que no le quite el sol. No más que si el Estado llega á tocar su propiedad, sale el egoísta de su indiferencia. Si los negocios del Estado no alcanzan al sabio encerrado en su gabinete, debe él inquietarse por ellos, porque esa solicitud es «el más sagrado de sus deberes.» En tanto que el Estado no se atraviese en sus estudios favoritos, ¿qué necesidad tiene de dejarse distraer de ellos? Inquiétense por la marcha del Estado aquellos que están personalmente interesados en verlo permanecer como está ó cambiar.

No es la idea de un deber sagrado que cumplir lo que impulsa ni impulsará nunca á nadie á consagrar sus vigilias al Estado, como no es «por deber» por lo que uno se hace discípulo de la Ciencia, artista, etc.; sólo el egoísmo puede conducir á ello. Demostrad á las gentes que su egoísmo exige que ofrezcan su concurso al Estado, y no tendréis necesidad de exhortarlas largo tiempo; pero si apelais á su patriotismo, etc., predicaréis mucho tiempo ese «servicio de amor» á corazones sordos. El hecho es que nunca los egoístas participarán, como vosotros lo entendéis, de la vida del Estado.

Encuentro en Nauwerk una frase impregnada del más puro liberalismo: «El hombre no cumple su misión sino en cuanto sepa y sienta miembro de la humanidad y obre como tal». Y más lejos: «Tales como las concibe el teólogo, las relaciones del hombre con el Estado se

Digitized by Google

reducen á no ser más que un puro asunto privado, lo que equivale á negarlas y destruirlas». ¿Y la religión, tal como la concibe el político, qué viene á ser? Un «asunto privado».

Si en lugar de hablarles del «deber sagrado», del «destino del hombre», de la «vocación de ser perfectamente humanos» y de otros mandamientos de la misma especie, se representara á las gentes el mal que causan á su interés, dejando ir al Estado como va, se les hablaría, fuera de los recursos oratorios, el mismo lenguaje que se les habla en los momentos críticos cuando uno quiere alcanzar su objeto. Pero en vez de eso, nuestro teologófobo exclama: «Si hubo alguna vez un tiempo en que el Estado tuviese que poder contar con todos los suyos, es, en verdad, el nuestro.—El hombre que piensa reconoce en la cooperación teórica y práctica al Estado un deber y uno de los deberes más sagrados que pueden incumbirles». Luego examina más de cerca la «necesidad categórica que hay para cada cual de interesarse por el Estado».

Es un político, y lo seguirá siendo por toda la eternidad, aquel que aloja al Estado en su cabeza ó en su corazón, ó en los dos á la vez: es un poseído del Estado, tiene la fe.

«El Estado es la condición indispensable del desarrollo integral de la humanidad». Ciertamente, lo fue tanto tiempo como nos propusimos desarrollar la humanidad; pero ahora que queremos desarrollarnos, no puede sernos ya más que un estorbo.

¿Puede proponerse todavía hoy reformar y mejorar el Estado y el pueblo? No más que la nobleza, el clero, la Iglesia, etc.; se puede suspenderlos, destruirlos, suprimirlos; pero no reformarlos. No es reformándolo como se hace de un absurdo una cosa sensata; más vale desecharlo inmediatamente.

Digitized by Google

No debe ya, en el porvenir, tratarse del Estado (Constitución del Estado, etc.), sino de Mí. Todas las cuestiones relativas al Poder soberano, á la Constitución, etc., caen de nuevo así en el abismo de que no habría debido salir, su nada. Yo, esta nada, haré brotar de mí mismo mis creaciones.

***

Con el capítulo de la Sociedad se relaciona el del «partido», cuyas alabanzas se han cantado en estos últimos tiempos.

Hay en el Estado partidos. «¡Mi partido! ¡Quién querría no tener partido!» Pero el individuo es único, y no es miembro de un partido. Libremente se une, y después se separa libremente. Un partido no es otra cosa que un Estado dentro del Estado, y la «paz» debe reinar en ese pequeño enjambre de abejas como en el grande. Aun aquellos que proclaman con más energía que es preciso que haya en el Estado una oposición, son los primeros en indignarse contra la discordia de los partidos. Prueba de que ellos tampoco quieren más que un Estado Contra el individuo y no contra el Estado se rompen todos los partidos.

No hay nada que se oiga más á menudo hoy que la exhortación á permanecer fiel á su partido; los hombres de partido no desprecian nada tanto como á un renegado. Se debe marchar con los ojos cerrados detrás de su partido y aprobar y adoptar sin reserva todos sus principios. En verdad, el mal no es tan grande aquí como en ciertas sociedades que ligan á sus miembros por leyes ó estatutos fijos é inmutables (por ejemplo, las órdenes religiosas, la sociedad de Jesús, etc.). Pero el partido cesa de ser una asociación desde el momento en que

Digitized by Google

quiere hacer obligatorios ciertos principios y ponerlos por cima de toda discusión y de todo ataque: es precisamente ese momento el que marca el nacimiento del partido. Tan luego se ha constituído el partido y en cuanto partido, es una sociedad nacida, una alianza muerta, una idea convertida en idea fija. El partido del absolutismo no puede tolerar en ninguno de sus miembros la menor duda sobre la verdad del principio absolutista. Esa duda no les sería posible más que si fueran bastante egoistas para querer ser todavía alguna cosa fuera de su partido, es decir, para querer ser «imparciales». No pueden ser imparciales más que como egoistas y no como hombres de partido. Si eres protestante y perteneces al partido que es el Protestantismo, no puedes más que mantener á tu partido en el buen camino; en rigor podrías «purificarlo», pero no rechazarlo. ¿Eres Cristiano, estás alistado en el partido cristiano? No puedes salir de él en cuanto miembro de ese partido; si haces transgresión de su disciplina, será sólo cuando tu egoísmo, es decir, tu «imparcialidad» te impulse á ello. Por esfuerzos que hayan hecho los cristianos, hasta Hegel y los comunistas inclusive, para fortificar su partido, han quedado en esto: debiendo encerrar el Cristianismo la verdad eterna, basta extraerla de él, demostrarla y hacerla aceptar.

En suma, el partido es contradictorio á la imparcialidad y esta última es una manifestación del egoísmo. ¿Qué me importa, por otro lado, el partido? Yo encontraré siempre bastantes compañeros que se reunan á mí sin prestar juramento á mi bandera.

Si alguno pasa de un partido á otro se le llama inmediatamente tránsfuga, desertor, renegado, apóstata, etcétera. La Moral, en efecto, exige que uno se adhiera firmemente á su partido; hacerle traición es mancharse

Digitized by Google

con el crimen de «infidelidad»; pero la individualidad no conoce ni «fidelidad» ni «abnegación» de precepto; permite todo, comprendida la apostasía, la deserción y demás. Los Morales mismos se dejan inconscientemente dirigir por el principio egoista cuando tienen que juzgar á alguno que abandona su partido para unirse al de ellos; más aún, ¡no tienen ningún escrúpulo en ir á reclutar partidarios en el campo opuesto! Sólo que deberían tener conciencia de una cosa, y es que es necesario obrar de una manera inmoral para obrar de una manera personal, lo que equivale á decir que es preciso saber romper su fe y hasta su juramento si uno quiere determinarse á sí mismo en lugar de dejarse determinar por consideraciones morales. Un apóstata se pinta siempre bajo colores dudosos á los ojos de las gentes de moralidad severa; no le concederán fácilmente su confianza, porque está manchado de una «traición», es decir, de una inmoralidad. Ese sentimiento es casi general entre las gentes de cultura inferior. Los más ilustrados están sobre ese punto, como sobre todos, inciertos y turbados; la confusión de sus ideas no les permite tener claramente conciencia de la contradicción á que los estrecha necesariamente el principio de moralidad. No se atreven á acusar francamente al apóstata de inmoralidad, porque ellos mismos predican, en suma, la apostasía, el paso de una religión á otra, etc.; por otra parte, no se atreven á abandonar su punto de apoyo en la moralidad. ¡Qué excelente ocasión, sin embargo, de arreglarla por cima de la borda!

¿Los Individuos ó Únicos son de su partido?

¡Eh! ¿Cómo podrían ser únicos si perteneciesen á un partido?

¿No se puede, pues, ser de ningún partido? Entendámonos. Al entrar en vuestro partido y en vuestros círcu-

Digitized by Google

los, yo concluyo con vosotros una alianza, que durará tanto tiempo como vuestro partido y yo persigamos el mismo objeto. Pero si hoy me uno todavía á su programa, mañana quizá no podré ya hacerlo y le vendré á ser «infiel». El partido no tiene para mí nada que me ligue, nada obligatorio, y yo no lo respeto; si cesa de agradarme, me vuelvo contra él.

Los miembros de todo partido que atiende á su existencia y á su conservación, tienen tanta menos libertad, ó más exactamente, tanta menos personalidad, y carecen tanto más de egoísmo, cuanto más completamente se someten á todas las exigencias de ese partido. La independencia del partido implica la dependencia de sus miembros.

Un partido, cualquiera que sea, no puede jamás pasarse sin una profesión de fe, porque sus miembros deben creer en su principio y no ponerlo en duda sin discutirlo: debe ser para ellos un axioma cierto é indudable. En otros términos: se debe pertenecer en cuerpo y alma á su partido; si no, no es uno ya verdaderamente un hombre de partido, es más ó menos un egoísta. Que la menor duda se eleve en ti acerca del cristianismo, y no serás ya un verdadero cristiano, tú que habrás tenido la impiedad grande de examinar el dogma y de arrastrar al cristianismo ante el tribunal de tu egoísmo. Te habrás hecho culpable para con el cristianismo, ese asunto de partido (asunto de partido, porque no es el asunto, por ejemplo, de los judíos, que son de otro partido). Pero tanto mejor para ti si un pecado no te espanta; tu audaz impiedad va á ayudarte á alcanzar la individualidad.

Así pues, un egoísta ¿no podrá nunca abrazar un partido, no podrá nunca tener partido? ¡Pues sí; lo puede perfectamente, con tal que no se deje coger y encadenar

Digitized by Google

por el partido! El partido no es nunca para él más que una partida; él es de la partida, toma parte en ella.

***

El mejor Estado es evidentemente el que contiene los ciudadanos más fieles á la ley. A medida que el noble sentimiento de la legalidad languidece y se extingue, el Estado, que es un sistema de moralidad y la vida moral misma, ve bajar sus fuerzas y decrecer sus bienes. Con los buenos ciudadanos desaparece el buen Estado; zozobra en la anarquía. «¡Respeto á la ley!» tal es el cimiento que mantiene de pie todo el edificio de un Estado. «La ley es sagrada; el que la viola es un criminal». Sin el crimen no hay Estado. El mundo moral, y es el Estado, está lleno de bribones, de engañadores, de embusteros, de ladrones, etc. Siendo el Estado la «soberanía de la ley» y su jerarquía, el egoísta no puede conseguir sus fines más que por el crimen en todos los casos en que su interés es opuesto al del Estado.

El Estado no puede dejar de exigir que sus leyes sean tenidas por sagradas. Así, el individuo es hoy frente al Estado exactamente lo que era en tiempos pasados frente á la Iglesia: un profano (un bárbaro, un hombre en estado natural, un «egoísta», etc.). Ante el individuo, el Estado se ciñe de una aureola de santidad. Hace, por ejemplo, una ley sobre el duelo. Dos hombres que convienen en arriesgar su vida á fin de arreglar un asunto (cualquiera que sea), no pueden ejecutar su convenio, porque el Estado no lo quiere; se expondrían á diligencias judiciales y á un castigo. ¿Qué viene á ser la libertad del arbitrio? Completamente distinto ocurre allí donde, como en la América del Norte, la sociedad decide hacer sufrir á los duelistas ciertas consecuencias des-

Digitized by Google

agradables de su acto, y les retira, por ejemplo, el crédito de que habían gozado anteriormente. Rehusar su crédito es negocio de cada cual, y si place á una sociedad retirarlo á alguno por una ú otra razón, el que ella hiere no puede quejarse de un ataque á su libertad; la sociedad no ha hecho más que usar de la suya. No se trata ya aquí de una expiación, ni del castigo de un crimen. En la América del Norte el duelo no es un crimen, es un acto contra el cual la sociedad toma medidas de prudencia y se preserva. El Estado, por el contrario, califica el duelo de crimen, es decir, violación de su ley sagrada; hace de él un asunto criminal. La sociedad de que hablábamos deja al individuo perfectamente libre de exponerse á las consecuencias funestas ó desagradables que le acarree su manera de obrar, y deja plena y entera su libertad de querer; el Estado hace precisamente lo contrario: niega toda legitimidad á la voluntad del individuo y no reconoce como legítima más que su propia voluntad, la ley del Estado. Resulta de aquí que, el que comete trasgresión de los mandamientos del Estado, puede ser considerado como violador de los mandamientos de Dios, opinión, por otra parte, que la Iglesia ha sostenido. Dios es la santidad en sí y por sí, y los mandamientos de la Iglesia, como los del Estado, son las órdenes que esa santidad da al mundo por mediación de sus sacerdotes ó de sus señores de derecho divino. La Iglesia tenía los pecados mortales, el Estado tiene los crímenes que acarrean la muerte; ella tenía sus heréticos, él tiene sus traidores; ella tenía penitencias, él tiene penalidades; ella tenía los inquisidores, él tiene los agentes del fisco; en suma, ¡para la una el pecado, para el otro el crimen; allá, el pecador; aquí, el criminal; allá, la inquisición, y aquí, también la inquisición! ¿No caerá la santidad del Estado como ha caído la santidad de la Igle-

Digitized by Google

sia? El temor de sus leyes, el respeto de su majestad, la miseria y la humillación de sus súbditos, todo eso, ¿va á durar? ¿No llegará un día en que se cese de prosternarse ante la imagen del santo?

¡Qué locura exigir que el poder del Estado luche con armas iguales con el individuo, y, como se ha dicho á propósito de la libertad de la Prensa, parta con su adversario el viento y el sol! Para que el Estado, esa idea, tenga un poder real, debe ser una potencia superior al individuo. El Estado es «sagrado»; así pues, no puede presentar su flanco á los «ataques impíos» de los individuos. Si el Estado es sagrado, hace falta una censura. Los liberales políticos admiten las premisas y niegan la consecuencia. Sin embargo, conceden al Estado las medidas de represión, porque está bien convenido, y de ello no se desaferran, que el Estado es más que el individuo, y que su venganza, que él llama pena ó castigo, es legítima.

La palabra pena no tiene sentido más que si se designa la penitencia infligida al profanador de una cosa sagrada. El que tiene una cosa por sagrada, merece evidentemente que le sea infligida una pena desde que la ataca. Un hombre que respeta una vida humana porque esa vida le es sagrada y á quien la idea de atentar á ella le causa horror, es un hombre religioso.

Weitling imputa al «desorden social» todos los crímenes que se cometen, y espera que bajo el régimen comunista los crímenes se harán imposibles, habiendo desaparecido sus móviles (el dinero, por ejemplo). Pero su buen natural lo extravía, porque la sociedad organizada, tal como él la entiende, será también sagrada, inviolable. No faltarán gentes que, con la boca llena de profesiones de fe comunistas, trabajarán bajo mano en su ruína. En resumen, Weitling está bien obligado á ate-

Digitized by Google

nerse á los «medios curativos» que oponer á las enfermedades y á las debilidades inseparables de la naturaleza humana; pero esta palabra «curativo», ¿no indica ya que se considera á los individuos como «destinados á cierta cura» y que se les van á aplicar los remedios que «reclama» su naturaleza de hombres?

El remedio y la cura no son más que la otra faz del castigo y de la enmienda: la terapéutica del cuerpo hace pareja con la dietética del alma. Si esta ve en una acción un pecado contra el derecho, aquella ve un pecado del hombre contra sí mismo; el desarreglo de su salud. ¿No valdría más considerar simplemente lo que esa acción tiene de favorable ó de desfavorable para mí, y ver si es amiga ó enemiga? Yo la trataría entonces como mi propiedad, es decir, la conservaría ó la destruiría á mi agrado.

«Crimen» y «enfermedad» no son nombres que se aplican á una concepción egoísta de las cosas que designan; son juicios formados, no por mí, sino por otro, sobre la ofensa hecha al derecho en general, ó á la salud, ya sea la salud del individuo (del enfermo) ó de la generalidad (de la Sociedad). No se tiene ningún miramiento para el «crimen», mientras que se usa para la enfermedad de dulzura, de compasión, etc.

El crimen es seguido del castigo. Si lo sagrado desaparece, arrastrando al crimen consigo, el castigo debe desaparecer igualmente, porque él tampoco tiene significación sino con referencia á lo sagrado. Se han abolido las penas eclesiásticas. ¿Por qué? Porque la forma en que uno se conduce para con el «santo Dios» es asunto de cada cual. Como ha caído la pena eclesiástica, deben caer todas las penas. Si el pecado para con su Dios es asunto personal de cada uno, igual ocurre con el pecado para con cualquier sagrado, sea lo que sea. Según la doc-

Digitized by Google

trina de nuestro derecho penal, que se esfuerzan en vano en hacer menos anacrónica, se castiga á los hombres por tal ó cual «inhumanidad»; y se demuestra así por el absurdo de sus consecuencias, la necedad de esas teorías que hacen ahorcar á los ladrones pequeños y dejan correr á los grandes. Para un atentado contra la propiedad se tiene el presidio, y para una «violación de pensamientos», para la opresión de los «derechos naturales del hombre», no se tienen más que representaciones y súplicas.

El Código penal sólo existe gracias á lo sagrado, y desaparecerá por sí mismo cuando se renuncie al castigo. Por todas partes, actualmente, se quiere crear un nuevo Código penal, sin experimentar el menor escrúpulo acerca de las penalidades por dictar. Es, sin embargo, justamente la pena la que debe desaparecer, para dejar el puesto á la satisfacción; satisfacción, una vez más, no del derecho ni de la justicia, sino de nosotros. Si alguno nos hace lo que no queremos que se nos haga, rompemos su poder y hacemos prevalecer el nuestro: nos damos satisfacción respecto á él, sin hacer la locura de querer dar satisfacción al derecho (al fantasma). Es el hombre el que debe defenderse contra el hombre, y no es lo sagrado, como tampoco es Dios quien se defiende contra el hombre, aunque en tiempos pasados, y á veces también en nuestros días, se haya visto á todos los «servidores de Dios» prestarle ayuda para castigar al impío, como la prestan hoy á lo sagrado. De esa consagración á lo sagrado resulta que, sin tener en ello interés vital y personal, se entrega á los malhechores á las garras de la policía y de los tribunales, se da procuración á las autoridades constituídas para que «administren lo mejor posible el dominio de lo sagrado», y se permanece neutral. El pueblo se pone con verdadera rabia á excitar á la policía contra todo lo que le parece

Digitized by Google

inmoral, ó á menudo simplemente inconveniente; y esa rabia de moralidad que posee el pueblo, es para la policía una protección mucho más segura que la que pudiera asegurarla el Gobierno.

Por el crimen es como el egoísta se ha afirmado siempre y ha derribado con mano sacrílega los santos ídolos de sus pedestales. Romper con lo sagrado, ó mejor aún, romper lo sagrado, puede hacerse general. No es una nueva revolución que se acerca; ¿pero potente, orgulloso, sin respeto, sin vergüenza, sin conciencia, no retumba un crimen con el trueno en el horizonte, y no ves que el cielo, henchido de presentimientos, se obscurece y se calla?

***

El que se resiste á gastar sus fuerzas por sociedades tan restringidas como la familia, el partido ó la nación, aspira siempre todavía á una sociedad de significación más elevada; cuando ha descubierto la «Sociedad humana» ó «la Humanidad», cree haber encontrado el objeto verdaderamente digno de su culto, por el que pondrá su honor en sacrificarse: á partir de ese momento, «su vida y sus servicios pertenecen á la Humanidad».

El Pueblo es el cuerpo, el Estado es el espíritu de esa persona soberana que me ha oprimido hasta aquí. Se ha querido transfigurar al Pueblo y al Estado ensanchándolos hasta ver en ellos respectivamente la «humanidad» y la «razón universal». Pero ese *magnificat* no conduce más que á hacer la servidumbre más pesada; filántropos y humanitarios son señores tan absolutos como los políticos y los diplomáticos.

Los críticos contemporáneos declaman contra la Religión porque, colocando á Dios, lo divino, lo moral, etc.,

Digitized by Google

fuera del hombre, hace de ello algo objetivo, en tanto que ellos, por el contrario, prefieren dejar esos asuntos en el hombre. Pero no los vuelcan menos en el surco religioso, é imponen ellos también una «vocación» al hombre, queriendo lo divino, humano, etc.: moralidad, libertad, humanidad, etc., deben ser su esencia. La política, como la Religión, pretendió encargarse de la «educación» del hombre, conducirlo á la realización de su «esencia» y de su «destino»; en una palabra, hacer de él alguna cosa, es decir, hacer de él un verdadero hombre: la una entiende por eso un «verdadero creyente», la otra un «verdadero ciudadano» ó un «verdadero súbdito». En suma, ya llaméis mi vocación divina ó humana, ello viene á ser lo mismo.

Religión y política colocan al hombre en el terreno del deber. Debe llegar á ser esto ó aquello, debe ser así y no de otro modo. Con ese postulado, ese mandato, cada cual se eleva, no sólo por cima de los demás, sino también por cima de sí mismo. Nuestros críticos dicen: «tú debes ser completamente hombre, debes ser un hombre libre». Ellos también están en vías de proclamar una nueva Religión y de erigir un nuevo ideal absoluto, un ideal que será la libertad. Los hombres deben ser libres. No habría que extrañarse de ver aparecer misioneros de la libertad, semejantes á los misioneros de la fe que el Cristianismo, convencido de que todos los hombres estaban destinados á hacerse cristianos, enviaba á la conquista del mundo pagano. Y lo mismo que hasta el presente la fe se ha constituído en Iglesia y la moralidad en Estado, la libertad podría seguir su ejemplo y constituirse en una comunión nueva que practicase á su vez la «propaganda». No hay evidentemente ninguna razón de oponerse á un ensayo de asociación, cualquiera que sea; pero tanto más enérgicamente hace falta oponerse á toda

Digitized by Google

resurrección de la antigua cura de almas, de la tutela, en una palabra, del principio, que quiere que se haga de nosotros alguna cosa, ya sea cristianos, súbditos ó libertados y hombres.

Se puede, sí, con Feuerbach y otros, decir que la Religión ha despojado al hombre de lo humano, y que ha transportado ese humano á un más allá tan lejano, que se hace inaccesible y que adquiere una existencia propia y toma la forma de una persona, de un «Dios». Pero ahí no está todo el error de la Religión. Se podría muy bien dejar de creer en la personalidad de la parte de humanidad que fue retirada al hombre; se podría muy bien transformar al dios en divino y permanecer, no obstante, religioso. Porque ser religioso es no estar completamente satisfecho del hombre presente, es imaginar una «perfección» que debe ser alcanzada y figurarse al hombre «tendiendo á perfeccionarse». («Por eso debéis llegar á ser perfectos, como lo es vuestro Padre celestial.» San Mateo, v. 48.) Ser religioso es fijarse un ideal, un absoluto. La perfección es el «supremo bien», el *finis bonorum*, y el ideal de cada uno es el hombre perfecto, el verdadero hombre, el hombre libre, etc.

Los esfuerzos de la época actual tienden á instaurar, á guisa de ideal, el «hombre libre». Si se consiguiese, ese ideal nuevo tendría por consecuencia una nueva religión, nuevas aspiraciones, nuevos tormentos, una nueva devoción, una nueva divinidad, nuevos remordimientos.

El ideal de la «libertad absoluta» ha hecho divagar, como lo hace todo absoluto. Según Hess, por ejemplo, esa libertad absoluta sería «realizable en la sociedad humana absoluta»; y un poco después, el mismo autor llama á esa realización una «vocación» y define la libertad una «moralidad»: es preciso inaugurar el reinado de la «Justicia» (*id est:* igualdad) y de la «Moralidad» (*id est:* libertad).

Digitized by Google

Os burlais del que, en tanto que los miembros de su tribu, de su familia, de su nación, etc., penan y merecen, se limita á «hincharse» vanidosamente con los altos hechos de sus compañeros. No menos ciego es el que pone toda su gloria en ser «hombre». Ni él ni el parásito jactancioso de antes fundan el sentimiento de su valor en una exclusión, sino en una conexión, en el lazo que los une á los demás: lazo de la sangre, lazo de la nacionalidad ó lazo de la humanidad.

Los «nacionalistas» de hoy han reavivado la discusión entre los que piensan no tener en las venas más que una sangre puramente humana y no estar ligados más que por lazos puramente humanos, y los que se jactan de una sangre especial y lazos especiales.

Si consideramos el orgullo como la conciencia de un valor (valor que puede ser exagerado, pero poco importa), comprobamos una diferencia enorme entre el orgullo de «pertenecer» á una nación, es decir, ser la propiedad de esa nación, y el orgullo de llamar á una nacionalidad su propiedad. Mi nacionalidad es uno de mis predicados, una de mis propiedades, en tanto que la nación es mi propietaria y mi señora. Si tú posees la fuerza física, podrás emplearla en tiempo útil, y ella te podrá procurar esa satisfacción de conocer tu valor, que se llama orgullo. Pero si es tu gran vigoroso cuerpo el que te posee, te impulsará por todas partes y en los momentos menos oportunos á exhibir su vigor: no podrás estrechar la mano á nadie sin aplastársela.

Una vez que consigue uno convencerse de que es más que el miembro de una familia, el hijo de una raza, el individuo de un pueblo, etc., llega finalmente á decir: Uno es más que todo eso, porque es hombre, ó también: el Hombre es más que el judío, el alemán, etc. «¡Que cada cual sea, pues, entera y únicamente hombre!» Pero no

Digitized by Google

valdría más decir: si somos más que lo que pueden expresar todos los nombres que se nos den, queremos ser más que hombres, por la misma razón que vosotros queréis ser más que judíos y más que alemanes. Los nacionalistas tienen razón: no se puede renegar de su nacionalidad; pero los humanitarios tienen también razón: no debe uno encerrarse en los estrechos límites de su nacionalidad. A la individualidad corresponde resolver esta contradicción: la nacionalidad es mi propiedad, pero Yo no me mantengo todo entero en una de mis propiedades; la humanidad también es mi propiedad, pero Yo sólo soy, quien por mi unicidad, doy al hombre su existencia.

La Historia busca al hombre; ¡pero el hombre eres tú, soy yo, somos nosotros! Después de haberlo tomado por un sér misterioso, una divinidad, y haberlo buscado en el Dios primero, después en el Hombre (la humanidad, el género humano), lo he encontrado al fin en el individuo limitado y pasajero, en el Unico.

Yo soy poseedor de la humanidad, Yo soy la humanidad y Yo no hago nada por el bien de otra humanidad. Estás loco tú, que siendo una humanidad única, te remontas á fin de vivir para otra que la que tú mismo eres.

***

Las relaciones del Yo con el mundo humano que hemos examinado hasta aquí, se prestan á tales desarrollos y nos abren tan ricas perspectivas, que en otras circunstancias nunca nos podríamos extender demasiado en ellas. Pero no nos proponemos por el momento más que indicarlo á grandes rasgos, y nos vemos obligados á interrumpirnos para pasar al examen de otros dos lados

Digitized by Google

de la cuestión. Yo no estoy sólo en relación con los hombres en cuanto representantes de la idea de «Hombre», ó en cuanto hijos del Hombre (¿por qué no decir «hijos del Hombre», puesto que se dice «hijos de Dios?»): estoy, aparte de eso, en relación con lo que tienen del Hombre y llaman su propiedad. En otros términos: estoy en relaciones, no sólo con lo que son como hombres, sino también con su haber humano. Después de haber tratado del mundo de los hombres, debo, pues, para llenar el cuadro que me he trazado, pasar al examen del mundo de las sensaciones y de las ideas, y decir algunas palabras de lo que los hombres llaman su propiedad: los bienes, tanto materiales como espirituales.

En tanto que la noción de Hombre se desarrollaba y de ella se adquiría una inteligencia más clara, tuvimos que respetarla bajo las diversas formas personales de que se la revistió; del último y más elevado de sus avatares salió, en fin, el mandamiento de «respetar en cada uno al Hombre.» Pero si yo respeto al Hombre, mi respeto debe extenderse igualmente á todo lo que es humano, á todo lo que pertenece al Hombre.

Los hombres tienen una propiedad; delante de esta propiedad Yo debo inclinarme: es sagrada. Su propiedad consiste en un haber, en parte exterior y en parte interior. Su haber exterior comprende cosas, y su haber interior está formado de pensamientos, de convicciones, de nobles sentimientos, etc. Pero yo no estoy obligado nunca á respetar más que su haber humano, no tengo que cuidarme del que no es humano, porque los hombres no pueden tener realmente como propio más que lo que es propio del Hombre. Entre los bienes interiores se puede citar, por ejemplo, la religión; siendo la religión libre, es decir, propia del Hombre, no me es permitido tocarla; otro de esos bienes interiores es el honor; siendo li-

Digitized by Google

bre, es para mí inviolable (difamación, caricaturas, etc.) La religión y el honor son una «propiedad espiritual.» Como propiedad material, viene en primer lugar la persona: mi persona es mi propiedad; de ahí resulta la libertad de la persona; pero bien entendido, sólo la persona humana es libre; á la otra, la prisión la aguarda. Tu vida es tu propiedad, pero sólo es sagrada para los hombres si no es la vida de un no-hombre.

Los bienes materiales de que el hombre no puede justificar la posesión por su humanidad, no tiene á ellos ningún título y podemos tomarlos; de ahí la competencia bajo todas sus formas. Aquellos de los bienes espirituales que no puede reivindicar como hombre, están igualmente á nuestra disposición; de la libertad de la discusión, la libertad de la ciencia y de la crítica.

Pero los bienes consagrados son inviolables. ¿Quién los consagra y los garantiza? A primera vista, es el Estado, la sociedad; pero más propiamente es el Hombre ó la «idea»; la idea de una propiedad sagrada implica la idea de que esa propiedad es verdaderamente humana, ó más bien que su poseedor no la tiene sino en virtud de su cualidad de hombre y no á título de no-hombre.

En el dominio espiritual, el hombre es legítimo poseedor de su fe, por ejemplo, y de su honor, de su conciencia, de su sentimiento de lo conveniente y de lo vergonzoso, etc. Los actos atentatorios al honor (palabras, escritos) son punibles; igualmente los que atacan al fundamento de la religión, á la fe política; en suma, toda lesión de aquello á que el Hombre «tiene derecho».

El liberalismo crítico no se ha pronunciado todavía en cuanto á la cuestión de saber hasta qué punto podría admitir que los bienes son sagrados; piensa, sí, ser el adversario de toda santidad; pero como lucha contra el egoísmo, tiene que trazarle límites y no puede tolerar que

Digitized by Google

el no-hombre los franquee en perjuicio del hombre. Su repulsión teórica por la «masa» debería, si llegase al poder, traducirse por medidas de repulsión práctica.

Los representantes de los diferentes matices del liberalismo están en desacuerdo sobre la extensión que hay que dar á la idea de «Hombre» y sobre lo que debe sacar de ella el hombre individual; es decir, sobre la definición del Hombre y de lo humano: el hombre político, el hombre moral y el hombre «humano» han reivindicado sucesivamente y cada vez de un modo más categórico el título de Hombre. El que define mejor lo que es el «Hombre», es también el que sabe mejor lo que debe tener «el Hombre». Ese concepto no lo percibe el Estado más que en su acepción política; la sociedad, por otra parte, no comprende más que su alcance social; sólo, se dice, la humanidad lo abraza todo entero; «la historia de la humanidad es su desarrollo». Descubrid al hombre y conoceréis por el hecho mismo lo que es propio del hombre, la propiedad del hombre ó lo humano.

Pero aunque el hombre individual pretenda todos los derechos del mundo, aunque invoque en su apoyo la autoridad del «hombre» y su título de hombre, ¿qué me importan á Mí su derecho y sus pretensiones? Sus derechos no los tiene más que del hombre y no de mí; así es que no tiene á mis ojos ningún derecho. Su vida, por ejemplo, no me importa sino en cuanto tiene un valor para Mí. Yo no respeto más su pretendido derecho de propiedad ó derecho sobre los bienes materiales, que respeto su derecho sobre el «santuario de su alma», ó derecho á guardar intactos sus bienes espirituales, sus ídolos y sus dioses. Sus bienes, tanto materiales como espirituales, son de Mí, y yo los trato como propietario, según mis fuerzas.

La «cuestión de la propiedad», en los términos en que

Digitized by Google

se la plantea no lo es; no mirando más que á lo que se llama nuestra hacienda, es demasiado estrecha y no es susceptible de ninguna solución; corresponde á «aquel de quien tenemos todo» el cortarla; la propiedad depende del propietario, y por medio de este último la cuestión de la propiedad se une á un problema de un alcance mucho más grande.

La Revolución dirigió sus ataques contra todo lo que viene de la «gracia de Dios», y, entre otros, contra el derecho divino, que se reemplazó por el derecho humano. A lo que el «favor divino» nos dispensa, se opuso lo que se deriva de la «esencia del Hombre».

Habiendo cesado las relaciones entre los hombres de estar fundadas sobre el dogma religioso, que manda «amaos los unos á los otros por el amor de Dios», tuvieron que ser edificadas sobre la base humana de «amaos los unos á los otros por el amor del hombre». Igualmente, en lo que concierne á las relaciones de los hombres con las cosas de este mundo, la doctrina revolucionaria no pudo hacer otra cosa que proclamar que el mundo, hasta entonces organizado según la orden de Dios, pertenecería en adelante al «Hombre».

El mundo pertenece al «Hombre», y debe ser respetado por mí como su propiedad.

¡Propiedad = Mío!

Propiedad, en el sentido burgués de la palabra, significa propiedad sagrada, de suerte que yo debo respetar tu propiedad. «¡Respeto á la propiedad!» Así los políticos verían con gusto á cada cual poseer su parcela de propiedad, y esa tendencia ha llevado en ciertas regiones á un desmenuzamiento increíble. Cada cual debe tener su hueso en que encuentre alguna cosa que roer.

El egoísta ve la cuestión bajo otro aspecto muy distinto. Yo no retrocedo con religioso espanto ante tu pro-

Digitized by Google

piedad ó la vuestra; yo la considero siempre, por el contrario, como mi propiedad, que no tengo que «respetar». ¡Tratad, pues, igualmente lo que llamais mi propiedad! Colocándonos todos bajo ese punto de vista, nos será más fácil entendernos.

Los liberales políticos toman á pechos abolir cuanto sea posible todas las servidumbres, á fin de que cada uno sea libre dueño de su campo, aunque ese campo no tenga exactamente más que la bastante superficie para que el excremento de un hombre pueda estercolarlo. («¡Que los labradores se casen muy pronto, á fin de aprovechar el excremento de su mujer!») ¡Poco importa que el campo sea pequeño, con tal que uno tenga el suyo; que sea una propiedad, y una propiedad respetada! Cuantos más propietarios haya, más rico será el Estado en «hombres libres» y en «buenos patriotas».

El liberalismo político, como toda religiosidad, cuenta con el respeto, la humanidad, la caridad; así es perpetuamente engañado. Porque en la práctica de la vida las gentes no respetan nada. Todos los días se ven grandes propietarios redondear sus dominios acaparando las propiedades más pequeñas que se le avecinan; y se ven todos los días pequeños propietarios desposeídos obligados á volver á hacerse mercenarios ó arrendatarios sobre el trozo de tierra que le ha sido legalmente arrancado. La competencia cubre con su pabellón el dolo y la violencia, y no es el respeto á la propiedad el que puede oponerse á ese bandidaje. Si, por el contrario, los «pequeños propietarios» se hubieran dicho que la gran propiedad también es de ellos, no se habrían respetuosamente apartado por sí mismos y no se les expulsaría.

La propiedad tal como la comprenden los liberales burgueses, merece las invectivas de los comunistas y de Proudhon: es insostenible é inexistente, puesto que el

Digitized by Google

ciudadano propietario no posee en realidad nada y es por todas partes un desterrado. Lejos de que el mundo pueda pertenecerle, el miserable rincón en que va viviendo no es siquiera de él.

Proudhon no quiere oir hablar de propietarios, sino de poseedores ó de usufructuarios. ¿Qué quiere decir? Quiere que ninguno pueda apropiarse el suelo, sino que tenga su uso; pero aunque no se le concediese más que la centésima parte del producto que saca del fruto, esta fracción al menos sería su propiedad y podría usar de ella á su gusto. El que no tiene más que el uso del campo, no es evidentemente propietario de ese campo; lo es menos aún aquel que tiene, según quiere Proudhon, que abandonar de ese producto todo lo que no le es estrictamente necesario; sólo es propietario del tanto que le resta. Proudhon no niega, pues, más que tal ó cual propiedad y no la propiedad. Si queremos apropiarnos el suelo en vez de dejar su provecho á los propietarios territoriales, unámonos, asociémonos con ese objeto y formemos una sociedad que se hará su propietaria. Si lo conseguimos, los que son hoy propietarios dejarán de serlo. É igualmente que los hayamos desposeído de la tierra y del suelo, podremos también expulsarlos de muchas otras propiedades para hacer de ellas la nuestra, la propiedad de los raptores. Los «raptores» forman una sociedad que uno puede imaginarse creciendo y extendiéndose progresivamente hasta el punto de acabar por abrazar á la humanidad entera. Pero esta humanidad misma no es más que un pensamiento (un fantasma) y no tiene realidad más que en los individuos. Y esos individuos tomados en masa no usarán menos arbitrariamente de la tierra y del suelo que lo hacía el individuo aislado, el llamado «propietario».

Así, pues, la propiedad no deja de subsistir y no deja

Digitized by Google

siquiera de ser «exclusiva», por el hecho de que la humanidad, esa vasta sociedad, expropie al individuo al que arrienda ó da quizás en feudo una parcela, lo mismo que expropia á todo lo que no es humanidad (ella no reconoce, por ejemplo, ningún derecho de propiedad á los animales). Eso viene á ser, pues, exactamente lo mismo. Aquello en que todos quieren tener parte será retirado al mismo individuo que quiere tenerlo para él solo y será erigido en bien común. En cuanto bien común cada uno tiene su parte y esta parte es su propiedad. Así es como según nuestro antiguo derecho de sucesión, una casa que pertenece á cinco herederos es su bien común, indiviso, en tanto que sólo un quinto de la renta es la propiedad de cada cual. Proudhon hubiera podido ahorrarnos su lenguaje enfático cuando dice: Hay ciertas cosas que no son la propiedad más que de algunos, pero que pretendemos y á que en lo sucesivo daremos caza. Tomémoslas, puesto que es tomándolas como uno se hace su propietario y puesto que lo que nos ha faltado hasta el presente no ha pasado á manos de los propietarios actuales más que por la ocupación. «Asociémonos para cometer ese robo».

Él trata de hacernos aceptar la idea de que la Sociedad es el poseedor primitivo y el único propietario de derechos inprescriptibles; para con ella es el que se llama propietario culpable de robo («la propiedad es el robo»); si ella retira al propietario actual lo que retiene como perteneciente á él, no le roba, no hace más que volver á entrar en posesión de su bien y usar de su derecho. —He ahí á donde se llega cuando se hace del fantasma Sociedad una persona moral. Lo que el hombre puede alcanzar, eso es, por el contrario, lo que le pertenece: á mí es á quien pertenece el mundo. ¿Y qué otra cosa decís cuando declarais que «el mundo pertenece á todos?»

Digitized by Google

Todos es Yo, Yo y además Yo. Pero vosotros hacéis de «Todos» un fantasma que volvéis sagrado, de suerte que «todos» vienen á ser el temible señor del individuo. Y á su lado se levanta entonces el espectro del «Derecho».

Proudhon y los comunistas combaten el egoísmo. Así sus doctrinas son la continuación y la consecuencia del principio cristiano, del principio de amor, de sacrificio, de abnegación á una generalidad absoluta, á un «extraño». En lo que concierne á la propiedad, por ejemplo, no hacen más que completar y consagrar doctrinalmente lo que existe de hecho desde hace largo tiempo: la incapacidad del individuo para ser propietario. Cuando la ley nos declara que *ad reges potestas omnium pertinet, ad singulos proprietas; omnia rex imperio possidet, singuli dominio*, eso significa: el Rey es propietario, porque él sólo puede usar y disponer de «todo», tiene sobre todo *potestas* é *imperium*. Los comunistas han hecho la cosa más clara, dotando de ese *imperium* á la «Sociedad de todos». Luego siendo enemigos del egoísmo, son cristianos, ó, de un modo más general, hombres religiosos, visionarios, subordinados y avasallados á una generalidad, á una abstracción cualquiera (Dios, la Sociedad, etc.).

Proudhon se aproxima aún á los cristianos en que concede á Dios lo que niega á los hombres: lo llama el propietario de la tierra. Muestra así que no puede librarse de la idea de que debe existir en alguna parte un propietario; concluye, en definitiva, por un propietario, al que coloca solamente en el más allá.

El propietario no es ni Dios, ni el hombre (la «Sociedad humana») es el individuo.

***

Digitized by Google

Proudhon (como Weitling) cree hacer la peor injuria á la propiedad calificándola de «robo». Sin querer remover esta cuestión embarazosa, «¿hay una objeción bien seria que hacer al robo?», preguntaremos simplemente. ¿La idea de robo puede subsistir, si no se deja subsistir la idea de «propiedad?» ¿Cómo se podría robar si no hubiese propiedad? Lo que no pertenece á nadie no puede ser robado: el que saca agua del mar no roba. Por consiguiente, la propiedad no es un robo; sólo por ella resulta el robo posible. Weitling, que considera todo como la propiedad de todos, debe necesariamente venir á la misma conclusión que Proudhon: si alguna cosa pertenece á «todos», el individuo que se la apropia es un ladrón.

La propiedad privada no vive más que gracias al Derecho. El Derecho es su sola garantía; porque poseer un objeto no es aún ser su propietario; lo que yo poseo no se hace «mi propiedad» más que por la sanción del Derecho; ella no es un «hecho», como piensa Proudhon, sino una ficción, una idea; una idea, he ahí lo que es la propiedad que engendra el Derecho, la propiedad legítima, garantida. No soy yo quien hago que lo que yo poseo sea mi propiedad, es el Derecho.

No obstante, se designa bajo el nombre de propiedad el poder limitado que yo tengo sobre las cosas (objeto, animal ú hombre) de que puedo «usar y abusar á mi agrado»; el Derecho romano define la propiedad *jus utendi et abutendi re sua, quatenus juris ratio patitur*, un derecho exclusivo é ilimitado; pero la propiedad tiene por condición el poder. Lo que está en mi poder es mío. En tanto que mantengo mi situación de poseedor de un objeto, sigo siendo su propietario; si se me escapa, sea cualquiera la fuerza que me lo quite (el hecho, por ejemplo, de que yo reconoza que otro tiene derecho á él), ved

Digitized by Google

la propiedad extinguida. Propiedad y posesión vienen, pues, á ser lo mismo. No es un derecho exterior á mi poder el que me hace legítimo propietario, sino mi poder mismo y él solo: si lo pierdo, el objeto se me escapa. Desde el día en que los romanos no tuvieron ya la fuerza de oponerse á los germanos, Roma y los despojos del mundo, que diez siglos de omnipotencia habían acumulado dentro de sus murallas, pertenecieron á los vencedores, y sería ridículo pretender que los romanos quedaran, no obstante, sus legítimos propietarios. Toda cosa es la propiedad de quien sabe tomarla y guardarla, y queda siendo de él, en tanto que no le es recogida; así, la libertad pertenece al que la toma.

La fuerza sola decide de la propiedad; el Estado (ya sea el Estado de los burgueses, de los indigentes ó lisa y llanamente de los hombres), siendo el solo fuerte, es también el solo propietario; Yo, el único, no tengo nada; no soy más que un colono en las tierras del Estado, soy un vasallo, y, por consecuencia, un servidor. Bajo la dominación del Estado, ninguna propiedad es de Mí.

Yo quiero aumentar mi valor, quiero elevar el precio de todas las propiedades de que está hecha mi individualidad, ¿y habría de despreciar la propiedad? ¡Jamás! Lo mismo que no he sido hasta el presente justamente apreciado, porque se ponía siempre por cima de Mí al pueblo, la humanidad y otras cien abstracciones, no se ha reconocido plenamente tampoco nunca hasta este día el valor de la propiedad. La propiedad no era más que la propiedad de un fantasma, del pueblo, por ejemplo: mi existencia toda entera «pertenecía á la patria»; yo, y por consecuencia, todo lo que llamaba mío, pertenecía á la patria, al pueblo, al Estado.

Se pide á los Estados que pongan fin al pauperismo. Tanto valdría pedirles que se cortasen la cabeza y la pu-

Digitized by Google

sieran á sus pies, porque en tanto que el Estado es un Yo, el yo individual debe permanecer siendo un pobre diablo de no-yo. El interés del Estado es ser rico él mismo; poco le da que Pedro sea rico y Pablo pobre; igual querría que fuese Pablo el rico y Pedro el pobre; mira al uno enriquecerse y al otro empobrecerse, sin conmoverse por su juego de báscula. Como individuos, todos son realmente iguales ante su faz, y en eso tiene razón: pobre y rico no son para él nada, lo mismo que ante Dios todos somos «pobres pecadores». Por otra parte, el Estado tiene un interés muy grande en que esos mismos individuos que hacen de él su yo compartan sus riquezas: él los hace participar de su propiedad. La propiedad, de la que hace un cebo y una recompensa para los individuos, le sirve para amansarlos; pero sigue siendo su propiedad, y nadie tiene su disfrute sino en tanto que lleva en su corazón el yo del Estado, como un «miembro leal de la Sociedad» que es; si no, la propiedad es confiscada ó se funde en procesos ruinosos.

La propiedad es y permanece, pues, la propiedad del Estado, sin ser nunca la propiedad del Yo. Decir que el Estado no recoge arbitrariamente al individuo lo que el individuo tiene del Estado, equivale simplemente á decir que el Estado no se roba á sí mismo. El que es un «Yo de Estado», es decir, un buen ciudadano ó un buen súbdito, goza de su feudo en toda seguridad, pero goza de él como Yo del Estado, y no como Yo propio, como individuo. Es lo que expresa el Código cuando define la propiedad, lo que yo llamo mío «por Dios ó por el Derecho». Pero Dios y el Derecho no lo hacen mío más que si el Estado no se opone á ello.

En casos de expropiación, de requisa de armas, etc., ó también, por ejemplo, cuando el fisco recoge una sucesión cuyos derechohabientes no se han presentado en los

Digitized by Google

plazos legales, el principio, habitualmente vedado, salta á la vista de todos: el pueblo, el Estado, es el solo propietario; el individuo no es más que arrendatario, terrateniente, vasallo.

Yo quería decir esto: el Estado no puede proponerse hacer que un individuo sea propietario en su propio interés de él, del individuo; no puede querer que yo sea rico, ni siquiera que yo posea tan sólo alguna holgura; en cuanto soy yo, el Estado nada puede reconocerme, nada permitirme, nada concederme. El Estado no puede obviar al pauperismo, porque la indigencia es mi indigencia. El que no es más que lo que hacen de él las circunstancias ó la voluntad de un tercero (el Estado), no tiene tampoco, y es perfectamente justo, más que lo que ese tercero le concede. Y ese tercero no le dará más que lo que merece, es decir, el salario de sus servicios. No es él quien se hace valer y quien saca de sí mismo el mejor partido posible, es el Estado.

Este asunto es de los que la economía llamada política trata con predilección; no es, sin embargo, del dominio de la «política» y excede en cien codos del horizonte del Estado, que no conoce más que la propiedad del Estado y no puede repartir más que ella. El Estado no puede hacer otra cosa que someter la posesión de la propiedad á condiciones, como lo somete todo; por ejemplo, el matrimonio que sustrae á mi poder, no admitiendo como valedero más que el matrimonio por él sancionado. Pero una propiedad no es mi propiedad más que si es mía sin condiciones; sólo si estoy incondicionado puedo ser propietario, unirme á la mujer que amo y dedicarme libremente á un «comercio».

El Estado no se inquieta ni de mí ni de lo mío, no se preocupa más que de sí y de lo suyo; si tengo un valor á sus ojos, sólo es como «su hijo», «hijo del país», etc.;

Digitized by Google

como yo, no soy para él nada. Mi vida, sus altos y sus bajos, mi fortuna ó mi ruina, no son para la inteligencia del Estado más que una contingencia, un accidente. Pero si yo y lo mío no somos para él más que un accidente, ¿qué prueba eso sino que él es incapaz de comprenderme? Yo excedo de su comprensión, ó, en otros términos, su inteligencia es demasiado corta para aprehenderme. Lo que explica, por otra parte, que no puede hacer nada por mí.

El pauperismo es un corolario del no-valor del Yo, de mi impotencia para hacerme valer. Así, Estado y pauperismo son dos fenómenos inseparables. El Estado no admite que yo me aproveche de mí mismo, y no existe más que á condición de que yo no tenga voz en el mercado; siempre tiende á sacar partido de mí, es decir, á explotarme, á despojarme, á hacerme servir para alguna cosa, aunque no fuese más que para cuidar de una prole (proletariado); quiere que yo sea su criatura.

El pauperismo no podrá ser refrenado más que desde el día en que mi valor no dependa más que de mí ó lo fije yo mismo y haga yo mismo mi precio. Si quiero verme en alza, cosa mía es alzarme y levantarme.

Haga lo que haga, ya fabrique harina ó algodón, ó extraiga con gran esfuerzo del suelo el carbón y el hierro, ese es mi trabajo y quiero sacar de él yo mismo todo el partido posible. Quejarme no serviría de nada, mi trabajo no será pagado en lo que vale; el comprador no me escuchará, y el Estado hará igualmente oídos sordos hasta el momento en que crea necesario «apaciguarme» para prevenir la explosión de mi temible poder. Pero esos medios de «aplacamiento» de que usa á guisa de válvula de seguridad son todo lo que yo puedo esperar de él; si me ocurre reclamar más, el Estado se volverá contra mí y me hará sentir sus uñas y sus garras, porque es el rey

Digitized by Google

de los animales, el león y el águila. Si el precio que él fija á mi trabajo y á mis mercancías no me satisface, y si intento fijar yo mismo el valor en cambio de mis productos, es decir, hacer de suerte que «yo sea pagado de mis esfuerzos», chocaré con un desahucio absoluto en el consumidor. Si ese conflicto se desenlazara por un acuerdo entre las dos partes, el Estado no encontraría en ello nada que replicar, porque le importa poco cómo los particulares se arreglan entre sí, desde el momento en que su inteligencia no le causa ningún perjuicio. No se juzga ofendido y puesto en peligro más que, si no llegando á encontrar un terreno de inteligencia, los antagonistas vienen á las manos. Son esas relaciones inmediatas de hombre á hombre que el Estado no puede tolerar; debe interponerse como mediador, debe intervenir. El Estado, asumiendo ese papel de intercesor, ha venido á ser lo que era Jesucristo, lo que eran la Iglesia y los Santos, un «medianero». Separa á los hombres y se interpone entre ellos como «Espíritu».

Los obreros que reclaman un aumento de salario son tratados como criminales desde que intentan arrancárselo á la fuerza al patrono. ¿Qué deben hacer? Si no usan de su fuerza se volverán con las manos vacías; pero usar de su fuerza, recurrir á la compulsión, es poner en práctica el «ayúdate á tí mismo», es hacerse valer uno mismo, sacar libre y realmente de su propiedad lo que vale, cosas todas que el Estado no puede tolerar. ¿Qué hacer, pues, dirán los trabajadores? ¿Qué hacer? ¡Contaros, no contar más que con vosotros mismos y no ocuparos del Estado!

Eso en cuanto al trabajo de mis brazos; lo mismo es cuanto al trabajo de mi cerebro. El Estado me permite sacar provecho de todos mis pensamientos y hacer de ellos mi comercio con los hombres (ya saco de ellos

Digitized by Google

un precio con el solo hecho, por ejemplo, de que me valen el aprecio ó la admiración de los oyentes); él me lo permite, pero en tanto solamente que mis pensamientos sean sus pensamientos. Si alimento, por el contrario, pensamientos que él no puede aprobar, es decir, hacer suyos, me prohibe formalmente realizar su valor, cambiarlos y comerciar con ellos. Mis pensamientos no son libres sino cuando el Estado los permite, es decir, cuando son pensamientos del Estado. Él no me deja filosofar en libertad, si no me muestro «filósofo de Estado»; pero no puedo filosofar contra el Estado, aunque él me permita con gusto remediar sus «imperfecciones», «enderezarlo». Lo mismo, pues, que yo no puedo considerar mi Yo como legítimo más que si lleva la estampilla del Estado y puede exhibir los certificados y pasaportes que este último le ha concedido graciosamente, de igual modo no estoy autorizado á hacer valer mi «Mío» más que si lo tengo por lo «suyo», por un feudo dependiente del Estado. Mis caminos deben ser sus caminos; si no, me sujeta á multa; y mis pensamientos sus pensamientos; si no, me amordaza.

Nada es más temible para el Estado que el valor del Yo; no hay nada de que deba más cuidadosamente tenerme separado que de toda ocasión de explotarme yo mismo. Yo soy el adversario inconciliable del Estado, que no puede escapar al torno del dilema: él ó yo. Así se fija no sólo en paralizar el Yo, sino además en aniquilar lo Mío. No hay en el Estado ninguna propiedad, es decir, ninguna propiedad del individuo: no hay más que propiedades del Estado. Lo que yo tengo, no lo tengo más que por el Estado; lo que soy, no lo soy sino por él.

Mi propiedad privada no es más que lo que el Estado me concede de lo suyo, frustrando de ello á otros de sus miembros: es siempre una propiedad del Estado.

Digitized by Google

Pero por más que haga el Estado, yo siento cada vez más claramente que me queda un poder considerable; tengo un poder sobre mí mismo, es decir, sobre todo lo que no es ni puede ser más que de mí y que no existe sino porque es mío.

¿Qué hacer cuando mi camino no es ya el suyo, cuando mis pensamientos no son ya los suyos? Pasar de largo y no contar más que conmigo mismo y sobre mí mismo, Mi propiedad real, aquella de que puedo disponer á mi agrado, con la que puedo traficar á mi gusto, son mis pensamientos, á los que no hace falta una sanción y que me importa poco ver legitimar por un destino, una autorización ó una gracia. Siendo míos, son mis criaturas y yo puedo abandonarlos por otros; si los cedo en cambio de otros, esos otros vienen á ser á su vez mi propiedad.

¿Qué es, pues, mi propiedad? Lo que está en mi poder y nada más. ¿A qué estoy legítimamente autorizado? A todo aquello de que soy capaz. Yo me doy el derecho de propiedad sobre un objeto, por el solo hecho de que me apodero de él, ó en otros términos, me hago propietario de derecho cada vez que me hago por la fuerza propietario; al darme el poder, me doy el título.

En tanto que no podéis arrancarme mi poder sobre una cosa, esa cosa sigue siendo mi propiedad. ¡Pues bien, sea! ¡Que la fuerza decida de la propiedad y yo esperaré todo de mi fuerza! El poder ajeno, el poder que yo dejo á otro ha hecho de mí un siervo; ¡que mi propio poder haga de mí un propietario! Vuelva yo, pues, á entrar en posesión del poder que he abandonado á los demás, ignorante como estaba del valor de mis fuerzas. A mis ojos mi propiedad se extiende hasta donde se extiende mi brazo; yo reivindicaré como mío todo lo que soy capaz de conquistar y no veré á mi propiedad otro límite real que mi fuerza, única fuente de mi derecho.

Digitized by Google

Aquí al egoísmo, al interés personal toca decidir y no al principio de amor, á las razones de sentimiento como caridad, indulgencia, benevolencia ó siquiera equidad y justicia (porque la justicia también es un fenómeno de amor, un producto del amor): el amor no conoce más que el «sacrificio» y exige la «abnegación». ¿Sacrificar alguna cosa? ¿Privarse de alguna cosa? El egoísta ni lo piensa; dice simplemente: ¡aquello de que tengo necesidad me es preciso y lo tendré!

Todas las tentativas hechas para someter la propiedad á leyes racionales tienen su fuente en el amor y conducen á un borrascoso océano de reglamentaciones y de violencia. El socialismo y el comunismo no forman, ellos mismos tampoco, excepción á la regla. Cada cual debe estar provisto de medios de existencia suficientes y poco importa que estos medios los encuentre, según la idea socialista, en una propiedad personal, ó que con los comunistas los saque de la comunidad de los bienes. Los individuos no dejarán en ningún caso de sentirse dependientes. El tribunal arbitral á quien encarguéis de repartir equitativamente los bienes no me concederá más que la parte que me haya medido su espíritu de equidad, su benévolo cuidado de las necesidad de todos. Yo, el individuo, no veo menor obstáculo en la riqueza de la colectividad que en la riqueza de los demás individuos, porque ni la una ni la otra me pertenecen. Ya estén los bienes en manos de la comunidad que me concede una parte ó en manos de los particulares, resulta siempre para mí la misma violencia, puesto que no puedo en ningún caso disponer de ellos. Más aún: aboliendo la propiedad personal, el comunismo es un nuevo «Estado», un *status*, un orden de cosas destinado á paralizar la libertad de mis movimientos, un poder soberano superior á mí; él se opone con razón á la opresión de que yo soy

Digitized by Google

víctima de parte de los individuos propietarios, pero el poder que da á la comunidad es más tiránico aún.

Por otra vía marcha el egoísmo hacia la supresión de la miseria de la plebe. Él no dice: aguarda lo que una autoridad cualquiera, encargada de repartir en nombre de la comunidad los bienes, te dé en su equidad (porque de un dón es de lo que se trata siempre en los «Estados», recibiéndolo cada uno según sus méritos, es decir, sus servicios); él dice: pon la mano sobre aquello de que tienes necesidad y tómalo. Es la declaración de guerra de todos contra todos. Yo sólo soy juez de lo que quiero tener.

«En verdad, esa sabiduría no es nueva, porque eso es lo que en todo tiempo han acostumbrado los egoístas». Poco importa que la cosa no sea nueva si sólo desde hoy se tiene conciencia de ella; y esa conciencia no puede pretender una antigüedad muy elevada (á menos que la hagais remontar á las leyes de Egipto y de Esparta); bastaría vuestra objeción y el desprecio con que hablais del egoísta para probar que está poco extendida. Lo que es preciso decirse es que el acto de poner la mano sobre un objeto, de apoderarse de él, no es en modo alguno despreciable; es puramente el hecho del egoísta consciente y consecuente consigo mismo.

Sólo cuando no espere ya ni de los individuos ni de la comunidad lo que puedo darme yo mismo, escaparé de las cadenas del amor; la plebe no dejará de ser la plebe más que desde el día en que tome. No es plebe sino porque tiene miedo de tomar y miedo del castigo que seguiría. Tomar es un pecado; tomar es un crimen; he ahí el dogma, y ese dogma por sí solo basta para crear la plebe; pero si la plebe continúa siendo lo que es, ¿de quién es la culpa? De ella en primer término, que admite ese dogma, y en seguida de aquellos que, por «egoísmo» (para

Digitized by Google

devolverles su injuria favorita), quieren que sea respetado. No se tiene conciencia de esta «sabiduría nueva», y la vieja conciencia del pecado es la causa de ello.

Si los hombres llegan á perder el respeto de la propiedad, cada cual tendrá una propiedad, lo mismo que todos los esclavos se hacen hombres libres desde que dejan de respetar en su señor á un señor. Entonces podrán concluirse alianzas entre individuos, asociaciones egoístas, que tendrán por efecto multiplicar los medios de acción de cada cual y afirmar su propiedad sin cesar amenazada.

Según los comunistas, la comunidad debe ser propietaria. Soy, por el contrario, yo quien soy propietario, y no hago más que entenderme con otros acerca de mi propiedad. Si la comunidad va en contra de mis intereses, yo me sublevo contra ella y me defiendo. Soy propietario, pero la propiedad no es sagrada. ¿No seré, pues, más que poseedor? ¡Eh, no! Hasta el presente no era uno más que poseedor, no se aseguraba el goce de una parcela sino dejando á los demás gozar de la suya. Pero en adelante todo me pertenece; soy propietario de todo aquello de que tengo necesidad y de que puedo apoderarme. Si el socialista dice: la Sociedad me da lo que me hace falta, el egoísta responde: yo tomo lo que necesito. Si los comunistas obran como indigentes, el egoísta obra como propietario.

Todas las tentativas que tienen por objeto el alivio de las clases miserables deben fracasar si tienen por principio el amor. Sólo es del egoísmo del que la plebe debe aguardar alguna ayuda: esta ayuda debe prestársela á sí misma, y eso es lo que hará. La plebe es un poder, con tal que no se deje domar por el miedo. «Las gentes perderían todo respeto si no se las forzase á tener miedo», decía el espantajo del gato con botas.

Digitized by Google

La propiedad no puede, ni debe, pues, ser abolida; lo que hay que hacer es arrancársela á los fantasmas para hacer de ella mi propiedad. Entonces se desvanecerá esa ilusión de que yo no soy autoridad para tomar todo aquello de que tengo necesidad.

«¡Pero de cuántas cosas tiene el hombre necesidad!» El que tiene necesidad de mucho y se ingenia para tomarlo, ¿se ha creído nunca en falta por apropiárselo? Napoleón ha tomado la Europa y los franceses Argel. Lo que convendría es que la plebe, á la que el respeto paraliza, aprenda en fin á procurarse lo que le hace falta. Si ella va demasiado lejos y si os juzgais ofendidos, ¡pues bien! defendeos; no debéis hacerla regalos benévolamente. Cuando ella aprenda á conocerse, ó más bien, cuando los de la plebe aprendan á conocerse, dejarán de formar parte de ella por lo mismo que rehusarán vuestras limosnas. Pero es perfectamente ridículo declarar «pecador y criminal» al que no pretende vivir ya de vuestros beneficios y quiere salir adelante él mismo. Vuestros dones lo engañan y le hacen perder la paciencia. Defended vuestra propiedad, seréis fuertes; pero si queréis guardar la facultad de dar y gozar tantos más derechos políticos cuantas más limosnas podéis hacer (impuesto de los pobres) (1), eso durará lo que aquellos á quienes agraciais con vuestros dones permitan que dure.

La cuestión de la propiedad no es, creo haberlo mostrado, tan sencilla de resolver como se lo imaginan los socialistas y hasta los comunistas. No será resuelta más que por la guerra de todos contra todos. Los pobres no llegarán á ser libres y propietarios más que cuando se

(1) El gobierno inglés, en un proyecto de ley electoral para Irlanda, propuso conceder el electorado á todos los que pagasen cinco libras esterlinas de impuesto de los pobres. ¡El que dá limosna adquiere derechos políticos!

Digitized by Google

insurreccionen, se subleven, se eleven. Deisles lo que les deis, querrán siempre más, porque no quieren nada menos que la supresión de todo don.

Se preguntará: ¿Pero qué pasará cuando los sin fortuna hayan cobrado ánimos? ¿Cómo se realizará la nivelación? Tanto valdría pedirme que sacara el horóscopo de un niño. ¿Lo que hará un esclavo cuando haya roto sus cadenas?... Aguardad y lo sabréis.

***

La competencia está estrechamente ligada al principio de la burguesía. ¿Es otra cosa que la igualdad? Y la igualdad, ¿no es precisamente un producto de esa Revolución, de que la burguesía ó la clase media fue la autora? No está prohibido á nadie rivalizar con todos los demás miembros del Estado (excepto el Príncipe, porque representa al Estado); cada cual puede trabajar por elevarse al rango de los demás y superarlos, aun hasta arruinarlos, despojarlos y arrancarles hasta los últimos girones de su fortuna. Eso prueba con toda evidencia que ante el tribunal del Estado cada cual no tiene el valor más que de un «simple individuo» y no debe contar con ningún favor. Superaos el uno al otro, exaltaos uno sobre otro en cuanto querais y en cuanto podais; yo, el Estado, no tengo nada que ver en ello. Sois libres de competir entre vosotros, sois competidores, y la competencia es vuestra posición social. Pero ante mí, el Estado, no sois más que «simples individuos».

La igualdad que se ha establecido teóricamente en principio entre todos los hombres encuentra su aplicación y su realización práctica en la competencia, porque la igualdad no es más que la libre competencia. Todos son, frente al Estado, simples particulares, y en la So-

Digitized by Google

ciedad, es decir, frente á frente unos de otros, competidores.

Yo no tengo otra cosa que ser que un simple particular para poder competir con cualquier otro hombre, excepto el Príncipe y su familia. Esta libertad era en tiempos pasados imposible, puesto que no se gozaba de la libertad de hacerse valer más que en la corporación y por la corporación. Bajo el sistema de las corporaciones y del feudalismo, el Estado concedía privilegios, en tanto que bajo el régimen de la competencia y del liberalismo se limita á otorgar patentes (título dado á un candidato, estableciendo que tal profesión le está abierta [patente]).

Pero la «libre competencia», ¿es, en verdad, realmente «libre?» ¿Es siquiera verdaderamente una «competencia», es decir, un concurso entre las personas? Es lo que pretende ser, puesto que funda justamente su derecho sobre ese título; ha nacido, en efecto, del hecho de que las personas han sido libertadas de toda dominación personal. ¿Puede decirse que la competencia es «libre», cuando el Estado, al que el principio de la burguesía hace soberano, se ingenia en restringirla de mil maneras?

«Ved un rico fabricante que hace brillantes negocios y al que yo querría hacerle la competencia.

—Hazla—dice el Estado;—yo no veo, por mi parte, nada que se oponga á que la hagas.

—¡Sí, pero me haría falta sitio para mi instalación, me haría falta dinero!

—Es sensible; pero si no tienes dinero, no puedes pensar en competir. Y no cabe que tú tomes nada á nadie, porque yo protejo la propiedad y sus privilegios.»

La libre competencia no es «libre», porque los medios de competir, las cosas necesarias para la competencia, me faltan. Contra mi persona, nada se tiene que objetar;

Digitized by Google

pero como yo no tengo la cosa, preciso es que mi persona renuncie. ¿Y quién está en posesión de los medios» quién tiene esas cosas necesarias? ¿Es quizá tal ó cual fabricante? ¡No; porque en ese caso, yo podría tomárselas! El solo propietario es el Estado; el fabricante no es propietario; lo que posee no lo tiene más que á título de concesión, de depósito.

—«¡Vamos, sea! Si no puedo nada contra el fabricante, me voy á hacer competencia á ese profesor de Derecho; es un necio, y yo sé cien veces más que él: haré desertar á su auditorio.

—¿Has hecho tus estudios, amigo mío, y te has recibido de doctor?

—No; mas ¿para qué? Poseo ampliamente los conocimientos necesarios para esa enseñanza.

—Lo siento; pero aquí la competencia no es «libre». Contra tu persona nada hay que decir, pero la cosa esencial te falta: el diploma de doctor. ¡Y ese diploma, yo, el Estado, lo exijo! Pídemelo primero muy cortésmente, y luego veremos lo que hay que hacer.»

He ahí á qué se reduce la «libertad» de la competencia. Preciso es que el Estado, mi señor y dueño, me confiera la aptitud para competir.

Pero, además, ¿son, en realidad, las personas las que compiten? ¡No, una vez más; son las cosas! El dinero en primera línea, etc.

En la lucha habrá siempre vencidos (así el poeta mediocre deberá ceder la palma, etc.) Pero lo que importa distinguir es, primero, si los medios que faltan al competidor desgraciado son personales ó materiales, y, en segundo lugar, si los medios materiales pueden adquirirse á fuerza de energía personal, ó si no se puede obtenerlos más que por favor, como simples dones, estando forzado el pobre, por ejemplo, á dejar al rico su riqueza,

Digitized by Google

es decir, á hacerle regalo de ella. En suma, si es preciso que yo aguarde la autorización del Estado para tener los medios ó ponerlos por obra (como es el caso, por ejemplo, cuando se trata de un diploma), esos medios son una gracia que el Estado me otorga (1).

Tal es, en el fondo, el sentido de la libre competencia. El Estado considera á todos los hombres como sus hijos y como iguales; libre es cada uno de hacer todo lo que pueda por merecer los bienes y los favores de que el Estado es dispensador. Así todos se lanzan en persecución de la fortuna, de los bienes (dinero, empleos, títulos, etc.), en una palabra, de los medios materiales.

En el sentido burgués, todo hombre posee; cada cual es «propietario». ¿Cómo es, pues, que la mayor parte no tengan nada, por decirlo así? Eso proviene de que la mayor parte son ya completamente dichosos nada más que con ser propietarios, aunque no sea más que de algunos harapos, como los niños se forman una felicidad con su primer pantalón ó con la primera moneda que se les ha dado. A examinar la cosa desde más cerca, he aquí cómo debe entenderse. El liberalismo vino primero á declarar que era de la esencia del hombre ser, no propiedad, sino propietario. Como eso no se aplicaba más que «al Hombre» y no al individuo, se abandonaba al individuo el cuidado de determinar la cuota necesaria para la satis-

(1) En los colegios, las Universidades, etc., se ve á pobres competir con ricos. Pero eso no les es posible, en general, más que gracias á plazas gratuítas que—y esto es significativo—han sido fundadas la mayor parte en una época en que la libre competencia estaba todavía lejos de ser admitida en principio. El principio de la competencia no funda plazas gratuítas de estudios, sino que significa: Ayúdate á ti mismo, es decir, procúrate los medios. Lo que el Estado gasta con este objeto no es más que una colocación á interés, destinada á procurarle «servidores».

Digitized by Google

facción de su interés personal. Resultó de aquí que el egoísmo del individuo, conservando acerca de esta cuota la mayor latitud, se arrojó á todo riesgo en la mayor competencia.

Fatalmente, el egoísmo feliz debía causar recelos al que estaba menos favorecido; este último, apoyándose siempre sobre el principio de humanidad, planteó la cuestión del cociente de reparto de los bienes sociales, y la resolvió así: «El hombre debe tener tanto como le es necesario.»

¿Pero podrá mi egoísmo contentarse con eso? Las necesidades del «Hombre» no son, en modo alguno, una medida aplicable á mí y á mis necesidades, porque yo puedo tener necesidad de más ó de menos. No, yo debo tener tanto como soy capaz de apropiarme.

Cada uno no tiene á su disposición los medios de competir, porque esos medios (y ahí está el vicio fundamental de la competencia) no dependen de la persona, sino de circunstancias enteramente independientes de esta última. La mayor parte de los hombres están desprovistos de esos instrumentos y, por consiguiente, de los bienes que podrían sacar de ellos.

Así, los socialistas reclaman para todos los hombres los instrumentos y preparan una sociedad que suministrará á todos esos instrumentos. No reconocemos ya, dicen, tus riquezas (haber), como tu riqueza (poder). Tú tendrás que crearte otra riqueza, que proveerte de otros medios de acción, que serán tu fuerza de trabajo. Bajo el hombre en posesión de un haber, bajo el «poseedor», descubrimos al hombre; así, hemos respetado provisionalmente á ese poseedor que llamábamos propietario. Pero conviene decirte que no retienes las cosas, sino aguardando que seas «expropiado».

El que posee es rico, pero sólo en tanto que los demás

Digitized by Google

no lo sean. Y como tu mercancía no forma tu riqueza sino por tanto tiempo como tú eres capaz de mantenerla en tu posesión, es decir, por tanto tiempo como nosotros no tenemos poder sobre ella, bueno será que tú trates de procurarte otros medios de acción, porque nuestro poder supera hoy á tu pretendida riqueza.

Llegar á ser considerado como poseedor, realizaba ya un progreso enorme. La servidumbre desaparecía, y el hombre que hasta entonces había debido la prestación personal á su señor y había sido más ó menos la propiedad de este último, venía á ser, á su vez, un «señor», un «caballero». Pero no basta ya en adelante que poseas: tu haber está despreciado; en cambio, tu trabajo aumenta de precio. Tú no vales á nuestros ojos sino en tanto que pones en acción las cosas, como en otro tiempo en tanto que las tenías. Tu trabajo es tu riqueza. Tú no eres ya, en adelante, dueño y poseedor más que de lo que nace de tu trabajo y no ya de lo que pueda darte una herencia.

Mientras tanto, como no existe posesión que no tenga por su fuente la herencia; como todas las monedas que forman tu haber tienen la efigie de la herencia y no la efigie del trabajo, preciso es que todo sea refundido en el crisol común.

¿Pero es bien cierto, como lo piensan los comunistas, que mi riqueza no consista más que en mi trabajo? ¿No consiste más bien en todo aquello de que soy capaz? La Sociedad de los trabajadores misma está bien obligada á convenir en ello, puesto que va en ayuda de los enfermos, de los niños, en una palabra, de los que son impropios para el trabajo. Estos son todavía capaces de muchas cosas, aunque no fuese más que de conservar su vida, en lugar de quitársela. Y si son capaces de haceros desear su conservación, es que poseen un poder sobre vosotros. A aquel que no ejerciera absolutamente ningún

Digitized by Google

poder sobre vosotros, no le concederíais nada, no tendría más que desaparecer.

¡Así, tu riqueza consiste en todo aquello de que tú eres capaz! Si eres capaz de procurar un placer á millares de hombres, esos millares de hombres te darán honorarios, porque está en tu poder dejar de serles agradable y que eso les obligue á comprar tu trabajo. Pero si no eres capaz de interesar á nadie por ti, eres exactamente capaz de desaparecer.

¿No debo, pues, yo, que soy capaz de mucho, tener la ventaja sobre los que pueden menos? Hénos aquí sentados á la mesa ante la abundancia; ¿voy á abstenerme de servirme lo mejor que pueda y á aguardar lo que me toque en un reparto igual?

Contra la competencia se levanta el principio de la sociedad de los indigentes, el principio del reparto igual.

El individuo no soporta el no ser considerado más que como una fracción, una parte alícuota de la sociedad, porque es más que eso; su unicidad se subleva contra esa concepción que lo disminuye y lo rebaja.

Así no admite que los demás le adjudiquen su parte; ya, en la sociedad de los trabajadores, sospecha que el reparto igual tendrá por efecto despojar al fuerte en provecho del débil. No aguarda, por el contrario, su riqueza más que de sí mismo, y dice: lo que yo soy capaz de procurarme, he ahí mi riqueza. ¡Qué riqueza no posee el niño en su sonrisa, en sus gestos, en su voz, en el solo hecho de que existe! ¿Sois capaces de resistir á su deseo? ¿Así, madre, no le ofreces tu seno, y tú, padre, no te rehusas muchas cosas para que no le falte nada? Él os obliga, y por eso mismo posee lo que vosotros creéis vuestro.

Si yo tengo adhesión á tu persona, tu sola existencia tiene ya para mí un valor; si no tengo necesidad más

Digitized by Google

que de una de tus facultades, es tu complacencia ó tu asistencia la que tiene un precio á mis ojos y que yo compro.

Puede suceder también que no sepas tomar en mi estimación más que un valor en dinero; era el caso de los ciudadanos alemanes vendidos por buen dinero y expedidos á América, cuya historia cuenta la odisea. ¿Se dirá que el vendedor debía hacer mayor caso de ellos, que se dejaron vender? Él prefería el dinero contante á aquella mercancía viviente que no había sabido hacerse preciosa á sus ojos. Si no reconocía en ellos un valor más grande, es que en definitiva su mercancía no valía gran cosa, y un bribón no repara en la calidad de lo que da. ¿Cómo les habría atestiguado una estimación que no sentía, que podía apenas sentir por semejante ganado?

La práctica egoísta consiste en no considerar á los demás ni como propietarios, ni como indigentes ó trabajadores, sino en ver en ellos una parte de vuestra riqueza, objetos que os pueden servir. Siendo así, no pagaréis nada al que posee («al propietario»), no pagaréis nada al que trabaja, no daréis más que á aquel de quien tenéis necesidad. ¿Tenemos necesidad de un Rey? dicen los americanos del Norte. Y responden: no daríamos un céntimo ni por él ni por su trabajo.

Cuando se dice que la competencia lo pone todo al alcance de todos, uno se expresa de una manera inexacta; es más justo decir que, gracias á ella, todo está á la venta. Poniendo todo á la disposición de todos, ella lo entrega á su apreciación y pide un precio.

Pero á los aficionados les falta con la mayor frecuencia el medio de hacerse compradores: no tienen dinero. Uno puede con dinero procurarse todo lo que está á la venta, pero justamente es el dinero lo que falta. ¿Dónde tomar el dinero, esa propiedad móvil ó circulante? Sabe,

Digitized by Google

pues, que tienes tanto dinero cuanto poder tengas; porque tú tienes el valor que sabes darte.

No paga uno con dinero de que puede estar escaso, sino con su riqueza, su «poder»; porque no es uno propietario más que de aquello de que es dueño.

Weitling ha imaginado un nuevo instrumento de cambio, el trabajo. Pero el verdadero instrumento de pago queda siendo aún, como siempre, nuestra riqueza. Tú pagas con lo que tienes «en tu poder». ¡Piensa, pues, en aumentar tu riqueza!

Concediendo eso, se está muy cerca de repetir al máxima: «A cada uno según sus medios». ¿Pero quién me dará «según mis medios?» ¿La sociedad? Debería yo para eso someterme á su apreciación. No. Yo tomaré según mis medios.

«¡Todo pertenece á todos!» Esta proposición procede también de una teoría futil. A cada cual pertenece solamente lo que él puede. Cuando yo digo: el mundo es para mí, esa es también una frase vacía de sentido, á menos que quiera yo simplemente hacer entender que no respeto ninguna propiedad ajena. Sólo es mío lo que yo tengo en mi poder, lo que depende de mi fuerza.

No es uno digno de tener lo que por debilidad deja que le tomen; no es uno digno de guardarlo, porque no es capaz de guardarlo.

Se hace gran ruido con la «injusticia secular» de los ricos para con los pobres. ¡Como si fuera culpa de los ricos si hay pobres, y como si no fuera también culpa de los pobres si hay ricos! ¿Qué diferencia hay entre ellos sino la que separa la potencia de la impotencia y á los que pueden de los que no pueden? ¿Qué crimen han cometido los ricos? «¡Son duros!» Pero, ¿quién ha mantenido á los pobres, quién ha proveido á su subsistencia cuando no podían ya trabajar, quién ha esparcido con

Digitized by Google

profusión las limosnas, esas limonas cuyo nombre mismo significa compasión (Ἐλεημοσύνη)? ¿No fueron los ricos siempre «compasivos»? ¿No fueron siempre «caritativos?» Y los impuestos de los pobres, las casas-cunas, los hospicios, los establecimientos de beneficencia de toda especie, ¿de dónde vienen?

Pero todo eso no os basta. ¿Los ricos deberían, no es eso, repartir con los pobres? En una palabra, deberían suprimir la miseria. Sin contar con que apenas hay uno de vosotros que consintiera en repartir, y que ese sería un loco, preguntaos: ¿Por qué los ricos habrían de despojarse y sacrificarse cuando es á los pobres á quienes aprovecharía esta conducta mucho más que á ellos mismos? Tú, que percibes un escudo al día, eres un rico al lado de millares de hombres que viven con diez sueldos; ¿es tu interés repartir con ellos ó no es más bien el suyo?

Gracias á la competencia, lo que se hace no se hace con la intención de «hacerlo lo mejor que se pueda», sino con la intención de hacerlo lo más lucrativamente posible, con el menor gasto y el mayor beneficio que cabe. Así, no se estudia más que para crearse una posición (*brodstudium*), se aprenden las reverencias y las buenas maneras, se procura adquirir la rutina y el «conocimiento de los negocios», se trabaja «por la forma». Y en tanto que en apariencia uno trata de «cumplir bien sus funciones», no se tiende en realidad más que á hacer «un buen negocio», á ganar dinero. Hace uno su oficio pretensamente por amor del oficio, pero en realidad por amor del beneficio que procura. Si uno se hace censor no es porque el oficio sea atractivo, sino porque la posición no es desagradable; y luego se quiere subir en la escala. Uno querría administrar, hacer justicia, etc., con toda conciencia, pero teme ser trasladado ó separado: ante todo es preciso vivir.

Digitized by Google

Toda esa práctica es, en suma, una lucha por esta querida vida, una serie de esfuerzos no interrumpidos para elevarse de grado en grado hasta más ó menos de «bienestar». Y todas sus penas y todos sus cuidados no producen á la mayor parte de los hombres más que una «vida amarga», una «amarga indigencia». ¡Tanto ardor por tan poca cosa!

Una infatigable ansia de botín no nos deja tiempo de respirar y de detenernos en un goce apacible. No conocemos la alegría de poseer.

Cuando se habla de organizar el trabajo no se puede tener la mira más que en aquel que otros pueden llenar en nuestro lugar, por ejemplo, el del carnicero, del labrador, etc.; pero hay trabajos que quedan siendo de la circunscripción del egoísmo, puesto que nadie puede ejecutar por vosotros el cuadro que pintais, producir vuestras composiciones musicales, etc.; nadie puede hacer la obra de Rafael. Estos últimos trabajos son los de un Único, son las obras que ese Único solamente está en actitud de ejecutar, en tanto que los primeros son trabajos banales que se podrían llamar «humanos», puesto que la individualidad del obrero es allí sin importancia y cabe enseñarlos poco más ó menos «á todos los hombres».

Como la Sociedad no puede tomar en consideración más que los trabajos que presentan una utilidad general, los trabajos humanos, su solicitud no puede extenderse al que hace obra de Único; su intervención en este caso podría hasta ser perjudicial. El Único podrá, sí, elevarse en la Sociedad por su trabajo, pero la Sociedad no puede elevar al Único.

Es, por consiguiente, siempre de desear que nos unamos para los trabajos humanos, á fin de que no absorban ya todo nuestro tiempo y nuestros esfuerzos como lo

Digitized by Google

hacían bajo el régimen de la competencia. Bajo ese punto de vista, el comunismo está llamado á dar sus frutos. Aquello de que todo el mundo es capaz ó puede hacerse capaz estaba antes del advenimiento de la burguesía en poder de algunos y negado á todos los demás: era el tiempo del privilegio. La burguesía encontró justo permitir á todos el acceso de lo que parecía convenir á cualquiera que es «hombre». Sin embargo, lo que permitía á todos, no lo daba realmente á nadie; dejaba solamente á cada cual libre de apoderarse de ello por sus esfuerzos «humanos». Todos los ojos se dirigieron hacia esos bienes humanos, que desde entonces sonreían á todos los transeuntes, y resultó esa tendencia que se oye á cada instante deplorar bajo el nombre de «materialismo de las costumbres».

El comunismo ensaya poner un freno esparciendo la creencia de que los bienes humanos no exigen que uno se tome tanto trabajo por ellos y que uno puede, por una organización juiciosa, procurárselos sin el gran gasto de tiempo y de energía que ha parecido necesario hasta el presente.

¿Pero para quién hay que ganar tiempo? ¿Por qué tiene el hombre necesidad de más tiempo que el preciso para reanimar sus fuerzas, agotadas por el trabajo? Aquí el comunismo se calla.

¿Por qué? ¡Pues bien: para gozar de sí mismo como Único, después de haber hecho su parte como hombre.

En la primera alegría de verse autorizado á alargar la mano hacia todo lo que es humano, no se pensó ya en desear otra cosa y se lanzaron por los caminos de la competencia en persecución de eso humano, como si su posesión fuera el objeto de todos nuestros votos.

Pero después de una carrera desenfrenada advierte uno al fin que «la riqueza no hace la felicidad». Y trata

Digitized by Google

uno de procurarse lo necesario con menos gasto y de no consagrarle más que el tiempo y los trabajos indispensables. La riqueza se encuentra depreciada y la pobreza satisfecha, la indigencia descuidada viene á ser el seductor ideal.

¿Es bien necesario que ciertas funciones humanas para las que todo el mundo se cree apto, estén mejor remuneradas que las demás y que uno gaste para elevarse á ellas todas sus fuerzas y toda su energía? Sin buscar más lejos, la frase con tanta frecuencia empleada «¡Ah, si yo fuese Ministro, si yo fuese el..... eso no pasaría así!» expresa ya la convicción de que uno se siente capaz de representar el papel de uno de esos dignos personajes; se siente muy bien que no hay necesidad para eso de una personalidad excepcional, sino que basta un grado de cultura accesible, en suma, si no á todo el mundo, al menos á gran número; para todas esas cosas un hombre ordinario basta.

Aun admitiendo que si el orden es esencial al Estado, la necesidad de una subordinación jerárquica no le está menos impuesta por su naturaleza, notaremos que los que reinan en la cima de la jerarquía gozan de bienes y de privilegios desmesurados en comparación de los que ocupan los grados inferiores de la escala social.

Sin embargo, estos últimos, inspirados primero por la doctrina socialista, más tarde sin duda también por un sentimiento egoísta (de que daremos desde el presente un ligero tinte á su lenguaje), se atreven á preguntar: ¿Qué es, pues, lo que hace la seguridad de vuestra propiedad, señores privilegiados? Y responden ellos mismos: ¡Nuestra propiedad está segura, porque nosotros nos abstenemos de atacarla! ¡Luego gracias á nuestra protección! ¿Y qué nos dais en recompensa? No tenéis para la «gente menuda» más que desprecio y puntapiés,

Digitized by Google

la vigilancia de la policía y un catecismo con este principio fundamental: ¡Respeta lo que no es tuyo, lo que es de otro! ¡Respeta á los demás, y en particular á tus superiores!

A eso respondemos: ¿queréis nuestro respeto? Sea, comprádnoslo, he aquí el precio que pedimos por él. Queremos, sí, dejaros vuestra propiedad, pero mediante una compensación suficiente. ¿Qué suministra un General en tiempo de paz para compensar los millares de escudos de su sueldo? ¿Y tal otro por sus centenas de millar ó sus millones anuales? ¿Qué compensación recibimos de vosotros por comer patatas, mirándoos tranquilamente sorber vuestras ostras? Compradnos tan sólo esas ostras al precio á que nosotros tenemos que compraros las patatas, y podréis continuar comiéndolas en paz. ¿Os imagináis quizá que las ostras no son nuestras como vuestras? Clamariais por la violencia si nos vierais llenar de ellas nuestro plato y ponernos á consumirlas con vosotros, y tendriais razón. Sin violencia no las tendremos; pero vosotros, sólo porque nos hacéis violencia, las tenéis.

Pero vaya por las ostras, y pasemos á una propiedad que nos toca más de cerca (porque todo eso no era más que posesión), al trabajo.

Nosotros penamos doce horas por día con el sudor de nuestra frente, y nos dais por eso algunas piezas de bronce. ¡Pues bien! Haceos pagar vuestro trabajo al mismo precio. ¡Eso no os resulta! ¿Os imaginais quizá que nuestro trabajo esta así regiamente pagado, en tanto que el vuestro vale un sueldo de veinte mil francos? Pero si no tasarais el vuestro á tan alto precio, y si nos dejaseis sacar mejor partido del nuestro, ¿quién os dice que no seríamos capaces de producir cosas más importantes que todo lo que habéis hecho hasta aquí con vues-

Digitized by Google

tros millares de escudos? Si no recibierais más que un salario como el nuestro, os volveriais pronto más asiduos para ganar más. Si vosotros ejecutais cosas que nos parecen valer diez veces, cien veces más que nuestro propio trabajo, que eso no obste, recibiréis cien veces más. Por nuestro lado, proyectamos también trabajos que nos pagaréis mejor que con nuestro salario habitual. Estaremos bien pronto de acuerdo con tal que esté bien entendido que nadie tiene ya que hacer ni que recibir regalos.

¿Quién sabe? Hasta podremos llegar á pagar de nuestro bolsillo un precio equitativo para los achacosos, los enfermos y los ancianos, para que el hambre y la miseria no nos los quiten; porque si queremos que vivan, la satisfacción de ese deseo conviene que la compremos. Digo bien: que la «compremos»; no pienso de ningún modo en una miserable «limosna.» Su vida es también su propiedad, aun para aquellos que no pueden trabajar; y si queremos (no importa por qué razón) que no nos priven de esa vida que es de ellos, no hay otro medio de obtener ese resultado que comprándola. Hasta podrá ser, un poco porque nos gusta ver á nuestro alrededor caras sonrientes, que queramos su bienestar.

¡Sólo que nada de regalos! Guardad los vuestros, y no los esperéis ya de nosotros. Hace siglos que os damos limosna con una buena voluntad estúpida; hace siglos que derrochamos el óbolo del pobre y que damos al señor lo que no es del señor. Se acabó: desatad los cordones de vuestra bolsa, porque desde el presente, el precio de nuestra mercancía está en un alza enorme. No os tomaremos nada, absolutamente nada, pero pagaréis mejor lo que querais tener.

¿Tú, cuál es tu fortuna?—Tengo una hacienda de mil fanegas.—Pues bien, yo soy tu criado de labranza,

Digitized by Google

y de ahora en adelante no labraré ya tu campo más que al precio de un escudo por día.—Entonces tomaré otro. —No lo encontrarás, porque nosotros los trabajadores del campo no trabajamos ya más que con esas condiciones, y si se presenta uno que pida menos, ¡que tenga cuidado!

Aquí está la criada que pide otro tanto, y no la encontrarás ya por bajo de ese precio.—¡Pero entonces estoy arruinado!—¡Poco á poco! Te quedará siempre tanto como á nosotros; por lo demás, si fuera de otro modo, nosotros rebajaríamos lo suficiente para que pudieses vivir como nosotros.—¡Pero yo estoy acostumbrado á vivir mejor!—Queremos que así sea, pero eso no nos concierne; procura reducir tus gastos. ¿Hemos nosotros de ajustarnos con rebaja para que tú puedas vivir bien?

El rico regala siempre al pobre con estas palabras:—¿Tengo algo que ver con tu miseria? Procura salir del paso como puedas: es asunto tuyo y no mío.—Sea; velaremos por ello y no dejaremos ya á los ricos acaparar en su provecho los medios que tenemos de sacar partido de nosotros mismos.—Sin embargo, vosotros, gentes sin instrucción, no tenéis tantas necesidades como nosotros. —No importa eso; tomaremos alguna cosa más para ponernos en condiciones de procurarnos la instrucción de que podremos tener necesidad.—¿Y si abatís así á los ricos, quién sostendrá todavía las artes y las ciencias?—¡Pues al público toca hacerlo! Escotaremos: así se reunen bonitas sumas. Por otra parte, sabemos cómo vosotros, ricos, alentais las artes; no comprais más que libros insípidos ó santas Vírgenes de la más lamentable vulgaridad, cuando no es el par de pantorrillas de una bailarina.—¡Ah, maldita igualdad!—No, mi buen señor, no se trata aquí de igualdad. Queremos sencillamente

Digitized by Google

que se nos cuente por lo que valemos; si valéis más que nosotros, eso no importa, se os contará por más. Lo que queremos es tener un valor, y tenemos en verdad la intención de mostrarnos dignos del precio que paguéis.

¿Es capaz el Estado de despertar en el asalariado tan animosa confianza y un sentimiento tan vivo de su Yo? ¿Puede hacer el Estado que el hombre tenga conciencia de su valor? Hay más: ¿osaría proponerse tal objeto, puede querer que el individuo conozca su valor y saque de él el mejor partido? La cuestión, bien se ve, es doble. Veamos en primer lugar lo que el Estado es capaz de realizar en esa dirección. Preciso es, ya lo hemos visto, que todos los mozos de labranza marchen cogidos de las manos; pero también sólo este acuerdo puede dar un resultado: una ley del Estado se vería eludida de mil maneras y quedaría en letra muerta por efecto de la competencia. En segundo lugar, ¿qué puede permitir el Estado? Le es imposible tolerar que las gentes sufran otra compulsión que la suya; no puede, pues, tolerar que los mozos de labranza coligados se hagan justicia contra los que quieran ajustarse á demasiado bajo precio. Supongamos, sin embargo, que el Estado haya hecho una ley y que los criados de labor estén perfectamente de acuerdo, ¿podría el Estado entonces consentir?

En ese caso aislado, sí; pero ese caso aislado es más que eso, pone en juego un principio; de lo que se trata aquí es del Yo, realizando él mismo su valor y, por consiguiente, afirmándose frente al Estado. Hasta ahí, los comunistas estaban de acuerdo con nosotros. Pero el hacerse valer á sí mismo está necesariamente en contradicción, no sólo con el Estado, sino también con la Sociedad: ella mira mucho más allá del común y del comunista, por egoísmo.

El Comunismo hace del principio de la burguesía,

Digitized by Google

que todo hombre es poseedor («propietario»), una verdad indiscutible, una realidad, poniendo fin al cuidado de adquirir y haciendo que cada cual tenga aquello que necesita. Es la potencia de trabajo de cada cual lo que forma su riqueza, y si de ella no hace uso, la culpa es suya. Se dió fin á las competiciones infatigables, y ninguna competencia subsiste ya como estéril (lo que ocurría demasiado á menudo hasta hoy), puesto que todo esfuerzo de trabajo tiene por efecto procurar al que lo hace lo necesario. Al presente, sólo se posee realmente: lo que alguno posee en potencia en su capacidad de trabajo, no puede ya perderlo, como bajo el régimen de la competencia amenaza á cada instante escapársele. Es uno poseedor de un modo seguro y sin cuidado. Y lo es precisamente porque no busca ya su riqueza en una mercancía, sino en su potencia de trabajo, es decir, porque uno es un indigente, un hombre cuya fortuna sólo es ideal. En cuanto á mí, no puedo contentarme con la floja pitanza que me reportaría mi labor, porque mi riqueza no consiste sólo en mi trabajo.

Por el trabajo puedo llegar, por ejemplo, á desempeñar funciones de presidente ó de ministro; esos empleos no exigen más que la instrucción media, es decir, accesible á todo el mundo (porque la instrucción media no significa sólo la instrucción que todo el mundo posee, sino, por ejemplo, la del médico, del militar, del filósofo, que todo el mundo puede adquirir y que un «hombre culto» no cree superior á sus fuerzas), ó, en suma, más que una habilidad de que todo el mundo es capaz.

Pero si es verdad que esas funciones pueden ser ejercidas por todo hombre, cualquiera que sea, no es, sin embargo, más que la fuerza única del individuo, propia exclusivamente del individuo, la que les da en cierto modo una vida y una significación. Si no cumple sus funciones

Digitized by Google

como un «hombre ordinario», sino que gasta en ellas todo el tesoro de su unicidad, no queda pagado por el hecho de percibir el sueldo ordinario del empleado ó del ministro. Si os ha satisfecho plenamente y queréis continuar beneficiándoos, no sólo de su trabajo de funcionario, sino, además, de su precioso poder individual, no le pagaréis sólo como un hombre ordinario que no hace más que la tarea humana, sino, además, como un productor de único. Haced pagar igual vuestro propio trabajo.

No se puede aplicar á la obra de mi unicidad un precio general como á lo que yo hago en cuanto hombre. Sólo en esta última cualidad puedo yo trabajar á tanto alzado.

Fijad, pues, yo lo admito, una tasa general para los trabajos humanos, pero que el contrato no tenga por objeto enajenar vuestra unicidad.

Tus necesidades humanas ó generales pueden ser satisfechas por la Sociedad; pero á ti te toca buscar la satisfacción de tus necesidades únicas. La Sociedad no puede ni procurarte una amistad ó el servicio de un amigo, ni siquiera asegurarte los buenos oficios de un individuo. Y sin embargo, tendrás á cada instante necesidad de servicios de ese género; en las circunstancias más insignificantes te hará falta alguno para asistirte. No cuentes para eso con la Sociedad; pero haz de modo que tengas con qué comprar la satisfacción de tus deseos.

¿Debe el uso del dinero ser conservado entre egoístas? A la antigua moneda se une la tacha de la posesión hereditaria. No la recibais ya en pago, y está arruinada; no hagais ya nada por ese dinero, y todo su poder se desvanece. Tachad la palabra herencia, y el sello del magistrado queda sin virtud. Al presente, todo es herencia, ya esté el heredero ó no esté aún en posesión. Si todo eso es vuestro, ¿por qué dejarlo poner bajo sellos, por qué inquietaros por los sellos?

Digitized by Google

¿Mas para qué crear un nuevo instrumento? ¿Aniquilais acaso la mercancía porque le quitéis el sello de la herencia? Considerad la moneda como una mercancía; por ese título es un precioso medio, una riqueza. Porque impide la anquilosis de la riqueza, la mantiene en circulación y opera su cambio. Si conocéis mejor instrumento de cambio, adoptadlo, lo acepto; pero siempre será aún el «dinero» bajo una nueva forma. No es el dinero el que os hace mal, sino vuestra impotencia para tomarlo. Poned en juego todos vuestros medios, haced todos vuestros esfuerzos, y no os faltará el dinero: será un dinero de vosotros, una moneda con vuestra efigie. Pero trabajar no es lo que yo llamo «poner en juego todos vuestros medios». Los que se contentan con «buscar trabajo», con tener «la voluntad de trabajar bien», están condenados fatalmente, y, por su culpa, á convertirse en unos sin trabajo.

Del dinero depende la dicha y la desdicha. Lo que hace de él una potencia en el período burgués, es que no se hace más que cortejarlo como á una joven soltera, pero nadie se casa con él. Todos los procederes novelescos y caballerescos para atraerse á una mujer amada, se encuentran de nuevo en la competencia. Y por un rapto los audaces caballeros (de industria) conquistan el dinero, objeto de su ardiente pasión.

Aquel á quien la suerte le favorece, se lleva consigo á la novia. El indigente introduce á la joven en su familia, que es «la Sociedad», y ella desaparece. En su casa no es ya la novia, sino la mujer, y con su virginidad se va su nombre de familia: la joven soltera se llamaba «Dinero», hoy se llama «Trabajo», porque «Trabajo» es el nombre del marido. Para acabar con esta comparación, el hijo de Trabajo y de Dinero es de nuevo una niña y de nuevo celibataria, es decir, Dinero, pero con una filia-

Digitized by Google

ción cierta: ha nacido de Trabajo, su padre. Las facciones del rostro, la «efigie», presentan un carácter nuevo.

Volvamos, en fin, una vez más á la competencia. La competencia debe precisamente su existencia á que nadie se ocupa de sus negocios y no piensa en entenderse con los demás acerca de ello. El pan, por ejemplo, es un objeto de primera necesidad para todos los habitantes de una ciudad. Luego nada más natural que ponerse de acuerdo para establecer una panadería pública. En vez de eso, se abandona ese indispensable suministro á panaderos que se hacen competencia. Y así se hace con la carne á los carniceros, el vino á los taberneros, etc.

Abolir el régimen de la competencia no quiere decir favorecer el régimen de la Corporación. He aquí la diferencia: en la Corporación, hacer el pan, etc., es negocio de los compañeros; bajo la competencia, es negocio de aquellos á quienes place competir; en la Asociación, es el negocio de los que tienen necesidad de pan, por consiguiente, el mío, el vuestro: no es el negocio de los compañeros ni de los panaderos con patente, sino el de los asociados.

Si yo no me preocupo de mis negocios, preciso es que me contente con lo que plazca á los demás darme. Ahora, tener pan es negocio mío, yo lo quiero, no puedo pasarme sin él; y, sin embargo, uno se entrega á los panaderos, sin otra esperanza que obtener de su discordia, de sus celos, de su rivalidad, en una palabra, de su competencia, una ventaja con la que no se podía contar con los miembros de las corporaciones, que estaban entera y exclusivamente en posesión del monopolio de la panadería. Aquello de que cada cual tiene necesidad, cada cual también debiera tomar parte en su producción ó su fabricación; es su negocio, su propiedad, y no la propiedad

Digitized by Google

de los miembros de tal corporación ó de tal patrono con patente.

Echemos todavía una mirada atrás. El mundo pertenece á los hijos de este mundo, á los hijos de los hombres. No es ya el mundo de Dios, sino el mundo de los hombres. Todo lo que cada hombre puede procurarse, puede llamarlo suyo; sólo que el verdadero hombre, el Estado, la sociedad humana ó la humanidad velarán porque cada uno no haga suyo más que lo que se apropia en cuanto hombre, es decir, de una manera humana. La apropiación no humana no está autorizada por el hombre; es «criminal»; en tanto que, por el contrario, la apropiación humana es «justa» y se hace por una «vía legal».

Así es como se habla desde la Revolución.

Pero ninguna cosa es en sí misma mi propiedad, puesto que una cosa tiene una existencia independiente de mí; sólo mi poder es mío. Este árbol no es mío; lo que es mío es mi poder sobre él, el uso que de él hago. ¿Y cómo se expresa este poder? Se dice: yo tengo un derecho sobre este árbol; ó bien: es mi legítima propiedad. Ahora, si lo he adquirido, es por la fuerza. Se olvida que la propiedad no dura sino por tanto tiempo como el poder permanece activo; ó más exactamente, se olvida que el poder no es una entidad, sino que no tiene existencia más que como potencia del Yo, y no existe más que en mí, el poderoso.

Se eleva el poder, como otras de mis propiedades (la humanidad, la majestad, etc.), al rango de «ser para sí» *(fursichseiend)*, de suerte que no deja de existir aun cuando ha dejado por largo tiempo de ser mi poder. Así transformado en fantasma, el poder es el derecho. Ese poder inmortalizado no se extingue siquiera á mi muerte, es transmisible («hereditario»).

Digitized by Google

Se sigue de aquí que en realidad las cosas pertenecen no á mí, sino al derecho.

Todo eso no es más que una vana apariencia por otro motivo aún; el poder del individuo no se hace permanente ni viene á ser un derecho, sino en cuanto otros individuos adunan el poder de ellos al suyo. La ilusión consiste en creer que no pueden ya retirar su poder á aquellos á quienes lo han otorgado. Aquí reaparece el mismo fenómeno que hace poco: el divorcio del poder y del Yo; yo no puedo recobrar del poseedor la parte de poder que le viene de mí. Uno ha dado «plenos poderes», se ha desprendido del poder, ha renunciado al de tomar mejor partido.

El propietario puede renunciar á su poder y á su derecho sobre una cosa haciendo dón de ella, disipándola, etcétera. ¿Y nosotros no podríamos igualmente abandonar el poder que le hemos prestado?

El hombre, según el derecho, el «hombre honrado», no pide hacer suyo lo que no es de él «de derecho», ó aquello á que no tiene derecho; no reivindica más que su «propiedad legítima». ¿Quién, pues, será juez y fijará los límites de su derecho? Finalmente, debe ser el Hombre, porque de él se tienen los derechos del hombre. Por consiguiente, se puede decir con Terencio, pero en un sentido más amplio que Terencio: «*humani nihil a me alienum puto*», es decir, lo humano es mi propiedad. De cualquier manera que uno se arregle, en ese terreno se tendrá inevitablemente un juez, y en nuestro tiempo los diversos jueces que uno se había dado, han acabado por encarnarse en dos personas mortalmente enemigas: el Dios y el Hombre. Los unos se declaran por el derecho divino, los otros por el derecho humano ó los derechos del hombre.

Lo que es claro es que en los dos casos el individuo no crea él mismo su derecho.

Digitized by Google

¡Encontradme, pues, hoy una sola acción que no ofenda un derecho! A cada instante los derechos del hombre son pisoteados por los unos, en tanto que los otros no pueden abrir la boca sin blasfemar contra el derecho divino. Dad limosna y ultrajais un derecho del hombre, puesto que la relación de mendigo á bienhechor no es humana; expresad una duda, pecais contra un derecho divino. Comed vuestro pan seco con contento, vuestra resignación es una ofensa á los derechos del hombre; comedlo como descontentos y vuestros murmullos son un insulto al derecho divino. No hay uno de vosotros que no cometa á cada instante un crimen; todos vuestros discursos son crímenes y toda traba á vuestra libertad de discurrir no es menos un crimen. Todos vosotros sois criminales.

Sin embargo, no lo sois sino porque os mantenéis todos en el terreno del derecho, es decir, porque no sabéis que sois criminales, ni sabéis felicitaros por ello.

La propiedad inviolable ó sagrada ha tenido nacimiento en ese mismo terreno; es la hija espiritual del derecho. El perro que ve un hueso en poder de otro no renuncia á él más que si se siente demasiado débil. Pero el hombre respeta el derecho de otro á su hueso. Esto es considerado como humano, aquello como brutal ó «egoísta». Y por todas partes, como en este caso, lo que es «humano» es ver en todo alguna cosa espiritual (aquí, el derecho), es decir, hacer de cualquier cosa un fantasma, que se puede, sí, arrojar cuando se muestra, pero que no se puede matar. Lo que es humano, es ver en todo objeto particular, no alguna cosa particular, sino alguna cosa general.

Yo no debo ya á la naturaleza, como tal, ningún respeto; sé que tengo en cuanto á ella todos los derechos. Pero estoy obligado á respetar en el árbol del jardín que

Digitized by Google

está ahí su cualidad de objeto ajeno (bajo un punto de vista más estrecho se dice: á respetar la «propiedad»), y no me es permitido tocarlo. Y eso no podrá cambiar sino cuando yo no vea en el hecho de dejar ese árbol á otro cosa diferente que en el hecho de abandonarle, por ejemplo, mi bastón, es decir, cuando yo haya cesado de considerar ese árbol como algo ajeno *à priori*, sagrado. Yo, por el contrario, no me hago un crimen de derribarlo si eso me place; continúa siendo mi propiedad por largo que sea el tiempo durante el cual lo he abandonado á otros; era y queda siendo de mí. Yo no veo la cualidad de objeto ajeno en la riqueza del banquero más que Napoleón en las provincias de los reyes. No nos formamos ningún escrúpulo en intentar su «conquista» y procuramos por todos los medios llegar á ella. La exorcisamos, pues, del espíritu de alienidad que nos había hecho al principio retroceder con espanto ante ella.

Pero es indispensable para eso que yo no pretenda nada á calidad de Hombre, sino sólo á calidad de Yo, de ese Yo que soy!, no pretenderé, por consiguiente, nada humano, sino sólo lo que es mío, ó, en otros términos, nada de lo que me corresponde en cuanto hombre, sino lo que yo quiero y porque yo lo quiero.

Luego una cosa no será la justa y legítima propiedad de otro sino cuando sea justo para ti que sea la propiedad de ese otro. Desde que no te conviene ya que sea así, la legitimidad desaparece á tus ojos y no te queda ya más que reir del derecho absoluto del propietario.

Aparte de la propiedad en sentido restringido, de que hemos hablado hasta el presente, hay otra que se impone á nuestra veneración y contra la cual nos es todavía mucho menos permitido «pecar». Esa propiedad está constituída por los bienes espirituales y el «santuario de la conciencia». Lo que un hombre tiene por sa-

Digitized by Google

grado no es permitido á otro burlarse de ello. Por falso que sea el objeto de su fe y por deseoso que uno esté de apartarlo de él para traerlo «muy dulcemente y por su bien» al culto de un sacrosanto más auténtico, su fe al menos, por discutible que sea su objeto, es sagrada y debe siempre ser respetada; por absurdo que sea el ídolo, la facultad de veneración del que lo tiene por sagrado, es sagrada ella misma y ante ella debe uno inclinarse.

En tiempos más bárbaros que los nuestros se tenía costumbre de exigir de cada cual cierta fe y una devoción á cierto objeto sagrado: se hería de firme á los disidentes. Pero extendiéndose la «libertad de conciencia» cada vez más, el «Dios celoso» y «sólo Señor» se ha transformado después poco á poco en lo que se designa con el nombre más vago de «Sér Supremo»; la tolerancia humana se declara satisfecha desde el momento que cada cual reverencia un «objeto sagrado», sea el que sea.

Reducido á su expresión más humana, ese objeto sagrado es «el Hombre mismo» y «lo humano». Porque es una ilusión creer que lo humano es enteramente nuestro y enteramente exento de ese tinte de sobrenatural que se une á lo divino é imaginarse que decir el Hombre es decir Yo ó Tú. Y es ese error el que puede conducir á la orgullosa ilusión de que uno no ve ya en ninguna parte nada «sagrado», de que por todas partes nos sentimos en nuestra casa y libres de la obsesión de la santidad, del estremecimiento del terror sagrado. Pero el alborozo de «haber encontrado al fin al Hombre» ha impedido oir el grito de dolor del egoísmo; así es como se ha tomado por nuestro verdadero yo á un fantasma que ha venido á ser tan buen hombre,

Mas «lo Sagrado se llama Humano», dice Gœthe, y lo humano no es más que lo sagrado en su más alta potencia.

Digitized by Google

El egoísta se expresa de muy distinto modo. Justamente porque tienes alguna cosa por sagrada te encuentro ridículo; y aun admitiendo que yo quiera respetar todo en ti, es precisamente tu santuario interior el que yo no respetaría.

A esas maneras de ver tan opuestas corresponden naturalmente conductas diferentes para con los bienes espirituales: el egoísta los ataca; el religioso (es decir, el que por cima de él coloca su «esencia») debe, para ser consecuente, defenderlos. ¿Qué bienes espirituales hay que defender y cuáles deben dejarse sin protección? No depende enteramente de la idea que uno se forma del «Ser Supremo»: el que teme á Dios, por ejemplo, tiene más que defender que el que teme al Hombre, que el liberal.

Cuando se nos ofende en nuestros bienes espirituales no es ya como cuando se nos lastimaba en nuestros bienes materiales: aquí la ofensa es espiritual, el pecado cometido contra los bienes espirituales consiste en profanarlos directamente, en tanto que no se hacía más que apartar ó alejar los bienes materiales. Aquí los bienes sufren una depreciación, una decadencia: no son simplemente sustraídos, su carácter sagrado es puesto directamente en juego. Se designa con el nombre de «impiedad» ó de «sacrilegio» á todas las infracciones que pueden ser cometidas contra los bienes espirituales, es decir, para con los que tenemos por sagrados; y la burla, el insulto, el desprecio, el escepticismo, etc., no son más que matices diferentes de la criminal impiedad.

***

Sin ocuparnos de las múltiples formas en que el sacrilegio puede cometerse, no recordaremos aquí más que

Digitized by Google

lo que pone en peligro la santidad por el hecho de una Prensa demasiado libre.

En tanto que se exija todavía respeto para el menor sér espiritual, la palabra y la Prensa tendrán que estar encadenadas en nombre de ese sér; porque el egoísta podría por sus manifestaciones «ofenderlo» y esa ofensa se debe reprimir con ayuda de «penalidades convenientes», á menos que se prefiera recurrir al medio más juicioso que suministra el poder preventivo de la policía, es decir, á la censura.

¡A cuantas gentes oimos todos los días clamar á grandes gritos por la libertad de la Prensa! Ahora, ¿de qué puede ser la Prensa libertada? ¡Sin duda, de una dependencia, de una sujeción, de un avasallamiento! Pero es asunto de cada cual libertarse de todo eso; se puede afirmar con certeza que si habéis sacudido el yugo de los viejos hábitos de domesticidad, lo que escribís y publicais os pertenece como propio, en vez de haber sido concebido y formulado en servicio de un poder cualquiera; pero ¿qué puede decir ó imprimir un fiel cristiano que sea más independiente de la creencia cristiana que lo es él mismo? Si hay cosas que yo no puedo ó no me atrevo á escribir, el primer culpable no puede ser más que yo mismo. Y aunque esto parezca alejarse del asunto, he aquí, sin embargo, la explicación. Por una ley sobre la Prensa, yo trazo ó permito que se trace alrededor de mis publicaciones un límite más allá del cual comienzan el delito y la represión. Soy yo mismo quien restrinjo mi libertad.

Para que la Prensa fuese libre, sería indispensable que ninguna presión pudiera serle impuesta en nombre de una ley. Y para llegar á eso, sería preciso que yo mismo me hubiera libertado de la obediencia á la ley.

En verdad, la libertad absoluta de la Prensa es una

Digitized by Google

quimera, como toda libertad absoluta. La Prensa puede estar libre de muchas cosas, pero no lo estará nunca más que de lo que yo mismo esté libre. Libertémonos de todo lo que es sagrado, seamos sin fe y sin ley y nuestros discursos lo serán también.

Nosotros no podemos librar á nuestros escritos de toda presión más de lo que podemos nosotros mismos estar libertados de todo. Pero podemos hacerlos tan libres como nosotros lo somos. Se necesita para eso que sean nuestra propiedad, en lugar de estar, como han estado hasta aquí, al servicio de un fantasma.

No se forma bien cuenta de lo que se pide al pedir la libertad de la Prensa. Lo que se pretende, lo que se desea es que el Estado haga á la Prensa libre; pero lo que se quiere en realidad, y sin figurárselo, es que la Prensa sea libertada del Estado, ó no tenga ya que contar con él. El voto consciente es una petición que se dirige al Estado; la tendencia inconsciente es una rebelión contra el Estado. La humilde súplica, como la firme reivindicación del derecho á la libertad de la Prensa, suponen que el Estado es el dispensador, del que no se puede esperar más que un dón, una concesión, un otorgamiento. Pudiera suceder que un Estado fuera bastante loco para conceder el regalo pedido, pero puede apostarse todo á que los que lo recibieran no sabrían servirse de él, por tanto tiempo como considerasen al Estado cual una verdad; se guardarían bien de ofender á esa «cosa sagrada» y llamarían sobre el que se lo permitiera las severidades de una ley sobre la Prensa.

En una palabra, es imposible que la Prensa sea libre de aquello que yo mismo no soy libre.

¿Lo que digo me va á hacer pasar acaso por un adversario de la libertad de la Prensa? ¡Lejos de ello! Yo afirmo sólo que no se la obtendrá nunca, en tanto que no se

Digitized by Google

quiera más que ella, la libertad de la Prensa, es decir, en tanto que no se ponga la mira más que en un permiso limitado. Mendigad cuanto querais ese permiso; lo aguardaréis eternamente, porque no hay nadie en el mundo que pueda dároslo. En tanto que querais ver «legitimar, autorizar, justificar» por un permiso (es decir, por la libertad de la Prensa) el uso que hacéis de la Prensa, viviréis en vanas esperanzas y recriminaciones.

«¡Absurdo! Vos que alimentais pensamientos como los que se ven en vuestro libro, no llegaréis á darles publicidad más que gracias á una dichosa casualidad ó á fuerza de artificios. ¿Y sois vos quien queréis oponeros á que se hostigue y se importune al Estado hasta que conceda al fin la libertad de imprimir?»

Pudiera suceder que un autor con quien se empleara ese lenguaje respondiera:—porque ¡hasta dónde no llega la insolencia de esas gentes!—del siguiente modo:

—¡Reflexionad bien en lo que decís! ¿Qué hago yo con la mira de procurarme para mi libro la libertad de la Prensa? ¿Pido un permiso? ¿No se me ve, por el contrario, sin cuidarme de la legalidad, espiar una ocasión favorable y cogerla sin ninguna consideración para el Estado y sus deseos?

«Sí, yo engaño — puesto que es necesario que se pronuncie la palabra terrible—yo engaño al Estado.

»Y vosotros, sin daros cuenta de ello, hacéis otro tanto. Vosotros lo persuadís desde lo alto de vuestras tribunas de que debe hacer el sacrificio de su santidad y de su invulnerabilidad, de que debe exponerse á los ataques de las gentes que escriben, sin tener por ello peligros que temer. ¡Pues bien! vosotros lo engañais; porque dará fin á su existencia tan pronto como haya perdido su inviolabilidad.

»Es verdad que á vosotros os podría, sí, conceder la

Digitized by Google

libertad de escribir, como lo ha hecho Inglaterra. Vosotros sois los devotos del Estado, sois incapaces de escribir contra él, aunque podais ver abusos que reformar y «defectos que enmendar». ¿Pero cómo? ¿Los adversarios del Estado se aprovecharán de la libertad de la palabra para desencadenarse contra la Iglesia, el Estado, las costumbres, y para asaltar lo «sacrosanto» con implacables argumentos? Vosotros seríais entonces los primeros en temblar y en llamar á la vida leyes de Setiembre. Os arrepentiríais demasiado tarde de la necedad que os había impulsado á lisonjear y á cegar al Estado ó al Gobierno.

»Pero mi conducta no prueba más que dos cosas. Primero, esto: que la libertad de la Prensa es siempre inseparable de «circunstancias favorables», y no puede, por consiguiente, ser nunca una libertad absoluta; en segundo lugar, esto: que quien quiera gozar de ella, debe buscar, y, en caso de necesidad, crear la ocasión favorable, haciendo prevalecer contra el Estado su propio interés y poniéndose á sí y á su voluntad por cima del Estado y de todo «poder superior».

«No es en el Estado, no es más que contra el Estado como la libertad de la Prensa puede ser conquistada. Y si esa libertad reina alguna vez, no es á consecuencia de una súplica, sino cual la obra de una revolución como será obtenida. Toda petición, toda proposición de libertad de la Prensa, es ya una rebelión, consciente ó inconsciente; sólo la insuficiencia filistea no quiere ni puede confesárselo, en tanto que el resultado no se lo haya mostrado, con gran terror suyo, de una manera clara y evidente. La libertad de la Prensa, obtenida á fuerza de ruegos, tiene al principio un aire amistoso y benévolo; está bien lejos de sus intenciones dejar que surja nunca la licencia de la Prensa; pero poco á poco su corazón se

Digitized by Google

endurece, y llega insensiblemente á concluir que, en definitiva, una libertad no es una libertad, en tanto que está al servicio del Estado, de la moral ó de la ley.

»La Prensa, una vez embargada del deseo de libertad, quiere hacerse cada vez más libre, hasta que al fin el escritor se dice: Puesto que no soy enteramente libre más que cuando no tengo ningún miramiento que guardar, mis escritos no son libres más que cuando son de mí, cuando no pueden serme dictados por ningún poder ó autoridad, por ninguna fe, por ningún respeto; ¡no es libre lo que la prensa debe ser—eso es demasiado poco —debe ser de Mí! La individualidad, la propiedad de la Prensa: he ahí lo que yo quiero asegurarme.

»Una libertad de la Prensa no es más que un permiso de imprimir que me entrega el Estado, y el Estado no permitirá nunca, ni puede nunca libremente permitir, que yo emplee la Prensa en aniquilarlo.

»Expresémonos, pues, más bien de la manera siguiente, para evitar lo que el término «libertad de la Prensa» ha podido dejar hasta aquí de vago en nuestras palabras: La libertad de la Prensa que reivindican tan alto los liberales, es, sin duda alguna, posible en el Estado; no es siquiera posible más que en el Estado, puesto que es un permiso y que, por consiguiente, ese *imprimatur* debe ser concedido por alguien que, en el caso presente, es el Estado. Pero en cuanto permiso, está limitado por ese Estado mismo, que naturalmente no está obligado á tolerar más de lo que es compatible con su conservación y su prosperidad. Él traza á la libertad de la Prensa un límite, que es la ley de su existencia y de su extensión. Un Estado puede ser más tolerante que otro, pero no hay en ello más que una diferencia de cantidad; es, sin embargo, esta diferencia la que toman tanto á pechos los políticos liberales: en Alemania, por ejemplo, no pi-

Digitized by Google

den más que «una tolerancia más amplia, más extensa, de la palabra libre.»

«La libertad de la Prensa que se solicita; es una libertad que debe pertenecer al Pueblo, y en tanto que el Pueblo (el Estado) no la posee, yo no puedo hacer de ella ningún uso. Pero si uno se coloca en el punto de vista de la propiedad de la Prensa, las cosas se presentan bajo un aspecto diferente. Aunque mi Pueblo esté privado de la libertad de la Prensa, yo me procuro por astucia ó por violencia el medio de imprimir; no pido el permiso de imprimir más que á Mí y á mi fuerza.

»Desde que la Prensa es de Mí, no me hace falta ya la autorización del Estado para usar de ella más que me hace falta para asearme. Y la Prensa es mi propiedad á partir del momento en que, para Mí, no hay ya nada por cima de Mí, porque desde entonces no hay Estado, no hay Iglesia, no hay Pueblo, no hay Sociedad; no debían todos su existencia más que á mi desprecio de mí mismo, y todos se desvanecen desde que la flaqueza de mi orgullo desaparece; ellos no son, sino á condición de estar por cima de mí; no existen más que si son potencias.—¡A menos que uno pueda figurarse un Estado del que los súbditos no hicieran ningún caso! Eso sería un sueño, una ilusión completamente, como la «unidad de Alemania.»

«La Prensa es de Mí desde que yo me pertenezco, desde que soy mi propietario. El mundo es del egoísta, porque el egoísta no pertenece á ningún poder del mundo.

»Siendo esto así, puede suceder muy bien que la Prensa, aunque mía, sea todavía muy poco libre, como es el caso en este momento. Pero el mundo es grande y uno sale del paso como puede. Si yo consintiera en renunciar á la propiedad de mi Prensa, llegaría fácilmente á hacer

Digitized by Google

imprimir por todas partes todo lo que mi pluma produce. Pero como quiero afirmar mi propiedad, preciso es que venga á las manos con mis enemigos.—¿No aceptarías su permiso si te lo concediesen?—Sí, ciertamente, y con placer; porque su permiso me probaría que yo les he cegado y que los llevo al abismo. No es su permiso lo que quiero, sino su ceguedad y su derrota. Si solicito ese permiso no es porque espero, como los políticos liberales, que ellos y yo podamos vivir en paz unos al lado de otros, y hasta sostenernos, ayudarnos recíprocamente. No. Si lo solicito es para hacerme un arma contra ellos, es para hacer desaparecer á aquellos mismos que la hayan concedido.

»Obro conscientemente como un enemigo, tomo mis ventajas y me aprovecho de su imprevisión.

»La Prensa no es mía más que si uso de ella sin reconocer absolutamente ningún juez fuera de mí mismo; es decir, más que si yo no soy determinado ya ni por la religión, ni por la moral, ni por el respeto á las leyes del Estado, etc., sino por Mí solo y por mi egoísmo.»

¿Qué tenéis que replicar al que os da una respuesta tan insolente? Pero tal vez la cuestión será planteada mejor bajo la siguiente forma: ¿De quién es la Prensa? ¿Del Pueblo (el Estado) ó de Mí? Los políticos se proponen simplemente sustraer la Prensa á las empresas personales y arbitrarias de los gobernantes; no reflexionan que, para estar verdaderamente abierta á todo el mundo, debiera estar libertada de las leyes, es decir, independiente de la voluntad del Pueblo (de la voluntad del Estado).

Pero una vez convertida en la propiedad del pueblo, la Prensa está todavía bien lejos de ser mi propiedad; su libertad conserva, relativamente á mí, el sentido de permiso. Al pueblo pertenece juzgar mis ideas; á él debo dar

Digitized by Google

cuenta de ellas; para con él soy responsable. Ahora, los jurados también, cuando se atacan sus ideas fijas, tienen el corazón y la cabeza duros, exactamente como los más feroces déspotas y los esclavos que emplean.

E. Baüer, en sus *Reivindicaciones liberales*, sostiene que la libertad de la Prensa es imposible en los Estados absolutos ó constitucionales, pero que tiene su puesto completamente indicado en los «Estados libres». «En éstos—dice—el individuo tiene el derecho de expresar todo lo que piensa, y este derecho no le es disputado, porque no es ya solamente un individuo aislado, sino un miembro solidario de un todo real é inteligente.» No es, pues, el individuo, sino el miembro, el que goza de la libertad de la Prensa. Pero si para gozar de la libertad de la Prensa se necesita que el individuo haya probado su fidelidad á la comunidad, que es el pueblo, esa libertad no le pertenece en virtud de su propia energía: es una libertad del pueblo, una libertad que no le es otorgada á él, individuo, sino en razón de su fidelidad y de su cualidad de socio.

Al contrario, sólo como individuo puede cada cual ser libre de expresar su pensamiento. Pero no tiene á ello «derecho», y esa libertad no es «su derecho sagrado»; no tiene más que el poder, poder que basta, por otra parte, para ponerlo en posesión. Para poseer la libertad de la Prensa, yo no tengo necesidad de concesión, no tengo necesidad del consentimiento del pueblo, no tengo necesidad de tener de él el derecho ni de ser «autorizado». Sucede con la libertad de la Prensa como con cualquier otra libertad: debo tomarla yo mismo; el pueblo, aunque «solo juez», no puede dármela. Puede aplaudir la libertad con que yo me apodero, ó puede ponerse en guardia y defenderse contra ella; pero dármela, concedérmela, otorgármela, le es imposible. Yo uso de ella á pesar del pue-

Digitized by Google

blo, en mi sola cualidad de individuo, es decir, lucho por ella contra el pueblo, mi enemigo; no la obtengo más que si la conquisto realmente, si la tomo. Y si la tomo, es porque es mi propiedad.

Sander, al que combate E. Baüer, considera la libertad de la Prensa como un «derecho común á todos los hombres». A eso se ha objetado que todos los hombres no saben hacer de ella buen uso, puesto que todos no son verdaderamente hombres. Al Hombre, como tal, jamás un Gobierno se la ha rehusado. Sólo que el Hombre no escribe, por la excelente razón de que es un fantasma. Esta libertad no la han rehusado nunca los Gobiernos más que á individuos para concederla á otros individuos, por ejemplo, á sus órganos. Luego si se quiere obtenerla para todo el mundo, debe precisamente afirmarse que pertenece al individuo, á mí, y no al Hombre ó al individuo en cuanto Hombre. En todo caso, lo que no es hombre (el animal, por ejemplo) no puede hacer uso de ella. El Gobierno francés, por ejemplo, no disputa que la libertad de la Prensa sea un derecho del Hombre. Exige solamente del individuo una fianza que establezca que es verdaderamente Hombre; porque no es al individuo, es al Hombre, á quien concede la libertad de la Prensa.

¡Justamente bajo el pretexto de que eso no es humano se me ha quitado lo que es de mí! Y se me ha dejado lo que es del Hombre.

La libertad de la Prensa no puede producir más que una Prensa responsable. Una Prensa irresponsable no puede nacer más que de la propiedad de la Prensa.

***

Las relaciones de los hombres entre sí están regidas, para todos los que viven religiosamente, por una ley for-

Digitized by Google

mal, de que bien se puede á veces, á riesgo de pecar, descuidar la observación, pero cuyo valor absoluto no se pensaría negar jamás. Es la ley del amor, ley con la cual, aun aquellos que parecen combatir su principio y que odian su nombre, no han sabido todavía romper, porque á ellos también les queda amor; su amor es hasta más profundo y más depurado: aman al Hombre y á la Humanidad.

Si tratamos de formular el sentido de esa ley, diremos, poco más ó menos: Cada hombre debe tener alguna cosa por más que él mismo. ¡Tú debes olvidar tu «interés privado» desde que se trata de la dicha de los demás, del bien de la Patria ó de la Sociedad, del bien público, del bien de la humanidad, de la buena causa, etc.! Patria, Humanidad, Sociedad, etc., deben ser para ti más que tú mismo, y tu «interés privado» debe borrarse ante su interés; ¡porque no se debe ser un egoísta!

El amor es un mandamiento religioso de un gran alcance; no se limita al amor de Dios y de los hombres, sino que preside á todas nuestras relaciones. Hagamos, pensemos y queramos cualquier cosa; siempre el amor debe formar el fondo de nuestras acciones, de nuestros pensamientos y de nuestros deseos. Nos está, sí, permitido juzgar; pero no debemos juzgar más que con amor. Se puede ciertamente criticar la Biblia, y hasta de una manera profunda; pero el crítico debe, ante todo, amarla y ver en ella el libro santo. ¿No es esto como si se dijese: conviene que su crítica no la aniquile, debe dejarla subsistir y subsistir en cuanto cosa sagrada é indestructible?

Lo mismo ocurre con nuestra crítica de los hombres: el amor debe quedar siendo su tónica invariable. Es cierto que los juicios que nos dicta el odio no son nuestros propios juicios, son los juicios del odio que nos domina,

Digitized by Google

«juicios odiosos». Pero los juicios dictados por el amor, ¿son mejor que los nuestros? Son los juicios del amor que nos domina, son juicios «caritativos, indulgentes»; pero no son nuestros propios juicios, ni, por consiguiente, realmente juicios.

El que arde en amor por la justicia exclama: *¡fiat justitia, pereat mundus!* Le es permitido preguntarse y examinar lo que es, propiamente hablando, la justicia, lo que exige y en qué consiste, pero no si es alguna cosa.

Bien es verdad que «el que mora en el amor, mora en Dios y Dios en él» (1.ª Ep. de San Juan, IV, 16). El Dios mora en él, él no puede deshacerse del mismo y volverse sin Dios, y él mismo mora en Dios, permanece confinado en el amor de Dios y no puede volverse sin amor.

«¡Dios es el Amor!» Todos los siglos y todas las generaciones reconocen en esta palabra el fundamento del Cristianismo. Pero ese Dios que es amor es un Dios importuno: no puede dejar al mundo en reposo, quiere infundirle la santidad. «Dios se ha hecho hombre para hacer á los hombres divinos» (1). Su mano se encuentra por todas partes y nada sucede más que por él. En todo se revelan sus «designios excelentes», sus «miras y sus decretos impenetrables». La razón, que es él mismo, debe también desarrollarse y realizarse en el mundo entero. Su providencia paternal no nos deja la menor iniciativa; no podemos hacer nada sensato sin que se diga: es Dios quien lo ha hecho; ni atraernos una desgracia sin oir decir: Dios lo ha querido así. No tenemos nada que no nos venga de él, todo nos es «dado» por él. Pero lo que hace Dios, el hombre lo hace también. Dios quiere dar al mundo la beatitud, el hombre quiere darle la felicidad y hacer á todos los hombres felices. Por eso todo hom-

(1) San Atanasio.

Digitized by Google

bre quisiera despertar en los otros la razón que cree tener en patrimonio; todo debe ser totalmente razonable. Dios combate al diablo, el filósofo combate la sinrazón y lo irracional. Dios no deja á ningún sér seguir la vía que le es propia y el Hombre no quiere permitirnos más que una conducta humana.

Pero aquel que está penetrado del amor sagrado (religioso, moral, humano) no tiene amor más que para el fantasma, para el «verdadero Hombre», y persigue al individuo, al hombre real tan despiadadamente y con la misma frialdad que si procediera jurídicamente contra un monstruo. Encuentra loable y necesario mostrarse inexorable, porque el amor del fantasma ó de la generalidad abstracta le ordena odiar todo lo que no es fantasma, es decir, lo egoísta ó lo individual. Tal es el sentido de esa famosa manifestación del Amor que se llama «Justicia».

El acusado no tiene ningún miramiento que esperar, ni un alma compasiva arrojará un velo sobre su triste desnudez. Sin emoción, el juez austero arranca al pobre condenado sus últimos girones de excusa; sin piedad, el carcelero lo arrastra á su sombría prisión, y á la espiración de su pena, no tiene que esperar reconciliación; cuando se le vuelva á echar, deshonrado, entre los hombres, sus buenos, sus leales hermanos en cristianismo, le escupirán al rostro con desprecio. Nada de gracia tampoco para el criminal «que ha merecido la muerte». Se le conduce al cadalso y la ley moral sacia, entre las aclamaciones de la multitud, sublime necesidad de venganza. Porque uno de los dos sólo puede vivir, la ley moral ó el criminal: donde los criminales quedan impunes la ley moral sucumbe, y donde ésta reina aquéllos deben caer. Su antagonismo es imperecedero.

La era cristiana es la era de la misericordia, del

Digitized by Google

amor, del cuidado de dar á los hombres lo que les pertenece y de guiarlos hacia el cumplimiento de su vocación humana (divina). Así todas las relaciones humanas tienen por base esta consideración: tal y tal cosa constituyen la esencia del hombre y, por consiguiente, le trazan el destino á que está llamado ya por Dios, ya (según las ideas de hoy) por su cualidad de Hombre (su raza). De ahí el proselitismo. Aunque los comunistas y los humanitarios aguarden del hombre más que los cristianos, su punto de vista continúa siendo el mismo. Al hombre debe pertenecer todo lo que es humano! Si bastaba á los piadosos que el hombre tuviese en herencia lo que es de Dios, los humanitarios exigen que nada le sea rehusado de lo que es del Hombre. En cuanto á lo que es del egoísta, los unos y los otros lo rechazan enérgicamente. Eso es perfectamente natural; porque lo que es la obra del egoísmo no puede ser otorgado ni concedido (en feudo): preciso es que uno mismo lo cree. El resto, el amor me lo concedía; esto, Yo sólo puedo dármelo.

Hasta el presente las relaciones han sido fundadas sobre el amor, las consideraciones y los servicios recíprocos. Si uno se debiera á sí mismo santificarse, es decir, entronizar en sí el Sér Supremo y hacer de él una verdad y una realidad, también debía á los demás ayudarles á realizar su esencia y su destino; en los dos casos debía á la esencia del hombre contribuir á su realización.

Sólo que uno no se debe á sí mismo hacer alguna cosa de sí, ni á los demás hacer de ellos alguna cosa: uno no debe nada ni á su esencia, ni á la de los demás. Todas las relaciones que reposan sobre una esencia son relaciones con un fantasma y no con una realidad. Mis relaciones con el Sér Supremo no son relaciones conmigo; y mis relaciones con la esencia del Hombre no son relaciones con los hombres.

Digitized by Google

Del amor, tal como es natural al hombre sentirlo, la civilización ha hecho un mandamiento. Pero en cuanto mandado, el amor pertenece al Hombre como tal y no á mí; es mi esencia, esa esencia que se tiene por tan «esencial» y no es mi propiedad. Es el Hombre, es decir, la humanidad, quien me lo impone: el amor es obligatorio, amar es mi deber. Así, en lugar de tener su fuente realmente en mí, la tiene en el Hombre en general, del que es la propiedad, el atributo particular: «Sienta bien al Hombre, es decir, á cada hombre, amar: amar es el deber y la vocación del hombre, etc.»

Preciso es, por consiguiente, que yo reivindique el amor para mí y lo sustraiga al poder del Hombre.

Se ha llegado á concederme como un feudo cuya propiedad pertenece al hombre lo que era primitivamente de mí, pero sin razón lógica, instintivamente. Amando he venido á ser un vasallo, me he hecho el hombre-siervo de la humanidad, un simple representante de esa especie; cuando yo obro no como Yo, sino como Hombre, obro como un ejemplar de la especie humana, es decir, humanamente. Nuestro estado de civilización entero es un sistema feudal, en que la propiedad pertenece al Hombre ó á la humanidad y en que nada pertenece al Yo. Despojando al individuo de todo para atribuir todo al Hombre, se ha fundado una enorme feudalidad. El individuo no aparece ya, en fin de cuenta, más que como «radicalmente malo».

¿Debe uno acaso no tomarse ningún interés activo por la persona de otro? ¿Debo no tomar á pechos ni su alegría ni su interés, no puede preferir el goce que le procuro á tal ó cual de mis goces personales? Lejos de eso: yo puedo sacrificarle con alegría innumerables goces, puedo imponerme privaciones sin número para aumentar sus placeres, y puedo por él poner en peligro lo que

Digitized by Google

sin él me sería muy querido: mi vida, mi prosperidad, mi libertad. En efecto, es para mí un placer y una felicidad el espectáculo de su felicidad y de su placer. Pero no me sacrifico á él, permanezco egoísta y gozo de él. Sacrificándole todo lo que, si no fuera por mi amor para él, me reservaría, hago una cosa muy sencilla y hasta más común en la vida de lo que parece, que prueba únicamente que cierta pasión es más fuerte en mí que todas las demás. El Cristianismo también enseña á sacrificar todas las demás pasiones á aquella. Pero sacrificar unas pasiones á otra no es sacrificarme yo mismo; yo no sacrifico nada de aquello por lo cual soy verdaderamente yo; no sacrifico lo que hace, propiamente hablando, mi valor, mi individualidad. Pudiera ser que esa enojosa eventualidad se produjese; ocurre esto en el amor como en cualquier otra pasión, desde el momento en que la obedezco ciegamente; si el ambicioso, al que su pasión arrastra, queda sordo á las advertencias que un instante de sangre fría despierte en él, es que ha dejado á esa pasión tomar las proporciones de una tiranía á la que ha perdido el poder de sustraerse. Ha abdicado ante ella, porque no sabe ya apartarse de ella, y, por consiguiente, libertarse. Está poseído.

Yo también amo á los hombres, no sólo á algunos, sino á cada uno de ellos. Pero los amo con la conciencia de mi egoísmo; los amo porque el amor me hace dichoso; amo porque me es natural y agradable amar. No conozco obligación de amar. Tengo simpatía por todo sér sensible; lo que le aflige me aflige, y lo que le alivia me alivia; yo podría matarlo, no puedo martirizarlo. Por el contrario, el noble y virtuoso filisteo, que es el príncipe Rodolfo de los «Misterios de París», se ingenia en martirizar á los malvados, porque le «exasperan». Mi simpatía prueba simplemente que el sentimiento de los que sienten es

Digitized by Google

también el mío, que es mi propiedad; en tanto que el proceder despiadado del «hombre de bien» (la manera, por ejemplo, como trata al notario Ferrand), recuerda la insensibilidad de aquel bandido que, según la medida de su cama, cortaba ó extendía á la fuerza las piernas de sus prisioneros. La cama de Rodolfo, á cuya medida corta á los hombres, es la noción del «bien». El sentimiento del derecho, de la virtud, etc., vuelve duro é intolerante. Rodolfo no siente como el notario; siente, por el contrario, que «el malvado tiene lo que ha merecido». No es eso simpatía.

Vosotros amais al hombre y eso os sirve de razón para torturar al individuo, al egoísta; vuestro amor del hombre hace de vosotros los verdugos de los hombres.

Cuando yo veo sufrir al que amo, sufro con él y no tengo reposo mientras no he intentado todo para consolarlo y distraerlo. Cuando yo lo veo alegre, su alegría me vuelve alegre. No se sigue de ahí que sea el mismo objeto el que produce su pena ó su alegría y el que despierte en mí los mismos sentimientos; eso es, sobre todo, evidente cuando se trata del dolor corporal que yo no siento como él; su muela es lo que le hace daño, y lo que me hace daño á mí es su sufrimiento.

Y porque yo no puedo soportar ese pliegue doloroso sobre la frente amada, y, por consiguiente, en mi interés, es por lo que lo borro con un beso. Si yo no te amase, podrías fruncir el entrecejo tanto como quisieras sin conmoverme; yo no quiero disipar más que mi pesar.

¿Hay ahora alguien, ó alguna cosa que yo no ame, y que tenga el derecho de ser amada por mí? ¿Qué pasa primero, mi amor ó su derecho? Los parientes, los amigos, el pueblo, la patria, la ciudad natal, etc.; en fin, en general mis semejantes («mis hermanos»), pretenden tener derecho á mi amor y lo reclaman imperiosamente.

Digitized by Google

Lo consideran como su propiedad, y á mí, si no respeto esa propiedad, me consideran como un ladrón que les quita lo que les pertenece.

Yo debo, pues, amar. Pero si el amor es un mandamiento y una ley, preciso es que se me forme y se me instruya para él y que se me castigue si llego á infringirlo. Se ejercerá, pues, sobre mí para llevarme á amar la más enérgica «influencia moral» posible. Está fuera de duda que se puede excitar é inducir á los hombres al amor tan bien como á las demás pasiones, al odio, por ejemplo. El odio se transmite de generación en generación; cabe odiarse únicamente porque los antepasados de los unos eran Güelfos y los de los otros Gibelinos.

Pero el amor no es un mandato. Como todos mis demás sentimientos, es mi propiedad. Mereced, es decir, comprad mi propiedad y yo os la cederé. Yo no tengo que amar una religión, un pueblo, una patria, una familia, etc., que no saben merecer mi amor; yo vendo mi ternura al precio que me place fijarle.

El amor interesado es bien diferente del amor desinteresado, místico ó romántico. Se puede amar una multitud de cosas; se puede amar no sólo al hombre, sino en general á todo «objeto», cualquiera que sea (el vino, su patria, etc.). El amor se vuelve ciego y furioso cuando, haciéndose necesidad, se escapa á mi poder (amar con locura); se hace romántico cuando se junta á él una idea de deber, es decir, cuando el objeto del amor se me hace sagrado y cuando me siento ligado á él por el deber, la conciencia, el juramento. En los dos casos, el amor no me pertenece ya, soy yo quien le pertenezco.

Si el amor es una posesión, no lo es en cuanto es mi sentimiento (en esta cualidad, al contrario yo quedo dueño de él como de mi propiedad), sino porque su objeto me es extraño. El amor religioso, en efecto, reposa

Digitized by Google

sobre el mandamiento de amar en el objeto amado una cosa «sagrada»; porque existen para el amor desinteresado objetos dignos de amor de una manera absoluta, objetos por los cuales mi corazón tiene el deber de latir: tales son, por ejemplo, los demás hombres, ó también un esposo, los padres, etc. El amor sagrado se une á lo que hay de sagrado en el objeto amado y así se esfuerza en hacer que lo que ama se acerque todo lo posible á la santidad y se haga, por ejemplo, un Hombre.

Lo que yo amo es mi deber amarlo; no es por consecuencia ó en razón de mi amor como se hace el objeto de este último; es en sí mismo y por sí mismo digno de amor. No soy Yo quien hago de él un objeto de amor; él lo es por esencia (que pueda en cierta medida haberlo llegado á ser por mi elección, si se trata, por ejemplo, de un esposo, de una novia, no implica nada para el asunto, puesto que, aun en ese caso, mi predilección le confiere un «derecho á mi amor» y que, habiéndolo amado, estoy obligado á amarlo eternamente). No es, pues, el objeto de mi amor sino del amor en general: es un objeto que debe ser amado. El amor le corresponde, le es debido, es su derecho, y Yo estoy obligado á amarlo. Mi amor, es decir, el amor que yo le tributo, es en realidad un amor que le pertenece, una contribución que yo le pago.

Todo amor á que se adhiere la menor mancha de obligación es un amor desinteresado; y tan lejos como se extiende esta mancha, el amor se vuelve servidumbre. Cualquiera que crea deber alguna cosa al objeto de su amor, ama de una manera romántica ó religiosa. El amor de la familia, por ejemplo, tal como se le concibe comúnmente bajo el nombre de «piedad», es un amor religioso; igualmente el amor de la patria que se predica bajo el nombre de «patriotismo». Todo lo que tenemos

Digitized by Google

de amor romántico se mueve en el mismo círculo: es por todas partes y siempre la mentira, ó más bien la ilusión de un «amor desinteresado»; es un interés que ponemos en el objeto por amor de ese objeto y no por amor de nosotros y de nosotros solos.

El amor religioso ó romántico se distingue, es verdad, del amor físico, por una diferencia en el objeto, pero no por una diferencia en nuestras relaciones con él. Bajo este último punto de vista, el uno como el otro es posesión, servidumbre. En cuanto al objeto, en un caso es profano. en el otro es sagrado. Él ejerce sobre mí, en los dos casos, la misma dominación, sólo que en uno es sensible y en el otro espiritual (imaginaria). Mi amor sólo es mi propiedad si consiste únicamente en un interés personal y egoísta, si, por consiguiente, el objeto de mi amor es realmente mi objeto ó mi propiedad. Ahora, yo no debo nada á mi propiedad y no tengo deberes para con ella, lo mismo que no tengo, por ejemplo, deberes para con mis hijos. Si tengo de ellos el mayor cuidado, lo hago por Mí.

El amor no ha faltado en la antigüedad más que en los siglos de Cristianismo; el Dios del amor ha nacido largo tiempo antes que el Dios de amor. Pero estaba reservado á los modernos conocer la esclavitud del misticismo.

Si el amor es servidumbre, es porque su objeto me es ajeno y porque yo soy impotente contra su alejamiento y su superioridad. Para el egoísta nada está bastante elevado para que crea deber humillarse, nada es bastante independiente para que haga de ello el principio de su vida, nada es bastante sagrado para que á ello se sacrifique. El amor del egoísta tiene su fuente en el interés personal, corre por el cauce del interés personal y tiene su desembocadura en el interés personal.

Digitized by Google

¿Es eso todavía amor?, se preguntará. Escoged otro nombre si sabéis otro mejor, y que el dulce nombre de amor se extinga con un mundo que no existe ya. Por mi parte, no encuentro otro por el momento en nuestra lengua cristiana, y yo me atengo á la vieja palabra: «yo amo» el objeto que es mío, amo mi propiedad.

No consiento entregarme al amor si no en cuanto no sea más que uno de mis sentimientos; mas si es preciso que sea una fuerza superior á mí, una potencia divina (Feuerbach), una pasión á que tengo el deber de no sustraerme, una obligacinn moral y religiosa, yo lo desprecio. Sentimiento, es de Mí; principio al que debo dedicar y «consagrar» mi alma, es soberano y divino, como el odio es diabólico: lo uno no vale más que lo otro. En una palabra, el amor egoísta, es decir, mi amor, no es ni sagrado, ni profano, ni divino, ni diabólico.

«Un amor al que limita la fe es un amor falso. La sola limitación que no sea contradictoria con la ciencia del amor es la que el amor se impone á sí mismo por la razón, la inteligencia. El amor que rechaza el rigor y la ley de la inteligencia es teóricamente un amor falso, práticamente un amor funesto.» Eso es lo que dice Feuerbach; los creyentes dicen, por el contrario: El amor es esencialmente del dominio de la fe. Aquel se levanta con violencia contra el amor sin razón, éstos contra el amor sin fin. Para Feuerbach como para el devoto, el amor es cuando más un *splendidum vitium*. ¿No están los dos obligados á dejar subsistir el amor, aun manchado de sinrazón ó de impiedad? No se atreven á decir: el amor irracional ó impío es un absurdo, no es amor, como no se atreverían á decir: lágrimas no razonables ó impías, no son lágrimas.

El amor, aun fuera de la razón ó de la fe, debe, sí, ser considerado como amor, aun cuando se deba mirarlo

Digitized by Google

entonces como indigno del hombre; todo lo que se puede concluir es que lo esencial no es el amor, sino la razón ó la fe, y que el que está sin razón ó sin fe puede, sí amar, pero que un amor sólo tiene valor cuando es el de un hombre razonable ó de un creyente. Feuerbach es víctima de una ilusión cuando dice que el amor toma de la razón «su propia limitación»; el creyente tendría con el mismo título el derecho de decir que esta «limitación propia» es el hecho de la fe. El amor no razonable no es ni «falso» ni «funesto»; como amor, ni más ni menos, llena su papel.

Preciso es que para con el mundo, y particularmente para con los hombres, yo adopte un sentimiento determinado, y que ese sentimiento, que en el caso presente es el amor, se lo atestigüe desde el primer momento, antes de toda experiencia. Reconozco que al obrar así doy prueba de más arbitrariedad y autonomía que si dejo al mundo asaltarme con los sentimientos más diversos, y si me dejo envolver por la red inextricable de las impresiones que el azar me trae. En efecto, yo abordo á los hombres y las cosas con un sentimiento formado de antemano, con, por decirlo así, un partido tomado y una opinión preconcebida. Yo me he trazado previamente mi conducta para con ellos y, hagan lo que hagan, no sentiré ni pensaré respecto á ellos más que, como una vez por todas, he resuelto hacerlo. El principio del amor me asegura contra la dominación del mundo, porque, suceda lo que quiera, amo. Lo que es feo, por ejemplo, puede inspirarme repulsion, pero como he resuelto amar, supero esa impresión desagradable, como supero cualquier otra antipatía.

Pero el sentimiento á que yo me he determinado *à priori*, y condenado es, en realidad, un sentimiento limitado, porque resulta de una predestinación de que no me

Digitized by Google

es posible libertarme. Siendo preconcebido, es una preocupación. No soy yo quien me expreso ya en mis relaciones con el mundo, es mi amor el que se expresa. De suerte que si el mundo no me domina, yo soy en cambio dominado tanto más fatalmente por el espíritu de amor. He vencido al mundo, para venir á ser el esclavo de ese espíritu.

Si he dicho desde luego «Yo amo al mundo», puedo con igual exactitud añadir al presente: «Yo no lo amo; porque yo lo aniquilo como me aniquilo; uso de él y lo uso.» No me restrinjo á no experimentar por los hombres más que un solo é invariable sentimiento; doy libre curso á todos aquellos de que soy capaz. ¿Por qué no declararlo crudamente? ¡Sí, yo exploto al mundo y á los hombres! Puedo así quedar abierto á toda clase de impresiones, sin que ninguna de ellas me arranque á mí mismo. Puedo amar, amar con toda mi alma, y dejar arder en mi corazón el fuego devorador de la pasión, sin tomar, sin embargo, al sér amado por otra cosa que por el alimento de mi pasión, un alimento que la aviva sin saciarla jamás. Todos los cuidados de que yo lo rodeo, no se dirigen más que al objeto de mi amor, más que á aquel de quien mi amor tiene necesidad, al «bien amado». ¡Cuán indiferente me sería, á no existir mi amor! Es mi amor el que mantengo con él, no me sirve más que para eso, yo gozo de él.

Escojamos otro ejemplo muy actual, éste: Yo veo á los hombres sumergidos en las tinieblas de la superstición, hostigados por un enjambre de fantasmas. Si procuro, en la medida de mis fuerzas, proyectar la luz del día sobre esas apariciones de la noche, ¿creeis que obedezca á mi amor por vosotros? ¿Escribo quizá por amor á los hombres? ¡Eh, no! Escribo porque quiero hacer á ideas que son mis ideas, un sitio en el mundo; si previe-

Digitized by Google

se que esas ideas tenían que arrebataros la paz y el reposo, si en esas ideas que siembro viese los gérmenes de guerras sangrientas y una causa de ruina para muchas generaciones, no las esparciría menos. Haced de ellas lo que querais, haced lo que podais; es asunto vuestro, y por ello no me preocupo. Tal vez no os traerán más que el pesar, los combates, la muerte, y no serán más que para muy pocos de vosotros un manantial de placer. Si yo tomase á pechos vuestro bienestar, imitaría á la Iglesia, que prohibe á los legos la lectura de la Biblia, ó á los Gobiernos cristianos, que se hacen un deber sagrado de defender al hombre del pueblo contra los «malos libros».

No sólo no es por amor á vosotros por lo que expreso lo que pienso, sino que ni siquiera es por amor de la verdad. No:

> Canto cual canta el ave
> Que en el follaje habita;
> El canto mismo que mi voz produce
> Es mi salario, y es salario real (1).

¿Canto? ¡Canto porque soy un cantor! Si para eso me sirvo de vosotros, es porque tengo necesidad de oídos.

Cuando el mundo se encuentra en mi camino (y se encuentra siempre), yo lo consumo para aplacar el hambre de mi egoísmo: tú no eres para mí más que un alimento; de igual modo, tú también me consumes y me haces servir para tu uso. No hay entre nosotros más que una relación: la de la utilidad, del provecho, del interés No nos debemos nada uno á otro, porque lo que puede parecer que yo te debo, es, cuando más, á mí quien lo debo. Si para hacerte sonreir me acerco á ti con cara alegre, es porque tengo interés en tu sonrisa y porque

(1) Wilhelm Meister.

Digitized by Google

mi rostro está al servicio de mi deseo. A otras mil personas á quienes yo no desee hacer sonreir, no las sonreiré.

***

Ese amor, que se funda sobre la «esencia del Hombre» y que en el período cristiano y moral pesa sobre nosotros como un «mandamiento», tiene uno que ser enseñado á él. Corresponde á la influencia moral, el principal factor de nuestra educación, proveer á ello. ¿Cómo ingeniarse para regular las relaciones entre los hombres? Es lo que vamos, al menos en un caso particular, á estudiar aquí con los ojos del egoísmo.

Los que nos educan ponen un cuidado muy particular en quitarnos desde muy temprano el hábito de la mentira y en inculcarnos el principio de que se debe siempre decir la verdad. Si se fundara esta regla sobre el egoísmo, todo el mundo se penetraría de ella fácilmente; se comprendería sin esfuerzo que el mentiroso pierde voluntariamente la confianza que desea inspirar á los demás, y se sentiría cuán justo es decir que el embustero no es creído aun cuando dice la verdad. Pero cada cual sentiría al mismo tiempo que no debe la verdad más que á aquel á quien él mismo autoriza para oir esta verdad. Suponed que un espía ronde por el campo enemigo con un disfraz, y que se le pregunte quién es. Los que hacen la pregunta están evidentemente en el derecho de hacerla, pero el hombre disfrazado no les da el derecho de saber por él la verdad; así les dirá todo lo que le plazca inventar, pero no lo que es cierto. Y, sin embargo, la ley moral dice: «No mentirás.» La moral da, pues, á los que me interrogan el derecho de aguardar de mí la verdad, pero Yo no se lo doy; no reconozco otro derecho que el que concedo yo mismo.

Digitized by Google

Otro ejemplo: La policía penetra en una Asamblea revolucionaria y pregunta su nombre al orador. Todo el mundo sabe que la policía tiene el derecho de hacerlo; sólo que ese derecho no lo tiene del revolucionario, que es su enemigo: él le da un nombre falso y le miente. Pero la policía no es tan ingenua que se fíe en la veracidad de sus enemigos; al contrario, no cree nada sin prueba, y procura, en cuanto es posible, «establecer la identidad» del individuo á quien ha interrogado. El Estado mismo obra siempre con desconfianza para con los individuos, porque reconoce en su egoísmo su enemigo natural; le hace falta siempre la prueba, y el que no puede suministrar esa prueba se hace el objeto de investigaciones inquisitoriales, de una información. El Estado no cree al individuo, ni tiene confianza en él; vive con él sobre la base de la «desconfianza mutua»; no se fía de mí, sino cuando se ha convencido de la verdad de mis aserciones, y para ello no tiene á menudo otro medio que el juramento. Este medio prueba que el Estado no se fía en nuestro amor á la verdad, en nuestra sinceridad, sino sólo en nuestro interés, en nuestro egoísmo. Cuenta con que no querremos malquistarnos con Dios por un perjurio.

Imaginaos al presente un revolucionario francés de 1788 que, entre amigos, ha dejado escapar la frase hecha célebre: «¡El mundo no tendrá paz hasta que se haya ahorcado al último de los reyes con las tripas del último de los sacerdotes!» En esa época, el Rey posee aún todo su poder. El azar ha propalado el dicho, pero no se puede, sin embargo, citar ningún testigo. Se quiere obtener que el acusado confiese. ¿Debe ó no debe confesar? Si niega, miente y queda impune; si confiesa, es sincero y se le corta la cabeza. ¿Pone la verdad por cima de todo? ¡Sea, que muera! Habría que ser un poeta

Digitized by Google

muy miserable, para recoger esa muerte como un asunto de tragedia: porque ¿qué interés hay en ver cómo muere un hombre por cobardía? Si nuestro hombre tuviera el valor de no ser esclavo de la verdad y de la sinceridad, he aquí poco más ó menos lo que diría: ¿Qué necesidad tienen los jueces de saber lo que yo he dicho á mis amigos? Si yo hubiera tenido la intención de darles parte, se lo habría dicho como lo he dicho á mis amigos; pero no me agrada que lo sepan. Pretenden imponerse á mi confianza sin que yo se la haya otorgado, sin que haya querido hacer de ellos mis confidentes; quieren conocer lo que yo quiero ocultar. Acercaos, pues, vosotros que creeis que vuestra voluntad romperá la mía; acercaos, jueces y verdugos, y mostrad vuestra habilidad. Podéis ponerme en el tormento, podéis amenazarme con el infierno y la condenación eterna; me quebrantaréis, quizá, hasta el punto de hacerme prestar un juramento falso, pero no me arrancaréis la verdad, porque yo quiero engañaros, porque no os he dado ninguna autoridad, ningún derecho sobre mi sinceridad. Y á pesar de las amenazas del Dios «que es la verdad misma», á pesar de la amargura de la mentira, tendré el valor de mentir. Aun cuando estuviera disgustado de la vida y nada me pareciese más de desear que el hacha del verdugo, no tendríais la alegría de encontrar en mí un esclavo de la verdad, de hacerme traicionar á mi voluntad por vuestras astucias de inquisidores. Si pronunciando las palabras de que se me acusa me he hecho culpable de alta traición, yo no me dirigía á vosotros y debíais ignorarlas; mi voluntad es inmutable, y el horror de la mentira no me espantará.

Si Segismundo es un triste señor, no es porque ha violado su palabra de Príncipe; pero si ha quebrantado su palabra, es porque era un bribón. Hubiera podido

Digitized by Google

mantener su palabra, y no por eso hubiera dejado de ser un vulgar bribón, un lacayo de la clerecía. Lutero, impulsado por una fuerza superior, ha sido infiel á sus votos monásticos; lo fue por el amor de Dios. Los dos han violado su juramento porque estaban avasallados: Segismundo, porque quería mostrarse el discípulo fiel de la verdad divina, es decir, de la verdadera fe, de la fe católica; Lutero, para prestar testimonio fielmente, con todo su corazón y toda su alma, en favor del Evangelio; los dos fueron perjuros, por no mentir á la «verdad superior». El primero fue absuelto por los sacerdotes, el segundo lo fue por sí mismo. ¿En qué pensaban los dos sino en lo que expresan estas palabras del apóstol: «No es á los hombres, sino á Dios á quien has mentido?» Ellos mentían á los hombres, violaban su juramento á los ojos del mundo para no mentir á Dios y para servirlo. Nos muestran así cómo se debe usar de la verdad respecto de los hombres.

¡En honor de Dios y por amor de Dios, un perjurio, una mentira, una palabra de príncipe violada!

¿Y si cambiando dos palabras á la frase escribiéramos: un perjurio y una mentira por amor de mí? ¿No sería hacernos abogados de toda especie de bajezas y de infamias? Tal vez; pero ¿qué otra cosa se hace diciendo «por amor de Dios»? ¡El amor de Dios! ¿Qué infamia no se ha cometido por amor de Dios? ¿Qué cadalsos no han sido inundados de sangre por amor de Dios? ¿Qué autos de fe no se han encendido por amor de Dios? ¡El amor de Dios! ¿Y por quién ha sido embrutecida la inteligencia humana? ¿Por quién, hoy todavía, encadena el espíritu la educación religiosa desde la más tierna infancia? ¿No han sido rotos «por amor de Dios» votos sagrados? ¿Y todos los días, misioneros y sacerdotes, no recorren el mundo para llevar judíos, paganos, protestantes, católi-

Digitized by Google

licos, etc., á hacer traición á la fe de sus padres, siempre por amor de Dios? ¿Habría un gran mal en que todo eso se hiciera por amor de mí? ¿Qué significa, pues, por amor de mí? Desde luego da eso la idea de una «especulación innoble». El que especula con la mira de una «ganancia sórdida», lo hace, en efecto, por amor de sí (puesto que en suma no hay nada que no se haga por amor de sí, por ejemplo, todo lo que se hace «á la mayor gloria de Dios»); pero ese sí mismo para el cual se busca la ganancia, es el esclavo de la ganancia, no se eleva por cima de la ganancia, pertenece á la ganancia, al saco de dinero y no se pertenece, no es su señor. Un hombre al que gobierna la pasión de la avaricia, ¿no debe obedecer á las órdenes de este amante? Si una vez, de pasada, se deja llevar por una generosa debilidad, ¿no parecerá eso sencillamente una excepción, exactamente como cuando fieles creyentes á quienes llega á faltar la dirección de su Señor caen en las emboscadas del «diablo?» Luego un avaro no es su poseedor, es esclavo y no puede hacer nada por amor de sí, sin hacerlo al mismo tiempo por amor de su señor, exactamente como el que teme á Dios.

El perjurio de Francisco I para con el Emperador Carlos V, es célebre. No es algún tiempo después, reflexionando maduradamente en la promesa hecha, es inmediatamente, en el instante en que prestaba juramento cuando Francisco lo retractó tácitamente por una restricción mental á que de antemano habían suscrito sus Consejeros. El perjurio fue premeditado. Francisco estaba completamente dispuesto á comprar su libertad, pero el precio que le exigía Carlos le parecía demasiado elevado y no razonable. Admito que Carlos fuese víctima de su avaricia en procurar sacar de su prisionero la mayor suma posible; pero no fue menos miserable de parte del Rey querer recobrar su libertad al precio de un res-

Digitized by Google

cate más pequeño que el que estaba convenido; la continuación de su historia, en que se ostenta un segundo perjurio, demuestra, por otra parte, lo bastante que estaba poseído de un espíritu de tráfico, que hacía de él un bajo estafador.

¿Qué responder á los que le reprochan ese falso juramento? Desde luego, sin duda, repetiremos que si se deshonró, no fue tanto por su perjurio como por su avaricia; que no es un perjurio el que lo hizo despreciable sino que por ser un despreciable personaje se hizo culpable de aquél.

Sin embargo, considerado en sí mismo, el perjurio de Francisco debe ser juzgado de otro modo.

¿Se podría decir que Francisco no respondió á la confianza que Carlos le atestiguaba al devolverle la libertad? Si Carlos hubiera tenido realmente confianza en él, le habría dicho el precio que le parecía valer el ponerlo en libertad, y luego le hubiera abierto la puerta de su prisión y esperado que Francisco le enviase el rescate convenido. Pero esa confianza, Carlos no la experimentaba; no se fiaba más que de la debilidad y de la credulidad de Francisco, las cuales creía no le permitirían faltar á su juramento. Francisco no burló más que este cálculo demasiado crédulo. Precisamente, creyendo encontrar una garantía en el juramento de su enemigo, lo libertó Carlos de toda obligación. El había supuesto en el Rey de Francia bobería, estrechez de conciencia, y ponía su confianza, no en Francisco, sino en la bobería, es decir, la escrupulosidad de Francisco. No le abría las rejas de su prisión de Madrid más que para cerrar sobre él las rejas más seguras de la conciencia, esa prisión en que la religión encierra al espíritu humano. Lo enviaba á Francia atado con lazos invisibles; ¿qué extraño que Francisco haya procurado escaparse y romper sus lazos? Nadie hu-

Digitized by Google

biera hallado mal que se evadiese de Madrid, puesto que estaba en poder de un enemigo; pero todo buen cristiano le arroja la piedra por haber querido librarse de los lazos de Dios. (El Papa sólo lo desligó más tarde de su juramento.)

Es vergonzoso burlar una confianza que hemos procurado libremente ganar; pero cuando un hombre quiere tenernos en su poder por un juramento, hacerlo víctima del fracaso de su astucia y de su desconfianza, no es una vergüenza para el egoísmo. ¿Has querido ligarme? Aprende, pues, que puedo romper tus lazos.

¿Soy Yo quien he dado al que tiene confianza el derecho de fiarse en mí? Toda la cuestión está ahí. Si un hombre que persigue á mi amigo me pregunta en qué dirección ha huído, le pondré ciertamente sobre una pista falsa. ¿Por qué viene á dirigirse justamente á mí, al amigo de aquel á quien persigue? Antes que ser un falso amigo, antes que hacer traición al amigo y á la amistad, mentiré al enemigo. Yo podría, es cierto, responder con animosa rectitud, que no quiero hablar (así es como Fichte resuelve la cuestión). De esa manera mi amor de la verdad quedará á salvo, pero habré hecho por mi amigo exactamente nada; porque si no despisto al enemigo, el azar puede ponerlo en el buen camino y mi amor de la verdad habrá entregado á mi amigo, quitándome el valor de la mentira. Aquel para quien la verdad es un ídolo, una cosa sagrada, debe humillarse ante ella, no puede desafiar sus exigencias y resistirla valerosamente; en suma, debe renunciar al heroismo de la mentira. Porque la mentira no pide menos valor que la verdad, y un valor de que están desprovistos la mayor parte de los jóvenes: mejor quieren confesar la verdad y subir por ella al cadalso, que conservar, teniendo el valor de mentir, la esperanza de arruinar el poder del enemigo. Para ellos la

Digitized by Google

verdad es «sagrada», y lo que es sagrado exige siempre un culto ciego hecho de sumisión y de sacrificio.

Si os falta audacia, si no os burlais de lo sacrosanto, ello os domestica y os avasalla. Cébese el anzuelo con un grano de verdad; os lanzaréis á él ciertamente con la cabeza baja, y ya está un loco atrapado. ¿No queréis mentir? Pues bien; ¡haceos degollar sobre el altar de la verdad, y sed mártires! ¿Mártires en provecho de quién? ¿De vosotros mismos, de vuestra individualidad? No; de vuestro ídolo, de la verdad. No conocéis más que dos especies de servicios, más que dos especies de servidores: los servidores de la verdad y los servidores de la mentira. ¡Servid, pues, á la verdad, y que Dios os bendiga!

Hay otros servidores de la verdad, que la sirven con «medida» y que hacen, por ejemplo, una distinción entre la mentira simple y la mentira bajo juramento. Y, sin embargo, todo el capítulo del juramento se confunde con el de la mentira, porque un juramento no es más que una enunciación fuertemente afirmada. ¿Os creéis con el derecho de mentir porque no agregais un juramento? Los que lo miren de cerca deben condenar y reprobar la mentira tan severamente como el juramento falso. Se ha conservado en la moral un viejo asunto de controversia, que se tiene la costumbre de tratar bajo el título de «mentira oficiosa». Cualquiera que admita la mentira oficiosa está obligado, para ser consecuente, á admitir el «juramento oficioso». Si mi mentira se encuentra justificada, porque es una mentira de necesidad, ¿por qué sería yo tan pusilánime que privase á esa mentira justificada del apoyo de la más fuerte afirmación? Haga lo que haga, ¿por qué no lo haría yo enteramente y sin restricción (*reservatio mentalis?*) Y si me pongo á mentir, ¿por qué no hacerlo completamente con todo conocimiento de causa y con todas mis fuerzas? Espía, me ve-

Digitized by Google

ría obligado á confirmar por juramento todas las falsas declaraciones que hiciera al enemigo. Resuelto á mentirle, ¿tendría que sentir de pronto debilitarse mi resolución y mi valor, si se me estrechase al juramento? En tal caso, habría sido de antemano corrompido y vuelto incapaz de hacer de embustero ó de espía, puesto que suministraría de mi pleno agrado al enemigo el medio de desenmascararme.

El Estado mismo teme la mentira y el juramento «oficioso»; así no admite al acusado el juramento. Pero vosotros no justificais el temor del Estado. Mentís, pero no prestais juramentos falsos. Si, por ejemplo, habéis hecho á alguno un servicio que él debe ignorar; si llega á figurárselo y os hace de frente la pregunta, negaréis; si insiste, diréis: «¡No, de veras que no!» Si fuese preciso llegar al juramento, retrocederíais, porque el temor de lo sagrado os detiene siempre á mitad del camino. Contra lo sagrado no tenéis voluntad propia. Mentís con medida, como sois libres «con medida»; religiosos «con medida» (véase la insípida controversia actual de la Universidad contra la Iglesia á propósito de las «intrusiones del clero»); monárquicos «con medida» (os hace falta un monarca ligado por una Constitución, una ley fundamental del Estado). Sea todo lindamente templado, bien tibio y bien dulce, ni bien ni mal.

Se había convenido entre los estudiantes de una Universidad, que toda palabra de honor que exigiera de ellos el juez universitario sería nula y no prestada. No veían, en efecto, en esa exigencia más que un lazo, imposible de evitar si no se quitaba toda significación á una palabra dada en esas condiciones. En la misma Universidad, aquel que faltaba á su palabra de honor para con un condiscípulo era infame, y el que había dado su palabra de honor al juez universitario podía irse á reir con los

Digitized by Google

mismos condiscípulos á expensas del juez engañado, que se figuraba que un juramento tiene el mismo valor entre amigos y entre enemigos. No era tanto la teoría como la necesidad práctica la que había enseñado á esos estudiantes á obrar así; sin esa estratagema, habrían sido forzados inevitablemente á hacer traición y denunciar á sus amigos. Pero si el medio se justificaba prácticamente, también tiene su justificación teórica. Una palabra de honor ó un juramento no me comprometen más que para con aquél á quien yo mismo doy el derecho de recibirlas; obligado á jurar decir la verdad, no daré más que una palabra forzada; es decir, hostil, la palabra de un enemigo; no tenéis el derecho de fiaros de ella, porque el enemigo no os concede ese derecho.

Por otra parte, los tribunales del Estado mismos no reconocen la inviolabilidad del juramento. Si yo hubiese jurado á un hombre contra el que la justicia sigue causa, no revelar nada de cargo para él, el Tribunal, sin tener en cuenta el juramento que me liga, no dejaría de exigir mi testimonio. Y, en caso de negativa, de hacerme encerrar hasta que yo me decida á hacerme perjuro. El Tribunal me «releva de mi juramento». ¡Qué generosidad! Sólo que, si en el mundo hay un poder que pueda relevarme del juramento, soy ciertamente yo mismo el primer poder que tengo derecho á hacerlo.

Como curiosidad, y para recordar toda clase de juramentos usuales, es justo aquí hacer lugar al que el Emperador Pablo hizo prestar á los prisioneros polacos (Kosciusko, Potocki, Niemcewicz, etc.) cuando los devolvió la libertad: «Juramos, no sólo fidelidad y obediencia al Emperador, sino que prometemos verter nuestra sangre por su gloria. Nos comprometemos á denunciar todo lo que pudiera llegar á nuestro conocimiento amenazador para su persona ó su Imperio; declaramos, en

Digitized by Google

fin, que en cualquier punto del mundo que nos encontremos, una sola palabra del Emperador bastará para que lo dejemos todo y acudamos á su llamamiento.

***

Hay un dominio en que parece que el principio del amor haya sido desde hace largo tiempo desbordado por el egoísmo, y en el que parece no faltar más que una cosa: la conciencia del buen derecho en la victoria. Este dominio es el de la especulación bajo sus dos formas: pensamiento y agiotaje.

Uno se abandona audazmente á su pensamiento sin preguntarse lo que acaecerá y se entrega á toda clase de operaciones financieras, á pesar del gran número de los que sufrirán quizá por nuestas especulaciones. Pero aunque se haya despojado del último resto de religiosidad, de romanticismo ó de «humanidad», si una catástrofe acaba por producirse, la conciencia religiosa se despierta y se hace cuando menos profesión de humanidad. El espectador ávido deja caer algunos céntimos en el cepillo de los pobres y «hace el bien»; el pensador temerario se consuela pensando que trabaja por el progreso del género humano, que la humanidad hallará bien con las ruínas que él ha hecho, ó también, diciéndose que está «al servicio de la Idea». La Humanidad, la Idea son para él ese algo de que está obligado á decir: eso está por encima de mí.

Se ha pensado y traficado hasta hoy por el amor de Dios. Los que, durante seis días, han pisoteado todo mirando á sus interes egoístas, ofrecen, el sétimo día, un sacrificio al Señor; aquellos cuyo pensamiento inexorable ha trastornado mil «buenas causas», no lo hacían más que para servir á otra «buena causa», y están obli-

Digitized by Google

gados á pensar, no sólo en sí mismos, sino en «otro» que debe beneficiarse de su satisfacción personal, en el Pueblo, en la Humanidad, etc. Pero ese otro es un sér por cima de ellos, un sér superior, un Sér Supremo y por eso puedo decir que trabajan «por el amor de Dios».

Yo puedo, por consiguiente, decir también que el principio de todas sus acciones es el Amor. No, sin embargo, un amor voluntario, propiedad de ellos, sino un amor obligatorio, perteneciente al Sér Supremo (es decir, á Dios, que es el amor mismo); en suma, no el amor egoísta, sino el amor religioso, un amor que nace de la ilusión de que deben pagar un tributo al Amor, es decir, que no les es permitido ser «egoístas».

Nuestro deseo de librar al mundo de los lazos que traban su libertad no tiene su fuente en nuestro amor por él, el «mundo», sino en nuestro amor por nosotros; no siendo ni por profesión, ni por «amor» los libertadores del mundo queremos simplemente quitar su posesión á otros y hacerlo nuestro; no conviene que quede avasallado á Dios (la Iglesia) y á la ley (el Estado), sino que venga á ser nuestra propiedad. Cuando el mundo es nuestro, no ejerce ya su poder contra nosotros, sino para nosotros. Mi egoísmo tiene interés en libertar al mundo, á fin de que llegue á ser mi propiedad.

El estado primitivo del hombre no es el aislamiento ó la soledad, sino la sociedad. Al comienzo de nuestra existencia nos encontramos ya estrechamente unidos á nuestra madre, puesto que aun antes de respirar participamos de su vida. Cuando después abrimos los ojos á la luz es para reposar aún sobre el seno de un sér humano que nos mecerá en sus rodillas, que guiará nuestros primeros pasos y nos encadenará á su persona por los mil lazos de su amor. La sociedad es nuestro estado de na-

Digitized by Google

turaleza. Per eso la unión que al principio ha sido tan íntima se afloja poco á poco, á medida que aprendemos á conocernos, y la disolución de la sociedad primitiva se hace cada vez más manifiesta. Si la madre quiere una vez más tener para sí sola el hijo que ha llevado en su seno, es preciso que vaya á arrancarlo á la calle y á la sociedad de sus camaradas. El niño prefiere las relaciones que ha anudado con sus semejantes, á la sociedad en que no ha entrado, en que no ha hecho más que nacer.

Pero la unión ó la asociación son la disolución de la sociedad. Es cierto que una asociación puede degenerar en sociedad, como un pensamiento puede degenerar en idea fija; esto ocurre cuando en el pensamiento se extingue la energía pensante, el pensar mismo, esa perpetua retractación de todos los pensamientos que tienden á tomar demasiada consistencia. Cuando una asociación se ha cristalizado en sociedad, cesa de ser una asociación (porque la asociación quiere que la acción de asociarse sea permanente), no consiste más que en el hecho de estar asociados, no es más que la inmovilidad, la fijeza; está muerta como asociación, es el cadáver de la asociación, es decir, que es sociedad, comunidad. Una analogía notable relaciona bajo este aspecto á la asociación con el partido.

Que una sociedad, el Estado, por ejemplo, restrinja mi libertad, eso no me turba. Porque yo bien sé que debo esperar ver mi libertad limitada por toda clase de potencias, por todo lo que es más fuerte que yo, hasta por cada uno de mis vecinos; aun cuando yo fuese el autócrata de todas las R..... no gozaría de la libertad absoluta. Mi individualidad, por el contrario, pretendo no dejarla tocar. Y precisamente es á la individualidad á la que la sociedad ataca, ella es la que debe sucumbir bajo sus golpes.

Digitized by Google

Una sociedad á la cual me adhiero me quita, sí, ciertas libertades; pero en cambio me asegura otras. Importa igualmente bien poco que yo mismo me prive, por ejemplo, por un contrato, de tal ó cual libertad. Por el contrario, defenderé celosamente mi individualidad.

Toda comunidad tiene una tendencia, más ó menos grande según la suma de sus fuerzas, á hacerse para sus miembros una autoridad y á imponerles límites. Ella les pide y debe pedirles cierto espíritu de obediencia, ella exige que sus miembros le estén sometidos, sean sus «súbditos», ella no existe más que por la sujeción. No quiere eso decir que no pueda dar prueba de cierta tolerancia; al contrario, hará buena acogida á los proyectos de mejoramiento, á los consejos y á las críticas, en cuanto tengan por mira su beneficio; pero la crítica debe mostrarse «benévola», no se la permite ser «insolente é irreverente»; en otros términos, se necesita dejar intacta y tener por sagrada la sustancia de la sociedad. La sociedad no pretende que sus miembros se eleven y se coloquen por cima de ella; quiere que permanezcan «en los límites de la legalidad»; es decir, que no se permitan más que lo que les permiten la sociedad y sus leyes.

Hay gran distancia de una sociedad que no restringe más que mi libertad á una sociedad que restringe mi individualidad. La primera es una unión, un acuerdo, una asociación. Pero la que amenaza la individualidad es una potencia para sí y por cima de Mí, una potencia que me es inaccesible, que yo puedo, sí, admirar, honrar, respetar, adorar, pero que no puedo ni dominar ni aprovechar, porque ante ella me resigno y abdico. La sociedad está fundada sobre mi resignación, mi abnegación, mi cobardía, que llaman humildad. Mi humildad hace su grandeza, mi sumisión su soberanía.

Digitized by Google

Pero bajo el aspecto de la libertad, no hay diferencia esencial entre el Estado y la asociación. Lo mismo que el Estado no es compatible con una libertad ilimitada, la asociación no puede nacer y subsistir si no restringe de todas formas la libertad. No se puede en parte alguna evitar cierta limitación de la libertad, porque es imposible libertarse de todo: no se puede volar como un pájaro por la sola razón de que se desea, puesto que uno no se desembaraza de su peso; no puede uno vivir á su agrado bajo el agua como un pez, porque se tiene necesidad de aire, es esa una necesidad de que no cabe libertarse, y así sucesivamente. Habiendo la religión, y en particular el Cristianismo, torturado al hombre al exigir de él que realice lo antinatural y lo absurdo, por una consecuencia natural de ese impulso religioso extravagante se llegó á elevar al rango de ideal la libertad en sí, la libertad absoluta, lo que era ostentar en plena luz el absurdo de los votos imposibles.

Procurando la asociación una suma mayor de libertad, podrá ser considerada como «una nueva libertad»; uno escapa, en efecto, á la violencia inseparable de la vida en el Estado ó la sociedad; sin embargo, las restricciones á la libertad y los obstáculos á la voluntad no faltarán. Porque el objeto de la asociación no es precisamente la libertad, que sacrifica á la individualidad, sino esta individualidad misma. Relativamente á ésta, la diferencia es grande entre Estado y asociación. El Estado es el enemigo, el asesino del individuo; la asociación es su hija y su auxiliar; el primero es un espíritu, que quiere ser adorado en espíritu y en verdad, la segunda es mi obra, ha nacido de Mí. El Estado es el señor de mi espíritu, quiere que crea en él y me impone un credo, el credo de la legalidad. El ejerce sobre Mí una influencia moral, reina sobre mi espíritu, proscribe

Digitized by Google

mi Yo para sustituirse á él como mi verdadero yo. En suma, el Estado es sagrado y frente á mí, el individuo, es el verdadero hombre, el espíritu, el fantasma. La asociación, al contrario, es mi obra, mi criatura; no es sagrada ni es una potencia espiritual superior á mi espíritu.

Yo no quiero ser el esclavo de mis máximas, pero quiero que queden, sin ninguna garantía, expuestas sin cesar á mi crítica; yo no les concedo ningún derecho de ciudad en mí. Pero pretendo menos aún comprometer mi porvenir en la asociación y «venderle mi alma», como se dice cuando se trata del diablo y como realmente es el caso cuando se trata del Estado ó de una autoridad espiritual. Yo soy y quedo siendo para mí más que el Estado, más que la Iglesia, Dios, etc., y por consiguiente, infinitamente más también que la asociación.

La sociedad que el comunismo se propone fundar, parece á primera vista acercarse en extremo á la asociación tal como yo la entiendo. El objeto que se propone es el «bien de todos», y cuando se dice de todos, debe entenderse, Weitling no se cansa de repetirlo, de todos absolutamente, de todos sin excepción. Parece bien, en realidad, que nadie deba ser perjudicado. Pero ¿cuál será ese bien? ¿Hay un solo y mismo bien para todos, se encontrarán todos igualmente bien con una sola y misma cosa? Si así es, se trata del «verdadero bien». Y henos aquí vueltos precisamente al punto en que comienza la tiranía de la religión. El Cristianismo dice: No os detengais en las vanidades de este mundo, buscad vuestro verdadero bien; haceos piadosos cristianos. Ser cristiano, he ahí el verdadero bien. Es el verdadero bien de «todos», porque es el bien del Hombre como tal (del fantasma). ¿Pero el bien de «todos» es necesariamente mi bien y tu bien? ¿Y si para ti y para mí ese bien no

Digitized by Google

lo es, se tendrá cuidado de procurarnos aquello con que nosotros juzguemos deber encontrarnos bien? Al contrario: habiendo decretado la sociedad que el «verdadero bien» es tal ó cual cosa, por ejemplo, el goce honradamente adquirido por el trabajo, si ocurre que tú prefieres las delicias de la pereza, el goce sin el trabajo, la sociedad, que «vela por el bien de todos», se guardará de extender su solicitud á lo que para ti es el bien. El comunismo, que se hace el campeón del bien de todos los hombres, aniquila precisamente el bienestar de los que han vivido hasta el presente de sus rentas, y que probablemente se encuentran mejor con eso que con las horas de trabajo estrictamente reguladas que les promete Weitling.

El mismo Weitling afirma que el bienestar de algunos millares de hombres no puede ser puesto en parangón con el bienestar de varios millones, y exhorta á los primeros á renunciar á sus ventajas particulares «por el amor del bien general». No, no exijais de las gentes que sacrifiquen la menor parte de lo que tienen á la comunidad; esa es una manera cristiana de presentar las cosas con la cual no llegaréis á nada. Exhortadlos, al contrario, á no dejarse arrancar lo que tienen por nadie, comprometedlos á asegurarse su posesión de modo que sea duradera, os comprenderán mucho mejor. Ellos vendrán entonces por sí mismos á decirse que el mejor medio de cuidar su bien es aliarse con otros con ese objeto; es decir, «sacrificar una parte de su libertad», no en el interés de todos, sino de su propio interés. ¿Cómo se puede todavía estar tentado de apelar al espíritu de sacrificio y al amor desinteresado de los hombres? Demasiado se sabe que esos bellos sentimientos no han producido, después de una gestación de varios millares de años más que la presente miseria. ¿Por qué obstinarse

Digitized by Google

en aguardar todavía de la abnegación la venida de mejores tiempos? ¿Por qué no poner más bien su esperanza en la usurpación? No es ya de los mansos y de los misericordiosos, no es ya de los que dan y de los que aman de quienes vendrá la salvación, sino únicamente de los que tomen, que se apropien y que sepan decir: esto es para mí. El comunismo cuenta siempre aún con el amor, y consciente ó inconsciente, el humanitario que escarnece el egoísmo no sale del mismo carril.

Cuando la comunidad ha llegado á ser para el hombre una necesidad, cuando él encuentra que le ayuda á realizar sus designios, no tarda, tomando rango de principio, en imponerle sus leyes, las leyes de la sociedad. El principio de los hombres llega así á reinar soberanamente sobre ellos; viene á ser su sér supremo, su dios, y como tal, su legislador. El Comunismo lleva este principio hasta sus más rigurosas consecuencias, y el Cristianismo es la religión de la sociedad; porque, como Feuerbach lo dice exactamente, aunque su pensamiento no sea justo, el amor es la esencia del Hombre; es decir, la esencia de la sociedad ó del Hombre social (comunista). Toda religión es un culto de la sociedad, del principio que rige al hombre social (al hombre culto); así ningún dios es nunca el dios exclusivo de un Yo; siempre un dios es el dios de una sociedad ó de una comunidad, de una familia (lares, penates), de un Pueblo (dioses nacionales) ó de «todos los hombres». («Él es el padre de todos los hombres.»)

No se espere llegar á destruir de arriba abajo la religión, en tanto que no se haya antes desechado la sociedad y todo lo que implica su principio. Ahora es precisamente á la hora del Comunismo cuando ese principio pasa por el meridiano, puesto que entonces todo debe ser común á fin de que reine la «igualdad». Una

Digitized by Google

vez conquistada esta «igualdad», la libertad no faltará tampoco, ¿pero la libertad de quién? ¡De la Sociedad! La sociedad entonces es el gran Pan, y los hombres no existen más que «los unos para los otros». ¡Es la apoteosis del «Amor-Estado»!

Cuanto á mí, quiero mejor recurrir al egoísmo de los hombres que á sus «servicios de amor», á su misericordia, á su caridad, etc. El egoismo exige la reciprocidad (dando, dando); él no hace nada por nada y si ofrece sus servicios es para que los compren. ¿Pero el «servicio de amor», cómo procurármelo? El azar hará que yo trate justamente con un «buen corazón.» Y yo no puedo mover la caridad sino mendigando sus servicios, ya por mi exterior miserable, ya por mi angustia, mi miseria, mi sufrimiento.—¿Y qué puedo yo ofrecerle en cambio de su asistencia? ¡Nada! Preciso es que yo la reciba como un regalo. El amor no se paga, ó digámoslo mejor, el amor puede, sí, pagarse, pero sólo en amor (un servicio vale otro). ¡Qué miseria, qué mendicidad recibir de año en año, sin volver nunca nada en cambio, los dones que nos hace, por ejemplo, el pobre trabajador! El que recibe así, ¿qué puede hacer por el otro en cambio de esos céntimos cuya acumulación forma, sin embargo, toda su fortuna? El trabajador tendría más goces, si el que engorda con sus laboriosos beneficios no existiera, ni sus leyes y sus instituciones que él paga además. ¡Y, á pesar de todo, el pobre diablo ama todavía á su señor!

No; la comunidad como «objeto» de la historia hasta este día es imposible. Deshagámonos cuanto antes de toda ilusión hipócrita acerca de ello, y reconozcamos que si en cuanto Hombres somos iguales, iguales no lo somos, puesto que no somos Hombres. No somos iguales, sino en cuanto pensados; lo que hay igual en nos-

Digitized by Google

otros, es «nosotros» tales como nos concebimos y no tales como somos en realidad y en persona. Yo soy «yo» y tú eres «yo», pero Yo no soy ese «yo» pensado; no es él por quien somos todos iguales, más que mi pensamiento. Yo soy Hombre y tú eres hombre, pero «Hombre» no es más que una idea, una generalidad abstracta. Ni Yo ni Tú podemos ser expresados; somos indecibles, porque sólo las ideas pueden ser expresadas y fijarse por la palabra.

Cesemos, pues, de aspirar á la comunidad; pongamos más bien las miras en la particularidad. No busquemos la colectividad más vasta, la «sociedad humana», no busquemos en los demás más que medios y órganos que poner en acción como nuestra propiedad. En el árbol y en el animal no vemos á nuestros semejantes, y la hipótesis, según la cual los demás serían nuestros semejantes, toma su fuente en una hipocresía. Nadie es mi semejante; pero, semejante á todos los demás seres, el hombre es para mí una propiedad. En vano se me dice que yo debo portarme como hombre para con «el prójimo» y que debo «respetar» á mi prójimo. Nadie es para mí un objeto de respeto; mi prójimo, como todos los demás seres, es un objeto por el cual tengo ó no tengo simpatía, un objeto que me interesa ó no me interesa, de que puedo ó de que no puedo servirme.

Si puede serme útil, consiento en entenderme con él, en asociarme con él para que ese acuerdo aumente mi fuerza, para que nuestras potencias reunidas produzcan más que una de ellas podría hacerlo aisladamente. Pero yo no veo en esa reunión nada más que un aumento de mi fuerza, y no la conservo sino en tanto que es mi fuerza multiplicada. En ese sentido es una asociación.

La asociación no es mantenida ni por un lazo natural, ni por un lazo espiritual; no es ni una sociedad na-

Digitized by Google

tural ni una sociedad moral. No es ni la unidad de sangre, ni la unidad de creencia (es decir, de espíritu) lo que le da nacimiento. En una sociedad natural—como una familia, una tribu, una nación, ó hasta la humanidad—los individuos no tienen más que el valor de ejemplares de un mismo género ó de una misma especie; en una sociedad moral, como una comunidad religiosa ó una iglesia,—el individuo no representa más que un miembro animado del espíritu común; en uno como en otro caso, lo que tú eres como Único debe pasar á segundo término y borrarse. No es más que en la asociación donde vuestra unicidad puede afirmarse, porque la asociación no os posee, pero vosotros la poseeis y os servís de ella.

En la asociación, y en la asociación sola, la propiedad toma su verdadero valor y es realmente propiedad, puesto que no debo ya allí á nadie lo que es mío. Los comunistas no hacen más que consagrar lógicamente un estado de cosas que dura desde que ha comenzado la evolución religiosa y de que el Estado da la fórmula: un feudalismo que tiene, en suma, en su base la negación de la propiedad.

El Estado se esfuerza en disciplinar los apetitos; en otros términos, procura hacer de suerte que se vuelvan hacia él solo y satisfacerlos por medio de lo que tiene que ofrecerles. Saciar un apetito por amor del que lo experimenta, es una idea que no puede venirle al Estado; él deshonra con el nombre de «egoísta» al que manifiesta deseos desarreglados, y el «hombre egoísta» es su enemigo. Lo es, porque el Estado, incapaz de «comprender» al egoísta, no puede entenderse con él. Como el Estado (y no podría ser de otro modo) no se ocupa más que de sí mismo, no se informa de mis necesidades y no se preocupa de mí más que para corromperme y falsearme, es de-

Digitized by Google

cir, para hacer de mí otro yo, un buen ciudadano. El toma una multitud de medidas para «mejorar las costumbres». ¿Y por qué medio se atrae á los individuos? Por medio de sí mismo, es decir, de lo que es del Estado, de la propiedad del Estado. Se ocupa sin descanso en hacer participar á todo el mundo de sus «bienes», en hacer aprovecharse á todo el mundo de las «ventajas de la instrucción»; os da su educación, os abre el acceso de sus establecimientos de instrucción, os pone en condiciones de llegar por las vías de la industria á la propiedad, es decir, á la infeudación. Señor generoso, no exige de vosotros, á cambio de esa investidura, más que el legítimo homenaje de un reconocimiento perpetuo. Pero los vasallos ingratos y felones olvidan pagar este censo. La Sociedad, á su vez, no puede obrar de una manera esencialmente diferente.

Tú llevas á la Asociación todo tu poder, toda tu riqueza, y te haces valer en ella. En la Sociedad, tú y tu actividad sois utilizados. En la primera, tú vives como egoísta; en la segunda, vives como Hombre, es decir, religiosamente: trabajas en la viña del Señor. Tú debes á la Sociedad todo lo que tienes, estás á ella obligado y eres atormentado por «deberes sociales»; á la asociación, nada le debes: ella te sirve y tú la dejas sin escrúpulo desde que no tienes ya ventajas que sacar.

Si la sociedad es más que tú, la harás pasar delante de ti y te harás su servidor; la asociación es tu instrumento, tu arma; ella aguza y multiplica tu fuerza natural. La asociación no existe más que para ti y por ti; la sociedad, por el contrario, te reclama como su bien y puede existir sin ti. En suma, la sociedad es sagrada y la asociación es tu propiedad; la sociedad se sirve de ti y tú te sirves de la asociación.

No se dejará probablemente de objetarnos que el

Digitized by Google

acuerdo que hemos concluído puede hacerse molesto y limitar nuestra libertad; se dirá que, en definitiva, venimos también á que «cada uno tenga que sacrificar una parte de su libertad en interés de la comunidad». Pero no es, en modo alguno, á la comunidad á quien se hará ese sacrificio, lo mismo que no es por amor de la «comunidad» ó de cualquier otro por lo que yo he contratado; si me asocio es en mi interés, y si sacrificara alguna cosa sería aún en mi interés, por puro egoísmo. Por otra parte, en materia de «sacrificio» no renuncio más que á lo que escapa á mi poder; es decir, no «sacrifico» nada absolutamente.

Volviendo á la propiedad, el señor es el propietario. Y ahora escoge: ¿quieres ser el señor ó quieres que la sociedad sea señora? ¡De ahí dependerá que tú seas un propietario ó un indigente! El egoísmo hace al propietario, la sociedad hace al indigente. Ahora, indigencia ó ausencia de propiedad, tal es el sentido del feudalismo, del régimen de vasallaje, que, desde el siglo último, no ha hecho más que cambiar de señor, poniendo al Hombre en lugar de Dios y haciendo un feudo del Hombre de lo que antes era un feudo concedido por la gracia divina.

Hemos mostrado anteriormente que la indigencia del Comunismo es llevada, por el principio humanitario, hasta la indigencia absoluta, hasta la más indigente de las indigencias; pero hemos mostrado también que sólo por esta vía puede la indigencia conducir á la individualidad. El antiguo régimen feudal ha sido tan completamente aniquilado por la Revolución, que toda reacción, por habilidad que despliegue en galvanizar el cadáver del pasado, está en adelante condenada á abortar miserablemente, porque lo que está muerto, está muerto. Pero la resurrección debía también, en la historia del Cristianismo, mostrarse como una verdad; así lo ha hecho: en un

Digitized by Google

mundo nuevo, el feudalismo ha resucitado con un cuerpo transfigurado: feudalismo nuevo bajo la alta soberanía del «Hombre».

El Cristianismo está lejos de estar aniquilado, y sus fieles han tenido razón en ver con confianza en los asaltos que se les han dado hasta el presente simples pruebas de que debía salir más puro y más fuerte; no ha hecho, en realidad, más que transfigurarse, y el Cristianismo «que se acaba de descubrir» es el humano. Vivimos todavía en plena era cristiana, y son precisamente aquellos á quienes eso irrita más, los que más contribuyen á hacerla durar. Cuanto más humano se ha hecho el feudalismo, más querido ha llegado á sernos: no reconocemos ya el carácter de feudalismo en lo que, llenos de confianza, tomamos por nuestra propiedad; y creemos haber encontrado lo que es «de nosotros» cuando descubrimos lo que es del «Hombre».

Si el liberalismo quiere darme lo que es de mí, no es porque vea en ello lo mío, sino lo humano. ¡Como si, bajo ese disfraz, me fuera posible alcanzarlo! Los derechos del Hombre mismos, ese producto tan elogiado de la Revolución, deben entenderse en este sentido: el Hombre que está en mí me da derecho á tal y cual cosa; en cuanto individuo, es decir, tal como soy, no tengo ningún derecho; los derechos son el patrimonio del Hombre, y él es quien me autoriza y me justifica. Como Hombre, puedo tener un derecho; pero yo soy más que Hombre, yo soy un hombre particular, y así ese derecho puede serme rehusado á mí, al particular.

Pero si sabéis hacer caso de vuestra riqueza, si tenéis en alto precio vuestros talentos, si no permitís que se os fuerce á venderlos por bajo de su valor, si no os dejais convencer de que vuestra mercancía no es preciosa, si no os hacéis ridículos por un «precio irrisorio», sino que

Digitized by Google

imitais al valiente que dice: «Yo venderé cara mi vida» (mi propiedad), el enemigo no la tendrá á poca costa, entonces habréis reconocido como verdadero lo contrario del Comunismo, y no se podrá ya deciros: ¡Renunciad á vuestra propiedad! Vosotros responderéis: quiero aprovecharla.

En el frontispicio de nuestro siglo no se lee ya la máxima délfica: «¡Conócete á ti mismo!» sino: «¡Explótate á ti mismo!»

Proudhon dice que la propiedad es «el robo». Pero la propiedad de otro (sólo hablo de ese) no existe más que por el hecho de una renuncia, de un abandono, como una consecuencia de mi humildad: es un regalo. ¿Qué significan entonces todos esos gestos sentimentales? ¿Por qué apelar á la compasión como un pobre robado cuando no es uno más que un imbécil y un cobarde dispensador de regalos? Y ¿por qué echar siempre la culpa á los demás y acusarlos de robarnos, cuando somos nosotros mismos los que estamos en falta no robándolos? Si hay ricos, la culpa es de los pobres.

En general, nadie se indigna ni protesta contra su propia propiedad; no se irrita más que contra la de otro. Cada cual, por su parte, quiere aumentar y no disminuir lo que puede llamar suyo, y querría poder llamarlo todo así. No es en realidad á la propiedad á la que se ataca, sino á la propiedad ajena; lo que se combate es, para emplear una palabra que forme contraste con propiedad, la alienidad. Y ¿cómo se hace? En vez de transformar lo *alienum* en *proprium* y apropiarse el bien extraño, se da uno aires de imparcialidad y de desprendimiento y pide sólo que toda propiedad sea abandonada á un tercero (por ejemplo, á la sociedad humana). Se reivindica el bien ajeno no en nombre de sí mismo, sino en nombre de un tercero. ¡Entonces, toda huella de «egoísmo» des-

Digitized by Google

aparece y todo se hace á cual más puro, á cual más humano!

Radical inhabilidad del individuo para ser propietario, radical indigencia, tal es la «esencia del Cristianismo» y de toda religiosidad (piedad, moralidad, humanidad); tal es el principio velado en otro tiempo, que ha puesto en cabeza de su alegre mensaje la «religión nueva». Es la evolución de ese nuevo Evangelio lo que tenemos ante la vista en la lucha que se traba actualmente contra la propiedad y que debe conducir al hombre á la victoria; la victoria de la humanidad es el triunfo del Cristianismo. Y ese Cristianismo, «que acaba tan sólo de ser descubierto», es el feudalismo perfecto, la servidumbre universal, la perfecta indigencia.

¿Es, pues, una nueva «revolución» la que llama ese nuevo feudalismo?

Revolución é insurrección no son sinónimos. La primera consiste en un trastorno del orden establecido, del *status* del Estado ó de la sociedad; no tiene, pues, más que un alcance político ó social. La segunda acarrea, sí, como consecuencia inevitable el mismo trastorno de las instituciones establecidas, pero no es ese su objeto; no procede más que del descontento de los hombres; no es un motín ó alboroto, sino el acto de individuos que se alzan, que se levantan, sin preocuparse por las instituciones que van á crujir bajo sus esfuerzos, ni por las que de ellos podrán resultar. La revolución tenía sus miras en un régimen nuevo; la insurrección nos lleva á no dejarnos ya regir, sino á regirnos nosotros mismos, y no funda brillantes esperanzas sobre las «instituciones por venir». Es una lucha contra lo que se halla establecido, en el sentido de que, cuando vence, lo que se halla establecido se derrumba ello solo. Es mi esfuerzo para desprenderme del presente que me oprime; y en cuanto lo

Digitized by Google

he abandonado, ese presente ha muerto y entra en descomposición.

En suma, no siendo mi objeto derribar lo que es, sino elevarme por cima de ello, mis intenciones y mis actos no tienen nada de político ni de social; no teniendo otro objeto que yo y mi individualidad, son egoístas.

La revolución ordena instituir, instaurar; la insurrección quiere que uno se subleve ó que se alce.

La elección de una constitución, tal era el problema que preocupaba á los cerebros revolucionarios; toda la historia política de la Revolución está llena por luchas y cuestiones constitucionales; igualmente, los genios del Socialismo se han mostrado asombrosamente fecundos en instituciones sociales (falansterios, etc.). Por el contrario, á libertarse de toda constitución es á lo que tiende el insurrecto (1).

Yo buscaba una comparación á fin de hacer más claro lo que acabo de decir, y he aquí que mi pensamiento se remonta á los primeros tiempos de la fundación del Cristianismo.

En el campo liberal se reprocha á los primeros cristianos haber predicado la obediencia á las leyes paganas existentes, haber prescripto reconocer la autoridad pagana y haber ordenado francamente «dar al César lo que es del César». ¡Qué agitación, sin embargo, en aquel momento contra la dominación, cuán sediciosos se mostraban los judíos y hasta los romanos mismos para con el poder que regía el mundo; en una palabra, cuán general era el «descontento político»! Pero los cristianos no qui-

(1) Para garantirme contra todo procedimiento criminal, haré, por exceso de precaución, notar expresamente que tomo la palabra «insurrección» en su sentido etimológico y no en la acepción restringida, sobre la cual están suspendidos todos los rayos del Código penal.

Digitized by Google

sieron notarlo ni asociarse á las «tendencias liberales de la época». Las pasiones políticas estaban entonces de tal modo sobreexcitadas que, como se ve en los Evangelios, no se creyó poder acusar con más éxito al fundador del Cristianismo que imputándole «maquinaciones políticas»; los mismos Evangelios nos enseñan, no obstante, que nadie se interesaba menos que él en los manejos políticos corrientes. ¿Por qué, pues, no fue un revolucionario ó un demagogo, como los judíos querían hacerlo creer? ¿Por qué no fue un liberal? Porque no esperaba la salvación de la reforma de las instituciones y todo el tinglado gubernamental y administrativo le era completamente indiferente. No era un revolucionario, como lo fue, por ejemplo, César, sino un insurrecto; no trataba de derribar á un gobierno, sino de elevarse él mismo. Así se atenía á su máxima: «Sed prudentes como las serpientes», la de que «dad al César lo que pertenece al César» no era más que la aplicación á un caso especial. En efecto, no hacía una campaña liberal ó política contra la autoridad establecida, pero quería, sin inquietarse ni dejarse turbar por esa autoridad, seguir su propia vía. Los enemigos del Gobierno no le eran menos indiferentes que el Gobierno mismo, porque de una parte y de otra no se comprendía lo que quería, y le bastaba mantenerse, con la prudencia de la serpiente, todo lo lejos posible de unos y otros. Pero sin ser un sedicioso, un demagogo ó un revolucionario, no dejó de ser, como cada uno de los cristianos primitivos, un insurrecto, elevándose por cima de todo lo que el Gobierno y sus adversarios tenían por augusto, libertándose de todos los lazos que trababan á los unos y los otros y destruyendo al mismo tiempo las fuentes de la vida del mundo pagano entero, incapaz ya, por lo demás, de mantener en su brillo el sistema establecido. Precisamente porque no tendía al derrumba-

Digitized by Google

miento del orden establecido, fue su más mortal enemigo y su verdadero destructor. Porque él le tapió en su tumba, y tranquilo, sin una mirada para los vencidos, elevó su templo, sin prestar oído á los gritos de dolor de los que había enterrado bajo sus ruinas.

¿Y ahora, lo que ha sucedido al mundo pagano, sucederá al mundo cristiano? Una revolución no llevará ciertamente al objeto, si antes no se ha realizado una insurrección.

¿A qué tienden mis relaciones con el mundo? Yo quiero gozar de él; para eso es preciso que sea mi propiedad, y quiero, pues, conquistarlo. Yo no quiero la libertad de los hombres, no quiero la igualdad de los hombres, no quiero más que mi poder sobre los hombres; quiero que sean mi propiedad, es decir, que sirvan para mi goce. ¿Y si ellos se oponen á mis deseos, qué hacer? El derecho de vida y muerte que se han reservado la Iglesia y el Estado, yo declaro que también me pertenece á mí.

Infamad á aquella viuda de oficial que, durante la retirada de Rusia, habiéndola llevado una pierna una bala de cañón, se quitó su liga, extranguló con ella á su hijito, y luego se echó para morir al lado del cadáver. ¡Quién sabe, si ese niño hubiera quedado con vida, qué «servicios hubiera podido prestar» al mundo! ¡Y la madre lo mató, porque quería morir contenta y tranquila! Esa historia conmueve quizá todavía nuestro sentimentalismo, pero no sabéis sacar de ella nada más. Sea. En cuanto á mí, quiero mostrar con ese ejemplo que es mi contento el que decide de mis relaciones con los hombres, y que no hay acceso de humildad que pueda hacerme renunciar al poder de vida y de muerte.

En cuanto á los «deberes sociales» en general, no corresponde á un tercero fijar mi posición frente á los

Digitized by Google

demás; no es, por consiguiente, ni Dios, ni la humanidad, quienes pueden determinar las relaciones entre mí y los hombres; soy Yo el que tomo posición. Eso equivale á decir más claramente: Yo no tengo deberes para con los otros, como no tengo deberes para conmigo (por ejemplo, el deber de la conservación, opuesto al suicidio), á menos que «me distinga Yo mismo (mi alma inmortal, de mi existencia terrestre, etc.).

Yo no me humillo ya ante ningún poder. Yo reconozco que cualquíer poder no es más que el mío, y que debo abatirlo en cuanto amenace hacerse opuesto ó superior á Mí. Todo poder no puede ser considerado sino como uno de mis medios de llegar á mis fines, lo mismo que un perro de caza es un poder á nuestro servicio contra el animal salvaje, pero que lo matamos si viene á atacarnos á nosotros mismos, A todos los poderes que fueron mis señores, los rebajo, pues, al papel de mis servidores. Los ídolos no existen más que por Mí; basta que ya no los cree, para que no existan ya; no hay «poderes superiores», sino porque yo los elevo y me pongo debajo de ellos.

Hé aquí, pues, en lo que consisten mis relaciones con el mundo. Yo no hago ya nada por él, «por el amor de Dios», no hago ya nada por el amor del Hombre», sino que lo que hago, lo hago por el amor de Mí.» Así, tan sólo puede el mundo satisfacerme, en tanto que para el que lo considera bajo el punto de vista religioso (con el cual, notadlo bien, confundo el punto de vista moral y humano), el mundo queda siendo un «piadoso deseo» (*pium desiderium*), es decir, un más allá, un inaccesible. Tales son la universal felicidad, el mundo moral, en que reinarían el amor universal, la paz eterna, la extinción del egoísmo, etc.

«¡Nada en este mundo es perfecto!» A estas tristes

Digitized by Google

palabras, los buenos se apartan de él y se refugian junto á él en su oratorio, ó en el orgulloso santuario de su «conciencia». Pero nosotros permanecemos en este mundo «imperfecto»: tal como es, sabemos hacerlo servir para nuestro goce.

Mis relaciones con el mundo, consisten en lo que yo gozo de él y lo empleo para mi goce. Relaciones equivale á goce del mundo, y eso entra en mi goce de Mí.

3.—Mi goce de Mí.

Estamos en el recodo de una época. El mundo no ha pensado hasta el presente más que en conquistar la vida, su único cuidado ha sido vivir. Ya tienda toda actividad hacia las cosas de aquí abajo ó hacia el más allá, hacia la vida temporal ó hacia la eterna, ya se aspire al «pan cotidiano» («dadnos nuestro pan cotidiano»), ó al «pan sagrado» («el verdadero pan del cielo», «el pan de Dios que ha bajado del cielo y que da la vida al mundo», «el pan de vida», San Juan, VI, 32, 33, 48), ya se preocupe uno de la «querida vida» ó de la «vida eterna», el fin de todo esfuerzo, el objeto de toda solicitud no cambia: en uno, como en otro caso, lo que se busca es siempre la vida. ¿Atestiguan las tendencias modernas otro cuidado? Se quiere que las necesidades de la vida no sean ya un tormento para nadie, y se enseña, por otra parte, que el hombre debe ocuparse en este mundo y vivir su vida real, sin vano cuidado del más allá.

Tomemos la cuestión bajo otro punto de vista: aquél cuyo único cuidado es vivir, no puede pensar en gozar de la vida. En tanto que su vida está todavía en cuestión, en tanto que todavía puede tener que temblar por ella, no puede consagrar todas sus fuerzas á servirse

Digitized by Google

de la vida, es decir, á gozar de ella. ¿Pero cómo gozar de ella? Usándola, como se quema la vela que se emplea. Usa uno de la vida y de sí mismo, consumiéndola y consumiéndose. Gozar de la vida es devorarla y destruirla.

Pues bien, ¿qué hacemos? Buscamos el goce de la vida. ¿Y qué hacía el mundo religioso? Buscaba la vida «¿En qué consiste la verdadera vida, la vida bienaventurada, etc.? ¿Cómo llegar á ella? ¿Qué debe hacer el hombre, y qué debe ser para ser un verdadero viviente? ¿Qué deberes le impone esta vocación?» Estas preguntas y otras semejantes, indican que los que las hacen están todavía buscándose, buscando su verdadero sentido, el sentido que su vida debe tener para ser verdadera. «¡Lo que soy no es más que un poco de sombra y de espuma; lo que seré, será mi verdadero yo!» Perseguir ese yo, prepararlo, realizarlo, tal es la pesada tarea de los mortales; ellos no mueren más que para resucitar, no viven más que para morir, y para encontrar la verdadera vida.

Sólo cuando estoy seguro de mí y cuando no me investigo ya, soy verdaderamente mi propiedad. Entonces me poseo y por eso me empleo y gozo de mí. Pero en tanto que creo, por el contrario, tener que descubrir todavía mi verdadero yo, en tanto que pienso deber hacer de modo que el que vive en mí no sea Yo, sino el cristiano ó cualquier otro yo espiritual, es decir, cualquier fantasma tal como el Hombre, la esencia del Hombre, etcétera, me está para siempre prohibido gozar de mí.

Hay un abismo entre estas dos concepciones: según la antigua, yo soy mi fin; según la nueva, yo soy mi punto de partida; según la una, yo me busco; según la otra, me poseo y hago de mí lo que haría de cualquier otra de mis propiedades, gozo de mí según mi agrado. No tiemblo ya por mi vida, la «prodigo».

Digitized by Google

La cuestión, en adelante, no es ya saber cómo conquistar la vida, sino cómo gastarla y gozar de ella; no se trata ya de hacer florecer en mí el verdadero yo, sino de hacer mi vendimia y consumir mi vida.

¿Qué es el Ideal, sino el yo siempre buscado y nunca alcanzado? ¿Os buscais? ¡Pues es que no os poseeis todavía! ¿Os preguntais lo que debeis ser? ¡No lo sois, pues! Vuestra vida no es más que una larga y apasionada espera: durante siglos se ha suspirado por el porvenir y vivido de esperanza. Es cosa muy distinta vivir de goce.

¿Es sólo á aquéllos llamados piadosos á quienes se dirigen mis palabras? De ningún modo; se aplican á todos aquellos que pertenecen á esta época que acaba y aun á sus alegres vividores. Para ellos también un domingo sucede á los días de trabajo, y los bullicios de la vida son seguidos del ensueño de un mundo mejor, de una dicha universal, de un Ideal, en una palabra. ¡Pero los filósofos, al menos, deben, direis, estar opuestos á los devotos! ¿Ellos? ¿Han pensado jamás en otra cosa que en el ideal y han tenido nunca la mira en otra cosa que en el yo absoluto? Por todas partes espera, aspiraciones; por todas partes lejanas quimeras, largas esperanzas y nada más. ¡Hacedme el favor de llamar á eso romanticismo!

Para triunfar de la aspiración á la vida, el goce de la vida debe vencerla bajo su doble forma: aplastar, tanto la angustia espiritual como la temporal, y exterminar á la vez la sed del ideal y el hambre del pan cotidiano. El que tiene que usar su vida en conservarla, no puede gozar de ella, y el que la busca no la tiene, y tampoco puede gozar de ella: los dos son pobres, pero «¡bienaventurados los pobres!»

Los hambrientos de verdadera vida no tienen ya nin-

Digitized by Google

gún poder sobre su vida presente, que deben consagrar á la conquista de la verdadera vida y sacrificar al cumplimiento de esta tarea y de este deber. La servidumbre de la existencia terrestre, toda entera subordinada á la existencia celeste que esperan, es evidente en los espíritus religiosos que descuentan una vida futura y no ven en la vida de aquí abajo más que un simple tránsito; pero sería falso creer en menos renuncia en aquellos que en apariencia se han libertado más de los dogmas. ¡Comprended, pues, que la «vida verdadera» tiene un sentido mucho más extenso que vuestra «vida celestial!» ¿Y para llegar inmediatamente á la concepción liberal de la vida, la «vida verdadera», no es humana y «verdaderamente humana?» ¿Hay que tomarse tanto trabajo para conseguir esa vida humana, ó el primero que llega la vive desde el momento en que comienza á respirar? ¿Es ella para cada uno el presente, lo que tiene y lo que es en la actualidad, ó debe tender á ello como á una vida futura que no poseerá sino después de haberse «lavado de la mancha del egoísmo?» Por tal cuenta, la vida no es más que la conquista de la vida, no se vive más que para hacer vivir en sí la esencia del Hombre y por el amor de esa esencia. No tiene uno su vida más que para crear una «verdadera vida» purificada de todo egoísmo. Y he ahí por qué uno vacila en emplearla á su gusto: ella tiene su empleo, su objeto, y no se puede desviarla de él.

En suma, se tiene una vocación, un deber; tiene uno, con su vida, que realizar, que cumplir algo; ese «algo», mirando al cual la vida no es más que un medio y un instrumento, tiene más importancia que ella y no se la debe. Se tiene un dios que reclama víctimas vivientes. Los sacrificios humanos no han perdido, á la larga, más que sus formas bárbaras, no han desaparecido; á cada

Digitized by Google

instante, criminales son ofrecidos en holocausto á la Justicia, y nosotros, «pobres pecadores», nos inmolamos nosotros mismos en el altar de la «esencia humana», del «Hombre», de la «Humanidad», de los ídolos ó de los dioses, cualquiera que sea el nombre que se les dé.

Teniendo un acreedor al que debemos nuestra vida, no tenemos ningún derecho á gastarla para nosotros.

Las tendencias conservadoras del Cristianismo no permiten al cristiano pensar en la muerte de otro modo que con la insistencia de arrancarla su aguijón y de sobrevivirse perfectamente. El cristiano consiente en que todo ocurra, toma sus males con paciencia, desde el momento en que puede—¡judío!—contar con que se indemnizará en el cielo y cogerá gruesos intereses. No le es permitido matarse; sólo puede conservarse y trabajar en «prepararse su puesto para más tarde.» La perpetuidad, el «triunfo sobre la muerte», he ahí lo que toma á pechos: «La última enemiga que será vencida es la muerte» (1), «Jesucristo ha quebrantado el poder de la muerte y ha sacado á luz con el Evangelio, la vida y la incorruptibilidad» (2).—«¡Incorruptibilidad», estabilidad!

El hombre moral quiere el Bien, lo Justo, etc.; si usa de los medios que conducen á ese fin y conducen á él realmente, esos medios no son por eso los suyos, sino que son los del Bien, de lo Justo, etc. Esos medios nunca son inmorales, porque el objeto á que permiten alcanzar es bueno: el fin justifica los medios; esta máxima pasa por jesuítica, aunque sea estrictamente «moral.» El hombre moral es el servidor de un fin ó de una idea, él se hace el instrumento del Bien como el hombre piadoso tiene á gloria ser el obrero, el instrumento de Dios.

---

(1) 1.ª á los Corintios, xv, 26.

(2) 2.ª Timoteo, i, 10.

Digitized by Google

Los mandamientos de la Moral ordenan como bueno aguardar la hora de la muerte; darse á sí mismo la muerte es inmoral y malo: el suicidio no tiene ningún perdón que aguardar ante el tribunal de la moralidad. El hombre religioso lo condenaba porque «no eres tú quien te has dado la vida, es Dios, y él sólo puede quitártela» (como si, por esa cuenta, no fuese Dios quien me la quita cuando yo me mato, lo mismo que cuando una teja ó una bala me rompen la cabeza: ¡él también es quien ha despertado en mí la resolución de morir!) El hombre moral, por su parte, lo condena, porque yo debo mi vida á la Patria, etc., y «no sé si de mi vida hubiera podido resultar todavía algún bien.» Si yo me mato, el Bien pierde, naturalmente, en mí un instrumento, como el Señor cuenta, muerto yo, con un obrero menos en su viña. Si yo fui inmoral, el Bien se aprovechará de mi mejoramiento; si fui impío, Dios se regocijará de mi contrición. El suicidio es tan criminal para con Dios como para con la virtud. Tú que te quitas la vida, olvidas á Dios, si eres religioso, y olvidas el deber si eres moral. ¿Es la muerte de Emilia Galotti justificable bajo el punto de vista de la moralidad (se admite que esa muerte es un suicidio, y el hecho es que ciertamente lo es)? Se han roto la cabeza para decirlo. Estar tan arrebatada de castidad, ese bien moral, que se la sacrifique su vida es ciertamente moral; pero, en cambio, no tener bastante confianza en sí misma para osar afrontar los lazos de la carne, es inmoral. El conflicto trágico que forma el fondo de todo drama moral, reposa generalmente sobre una antinomia de este género; hay que pensar y sentir moralmente para ser capaz de interesarse en él.

Todo lo que se puede decir en nombre de la moral y de la piedad á propósito del suicidio, no es menos verda-

Digitized by Google

dero si se apela á la humaniúad, puesto que uno debe igualmente su vida al Hombre, á la humanidad, al género humano. Sólo es cuando no me reconozco obligación para con nadie, cuando la conservación de mi vida es asunto mío. «¡Un salto desde lo alto de ese puente me hace libre!»

Debemos al Ser, cualquiera que sea, que tenemos que hacer vivir en nosotros, no sólo el conservar la vida de que somos depositarios, sino, aparte de eso, no emplear esa vida á nuestro gusto, regularla por él y conformarla á él. Todo en mí, pensar, sentir, querer, todos mis actos, todos mis esfuerzos son de él.

La idea que tenemos de ese Ser determina lo que le es conforme. Pero esa idea, ¿de cuántas maneras se ha concebido?; y ese Ser, ¿bajo cuántas formas se le ha representado? El mahometano cree que el Ser Supremo exige de él una cosa, y el cristiano cree que reclama otra muy distinta; ¡qué diferente aspecto debe la vida presentarles! Pero todos están al menos unánimes en creer que corresponde al Ser Supremo dirigir su vida.

No me detendré más tiempo en los devotos que tienen en Dios un guía y en su Palabra un hilo conductor; no los he citado más que para memoria; pertenecen á una fauna extinguida y su inmovilidad es la de las petrificaciones. No son ya hoy los piadosos, sino los liberales los que hablan alto, y la piedad misma no puede ya dispensarse de sonrosar un poco sus pálidas mejillas con el colorete liberal. Los liberales no honran en Dios á su guía ni suspenden su vida del hilo conductor de la Palabra divina; se guían por el Hombre, y no es á una vida «divina», sino á una vida «humana» á lo que aspiran.

El Ser Supremo del liberal es «el Hombre»; el Hombre es su mentor y la humanidad es su catecismo. Dios es espíritu, pero el hombre es «el espíritu perfecto», el

Digitized by Google

resultado final de la larga caza del espíritu, á la que se dedicaron «sondando las profundidades de la divinidad», es decir, las profundidades del espíritu.

Cada uno de tus rayos debe ser humano; tú mismo debes serlo de la nuca á los talones, interior como exteriormente, porque la humanidad es tu vocación.

¡Vocación — destino — deber!

Lo que uno puede ser, lo es. El disfavor de las circunstancias podrá impedir al que nació poeta ser el primero de su tiempo, y no permitirle producir obras maestras, privándolo de los largos, pero indispensables estudios preliminares; pero hará versos, ya sea criado de labor ó tenga la suerte de vivir en la corte de Weimar. El músico hará música, aunque tuviera, por falta de instrumento, que soplar en una caña.

Una cabeza filosófica meditará grandes problemas, ya adorne los hombros de un filósofo de Universidad ó de un filósofo de aldea. En fin, el imbécil, que puede ser al mismo tiempo un mal intencionado (las dos cosas van muy bien juntas: cualquiera que haya frecuentado los colegios encontrará en su memoria varios ejemplos, si pasa revista á sus antiguos condiscípulos), el imbécil, digo, permanecerá siempre imbécil, ya se le haya enseñado y ejercitado para ser jefe de oficina ó para limpiar las botas de dicho jefe. Los cerebros obtusos forman la clase humana indisputablemente más numerosa. Pero ¿por qué no habría en la especie humana las mismas diferencias que es imposible desconocer en cualquier especie animal? Se encuentran por todas partes seres más ó menos bien dotados.

Pocos, sin embargo, son lo bastante obtusos para que no se pueda inspirarles algunas ideas. Así se considera ordinariamente á todos los hombres como capaces de tener religión. Son además, susceptibles de ser ense-

Digitized by Google

ñados, en cierta medida sobre otras ideas, y se puede darles, por ejemplo, alguna comprensión musical y hasta un tinte de filosofía. Aquí el sacerdocio se liga á la religión, á la moralidad, á la cultura, á la ciencia, etc., y los comunistas, por ejemplo, quieren, con su «escuela popular», hacer todo accesible á todos. Se sostiene ordinariamente que la «gran masa» no podría pasarse sin religión; los comunistas extienden esa afirmación, y dicen que no sólo la «gran masa», sino todos están llamados á todo.

No basta haber instruído á las masas en la religión, hay al presente que rellenarlas de «todo lo que es humano». Y el adiestramiento se hace cada día más universal y más extenso.

¡Pobres seres, que podríais ser tan felices si os fuese permitido brincar á vuestro gusto! Es preciso que baileis al son del organillo de los pedagogos y de los hombres de la mona, y que aprendais á hacer habilidades de que nunca en la vida hubieseis sentido la necesidad. ¿No acaba eso por sublevaros ver que se os toma siempre por otra cosa de la que queréis parecer? ¡No! Repetís mecánicamente la lección que se os ha apuntado. «¿A qué soy llamado? ¿Cuál es mi deber?» Y basta que hagais la pregunta para que inmediatamente la respuesta se imponga á vosotros: vosotros os ordenais lo que debeis hacer, os trazais una vocación, ú os dais las órdenes y os imponeis la vocación que el espíritu ha prescrito de antemano. Con relación á la voluntad, eso puede anunciarse así: Yo quiero ser lo que debo.

Un hombre no es «llamado» á nada; no tiene más «deber» y «vocación» que el que tienen una planta ó un animal. La flor que se abre no obedece á una «vocación», pero se esfuerza en gozar del mundo y consumirlo en cuanto puede; es decir, saca tantos jugos de la tierra, tanto aire del éter y tanta luz del sol como puede absor-

Digitized by Google

ber y contener. El ave no vive para llenar una vocación, pero emplea sus fuerzas lo mejor posible; caza insectos y canta á su gusto. Las fuerzas de la flor y del ave son débiles, comparadas con las de un hombre, y el hombre que apresta sus fuerzas para conquistar el mundo, lo oprime mucho más poderosamente que lo hace la flor y el ave. El no tiene vocación ó misión que cumplir, pero tiene fuerzas, y estas fuerzas se despliegan, se manifiestan dónde están porque, para ellas, ser es manifestarse y no pueden permanecer inactivas más que lo puede la vida que, si «se detuviera» un segundo, no sería ya la vida. Se podría, pues, gritar al hombre: ¡emplea tu fuerza! Pero ese imperativo implicaría todavía una idea de deber, allí donde no hay ni sombra de ello. Y por otra parte, ¿á qué ese consejo? Cada cual lo sigue y obra, sin comenzar por ver en la acción un deber; cada cual despliega á cada instante todo lo que tiene de poder. Se dice, si, de un vencido que habría debido desplegar sus fuerzas; pero se olvida que si, en el momento de sucumbir hubiera tenido el poder de desplegar sus fuerzas (corporales, por ejemplo), lo hubiese hecho; no ha tenido quizs más que un minuto de desaliento, pero fue, en suma, un minuto de impotencia. Las fuerzas pueden evidentemente aguzarse y multiplicarse, particularmente por las bravatas del enemigo ó por exhortaciones amigas; pero allí donde quedan sin efecto, puede estarse cierto de que faltaban. Se pueden hacer saltar chispas de una piedra, pero sin el choque no hay chispa; igualmente el hombre tiene necesidad de un impulso».

Puesto que las fuerzas se muestran siempre por sí mismas activas, la orden de ponerlas en acción sería superflua y vacía de sentido. Emplear sus fuerzas no es la vocación y el deber del hombre, sino un hecho perpetuamente real y actual. Fuerza no es más que una pala-

Digitized by Google

bra más sencilla para decir «manifestación de fuerza».

Esa rosa es, desde que existe, una verdadera rosa, y ese ruiseñor es y ha sido siempre, un verdadero ruiseñor; igualmente Yo: no es sólo cuando cumplo mi misión y me conformo con mi destino cuando soy un «verdadero hombre»; lo soy, lo he sido siempre y no dejaré de serlo. Mi primer vajido fue la señal de vida de un «verdadero hombre»; los combates de mi vida son las manifestaciones de una fuerza «verdaderamente humana», y mi último suspiro será el último esfuerzo «del Hombre».

El verdadero hombre no está en el porvenir, no es un objeto, un ideal á que se aspira, sino que está aquí, en el presente, existe en realidad; cualquiera que yo sea, cualquier cosa que yo sea, alegre ó sufriendo, niño ó anciano, en la confianza ó en la duda, en el sueño ó la vigilia, soy Yo. Yo soy el verdadero hombre.

Pero si soy el Hombre, si he encontrado realmente en Mí aquel de quien la humanidad religiosa hacía un objeto lejano, todo lo que es «verdaderamente humano» es por eso mismo mi propiedad. Todo lo que se atribuía á la idea de humanidad me pertenece. Esa libertad de comercio, por ejemplo, que la humanidad está aún esperando y que se deja para un porvenir dorado como un sueño encantado, la llevo conmigo como mi propiedad, y la practico provisionalmente bajo la forma de contrabando. Pocos contrabandistas, convengo en ello, pudieran interpretar así su conducta, pero el instinto del egoísmo suple á la conciencia que les falta. Anteriormente he mostrado que igual sucede con la libertad de la Prensa.

Todo es de mí, así que recobraré todo lo que quiera sustraerse á mí; pero ante todo, me recobro, si una servidumbre cualquiera me ha hecho escapar de mí mismo. Pero eso tampoco es mi vocación, es mi conducta natural.

Digitized by Google

En suma, hay, pues, una gran diferencia entre tomarme por punto de partida ó por punto de llegada. Si soy mi fin, no me poseo, soy todavía extraño á mí, soy mi esencia, mi «verdadera naturaleza íntima», y esta «esencia verdadera» tomará como un fantasma mil nombres y mil formas diversas para burlarse de mí. Si no soy yo, es otro (Dios, el verdadero Hombre, el verdadero devoto, el hombre razonable, el hombre libre, etc.), el que es yo, el que es mi yo.

Todavía bien lejos de mí, hago de mí dos partes, de las que una, la que no es alcanzada y tengo que realizar, es la verdadera. La otra, la no verdadera, es decir, la no espiritual, debe ser sacrificada; lo que hay de verdadero en mí, es decir, el espíritu, debe ser todo el hombre. Eso se traduce así: «El espíritu es lo esencial en el hombre» ó «el hombre no es Hombre más que por el espíritu». Uno se precipita ávidamente para coger el espíritu, como si fuera al mismo tiempo á cogerse, y en esta caza desatinada del yo, se pierde de vista el yo que uno es.

En esa persecución furiosa de un yo que no se alcanza jamás, se desdeña la regla de los sabios que aconsejan tomar á los hombres como ellos son; se prefiere tomarlos como deberían ser, y en consecuencia, galopa uno sin tregua sobre la pista de su «yo tal como debería ser» y «se esfuerza en volver á todos los hombres igualmente justos, estimables, morales ó razonables».

Sí, si los hombres fueran como deberían y como podrían ser, si todos los hombres fueran razonables, si se amasen los unos á los otros como «hermanos», ¡la vida sería un paraíso! Pero los hombres son como deben ser y como pueden ser. ¿Qué deben ser? ¡Lo que pueden ser y nada más! ¿Y qué pueden ser? Nada más que lo que pueden, es decir, que lo que tienen el poder ó la fuerza

Digitized by Google

de ser. Pero eso, lo son realmente, puesto que lo que no son, no son capaces de serlo; porque ser capaz de hacer ó de ser, quiere decir hacer ó ser realmente. Uno no es capaz de ser lo que no es; uno no es capaz de hacer lo que no hace. ¿Ese hombre á quien la catarata ciega, podría ver? Ciertamente, bastaría que fuese operado con buen éxito. Mas, por el momento, no puede ver, porque no ve. Posibilidad y realidad son inseparables. No se puede hacer lo que no se hace, como no se hace lo que no se puede hacer.

La singularidad de esta proposición desaparece si se quiere reflexionar bien que las palabras «es posible que..... etc.», no signifiquen en el fondo casi nunca otra cosa que «yo puedo imaginar que....., etc.». Por ejemplo: «Es posible que todos los hombres vivan razonablemente», quiere decir: «Yo puedo imaginar que....., etc.» Mi pensamiento no puede hacer, y por consiguiente, no hace que los hombres vivan razonablemente: esa es una cosa que no depende de mí, sino de ellos; la razón de todos los hombres no es, pues, para mí más que pensable, no me es más que inteligible; pero como tal, es de hecho una realidad; si esa realided toma el nombre de posibilidad, sólo es con relación á lo que yo no puedo hacer, es decir, á la razón de las gentes. De suponer que eso dependiese de ti, todos los hombres podrían ser razonables, porque tú no ves en ello ningún inconveniente, y aun por lejos que se extienda tu pensamiento, no descubres quizá nada que á ello se oponga; resulta que ningún obstáculo se opone á la cosa en tu pensamiento; ella es pensable.

Pero los hombres no son todos razonables; es, pues, sin duda, que no pueden serlo.

Cuando una cosa que uno se imaginaba no ofrecer ninguna dificultad, ser muy posible, etc., no es ó no lle-

Digitized by Google

ga, puede uno estar cierto de que ha chocado con un obstáculo y es imposible. Nuestra época tiene su arte, su ciencia, etc.; puede su arte ser execrable; pero ¿podemos en ese caso decir: merecíamos tener uno mejor y «habríamos podido» tener uno mejor si lo hubiéramos querido? Tenemos justamente tanto arte como podemos tener; nuestro arte actual es actualmente el único posible, y por eso es nuestro arte real.

Reducid aún el sentido de la palabra «posible» hasta que no signifique finalmente más que «futuro», y será todavía el equivalente de «real». Cuando se dice, por ejemplo, es posible que el sol salga mañana, eso no significa nada más que, con relación á hoy, mañana es el porvenir real; porque no hay apenas necesidad de expresar que un porvenir no es realmente «por venir», más que si no ha aparecido todavía.

¿A qué, decís, esa disección microscópica de una palabra? ¡Ah! si no fuese detrás de ella donde se mantiene emboscado el error que ha tenido desde hace siglos más consecuencias, si esa pequeña palabra «posible» no fuese en el cerebro de los hombres el rincón en donde se dan cita todos los fantasmas que la hechizan, no nos hubiéramos ocupado de ella.

El pensamiento, ya lo hemos mostrado antes, reina sobre el mundo poseído. Volvamos á la posibilidad, que es uno de sus lugartenientes. Posible, decíamos, no es nada más que pensable, inteligible, é innumerables víctimas han sido sacrificadas á ese terrible inteligible. Es pensable que los hombres puedan ser razonables; es pensable que puedan reconocer á Cristo; pensable que puedan ser inspirados por el bien y ser morales; pensable que puedan refugiarse en el seno de la Iglesia, que puedan no hacer nada, no pensar nada y no decir nada que ponga al Estado en peligro; pensable es todavía que pue-

Digitized by Google

dan ser súbditos obedientes. Pero ved hasta dónde eso va á llevarnos. Siendo todo eso pensable, es posible y siendo posible á los hombres (aquí es donde está el error, porque es inteligible por mí, es posible á los hombres), deben serlo ó deben hacerlo, es su vocación. Y, en fin, no se debe ver nada en los hombres más que su vocación; debe mirárseles como llamados á alguna cosa y tenerles, no por «lo que son», sino por «lo que deben ser».

Otra consecuencia: no es el individuo el que es el Hombre; el Hombre es un pensamiento, un ideal. El individuo no es al Hombre lo que la infancia es á la edad madura, sino lo que un punto hecho con yeso es al punto matemático, lo que una criatura finita es al Creador infinito, ó, en términos más modernos, lo que el ejemplar es á la especie. De aquí el culto de la Humanidad «eterna», «inmortal», á cuya gloria (*ad majorem humanitatis gloriam*) el individuo debe estar dispuesto á sacrificarlo todo, convencido de que sería para él un «honor eterno» haber hecho alguna cosa por el «espíritu de la humanidad».

Resulta de aquí que los que piensan gobiernan el mundo, en tanto que dura la época de los sacerdotes y de los pedagogos; lo que piensan es posible, y lo que es posible debe ser realizado. Ellos piensan en un ideal humano que no tiene realidad provisionalmente más que en su pensamiento, pero piensan después en la posibilidad de realizar ese ideal, y es indisputable que esa realización es real... mente pensable: es una idea.

Puede ser que un Krummacher piense que tú y yo somos aún capaces de hacernos buenos cristianos; pero si se le ocurriese «trabajarnos» en ese sentido, le haríamos pronto sentir que nuestra cristianización, aunque pensable, es, sin embargo, imposible, y si se obstinase en asesinarnos con sus pensamientos y su «buena doctrina»

Digitized by Google

de que nada tenemos que hacer, no tardaría en convencerse de que nada tenemos que hacer con volvernos lo que no nos agrada ser.

Y el razonamiento que resumíamos hace poco se prosigue, dejando lejos tras sí á devotos y gazmoños. «¡Si todos los hombres fuesen razonables, si todos practicasen la justicia, si todos tomaran por guía la caridad, etcétera! Razón, Justicia, Caridad, les son presentadas como la vocación del hombre, como el objeto á que deben tender sus esfuerzos. ¿Y qué significa ser razonable? ¿Es razonarse uno mismo, comprenderse? No; la Razón es un gran libro repleto de artículos de leyes, todos asestados contra el egoísmo.

La historia no ha sido hasta el presente más que la historia del hombre espiritual. Después de la edad de los sentidos ha comenzado la historia propiamente dicha, es decir, la edad de la inteligencia, de lo espiritual, de lo supra-sensible, de lo ideal, del no-sentido. El hombre se pone entonces á querer ser algo. ¿Ser qué? Bueno, bello, verdadero, ó más exactamente moral, piadoso, noble, etcétera. Quiere hacer de sí mismo un «verdadero hombre»: el Hombre es su objeto, su imperativo, su deber, su destino, su vocación, su ideal: el Hombre es para él un futuro, un más allá. Y si llega á ser lo que sueña, no puede ser más que gracias á algo, que se llamará veracidad, bondad, moralidad, etc. Desde entonces mira de través á cualquiera que no rinde homenaje al mismo «algo», no sigue la misma moral y no tiene la misma ley: prosigue á los «disidentes, los heréticos, las sectas», etc.

El carnero no se esfuerza en llegar á ser un «verdadero carnero», ni el perro un «verdadero perro»; ningún animal toma su sér por un deber, es decir, por una idea que debe realizar. El sér realiza por lo mismo que vive su vida, es decir, que se usa y que se destruye. No pide

Digitized by Google

hacerse algo distinto de lo que es. No es que yo quiera aconsejaros que os parezcais á los animales. No lo puedo, por otra parte, porque exhortaros á haceros animales, sería proponeros de nuevo una tarea, un ideal («la abeja debe darte lecciones en aplicación»); eso equivaldría á desear á los animales que llegasen á ser hombres. Vuestra naturaleza es, una vez por todas, humana; vosotros sois naturalezas humanas, es decir, hombres, y justamente porque lo sois, no tenéis ya necesidad de llegar á serlo. Ciertos animales también pueden ser «adiestrados», y un animal adiestrado ejecuta toda clase de ejercicios que no le son naturales. Pero si el adiestramiento hace al perro más útil ó más agradable para nosotros, él no saca del mismo ningún provecho; una vez perro sabio, no vale más para sí mismo que un perro natural.

Uno se esfuerza, y no es nueva la moda, en hacer de los hombres seres morales, razonables, piadosos, humanos, etc., es decir, en adiestrarlos. Pero esas tentativas se rompen contra la incoercible individualidad del egoísta. Aquellos á quienes se ha sometido á esa disciplina, no alcanzan jamás su ideal; ellos no profesan más que de palabra las sublimes doctrinas, y se limitan á hacer profesiones de fe; prácticamente deben, sí, confesar que son todos «pecadores», y que quedan muy por debajo de su ideal; son «hombres débiles», y se consuelan teniendo conciencia de la «debilidad humana».

Ocurre de muy distinto modo si no persigues un ideal como tu «destino», sino que te consumes, como el tiempo lo consume todo. La destrucción no es tu «destino», porque es el presente.

Es perfectamente cierto que la cultura y la religiosidad de los hombres los han libertado, pero no los libraron de un señor más que para someterlos á otro. La religión me ha enseñado á refrenar mis deseos; los artifi-

Digitized by Google

cios que la ciencia pone á mi servicio, me permiten vencer la resistencia del mundo, y yo no reconozco siquiera ya en ningún hombre mi señor: «yo no soy el servidor de nadie». Sólo que vale más obedecer á Dios que á los hombres. Cuanto más libertado soy de los impulsos no razonables del instinto, más dócilmente obedezco á la señora Razón. Yo he ganado la «libertad espiritual», la «libertad del espíritu», y me he hecho por eso mismo el esclavo del espíritu. El espíritu me manda, la razón me guía; ellos me conducen y me gobiernan, y los «razonables», los «servidores del espíritu», son sus ministros. Pero si yo no soy carne, no soy tampoco espíritu. La libertad del espíritu es mi servidumbre, porque no soy más que carne y más que espíritu.

La cultura me ha hecho poderoso, eso no consiente ya ninguna duda. Ella me ha dado su poder sobre todo lo que es fuerza, tanto sobre los impulsos de mi naturaleza, como sobre los asaltos y las violencias del mundo exterior. Yo sé que nada me obliga á dejarme constreñir por mis deseos, mis apetitos y mis pasiones, y la cultura me ha dado la fuerza de vencerlos: yo soy su señor. De igual modo soy, gracias á las ciencias y á las artes, el señor del mundo rebelde; la tierra y la mar están bajo mis órdenes, y hasta las estrellas deben rendirme cuentas. El espíritu es quien me ha dado ese imperio. Pero sobre el espíritu mismo no puedo nada. La religión (cultura) me ha enseñado, sí, el medio de llegar á ser «el vencedor del mundo, pero no me ha enseñado á vencer á Dios, porque Dios «es el espíritu». Ese espíritu sobre el cual no tengo ningún poder, puede tomar las formas más diversas, puede llamarse Dios ó llamarse espíritu del pueblo, Estado, Familia, Razón, ó también Libertad, Humanidad, Hombre.

Yo acepto con reconocimiento lo que los siglos de

Digitized by Google

cultura me han adquirido; no quiero rechazar ó abandonar nada. Yo no he vivido en vano. Ellos han descubierto que yo tengo un poder sobre mi naturaleza, y que no estoy forzado á ser el esclavo de mis apetitos, y ese es un resultado apreciable que no debo dejar perderse. Ellos han descubierto que yo puedo, gracias á los medios que me suministra la cultura, domar al mundo, y ese descubrimiento fue comprado demasiado caro para que yo pueda olvidarlo. Pero yo quiero más aún.

Uno se pregunta lo que el hombre puede llegar á ser, lo que puede cumplir, y qué bienes puede adquirir, y de aquel de esos bienes que se juzga más grande se me hace una vocación. ¡Como si todo me fuese posible!

Cuando se ve á alguno al que consume un deseo, una pasión, etc. (por ejemplo, el espíritu de lucro, los celos, etc.), se desea librarle de esa obsesión y ayudarle á «vencerse». «¡Nosotros queremos hacer de él un hombre!» Sería muy bello, si otra posesión no tomase inmediatamente el lugar que acaba de desocupar la antigua. En cuanto está la codicia exorcisada, uno arroja á su víctima en los brazos de la piedad, de la humanidad ó de algún otro principio, y le suministra de nuevo un punto de apoyo moral fijo.

Este cambio de un punto de apoyo inferior por un punto de apoyo elevado, se expresa diciendo: No debe volverse la mirada hacia lo que pasa, sino hacia lo que no pasa; no hacia lo temporal, sino hacia lo eterno, lo absoluto, lo divino, lo puro humano, lo espiritual.

Se advirtió bien pronto que no es indiferente suspender su corazón, no importa donde, ni apasionarse de no importa qué; se reconoció la importancia del objeto. Un objeto elevado por cima de la particularidad de las cosas, es la esencia de las cosas; su esencia, en efecto, es solamente lo que hay de pensable en ellas, y no existe

Digitized by Google

más que para el hombre pensador. No dirijas, pues, ya tus sentidos sobre la cosa, pero dirige tus pensamientos sobre la esencia. «Bienaventurados los que, no viendo, creen»; ó dicho de otro modo: bienaventurados los que piensan, porque ellos solos tienen que hacer con lo invisible, y creen en ello. Pero un objeto de pensar que pasó durante siglos por un criterio esencial, acaba pronto ó tarde por «no valer ya la pena de hablar de ello». Uno se dió cuenta, pero jamás se cesó de conceder al objeto una importancia en sí y un valor absoluto; como si lo esencial no fuese para el niño su muñeca, y para el turco el Korán. En tanto que lo importante para mí no soy únicamente Yo, poco importa el objeto que tengo por «esencial»; sólo la pequeñez ó la grandeza de mi crimen para con él, tiene un valor.

La profundidad de mi adhesión y de mi abnegación atestigua mi servidumbre, y la profundidad de mi pecado da la medida de mi individualidad.

Pero se debe saber, finalmente, «arrojarlo todo de su pensamiento» si se quiere poder dormir. Nada debe ocuparnos de aquello en que nosotros no nos ocupamos: el ambicioso no puede deshacerse de sus proyectos de ambición, y el que teme á Dios no puede apartar su pensamiento de Dios; manía y obsesión son gemelas.

Realizar su esencia ó vivir conforme á su noción es lo que el creyente en Dios llama ser piadoso, y lo que un creyente en el Hombre llama «vivir humanamente»; este objeto sólo el hombre sensual ó el pecador puede proponérselo, en tanto que tiene todavía la elección, la elección temible, entre la alegría de los sentidos y la paz del alma, en tanto que es un pobre «pecador». El cristiano no es más que un hombre sensual que, conociendo la santidad y teniendo conciencia de violarla, se mira como un pobre pecador: la sensualidad, concebida como «ini-

Digitized by Google

quidad», forma el fondo de la conciencia cristiana y el cristiano mismo. Nuestros modernos no dicen ya «el pecado» y la «iniquidad», sino «el egoísmo», «el amor de sí», «el interés personal», etc.; entre sus manos, el diablo ha cambiado de piel y ha venido á ser el «inhumano» ó el «egoísta»; ¿pero les impide eso ser cristianos? ¿El viejo dualismo del bien y del mal no queda en pie? ¿No hay ya por cima de nosotros un juez: el Hombre? ¿No existe ya vocación? ¿Y «hacer de sí un hombre», cómo lo llamais? Ya lo sé; no decís ya vocación, decís «tarea» ó también «deber», y ese cambio de nombre es muy justo, porque el hombre no es como Dios, una persona que puede «llamar» (*vocare*); pero, dejado el nombre aparte, ¿no viene eso á ser exactamente lo mismo?

***

Cada uno de nosotros está en relación con los objetos, y se conduce con ellos de distinto modo. Tomemos como ejemplo ese libro, con el que millones de hombres han estado en relación desde hace cerca de veinte siglos: la Biblia. ¿Qué ha sido para cada uno de ellos? Lo que él ha hecho de ella, y nada más. Ella no es nada para el que no hace nada de ella; para el que la usa como un amuleto, tiene únicamente el valor y la significación de un encanto; para el niño que juega con ella es un juguete, etc.

Pero el Cristianismo pretende que la Biblia debe ser para todos la misma cosa; es decir, que es para él los «Libros Santos» ó la «Santa Escritura». Eso equivale á pretender que el punto de vista del Cristianismo deba ser el de los demás hombres, y que nadie puede tener con el objeto de que se trata otras relaciones que el cristiano. La relación pierde así todo valor individual; cier-

Digitized by Google

ta opinión se sustituye á la mía, se hace definitiva y se implanta como la verdadera y la «sola verdadera». Con la libertad de hacer de la Biblia lo que me place, toda libertad de obrar en general se ve trabada y es reemplazada por la violencia de una manera de ver y de juzgar obligatoria. El que emite el juicio de que la Biblia es un largo error de la humanidad, forma un juicio criminal.

En realidad, el niño que la hace pedazos ó que juega con ella, y el Inca Atahualpa que aplica á ella el oído y la rechaza con un mohín de desdén porque permanece muda, emiten sobre la Biblia un juicio tan legítimo como el sacerdote, que aprecia en ella la «palabra de Dios», ó que la crítica, que la trata como un monumento de la civilización hebraica. Porque nosotros manejamos las cosas según nuestro agrado y nuestro capricho; usamos de ellas como nos place, ó, más exactamente, como podemos. ¿De qué proviene que los sacerdotes eleven la voz en grito cuando ven á Hegel y á los teólogos especulativos extraer de la Biblia pensamientos especulativos? De que ellos mismos tratan esos textos á su gusto y «hacen de ellos un uso arbitrario».

Nada place tanto al filósofo como descubrir en todo una «idea», y nada le va tan bien al devoto como ponerlo todo por obra (la veneración de la Biblia, por ejemplo) para hacerse de Dios un amigo. Todos damos pruebas de la misma arbitrariedad en nuestro comercio con las cosas, y las tratamos como nos place: así no encontramos en ninguna parte una tiranía tan pesada, tantas violencias terribles y opresión estúpida como en el dominio de nuestra propia arbitrariedad. Pero si obramos á nuestro gusto, haciendo esto ó aquello de los objetos sagrados, ¿cómo podríamos reprochar á la clerecía que obre ella también á su gusto, y echarle en cara que nos

Digitized by Google

juzgue á su manera, es decir, dignos de la hoguera ó de otro castigo, de la censura, por ejemplo?

Lo que un hombre es, las cosas lo son á sus ojos; «el mundo te ve con los mismos ojos que tú lo contemplas». De aquí, inmediatamente, este sabio consejo: no debes mirarlo sino con ojos «justos é imparciales». (¡Como si el niño no mirase la Biblia con justicia é imparcialidad cuando se hace de ella un juguete!) Feuerbach, entre otros, nos da ese prudente consejo. Ver las cosas justamente, es sencillamente hacer de ellas lo que se quiere (por cosas, entiendo aquí todos los objetos en general: Dios, nuestros compañeros en humanidad, una querida, un libro, un animal, etc.); lo que debe ponerse en primera línea no son las cosas y su aspecto, sino Yo y mi voluntad. Se quiere de las cosas extraer pensamientos, se quiere descubrir razón en el mundo, se quiere encontrar allí santidad: resulta de ahí que todo eso se encuentra: «¡Buscad y encontraréis!» Lo que yo quiero buscar soy yo quien lo determino. Si quiero buscar en la Biblia materia de edificación, la encontraré; si quiero leerla y examinarla á fondo, resultará para mí un conocimiento y una crítica profundos, según mis fuerzas. Escojo lo que responde á mis intenciones, y por el hecho mismo de que escojo, pruebo mi arbitrariedad.

De esto nace la consideración de que todo juicio que formo sobre un objeto es la obra, la creación de mi voluntad; estoy por eso de nuevo advertido de no perderme en la criatura, que es mi juicio, sino quedar siendo el creador que juzga y que siempre crea de nuevo. Todos los predicados de los objetos son mis afirmaciones, mis juicios, mis criaturas. Si quieren apartarse de mí y llegar á ser alguna cosa por sí mismos ó imponérseme en lo más pequeño, no tengo nada más urgente que hacerlos volver á su nada, es decir, á Mí, su creador. Dios,

Digitized by Google

Jesucristo, la Trinidad, la Moralidad, el Bien, etc., son de esas criaturas, de que no debo sólo permitirme decir que son verdades, sino que debo permitirme exactamente también decir que son ilusiones. Si yo, en un momento dado, he querido y decretado su existencia, preciso es igualmente que pueda, en otro momento, querer y decretar su no existencia. Yo no puedo dejarlos crecer por cima de mi cabeza, no puedo tener la debilidad de dejarlos hacerse algo «absoluto»; lo que les sustraería á mi poder y me privaría de decidir soberanamente de su suerte. Caería así bajo el yugo del principio de estabilidad, del principio vital por excelencia de la religión, que toma á pechos crear «santuarios inviolables», «verdades eternas», un «sacrosanto», en una palabra, y despojar á cada uno de lo que es de él.

El objeto hace de nosotros poseídos; esta influencia la ejerce tanto cuando se presenta á nosotros bajo una forma sagrada, como bajo una forma no sagrada, y tanto como objeto suprasensible, que como objeto sensible. Al objeto, cualquiera que sea, responde en nosotros un deseo: codicia sensual ó votos ideales, sed del oro y aspiración hacia el cielo, deben ser puestos en la misma línea. Cuando los propagadores de la luz querían ganar á las gentes para el mundo sensible, Levater predicaba el apetito de lo invisible. Los unos quieren conmover y los otros mover.

Cada cual se forma de los objetos una idea particular: Dios, Jesucristo, el mundo, etc., han sido y serán concebidos de las maneras más diversas. Cada cual es en eso heterodoxo, y han sido necesarias guerras sangrientas, antes que puntos de vista opuestos sobre un mismo objeto acabasen por no ser juzgados ya como herejías que merecían la muerte. Los heterodoxos se toleran. ¿Pero por qué limitarme á pensar de otro modo

Digitized by Google

acerca de una cosa, por qué no llevar la heterodoxia á sus últimos límites y no pensar ya nada de esa cosa, suprimirla de mi pensamiento? Eso sería el fin de toda interpretación, porque nada ya tendría que interpretarse. ¿Por qué decir: «Dios no es Brahma, no es Jehová, no es Allah, pero es Dios», y no decir «Dios no es más que una ilusión?» ¿Por qué se me infama cuando soy un «negador de Dios?» Porque se pone á la criatura por cima del Creador. (Ellos honran y sirven más á la criatura que al Creador») (1), y se tiene necesidad de que un objeto reine, para que el sujeto sirva humildemente. Yo debo encerrarme bajo lo absoluto, es mi deber.

Con el «reino de los pensamientos», el Cristianismo se ha completado; el pensamiento es esa interioridad en que se extinguen todas las luces del mundo, en que toda existencia se hace inexistente, y en que el hombre interior (el cerebro, el corazón) viene á ser todo. Ese reino de los pensamientos espera su libertad; espera, como la esfinge, que Edipo resuelva el enigma y le permita entrar en la muerte. Yo soy su destructor, porque en mi reino, en el reino del Creador, no se pueden ya formar reinos propios y Estados en el Estado: es una creación de mi creadora ausencia de pensamiento. El mundo cristiano, el Cristianismo y la Religión en general, no pueden perecer más que con el mundo que piensa; sólo el día en que los pensamientos pasen, no habrá ya creyentes. Para el que piensa, el pensar es «una labor sublime, una actividad sagrada», y reposa sobre una fe sólida, la fe en la verdad. Es, desde luego, la oración que es una santa actividad: luego ese santo «recogimiento» se convierte en un «pensar» razonable y razonador que, sin embargo, conserva también como base la inquebranta-

(1) Ep. á los Romanos. I, 25.

Digitized by Google

ble fe de la «verdad santa», y no es más que una máquina maravillosa que el espíritu de verdad dispone para su servicio.

El pensamiento libre y la ciencia libre me ocupan (porque no soy yo quien soy libre y quien me ocupo, sino el pensamiento) del cielo y de lo celeste ó «divino»; es decir, en realidad, del mundo y de lo mundano, con la reserva de que este mundo ha venido á ser «otro»: el mundo ha sufrido sencillamente una mudanza, una enajenación, y yo me ocupo en su esencia, lo que es otra enajenación. El que piensa es ciego para con las cosas que lo rodean, é inepto para hacerse dueño de ellas; no come, ni bebe, ni goza, porque comer y beber no es jamás pensar; descuida todo, su adelanto en el mundo, el cuidado de su conservación, etc., por pensar. Lo olvida, como lo olvida el que ora. Así, el vigoroso hijo de la Naturaleza lo mira como un cerebro desarreglado, como un loco, aun cuando lo tiene por un santo; así los antiguos tenían á los frenéticos por sagrados. El pensamiento libre es un frenesí, una locura, puesto que es un puro movimiento del sér íntimo, del solo hombre interior que conduce y rige el resto del hombre. El chaman y el filósofo especulativo son los escalones extremos de la escala del hombre interior, del mogol. Chaman y filósofo luchan contra aparecidos, demonios, espíritus, dioses.

Radicalmente diferente del pensamiento libre es el pensamiento que me es propio, mi pensamiento, que no me conduce, sino que yo conduzco, que yo tengo de la rienda y lanzo ó retengo á mi agrado. Este pensamiento, mi propiedad, difiere tanto del pensamiento libre, como la sensualidad que yo tengo en mi poder y que satisfago si me place y como me place, difiere de la sensualidad libre y sin bridas, á la cual sucumbo.

Feuerbach, en sus Principios de la Filosofía del por-

Digitized by Google

venir (*Grundsätzen der Philosophie der Zukunft*), vuelve siempre al sér. Permanece así, á pesar de toda su hostilidad contra Hegel y la filosofía de lo absoluto, hundido hasta el cuello en la abstracción, porque «el sér» es una abstracción, exactamente como «el yo». Pero Yo que soy y Yo solo, no soy puramente una abstracción, soy todo en todo, y por consiguiente, soy hasta abstracción y nada, soy todo y nada. Yo no soy un simple pensamiento, pero estoy lleno, entre otras cosas, de pensamientos; soy un mundo de pensamientos. Hegel condena todo lo que me es propio, mi hacienda y mi consejo privados. El pensamiento absoluto es el que pierde de vista, que no es más que pensamiento, que soy yo quien lo pienso, y que no existe más que por Mí. En cuanto soy Yo, devoro lo que es mío, soy su dueño; el pensamiento no es más que mi opinión, opinión que puedo á cada momento cambiar, es decir, aniquilar, hacer volver á mí y consumir. Feuerbach quiere demoler el «pensamiento absoluto» de Hegel, gracias al sér invencible. Pero el sér no encuentra menos en Mí su vencedor, que el pensamiento: aquél es mi «yo soy» como éste es mi «yo pienso».

Feuerbach, naturalmente, no viene sino á demostrar la tesis, en sí trivial, de que yo tengo necesidad de los sentidos ó que no puedo pasarme completamente sin esos órganos. Es positivo que no puedo pensar si no soy un sér sensible; sólo que, para el pensamiento como para la sensación, para lo abstracto como para lo concreto, tengo ante todo necesidad de Mí, y cuando digo de mí, entiendo ese yo perfectamente determinado que soy Yo, el único. Si yo no fuera Fulano, si no fuera Hegel, por ejemplo, no contemplaría el mundo como lo contemplo, no encontraría el sistema filosófico que, siendo Hegel, encuentro, etc. Tendría sentidos como cualquiera los tiene, pero no los emplearía como lo hago.

Digitized by Google

Feuerbach reprocha á Hegel abusar de la lengua desviando una multitud de palabras de la acepción natural que les atribuye la conciencia; él mismo comete, sin embargo, la misma falta cuando da á la palabra «sensible» (*sinnlich*) un sentido tan eminente como inusitado. Así declara que «lo sensible no es lo profano, lo irreflexivo, lo patente, lo que se percibe á primera vista». Pero si es lo sagrado, lo reflexivo, lo escondido, si es lo que no se comprende más que á fuerza de reflexión, no es lo que se llama lo sensible. Lo sensible no es más que lo que existe para los sentidos, aquello de que sólo pueden gozar los que gozan por más que los sentidos y pasan del goce ó la concepción sensibles, tienen cuando más á los sentidos por intermediarios ó por vehículos; es decir, que los sentidos son la condición de su obtención, pero que no es ya nada sensible. Lo sensible, cualquiera que sea, cesa de ser sensible al penetrar en mí, aunque pueda de nuevo tener efectos sensibles tales como, por ejemplo, excitar mis pasiones y hacer hervir mi sangre.

Feuerbach rehabilita los sentidos: está muy bien; pero no sabe más que disfrazar el materialismo de su «filosofía nueva» con los harapos que hasta el presente eran propiedad de la «filosofía de lo absoluto». Las gentes no se dejarán ya persuadir de que basta ser sensible para serlo todo, espiritual, inteligente, etc., más que creen que se pueda vivir de «espiritual» sólo, sin pan.

El ser no justifica nada. Lo pensado es igual que lo no pensado; la piedra de la calle es y mi representación de ella es igualmente; la piedra y su representación ocupan simplemente espacios diferentes, estando la una en el aire y la otra en mi cabeza, en mí; porque yo soy espacio como la calle.

Los miembros de una corporación ó Privilegiados no toleran ninguna libertad de pensar, es decir ningún pen-

Digitized by Google

samiento que no venga del «dispensador de todo bien», ya se llame ese dispensador Dios, el Papa, la Iglesia ó no importa cómo. Si alguno de ellos nutre pensamientos ilegítimos, debe decirlos al oído de su confesor y dejarse imponer por él penitencias y mortificaciones hasta que el látigo de la esclavitud se haga intolerable en esos libres pensamientos. El espíritu de cuerpo, por otra parte, ha recurrido aún á otros procedimientos á fin de que los pensamientos libres no salgan á luz del todo; en el número de esos medios viene en primer término una educación apropiada. Aquel á quien se ha impregnado convenientemente de los principios de la moral no queda jamás libre de pensamientos morales; el robo, el perjurio, el engaño, etc., quedan siendo para él ideas fijas contra las cuales ninguna libertad de pensamiento puede protejerlo. Tiene los pensamientos que le vienen «de lo alto» y se atiene á ellos.

No sucede lo mismo con los Concesionarios ó Autorizados. Cada uno debe, según ellos, ser libre de tener y de formarse los pensamientos que quiera. Si tiene la patente, la concesión de una facultad de pensar, no le hace falta un privilegio especial. Como «todos los hombres están dotados de razón», cada cual es libre de que se le ocurra cualquier pensamiento y de amontonar según la patente de sus capacidades naturales una riqueza más ó menos grande de sus pensamientos. Y se os exhorta á «respetar todas las opiniones y todas las convicciones», se afirma que «toda convicción es legítima», que se debe «mostrar tolerancia para las opiniones de los demás», etc.

Pero «vuestros pensamientos no son mis pensamientos y vuestros caminos no son mis caminos», ó más bien, es lo contrario lo que quiero decir; vuestros pensamientos son mis pensamientos, de que yo hago lo que quiero y que puedo derribar despiadadamente: son mi propie-

Digitized by Google

dad, que yo aniquilo, si me agrada. No espero vuestra autorización para henchir de aire ó deshacer las bolas de jabón de vuestros pensamientos. Poco me importa que también llaméis esos pensamientos los vuestros; no por eso continúan siendo menos los míos; mi actitud respecto á ellos es asunto mío y no un permiso que me arrogo. Puede agradarme dejaros con vuestros pensamientos y me callaré. ¿Creeis que los pensamientos son como pájaros y revolotean tan libremente que cada cual no tenga más que coger uno para poder prevalerse después de él contra mí, como de su propiedad? Todo lo que vuela es de mí.

¿Creeis tener vuestros pensamientos para vosotros y no tener que responder de ellos ante nadie, ó, como decís, no tener que dar cuenta de ellos más que á Dios? No es nada de eso; vuestros pensamientos, grandes y pequeños, me pertenecen y uso de ellos á mi antojo.

El pensamiento no me es propio más que desde el momento en que no me formo nunca ningún escrúpulo de ponerlo en peligro de muerte y que no tengo que temer su pérdida como una pérdida para mí, una caducidad. El pensamiento no es mío sino desde el momento en que soy yo quien lo sujeto y en que nunca puede encorvarme, bajo su yugo, fanatizarme y hacer de mí el instrumento de su realización.

La libertad de pensar existe desde que yo puedo tener todos los pensamientos posibles; pero los pensamientos no llegan á ser una propiedad más que perdiendo el poder de hacerse mis señores. En tanto que el pensamiento es libre, son los pensamientos (las Ideas) los que reinan; pero si llego á hacer de estas últimas mi propiedad, se conducen como criaturas mías.

Si la Jerarquía no estuviera tan profundamente arraigada en el corazón del hombre, hasta el punto de quitar-

Digitized by Google

le todo valor de perseguir pensamientos libres, es decir, tal vez desagradables á Dios, «libertad de pensar», sería una expresión tan vacía de sentido como, por ejemplo, «libertad de digerir».

Las gentes que pertenecen á una confesión, son de parecer de que el pensamiento me es dado; según los librepensadores, yo busco el pensamiento. Para los primeros la verdad está ya encontrada y existente; yo sólo tengo que acusar recibo de ella al donante que me hace la gracia de concedérmela; para los segundos, la verdad está por buscar, es un objeto colocado en el porvenir y hacia el cual debo tender.

Para unos como para otros, la verdad (el pensamiento verdadero) está fuera de mí y me esfuerzo en obtenerla, ya como un presente (la gracia), ya como una ganancia (mérito personal). Luego: 1.° La verdad es un privilegio. 2.° No, el camino que conduce á ella está patente á todos; ni la Biblia, ni el Santo Padre, ni la Iglesia están en posesión de la verdad, pero se puede especular sobre su posesión.

Unos y otros, como se ve, están sin propiedad en materia de verdad. No pueden retenerla más que á título de feudo (porque el «Santo Padre», por ejemplo, no es un individuo; en cuanto único, es un tal Sixto, un tal Clemente, etc., y en cuanto Sixto ó Clemente, no posee la verdad; si es su depositario, es como «Padre Santo», es decir, como espíritu), ó tenerla por ideal. Si es un feudo, está reservada á un pequeño número (privilegiados); si es un ideal es para todos (autorizados).

La libertad de pensar tiene, pues, el sentido siguiente: todos erramos en la oscuridad por los caminos del error, pero cada cual puede por esos caminos acercarse á la verdad, y entonces está en el camino recto (todos los caminos llevan á Roma, al fin del mundo, etc.), La li-

Digitized by Google

bertad de pensar implica, por consiguiente, que la verdad del pensamiento no me es propia, porque si lo fuera, ¿cómo se querría excluirme de ella?

El pensar ha venido á ser enteramente libre, y ha codificado una multitud de verdades á que yo debo someterme. Procura completarse por un sistema y elevarse á la altura de una «constitución» absoluta. En el Estado, por ejemplo, persigue la idea hasta que haya instaurado el «Estado-razón», y en el hombre (la antropología) hasta que haya «descubierto al Hombre».

El que piensa no difiere del que cree más que en que cree mucho más que este último, el cual piensa, en cambio, mucho menos en su fe (artículos de fe). El que piensa recurre á mil dogmas allí donde el creyente se contenta con algunos; pero pone enlace entre ellos y toma este enlace por medida de su valor. Si uno ú otro no hace su negocio, lo desecha.

Los aforismos queridos á los pensadores forman exactamente la pareja de los que gustan á los creyentes: en lugar de «si eso viene de Dios, no lo destruiréis», dice: «si eso viene de la Verdad, es verdadero»; en vez de «rendid homenaje al Dios»—«rendid homenaje á la Verdad». Pero á mí poco me importa quién sea vencedor, Dios ó la Verdad; lo que yo quiero es vencer, Yo.

¿Cómo se puede imaginar una «libertad ilimitada» en el Estado ó en la sociedad? El Estado puede, sí, proteger á uno contra otro, pero no puede dejarse poner á sí mismo en peligro por una libertad ilimitada, por lo que se llama la licencia desenfrenada. El Estado, al proclamar la «libertad de la enseñanza», proclama simplemente que cualquiera que enseña como lo quiere el Estado, ó más exactamente, como lo quiere el poder del Estado, está en su derecho. La competencia está igualmente sometida á ese «como lo quiere el Estado»; si el clero, por

Digitized by Google

ejemplo, no quiere como el Estado, se excluye él mismo de la competencia (véase lo que ha pasado en Francia). Los límites que pone el Estado necesariamente á toda competencia, son llamados la «vigilancia y la alta dirección del Estado». Por el hecho mismo de mantener la libertad de la enseñanza en los límites convenientes, el Estado consigue su objeto en la libertad de pensar, porque las gentes, es lo general, no piensan más allá que lo que sus maestros han pensado.

Escuchad lo que dice el Ministro Guizot: «La gran dificultad de nuestro tiempo es la dirección, el gobierno de los espíritus...; vosotros lo sabéis bien y el clero mismo bien lo sabe, ese gran tiempo espiritual no puede bastar hoy para tal destino. El Estado tiene necesidad de que un gran cuerpo laico (la Universidad)... teniendo del Estado su poder, su dirección, ejerza sobre la juventud esa influencia moral que la forma para el orden, para la regla, y sin la cual...», etc. «Es deber de nosotros, Gobierno del Rey... velar por ello sin cesar... La carta quiere la libertad del pensamiento y la libertad de conciencia».

El Catolicismo llama al candidato al foro de la Iglesia y el protestantismo al del cristianismo bíblico. El progreso realizado sería aún bastante pequeño si se le citase ante el tribunal de la Razón, como lo quiere, por ejemplo, A. Ruge; que la autoridad sagrada sea la Iglesia, la Biblia ó la Razón (á la que apelaban, por otra parte, ya Lutero y Huss), no trae eso ninguna diferencia esencial.

La «cuestión de nuestro tiempo» no será soluble en tanto que se la plantee así: ¿Tiene la legitimidad su fuente en una generalidad cualquiera que sea ó en el solo individuo? ¿Es la generalidad (Estado, Leyes, Costumbres, Moralidad, etc.), ó la individualidad la que au-

Digitized by Google

toriza? ¡Cuestiones ociosas! El problema no es soluble ni resuelto más que cuando uno no se preocupa ya de una «autorización» ni se hace ya simplemente la guerra á los «privilegios».

Una libertad de enseñanza «razonable» que «no reconozca más que la conciencia de la razón» no nos conduce al objeto; tenemos mucha más necesidad de una libertad de enseñar egoísta, plegándose á toda individualidad, por la que yo pueda hacerme comprensible, y exponerme sin que nada me lo impida. Que yo me haga «inteligible», sólo eso es «razón», por no razonable que yo sea; si me hago comprender y si me comprendo así yo mismo, los demás gozarán de mí como yo gozo y me consumirán como yo me consumo.

¿Qué se ganaría con ver hoy al yo razonable libre-como lo fue en otro tiempo el yo creyente, legal, moral, etc.? Esa libertad ¿es mi libertad?

Si yo no soy libre sino en cuanto «yo razonable», es lo razonable ó la razón lo que es libre en mí, y esa libertad de la razón ó libertad del pensamiento ha sido siempre el ideal del mundo cristiano. Se quería hacer libre el pensar, y, según hemos dicho, el creer también es pensar, como el pensar es creer; los que piensan, es decir, tanto los que creen como los que razonan, debían ser libres; para los demás, la libertad era imposible. Pero la libertad de los que piensan es la «libertad de los hijos de Dios», es la más despiadada jerarquía ó dominación del pensamiento, porque yo sucumbo bajo el pensamiento. Si los pensamientos son libres, yo estoy dominado por ellos, no tengo sobre ellos ningún poder y soy su esclavo. Pero yo quiero gozar del pensamiento, quiero estar lleno de pensamientos, y, sin embargo, libertado de los pensamientos; yo me quiero libre de pensamientos, en lugar de libre de pensar.

Digitized by Google

Para hacerme comprender y para comunicar con los demás, yo no puedo hacer uso más que de medios humanos, medios de que dispongo, porque como ellos soy hombre. Y en realidad, en cuanto hombre, yo no tengo más que pensamientos, mientras que, en cuanto Yo, estoy, además, sin pensamiento. En cuanto uno no puede apartarse de un pensamiento, no es uno nada más que hombre, es el esclavo de la lengua, esa producción de los hombres, ese tesoro del pensamiento humano. La lengua ó «la palabra» ejerce sobre nosotros la más espantosa tiranía, porque conduce contra nosotros todo un ejército de ideas fijas.

Examínate en el preciso momento en que reflexionas, y advertirás que no puedes avanzar más que si estás á cada instante sin pensamiento y sin palabra. No es sólo durante tu sueño cuando estás sin pensamiento y sin palabra; lo estás en las más profundas meditaciones, y hasta es justamente entonces cuando lo estás más. Y no es más que por esa ausencia de pensamiento, por esa «libertad de pensar» desconocida ó libertad frente al pensar, por lo que tú eres de ti. Sólo gracias á ella llegarás á usar del lenguaje como de tu propiedad.

Si el pensar no es mi pensar, no es más que el devanar de una madeja de pensamientos, es una tarea de esclavo, de «esclavo de las palabras». El comienzo de mi pensar no es mi pensamiento, soy Yo; también soy yo igualmente su objeto, y todo su curso no es más que el curso de mi goce de Mí. El comienzo del pensar absoluto ó libre es, al contrario, el pensar libre mismo, y el todo es, dura tarea, hacer remontarse este comienzo á la suprema, la primordial abstracción (por ejemplo, el sér). Cuando se tiene el cabo de esta abstracción ó de este pensamiento inicial, no queda más que tirar del hilo para que toda la madeja se devane.

Digitized by Google

El pensar absoluto es el hecho del espíritu humano, y éste es un Espíritu santo. Así, ese pensar es el hecho de los sacerdotes; ellos solos tienen su «inteligencia» y tienen el sentido de los «intereses supremos de la humanidad», del Espíritu.

Las verdades son para el creyente una cosa realizada, un hecho; para el librepensador son una cosa que debe ser decidida aún. Por desembarazado de toda credulidad que esté el pensar absoluto, su escepticismo tiene límites y le queda la fe en la verdad, en el espíritu, en la idea y en su victoria final; no peca contra el Espíritu Santo. Pero todo pensar que no peca contra el Espíritu Santo no es más que una fe en los espíritus y en los fantasmas.

Yo no puedo deshacerme más del pensamiento que de la sensación, ni de la actividad del espíritu que de la actividad de los sentidos. Lo mismo que el sentir es nuestra visión de las cosas, el pensar es nuestra visión de las esencias (pensamientos). Las esencias existen en todo lo que es sensible, y particularmente en el «verbo». El poder de las palabras sucede al poder de las cosas; uno es primero, forzado por los azotes; más tarde lo es por la convicción. El poder de las cosas es vencido por nuestro valor, nuestro ingenio; contra el poder de una convicción, y por tanto, de una palabra, los potros y el tajo pierden su superioridad y su fuerza. Los hombres de convicciones son sacerdotes que resisten á los lazos de Satán.

El Cristianismo no ha quitado á las cosas de este mundo su irresistibilidad y nos ha dejado bajo su dependencia. Yo hago lo mismo respecto de las verdades y de su poder, me elevo por cima de ellas, soy supraverdadero como soy suprasensible. Las verdades me son tan indiferentes, tan banales, como las cosas; no me atraen ni me entusiasman. No hay una verdad, ya sea el derecho, la libertad, la humanidad, etc., que tenga una existencia

Digitized by Google

independiente de mí y ante la cual yo me incline. Son palabras y nada más que palabras, como para el cristiano todas las cosas no son más que «vanidades». En las palabras y en las verdades (cada palabra es una verdad, y, como Hegel sostiene, no es posible decir una mentira) no hay salvación para mí, ni más ni menos que no hay salvación para los cristianos en las cosas y en las vanidades. Lo mismo que las riquezas de este mundo, las verdades no pueden hacerme dichoso. El tentador no es ya Satán, sino el Espíritu, y éste no nos seduce por medio de las riquezas del mundo, sino por sus pensamientos, por el «resplandecimiento de la idea».

Después de los bienes del mundo, todos los bienes sagrados deben también ser despreciados.

Las verdades son frases, expresiones, palabras (λογος); unidas las unas á las otras, enhebradas de extremo á extremo y ordenadas en líneas, esas palabras forman la lógica, la ciencia, la filosofía.

Yo empleo las verdades y las palabras para pensar y para hablar, como empleo los alimentos para comer; sin ellas y sin ellos no puedo ni pensar, ni hablar, ni comer. Las verdades son los pensamientos de los hombres traducidos en palabras, y eso es lo que hace que no tengan menos existencia que las demás cosas, aunque no existan más que para el espíritu ó el pensar. Ellas son producciones de los hombres y de las criaturas humanas; si se hace de ellas revelaciones divinas, se me hacen extrañas, y, aunque propias criaturas mías, se alejan de mí inmediatamente después del acto de creación.

El hombre cristiano es el que tiene fe en el pensamiento, el que cree en la soberanía de los pensamientos y quiere hacer reinar ciertos pensamientos que él llama «principios». Muchos, es cierto, hacen sufrir á los pensamientos una prueba previa, y no eligen ninguno por

Digitized by Google

señor, sin crítica; pero recuerdan con ello al perro que va á olfatear á las gentes para oler á «su dueño»; se dirigen siempre á los pensamientos reinantes. El cristiano puede indefinidamente reformar y trastornar las ideas que dominan desde hace siglos, puede hasta destruirlas, pero será siempre para tender hacia un nuevo «principio» ó un nuevo señor; siempre erigirá una verdad más elevada ó más «profunda», siempre fundará un culto, siempre proclamará un espíritu llamado á la soberanía y establecerá una ley para todos.

En tanto quede una sola verdad á que el hombre deba consagrar su vida y sus fuerzas porque es hombre, está avasallado á una regla, á una dominación, á una ley, etcétera; permanece siervo. El hombre, la humanidad, la libertad, son verdades de ese género.

Se puede decir, por el contrario: si quieres continuar ocupándote en pensamientos, sólo de ti depende; sabe únicamente que si quieres conseguir algo considerable, hay una multitud de problemas difíciles de resolver, sin haber llegado á cuyo término, no irás lejos. Dí que no es para ti de ningún modo un deber ó una vocación ocuparte en pensamientos; si, no obstante, lo quieres, harás bien en aprovecharte de lo que los demás han gastado de fuerzas para mover esos pesados objetos.

Así pues, el que quiere pensar, se impone por ello mismo consciente ó inconscientemente una tarea; pero esa tarea nada le obliga á aceptarla, porque ninguno tiene el deber de pensar ó de creer. Se puede decirle: tú no vas bastante lejos, tu curiosidad es limitada y tímida, no vas al fondo de las cosas; en suma, no te haces completamente su dueño; pero, por otra parte, por lejos que hayas llegado, estás siempre á fin de tarea, ninguna vocación te llama á ir más lejos y eres libre de hacer como quieras ó como puedas. Ocurre con el pensamiento como

Digitized by Google

con cualquier otra tarea que puedes abandonar cuando te venga en gana. Igualmente, cuando no puedes ya creer una cosa, no tienes que esforzarte en creerla y en continuar ocupándote en ella como en un santo artículo de fe, á la manera de los teólogos ó de los filósofos; puedes audazmente desviar de ella tu interés y darle la despedida.

Los espíritus sacerdotales tratarán seguramente ese desinterés de pereza de espíritu, de irreflexión, de apatía, etc.; no te ocupes en esas necedades. Nada, ningún «interés supremo de la humanidad», ninguna «causa sagrada» vale que tú la sirvas y en ella te ocupes por amor de ella; no la busques otro valor que en lo que vale para ti. Recuerda por tu conducta la palabra bíblica: «Sed como niños»; los niños no tienen intereses sagrados ni tienen ninguna idea de una «buena causa». Tanto mejor saben lo que quieren y se preguntan con todas sus fuerzas cómo han de componerse para llegar á ello.

El pensar no puede cesar más que el sentir. Pero el poder de los pensamientos y de las ideas, la dominación de las teorías y de los principios, el imperio del espíritu, en una palabra, la jerarquía, durará tan largo tiempo como los sacerdotes tengan la palabra, los sacerdotes, es decir, los teólogos, los filósofos, los hombres de Estado, los filisteos, los liberales, los maestros de escuela, los criados, los padres, los hijos, los esposos, Proudhon, Jorge Sand, Bluntschli, etc., etc. La jerarquía durará tanto como se crea en los principios; tanto como se piense en ellos y aunque se los critique; porque la crítica, hasta la más corrosiva, la que arruina todos los principios admitidos, lo hace en definitiva todavía en nombre de un principio.

Cada cual critica, pero el criterio difiere. Se está en busca del «verdadero» criterio. Ese criterio es la hipóte-

Digitized by Google

sis primera. El crítico parte de un axioma, de una verdad, de una creencia; ésta no es una creación del crítico, sino del dogmático; es de ordinario sencillamente tomada tal cual es á la cultura del tiempo; así, por ejemplo, «la libertad», «la humanidad», etc. No es el crítico el que ha «descubierto al Hombre»; «el Hombre» ha sido sólidamente establecido como verdad por el dogmático, y el crítico, que puede, por otra parte, ser la misma persona, cree en esa verdad, en ese artículo de fe. En esta fe, y poseído de esta fe, critica.

El secreto de la crítica es una «verdad»; tal es el arcano de su fuerza.

Yo hago, sin embargo, una distinción entre la crítica oficiosa y la crítica propia ó egoísta. Si critico partiendo de la hipótesis de un sér supremo, mi crítica sirve á ese sér y se ejerce en su favor; si estoy poseído de la fe en un «Estado libre», yo critico todo lo que se refiere á ella bajo el punto de vista de su concordancia, de su conveniencia para el Estado libre, porque yo amo ese Estado; si soy un crítico piadoso, todo se dividirá para mí en dos clases: lo divino y lo diabólico; la naturaleza entera estará hecha á mis ojos de huellas de Dios ó de huellas del diablo (de ahí los lugares llamados Gottesgabe, dón de Dios; Gottesberg, montaña de Dios; Teufelskauzel, silla del diablo, etc.), los hombres se repartirán en fieles é infieles, etc.; si el crítico cree en el Hombre, empezará por colocarlo todo bajo las dos rúbricas Hombres y No-hombres, etc.

La crítica ha seguido siendo hasta el presente una obra de amor, porque la hemos ejercido en todo tiempo por amor de uno ó de otro sér. Toda crítica oficiosa es un producto del amor, una posesión, y obedece al precepto del Nuevo Testamento: «Experimentad toda cosa y retened lo que es bueno». Lo «bueno» es la piedra de

Digitized by Google

toque, el criterio. Lo bueno, bajo mil nombres y mil formas diferentes, ha quedado siempre siendo la hipótesis, el punto de apoyo dogmático de la crítica, la idea fija.

El crítico presupone ingenuamente la «verdad» al ponerse á la obra, y la busca, convencido de que está todavía por encontrar. Quiere descubrir la verdad, y tiene justamente para esclarecer sus investigaciones ese «bueno» de que hablábamos hace un momento.

La hipótesis, la suposición, no es más que el hecho de sentar un pensamiento ó de pensar cierta cosa, debajo y antes que cualquier otra; partiendo de ese pensado, se pensará después todo lo demás, es decir, se medirá y se criticará según él. En otros términos: esto equivale á decir que el pensar debe empezar con algo ya pensado. Si el pensar empezase realmente, en lugar de ser empezado, sería un sujeto, una persona dotada de actividad propia, como la planta ya lo es; en ese caso, no se podría evidentemente negar que el pensar debe comenzar consigo mismo. Pero precisamente esa personificación del pensar, está henchida de innumerables errores. Los hegelianos se expresan siempre como si el pensar pensase y obrase; hacen de él el «espíritu que piensa», esto es, el pensar personificado, el pensar hecho fantasma. El liberalismo crítico, por su parte, os dirá: la «Crítica» hace esto ó aquéllo, ó bien: «la conciencia» juzga de tal ó cual manera. Pero si tenéis el pensar por lo que obra personalmente, ese pensar mismo tendrá que ser supuesto; si tenéis la Crítica por activa, todavía mi pensamiento debe ser su antecedente. El pensar y la crítica, para ser por sí mismos activos, tendrían que ser la hipótesis misma de su actividad, pues que no pueden ser activos sin ser. Y el pensar, en cuanto «supuesto», es un pensamiento fijo, un dogma; resulta de ello que el pensar y la Crítica no pueden salir más que de un dogma;

Digitized by Google

es decir, de un pensamiento, de una idea fija, de una hipótesis.

Esto nos retorna á lo que hemos dicho ya anteriormente, de que el Cristianismo consiste en el desarrollo de un mundo de pensamientos, ó que es la verdadera «libertad de pensamiento», el «pensamiento libre», el «libre espíritu». La «verdadera» Crítica que yo he llamado «oficiosa», es igualmente y por la misma razón la «libre» crítica, porque no es mi propiedad.

Muy distinto es si lo que es de ti no se convierte en un ser para sí, no es personificado, no se hace un espíritu independiente de ti. Tu pensar no tiene por hipótesis «el pensar», sino Tú. Así, pues, ¿te has supuesto tú? Sí, pero no es á mí á quien me su-pongo, es á mi pensar. Antes que mi pensar, Yo soy. Síguese de aquí que ningún pensamiento precede á mi pensar, ó que mi pensar no tiene hipótesis. Porque si yo soy un supuesto con relación á mi pensar, este supuesto no es la obra del pensar, no es sub-pensamiento, sino que es la posición misma del pensar, y su poseedor; ella prueba simplemente que el pensar no es más que una propiedad, es decir, que no existe «ni pensar en sí», ni «espíritu pensante».

Este trastorno de la manera habitual de considerar las cosas, podría parecer un juego de manos con abstracciones, tan vano, que aquellas mismas contra las cuales va dirigido, no arriesgarían nada en prestarse á ese inofensivo cambio; pero las consecuencias prácticas que de ello se derivan son graves.

La conclusión que de ello saco, es que el Hombre no es la medida de todo, sino que Yo soy esa medida. El crítico oficioso mira á otro que á él, á una idea á la que quiere servir; así no hace á su Dios más que hecatombes de falsos ídolos. Lo que hace por el amor de ese sér, no

Digitized by Google

es más que una obra del amor. Pero Yo, cuando critico, no miro solamente á mi objeto; me procuro, aparte de eso, un placer, me divierto según mi gusto: según me conviene, mastico la cosa ó me limito á respirar su perfume.

No se quiere abandonar la «Verdad», sino buscarla. ¿No es ella el «sér supremo?» No quedaría ya á la «verdadera Crítica» más que arrojarse al agua si llegase á perder la fe en la verdad. Y, sin embargo, la verdad no es más que un pensamiento; pero no es un pensamiento nada más, es el pensamiento que se cierne por cima de todos los pensamientos, es el pensamiento irrecusable, es el Pensamiento mismo, el que santifica á todos los demás, la consagración de los pensamientos, el Pensamiento «absoluto», «sagrado».

La verdad se mantiene firme cuando todos los dioses se van, porque sólo para servirla y por amor de ella se ha derribado á los dioses y, finalmente, á Dios. «La Verdad» continúa resplandeciendo cuando el mundo de los dioses vuelve á entrar en la sombra, porque ella es el alma inmortal de este mundo perecedero de dioses: ella es la divinidad misma.

Yo quiero responder á la pregunta de Pilato: «¿Qué es la Verdad?» La verdad es el pensamiento libre, la idea libre, el espíritu libre; la verdad es lo que es libre con relación á ti, lo que no es de ti y no está en tu poder. Pero la verdad es también lo que no tiene existencia por sí mismo, lo que es impersonal, irreal é incorporal; la verdad no puede manifestarse como tú te manifiestas, no puede moverse, ni cambiar, ni desarrollarse; la verdad aguarda y recibe todo de ti y no es siquiera, sino por ti, porque no existe más que en tu cabeza. Tú convienes en que la verdad es un pensamiento, pero no admites que todo pensamiento lo sea verdadero; tú di-

Digitized by Google

ces, para expresarme como tú, que cada pensamiento no es verdadera y realmente un pensamiento. ¿Y en qué reconoces el verdadero pensamiento ó el pensamiento verdadero? ¡En tu impotencia, es decir, en que no tienes ninguna acción sobre él! Cuando te vence, te entusiasma y te arrebata, lo tienes por verdadero. Su dominación sobre ti, es para ti la prueba de su verdad; cuando te violenta y estás poseído de él, estás contento, has encontrado tu dueño y señor. Cuando buscabas la verdad, ¿qué reclamaba tu corazón? Un dueño. Tú no tendías hacia tu poder, sino hacia un poderoso al que pudieses adorar («adorad al Señor nuestro Dios»).

La verdad, mi querido Pilato, es el Señor, y todos los que buscan la verdad, buscan y glorifican al Señor. ¿Dónde está el Señor? ¿Dónde, sino en tu cabeza? El no es más que espíritu, y por todas partes donde crees descubrirlo, no adviertes más que un fantasma; el Señor no es más que un pensamiento, y sólo el tormento, la angustia del cristiano quería hacer lo invisible visible y dar un cuerpo al espíritu que engendraron ese fantasma, y la espantosa miseria que es el terror de los espectros.

En tanto que crees en la verdad, no crees en ti, y eres un siervo, un hombre religioso. Tú solo eres la verdad, ó más bien, eres más que la verdad, porque sin ti, ella no es nada. Sin duda, tú también inquieres la verdad, tú también «criticas»; pero no inquieres una «verdad superior», es decir, más elevada que tú y no criticas según el criterio de tal verdad. No te diriges á los pensamientos y á las representaciones como á los fenómenos del mundo exterior más que con el fin de conformarlos á tu gusto, de hacértelos agradables y de apropiártelos; tú no quieres más que hacerte dueño de ellos y convertirte en su poseedor; quieres orientarte y sentirte en tu

Digitized by Google

casa, y los encuentras verdaderos ó los ves bajo su verdadero aspecto cuando ya no se te pueden escapar, cuando no les queda nada no percibido, nada no comprendido, ó gozas de ellos y son tu propiedad. Si te ocurre que se hagan sirvientes menos solícitos, que se sustraigan de nuevo á tu imperio, esa será la señal de su falsedad, es decir, de tu impotencia. Tu impotencia es su poder, tu humillación es su elevación. Su verdad eres tú, es la nada que tú eres para ellos y en la cual se disuelven; su verdad es su nulidad.

Sólo cuando son mi propiedad esos espíritus, las verdades llegan al reposo; para que sean reales, se necesita que habiéndoseles quitado su existencia miserable, lleguen á ser mi propiedad y que no se diga ya: la verdad crece, gobierna, triunfa, etc. Jamás la verdad ha triunfado, siempre ha sido el instrumento de mi victoria, como la espada («la espada de la verdad»). La verdad es una cosa muerta, es una letra, una palabra, un material que yo puedo emplear. Toda Verdad es para sí misma un cadáver; si vive, sólo es como vive mi pulmón, es decir, según la medida de mi propia vitalidad. Las verdades son como el grano bueno y la cizaña: ¿son buen grano, son cizaña?; sólo yo puedo decidirlo.

Los objetos no son para mí más que los materiales que pongo en acción. Por todas partes donde toco, una verdad que me adapto. La verdad es mía, y no tengo ninguna necesidad de desearla. No me propongo ponerme al servicio de la verdad; no es más que un alimento para mi cerebro pensador, como la patata lo es para mi estómago digestivo ó el amigo para mi corazón sociable. En tanto que yo tengo el gusto y la fuerza de pensar, toda verdad no me sirve más que para modelarla cuanto me es posible. La verdad es para mí lo que la mundanalidad es para los cristianos: «vana y frívola». No menos

Digitized by Google

existe, lo mismo que las cosas del mundo continúan existiendo aunque el cristiano haya mostrado su nada; pero es vana, porque su valor no está en ella sino en mí. En cuanto á ella, es sin valor. La verdad es una criatura.

Por vuestra actividad creais innumerables obras; habéis cambiado la figura de la tierra y edificado por todas partes monumentos humanos; de igual modo, gracias á vuestro pensamiento, podéis descubrir innumerables verdades, y de ello nos regocijaremos de todo corazón. Pero yo no consentiré nunca en hacerme el esclavo de vuestras nuevas máquinas, no ayudaré á ponerlas en marcha más que para mi uso; vuestras verdades tampoco quiero más que emplearlas, sin dejarme emplear por ellas y para ellas.

Todas las verdades por bajo de Mí son para mí bien venidas; de verdades por cima de Mí, de verdades á que yo deba plegarme, no entiendo. No hay verdad por cima de mí, porque por cima de mí no hay nada. ¡Ni mi esencia, ni la esencia del Hombre están por cima de Mí! ¡Sí, de Mí, esta «gota en la cuba», de este sér «infinito!»

Creeis ser de una audacia extraordinaria cuando afirmais audazmente que no hay «Verdad absoluta», puesto, decís, que cada época tiene su verdad que sólo es de ella. ¿Concedéis, sin embargo, que cada época tuvo su verdad?; pues con eso mismo creais propiamente una «verdad absoluta», una verdad que no falta en ninguna época, porque cada una, cualquiera que sea su verdad, tiene una.

¿Basta decir que se ha pensado en todo tiempo y que se han tenido, por consiguiente, pensamientos y verdades, distintos en cada época que en la época precedente? No; se debe decir que cada época tuvo su «verdad de fe», y es un hecho que no se ha visto nunca ninguna en que no se reconociese una verdad suprema ante la cual uno

Digitized by Google

se creía obligado á inclinarse como ante la «soberana majestad». La verdad de una época es su idea fija; cuando llega un día en que se encuentra otra verdad, no se la descubre sino porque se buscaba una; no se hacía más que reformar su locura y vestirla de nuevo. Porque se quería estar «inspirados» por una idea, se procuraba estar dominado, poseído por un pensamiento. El postrer vástago de esta dinastía es «nuestra esencia» ó «el Hombre».

Para toda crítica libre, el criterio era un pensamiento; para la crítica propia, egoísta, el criterio soy Yo. Yo el indecible, y, por consiguiente, el impensable (porque lo pensado puede siempre expresarse, puesto que palabra y pensamiento coinciden). Es verdadero lo que es mío; es falso aquello de que yo tengo la propiedad; verdadera, por ejemplo, es la asociación, falsos son el Estado y la sociedad. La crítica «libre y verdadera» trabaja por la dominación lógica de un pensamiento, de una idea, de un Espíritu; la crítica «propia» no trabaja más que por mi «deleite». En eso se aproxima—y no querríamos ahorrarla esta «vergüenza»—á la crítica animal del instinto. Sucede conmigo como con el animal, criticando; no veo en mis asuntos más que á mí y no á ellos. Yo soy el criterio de la Verdad, pero no soy una idea; soy más que una idea, porque excedo de toda fórmula. Mi crítica no es «libre», libre frente á mí, ni es una crítica «oficiosa» al servicio de una idea, me es propia.

La verdadera crítica ó crítica humana no descubre en lo que examina más que la conveniencia de y para el Hombre, el verdadero Hombre; por tu crítica propia, compruebas si el objeto te conviene.

La crítica libre se ocupa en ideas; así que siempre es teorética. Cualquiera que sea su rabia contra las ideas, no se desembaraza, sin embargo, de ellas. Se bate contra los fantasmas, pero no puede hacerlo más que teniéndo-

Digitized by Google

los por fantasmas. Las ideas á que ataca no desaparecen enteramente: el soplo del alba no las pone en fuga.

El crítico puede, es verdad, llegar á la ataraxia para con las Ideas, pero no estará nunca en paz con ellas; es decir, que no comprenderá jamás que no hay nada superior al hombre corporal, ni su humanidad, ni la libertad, etc. Él se atiene siempre á una «vocación» del hombre, á la «humanidad». Si esta idea de la humanidad queda siempre irrealizada, es precisamente porque queda y debe quedar siendo «idea».

Pero si yo concibo, al contrario, la idea como mi idea, entonces se encuentra por el hecho mismo realizada, puesto que yo soy su realidad; su realidad viene de que soy Yo, lo corporal, quien la tiene.

Se dice que en la historia universal es donde se realiza la idea de libertad. Esta idea es, por el contrario, real desde que un hombre la piensa, y es real en la medida en que es idea; es decir, por cuanto yo la pienso ó la tengo. No es la idea de libertad la que se desarrolla, sino que son los hombres los que se desarrollan, y que, al desarrollarse, desarrollan también, naturalmente, su pensar.

En resumen, el crítico no es todavía propietario, porque combate aún en las ideas á extranjeras poderosas, exactamente como el cristiano no es propietario de sus «malos deseos» por tanto tiempo como tiene que defenderse de ellos: para el que combate el vicio, el vicio existe.

La crítica permanece atascada en la «libertad del entendimiento», en la libertad del espíritu; y el espíritu gana verdaderamente su libertad cuando se llena de la pura, de la verdadera idea; tal es la libertad de pensar, que no puede existir sin pensamientos.

La crítica no ha hecho más que abatir una idea con otra; por ejemplo, la del privilegio con la de la humanidad, ó la del egoísmo con la del desinterés.

Digitized by Google

En suma, es el comienzo del Cristianismo el que reaparece á su fin en la crítica, porque aquí como allá el «egoísmo» es el enemigo. No soy Yo, el único, sino la idea, lo general, lo que yo debo hacer valer.

La guerra del clero contra el «egoísmo» y de los espirituales contra los mundanos, forma todo el contenido de la historia cristiana. En la crítica contemporánea, esta guerra no hace más que universalizarse y el fanatismo se completa. Preciso es, sí, que viva y que exhale su rabia antes de desaparecer.

***

¿Qué me importa que lo que yo pienso y lo que yo hago sea cristiano? Sea humano ó inhumano, liberal ó iliberal, desde el momento en que eso lleva al fin que yo persigo, desde el momento en que eso me satisface, está bien. Agobiadlo con todos los predicados que os agrade; yo me burlo de ello.

Puede suceder que yo también rompa con los pensamientos que he tenido no hace más que un instante, y puede ser que cambie bruscamente mi manera de obrar; pero no es porque esos pensamientos ó esas acciones no son conformes con el Cristianismo, no es porque atacan á los eternos derechos del Hombre ó son un bofetón á la idea de la Humanidad, no; es porque no están ya conformes conmigo, es porque no me procuran ya un pleno goce y dudo de mi pensamiento de hace poco ó no me place ya obrar como lo hacía.

Lo mismo que el mundo, al hacerse mi propiedad, ha venido á ser un material de que yo hago lo que quiero, el espíritu debe, al hacerse mi propiedad, volver á bajar al estado de material, ante el cual no siento ya el terror de lo sagrado. En adelante no me estremeceré ya de ho-

Digitized by Google

rror á ningún pensamiento, por temerario ó «diabólico» que parezca, porque, por poco importuno ó desagradable con exceso que se vuelva para mí, su fin está en mi poder; y en adelante no me detendré ya temblando ante una acción porque el espíritu de impiedad, de inmoralidad ó de injusticia habite allí, ni más ni menos que San Bonifacio no se abstuvo por escrúpulo religioso de derribar las encinas sagradas de los paganos. Como las cosas del mundo se han hecho vanas, vanos deben hacerse los pensamientos del espíritu.

Ningún pensamiento es sagrado, porque ningún pensamiento es una «devoción»; ningún sentimiento es sagrado (no hay sentimiento sagrado de la amistad, del santo amor maternal, etc.), ninguna fe es sagrada. Pensamientos, sentimientos, creencias, son revocables, y son mi propiedad, propiedad precaria que Yo mismo destruyo, como Yo soy quien la creo.

El cristiano puede verse despojado de todas las cosas ú objetos, puede perder á las personas más amadas, esos «objetos» de su amor, sin desesperar por eso de sí mismo; es decir, en el sentido cristiano de su espíritu, de su alma. El propietario puede rechazar lejos de sí todos los pensamientos que eran queridos á su espíritu y encendían su celo; él «volverá á ganar mil veces otro tanto», porque él, su creador, permanece.

Inconsciente é involuntariamente, todos tendemos á la individualidad; sería difícil encontrar uno solo entre nosotros que no haya abandonado algún sentimiento sagrado y roto con algún santo pensamiento ó alguna santa creencia; pero no encontraríamos á nadie que no pudiera libertarse aún de uno ú otro de sus pensamientos sagrados. Cada vez que atacamos una convicción, partimos de la opinión de que somos capaces de arrojar, por decirlo así, al adversario de las trincheras de su pensa-

Digitized by Google

miento. Pero lo que yo hago inconscientemente, no lo hago más que á medias; así, después de cada victoria sobre una creencia, vuelvo á ser el prisionero (el poseído) de una nueva creencia, que me vuelve á tomar por entero á su servicio; ella hace de mí un fanático de la razón cuando he cesado de entusiasmarme por la Biblia, ó un fanático de la idea de Humanidad cuando he combatido bastante tiempo por la de Cristianismo.

Propietario de mis pensamientos, protegeré sin duda mi propiedad bajo mi escudo, exactamente como propietario de las cosas, no dejo á nadie llevar á ellas la mano; pero sonriendo acogeré el término del combate, sonriendo depondré mi escudo sobre el cadáver de mis pensamientos y de mi fe, y sonriendo, vencido, triunfaré. En eso está justamente la sal del caso. Para dejar á las gentes divertirse á expensas de las pequeñeces de los hombres, basta sentirse «demasiado elevado para ser herido»; pero dejarlos jugar con todos los «grandes pensamientos», con los «sentimientos sublimes», el «noble entusiasmo» y la «santa creencia», supone que yo soy el propietario de todo.

A la sentencia cristiana «todos somos pecadores», yo opongo esta: ¡todos somos perfectos! Porque somos á cada instante todo lo que podemos ser, y nada nos obliga jamás á ser más. Como no arrastramos con nosotros ninguna falta, ningún defecto, el pecado no tiene sentido. ¡Mostradme aún un pecador en un mundo en que nadie tiene ya que satisfacer nada superior á sí! Si yo no quiero más que satisfacerme, no satisfaciéndome no peco, puesto que no ofendo en mí mismo ninguna «santidad»; al contrario, si debo ser piadoso, tengo que satisfacer á Dios; si debo obrar humanamente, tengo que satisfacer á la esencia del Hombre, á la idea de humanidad, etc. Al que el religioso llama un «pecador», el humanitario

Digitized by Google

lo llama un «egoísta». Pero, una vez más, no tengo que contentar á nadie: ¿qué es, pues, el «Egoísta», ese diablo á la nueva moda que se ha creado el Humanitarismo? El Egoísta, ante el cual los humanitarios se santiguan con espanto, no es más que un fantasma, como el diablo; no es más que un espantajo y una fantasmagoría de su cerebro. Si no estuviesen ingenuamente hechizados por la vieja antítesis del bien y del mal, á que han dado respectivamente los nombres de «humano» y de «egoísta», no habrían, para rejuvenecerlo, hecho cocer al «pecador» encanecido en la caldera del «egoísmo», y no habrían zurcido una pieza nueva á un vestido viejo. Pero no podían hacer otra cosa, porque consideran como su deber ser «Hombres».

¡Todos somos perfectos y no hay sobre toda la tierra un solo hombre que sea un pecador! Como hay locos que se imaginan ser Dios padre, Dios hijo ó el hombre de la luna, hormiguean insensatos que se creen pecadores. Los primeros no son el hombre de la luna y ellos no son pecadores. Su pecado es quimérico.

Pero, se objeta insidiosamente, ¿su demencia ó su posesión es al menos su pecado? Su posesión no es más que lo que han podido producir y el resultado de su desarrollo, exactamente como la fe de Lutero en la Biblia era todo lo que había podido producir. Su desarrollo lleva al uno á una casa de locos y conduce al otro al Panteón ó al Walhalla.

¡No hay ni pecadores ni egoísmo pecador!

¡Déjame, pues, en paz con tu «amor del hombre!» Deslízate, oh filántropo, por la puerta entreabierta de las «cavernas del vicio», entretente en la batahola de la gran ciudad: ¿no ves por todas partes pecados, pecados y más pecados? ¿No jimes por la humanidad corrompida, no deploras la monstruosa expansión del egoísmo?

Digitized by Google

¿Verás un rico sin encontrarlo despiadado y «egoísta?» Te titulas quizá ateo, pero permaneces fiel al sentimiento cristiano de que es más fácil á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico no ser «inhumano». ¿Cuántas gentes has encontrado ya que no hayas vuelto á arrojar á la «masa egoísta?» ¡Ah, tú amor del hombre! ¿A qué ha llevado? ¡Tú no ves más que hombres indignos de amor! ¿Y de dónde salen? ¡De tu filantropía! Te has metido en la cabeza el pecador y de ahí proviene que lo encuentres ó lo supongas por todas partes.

No llames á los hombres pecadores y no lo serán: tú solo eres el creador de los pecados; tú eres quien te imaginas amar á los hombres, quien los arrojas en el fango del crimen; tú eres quien los haces viciosos ó virtuosos, hombres ó inhumanos, y tú eres quien los salpicas con la baba de tu posesión; porque tú no amas á los hombres, sino al Hombre. Yo te lo digo: no has visto jamás pecadores, sólo los has soñado.

Yo derrocho mi goce de mí, porque creo deber servir á otro que yo, porque me creo deberes para con él y me creo llamado al «sacrificio», á la «abnegación», al «entusiasmo». Pues bien: si no sirvo ya á ninguna idea, á ningún «sér superior», dicho se está que no serviré ya tampoco á ningún hombre, salvo—y en todos los casos—á Mí. Y así no es sólo por el sér ó por la acción, sino aún por la conciencia por lo que soy el Único.

Te corresponde, más que lo divino, lo humano, etc.; te corresponde lo que es tuyo.

Mírate como más poderoso que todo aquello por que se te hace pasar y serás más poderoso; mírate como más y serás más.

No estás simplemente consagrado á todo lo divino y autorizado á todo lo humano, sino que eres poseedor de lo tuyo, es decir, de todo lo que tienes la fuerza de apropiarte.

Digitized by Google

Se ha creído siempre que se debía dárme un destino exterior á mí y así se llegó finalmente á exhortarme á ser humano y á obrar humanamente, porque Yo= Hombre. Ese es el círculo mágico cristiano. El yo de Fichte es igualmente un sér exterior y extraño á Mí, porque ese yo es cada uno y tiene solo derechos, de suerte que es «el yo» y no Yo. Pero Yo, no soy un «yo» junto á otros «yo»: soy el solo Yo, soy Único. Y mis necesidades, mis acciones, todo en Mí es único. Por el solo hecho de que soy ese Yo único hago de todo mi propiedad sólo poniéndome á la obra y desarrollándome. No es como Hombre como me desarrollo y no desarrollo al Hombre: soy Yo quien Me desarrollo.

Tal es el sentido del Único.

Digitized by Google

III

EL ÚNICO

La época que precedió á Cristo y la que le siguió persiguen fines opuestos; la primera quiso idealizar lo real, y la segunda realizar lo ideal; la una buscó al «Espíritu Santo», la otra busca al «cuerpo glorificado». Así la primera conduce á la insensibilidad respecto á lo real, al «desprecio del Mundo», en tanto que la segunda se cerró por la ruína de lo ideal y el «desprecio del Espíritu».

La oposición de lo real y de lo ideal es inconciliable y lo uno no puede nunca llegar á ser lo otro: si lo ideal se hiciese real, no sería ya lo ideal, y si lo real se hiciese ideal sería lo ideal y no sería ya lo real. La contradicción de los dos términos no puede ser resuelta más que si uno los aniquilase á los dos; es en ese «uno», ese tercero, donde espira; si no, ideal y realidad no se cubren jamás. La idea no puede ser realizada y continuar siendo idea, es preciso que perezca como idea; lo mismo sucede con lo real que se hace ideal.

Los antiguos representan los partidarios de la idea, y los modernos los de la realidad. Ni los unos ni los

Digitized by Google

otros llegaron á desasirse de esta oposición, y se limitaron á suspirar por su objeto: los antiguos habían aspirado al Espíritu, y desde el día en que pareció que el deseo del mundo antiguo estaba satisfecho, y que aquel Espíritu había llegado, los modernos comenzaron á aspirar por la realización de ese espíritu, realización que debe seguir siendo eternamente un «piadoso deseo».

El *pium desiderium* de los antiguos era la santidad, el de los modernos es la corporalidad. Pero lo mismo que la antigüedad debía sucumbir el día en que sus votos fuesen colmados (porque no existía más que por ellos), lo mismo es de todo punto imposible llegar á la corporalidad sin salir del círculo del Cristianismo. A la corriente de santificación ó de purificación que atraviesa el mundo antiguo (abluciones, etc.), sirve de continuación y corresponde la corriente de encarnación que atraviesa el mundo cristiano: el Dios se precipita en este mundo, se hace carne y quiere rescatar el mundo, es decir, llenarlo de él; como él es la «Idea» ó el «Espíritu», se acaba (Hegel, por ejemplo) por introducir en toda cosa el espíritu y por demostrar «que la Idea, la Razón está en todo.» A lo que los estoicos del paganismo alaban como «el Sabio», responde en la cultura actual «el Hombre»; uno y otro dos séres sin carne.

El «sabio» irreal, ese «santo» incorporal de los estoicos, ha venido á ser una persona real y un «santo» corporal en el Dios «que se ha hecho carne»; el hombre irreal; el yo incorporal llegará á ser real en el yo corporal que Yo soy.

Al Cristianismo está ligada la cuestión de «la existencia de Dios»; esta cuestión, siempre y sin cesar repetida y debatida, prueba que el deseo de la existencia, de la corporalidad, de la personalidad, de la realidad, era para los corazones un asunto de constante preocupación,

Digitized by Google

porque no llegaba nunca á una solución satisfactoria. En fin, la cuestión de la existencia de Dios cayó, pero para levantarse otra vez inmediatamente bajo una nueva forma, en la doctrina de la existencia de lo «divino» (Feuerbach). Pero lo divino tampoco tiene existencia, y su último refugio, la realizabilidad de lo «puramente humano», no tendrá pronto ya asilo que ofrecerle. Ninguna idea tiene existencia, porque ninguna es susceptible de corporalidad. La controversia escolástica del Realismo y del Nominalismo no tuvo otro objeto; en suma, ese problema atraviesa de un extremo á otro la historia cristiana, y no puede encontrar en ella su solución.

El mundo cristiano trabaja para realizar Ideas en todas las circunstancias de la vida individual y en todas las instituciones y las leyes de la Iglesia y del Estado; pero siempre esas Ideas resisten á sus tentativas, y siempre les queda alguna cosa que no es posible hacer corporal (irrealizable); con cualquier ardor que uno se esfuerce en dotarlas de un cuerpo, siempre permanecen sin realidad tangible.

El «realizador» de ideas se inquieta poco de las realidades, con tal que esas realidades encarnen una idea; así examina sin descanso si la idea que debe ser su núcleo las habita; al experimentar lo real, experimenta al mismo tiempo la idea y comprueba si es bien realizable como él la piensa, ó si no es pensada por él más que sin razón, y por consecuencia, inejecutable.

En cuanto existencias, la familia, el Estado, etc., no interesan ya al cristiano; los cristianos no deben, como los antiguos, sacrificarse por esas «cosas divinas», éstas sólo deben ser empleadas en hacer vivir el espíritu en ellas. La familia real ha venido á ser indiferente, y una familia ideal (verdaderamente real) debe nacer de ella; familia santa, bendita de Dios, ó en estilo liberal, «ra-

Digitized by Google

zonable» ó racional. Para los antiguos, la familia, la patria, el Estado, etc., son actualmente divinos; para los modernos, aguardan la divinización y no son bajo su forma presente más que culpables y terrestres; deben ser «librados» y esta redención los hará verdaderamente reales. En otros términos: no son la familia, etc., las que son lo presente y lo real, sino lo divino, la idea; la cuestión está en saber si tal familia podrá llegar á ser real por obra de lo verdadero real, de la idea. El individuo no tiene por deber servir á la familia como una divinidad, sino servir á lo divino y elevar hasta él la familia aún no divina; es decir, avasallarlo todo á la idea, enarbolar por todas partes la bandera de la vida, y llevar la idea á una real y eficaz actividad.

Teniendo que hacer el Cristianismo y la antigüedad con lo divino, acaban siempre por volver á ello, aunque por las vías más opuestas. Al fin del paganismo, lo divino se hace extramundano; al fin del Cristianismo, intramundano. La antigüedad no consiguió ponerlo completamente fuera del mundo, y tan luego llegó el Cristianismo á realizar esa tarea, lo divino no tiene nada más apremiante que reintegrar el mundo, que quiere «rescatar». Pero si el Cristianismo hace á lo divino intramundano, no lo hace ni puede hacerlo lo mundano mismo; porque lo malo, lo irracional, lo fortuíto, lo egoísta, son lo «mundano», en el mal sentido de la palabra, y están y permanecen cerrados á lo divino. El Cristianismo comienza con la encarnación del Dios que se hace hombre y prosigue toda su obra de conversión y de redención, con el fin de llevar al Dios á florecer en todos los hombres y en todo lo humano, y de penetrarlo todo del Espíritu. El se atiene á preparar una sede para el «Espíritu».

Si se llegó finalmente á fijar la atención sobre el

Digitized by Google

Hombre ó la humanidad, fue de nuevo la idea lo que se «eternizó»: «¡El Hombre no muere!» Se pensó haber encontrado la realidad de la idea: el Hombre es el yo de la historia; es él, ese ideal, el que se desarrolla, es decir, se realiza. El es verdaderamente real y corporal, porque la historia es su cuerpo, del que los individuos no son más que los miembros. El Cristo es el yo de la historia del mundo, hasta de la que precede á su aparición sobre la tierra; para la filosofía moderna, ese yo es el Hombre. La imagen del Cristo ha venido á ser la efigie del Hombre, y el Hombre como tal, el «Hombre» nada más es el «centro» de la historia. Con el hombre reaparece el comienzo imaginario, porque el Hombre es tan imaginario como el Cristo. El Hombre, yo de la historia del mundo, cierra el ciclo del pensamiento cristiano.

El círculo mágico del Cristianismo sería roto si cesara el conflicto entre la existencia y la vocación, es decir, entre Yo tal como soy y Yo tal como debo ser; el Cristianismo no consiste más que en la aspiración de la idea hacia la corporalidad, y desaparece si el abismo que las separa es cegado. Sólo á condición de que la idea quede idea (y el Hombre y humanidad no son todavía tampoco más que ideas sin cuerpo) el Cristianismo subsiste. La idea hecha corporal, el espíritu encarnado ó «perfecto», flotan ante los ojos del cristiano y representan á su imaginación el «último día» ó el «objeto de la historia», pero no son para él su presente.

El individuo sólo puede tomar parte en la edificación del reino de Dios,—ó, en estilo moderno, en el desarrollo de la historia y de la humanidad, y esta participación es la que le da un valor cristiano—ó, en estilo moderno, humano; para lo demás no es más que un puñado de ceniza y el pasto de los gusanos.

Que el individuo es para sí una historia del mundo,

Digitized by Google

y que el resto de la historia no es más que su propiedad, eso va más allá de la vista del cristiano. Para este último, la historia es superior, porque es la historia del Cristo ó del «Hombre»; para el egoísta, sólo su historia tiene un valor, porque no quiere desarrollar más que á él y no el plan de Dios, los designios de la Providencia, la libertad, etc. Él no se mira como un instrumento de la idea ó un vaso de Dios, no reconoce ninguna vocación, no se imagina que no tiene otra razón de ser que contribuir al desarrollo de la humanidad, y no cree que debe llevar á él su óbolo; vive su vida sin cuidarse de que la humanidad saque de ella pérdida ó provecho.—¡Y qué! ¿Estoy yo en el mundo para realizar ideas, para llevar por mi civismo mi piedra para la realización de la idea de Estado, ó para dar por mi matrimonio una existencia como esposo y padre á la idea de familia? ¿Qué me quiere esa vocación? Yo no vivo tras una vocación más que la flor se abre y exhala su perfume por deber.

El ideal «Hombre» está realizado cuando la concepción cristiana se transforma y viene á ser: «Yo, este único, soy el Hombre». La cuestión: «¿Qué es el Hombre?» viene á ser entonces: «¿Quién es el hombre?» Y á ti te toca responder: «Qué es»; miraba al concepto que realizar; comenzando por «quién es», la cuestión no lo es ya, porque la respuesta está personalmente presente en el que interroga: la pregunta es su propia respuesta.

Se dice de Dios: «Los nombres no te nombran.» Eso es igualmente justo de mí: ningún concepto me expresa, nada de lo que se da, como mi esencia me agota, no son más que nombres. Se dice, además, de Dios, que es perfecto, y no tiene ninguna vocación de tender hacia una perfección. ¿Y Yo?

Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé Único. En el Único, el poseedor vuelve á la Nada

Digitized by Google

creadora de que ha salido. Todo sér superior á Mí, sea Dios ó sea el Hombre, se debilita ante el sentimiento de mi unicidad, y palidece al sol de esa conciencia.

Si yo baso mi causa sobre Mí, el Único, ella reposa sobre su creador efímero y perecedero que se devora él mismo, y puedo decir:

Yo no he basado mi causa sobre Nada.

FIN

Digitized by Google

INDICE DE MATERIAS

Páginas.

Yo no he basado mi causa sobre nada..... 2

PRIMERA PARTE

El Hombre.

I.—Una vida de hombre..... 5
II.—Los Antiguos y los Modernos..... 13
1.—Los Antiguos..... 13
2.—Los Modernos..... 25
§ 1.—El Espíritu..... 28
§ 2.—Los Poseídos..... 36
§ 3.—La Jerarquía..... 76
3.—Los Libertados..... 116
§ 1.—El liberalismo político..... 127
§ 2.—El liberalismo social..... 140
§ 3.—El liberalismo humanitario..... 150
Post-scriptum..... 178

SEGUNDA PARTE

Yo.

I.—La propiedad.—La individualidad..... 189
II.—El propietario.—El individuo..... 210

Digitized by Google

Página.

1.—Mi poder..... 226
2.—Mis relaciones..... 258
3.—Mi goce de Mí..... 404
III.—El Único..... 458

Digitized by Google

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se venden en su Administración, Cuesta de Santo Domingo 18, pral.

MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil.....	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**—¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinsón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
111	**Balzac.**—César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	**Barbey d'Aurevilly.** — Una Historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
130	**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.**—Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Mouton (Merinos)	1
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.....	8
169	**Bourget.**—Hipólito Taine	0,50
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	**Buylla.**—Economía....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317	**Carlyle.**—La Revolución francesa.....	8
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica.—Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo.	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles.....	3

Digitized by Google

N.º del Catál.º		Pesetas.
26	—La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
38	— El sitio de París	3
13-14	**Jack** (*dos tomos*)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos.	4
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo según sus más ilustres representantes.	7
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo.	1
158	— Zorrilla.	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología	3
73	— Nuevos estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania Moderna	5
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia	3
198-199	**Framarino del Malatesta.**—Lógica de las pruebas (*dos tomos*)	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología	10
202	— La superstición socialista	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire.	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres	5
164	— Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
205	— Historia de la Pompadour	6
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais.	3
318	—Las favoritas de Luis XV	6
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
206	**Gonzáles.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros	7
208	**Grave.**—La sociedad futura	8
209	**Gross.**—Manual del juez.	12

Digitized by Google

N.º del Catál.º		Pesetas.
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Helberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución social.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
88	**Kropotkin.** — La Conquista del Pan.....	3
322	— Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.**— Economía política.....	8
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
45	**Lombroso.** — Antropología y Psiquiatría.....	3
135	— Últimos progresos de la Antropología criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.....	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (*dos tomos*)...	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas, (*dos tomos*)....	14
224	**Manduca.** — El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola.....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
118	**Merimée.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	**Mommsen.**—Derecho público romano.....	12
170	**Molins.** — Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra.....	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
157	**Pardo Bazán.**—Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1

Digitized by Google

N.º del Catál.º		Pesetas.
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
19	— Mi infancia y mi juventud.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
240	**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhauer.** — El mundo como voluntad y como representación.	12
78	— Estudios escogidos...	3
241	— Fundamento de la moral	5
243	**Sighele.** — El delito de dos.....	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
256	**Spencer.**— De las leyes en general.....	8
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	6
246	— La justicia.....	7
247	— La moral	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)...	12

N.º del Catál.º		Pesetas.
250	— Las instituciones sociales.....	7
292	**Stead.**—El Gobierno de Nueva York.....	3
136	**Stendhal.**—El Amor...	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	12
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	9
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias.....	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
265	— Historia del Derecho..	8
264	— La guerra según el Derecho internacional.	4
266	— Las instituciones primitivas.....	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
96	**Taine.**--El Arte en Grecia	3
101	— El ideal en el Arte...	3
66	— Filosofía del Arte....	3
106	— Florencia.....	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemp.ª.	7
269	— Historia de la literatura inglesa.— Los orígenes.....	7
313	— Historia de la Literatura Inglesa: El Renacimiento.....	7
337	— Hist.ª de la literatura inglesa: La edad clásica	6
334	— Los orígenes de la Francia contemporánea El antiguo régimen....	10
270	— La Inglaterra.....	7
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
108	— Milán.....	3
103	— Nápoles.....	3
310	— Notas sobre París....	6
104-105	— Roma (*dos tomos*).	6
107	— Venecia.....	3
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales..	3
273	— La criminalidad comparada.....	3

Digitized by Google

N.º del Catál.º		Pesetas.
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
339	**Todd.**—El gobierno parlamentario en Inglaterra.	8
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia.....	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones.....	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhlí,.	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
20	— La muerte.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión.....	3
113	— Mi infancia.....	3
126	— Mi juventud.....	3
75	— Placeres viciosos.....	3
94	— ¿Qué hacer?.....	3
294	**Trevelyan.**—La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales.....	3
97	— Demetrio Rudín.....	3
25	— El judío.....	3
123	— El reloj.....	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3
8	— Humo.....	3
139	— La Guillotina.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.....	3
80	— Primer amor.....	3
304	— Tierras vírgenes.....	5
60	— Un desesperado.....	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.....	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (*dos tomos*)...	15
277	— Novelas y caprichos..	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos....	3
338	**Virgilii.**—Manual de Estadística.....	4
278	**Vivante.** - Derecho mercantil.....	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.....	3
325	**Waliszewsky.**—Historia de la literatu rusa..	9
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana.....	12
279-280	**Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (*dos tomos*).	15
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (*dos tomos*).....	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (*dos tomos*).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (*dos tomos*)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	— Nuevos estudios literarios.....	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1
128	— Los hombros de la marquesa.....	3

Digitized by Google